



**DEL IMPERIALISMO A LA HEGEMONÍA.
CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN LA DOMINACIÓN CAPITALISTA.**

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES

GONZALO GHÍO SUÁREZ

PROFESOR GUÍA:
CARLOS RUIZ ENCINA

SANTIAGO DE CHILE
JULIO DE 2019

Dedicado a Alejandra, Nicolás y Alonso

Resumen

Esta investigación busca caracterizar las principales dimensiones de la estructura de dominación capitalista, dando cuenta del paso del modo imperialista al modo hegemónico de dominación, identificando cambios y continuidades, con énfasis en las peculiaridades del período contemporáneo. La tesis central es que la estructura de dominación capitalista tuvo una importante reconfiguración en torno al final de la Segunda Guerra Mundial, pasando de una estructura de dominación que enmarcaba relaciones de poder con una lógica imperialista, a otra que se fundamenta en relaciones de poder que tienen una lógica hegemónica, que impera en la actualidad.

Para sostener este argumento se construye un enfoque teórico que conjuga una perspectiva sobre el capitalismo que acentúa su vínculo con las relaciones de dominación (perspectiva del sistema-mundo, particularmente a Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein), con perspectivas que caracterizan y analizan las relaciones de poder, particularmente de aquellas que tienen mayor relevancia en la actualidad (Antonio Gramsci y Michel Foucault). Por otro lado, se realizan algunos análisis históricos sobre las formas que han adquirido las relaciones de poder, los cuales permiten mostrar la estructura de dominación capitalista de determinados momentos, así como sus transformaciones.

Índice

Introducción	1
Primera parte: Perspectiva analítica	28
1.1. El capitalismo en la Perspectiva del Sistema-Mundo	30
1.1.1. Una definición inicial del capitalismo	31
1.1.2. El capitalismo como el nivel monopolista de la vida económica	42
1.1.3. El capitalismo como sistema-mundo	51
1.2. Estructura de dominación y relaciones de poder	89
1.2.1. Interrelación entre la estructura de dominación y las relaciones de poder	90
1.2.2. Foucault: relaciones de poder, generación de saber, producción sujetos y gobierno de las poblaciones	101
1.2.3. Relaciones de poder en una estructura de dominación multijerárquica	112
1.2.4. Gramsci: la dominación hegemónica	132
Segunda parte: La estructura de dominación imperialista	148
2.1. Origen y expansión del capitalismo: producción de la jerarquía económica	150
2.1.1. La inicial división del trabajo y la jerarquización centro-periferia	151
2.1.2. La expansión del sistema-mundo y la periferización de nuevas zonas	159
2.1.3. La geocultura	166
2.2. Estados y geopolítica del sistema-mundo	176
2.2.1. Estados y capitalistas en el centro y la periferia	177
2.2.2. Las relaciones geopolíticas	189
2.3. La lucha de clases	213
2.3.1. El proceso secular de pauperización de los trabajadores y las clases populares	214
2.3.2. La Revolución Francesa	224
2.3.3. Amenaza de revolución y estrategia hegemónica en el centro	243

Tercera Parte: La estructura de dominación hegemónica	255
3.1. Problematizando la producción de hegemonía a escala del sistema-mundo capitalista	260
3.1.1. El uso conjunto de Foucault y Gramsci	260
3.1.2. El uso de Foucault y Gramsci en el contexto del sistema-mundo	271
3.2. Algunos antecedentes históricos del siglo XX	278
3.2.1. Las guerras mundiales	278
3.2.2. La Revolución Rusa	283
3.2.3. La postguerra	290
3.3. La clase capitalista transnacional	300
3.3.1. Conceptualizando la clase capitalista transnacional	300
3.3.2. El proceso de conformación de la clase capitalista transnacional	313
3.4. Una forma de estado global	327
3.4.1. Conceptualizando al estado a nivel global	327
3.4.2. La alianza de estados céntricos	333
3.4.3. Instituciones gubernamentales globales	345
3.5. Dominación hegemónica en el sistema-mundo capitalista	356
3.5.1. Conceptualizando la hegemonía global	356
3.5.2. Luchas por la hegemonía global	370
3.5.3. El despliegue discursivo de la hegemonía global	382
Conclusión	392
Bibliografía	413

Introducción

Este trabajo tiene como su objeto de interés “al poder de mayor importancia en nuestra vida moderna, el capitalismo” (Weber 1996, 9). El interés general es el vínculo entre el capitalismo y el poder, más específicamente, las enormes implicancias sobre la configuración de los diversos ámbitos económicos y sociales, sobre la vida de las poblaciones que los ocupan, y sobre el entorno ecológico del planeta, que tiene la dominación contemporánea que ejerce el capitalismo. El poder del capitalismo al que alude Weber, específicamente de la clase capitalista y del conjunto de clases y grupos que se vinculan a su dominación, se traduce en su capacidad para dar forma al mundo social, para estructurar los diversos ámbitos económicos y sociales con el fin de incorporarlos al proceso de acumulación infinita de capital que lleva a cabo. Este proceso tiene una escala global. La estructuración y reestructuración de la vida económica y social se da en el marco de la división internacional del trabajo, y de un proceso de acumulación que se organiza a nivel de la economía mundial, así, el capitalismo desenvuelve su estrategia de dominación a escala planetaria para, a través de múltiples y variadas relaciones de poder, enlazar los diversos espacios económicos y sociales nacionales y locales en un sistema global jerárquico, donde las regiones y países adquieren diferentes posiciones en la jerarquía económica y geopolítica, lo que tiene directas implicancias en las condiciones de vida de sus habitantes. De esta manera, considero que el capitalismo es la principal fuerza que le da forma a la vida sociocultural, económica y ecológica del planeta, y esta consideración constituye el ámbito de preocupación en el que se enmarca este trabajo.¹

El objetivo de este trabajo es distinguir las principales dimensiones de la estructura de dominación capitalista y de las relaciones de poder que alberga, estableciendo las características centrales que estas relaciones de poder han tenido a largo de la historia, y las peculiaridades que adquieren en el período contemporáneo. Para ello este trabajo sigue dos

¹ En esta línea, Castro-Gómez y Grosfoguel señalan “Debemos entender que el capitalismo no es sólo un sistema económico (paradigma de la economía política) y tampoco es sólo un sistema cultural (paradigma de los estudios culturales/poscoloniales en su vertiente ‘anglo’), sino que es una red global de poder, integrada por procesos económicos, políticos y culturales, cuya suma mantiene todo el sistema” (2007, 17), y Gill considera al “actually-existing capitalism as the primary shaping force in world order” (Gill 2015, xiv).

líneas metodológicas, una de conceptualización teórica y otra de análisis histórico. Por una parte, se buscará establecer un enfoque teórico que busque conjugar una perspectiva sobre el capitalismo que acentúe su vínculo con las relaciones de dominación –para lo que se empleará la perspectiva del sistema-mundo, particularmente a Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein–, con perspectivas que permitan caracterizar y analizar las relaciones de poder y dominación, particularmente de aquellas que tienen mayor relevancia en la actualidad –para lo que se usará principalmente a Antonio Gramsci y Michel Foucault–. Por otra parte, se realizarán algunos análisis históricos sobre las principales dimensiones que han adquirido las relaciones de poder y dominación capitalistas, de modo de mostrar las características centrales de las relaciones de poder a través de las cuales el capitalismo ha establecido su dominación, así como las continuidades y cambios que tienen estas dimensiones en el período contemporáneo con respecto a su forma histórica tradicional. La tesis central sobre la que se desarrollará el argumento que se elaborará en este trabajo, es que la estructura de dominación capitalista tuvo una importante reconfiguración en torno al final de la Segunda Guerra Mundial, pasando de una estructura de dominación que enmarcaba relaciones de poder con una lógica imperialista, a otra que se fundamenta en relaciones de poder que tienen una lógica hegemónica, que impera en la actualidad. A continuación me detendré en cada uno de estos aspectos. Pero antes plantearé los motivos por los que considero relevante este trabajo.

La justificación del estudio del capitalismo está dado por su enorme impacto en el mundo contemporáneo. Desde una perspectiva histórica, la expansión del sistema-mundo capitalista generó una enorme cantidad de consecuencias de todo tipo en las regiones y poblaciones afectadas. Desde su origen en el mediterráneo central, la expansión mundial del capitalismo reestructuró las relaciones humanas de todos los continentes, de todos los pueblos que sucesivamente fueron incorporados –casi nunca por su iniciativa– a este sistema económico y social. Estas transformaciones no sólo se tradujeron en los impactos económicos directos a sus economías, ya que estas fueron reorientadas a la producción para la economía-mundo y sus poblaciones incorporadas a la división internacional del trabajo, además de los impactos sociales y culturales aparejados, las transformaciones también se tradujeron en el hecho de que la incorporación de la mayor parte de estos pueblos al sistema-mundo implicó que quedaran situados en la parte baja de una jerarquía económica y geopolítica mundial, por lo

que quedaron en la condición de países y regiones subordinadas, dependientes, sometidas al predominio de los intereses de las clases, grupos y estados dominantes de este sistema-mundo. Pero los impactos de la expansión y profundización del capitalismo continúan. En la actualidad estos impactos se han visto redoblados por la preeminencia que desde la década de 1980 y especialmente desde la de 1990 tiene el neoliberalismo, enfoque de políticas que ha relanzado la expansión capitalista y profundizado su influencia por diversos ámbitos de la vida social. Entre las implicancias de amplio alcance que en la actualidad se está tematizando que tiene el capitalismo mencionaré cuatro, la crisis ecológica, el menoscabo a la democracia, la creciente concentración monopolista de la economía y la creciente polarización de los niveles de ingreso.

El cambio climático ya es parte del lenguaje corriente y de las preocupaciones cotidianas de la población. Las implicancias del aumento de la temperatura del planeta no son ciertas, pero los escenarios que se plantean son al menos preocupantes. La comunidad científica, en su inmensa mayoría, ha llegado al consenso que el aumento de las temperaturas se debe a los altos niveles de gases de efecto invernadero, como el CO₂, que son consecuencia directa de la expansión industrial,² la cual a su vez está vinculada directamente a la expansión capitalista. Frente a esta crisis, la lógica de la acumulación infinita de capital que establece el capitalismo como prioridad política es parte central de la enorme dificultad para encontrar una salida a la situación,³ ya que las medidas para disminuir las emisiones probablemente implicarían una disminución de la actividad económica, y eso una disminución de las tasas de ganancias de las empresas capitalistas. Además, existe el enorme poder de las industrias que se verían directamente afectadas por normas que obliguen a una disminución en las emisiones de CO₂, como la industria petrolera o del carbón, que han realizado esfuerzos para cuestionar la relación entre el aumento del CO₂ y el aumento de la temperatura,⁴ logrando

² No sólo los niveles de CO₂ en la atmósfera son cada vez mayores, además la Organización Meteorológica Mundial (WMO) ha planteado que la tasa anual de emisiones se está incrementando (McGrath 2019).

³ Como lo señala Erik Solheim, responsable de Naciones Unidas sobre medioambiente, “We have many of the solutions already to address this challenge. What we need now is global political will and a new sense of urgency” (McGrath 2019, parr. 23).

⁴ Si bien son difíciles de rastrear las donaciones a las entidades que promueven el “negacionismo” en Estados Unidos, casi todas fundaciones e institutos conservadores promotores de un neoliberalismo radical, se ha establecido que grupos industriales como el de los hermanos Koch, el segundo más grande de EE.UU. y petroleras como Exxon Mobil han entregado aportes (Espinoza 2013).

que actualmente el “negacionismo” del cambio climático tenga un peso político muy relevante. Sin embargo, el cambio climático sólo es un aspecto de la crisis ecológica vinculada a la expansión capitalista. Un reciente informe del World Wide Fund for Nature (WWF) indicó que entre 1970 y 2012 la abundancia de biodiversidad ha descendido un 58% y proyectan que descendería hasta un 67% para 2020, lo que se relaciona directamente con formas de consumo y producción insustentables, particularmente en la agricultura capitalista (WWF 2016). Así, el capitalismo es una de las causas de los problemas ecológicos que en este momento afectan al planeta, pero lo que es peor, su fuerza es uno de los motivos centrales de la dificultad para implementar soluciones, y en el intertanto la lógica capitalista sigue presionando por la explotación de recursos naturales cada vez más escasos,⁵ por extender los cultivos industriales a cada vez mayores cantidades de terreno,⁶ por sumar a la explotación a zonas cada vez más inaccesibles del planeta,⁷ etc.

Por su parte, autores como Crouch (2011) y Di Filippo (2013) han resaltado las tensiones que el capitalismo plantea a la democracia en el contexto de la actual primacía neoliberal. Crouch (2011) sostiene que el neoliberalismo no defiende la supremacía del libre mercado, sino que el de las grandes corporaciones, indicando que la oposición tradicional entre estado y mercado, esconde una tercera fuerza, más potente que las otras dos, las “corporaciones gigantes”. Esto ha hecho que tanto el mercado como la democracia hayan sido debilitados por el poder de las grandes corporaciones, y que actualmente haya un capitalismo dominado por éstas, lo cual constituye una amenaza para el funcionamiento de la democracia. Por su parte, Di Filippo (2013) caracteriza la relación actual entre el capitalismo y las democracias como de conflicto. Plantea que el capitalismo es más que un subsistema económico, entendiéndolo como “...un sistema de poder y dominación...” (Di Filippo 2013, 11), ya que es un sistema que posiciona a una clase dominante que busca ejercer su dominio en todos los ámbitos de la vida social que estima relevantes, y plantea que el sistema político, por ser la “...principal fuente alternativa [al capitalismo] de poder societal...” (Di Filippo 2013, 14)

⁵ Incluso los océanos están viendo mermada la cantidad de recursos pesqueros disponibles, lo que está poniendo en riesgo la renovación de los recursos marinos (Jacobs 2017).

⁶ La WWF señala que una de las principales causas en la pérdida de biodiversidad en el planeta es el avance de los monocultivos de exportación, como la soja y la palma (WWF 2016).

⁷ En los últimos años se están concretizando o evaluando la realización de enormes proyectos para la explotación de materias primas en lugares como el Océano Ártico (Davempport 2015) o Groenlandia (BBC Mundo 2014).

será uno de los ámbitos de interés de la clase capitalista, y será uno de los espacios donde se concentrarán sus esfuerzos para buscar ejercer dominio. Este conflicto entre capitalismo y democracia se traduce en la dificultad de los gobiernos para ejecutar políticas que han sido parte central de los programas con los que se han presentado a las elecciones, cuando estas contravienen las prioridades de los capitalistas nacionales y/o globales,⁸ o incluso para realizar reformas que implican algún incremento relativamente marginal a los impuestos o a los derechos laborales.⁹ Además, ante cualquier confrontación política entre capitalistas y el gobierno, los capitalistas tienen la ventaja de ser propietarios de la mayor cantidad de los medios de comunicación más relevantes, a través de los cuales buscan obtener el respaldo a sus posturas de la “opinión pública”.¹⁰ Sin embargo, considero que las amenazas a la democracia no provienen de las dificultades de los gobiernos democráticamente electos para imponerse a los capitalistas en los conflictos que los enfrentan, la mayor amenaza está en la falta de conflictos, ya que muestra la simbiosis entre las élites gubernamentales y la clase capitalista. Tomando el caso de Chile, trivialmente los medios de comunicación dan cuenta de los eventos en los que se reúnen las principales autoridades políticas con los grandes capitalistas. En la prensa aparecen los eventos más destacados, las cenas anuales de la CPC, la SOFOFA o ICARE, o aquellos donde participan las autoridades de más alta jerarquía, el/la presidente/a, ministros de hacienda o algún ministro que esté pasando por alguna

⁸ Un ejemplo de esto se produjo en la negociación que llevó a cabo el gobierno griego con “la troika” –la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario internacional– por la necesidad que tenía Grecia de un rescate financiero. En el marco de esta negociación, el gobierno griego llamó a un plebiscito para que la población respaldara su postura contraria a adoptar medidas de austeridad y a su demanda de un recorte de la deuda, y con ello poder negociar en una mejor posición frente a sus acreedores internacionales. A pesar de que el gobierno griego logró el respaldo ciudadano que buscaba, con un 60% de la votación, fue doblegado en las negociaciones y 10 días después del plebiscito fue obligado a asumir las políticas de austeridad sin conseguir ningún recorte de la deuda. La declaración del primer ministro griego explicita la situación que tuvo que enfrentar: “We took on powerful opponents, we clashed with international financial system” (Daley y Kanter 2015, parr. 10).

⁹ Esto pudo observarse con las reformas impositivas y laborales que introdujo el pasado gobierno de Chile. Ante las insistentes críticas del empresariado el gobierno buscó compensar las reformas con reiterados ofrecimientos por establecer asociaciones con los grandes capitalistas –reforzando la “alianza público-privada”–, facilitando nuevos negocios a través de licitaciones, apertura de mercados, etc. (Emol 2014). Pese a esto, el gran empresariado no detuvo sus críticas, aunque sus líderes gremiales pidieron profundizar la alianza insistentemente ofrecida desde el gobierno (Aravena, 2014).

¹⁰ En el caso chileno Altman y Luna plantean: “...alta concentración de la propiedad de los principales medios de comunicación se encuentra una de las principales debilidades de la institucionalidad democrática del país. En particular en el caso de la prensa escrita, aunque también en radio y televisión, se observan tendencias oligopólicas y una orientación ideológica sesgada a favor de la oposición y de posturas socialmente conservadoras. La coalición gobernante ha visto fracasados todos sus intentos de incorporar al mercado un medio de prensa escrita con visibilidad nacional más cercano a las posiciones del gobierno” (2011, 294). En estas confrontaciones “comunicacionales” los capitalistas también disponen de un abanico de expertos –economistas, abogados, expertos tributarios, sociólogos, etc.– además de políticos, dispuestos a socializar planteamientos favorables a una “libertad económica” funcional a los intereses capitalistas.

contingencia o reforma política particularmente relevante. La prensa no da cuenta de una enorme cantidad de encuentros que rutinariamente se producen entre grandes empresarios y autoridades, ministros, subsecretarios, que están en carteras que no pasan por coyunturas políticas llamativas, menos sobre las visitas al congreso de representantes de los gremios empresariales para exponer sus posiciones en comisiones o en encuentros personales con senadores y diputados.¹¹ Además, el vínculo se refuerza por la convivencia entre las elites de todo tipo en sus clubes e instancias informales, donde se comparte y se aprovecha de hacer negocios o solucionar controversias y, quizá lo más importante, se genera un continuo proceso de “conversación” donde se van fraguando consensos en torno a la hegemonía capitalista. Todo esto provoca las grandes dificultades que enfrenta la democracia representativa para llevar a cabo políticas que de alguna manera contravengan los intereses capitalistas, lo que pone en cuestión la legitimidad de la democracia como forma de régimen político.

Las amenazas a la democracia se producen en un contexto en el que hay indicios de que las grandes empresas capitalistas están logrando controlar proporciones crecientes de la economía. El informe que el Fondo Monetario Internacional realizó luego de su misión de 2018 a Estados Unidos señala: **“The market power of corporations is becoming more pronounced across a range of industries, with important macroeconomic effects.** Margins between prices and variable costs –markups– have been rising steadily since the 1980s, and at an accelerated pace since 2010. Measures of industry concentration and profitability mirror this increase in market power. Corporate level data suggest that these trends have been driven by an increase in rents that are accruing to a relatively small, but growing, number of “superstar” firms (some of which have been created by a series of mergers and acquisitions). While there is significant heterogeneity in the causes underlying

¹¹ Muñoz describe de la siguiente manera la fluida relación entre los gobiernos posteriores a la dictadura y el gran empresariado chileno (2008, 41): “A ningún gobierno de la Concertación le ha sido indiferente mantener muchos canales abiertos de comunicación y de articulación con el sector privado. Ello se ha manifestado de múltiples maneras: permanente presencia del Presidente(a) de la República y de sus ministros del área económica en los Encuentros Anuales de la Empresa; participación constante de destacados empresarios y dirigentes de este gremio en los viajes presidenciales; comisiones de trabajo público-privadas organizadas en función de temas específicos como los problemas de la pequeña y mediana empresa o los acuerdos comerciales con otros países; la Agenda Pro Crecimiento constituida al principio de la década por iniciativa de la Sociedad de Fomento Fabril para abordar temas micro-económicos, entre otros. Esto ha facilitado un clima de confianza empresarial en la economía chilena, aunque no exento de resentimientos y suspicacias de otros sectores que se han sentido excluidos del acceso a las máximas autoridades”.

this rising market power, the evidence suggests that these developments are having important effects on macroeconomic outcomes including potentially depressing future investment and R&D spending, as well as weighing on the labor share of income” (IMF 2018, parr. 47, negritas del autor). Así, el Fondo Monetario Internacional (FMI) plantea preocupación por la concentración económica que se vendría produciendo en Estados Unidos, la economía nacional más grande del sistema-mundo, desde la década de 1980, es decir, desde la década en la que se comenzaron a implementar las políticas neoliberales. El FMI plantea preocupación por el “poder de mercado” que tienen el pequeño número de empresas “superestrellas”, las grandes empresas capitalistas en la conceptualización que estoy empleando, lo que les ha permitido generar crecientes márgenes de ganancia respecto a sus costos (*markups*), una indicación de que sus ganancias no se deben al “libre juego” de la economía de mercado, sino a su influencia monopolista sobre los precios. Esto tendría, según el FMI, efectos negativos macroeconómicos, por ejemplo, disminuyendo la inversión en investigación, ya que la innovación no sería necesaria por su dominio de los mercados, y la presión de la participación del trabajo en los ingresos nacionales. Este no es un problema que sólo afecte a Estados Unidos. En Chile en los últimos años la concentración de las diferentes industrias ha saltado al primer plano a partir de denuncias y resoluciones judiciales sobre colusión. Un estudio de R. Briones, Bosselin y C. Briones (s/f) entregado a la cámara de diputados resume la concentración en diversas industrias. El estudio muestra niveles de concentración que van entre el 49 y el 100% de control de mercado por parte de entre 1 y 5 empresas.¹² La competencia en estos mercados dista mucho de la que tendría que darse en

¹² Algunos datos que se pueden obtener de este trabajo son los siguientes: 95% de la industria farmacéutica en manos de tres cadenas, 64% de la previsión de salud controlada por tres empresas y cinco acaparan el 94%, cinco clínicas concentran el 82% de los días cama vendidos por la industria, 58% de los Leasing son entregados por tres bancos, 84% de los fondos de pensiones son controlados por tres AFPs, una aerolínea acapara el 79% del tráfico aéreo nacional y dos el 96%, dos aerolíneas representan el 49% del tráfico aéreo internacional, el 56% del cabotaje nacional lo tienen tres empresas, tres empresas controlan el 99% de la telefonía móvil, una el 57% de la telefonía fija y dos el 75%, la internet fija es acaparada en un 83% por dos empresas, y la inalámbrica en un 100% por tres empresas, el 54% de la televisión por cable es distribuida por una empresa y el 85% por tres, tres cadenas representan el 81% de las ventas de supermercados, tres cadenas tienen el 83% de las ventas de las tiendas por departamento, tres empresas acaparan el 67% de las ventas de lácteos, el 90% de la producción de pollos es controlada por tres empresas, dos empresas tienen el 82% de las ventas de pastas, el 98% de las ventas de pisco es acaparado por dos pisqueras, dos grupos económicos acaparan el 94% de la producción forestal, el 72% de los hogares recibe electricidad de tres distribuidoras, electricidad que es generada en un 79% por dos grupos y el 95% por tres, el 64% de los combustibles es distribuido por una empresa y el 79% por dos, el 100% del gas es distribuido por tres empresas, y el 78% de la publicidad estatal en medios escritos se la adjudican dos grupos de medios (R. Briones, Bosselin y C. Briones s/f, 5-19).

mercados libres y competitivos. Esto no quiere decir que estos monopolios capitalistas no compitan entre sí, sin embargo, esta relación de competencia es diferente a aquella descrita como “libre competencia”, ya que no es entre una multiplicidad de actores anónimos, sino que entre un reducido número de agentes que se conocen entre sí. Este conocimiento mutuo entre los competidores es el que puede generar acuerdos tácitos o explícitos, como en el caso de las colusiones que se han descubierto en los últimos años. En las industrias donde las grandes empresas capitalistas compiten con una multiplicidad de otros actores, se pueden apreciar procesos de concentración. Es el caso de la industria de los supermercados, donde las grandes cadenas compiten directamente con los pequeños comercios. En un informe de SOFOFA sobre proyectos de inversión se señala que el gigante transnacional Walmart ha decidido centrar su estrategia de expansión en los supermercados de pequeño formato, esta empresa tiene “...un plan de inversiones [en Chile] cuyos saldos por invertir se estiman en torno a los US\$920 millones. El plan de inversiones que materializará la empresa buscará elevar su participación en los mercados C3, D y E con sus formatos de menor tamaño” (SOFOFA 2013, 13). Esta es una estrategia común de todos los grandes supermercados, lo que les ha permitido ampliar su participación de mercado en detrimento de ferias y pequeños negocios, como lo señala un estudio de Euromonitor International,¹³ el cual además plantea que esta es una tendencia mundial, aunque Chile junto a Emiratos Árabes Unidos, México, Polonia y Tailandia conforman el grupo de países que presenta mayores alzas en los niveles de concentración de esta industria. Así, al menos en algunas industrias, la concentración monopolista de los mercados se está incrementando.

La creciente polarización de las desigualdades en los ingresos es otro fenómeno que se está produciendo en las últimas décadas. En su informe anual de 2016 sobre desigualdades económicas OXFAM indicó que las 62 personas más ricas del mundo tenían tanta riqueza como los 3600 millones de personas más pobres (OXFAM, 2016), y que el 1% de la población que tiene más riquezas supera a la del 99% restante. Al año siguiente, en informe

¹³ En este estudio se concluye que: “En los últimos años la concentración del sector supermercadista a nivel local se ha profundizado. En 2014, los tres mayores operadores locales Walmart, Cencosud y SMU, aglutinaron el 46,1% del total y ventas por US\$ 13.616,7 millones. En 2009, esta cifra llegaba a 39,8%...” (Marañón 2015, par. 1 y 2). La consecuencia de esto sobre la competencia la explicita David Mackinson, analista de Euromonitor International: “en Chile existe un caso de oligopolio, con una menor competencia en precios, con la menor flexibilidad para que cualquiera de esos actores baje precios para atraer clientes” (Marañón 2015, parr. 8).

de 2017, señaló que se habían mejorado las fuentes de información lo que había permitido concluir que la desigualdad es mucho mayor, y que sólo las ocho personas más ricas del mundo tienen la riqueza de la mitad más pobre del planeta (Hope 2017).¹⁴ Otro dato de central relevancia es que esta impresionante desigualdad es creciente, OXFAM señala: “La riqueza en manos de las 62 personas más ricas del mundo se ha incrementado en un 44% en apenas cinco años, algo más de medio billón de dólares (542.000 millones) desde 2010, hasta alcanzar 1,76 billones de dólares... ...la riqueza en manos de la mitad más pobre de la población se redujo en más de un billón de dólares en el mismo periodo, un desplome del 41%. Desde el inicio del presente siglo, la mitad más pobre de la población mundial sólo ha recibido el 1% del incremento total de la riqueza mundial, mientras que el 50% de esa “nueva riqueza” ha ido a parar a los bolsillos del 1% más rico” (2016, 2). Una de las causas de este incremento en las desigualdades en la distribución de la riqueza es el descenso de la participación del trabajo en las rentas nacionales: “En prácticamente todos los países más avanzados, y en la mayoría de los países en desarrollo, la participación de los trabajadores en la renta nacional se ha ido reduciendo, lo cual significa que se benefician cada vez menos del crecimiento económico. Por el contrario, los dueños del capital han visto como éste ha ido creciendo de forma constante (a través del pago de intereses, dividendos o reservas) y a un ritmo significativamente más rápido que el crecimiento de la economía” (OXFAM 2016, 4-5). Esto a su vez se vincula con la creciente cantidad de riqueza que se esconde en paraísos fiscales, 7.6 billones de dólares, eludiendo impuestos que podrían redistribuir la riqueza.¹⁵ La respuesta que recibe OXFAM de parte de economistas liberales también es relevante, ya que muestra el enfoque de políticas que consideran adecuado sobre la pobreza: “Mark Littlewood, of the Institute of Economic Affairs, said Oxfam should focus instead on ways to boost growth. “As an “anti-poverty” charity, Oxfam seems to be strangely preoccupied with the rich”, said the director-general of the free market think tank. For those concerned with “eradicating absolute poverty completely”, the focus should be on measures that

¹⁴ La base de información estadística que procesa OXFAM proviene de los reportes que realiza el banco Credit Suisse (Global Wealth Databook), y de la información que recopila Forbes para realizar su ranking de las mayores fortunas del planeta (OXFAM 2016).

¹⁵ Con respecto a la información sobre los paraísos fiscales, OXFAM cita información de Zucman, Gabriel, 2014, “Taxing Across Borders: Tracking Personal Wealth and Corporate Profits”. En *Journal of Economic Perspectives*, 28 (4). pp. 121-148.

encourage economic growth, he added. Ben Southwood, head of research at the Adam Smith Institute, said it was not the wealth of the world's rich that mattered, but the welfare of the world's poor, which was improving every year. “Each year we are misled by Oxfam's wealth statistics. The data is fine –it comes from Credit Suisse– but the interpretation is not”” (Hope 2017, parr. 4-8). En el caso de Chile, López, Figueroa y Gutiérrez (2013) analizaron la distribución del ingreso con información de Impuestos Internos, concluyendo que los ingresos mensuales de cada contribuyente del 1% de más altos ingresos, para el año 2010, fueron de, aproximadamente, 16.500.000 pesos, los del 0,1% de 91.900.000 y los del 0,01, unos 1200 contribuyentes, de 514.700.000. Por su parte, el Boston Consulting Group, indicó que sólo 65 hogares en el país poseen un capital bursátil de más de 100 millones de dólares, acumulando un 18% del total de la riqueza financiera privada evaluada en 342 mil millones de dólares, es decir, estos 65 hogares acumulan poco más de 61.500 millones de dólares (Corvalán 2014).¹⁶

Estos antecedentes permiten apreciar algunas de las enormes implicancias que actualmente tiene la expansión y profundización del sistema-mundo capitalista, y particularmente las implicancias de la dominación capitalista sobre la vida económica y social. Por este motivo, considero que es de central importancia para las Ciencias Sociales el estudio de las relaciones de dominación que actualmente impulsan esta tendencia histórica. Las enormes fuerzas que pone en juego en sus diversas relaciones de poder la clase capitalista y las demás clases y grupos dominantes, incluyendo el poder estatal al que generalmente están vinculadas, contribuyen decisivamente a la configuración y reconfiguración de los entornos sociales, económicos, ecológicos, en los que se contextualizan las vidas de todos los habitantes del planeta. Por ello, comprender la forma estructural de estas fuerzas y la lógica de las relaciones de poder que desarrollan, me parece fundamental para entender la actual configuración de los diversos ámbitos sociales y los procesos que albergan, y aún más para buscar realizar modificaciones inteligentes sobre ellos.

¹⁶ Estas cifras muestran como en el final de la curva de riqueza opera una función exponencial que se eleva de manera extremadamente pronunciada. Si 65 personas poseen capital por más de 100 millones de dólares, pero en promedio tienen casi mil millones cada uno (61.500 millones de dólares divididos en 65), quiere decir que la distribución entre estas 65 personas es extraordinariamente “inequitativa”.

En base a este ámbito de preocupación, el objetivo general que se propone este trabajo es analizar la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista, y reconocer las principales características de las relaciones de poder que alberga. Además de este objetivo general, el trabajo tiene cuatro objetivos específicos. Primero, desarrollar una perspectiva teórica que permita establecer las características centrales del sistema-mundo capitalista y de su estructura de dominación, y que posibilite el análisis de las relaciones de poder que enmarca, particularmente de las relaciones de poder que en la actualidad impulsan la expansión y profundización del capitalismo. Segundo, realizar un análisis de las principales relaciones de poder económicas, geopolíticas, geoculturales y de clase que han impulsado, y continúan impulsando, la expansión y profundización del sistema-mundo capitalista, buscando distinguir las particularidades de las relaciones de poder contemporáneas, para lo cual estableceré una distinción entre una lógica de dominación imperialista que operó hasta la Segunda Guerra Mundial, de la actual lógica de dominación hegemónica. Tercero, analizar las implicancias de la estructuración de la jerarquía centro-semiperiferia-periferia sobre las diferentes zonas del sistema-mundo y sus poblaciones, y la incidencia de esta jerarquía estructural en la configuración de las relaciones de poder del sistema-mundo. Cuarto, caracterizar teóricamente y analizar históricamente a los dos actores centrales de la estructura de dominación del sistema-mundo, la clase capitalista y los estados, distinguiendo las formas como que se desenvuelven capitalistas y estados en las relaciones de poder con lógica imperialista y hegemónica.

A partir de estos objetivos se desprenden las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características centrales de la estructura de dominación y de las relaciones de poder que alberga el sistema-mundo capitalista?, ¿cuáles son sus continuidades y cambios?, ¿cómo se expresa la jerarquía centro-semiperiferia-periferia en las relaciones de poder económicas, geopolíticas y geoculturales?, ¿cómo se estructura la relación entre la clase capitalista y los estados en los contextos del centro, la semiperiferia y las periferias?. Además, con respecto a la situación contemporánea del sistema-mundo, se pueden plantear las siguientes preguntas: ¿Qué características tiene la clase capitalista transnacional?, ¿cómo se vincula con los estados y con los organismos internacionales que promueven políticas?, ¿en qué sentido puede entenderse al conjunto de organismos internacionales, particularmente aquellos enfocados en

la gestión económica global, como una forma estatal global?, ¿cómo se produce una dominación hegemónica a escala mundial y que implicancias tiene sobre las relaciones de poder?.

En términos epistemológicos los objetivos de este trabajo no se expresan en hipótesis que tendrían que verificarse empíricamente, sino en tesis que se buscará sustentar argumentativamente en base a planeamientos teóricos y análisis empíricos utilizando datos históricos. A continuación, voy a presentar las tesis que guían todo el desarrollo argumentativo de este trabajo. Primero profundizaré en la tesis central del trabajo, y luego en seis planteamientos o “tesis auxiliares” que representan las principales líneas argumentativas que se desarrollarán.

La tesis central apunta a una transformación estructural en la forma que adquieren las relaciones de poder centrales del sistema-mundo capitalista, es decir, a una transformación de su estructura de dominación. Se argumentará que, desde su origen, en el sistema-mundo capitalista se configuró una estructura de dominación que sustentó el orden económico y social del sistema y que estableció unas relaciones de poder características. En un primer período, las relaciones de poder seguían una lógica imperialista, es decir, de manera muy sintética, los capitalistas y estados del centro del sistema estaban en una continua disputa, que en numerosas ocasiones derivó en guerras, por establecer su control económico y geopolítico sobre los espacios del sistema-mundo. Así, estados y capitalistas del centro mantenían continuos conflictos entre sí, y se imponían a través de la fuerza económica y geopolítica (diplomática, militar) a las periferias y semiperiferias. Esta lógica de dominación operó con éxito hasta que entró en crisis en 1914/1917, es decir, permitió que los capitalistas y los estados céntricos pudieran estructurar, expandir y administrar exitosamente la economía-mundo en su provecho. Con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa esta forma de dominación del sistema-mundo entra en crisis. Por una parte, las disputas geopolíticas entre los estados y capitalistas céntricos llegan a un punto en que los costos y riesgos de los conflictos militares dejan de ser razonables para las clases y grupos dominantes, no sólo por las inmensas pérdidas económicas, sino también porque llevaron aparejados una exacerbación de los conflictos sociales, los cuales llegaron a situaciones revolucionarias, y un debilitamiento de los estados céntricos y su capacidad de controlar a

las periferias. Por otra parte, el éxito de la Revolución Rusa potencia a las fuerzas que desde la Revolución Francesa planteaban un cuestionamiento del orden capitalista, lo que se refuerza por la fuerza geopolítica que adquiere la URSS en la Segunda Guerra Mundial, en un contexto de crisis económica en el centro, de descolonización inminente de África y Asia, de expansión comunista y de cuestionamiento al orden capitalista. Así, la crisis de 1914/1917-1945 mostró a las clases y grupos dominantes que era inviable mantener la lógica de dominación imperialista. Por ello, a contar del final de la Segunda Guerra Mundial las clases y grupos dominantes comienzan a fraguar una lógica de dominación hegemónica a escala del sistema-mundo. Con ella la dominación comienza a fundamentarse en una geocultura en la que tiene una relevancia central la producción y difusión, a escala del sistema-mundo, de discursos que buscan producir un consenso en torno al orden económico y social del sistema, a su dirección política y al liderazgo que ejercen las clases y grupos dominantes. Esta producción de hegemonía tiene como su sustento a una clase capitalista transnacional y una forma de estado global. La clase capitalista transnacional surge a partir de una confluencia inédita entre las clases capitalistas de los países céntricos, las cuales dejan atrás sus conflictos imperialistas y comienzan a converger en una clase transnacional crecientemente integrada y con una visión política de conjunto. La forma de estado global surge de una igualmente inédita alianza entre los estados céntricos, la cual a su vez posibilita y sustenta una creciente institucionalización de organismos internacionales que diseñan y difunden políticas a lo largo del sistema-mundo. Este dominio hegemónico, si bien en un principio enfrentó fuerzas contrahegemónicas significativas, al bloque de países comunistas y a una contrahegemonía que se buscó formar en la periferia, a partir de la década de 1980 y especialmente de la de 1990 logra afirmarse y establecerse casi sin contrapesos, lo que permitió relanzar el proceso de acumulación capitalista.

Cabe señalar que el cambio que estoy planteando debe entenderse como una reconfiguración de la estructura de dominación, no como un cambio de una estructura de dominación por otra, es decir, muchos de los elementos fundamentales de la estructura de dominación –por ejemplo, la jerarquía económica y geopolítica centro-semiperiferia-periferia, el dominio de los capitalistas sobre la división internacional del trabajo y sobre los procesos de acumulación– son comunes a ambos períodos. El cambio al que aludo es en la constitución

de la clase capitalista transnacional y en la forma de estado global, y en las lógicas de las relaciones de poder a través de las cuales se continúa el proceso de expansión y profundización del capitalismo, es decir, a través de los cuales se gobierna la economía-mundo y se mantiene la dominación de las clases y grupos dominantes. Así, si bien para facilitar la exposición a lo largo del trabajo me referiré a una “estructura de dominación imperialista” y una “estructura de dominación hegemónica”, no quiero decir que sea un cambio completo y que no existan continuidades muy relevantes entre ambas.

Cabe especificar esta tesis central en seis planteamientos, o “tesis auxiliares”, que buscaré argumentar a lo largo de este trabajo. En primer lugar, buscaré argumentar tres tesis que apuntan a definir características estructurales, de larga duración histórica, del sistema-mundo capitalista y de su estructura de dominación. La primera se relaciona con la propia estructura de dominación. El sistema-mundo capitalista, desde su origen y hasta el día de hoy, tiene como fundamento una estructura de dominación. Esto implica que hay un vínculo directo entre el capitalismo y la dominación, el capitalismo no es solamente una estructura económica, también es una estructura de dominación. En esta estructura de dominación los dos actores principales, los actores más poderosos del sistema, son los capitalistas y los estados, particularmente los capitalistas y estados céntricos, por lo que se sostendrá que el capitalismo es inseparable del estado, que la historia del capitalismo es la historia de la intervención estatal en la economía. Así, capitalistas y estados, aunque mantienen relaciones de poder, generalmente han colaborado activamente entre sí, y desde su posición de fuerza, potenciada por su vinculación, han sostenido relaciones de poder con múltiples actores –diferentes clases, grupos y estados– a partir de las cuales han expandido y profundizado el sistema-mundo y la explotación capitalista. De esta manera, sostendré que el sistema-mundo capitalista siempre tuvo como uno de sus elementos constitutivos a una estructura de dominación que se expresa, a la vez, en una jerarquía económica y geopolítica centro, semiperiferia, periferia, y una jerarquía social donde la clase capitalista, con el apoyo de los estados, organiza la división internacional del trabajo, explotando a las clases trabajadoras de las diversas latitudes del sistema, en función de la acumulación de capital que se lleva a cabo principalmente en provecho de los capitalistas situados en el centro del sistema.

La segunda tesis tiene relación con los actores centrales de toda la historia de la dominación capitalista, los capitalistas. Los capitalistas son la clase central en las relaciones de dominación del sistema-mundo, por lo que es fundamental identificarlos con completa claridad y establecer sus formas de acción características. El planteamiento que se sostendrá a lo largo del trabajo, es que los capitalistas son un muy pequeño conjunto de grandes –enormes– empresarios, dueños de monopolios o cuasimonopolios que buscan, y logran, estructurar ámbitos económicos y sociales en su beneficio mediante relaciones de poder económicas y extraeconómicas. Así, se entiende que los capitalistas permanentemente están involucrados en relaciones de poder, desarrollando estrategias para imponer su control de diferentes ámbitos económicos y sociales. Una de las características centrales de los capitalistas es su vínculo con los grupos que controlan el estado, así, uno de los múltiples recursos que poseen para ejercer una dominación económica son los vínculos con otras élites sociales, entre ellas las que administran el estado. Esto hace que la clase capitalista sea cualitativamente diferente del resto de la inmensa cantidad de actores que operan en la economía, incluso del resto de los dueños de medios de producción que no pueden ejercer un poder significativo sobre sus entornos económicos y sociales. Así, se argumentará que los capitalistas específicamente son el pequeño conjunto de dueños de enormes montos de capital que ocupan la cumbre de la jerarquía económica, y que se distinguen del resto de los actores económicos no sólo porque poseen más –mucho más– capital, sino porque sus acciones características son las relaciones de poder, a partir de las cuales establecen su dominación sobre diferentes ámbitos económicos y sociales para estructurarlos en función de la acumulación de capital que llevan a cabo. En suma, los capitalistas estratégicamente estructuran la vida económica y social en su beneficio, a diferencia de los demás actores económicos que se desenvuelven en ámbitos que estructuralmente limitan sus márgenes de acción. Por este motivo, se sostendrá la necesidad de distinguir a los capitalistas de la manera más clara posible, conceptualizándolos directamente como “capitalistas”, sin importar el ámbito económico en el que se desenvuelven –extractivista, industrial, financiero, comercial–, su “status social” –aristocrático, burgués o cualquier otro–, evitando conceptos, como “burguesía”, que difuminan esta distinción al entremezclarlos con otras clases y grupos

cualitativamente diferentes, incluso estableciendo un continuo entre las “clases medias” y la cumbre económica ocupada por los capitalistas.

La tercera tesis se relaciona a las luchas de clases. Desde el origen del sistema-mundo se desarrollaron luchas de clases a través de las cuales la clase capitalista extendió y profundizó el control capitalista de la economía, es decir, fue incorporando regiones y poblaciones a la división internacional del trabajo que controlan, lo cual implicaba destruir o reconfigurar las economías de mercados locales y regionales, romper las economías comunitarias, disminuir las tierras y producciones destinadas al autoconsumo, etc. Esto significó para las clases trabajadoras, y las clases populares en general, verse sometidas a crecientes niveles de pauperización –absoluta, no relativa– al menos hasta mediados del siglo XIX, lo que se expresó en la extensión de esclavitud, la profundización del régimen servil, la asalarización forzada, y condiciones de trabajo extraordinariamente duras, por ejemplo, en las plantaciones de cultivos para la exportación o en las primeras industrias manufactureras. Esto tuvo como consecuencia, desde temprano y en todas las latitudes, una reacción “anticapitalista”, es decir, luchas donde las clases trabajadoras y populares se revelaban en contra de las consecuencias que tenía para ellos la expansión y profundización del capitalismo. Así, el “anticapitalismo” al que me refiero no tiene una connotación ideológica “socialista”, “comunista” o la que sea, sino que es una rebelión contra las implicancias materiales del capitalismo. En este contexto, argumentaré que las revoluciones francesa y rusa tienen un lugar central en esta historia de las luchas de clases. La Revolución Francesa fue provocada, entre otros motivos, por los durísimos niveles de pauperización que se habían alcanzado luego de varios siglos de profundización del capitalismo, lo que explica la extensión de la violencia popular tanto en las zonas urbanas como en las rurales, y es la primera rebelión anticapitalista que alcanza un cierto éxito, ya que puso en jaque a la estructura de dominación capitalista en Francia, lo que obligó a los capitalistas y las demás clases y grupos dominantes a realizar algunas concesiones y a disminuir la presión explotadora sobre las clases trabajadoras. Pero esta revolución es central por sus consecuencias, ya que en su contexto surgen los primeros visos de una formación ideológica alternativa al capitalismo –proto comunista o anarquista–, y porque abre un período revolucionario, particularmente en el centro, pero no sólo ahí –en el mismo período se produce la Revolución Haitiana–, lo que plantea por primera vez un

cuestionamiento a la dominación capitalista. Ante esta situación, las clases y grupos dominantes del centro debieron disminuir su presión explotadora, mejorar las condiciones de vida de las clases populares, y reconfigurar su forma de dominación, estableciendo una estrategia de dominación hegemónica en los países del centro. Esta estrategia operó con éxito hasta 1917. El triunfo de la Revolución Rusa, y luego el poder geopolítico de la URSS, abrió una nueva época de cuestionamiento a la dominación capitalista, el cual es, como lo señalé en relación a la tesis central, fundamental para entender la crisis de la estructura de dominación imperialista y su cambio a una forma de dominación hegemónica.

Las siguientes tres tesis tienen que ver con la transformación estructural que se señaló en la tesis central. Cada una de ellas apunta a un aspecto de la reconfiguración que se produjo en la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista a partir del final de la Segunda Guerra Mundial.

La primera tiene relación con una transformación en la clase capitalista, la clase central en la estructura de dominación. Postulo que los capitalistas, que hasta la Segunda Guerra Mundial estaban divididos en clases nacionales que competían entre sí, comienzan a converger y a formar una clase capitalista transnacional. Esta es una nueva clase sólo en términos de su composición plurinacional, no en términos de haber reemplazado a un conjunto de capitalistas por otro. Es decir, esta clase se constituyó por los mismos capitalistas que anteriormente conformaban las diferentes clases nacionales que se enfrentaban en la arena económica y geopolítica del sistema-mundo. Por ello, la transformación central no es económica, es política, los capitalistas se reorientan constituyendo una clase transnacional para llevar a cabo sus luchas de clase en conjunto, y para desarrollar un proyecto de dominación común, frente a los diversos desafíos a su dominación que se abrían en la postguerra. Esta clase transnacional se extiende rápidamente, desde un núcleo inicial transatlántico, que unificó a capitalistas de los diferentes países europeos, de Estados Unidos y Canadá, extendiéndose a Japón y luego a países semiperiféricos y periféricos. Lo relevante es considerar que esta clase, como conjunto, desarrolla visiones y proyectos de desarrollo capitalistas comunes, y establece sus luchas de clases a lo largo de todo el sistema-mundo en pos de asegurar su situación de dominación y, desde la década de 1980, de profundizar de su control de la economía.

La segunda tesis vinculada con las transformaciones acaecidas luego de la Segunda Guerra Mundial tiene relación con el establecimiento de lo que conceptualizaré como una “forma de estado” global, es decir, con un conjunto de instituciones que cumplen con la función estatal de establecer lineamientos políticos para el desarrollo del sistema-mundo. El origen de esta forma de estado global es la alianza que se establece entre los estados céntricos en los primeros años de la Guerra Fría para enfrentar los diversos desafíos que enfrentaban, particularmente el avance del bloque de países comunistas. Esta alianza de estados céntricos impulsó la creación de un conjunto de instituciones interestatales –Naciones Unidas y sus organismos especializados, el Banco mundial, el Fondo Monetario Internacional, etc.– que, junto a otras organizaciones de los propios estados céntricos –la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, el G7, el G20, etc.–, y organizaciones internacionales privadas, que conforman una “sociedad civil global” en las que se establecen los vínculos entre la clase capitalista transnacional y líderes políticos, intelectuales, etc., –el Foro Económico mundial, la Comisión Trilateral, etc.–, constituye un conjunto institucional que produce políticas a escala global a través de las cuales se gestiona la economía-mundo. Este conjunto institucional conforma un tipo, en el sentido gramsciano, de “estado ético” transnacional, que lidera la definición de los lineamientos de políticas para el sistema-mundo. Esta forma de estado global tiene una considerable capacidad coactiva para inducir a los diversos estados nacionales para que implementen sus políticas, incluyendo instituciones jurídicas como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI). Sin embargo, generalmente esta capacidad coactiva no es necesaria, ya que esta forma de estado global produce un conjunto de discursos a partir de los cuales se produce y difunde una hegemonía global, creando un consentimiento sobre el orden capitalista y la dirección histórica que le otorgan sus políticas.

La última de las tesis sobre las transformaciones en la estructura de dominación, se relaciona con la nueva lógica de dominación hegemónica que prima en el sistema-mundo contemporáneo, que reemplaza a la tradicional lógica de dominación imperialista. Cabe clarificar primero que este es un cambio estructural en la lógica de dominación general, pero que aún se producen frecuentemente relaciones de poder de carácter imperialista, en las que la alianza de estados céntricos ejerce violencia sobre estados periféricos, o mantiene una

tensión geopolítica con estados semiperiféricos, es decir, la hegemonía opera como una lógica general que se complementa con formas imperialistas, una combinación de coerción y consenso. Sin embargo, argumentaré que las relaciones de dominación contemporáneas se sostienen centralmente en una hegemonía global, en la producción de un consenso general sobre la dirección del desarrollo histórico del sistema y sobre el liderazgo que en él ejercen las clases y grupos dominantes. Como toda hegemonía, la hegemonía global es una producción político-cultural, ideológica, que en este caso se sostiene en una geocultura que engloba un conjunto de ideas y visiones a escala global sobre el orden del sistema-mundo y de las sociedades que lo conforman. En este conjunto de ideas es central el uso del saber “científico” que fundamenta discursivamente la aplicación de políticas, por lo que las relaciones de poder-saber adquieren un alcance global que tiene un directo impacto en la producción de subjetividades y en el gobierno de las diversas poblaciones del sistema-mundo, así, la hegemonía se sustenta centralmente en, usando una expresión foucaultiana, discursos de verdad que buscan entregarle una legitimidad científica a la estructuración política del orden económico y social global. En la producción discursiva de la hegemonía es central la institucionalidad que conforma la forma de estado y de sociedad civil global que indiqué arriba, ya que estas instituciones permanentemente están desarrollando discursos de verdad a partir de los cuales buscan orientar al conjunto de la economía-mundo y a los diversos ámbitos institucionales y geográficos relevantes para la acumulación capitalista. También son muy relevantes en la producción de la hegemonía global una amplia pluralidad de instituciones de los países céntricos, que actúan a escala internacional, en las que tienen amplia influencia los capitalistas, particularmente medios de comunicación y centros de producción de conocimientos –universidades, centros de estudios, etc.–. Además, la reproducción y adaptación de la hegemonía en las periferias es activamente desarrollada por sus clases y grupos dominantes a través de diversas instituciones estatales y de la sociedad civil. Así, la producción de la hegemonía global es una amplísima empresa que conecta a las instituciones de la forma de estado global con otras situadas a nivel nacional y local. Esta masiva producción discursiva establece los lineamientos políticos generales de la economía-mundo, además de las políticas concretas sobre diferentes ámbitos institucionales o diferentes zonas geográficas del sistema-mundo. De esta manera, si bien se mantiene la aplicación de

la violencia a nivel geopolítico y a nivel de las sociedades estatales, son mucho más relevantes, como lo plantea Foucault, las formas “positivas” de las relaciones de poder para el mantenimiento de la estructura de dominación, por lo que la producción geocultural de un consenso hegemónico es central para fundamentar el orden del sistema-mundo y de sus diferentes ámbitos globales, nacionales y locales, y para sustentar las intervenciones políticas que se realizan sobre ellos.

Como se señaló, el objetivo del trabajo es analizar la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista y las relaciones de poder centrales que estructura. La estrategia metodológica que se sigue para alcanzar este objetivo es doble, ya que se busca conjugar la construcción de una perspectiva teórica con un análisis empírico utilizando datos históricos. La construcción de la perspectiva teórica se fundamenta en complementar los planteamientos que sobre el capitalismo ha desarrollado la perspectiva del sistema-mundo, fundamentalmente Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein, con las propuestas de Michel Foucault y Antonio Gramsci sobre las relaciones de poder y de dominación. Así, hay dos ejes teóricos que se buscará complementar, el primero sobre las características estructurales del capitalismo como sistema social, y el segundo sobre las formas que adquieren las relaciones de poder y dominación centrales de un sistema social.

En relación al primer eje, se asumirán muchos de los planteamientos centrales de la Perspectiva del Sistema-Mundo, a través de los trabajos de dos de sus principales exponentes, Braudel y Wallerstein. A través de los planteamientos de estos autores buscaré establecer una doble conceptualización del capitalismo, por una parte, como un sistema social, el sistema-mundo capitalista, por otra parte, como un nivel del conjunto de la vida económica, el nivel de los monopolios. El énfasis que interesa en esta doble conceptualización del capitalismo, es en que ambos aspectos se vinculan directamente con el ejercicio del poder y con el establecimiento de una dominación. En relación a la caracterización del capitalismo como un sistema social, esta perspectiva permite establecer las características centrales del sistema-mundo capitalista, enfatizando el papel que tienen los grandes capitalistas transnacionales y los estados céntricos en las relaciones de poder que estructuran una división internacional del trabajo y de un régimen de acumulación mundial. Por otra parte, la identificación del capitalismo con el nivel de la vida económica controlada por los monopolios lo pone en

relación directa con el ejercicio del poder económico y extraeconómico que ejercen este tipo de empresas, así como su indisociable vínculo con el estado en función del control de los mercados y la vida económica en general. Se destaca por tanto la posición central de las relaciones de poder en la constitución de este sistema histórico, y el dominio que en ellas han ejercido los monopolios capitalistas y los estados más poderosos del sistema interestatal.

En el segundo eje del desarrollo de la perspectiva teórica, se complementan los planteamientos de Antonio Gramsci sobre la hegemonía con los de Michel Foucault sobre las relaciones de poder. El objetivo es complementar a ambos autores para tener una perspectiva para el análisis de la articulación entre las múltiples relaciones de poder que cotidianamente se despliegan sobre los sujetos, con una dominación general que ejerce una clase al establecer su hegemonía social. Así, más allá de las distancias epistemológicas, teóricas y políticas entre ambos autores, y que sus “escuelas” enfatizan, se busca complementar las herramientas analíticas que ofrecen. En relación a Foucault, interesan particularmente sus planteamientos sobre las relaciones de poder-saber y su incidencia sobre los sujetos, sobre la conducción de los sujetos, a través del gobierno de sus conductas e incluso a través de la producción de sus subjetividades. En cuanto a los planteamientos de Gramsci, interesan particularmente sus reflexiones sobre las estrategias de dominación hegemónica de la clase capitalista a través de la producción de un consenso sobre el orden social y sobre su liderazgo político en la conducción del desarrollo histórico de las sociedades, y sus planteamientos sobre el papel que cumple el estado y la sociedad civil en el marco de la producción de este dominio hegemónico.

El objetivo de esta elaboración teórica es definir una perspectiva interpretativa general sobre la estructura de dominación contemporánea del capitalismo y del sistema-mundo descrito por Braudel y Wallerstein, adaptando los planteamientos que realizaron Gramsci y Foucault sobre las relaciones de poder, la dominación y la hegemonía, al contexto de este sistema social. De esta manera, se adaptará al espacio social del sistema-mundo capitalista, a la escala y a las características estructurales de este sistema social, los planteamientos de Foucault y Gramsci, realizados en vista de ámbitos sociales nacionales o locales. El conjunto de estas perspectivas permite tener puntos de partida para la comprensión del capitalismo contemporáneo como un sistema mundial estructurado en base a relaciones de poder y

dominación. Así, se entenderá al sistema-mundo capitalista como un sistema social cuyas estructuras centrales, la división mundial del trabajo y el orden interestatal, son producto y productoras de relaciones de dominación; se identificará al capitalismo con los monopolios que, en conjunto con el estado, orientan y manipulan los mercados según sus intereses; se conceptualiza al saber cómo un elemento central de las relaciones de poder que buscan la constitución de subjetividades y el gobierno de las poblaciones; y se sitúa a la producción de hegemonía como el objetivo político central de las clases dominantes, para lo cual usan indistintamente las instituciones del estado y/o la sociedad civil. Estos cuatro planteamientos constituyen las bases conceptuales para la perspectiva teórica que emplearé en el análisis de las relaciones de poder y dominación en el capitalismo mundial, y para comprender el papel que en la actualidad tiene una clase capitalista transnacional que domina la vida económica, ya no sólo en base a su poder y a su vínculo con los estados céntricos, sino además a través de la serie de instituciones internacionales que conforman un aparato político de alcance global, desde el cual se difunden orientaciones políticas e intervenciones “técnicas” sobre las poblaciones y los espacios sociales –particularmente de la periferia–, fundamentadas en una hegemonía global.

La investigación empírica de este trabajo se fundamenta en el uso de información histórica secundaria, es decir, recabada a través del análisis de estudios históricos sobre procesos o coyunturas relevantes para las tesis que busco sustentar en este trabajo. Dada la primacía que en la actualidad tiene el uso de métodos cuantitativos y cualitativos en la investigación social académica, estimo necesario justificar el uso de una metodología histórica. Los datos históricos son una inmensa, casi infinita, fuente de información disponible para la investigación social de prácticamente cualquier fenómeno. La intención en este trabajo es el uso de la historia, incluso la relativamente remota, para el análisis del presente, ya que el presente no sólo fue históricamente configurado, sino que sus características estructurales y la lógica de sus procesos se pueden entender en base al estudio de su historia. Braudel expresa bien esta idea: “La apuesta es la confianza que pongo en una utilización lo más amplia posible de la historia, tomada esta vez en sus desarrollos cronológicos y en sus temporalidades diversas. Como si dejarse llevar por ella, según sus tendencias y sus lógicas, fuese recurrir a la prueba por excelencia... ..es una apuesta mezclada con una cierta pretensión, a saber, la

de que la historia puede presentarse a la vez como una explicación –una de las más convincentes– y como una verificación, la única en verdad, situada fuera de nuestras deducciones abstractas, de nuestras lógicas *a priori*...” (1984b, 1, cursivas del autor). Cabe señalar que los tipos de datos históricos son variadísimos. Todos se pueden emplear y entrecruzar, en tanto se utilicen con rigor y, especialmente, evitando establecer generalidades en base a poca información (precauciones que, por lo demás, se deben tener al usar cualquier tipo de metodología).¹⁷

Sin embargo, más allá de las posturas epistemológicas sobre las metodologías de investigación social, los métodos a emplear en una particular investigación deben adecuarse al objeto que se quiere formar, porque además, como lo advierte Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2001), el objeto es influido en su conformación por el método de análisis, por lo que se debe tener una vigilancia epistemológica al seleccionar los métodos de investigación. En el caso del estudio del sistema-mundo capitalista la historia es indispensable, ya que el sistema-mundo es un sistema histórico. Esto quiere decir que no puede ser descrito de manera abstracta, como un “tipo puro” de un conjunto de sistemas, y tampoco se pueden realizar estudios de caso o análisis comparados de “sociedades” para extrapolar alguna conclusión a otros casos similares y al sistema en su conjunto, ya que las sociedades no son sistemas sociales autocontenidos, y no se pueden abstraer de la totalidad social en la que se insertan – el sistema-mundo– que les otorga muchas de sus características centrales.¹⁸ Así, el sistema-mundo no responde a algún patrón general que sigue un conjunto de sistemas, ni puede ser descompuesto en sus unidades, ni presenta una tendencia evolutiva meta histórica externa a sus propios procesos y tendencias estructurales. Por ello, la alternativa que queda es estudiar los procesos históricos del propio sistema, en el marco de sus características estructurales generales.

¹⁷ Este uso de la diversidad de información histórica se puede apreciar a través de un trabajo como el que realizó Braudel en *Civilización Material*, donde articula una amplia pluralidad de datos como estadísticas económicas, comerciales, financieras, libros de contabilidad, relatos de viajeros, obras artísticas, cartas de diplomáticos, tratados internacionales, estadísticas demográficas, distribuciones geográficas entre otros; al respecto Braudel señala: “[En este volumen el lector hallará] relatos, descripciones, imágenes, evoluciones, rupturas y regularidades. [...] He tratado solamente de ver y hacer ver para comprender, es decir, para verificar” (1984c, 1).

¹⁸ Al respecto Wallerstein señala: “...abandoné definitivamente la idea de tomar como unidad de análisis tanto en Estado soberano como ese otro concepto aún más vago, la sociedad nacional. Decidí que ninguno de los dos era un sistema social y que solamente podía hablarse de cambios sociales en sistemas sociales. En este esquema el único sistema social era el sistema mundial” (2003, 12).

Así, a través del uso de la historia se puede acceder al análisis empírico que permite el estudio de este sistema y de los procesos que aloja en la actualidad. Este análisis, como cualquier otro que usa a información empírica, requiere una previa conceptualización de las características estructurales del objeto –el sistema-mundo– y una problematización teórica del objeto de interés –su estructura de dominación–. Luego, a través del análisis histórico se buscará indagar en las características centrales de las relaciones de poder que enmarca la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista, así como los principales procesos que han incidido en las reestructuraciones de esta estructura de dominación. Sin embargo, en ningún caso se pretende hacer una “historia” de la dominación en el sistema-mundo capitalista. Sólo se apela al análisis histórico para contar con datos que permitan analizar determinados procesos que se considera representan relaciones de poder características de la estructura de dominación, y aquellas que contribuyeron a producir cambios estructurales en dicha estructura, es decir, se usan los datos históricos para el estudio de la estructura de dominación a través del análisis de relaciones de poder. Se intenta así seguir el método propuesto por Wallerstein, que cuando describe como realizó su estudio del sistema-mundo señala: “Estaba intentando describir el sistema mundial a un cierto nivel de abstracción, el de la evolución de las estructuras de la totalidad del sistema. Tenía interés en describir sucesos particulares tan sólo en la medida en la que iluminaran el sistema como ejemplos de algún mecanismo, o en la medida en que fuesen puntos decisivos cruciales en algún cambio institucional de primer orden” (2003, 14).

Finalmente cabe clarificar porqué en el análisis histórico, cuyo objetivo central es el análisis del presente, fue necesario retroceder varios siglos, incluso hasta el origen del sistema-mundo, es decir, entre los siglos XIII y XV. El trabajo tiene como objetivo el estudio de la estructura de dominación del sistema-mundo y de las principales relaciones de poder que alberga. Como se puede observar, no hay una delimitación de un período de estudio, y preferí omitir utilizar la noción de “contemporáneo”, o algún concepto similar, aunque, como lo señalé, la situación actual es la que marca mi interés en el capitalismo. Omití esta referencia a lo “contemporáneo” en el objetivo general ya que podía resultar equivoca. Esto porque el uso de “contemporáneo” que generalmente hago en el trabajo es en referencia al período que se abre luego del final de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, no consideré adecuado

utilizar esa noción en el objetivo porque, si bien postulo que luego de este conflicto se producen cambios estructurales en la forma de la dominación capitalista, esos cambios no son completos, por el contrario, muchas de sus características del período previo se mantienen. Las transformaciones estructurales que planteo no son un cambio de la estructura de dominación, son cambios en la estructura de dominación, por lo que la actual estructura de dominación mantiene características del período anterior, período que se remonta al origen del sistema-mundo. Por ello, si el objetivo de un estudio es un análisis de una particular estructura social –la estructura de dominación–, lo “contemporáneo” se refiere al tiempo de dicha estructura, que en este caso su origen se sitúa, aproximadamente, entre los siglos XIII y XV, aunque evidentemente ha sufrido cambios durante el tiempo que precisamente se quieren analizar.

Así, elementos centrales de la estructura de dominación del sistema-mundo, por ejemplo, las relaciones entre los capitalistas y sus estados, el control de los mercados por parte de los capitalistas, la jerarquía geopolítica centro-semiperiferia-periferia, la explotación del trabajo o la geocultura que le otorga un fundamento ideológico a las relaciones jerárquicas, trascienden el cambio estructural al que me refiero, aunque adquieren características diferentes a lo largo del tiempo, pero manteniéndose como elementos centrales de la estructura de dominación. Por este motivo, el análisis de un proceso histórico particular para ilustrar algunas de las relaciones de poder características del sistema-mundo puede remontarse varios siglos atrás, dado que son relaciones de poder que se contextualizan en una estructura de larga duración histórica. La elección del “caso” de estudio –el proceso histórico específico– con el que se busca ilustrar determinado aspecto de la estructura de dominación dependerá del material disponible y, si hay bastante material, de algún aspecto que particularmente se quiera relevar y del caso que resulte más ilustrativo con respecto a él. Así, por ejemplo, la expansión original del sistema-mundo fue un proceso que consideré facilitaba la exposición de diferentes aspectos de la estructura de dominación, como el control capitalista de los mercados y la jerarquización centro-semiperiferia-periferia.

Por otra parte, la tesis central es el cambio que luego de la Segunda Guerra Mundial se produjo en la estructura de dominación. Esta tesis supone un cambio histórico, ya que la lógica imperialista, que habría operado con éxito desde el origen del sistema-mundo, entra

en un período de crisis que se abre en 1914/1917 y concluye en 1945. Esto me supuso entonces un análisis mínimo de las características de estructura de dominación imperialista, como operaba cuando resolvía exitosamente las relaciones de poder del sistema-mundo, y de su crisis, ya que es indispensable analizar la crisis para entender la respuesta de las clases y grupos dominantes que genera la característica hegemónica del período actual. De esta manera, se hizo imperativo analizar la crisis de 1914/1917-1945 y un período que permitiera fundamentar las razones de la crisis. Como lo muestran los dos años que indican el inicio de la crisis, argumento que esta tiene un doble cariz, uno geopolítico, que inicia con la Primera Guerra Mundial, y uno vinculado a la agudización de las luchas de clases, que inicia con la Revolución Rusa. Ambos elementos me obligaban a retroceder en la historia para buscar explicarlos, por una parte, a la agudización de la competencia imperialista que se produjo en la segunda mitad del siglo XIX, por otra, a la aparición de un componente “anticapitalista” en las luchas de clases, lo que me llevó a la Revolución Francesa. Así, la crisis y sus antecedentes me llevaron a incluir un período histórico que abarca desde finales del siglo XVIII. Por otra parte, el análisis de como operaba la estructura de dominación imperialista también lo utilicé para, como lo indiqué arriba, analizar los elementos básicos de la estructura de dominación capitalista general que operan hasta hoy, por lo que el análisis de procesos históricos específicos tuvo el doble propósito de ilustrar aspectos generales, de larga duración, de la estructura de dominación y la forma como operaba la dominación imperialista.

Este trabajo se divide en tres partes que se dividen en un número variable de capítulos y estos, a su vez, se dividen en secciones. En la primera parte se establecen los elementos conceptuales centrales que permiten caracterizar al capitalismo, definir las características estructurales del sistema-mundo capitalista, y analizar las relaciones de poder y de dominación que se producen en este sistema social. En la segunda parte realizaré el análisis histórico de las relaciones de poder características que se produjeron en el marco de la estructura de dominación imperialista, entre el origen del sistema-mundo hasta antes de la crisis que estalla en 1914/17, lo que también permite establecer las características centrales de la estructura de dominación de larga duración histórica que permanecen hasta hoy. En la tercera parte analizaré la actual estructura de dominación hegemónica del sistema-mundo

capitalista, centrándome en la conformación de una clase capitalista transnacional, una forma de estado global y en la producción de hegemonía a escala global.

Primera parte: Perspectiva analítica.

En esta parte voy a establecer los elementos conceptuales para el análisis de la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista y las relaciones de poder que enmarca. Para ello me detendré primero en la conceptualización del capitalismo desde la Perspectiva del Sistema-Mundo, es decir, entendiéndolo, simultáneamente, como el nivel de la vida económica controlado por los monopolios y como una economía-mundo que abarca en una misma división internacional del trabajo a espacios que están en diversas jurisdicciones estatales. Para ello revisaré algunos de los planteamientos de la Perspectiva del Sistema-Mundo, principalmente de Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein, sobre el capitalismo y las características estructurales del sistema-mundo capitalista, particularmente aquellos planteamientos que permiten vincular al capitalismo con una estructura de dominación que contiene relaciones de poder que permiten mantener, expandir y profundizar al capitalismo. En segundo lugar, me detendré en establecer una conceptualización de la estructura de dominación, de las relaciones de poder y del vínculo entre ellas. Para ello usaré principalmente los planteamientos de Michel Foucault sobre las relaciones de poder y particularmente sobre el vínculo entre poder y saber en la constitución de los sujetos y el gobierno de las poblaciones, y de Antonio Gramsci sobre la hegemonía como forma de dominación de clase producida desde aparatos institucionales del estado y la sociedad civil, pero además buscaré conceptualizar un vínculo entre relaciones de poder y estructura de dominación que permita establecer una articulación teórica entre un componente estructural y un componente dinámico de la vida social. La revisión de los planteamientos de Braudel, Wallerstein, Foucault y Gramsci, además de los otros autores empleados, busca conformar una perspectiva analítica que permita comprender la lógica de las estructuras de dominación que ha tenido el sistema-mundo capitalista y como han estructurado las relaciones de poder del sistema. Así, en esta parte expondré las herramientas conceptuales centrales que permitan, en la siguiente parte, realizar el análisis histórico del sistema-mundo capitalista hasta la crisis que se produce entre 1914/1917 y 1945, para luego, en la tercera parte, argumentar que en la actualidad las relaciones de poder del sistema-mundo capitalista operan, principalmente, en

una lógica hegemónica. Esta primera parte se organiza en dos capítulos subdivididos en secciones, el primer capítulo enfocado en la conceptualización del capitalismo y el sistema-mundo capitalista, y el segundo en la conceptualización de la estructura de dominación, las relaciones de poder y su vinculación.

1.1. El capitalismo en la Perspectiva del Sistema-Mundo.

En el presente capítulo buscaré definir las características centrales del capitalismo principalmente a través de los planteamientos de la Perspectiva del Sistema-Mundo, particularmente en la versión de Immanuel Wallerstein y Fernand Braudel. El trabajo consistirá en destacar algunos planteamientos conceptuales específicos dentro de la perspectiva teórica general que comparten ambos autores¹⁹. Estos planteamientos específicos se relacionan con el interés del trabajo, que busca centrarse en las relaciones de poder y dominación que conlleva el capitalismo mundial. Los planteamientos conceptuales que se revisaré giran en torno a dos ejes, el primero –revisado en la sección 1.1.2.– busca especificar el nivel económico que ocupa el capitalismo, el de los monopolios, en contraste al nivel de la economía de mercado. Se diferencia así un ámbito, unos actores y una lógica económica capitalista de otros ámbitos, actores y lógicas económicas no capitalistas, vinculando directamente al capitalismo con el poder y la dominación, con el ejercicio del poder económico y extraeconómico por parte de las grandes empresas monopólicas o cuasimonopólicas, y con el vínculo que establecen con el estado en función del control y la dirección de la vida económica en su beneficio. El segundo eje conceptual –abordado en la sección 1.1.3.– busca definir las estructuras centrales del sistema-mundo capitalista, que constituyen al capitalismo como un sistema social que sobrepasa las fronteras estatales y que estructura en un sistema a las múltiples sociedades a través de la división internacional del trabajo, destacando el papel que tienen las relaciones de poder dominadas por los grandes capitalistas y los estados céntricos en la estructuración del sistema. Se destaca por tanto la posición central de las relaciones de poder en la constitución de este sistema histórico, y el dominio que en ellas han ejercido los monopolios capitalistas y los estados más poderosos del sistema interestatal, para el dominio de los mercados y su estructuración en función de una economía-mundo dominada por estos actores. Esta sección es bastante amplia ya que en ella se analizan las características centrales del sistema-mundo capitalista, su estructura

¹⁹ Ambos autores destacan sus acuerdos de fondo y la complementariedad de sus trabajos. Por ejemplo, Braudel señala: “Estas observaciones [sobre la definición de la economía-mundo] demasiado apresuradas exigirán evidentemente comentarios y explicaciones. Las encontrarán ustedes en el tercer volumen de mi obra, pero pueden hacerse una idea exacta de las mismas en el libro de Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System...* El hecho de que yo no esté siempre de acuerdo con el autor acerca de tal o cual punto, incluso acerca de una o dos ideas generales, tiene poca importancia. Nuestros puntos de vista son, en lo esencial, idénticos...” (1994, 89, cursivas del autor).

económica y geopolítica, la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, el papel de los estados, las relaciones de poder geopolíticas y geoeconómicas y su geocultura, entre otros elementos. Antes de abordar estos dos ejes conceptuales, en la primera sección de este capítulo (sección 1.1.1.) se plantea una definición inicial y general de lo que se entiende por capitalismo, enfatizando la diferencia entre la definición que se utilizará con algunos de los usos más frecuentes que recibe el concepto de capitalismo en las Ciencias Sociales, buscando así concretizar una definición inicial y despejar posibles ambigüedades que pudieran permanecer si no se explicita claramente sus diferencias con los usos convencionales.

1.1.1. Una definición inicial del capitalismo.

La conceptualización del capitalismo que se utiliza en este trabajo deriva directamente de la Perspectiva del Sistema-Mundo, y particularmente de los planteamientos de Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein. Tres son los elementos centrales de la definición del capitalismo que se utilizará: se considera que el capitalismo es (1) un sistema-mundo, es decir, un conjunto económico que contiene una división internacional del trabajo jerárquica, que abarca múltiples jurisdicciones estatales, con un centro dominante y semiperiferias y periferias subordinadas; (2) el nivel de la vida económica en el que operan los monopolios, los cuales tienen una estrecha y continua relación –de poder– con los estados, y (3) la orientación de la producción para su venta con el objetivo de obtener las máximas ganancias posibles y así acumular capital, lo que genera un proceso de acumulación de capital, fundamentado en la previa posesión de capital, que no tiene un fin u objetivo externo, lo que hace que el sistema tenga una tendencia infinita a la expansión y profundización. Los dos primeros elementos de la definición son fundamentos estructurales centrales que se analizarán en las siguientes secciones de este capítulo, el tercer elemento es un aspecto “motivacional” de las clases dominantes y de los estados más poderosos del sistema que se reflejan en la expansión y profundización del sistema, lo que se mostrará en el análisis histórico del sistema-mundo que se realizará en las siguientes dos partes. Como no me detendré en el tercer elemento en este capítulo cabe señalar que, en términos generales, por “expansión” me refiero a la incorporación de nuevos espacios geográficos y nuevas poblaciones al sistema-mundo, y por “profundización” me refiero al proceso de inclusión en

el ámbito económico capitalista de aspectos económicos de la vida que previamente estaban situados en los niveles de la economía de mercado y de la vida material (esta distinción de la vida económica en tres niveles la abordaré en la sección 1.1.2.), es decir, la tendencia a la “mercantilización” pero con la especificidad que es una mercantilización controlada por los monopolios capitalistas. Sintetizando estos tres elementos, se considera al capitalismo como un sistema-mundo que contiene una división internacional del trabajo estructurada por monopolios capitalistas que, con el apoyo de los estados, llevan a cabo una acumulación infinita de capital. Esta definición se aleja en varios aspectos de las conceptualizaciones más usadas del capitalismo, por ello, antes de profundizar en los elementos que son centrales para el desarrollo de este trabajo, considero conveniente detenerme en diferenciar la perspectiva que aquí se asume de las visiones que tienen mayor uso.

La acepción del capitalismo que se usará se aleja completamente de su habitual asociación con la “economía de mercado”, el “mercado” a secas o el “libre mercado”, y de la implicancia de esta asociación en términos de una autonomía entre mercado y estado o entre sistema económico y sistema político. Tampoco se asocia el capitalismo con un modo de producción caracterizado por el uso de fuerza de trabajo “libre” o “formalmente libre”, que es contratada a cambio de un salario por el empresario capitalista. También se rechaza la idea de que el capitalismo se ha contextualizado tradicionalmente en el marco de economías/mercados nacionales. Finalmente, no se reconoce algún tipo de relación del capitalismo con fenómenos culturales como la religión o las creencias y prácticas éticas. Voy a detenerme muy brevemente en estos puntos, lo que también me permitirá ir planteando los elementos que constituyen la conceptualización del capitalismo que se usará en este trabajo.

En las Ciencias Sociales priman perspectivas ligadas a la matriz de pensamiento liberal,²⁰ según la cual en las “sociedades modernas”, se constituiría un mercado que opera según lógicas autónomas a las del estado, y a las lógicas políticas en general. Desde esta visión se

²⁰ La influencia del liberalismo, de la filosofía liberal, en las Ciencias Sociales es enorme, plasmándose en algunas de las premisas básicas sobre el orden social “moderno”, en particular el postulado que tienen relación con la separación del estado, la sociedad civil y el mercado, así como con sus formas de relación entre entidades autónomas. Incluso la división que originalmente realizó el liberalismo entre estas “esferas” dieron origen, durante el siglo XIX, a la institucionalización de las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales –economía, sociología, ciencia política–, enfocadas en los objetos de estudio particulares, diferenciados, que define la filosofía liberal –economía, sociedad, política–. Sobre la influencia de la filosofía liberal en las ciencias sociales y su división disciplinar véase Comisión Gulbenkian 1997, un análisis histórico de la primacía de la filosofía liberal puede encontrarse en Wallerstein 2011.

plantea que la modernidad tendría aparejada un proceso de diferenciación de los sistemas sociales asociado a la racionalización de las dinámicas sociales.²¹ Los diferentes sistemas (o subsistemas dependiendo de la perspectiva) tendrían autonomía, es decir, un funcionamiento u operación interna autónoma de los demás sistemas sociales, funcionamiento que se contextualizarían en un conjunto de instituciones específicamente vinculadas a su operación, es decir, un conjunto de instituciones diferenciadas de aquellas que pertenecen a otros sistemas, y que desarrollan sus operaciones según una lógica propia, autónoma, o incluso autopoietica. De esta manera, con la modernidad, la economía se institucionalizaría en un sistema, el mercado, ámbito en el que convergerían múltiples individuos como oferentes o demandantes de bienes y servicios guiados por su racionalidad individual maximizadora de beneficios, que opera con autonomía con respecto a otros sistemas sociales, como aquellos donde se institucionalizarían las relaciones de poder, el sistema político que comprende al estado y al conjunto de instituciones funcionalmente orientadas a la actividad política.²² En este contexto, en la Economía, la Sociología y las Ciencias Sociales en general, es habitual la identificación del capitalismo con la economía de mercado, o el “libre mercado”, es decir, con un espacio económico con mínimas restricciones estatales o de otro tipo –particularmente restricciones vinculadas a convenciones religiosas o culturales–. El libre mercado sería un factor central para permitir tanto la libre compra/venta de fuerza de trabajo por un salario, como el cálculo racional de empresarios que toman los precios como datos objetivos –ya que no incidirían sobre ellos– para el cálculo de sus inversiones, elementos que se consideran centrales para el desarrollo de un capitalismo “racional”, que es como comúnmente la sociología caracteriza al capitalismo.²³

²¹ El dominio de esta perspectiva en la sociología queda reflejado en las obras de algunos de los autores de mayor influencia en la disciplina durante el Siglo XX, como Parsons, Habermas, Luhmann o Giddens.

²² Desde esta perspectiva las vinculaciones entre política y economía incluso son entendidas como situaciones de “corrupción” de los sistemas que los hacen indiferenciarse, situaciones que contravienen la lógica general de la dinámica social y de la evolución histórica de las sociedades. Por ejemplo, Arnold y Rodríguez, al analizar los planteamientos de Luhmann, señalan que en el contexto de la diferenciación sistémica que produce la modernidad “...se presentan fenómenos ocasionales de desdiferenciación cuando, por ejemplo, el sistema político intenta controlar al económico o este último al educacional, aunque este tipo de penetración adquiere más bien características definidas como *corruptas*, como es el caso de la utilización del dinero para alcanzar el poder o utilizar este último para enriquecerse...” (1991, 168, énfasis de los autores).

²³ La racionalidad sería uno de los rasgos característicos del capitalismo según las corrientes dominantes de la sociología, por ejemplo, en toda la tradición de pensamiento sociológico que va de Weber a Habermas pasando particularmente por la enorme influencia de Parsons.

En Sociología esta perspectiva dominante puede ejemplificarse en autores como Giddens y Habermas. Giddens señala: “La empresa capitalista depende de la producción dirigida a mercados competitivos, en los que los precios son las señales para los inversores, productores y consumidores” (1994, 61), y con respecto a su relación con el estado señala: “...el capitalismo implica el aislamiento de lo económico de lo político, contra el telón de fondo de mercados competitivos de trabajo y productos” (1994, 63) y “[En los estados capitalistas la política económica] involucra muchas formas de regulación de la actividad económica, pero, como ya hemos visto, su organización institucional mantiene un “aislamiento” de lo económico y lo político” (1994, 73). Por su parte Habermas señala (1999, 443): “Elemento esencial en la emergencia de la sociedad capitalista es la diferenciación del sistema económico respecto al régimen de dominación política del feudalismo europeo. Bajo los imperativos funcionales de la nueva forma de producción ese régimen se reorganiza por su parte en forma de Estado moderno. En la economía capitalista la producción queda, a la vez que centralizada, apolíticamente regulada a través de mercados”. Definiciones similares se pueden encontrar en las perspectivas dominantes de la Ciencia Política y la Economía. Un ejemplo en la Ciencia Política se puede encontrar en Bobbio: “La contraposición entre la sociedad y el Estado... ..es la consecuencia natural de una diferenciación que se presenta en las cosas y al mismo tiempo de una consciente división de funciones, cada vez más necesaria, entre quien se ocupa de la “riqueza de las naciones” [en el mercado] y quien se ocupa de las instituciones políticas...” (1997, 65-66). En la Economía la autonomización del mercado no sólo se postula desde perspectivas que propugnan una vigencia “extrema” del libre mercado, como el neoliberalismo, también aquellas que promueven la intervención estatal en la economía con el fin de resolver las “imperfecciones del mercado”. Por ejemplo, desde la perspectiva de la “convergencia neoclásica”, que busca conjugar los postulados liberales y keynesianos, se señala: “...el sistema de competencia basado en los mercados (sea lo que quiera en otros aspectos, y por imperfectamente que funcione) no produce el caos y la anarquía sino que existen en él cierto orden y una línea de conducta. El sistema actúa y funciona: un complicado mecanismo que lleva a cabo una coordinación inconsciente sirviéndose de un sistema de precios y mercados, es un artificio de comunicaciones por el que circulan los conocimientos y los actos de millones de personas distintas. Resuelve sin

tener inteligencia, uno de los más complejos problemas imaginables, lleno de intrincadas relaciones y variables desconocidas. Nadie lo proyectó, se desarrolló espontáneamente...” (Samuelson 1967, 39).

De esta manera, en las Ciencias Sociales priman perspectivas que conceptualizan al capitalismo (y la vida económica en general) como un ámbito que sólo indirectamente está influido por relaciones de poder, fundamentalmente a partir de los marcos normativos que establece el estado para el correcto funcionamiento de los mercados y para evitar “distorsiones”, como los que pueden introducir situaciones monopolistas, pero que en lo fundamental es caracterizado a partir de mercados competitivos que operan con autonomía de la esfera política. Como veremos con profundidad en la siguiente sección, por lo que no lo profundizaré aquí, Braudel y Wallerstein identifican al capitalismo con los monopolios, distinguiendo entre el capitalismo y la economía de mercado como niveles diferentes de la vida económica. Esto tiene como implicancia, que el capitalismo se identifica con los monopolios y los espacios económicos donde actúan, y se vincula al capitalismo con el poder y la dominación, ya que, por una parte, los monopolios tienen la fuerza para estructurar los mercados en su beneficio y, por otra, mantienen una continua vinculación con el estado que, generalmente, los apoya, particularmente en sus operaciones internacionales.²⁴ Así, a lo largo del trabajo se rechaza la asociación del capitalismo con la economía de mercado, ya que se considera que es en los ámbitos monopolizados de la economía donde se desenvuelve el capitalismo, no en los ámbitos donde múltiples agentes en condiciones relativamente igualitarias asisten como oferentes y demandantes, en ellos se desenvuelve la economía de mercado. Esta diferencia tiene implicancias enormes para el objeto de interés específico de

²⁴ Evidentemente la Economía y las Ciencias Sociales no han ignorado el problema de los monopolios y de su relación con los mercados. Convencionalmente se entiende que los monopolios “distorsionan” el funcionamiento del mercado, también, particularmente en la tradición marxista a partir de Lenin, se ha considerado que el capitalismo monopolista representa una fase relativamente tardía del desarrollo del capitalismo (Lenin 1970), una especie de “desviación” del capitalismo de su origen libremercadista. Braudel y Wallerstein plantean que los monopolios no representan ni una distorsión ni una desviación del capitalismo libremercadista, los monopolios representan al propio capitalismo, desde sus más tempranos orígenes hasta la actualidad, y la relación del capitalismo con el mercado no es de una simple distorsión sino de control, sujeción, manipulación de la segunda por el primero. En relación a este punto Wallerstein sostiene que incluso Marx aceptó los planteamientos de Adam Smith en el sentido de considerar que la norma en el capitalismo era la competencia, y los monopolios sólo eran una excepción, Wallerstein señala: “Adam Smith y Karl Marx compartían algunas opiniones. Una de esas perspectivas comunes, la más fundamental, fue considerar normal la competencia capitalista –normal ideológica y estadísticamente– y el monopolio como algo excepcional... Esta ideología está todavía muy arraigada en la mentalidad actual –no sólo entre el público en general sino entre los especialistas” (Braudel y otros 1996, 158).

este trabajo, las relaciones de poder y dominación. En los espacios económicos que se organizan en términos de una economía de mercado las relaciones de poder tienen una importancia secundaria, por el contrario, los monopolios capitalistas desarrollan sus acciones de manera estratégica, envueltos en continuas relaciones de poder e imponiendo su dominación, generalmente asistidos por el estado, sobre los ámbitos económicos en los que operan.

En segundo lugar, en las corrientes dominantes de las Ciencias Sociales se considera al trabajo asalariado como un elemento central del capitalismo. Por ejemplo, Giddens, buscando sintetizar los planteamientos de las corrientes marxista y weberiana, señala: “El capitalismo es un sistema de producción de mercancías centrado en la relación entre propiedad privada de capital y una mano de obra asalariada desposeída de propiedad, siendo esta relación la que configura el eje principal del sistema de clases” (1994, 60-61). Esto se vincula con la identificación del capitalismo con la economía de mercado, ya que el trabajo asalariado, “libre” de las ataduras que le imponía la servidumbre –propia del “feudalismo”–, sería fundamental para que se pudiera constituir un mercado de trabajo donde los capitalistas pudieran adquirir fuerza de trabajo según las necesidades de su demanda. Esto también se vincula con los procesos de racionalización –que se postulan como parte de la modernidad a la que se asocia el capitalismo–, ya que la disponibilidad de una fuerza de trabajo libre en el mercado de trabajo, le permitiría al capitalista racionalizar su actividad empresarial al ajustar la cantidad de fuerza de trabajo que usa en su proceso productivo a las fluctuaciones del mercado, sin las dificultades aparejadas a sistemas laborales que rigidizan las relaciones con los trabajadores como habría ocurrido en la servidumbre. Particularmente en la perspectiva marxista tradicional se considera al capitalismo como un modo de producción que contiene unas específicas relaciones sociales de producción entre el burgués y el proletario, donde ambos asisten al mercado para comprar/vender fuerza de trabajo formalmente libre a cambio de un salario.²⁵ Desde la Perspectiva del Sistema-Mundo se considera que el capitalismo es

²⁵ Para Marx la existencia de una fuerza de trabajo formalmente libre es un punto central de su definición del capitalismo. Por ejemplo, Marx señala: “Ni el dinero ni la mercancía son de por sí capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan *convertirse en capital*. Y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas, que pueden resumirse así: han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, los *propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo*, deseos de *valorizar* la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, los *obreros*

un sistema cuyo límite es el alcance de la división internacional del trabajo, por lo que las producciones de todos los espacios geográficos del sistema están interrelacionadas, sin importar la forma contractual que adquiere ese trabajo. Así, a lo largo de la historia del sistema-mundo, han existido formas diferentes de control del trabajo operando como partes de un sistema económico que contiene una división internacional del trabajo que pone en relación las producciones realizadas, en épocas pretéritas, con mano de obra esclava, servil o asalariada,²⁶ o actualmente trabajadores con muy diversos derechos laborales y sociales y diversas formas de dependencia del empresario capitalista. Todas estas formas de control del trabajo son parte de un mismo sistema, regido por el proceso de acumulación capitalista, y han sido utilizadas por empresas capitalistas enfocadas en un proceso de acumulación de capital contextualizado en el mercado mundial. Por ello, no se considera que el capitalismo se desenvuelva con, ni que se ajusta de mejor manera a, la forma asalariada de explotación del trabajo, ya sea por su relación con la “libre” oferta y demanda de fuerza de trabajo en el mercado laboral, o porque permita la “racionalización” de la actividad económica y el uso de algún tipo de contabilidad racional (como si los contadores no pudieran identificar los gastos asociados al uso de trabajo servil o considerar la “depreciación” del uso de los esclavos). Incluso, como se verá en la parte del trabajo enfocada en el análisis histórico (véase particularmente la sección 2.3.1.), el capitalismo no sólo ha utilizado todo tipo de formas de control de la fuerza de trabajo, sino que la expansión del sistema-mundo implicó una continua pauperización de las condiciones de trabajo y de vida de las clases populares, fomentó el trabajo servil (en Europa Oriental y América en el siglo XVI y la India en el XVIII), el esclavo (en América en el siglo XVI y África en el XVIII) y un deterioro del trabajo asalariado en el centro hasta mediados del siglo XIX, cuando la amenaza de la revolución obligó a las clases dominantes a introducir mejorías en las condiciones laborales. Así, desde el énfasis de este trabajo en las relaciones de poder y dominación, se plantea que si

libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo... Por tanto, el proceso que *engendra* el capitalismo sólo puede ser uno: el *proceso de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo*, proceso que de una parte *convierte en capital* los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en *obreros asalariados*” (2001, 608, énfasis del autor).

²⁶ Por ejemplo, la industria textil manchesteriana, considerada como el epítome del inicio de la Revolución Industrial, fomentó directamente el trabajo esclavo ya que estimuló la producción masiva de algodón de los estados esclavistas del sur de Estados Unidos (Hobsbawm 1998b).

actualmente impera el trabajo asalariado no es por “la modernización” vinculada al “avance del capitalismo”, sino por las luchas que se han producido en todas las latitudes del planeta contra el capitalismo y sus formas de explotación más duras.²⁷

El “mercado nacional” contenido en una “sociedad” ha sido el espacio social y geográfico donde más frecuentemente se ha situado el ámbito del capitalismo. Esto ha sido un consenso asumido por perspectivas teóricas diversas como el funcionalismo o el marxismo,²⁸ y aunque en los últimos años a través de la problematización de “la globalización” este planteamiento se ha puesto en entredicho, resituándose el espacio económico en el contexto de la “economía global”, los autores que asumen la perspectiva de la globalización afirman que es un fenómeno relativamente nuevo –que se habría originado en las décadas del setenta u ochenta del siglo pasado (Castells 2000)– por lo que mantienen el ámbito de “la sociedad” y del “mercado nacional” como el espacio social y geográfico en el que se habría desarrollado el capitalismo hasta hace algunas décadas. A diferencia de este consenso, en este trabajo se considera que, desde su origen, el espacio propio del capitalismo es el transnacional, no el nacional, por lo que se debe conceptualizar como un sistema-mundo, no como una economía o mercado nacional. El capitalismo se desarrolla inicialmente, hacia los siglos XIII al XVI, inmediatamente en un contexto “transnacional”, partiendo de un cierto número de ciudades mercantiles desde las cuales los capitalistas trazaron vínculos con diversos espacios económicos locales situados en otras jurisdicciones estatales. En este período inicial los espacios locales pertenecientes a diferentes estados (imperios, ciudades estado, estados nacionales en ciernes, regiones bajo las múltiples jurisdicciones medievales, etc.) son incorporados a la circulación mercantil, siendo reorientadas sus producciones locales a partir

²⁷ Cabe señalar que en ninguna parte de los cuatro tomos de su principal obra *El Moderno Sistema Mundial*, Wallerstein usa el concepto de “moderno” con las connotaciones que suelen entregarles las Ciencias Sociales vinculadas a los supuestos procesos de racionalización por los que abrían pasado las sociedades occidentales, por lo que por “moderno” sólo se refiere a “contemporáneo”. Restrepo y Rojas así lo plantean: “En la elaboración de Wallerstein de su teoría del sistema-mundo moderno, lo moderno se refería al sistema mundo más reciente, el que surgió desde el siglo XVI y fue reemplazando en su relevancia a otros sistemas mundos anteriores... [Modernidad] en Wallerstein opera como adjetivo que indica contemporaneidad o sistema-mundo más reciente...” (2010, 78-79). Para evitar las asociaciones del concepto “moderno” usaré el concepto de “contemporáneo”.

²⁸ Desde el funcionalismo, por ejemplo, Parsons (1974) plantea que la sociedad es el sistema social que contiene el conjunto de elementos funcionales necesarios para ser autosuficiente y capaz de reproducirse, entre ellos un subsistema económico funcionalmente organizado en un mercado. Por su parte, desde el marxismo, Adorno (2001) plantea al concepto de sociedad como el marco de la totalidad social que es central mantener como referente de todo análisis, en cuyo espacio la economía se vincula a sus procesos de producción y reproducción.

de las necesidades de la acumulación capitalista llevada a cabo por los monopolios con asiento en las ciudades dominantes del sistema-mundo (Amberes, Génova, Lübeck, Venecia, entre otras). Con ello se produce tempranamente una división internacional del trabajo, bajo el control de los monopolios capitalistas con el apoyo de sus estados, todo ello antes de la aparición y lenta consolidación de las economías nacionales (esto se trata en la sección 2.1.1.). La creación de una economía nacional es un proceso lento que se produce en el marco de una economía internacional ya consolidada, a la que estaban integradas algunas ciudades y regiones de estos estados, particularmente las costeras. Braudel (1984c) enfatiza que la formación de las economías nacionales no es un proceso espontáneo que surge del desarrollo e integración de las economías locales o regionales, por el contrario, es un proceso complejo, que enfrentó múltiples dificultades y resistencias, que fue inducido por los estados y los capitalistas ya integrados al mercado internacional, los cuales usaron su fuerza para reestructurar las economías locales en un conjunto nacional que pudiera potenciar la inserción que los capitalistas tenían en la economía-mundo.²⁹ Así, cómo lo enfatiza Braudel (1984c), el orden de aparición de los niveles económicos pasa del nivel local al internacional y sólo siglos más tarde (entre los siglos XVI al XVIII) lentamente son producidas las “economías nacionales”, sólo en Europa Occidental, en base a un esfuerzo político conjunto de los estados territoriales y los capitalistas que ya operaban a nivel transnacional. Así, la relación entre el capitalismo y el mercado “nacional” es tardía, y se produce cuando el capitalismo ya estaba operando en un sistema transnacional al que incorpora las regiones de la “economía nacional” que aún no estaban integradas a la división internacional del trabajo. Una gran influencia en la Sociología y las Ciencias Sociales en general han tenido los planteamientos de Weber (1996) sobre la influencia de determinadas ideas religiosas sobre

²⁹ En términos generales la secuencia histórica de la conformación de unidades económicas va de las economías regionales de corto alcance a la economía internacional y con posterioridad a las economías nacionales. Esto se debe a que las dificultades logísticas de unificar una economía del tamaño de un país como Francia, Inglaterra o España eran mayores que la de trazar vínculos transnacionales entre ciudades, particularmente las costeras, o con territorios situados a gran distancia situados en otras jurisdicciones estatales pero asequibles por vía marítima. Braudel señala: “[La economía de mercado] tiende a menudo a seguir siendo regional, a organizarse dentro de los límites que le fijan los intercambios de producciones diversificadas y complementarias. Pasar del mercado regional al mercado nacional, uniendo economías de bastante corto alcance, casi autónomas y con frecuencia fuertemente individualizadas, no tiene, pues, nada de espontáneo. El mercado nacional ha sido una coherencia impuesta a la vez por la voluntad política, no siempre eficaz en la materia, y por las tensiones capitalistas del comercio, particularmente del comercio exterior y de larga distancia. Ciertamente el desarrollo de los mercados exteriores ha precedido, de ordinario, a la unificación laboriosa del mercado nacional” (1984c, 228, cursivas del autor).

la generación de una “mentalidad económica” que permitió el desarrollo, en occidente, del “capitalismo racional”.³⁰ Sobre este planteamiento Wallerstein (2003) señala que de un conjunto de principios generales abstractos, como los de cualquier religión, se pueden deducir todo tipo de posibles aplicaciones “prácticas”, que pueden favorecer o no el desarrollo del capitalismo, por lo que no hay relación entre el capitalismo y algún principio religioso. Por su parte, Braudel (1984c) muestra que el capitalismo, tal como aquí se lo entiende, se desarrolló en los más variados ámbitos sociales y culturales; China, India, las zonas musulmanas árabes o turcas, Rusia, el África Subsahariana, etc. Estos capitalismos no eran menos capitalistas que el europeo en cuanto a las técnicas con las que producían manufacturas, desarrollaban su comercio y realizaban sus transacciones financieras, sin embargo, dos factores condicionaron su expansión. Por una parte, en muchos casos el capitalismo se contextualizó en imperios-mundo donde la autoridad estatal central tenía un efectivo poder para controlar y limitar a los capitalistas. Cómo lo señala Wallerstein (2003), en estos casos, a diferencia de lo que pasó en el contexto de la economía-mundo pluriestatal europea, las relaciones de poder estado-capitalistas se desequilibraban en favor del estado, el estado dominaba al capitalismo (por ejemplo en los casos del imperio Chino, Otomano o Ruso), orientando y limitando su expansión según las prioridades estatales.³¹ Por otra parte, el capitalismo europeo tuvo un mejor respaldo militar, a partir del siglo XVI contó con flotas muy superiores y logró imponerse sobre los demás sistemas-mundo y terminar absorbiéndolos.³² Así, los fundamentos del capitalismo y la explicación del mayor éxito del sistema-mundo capitalista sobre los capitalismos de otras latitudes no tienen ninguna relación con aspectos religiosos o culturales, sino con factores vinculados a las relaciones de poder. Por ello, no hay una relación entre el capitalismo que se analiza en este trabajo y elementos religiosos o culturales en términos de que los segundos hayan establecido un contexto propicio para el desarrollo capitalista. El capitalismo se ha desarrollado en diferentes

³⁰ Weber plantea de la siguiente manera su problema de estudio: “Este libro [pretende aproximarse a] la determinación del influjo de ciertos ideales religiosos en la constitución de una “mentalidad económica” –de un *ethos* económico–, apegándonos al caso preciso de los nexos de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético” (1996, 15).

³¹ Las diferencias estructurales en la relación estado/capitalistas entre los imperios-mundo y las economías-mundo son tratadas en la sección 1.1.3.

³² Sobre este punto, véase el análisis de Braudel (1984c) sobre el sistema-mundo asiático y como los imperios europeos lo dominaron desde el mar a partir del poderío de sus flotas.

contextos religiosos-culturales, y no ha necesitado realizar transformaciones religiosas-culturales en las regiones que ha incorporado en su proceso de expansión para unirlas a la división del trabajo capitalista, como sí realizó profundas transformaciones económicas y en las relaciones de dominación, es decir, el capitalismo ha sido un sistema “multicultural”. Esto no quiere decir que el capitalismo no produzca ciertos elementos culturales. La expansión del sistema-mundo estuvo acompañada por la producción de una geocultura que abarcó el conjunto multicultural y multireligioso del sistema, geocultura que con el correr de los siglos fue ampliándose y complejizándose, y que al día de hoy abarca múltiples aspectos de la vida social de las sociedades insertas en el sistema-mundo. Por lo anterior, postulados como el de Weber (1996) sobre la incidencia de la ética protestante en el desarrollo capitalista no tienen ninguna relevancia para este trabajo.

Este recorrido me ha permitido clarificar que elementos conceptuales que tradicionalmente se vinculan al capitalismo no serán utilizados en este trabajo. La economía de mercado autónoma al estado y al sistema político, el trabajo asalariado, el mercado nacional y la dependencia del capitalismo de fenómenos religiosos-culturales son elementos que se descartan como parte de la perspectiva del capitalismo que se usará en este trabajo. Este recorrido también ha permitido deslizar algunos elementos de la conceptualización del capitalismo que utilizaré a lo largo del trabajo. Los monopolios que operan en estrecho vínculo con el estado, el uso de todo tipo de formas de explotación del trabajo según la capacidad política para dominar a las clases trabajadoras, el uso continuo del poder como mecanismo para controlar espacios económicos y a poblaciones para estructurarlos en beneficio de la acumulación de capital, un sistema que desde su origen opera a nivel transnacional estructurando una jerarquía geopolítica y económica centro-semiperiferia-periferia, son elementos centrales de la conceptualización del capitalismo y del análisis histórico que se llevará a cabo. En síntesis, retomando los tres elementos que se plantearon en un inicio, se entenderá que el capitalismo conforma un sistema social transnacional –desde finales del siglo XIX global–, el sistema-mundo capitalista, estructurado por las grandes empresas monopólicas o cuasimonopólicas y los estados más poderosos del sistema interestatal, en función de lograr una continua acumulación de capital en su beneficio, lo que provoca la tendencia a la expansión y profundización del sistema. Para ello las clases

dominantes y los estados más poderosos del sistema interestatal estructuran una división internacional del trabajo que le asigna diferentes funciones económicas a las distintas regiones del sistema –las de mayor valor se alojan en el centro, las de menor valor en la periferia–, en la cual buscan integrar las economías de mercado locales, y utilizan distintas formas de control del trabajo para obtener el máximo plusvalor, ajustándolas a las características de las producciones locales y a la capacidad política de los capitalistas y estados locales para dominar a las clases trabajadoras. De esta manera, y este es el punto central que se busca plantear en esta primera sección, el capitalismo no sólo se entiende como un tipo de economía, sino también como un régimen de dominación.

1.1.2. El capitalismo como el nivel monopolista de la vida económica.

Un planteamiento de central importancia para vincular al capitalismo con las relaciones de poder es el que sostiene Braudel y Wallerstein al distinguir como niveles diferentes de la vida económica al capitalismo y la economía de mercado, y al identificar al capitalismo con los monopolios que actúan en alianza con el estado dirigiendo la vida económica en su beneficio. Esta es una distinción que introduce Braudel en sus análisis históricos de la vida económica. Braudel (1984a) relata que al realizar sus estudios se le hizo imperativo realizar distinciones entre diferentes niveles de la vida económica, ya que tenían diferentes lógicas, eran llevadas a cabo por distintos actores, que desarrollaban acciones de diferentes tipos, que se relacionaban de diferente manera con los demás agentes económicos y mantenían diferentes tipos de vínculos con otros actores de la vida social, particularmente con el estado. Por ello, Braudel introduce una triple distinción en la vida económica entre la vida material, la economía de mercado y el capitalismo. Resumiendo esta diferenciación, Braudel señala: “En el nivel inferior [la vida material], incluso en Europa, donde aún existen tantos autoconsumos, tantos servicios que la contabilidad nacional no integra, tantos puestos artesanales. En el nivel medio [el de la economía de mercado] veamos el ejemplo de un fabricante de ropa hecha: se encuentra sometido, tanto en su producción como en la venta de su producción, a la estricta e incluso feroz ley de la competencia; un momento de descuido o de debilidad por su parte, y le supone la ruina. Pero yo podría citarles para el último nivel [el del capitalismo], entre otras, a dos enormes firmas comerciales que conozco, supuestamente

competidoras –y únicas competidoras en el mercado europeo, una de ellas francesa y la otra alemana. Ahora bien, les es perfectamente indiferente que los encargos vayan a una u otra, ya que hay una fusión de sus intereses...” (1994, 121). Esta triple diferenciación permite especificar las características propias del capitalismo, sus actores, lógicas, ámbitos de acción, etc., en contraste con otros niveles de la vida económica y, como buscaré enfatizar, vincularlo de manera directa con el poder, el ejercicio del poder, y el establecimiento de relaciones de dominación. Voy a analizar el modo como Braudel y Wallerstein entienden al capitalismo y a los capitalistas, para lo que analizaré la distinción que establecen entre la economía de mercado y el capitalismo.

En un breve artículo Wallerstein (1991a) sintetiza los principales planteamientos de Braudel sobre la diferencia entre el capitalismo y la economía de mercado. Las diferencias estructurales entre estos ámbitos las resumiré en cinco puntos: (1) La economía de mercado es una zona de comunicaciones horizontales entre una pluralidad de actores que operan en diferentes mercados locales o regionales, entre los cuales se da un grado de coordinación espontánea entre oferta, demanda y precios. El capitalismo surge de la desigualdad y la reproduce, está conformado por monopolios que surgen del poder, que usan su poder para aprovechar coyunturas, para forzar intercambios desiguales, para controlar sectores y flujos económicos, y para saltarse las cadenas normales de oferta y demanda. (2) El mercado abarca las actividades económicas en las que todos los actores comparten experiencias comunes, rutinarias y cercanas. El capitalismo aprovecha las informaciones privilegiadas, las grandes distancias, las instancias donde sólo pueden operar los grandes volúmenes, por eso la economía mundial es su espacio privilegiado, ya que es inaccesible para los actores normales. (3) El mercado es un espacio de libertad, de igualdad, de apertura a todos, y por ello de amplia competencia. El capitalismo sólo se abre a algunos privilegiados, a la élite económica, se cierra a los demás, en él se desenvuelven muy pocos participantes que pueden colaborar entre sí. (4) El mercado es transparente, sus procesos son visibles para una amplia masa de actores que participan en él. Los procesos del capitalismo son opacos, los capitalistas intencionadamente mantienen en la oscuridad para la mayor parte de los actores comunes sus circuitos, sus movimientos, sus negocios. (5) En el mercado imperan los beneficios modestos, ganancias estables, regulares, relacionadas con un crecimiento general moderado. Los

capitalistas, gracias a los grandes volúmenes de capital de que disponen, así como de la información y poder con el que cuentan, están en condiciones de generar condiciones estructurales para la obtención de ganancias excepcionales fuera de las regularidades económicas, y de aprovechar coyunturas que pueden multiplicar rápidamente el capital invertido.

En resumen, la economía de mercado opera en ámbitos locales o regionales, abiertos a la participación de múltiples actores que compiten entre sí en igualdad de condiciones, que se coordinan a través de acciones continuas, rutinarias, en las que los procesos son visibles a todos, y a partir de los cuales se obtienen beneficios modestos que se incrementan en base al crecimiento general de la economía. Por su parte, el capitalismo es un nivel económico que surge, que se fundamenta, en el poder y que usa dicho poder para monopolizar, controlar, determinados ámbitos o flujos económicos, particularmente aquellos inalcanzables para actores que no detentan poder, como el ámbito internacional, es un ámbito cerrado, en el que participan muy pocos actores que aprovechan su control de recursos limitados e informaciones desconocidas para los demás para realizar sus actividades, aprovechando o creando situaciones económicas excepcionales para obtener grandes beneficios. De esta manera, Braudel y Wallerstein diferencian al capitalismo de la economía de mercado e identifican al capitalismo con la élite económica y los monopolios. Braudel señala: “Resumiendo, hay dos tipos de intercambio: uno, elemental y competitivo, ya que es transparente; el otro superior, sofisticado y dominante. No son ni los mismos mecanismos ni los mismos agentes los que rigen a estos dos tipos de actividad, y no es en el primero, sino en el segundo, donde se sitúa la esfera del capitalismo” (1994, 69-70).

Como se deduce de los planteamientos anteriores, en la economía de mercado y en la esfera capitalista de la vida económica operan actores muy diferentes; Braudel señala: “No es casualidad que, en todos los países del mundo, un grupo de grandes negociantes se destaque claramente encima de la masa de mercaderes... Este fenómeno es visible en Alemania desde el siglo XIV, en París desde el XIII, en las ciudades italianas desde el XII...El *tayir*, en el islam... ..es un exportador que... ..dirige agentes y comisionistas. No tiene nada en común con el *hawanti*, el tendero del zoco. En Agra... ..algunos se adornan con el nombre particular de *Katari*, el título más eminente para aquellos que profesan en esos países el arte

mercantil y que significa comerciante riquísimo y de gran crédito. En Occidente, el vocabulario señala unas diferencias análogas. El *négociant* es el *katari* francés... en Italia hay una enorme distancia entre el *mercante a taglio* y el *negoziante*; lo mismo en Inglaterra entre el *tradesman* y el *merchant* que, en los puertos ingleses, se ocupa ante todo de la exportación y el comercio de larga distancia; y en Alemania, entre los *Krämer*, por un lado, y el *Kaufmann* o el *Kaufherr*, por otro” (1994, 62-64, cursivas del autor). Estas diferencias en el lenguaje cotidiano apuntan a una distinción cualitativa que hace que el *tayir*, el *negoziante* o el *merchant*, aparezcan como personajes inconfundibles (al menos para los ciudadanos comunes, quizá no para los científicos sociales liberales) frente a un *hawanti*, un *mercante a taglio*, o un *tradesman*. Sus espacios económicos y sociales, sus distinciones o “status”, sus ocupaciones y, lo más evidente, sus recursos económicos, son cualitativamente diferentes. En cuanto a su número, el contraste también es notorio, mientras los segundos son una gran masa de comerciantes de todo tipo, los primeros son escasos, una reducida élite. Braudel señala: “...para mí, el capitalismo es un fenómeno de superestructura, es un fenómeno de minoría, es un fenómeno de altitud. Cada vez que he estudiado a los grandes capitalistas –mercaderes, banqueros...–, he quedado estupefacto al ver cuán pocos son. En 1840, la gran banca francesa la representaban 40 familias [...] Cada vez que consideramos de manera objetiva lo que se llama capitalismo activo, nos sorprendemos por el número reducido de las personas que participan en él” (Braudel y otros 1996, 116).³³ Así, entre el reducido número de “negociantes” y la gran cantidad de “tenderos” hay una diferencia cualitativa central que se relaciona directamente con el poder, unos tienen la capacidad de negociar con otros grandes capitalistas y con el estado, los otros sólo están en condiciones de aceptar las condiciones que les impone el contexto económico y las autoridades políticas, unos estructuran y reconfiguran la estructura económica, los otros se insertan en dicha estructura

³³ La misma descripción es realizada para las periferias, cuyas élites económicas en todas partes constituyen grupos reducidísimos conectados con sus contrapartes del centro, Braudel señala (1984c, 335): “Poco numerosa en verdad, pero eficaz, activa y dominante, la aristocracia territorial que posee el valle de Chile, en el siglo XVIII, está formada por “unas 200 familias”. En 1692, los ricachos de Potosí son un puñado de grandes personajes, “vestidos con paños de oro y plata, pues cualquier otra ropa no sería bastante buena para ellos”; el lujo de sus casas es inaudito. ¿Y cuántos son los negociantes opulentos de Boston en vísperas de la revolución de 1774? Ahora bien, lo que salva a estos grupúsculos es, sin duda, la pasividad de los trabajadores, ante todo, pero también la complicidad de un orden social que envuelve todo y que Europa tiene, asimismo, interés en mantener cueste lo que cueste” (las citas que emplea Braudel están tomadas de J. Lynch *The Spanish American Revolutions 1803-1826* para el caso de Chile, y de F. Coreal *Voyages aux Indes Occidentales* para el de Potosí).

y están sujetos a los cambios que se producen, en suma, unos dominan y los otros son dominados.³⁴ Por esto, desde esta perspectiva se considera útil distinguir al reducido, muy reducido, número de personas que ocupan la cima de la jerarquía económica, reservando para esta élite el concepto de capitalista.

Un elemento que destaca Braudel (1994) que refleja la diferencia cualitativa entre los capitalistas y empresarios que no tienen su poder, es la no especialización de los capitalistas y la especialización de los demás agentes económicos. El escaso capital de que disponen los pequeños empresarios que operan en la economía de mercado hace que deban especializarse, porque dificultosamente puede moverse de un sector económico a otro. Los grandes capitalistas no son especializados, el gran capital siempre mantiene opciones para trasladarse de un sector de la economía a otro, aprovechando los espacios donde tiene información de que se podrían encontrar ganancias extraordinarias, el capitalista está atento a “saltar” de un sector económico a otro cuando tiene información de que se producirán mayores ganancias. Una derivación de este planteamiento es que no hay una real división histórica entre tipos de capitalismo comercial, industrial y financiero, el capitalismo se desarrolla simultáneamente en todos los ámbitos, aunque pasa por ciclos donde se desarrolla un sector que más que otros. En esta perspectiva, el capitalismo como nivel económico y los monopolios capitalistas como actores concretos, se sustentan en el poder, pero no sólo en su poder económico. Braudel recalca que la esfera del capitalismo no es meramente económica, el capitalismo y los monopolios se afirman en el poder, en la desigualdad social, en su vínculo con otras élites y especialmente en su interconexión con el estado. De manera elocuente Braudel señala: (1994, 64): “¿Hace falta señalar que estos capitalistas, tanto en el Islam como en la Cristiandad, son los amigos del príncipe, aliados o explotadores del Estado?”. Por este motivo, Braudel señala que el capitalismo no es meramente un fenómeno económico, es un fenómeno social, y la jerarquía económica que implica la existencia y desarrollo de los monopolios capitalistas se

³⁴ El poder es fundamental en esta conceptualización del capitalismo. Braudel señala (1994, 64): “[Los capitalistas p]oseen mil medios para falsear el juego a su favor... Cuentan con la superioridad de la información... Y se apoderan a su alrededor de lo que es bueno aprehender: la tierra, los edificios, las rentas... ¿Quién pondría en duda que tienen a su disposición los monopolios, o simplemente el poder suficiente para anular en un noventa por ciento de los casos a la competencia?”.

sustenta en una más amplia jerarquía social.³⁵ Braudel (1994) plantea una visión del mundo social como compuesto por diversas jerarquías que están en permanentes relaciones de poder, de colaboración o conflicto, y los capitalistas son una de estas jerarquías: “Toda sociedad evolucionada admite varias jerarquías... ..jerarquía religiosa, jerarquía política, jerarquía militar y jerarquías diversas del dinero. Entre unas y otras, según los distintos siglos o lugares, existen oposiciones, compromisos o alianzas; a veces, hay incluso confusión” (1994, 75). El capitalismo surge entre jerarquías, entre fuerzas que ejercen dominio sobre distintos ámbitos, pero a partir de su creciente potencia adquiere la capacidad, la fuerza, el poder, para usar a otras jerarquías en su provecho para apoyar su propio dominio, “...el capitalismo no inventa las jerarquías sino que las utiliza...” (Braudel 1994, 84). Así, para prosperar, el capitalismo necesita el apoyo de otras jerarquías sociales (políticas, militares, culturales, científicas, religiosas, etc.), necesita usarlas en su favor, por lo que se vincula a ellas para afirmar su dominio. Este planteamiento de Braudel es central para la propuesta que realizaré en la sección 1.2.3. acerca de entender a la estructura de dominación como una estructura “multijerárquica”.

En relación a los vínculos del capitalismo con otras jerarquías, el central el vínculo con el estado, los monopolios capitalistas actúan en sociedad con el estado. Wallerstein señala: “...todo monopolio es político. Jamás podremos penetrar en la economía, ahogar o cercar las fuerzas del mercado, sin una garantía política. Se necesita la fuerza, la fuerza de una autoridad política, para levantar en principio barreras no económicas a las transacciones económicas, para imponer precios exorbitantes, o para garantizar compras no prioritarias. La idea que se puede ser capitalista (en el sentido de Braudel) sin el Estado, es decir, contra el Estado, es simplemente extravagante” (Braudel y otros 1996, 160). Abordaré el tema de la relación estado-capitalista en unas páginas más ya que es necesario situarlo en la totalidad social del sistema-mundo, punto que abordaré en la próxima sección. Basta señalar aquí que el estado es un elemento integral del capitalismo, ya que el estado –prácticamente siempre– se vincula con los capitalistas, los grandes monopolios y los estados mantienen una cooperación regular,

³⁵ Braudel plantea que el problema de las jerarquías sobrepasa el del capitalismo, el capitalismo se enmarca en jerarquías. Braudel señala: “...el problema en sí de la jerarquía lo rebasa, lo trasciende, lo domina por anticipado. Y las sociedades no capitalistas no han suprimido, desgraciadamente, las jerarquías” (1994, 84).

es decir, el capitalismo opera junto al estado. Así, el capitalismo no puede considerarse como un fenómeno meramente económico, el gran capital se sustenta en el poder, en sus interconexiones con las élites sociales y particularmente en su vínculo con el estado.

Para finalizar esta sección me detendré en la relación del capitalismo con los otros niveles de la vida económica, la economía de mercado y la vida material. Es central tener presente que estos niveles de la vida económica no operan de manera paralela, por el contrario, están en permanente relación. En este sentido el capitalismo es concebido como un “antimercado” (Wallerstein 1991a),³⁶ no sólo porque, como ya señalé, opera según lógicas prácticamente opuestas al mercado, sino que especialmente porque orienta, o mejor, reorienta los mercados en su beneficio, por ejemplo, transforma las producciones locales para ajustarlas a los requerimientos de los mercados internacionales. El capitalismo desarrolla estrategias para encausar, controlar, dominar, la economía de mercado, busca expandirse a costa de la economía de mercado, ganarle espacios económicos. Los recursos del capitalismo son múltiples, domina los flujos financieros, controla el comercio mayorista, se apropia de “cuellos de botella” de los flujos comerciales, puede cerrar mercados a la competencia, etcétera, además generalmente cuenta con la alianza del estado, por ello, puede desarrollar múltiples estrategias para apropiarse de lo que más le interesa de una economía de mercado y/o orientarla según sus prioridades.³⁷ Esto es central para interpretar algunas dinámicas históricas centrales en el desarrollo del sistema-mundo capitalista. Por una parte, cada mercado local o regional que fue incorporado al sistema-mundo capitalista fue reorganizado y reorientado según las necesidades de los capitalistas, y las producciones para los mercados locales se reconvirtieron para satisfacer las necesidades de acumulación en el sistema mundial, por ejemplo, transformando las múltiples producciones agrícolas de una región en monocultivos de exportación, organizados por la asociación que se establece entre los capitalistas locales con sus contrapartes del centro, por lo que desde un inicio los vínculos

³⁶ Wallerstein señala: “...most liberals and most Marxists have argued that capitalism involved above all the establishment of a free, competitive market. Braudel saw capitalism instead as the system of the antimarket (contremarché)” (1991a, 354).

³⁷ Como lo veré en el análisis histórico (véase sección 2.1.1.), uno de los mecanismos económicos centrales fue el pago adelantado de las mercancías, lo cual no sólo implicaba que los productores locales produjeran el producto que definían los capitalistas, sino que también generalmente terminaba, al cabo de algunos años, en el endeudamiento del productor local, con lo que progresivamente iba quedando a merced de los requerimientos del capitalista, convirtiéndose en un monoprodutor de la mercancía del interés del capitalista, con lo que quedaba fuera de los circuitos de la economía de mercado y muchas veces sometido a una situación de servidumbre o proletarización.

económicos de escala mundial son estructurados por el capitalismo, en ningún caso por una economía de mercado en expansión. Braudel conceptualiza esta dinámica histórica de la siguiente manera: “[Es una dialéctica] entre una economía de mercado que se desarrolla casi por sí misma, espontáneamente, y una economía predominante que dirige esas actividades menores, las orienta y las tiene a su merced” (1984c, 20). En términos de la larga duración histórica, el producto es un avance de la esfera capitalista sobre las economías de mercado, Braudel señala: “[En el curso de] siglos y siglos [se] organizaron cadenas de mercados locales y regionales. El destino de esta economía local que funciona por sí misma es el de ser periódicamente objeto de una integración, de un reordenamiento “racional” en provecho de una zona y una ciudad dominantes... Es como si la *centralización* y la *concentración* de los recursos y las riquezas se hicieran necesariamente en favor de ciertos lugares de elección de la *acumulación*” (1984c, 19, énfasis del autor). Actualmente esta tendencia continúa y es visible en diferentes sectores de la economía que progresivamente son controlados por las grandes empresas capitalistas, piénsese, por ejemplo, en la creciente presencia de las grandes cadenas de supermercados en el comercio de los barrios a través de supermercados de pequeño tamaño, desplazando a los almacenes y pequeños negocios.³⁸

La relación entre el capitalismo y el nivel más básico de la vida económica, llamado por Braudel “vida material” es más complejo de visualizar dado que la vida material en sí misma es un nivel difícil de apreciar y particularmente de cuantificar. Por vida material Braudel hace referencia a aquellos espacios que están al margen de los mercados, los autoconsumos, las autoproducciones, el bricolaje, también el trueque o la venta de bienes o servicios de producción propia fuera de los mercados (principalmente entre parientes o conocidos), es una esfera informal, sobre la que hay poca información, no se lleva registro de esta producción ni de estas transacciones.³⁹ Sin embargo, es una esfera económica enorme, ya que incluye

³⁸ En 2016 se calculaba que en Chile los grandes supermercados ya habían logrado un 75% de las ventas de este sector, haciendo retroceder, desde 2009, en un 15% a los almacenes y ferias (véase Troncoso 2016). Cabe señalar que en los supermercados sólo tres empresas (Walmart, Cencosud y SMU) abarcan, al año 2014, un 46,1% del total de ventas de la industria, lo que además se contextualiza en una tendencia al alza ya que en 2009 controlaban un 39,8% de las ventas (Marañón 2015).

³⁹ Braudel describe de la siguiente manera a este nivel de la economía: “...una zona de sombra, con frecuencia difícil de observar por la falta de documentación histórica suficiente, se extiende por debajo del mercado; es la actividad elemental básica que se encuentra en todas partes y que adquiere una envergadura sencillamente fantástica. A esta zona densa, a ras de suelo, la he denominado, por no encontrar nada mejor, la vida material o la “civilización material”. [...] esta infraeconomía, esta otra mitad informal de la actividad económica, la de la autosuficiencia, del trueque de los productos y

toda la producción de los hogares, como la transformación de los productos alimenticios en comida, la crianza de los menores –de la futura fuerza de trabajo–, el cuidado de menores, mayores, enfermos y personas con discapacidad, la producción de bienes y servicios para el consumo directo o el intercambio (especialmente relevante fuera de las grandes urbes), la autoproducción de la vivienda y el hábitat, etcétera. Sobre la relación de esta esfera con el capitalismo, se puede afirmar que el capitalismo ha sido históricamente “subvencionado” por la vida material, particularmente en relación a la reproducción de la fuerza de trabajo y a otorgar a las clases populares un nivel de vida que les permita su sobrevivencia. El proceso de proletarización es entendido por Wallerstein como el paso de una fuerza de trabajo que se reproduce fuera de la esfera capitalista, a una que se reproduce en su interior en base a salarios,⁴⁰ por ello, procesos como la urbanización y la incorporación masiva de la mujer a la fuerza de trabajo tienden a disminuir la esfera de la vida material y ampliar la del capitalismo (y también de la economía de mercado). Así, industrias capitalistas de gran importancia se han conformado sobre la base de reemplazar parte de la autoproducción de bienes y servicios situadas tradicionalmente en la vida material, lo que ha sido particularmente relevante en el siglo XX en relación a las industrias que producen bienes y servicios para su uso en el espacio doméstico. Para ejemplificar el progresivo reemplazando la autoproducción por la producción capitalista, se puede tomar el caso de la industria de la construcción de las viviendas de las clases populares en Chile, ya que durante el siglo XX estas pasaron de ser mayoritariamente producidas mediante la autoconstrucción, a ser producidas por grandes empresas capitalistas que reciben una demanda canalizada y subsidiada por el estado para la construcción de “viviendas sociales”.⁴¹

de los servicios en un ámbito muy reducido. [En la actualidad también existe, esta] economía al margen del mercado: el trueque apenas disimulado, los servicios directamente intercambiados, el denominado “trabajo clandestino”, más las numerosas formas del trabajo doméstico y del “bricolaje”. Esta capa de actividades, por debajo o al margen del mercado, ha aumentado lo suficiente como para llamar la atención de algunos economistas: representa, por lo menos, entre el 30 y el 40% del producto nacional, que escapa así a todas las estadísticas, incluso en los países industrializados” (1984a, 2-3).

⁴⁰ En relación a la aún limitada proletarización de la fuerza de trabajo, Goldfrank señala: “Most households in the core still depend to a fair degree on unwaged obligatory “housework” even if the bulk of their income is derived from wages. And in the periphery, low wage levels depend precisely on the fact that the costs of reproducing the work force are borne by subsistence producers” (2000, 175).

⁴¹ Para una panorámica sobre la evolución de la construcción de “condominios sociales” (viviendas sociales en edificios), véase MINVU 2014.

De esta manera, el capitalismo crecientemente estructura la vida económica, reorienta a las economías de mercado en función de sus necesidades de acumulación, e incluso transforma en industrias capitalistas a esferas económicas reproductivas tradicionalmente situadas en la vida material. Esta es una tendencia histórica impulsada por el poder de los capitalistas y de los estados que los apoyan, es decir, el “desarrollo” del capitalismo es un proceso activamente impulsado por agentes que detentan una enorme fuerza y un proyecto político –la acumulación infinita de capital– que guía sus relaciones de poder con otros agentes sociales y económicos. Cabe ahora situar al capitalismo en el sistema social que lo contiene, el sistema-mundo capitalista.

1.1.3. El capitalismo como sistema-mundo.

Un postulado central, y probablemente el más reconocido, de la Perspectiva del Sistema-Mundo, es la identificación del capitalismo con un sistema-mundo o, como veremos más adelante, más específicamente con una economía-mundo. Para esta perspectiva el sistema-mundo sería el conjunto social más amplio que alberga la vida social, la totalidad social, y por tanto el sistema que constituye la unidad básica de análisis de los procesos de cambio social. Este planteamiento se desarrolla en el marco de un cuestionamiento general a la Teoría de la Modernización, de enorme influencia en las Ciencias Sociales a partir de los años cincuenta del siglo pasado.⁴² La Teoría de la Modernización, tributaria de los planteamientos teóricos de Parsons (Joas y Knöbl, 2009), planteaba como postulado central que las diferentes sociedades pasan por etapas que llevan a la modernidad. Wallerstein (1999b) indica que la Teoría de la Modernización se fundamenta en tres premisas. (1) Las sociedades son autónomas, sus desarrollos históricos tendrían su origen en dinámicas que tienen lugar en el interior de cada una de ellas, y en lo fundamental sus procesos no serían afectados por lo que ocurre fuera de sus límites, en otras sociedades o en el espacio internacional/global, o a lo sumo se los reconoce como “factores externos” que inciden en los procesos “internos” (diferentes autores de la Teoría de la Modernización hicieron hincapié en los efectos

⁴² Wallerstein (1999b) señala que la perspectiva del sistema-mundo se comenzó a desarrollar a finales de los años 60 como una reacción frente a la preeminencia que desde el final de la Segunda Guerra Mundial tenía la teoría de la modernización. En América Latina también se cuestionaba a la Teoría de la Modernización primero desde la CEPAL y luego por la Teoría de la Dependencia.

modernizadores que podría tener la adopción, por parte de las sociedades “atrasadas”, de formas institucionales, patrones culturales, tecnologías, técnicas, etc. de las sociedades “avanzadas”). Esta autonomía se plasmaría en que cada sociedad llevaría su propio proceso histórico en su vía a la modernización. En términos teóricos y empíricos se identificó a las sociedades con los estado-nación, lo que tuvo por consecuencia que en términos prácticos, es decir, en términos de políticas de desarrollo, se trató a cada país como una entidad autónoma que debía aplicar sus políticas modernizadoras dependiendo de sus características particulares.⁴³ (2) La Teoría de la Modernización describe al cambio social de una forma evolutiva. Las sociedades seguirían un patrón de desarrollo económico, político, social y cultural, progresivo, el cual tendría que ser semejante al que ya habían seguido las sociedades desarrolladas o modernas en su propio proceso de desarrollo/modernización. 3) El final de la evolución de las sociedades, al que debían llegar los países “subdesarrollados”, estaba señalado por las sociedades “avanzadas”, por lo que estas pasaron a constituirse en el modelo que debían seguir y alcanzar las sociedades “atrasadas”, particularmente Estados Unidos, que en las décadas de los años cincuenta y sesenta era la sociedad que gozaba de mayor nivel económico.

Las tres premisas que describe Wallerstein (1999b) tienen como referente al concepto de sociedad, por lo que este concepto está en el centro de la teoría del desarrollo y de la práctica política desarrollista. Fundamentalmente el concepto de sociedad sirve para definir la totalidad social, es decir, la unidad de análisis de las Ciencias Sociales y el conjunto político-económico-social-cultural que debería alcanzar la modernidad.⁴⁴ La perspectiva del sistema-mundo levanta un cuestionamiento directo a este uso del concepto de sociedad, Wallerstein señala: “...es inútil analizar los procesos de *desarrollo social* de nuestras múltiples

⁴³ La teoría de la modernización tuvo una enorme repercusión en términos del diseño e implementación de todo tipo de políticas en los países periféricos. Desde este paradigma expertos de las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales, encabezados por los economistas, junto a expertos en las más diversas áreas como salubridad, ingeniería, agricultura, salud pública, demografía, salud reproductiva, etc., etc., se desplegaron en las periferias como asesores de gobiernos nacionales y locales, bajo el auspicio de organismos internacionales y los gobiernos de los países céntricos (véase Escobar 2007).

⁴⁴ Según la perspectiva desarrollada por Talcott Parsons, de gran influencia en la teoría de la modernización, toda interacción estable constituiría un sistema social, pero la mayor parte de ellos a su vez sería subsistemas de un sistema social mayor. La sociedad sería un sistema social que se destacaría sobre los demás, ya que englobaría todos los elementos funcionales indispensables para ser considerado como autosuficiente y capaz de reproducirse a sí misma en el tiempo, por lo cual, no se la podría considerar como subsistema de un sistema social más amplio (Parsons 1974). Ya mencioné arriba que el concepto de sociedad no sólo es empleado por perspectivas funcionalistas como la Teoría de la Modernización, también por perspectivas críticas como las corrientes dominantes del marxismo (por ejemplo véase Adorno 2001).

“sociedades” (nacionales) como si fuesen estructuras autónomas, de evolución interna, pues fueron y son de hecho en primer lugar estructuras creadas por procesos de escala mundial y moldeadas como reacción a ellos” (2004, 85, énfasis del autor). Como alternativa, la Perspectiva del Sistema-Mundo plantea que los únicos sistemas sociales “reales” son los sistemas-mundo, ya que ellos son los únicos sistemas sociales que poseen una dinámica de desarrollo interna y donde la totalidad de la vida social esta autoincluida, por lo que no son afectados en lo sustancial por otros sistemas sociales.⁴⁵ Estas serían características de los sistemas-mundo, por el contrario, las sociedades/estados-nación, no serían sistemas sociales con estas características, ya que no cumplen los dos requisitos anteriores, por el contrario, están insertos en un sistema-mundo que es determinante para entender su situación en cualquier momento histórico específico así como sus procesos de cambio social. Cabe enfatizar que este planteamiento no sólo se postula para las sociedades “subdesarrolladas” en las que se enfocaba la Teoría de la Modernización, o “periféricas-dependientes”, como se enfatizaba desde las visiones cepalinas y desde la Teoría de la Dependencia, también sería válido para las sociedades “desarrolladas”, para los “países capitalistas avanzados”,⁴⁶ cuya situación “de desarrollo” también se debería a su posición en el sistema-mundo como centro del sistema, como potencias dominantes, posición que les permite estructurar la economía mundial según sus intereses, y no a que iniciaron su proceso de desarrollo capitalista en un momento anterior a los demás países.

Goldfrank (2000) enfatiza que al conceptualizar al sistema-mundo como el único sistema que representa el conjunto de la vida social, Wallerstein no está dando primacía a los “factores externos” sobre los “factores internos” en la explicación de la situación de una sociedad o de sus procesos históricos. Lo que plantea Wallerstein, enfatiza Goldfrank (2000), es que la

⁴⁵ Wallerstein señala (2003, 489-490): “Lo que caracteriza a un sistema social, desde mi punto de vista, es el hecho de que la vida en su seno está en gran medida autoincluida, y que la dinámica de su desarrollo es en gran medida interna [es decir,] si el sistema, por cualquier razón, quedara aislado de todas las fuerzas externas... ..continuaría funcionando sustancialmente de la misma manera”.

⁴⁶ Goldfrank señala que si bien ya la teoría de la dependencia había enfatizado la imposibilidad de entender el subdesarrollo de la periferia desvinculada de su relación con el centro del sistema capitalista, Wallerstein enfatiza la imposibilidad de entender el desarrollo del centro sin su vínculo con las periferias, los propios conceptos de centro y periferia indican una indisoluble relación entre ellos: “La relación central de la perspectiva del sistema-mundo es entre centro y periferia... ..diferentes regiones especializándose en producciones intensivas en capital (centro) e intensivas en trabajo (periferia). En la visión de Wallerstein ninguna podría existir sin la otra: es un concepto relacional que describe una realidad relacional!” (2000, 168).

economía-mundo alcanza cualquier espacio económico –que no sea una economía local autárquica de subsistencia– aunque esté principalmente enfocado en cadenas productivas o mercados “nacionales”, ya que en cualquier caso la referencia al mercado mundial y a su división del trabajo estará presente. Asimismo, las políticas de desarrollo nacionales, sea cual sea el mecanismo que empleen, son intentos por redistribuir la división internacional del trabajo, por lo que también tienen como contexto a la economía-mundo. Goldfrank (2000, 190-1) señala: “...it is not that “external” factors are more important than “internal” in analyzing country X or Y; it is that the two are necessarily and dialectically connected because both are internal to the world-economy of commodity chains, class struggles, and state structures”. Un ejemplo de esta vinculación entre lo interno y externo se puede tomar de los autores dependencistas. Un postulado central de la Teoría de la Dependencia es que la posición subordinada de los países periféricos es incorporada en su estructura de clases. La posición de dominio de determinadas clases sociales se debe a su control de una economía adaptada a la condición de dependencia, una economía estructurada a partir del vínculo generado en una posición de subordinación de la periferia con respecto al centro que históricamente organizó dicho vínculo a partir de su dominio político –militar– y económico. Es a partir de su posición en una economía vinculada de manera dependiente que se pueden comprender las características de las clases, sus intereses, sus ideologías, las políticas que promueven, la forma de su relación con las demás clases y con el estado. Al respecto Cardoso y Faletto señalan: “...lo externo, en esta perspectiva, se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas” (1979, 20). De esta manera, no se puede hacer una separación entre factores “externos” –la economía internacional– y los “internos” –las relaciones de clases nacionales–, ya que es en el marco del vínculo dependiente que se comprenden las relaciones de clases de los países periféricos.⁴⁷

⁴⁷ Por ello Cardoso y Faletto, al definir su problemática, plantean que es necesario analizar el vínculo de las sociedades periféricas con el sistema capitalista mundial para comprender sus características centrales, en palabras de ambos autores: “...el enfoque propuesto no considera adecuado, ni aun desde un punto de vista analítico, separar los factores denominados “externos” y los “internos”; al contrario se propone hallar las características de las sociedades nacionales que expresan las relaciones con lo externo” (1979, 26-27).

De esta manera, desde esta perspectiva la situación de las diferentes partes del sistema-mundo, así como de las diferentes clases, grupos y pueblos que existen en su seno, no se pueden entender si se analizan asumiendo algún tipo de autonomía de las sociedades estatales –o de alguna otra delimitación geográfica–, ya que las características que tiene una sociedad o un grupo humano en un determinado momento no son resultado de su particular historia, sino que, primordialmente, de su situación dentro del sistema-mundo, de la posición en la cual se encuentran en relación al conjunto del sistema y a los demás componentes de este sistema mundial, y de su historia como parte integral de dicho sistema. Asimismo, las principales dinámicas políticas, económicas y culturales tienen su “localización” en el sistema-mundo como conjunto, no en las sociedades estatales o cualquier otra delimitación local.⁴⁸ Esto no significa desconocer que en cada espacio regional, nacional y/o local existen características estructurales particulares, y que sus dinámicas históricas están mediadas por dichas particulares situaciones regionales, nacionales y/o locales. Menos se pretende asumir la liviana afirmación de que los estados han perdido importancia a partir de “la globalización” –por el contrario, como se verá, los estados son centrales en las dinámicas del sistema-mundo–. Lo que se afirma y asume es que en la arena del sistema-mundo están localizados los principales elementos estructurales que inciden en las dinámicas sociales y en los procesos de cambio económico, social y cultural, y que la posición periférica, semiperiférica o central de cualquier región, sociedad o localidad en la estructura social, económica, geopolítica y geocultural del sistema-mundo es determinante para entender sus características estructurales y las dinámicas que aloja.

Wallerstein (1974, 2003) asigna a la división del trabajo un papel central en la conformación del sistema-mundo como sistema social. La autoinclusión de los sistemas sociales se basa en la división del trabajo, la que demarca el espacio territorial que constituye un conjunto económico y social, define el alcance de un sistema cuyas diferentes partes son

⁴⁸ Una premisa que plantea Wallerstein (1999a) como base de la perspectiva del sistema-mundo es la “globalidad” (*globality*), con lo que se refiere a la unidad de análisis de esta perspectiva, esta unidad es el sistema-mundo como un todo, no las sociedades o estados individuales. Wallerstein (1999a) plantea que todas las partes del sistema-mundo (sociedades, estados, regiones, etc.) no se pueden entender si se analizan de manera separada, y las características que tiene una sociedad en un determinado momento histórico no son resultado de su evolución histórica particular, sino que se deben, primordialmente, a su particular situación dentro del sistema-mundo.

económicamente dependientes del resto.⁴⁹ Entre los sistemas sociales Wallerstein (1999b) distingue tres formaciones históricas diferentes; los mini-sistemas, los imperio-mundo y las economía-mundo. Los mini-sistemas son definidos como pequeñas economías autárquicas con una escasa división del trabajo interna. Wallerstein (2003) plantea que para constituirse en un sistema social autoincluido, una pequeña economía autárquica debe cumplir dos requisitos, no ser parte de una división del trabajo superior que organice parte relevante de su economía (que la haría parte de una economía-mundo), y no pagar tributos de manera regular a una entidad política mayor (que la haría parte de un imperio-mundo). El feudalismo europeo puede considerarse como un sistema que albergaba un gran conjunto de mini-sistemas que compartían una matriz cultural.

Por su parte, los imperios-mundo y las economías-mundo son conceptualizados por Wallerstein como “sistemas-mundo”, ya que son sistemas que en sí mismos constituyen un mundo social completo, más allá de que no abarquen la totalidad del planeta.⁵⁰ Estos sistemas-mundo tienen una diferencia estructural central, la existencia, en el imperio-mundo, de un estado que abarca la totalidad del sistema o la existencia, en la economía-mundo, de múltiples estados que se reparten la administración de los diferentes territorios que abarca el sistema. Como enfatizaré, de esta diferencia estructural deriva una diferencia en la estructura de dominación de ambos sistemas-mundo, en el imperio-mundo las relaciones de poder estado-capitalistas son dominadas por el estado, en las economías-mundo los capitalistas son dominantes.

Los imperio-mundo son sistemas en los que una única organización política central abarca toda o prácticamente toda su extensión geográfica, y donde esta unidad política efectivamente controla, o puede hacerlo si así lo estima en un determinado momento, la actividad económica del conjunto del sistema. En estos sistemas, la división internacional del trabajo

⁴⁹ Wallerstein señala: “We take the defining characteristic of a social system to be the existence within it of a division of labor, such that the various sectors or areas within are dependent upon economic exchange with others for the smooth and continuous provisioning of the needs of the area. Such economic exchange can clearly exist without a common political structure and even more obviously without sharing the same culture” (1974, 390).

⁵⁰ Braudel (1984c) emplea el concepto de economía-mundo también para los imperio-mundo, enfatizando que ellos no sólo son una unidad política sino también un conjunto económico autónomo. Para mayor claridad, emplearé de manera diferenciada los conceptos de economía-mundo y de imperio-mundo, y sólo en esta sección usaré el concepto de sistema-mundo para ambas, ya que en el resto del trabajo lo usaré como sinónimo de economía-mundo, ya que tendré por referencia al actual sistema-mundo que es una economía-mundo.

abarca al conjunto de naciones del imperio, o tributarias del imperio, por lo que la economía-mundo tiene un alcance geográfico que es controlado fundamentalmente por una sola entidad estatal (véase Wallerstein 2003). Esto no implica que el imperio-mundo sea una entidad completamente cerrada, implica que los intercambios económicos con otros sistemas-mundo son controlados por el estado, y que su división del trabajo sólo se ve afectada de manera menor por el intercambio con las entidades externas, sólo en la medida y en los espacios que el estado lo admite. En el imperio-mundo el estado abre o cierra sus fronteras, sus puertos, a los intercambios que estima convenientes, designa a los capitalistas que pueden entrar y salir, o monopoliza los intercambios externos. Por este motivo, la entidad política central, imperial, tiene una gran capacidad para controlar la economía, puede apropiarse de los excedentes económicos a través de tributos, e impuestos, puede controlar los intercambios externos, puede ejercer monopolios en áreas económicas estratégicas, puede dirigir el desarrollo de diferentes áreas de la economía según sus prioridades y, lo que marca una diferencia central con las economía-mundo, tiene el poder para controlar a los capitalistas que realizan sus actividades en su jurisdicción. Así, la economía del imperio-mundo puede ser dirigida y controlada por su dirección política, controlando a los capitalistas y restringiendo el desarrollo capitalista; Braudel señala: “El imperio, es decir, el súper Estado que, por sí solo, abarca el espacio entero de una economía-mundo, plantea un problema de conjunto... ..la economía no se adapta a las exigencias y restricciones de una política imperial sin contrapeso. Ningún comerciante, ningún capitalista, tendrá nunca en ella campo libre” (1984c, 36).⁵¹ Los últimos imperio-mundo fueron incorporados al sistema-mundo capitalista a lo largo de sus diferentes períodos de expansión, sin embargo, es importante tener presente sus particularidades, la primacía del estado sobre los capitalistas, como contraste con la

⁵¹ Braudel analiza la relación entre los capitalistas y los estados en diversos imperios-mundo, como el ruso y el turco: “En Rusia... ..el Estado es como una roca en medio del mar. Todo conduce a su omnipotencia, a su policía reforzada, a su autoritarismo tanto frente a las ciudades (“cuyo aire no hace libre” como en Occidente) como a la conservadora Iglesia Ortodoxa, o a la masa campesina –que pertenece al zar antes que al señor–, o a los boyardos mismos reducidos a la obediencia... ..el Estado se adjudica el control de los intercambios esenciales: monopoliza el comercio de la sal, de las potasas, del aguardiente... la exportación de cereales está sometida a la autorización del zar...” (Braudel 1984c, 372-373). “El Imperio Turco... [es] ...desde el comienzo, una economía-mundo... ..sólidamente mantenida por la potencia efectiva del Estado. “El Gran Señor está por encima de las leyes –dice un embajador francés, M de La Haye (1669)–; da muerte sin formalidades y a menudo sin ningún fundamento de justicia a sus súbditos, se apodera de todos sus bienes y dispone de ellos a su gusto...”. [Tuvo] también una capacidad evidente para mantener dentro de ciertos límites a los indispensables socios europeos. Venecia misma se ve obligada a andarse con rodeos, a hacer compromisos en Estambul. Penetra sólo hasta el punto en que se deja penetrar” (Braudel 1984c, 391-392).

estructura de dominación del actual sistema-mundo que deriva de las características estructurales de una economía-mundo.

El tercer tipo de sistemas históricos son las economía-mundo, entre los cuales está el sistema-mundo capitalista moderno o, mejor, contemporáneo. Estos sistemas,⁵² a diferencia de los mini-sistemas, poseen una extensa división del trabajo y, a diferencia de los imperio-mundo, no cuentan con una unidad estatal imperial que abarque todo el sistema, por el contrario, albergan múltiples estados que se reparten la administración política de las diversas zonas del sistema, por lo tanto, su división del trabajo es de carácter internacional, o más precisamente interestatal, abarca los territorios políticamente administrados por múltiples estados. Hay que considerar que la existencia de múltiples estados hace posible la economía-mundo, Wallerstein (2003) enfatiza que la pluralidad de estados fue una condición que posibilitó la existencia y expansión del sistema-mundo capitalista actual, ya que bajo el control de un solo estado los capitalistas habrían tenido que plegarse a las prioridades políticas de la cabeza del estado, y esto probablemente habría coartado su tendencia expansiva.⁵³ Sin embargo, a pesar que las economías-mundo no tengan una única

⁵² Usar el plural es controvertido, porque Wallerstein (2003) plantea que el actual sistema-mundo ha sido la única economía-mundo que ha podido desarrollarse, que las anteriores economías-mundo tuvieron una inestabilidad estructural que las hizo colapsar o derivar a imperios-mundo, por lo que la economía-mundo capitalista contemporánea sería un caso históricamente único. Por su parte Braudel (1984c) trata como economías-mundo a diversos sistemas históricos, por lo que no le otorga al actual sistema-mundo un carácter históricamente único. Por ejemplo, señala que hacia el siglo XV en Asia hay tres economías-mundo, una árabe, una hindú y otra china, que estaban convergiendo en una enorme economía-mundo centrada en Insulindia: “Hayamos interminablemente ante nosotros, desde Egipto hasta Japón, a capitalistas, prestamistas sin riesgo, grandes comerciantes, miles de ejecutantes, comisionistas, agentes, cambistas, banqueros, etcétera. Y desde el punto de vista de los instrumentos, de las posibilidades o garantías del intercambio, ninguno de estos grupos de comerciantes tiene nada que envidiar a sus colegas de Occidente [...] Así, aparece ante nuestros ojos, y cada vez con mayor claridad, “una red de tráfico marítimos de una variedad y de un volumen comparables a los del Mediterráneo o de los mares nórdicos y atlánticos en Europa”. Allí todo se mezcla, todo se reencuentra: los artículos de lujo y las mercancías vulgares, seda, especias, pimienta, oro, plata, piedras preciosas, perlas, opio, café, arroz, índigo, algodón, salitre, madera de teca (para las construcciones navales), caballos de Persia, elefantes de Ceilán, hierro, acero, cobre, estaño, tejidos maravillosos para los grandes de este mundo y telas toscas para los campesinos de las islas de especias o los negros de Monomotapa... El comercio de India en India existía mucho antes de la llegada de los europeos, pues las producciones complementarias se atraen, se compensan, unas a otras; animan, en los mares del extremo oriente, circuitos de movimientos incesantes análogos a los de los mares de Europa” (1984c, 408).

⁵³ Wallerstein (2003) que esto ocurrió el Imperio Chino en el siglo XV cuando la economía-mundo europea iniciaba su expansión por ultramar. Wallerstein (2003) aborda el problema de porqué el Imperio Chino no se comprometió en exploraciones oceánicas similares a las europeas, abandonando las que realizaron por el Océano Índico hasta las costas africanas en la primera mitad del siglo XV. Wallerstein plantea que no habían diferencias significativas en el estado de la tecnología de navegación entre Europa y China que justifiquen la diferencia. El planteamiento que realiza es que la diferencia proviene de la existencia de un estado centralizado, que establece prioridades a lo largo de todo el sistema-mundo chino. Así, en el caso de China en el siglo XV se toma la decisión política de interrumpir las exploraciones por el Océano Índico, ya que el foco de preocupación imperial eran las amenazas de los mongoles y de los piratas japoneses. Braudel (1984c) señala que en 1421 la capital del imperio pasa del puerto de Nankín, desde donde partían estas expediciones, a la ciudad mediterránea de Pequín, lo que muestra la renuncia de los Ming a la apertura al mar. Esto no ocurre en Europa, donde

administración estatal central, se constituyen en un sistema porque sus diferentes partes, las regiones que administran los distintos estados, mantienen un vínculo económico permanente y estructural, fundamentado en la división del trabajo. De esta manera, el vínculo económico es el fundamento estructural de una economía-mundo. Wallerstein lo plantea de la siguiente manera: “[Un sistema-mundo] es una “economía-mundo” debido a que el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque esté reforzado en cierta medida por vínculos culturales y eventualmente, como veremos, por arreglos políticos e incluso estructuras confederales” (2003, 21, énfasis del autor). Braudel también enfatiza que el vínculo económico estructura el espacio de la economía-mundo como un “universo en sí, un todo” aunque no tenga una unidad política, cultural o social. Braudel señala (1984c, 7-8): “[Estudié] el Mediterráneo del siglo XVI como... ..“economía-mundo”... En conjunto, es un universo en sí, un todo. La región mediterránea, en efecto, aunque dividida política, cultural y socialmente, tiene cierta unidad económica que, a decir verdad, ha sido construida desde arriba, a partir de las ciudades dominantes de la Italia del norte... Esta actividad traspasa el límite de dos imperios: el Hispánico... ..y el Turco... [Traspasa el límite] entre las civilizaciones [griega, musulmana y cristiana] que se dividen el espacio mediterráneo... El Islam y la Cristiandad se enfrentan a lo largo de una línea de separación de norte a sur... Sobre esta línea que corta el espacio mediterráneo, se sitúan todas las batallas resonantes entre infieles y cristianos. Pero los barcos mercantes no cesan de atravesarla”.

Los límites de un sistema-mundo, tanto de un imperio-mundo como de una economía-mundo, estarían dados por el alcance de la división regular del trabajo. Definir el alcance de una división del trabajo, especialmente una que traspasa los límites estatales, es complejo, Wallerstein plantea que el alcance de los intercambios necesarios para la satisfacción de las necesidades básicas sirve de referente para definir una economía-mundo,⁵⁴ y Braudel (1984c)

la pluralidad de estados impidió que una única cabeza política estableciera prioridades para el conjunto del sistema-mundo. Wallerstein señala: “...cuando los turcos avanzaron en el este, no había ningún emperador europeo que pudiera hacer volver a las expediciones portuguesas. Portugal no se vio apartada de sus aventuras ultramarinas para defender Viena [sitiada por los otomanos en 1529]” (2003, 84-85).

⁵⁴ Wallerstein señala: “We must start with how one demonstrates the existence of a single division of labor. We can regard a division of labor as a grid which is substantially interdependent. Economic actors operate on some assumption (obviously seldom clear to any individual actor) that the totality of their essential needs –of sustenance, protection, and pleasure– will be met over a reasonable time-span by a combination of their own productive activities and exchange in some form. The smallest grid that would substantially meet the expectations of the overwhelming majority of actors within those boundaries constitutes a single division of labor” (1974, 397).

hace referencia al alcance de las fluctuaciones de los precios como indicador de una unidad económica. Fuera del límite de un sistema-mundo está el “área externa” (Wallerstein 1998b). El área externa es la zona que, aunque no es parte de un sistema-mundo, mantiene algún tipo de intercambio económico, comercial, con él, es decir, es un intercambio entre dos sistemas-mundo diferentes que se mantienen diferenciados ya que su comercio no afecta de manera significativa la división interna del trabajo de los sistemas en cuestión. Este intercambio se produce en puntos específicos, en general “puertos de comercio”, controlados por los estados y mercaderes locales, a donde llegan los mercaderes de una economía-mundo interesada en algunos productos específicos producidos por la economía local. Estas mercancías Wallerstein (1998b) las conceptualiza como “artículos de lujo”. Por artículos de lujo Wallerstein no se refiere a mercancías con alguna cualidad especial, sino que a mercancías que son exportadas porque su valor para la economía que las produce es muy inferior al valor que obtiene al exportarlas. Estos precios significativamente diferentes de una misma mercancía muestran que se está en presencia de dos sistemas diferenciados,⁵⁵ ya que estas diferencias sólo pueden producirse en el comercio entre dos sistemas diferentes, que desconocen los costos de producción y las medidas de valor social para una determinada mercancía en el otro sistema, lo que logra el exportador manteniendo una muy limitada apertura al intercambio comercial supervigilado por el estado local.⁵⁶

En términos históricos, en general fue la economía-mundo capitalista europea la que estableció estos vínculos con otros sistemas-mundo, ya que tenía interés en determinadas mercancías producidas por ellos, sin embargo, de parte de estos sistemas no había un interés por las mercancías de la economía-mundo europea, o más bien, sus estados se cerraban a

⁵⁵ Wallerstein (1998b) plantea que el carácter “de lujo” no es para el comprador/importador, ya que toda mercancía es demandada por alguna necesidad y no es analíticamente útil pretender distinguir entre necesidades básicas y de lujo. El carácter “de lujo” es para el exportador, quien obtiene un valor desmesurado de la exportación en comparación a sus usos alternativos en su propia economía-mundo.

⁵⁶ Wallerstein enfatiza la relación entre “área externa” y “artículos de lujo”, señalando: “El concepto de exportación de lujo... ..refiere a la disposición de artículos de bajo valor social a precios muy superiores a los que pueden obtenerse de sus usos alternativos, concepto que únicamente puede aplicarse si se está tratando con el comercio entre dos sistemas históricos separados, en cuyo caso cabe concebir que tengan diferentes medidas de valor social. Por consiguiente, los conceptos de “lujo” y “área externa” van de la mano” (1998b, 183). Wallerstein señala que la extensión del comercio de una determinada mercancía tiende a eliminar el desconocimiento de los costos de producción, por lo que el desconocimiento debe ser salvaguardado por mecanismos extraeconómicos como el control estatal de los puntos de intercambio.

importar un gran volumen de sus mercancías,⁵⁷ por lo que el comercio era deficitario para la economía-mundo y debía saldarse en metales preciosos (oro y plata). Braudel (1984c) enfatiza la importancia del comercio de artículos de lujo con las áreas externas en la historia de la expansión del sistema-mundo capitalista, ya que, por una parte, era un comercio que permitía unas sustanciosas ganancias fuera de toda regularidad de mercado, por las grandes distancias involucradas y porque era fácilmente monopolizado con el apoyo de un estado poderoso y, por otra parte, porque era de utilidad para detectar las posibilidades de expansión económica y política. Hacia finales del siglo XIX la economía-mundo capitalista incorporó las últimas regiones que se mantenían en su interior, englobando la totalidad del planeta y acabando con las áreas externas. Así, el actual sistema-mundo es una economía-mundo, por lo que de aquí en adelante los elementos conceptuales que se plantearán hacen referencia a este sistema social, y se emplearán como sinónimos los conceptos de sistema-mundo y de economía-mundo.

Cabe detenerse en una de las consecuencias centrales de las características estructurales de las economías-mundo para la forma que adquiere la estructura de dominación y las relaciones de poder; la relación entre estados y capitalistas. Ya señalé que en los imperios-mundo el estado tenía preeminencia sobre los capitalistas en sus relaciones de poder, los capitalistas no podían escapar al control y las restricciones que los estados podían ejercer sobre ellos, y a las eventuales medidas coercitivas que los soberanos podían tomar en contra de los capitalistas a los que veían como amenaza por su riqueza y poder.⁵⁸ En una economía-mundo, ni los más poderosos estados, ni los imperios que han controlado importantes porcentajes de su territorio, han tenido un poder semejante sobre sus capitalistas. En una economía-mundo

⁵⁷ Wallerstein señala: “Desde el punto de vista de la economía-mundo capitalista, un área externa era una zona de la que la economía-mundo capitalista deseaba obtener mercancías pero que se resistía (quizá culturalmente) a importar productos manufacturados a cambio y era lo bastante fuerte políticamente como para mantener sus preferencias” (1998b, 234). Por ejemplo, en el siglo XIX la Compañía Británica de las Indias Orientales trataba de vender algodón de la India a China para disminuir el gasto en plata por sus compras de té. Como este comercio era insuficiente para saldar sus déficits, comenzó a exportar ilegalmente, a traficar, opio que era prohibido por el estado chino, hasta que luego de la Guerra del Opio (1840) se comenzó a iniciar la incorporación de China a la economía-mundo.

⁵⁸ Por ejemplo, sobre el Imperio Chino Braudel señala: “...las familias excesivamente ricas y poderosas resultan, por regla general, sospechosas al Estado, que es el único en poseer el derecho sobre la tierra... [y] ...vigila muy de cerca las empresas mineras, industriales y mercantiles. El Estado chino, pese a las complicidades locales de mercaderes y mandarines corrompidos, siempre fue hostil al florecimiento de un capitalismo que, cada vez que prospera a favor de las circunstancias, se ve finalmente frenado por un Estado en cierto modo totalitario... Sólo encontramos un auténtico capitalismo chino fuera de China –en Insulindia, por ejemplo, donde el mercader chino actúa y reina con entera libertad” (1994, 81).

con múltiples estados, los capitalistas que se desenvuelven a escala transnacional cuentan con una amplia libertad que los estados difícilmente pueden controlar; Wallerstein señala: “...el capitalismo como modo económico se basa en el hecho de que los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente. Esto le da a los capitalistas una libertad de maniobra que tiene una base estructural” (2003, 491). Así, en una economía-mundo los capitalistas tienen márgenes de maniobra bastante amplios que les dan ventaja sobre su propio estado, ya que se pueden mover en el ámbito internacional, con lo que quedan fuera del control completo de cualquier estado. Este es el factor estructural que enmarca la compleja relación de poder e interdependencia que mantienen estados y capitalistas, ya que los capitalistas pueden buscar los estados que les entreguen las mejores condiciones, que apoyen sus proyectos,⁵⁹ y en el caso extremo de conflicto abierto los capitalistas pueden emigrar a países donde el estado no los hostilice.

Que los capitalistas tengan una ventaja estructural en su relación de poder con los estados no implica plantear que los estados simplemente están sometidos al capitalismo o que los capitalistas se apoderan de su estado y lo usan según sus intereses. Más allá de que se pueden encontrar casos históricos donde el estado es ocupado e instrumentalizado directamente por los capitalistas, la relación estado-capitalistas es compleja.⁶⁰ En general el estado mantiene una relativa autonomía de la clase capitalista, pero esto se debe a que el estado refleja el compromiso de los intereses diversos de todas aquellas clases y grupos que participan con algún éxito en las relaciones de poder de una sociedad, lo que incluye a quienes ocupan el estado –gobernantes, tecnócratas, burócratas, partidos políticos, etc.–, pero especialmente refleja la diversidad de intereses de una clase dominante que no es homogénea. Sin embargo, es necesario siempre contextualizar esta relación en el marco de una economía-mundo

⁵⁹ Esto ocurre desde los más tempranos tiempos, no sólo en la actual “globalización”. Así, por ejemplo, los proyectos de expansión mercantil de la burguesía genovesa en su competencia con la veneciana encontraron condiciones para realizarse en los reinos de España y Portugal, los cuales tenían interés en expandirse a través del Océano Atlántico. Wallerstein señala (2003, 70): “Los genoveses, los grandes rivales de los venecianos, decidieron tempranamente invertir en las empresas comerciales ibéricas, y favorecer sus esfuerzos de cara a la expansión ultramarina”.

⁶⁰ Arrighi considera a la Venecia del siglo XV como un “modelo perfecto” (2009, 38) de estado capitalista por el completo dominio que ejercía la oligarquía mercantil, lo que se iría complejizando en el caso de los futuros países que detentarían el dominio del centro del sistema, Ámsterdam, el Reino Unido y Estados Unidos, que según Arrighi serían casos crecientemente diluidos del modelo veneciano de estado capitalista.

pluriestatal, donde los capitalistas y los estados compiten entre sí, lo que hace que estados y capitalistas se necesiten mutuamente para poder tener mejores posiciones relativas a los otros estados y capitalistas del sistema.⁶¹ Aunque, como veremos más adelante, estas relaciones varían dependiendo de si se sitúan en el centro o la periferia, Braudel y Wallerstein señalan que los estados necesitan de capitalistas fuertes para recaudar impuestos, tener más recursos y más poder, para tener influencia sobre otros estados. De esta manera, el estado que sirve los intereses de los grandes capitalistas sirve sus propios intereses (Braudel 1994). Por su parte, el estado es una parte, muy relevante, de los recursos que utilizan los capitalistas para lograr una mejor posición en la economía nacional e internacional. Wallerstein (2003) plantea que los estados fuertes son indispensables para capitalistas que pretenden llevar a cabo sus acciones a nivel transnacional, un estado fuerte es necesario para proteger sus intereses y asegurar sus derechos de propiedad más allá de las fronteras nacionales, para conseguir condiciones favorables en los intercambios económicos, para competir con los capitalistas de otros países, para coordinar industrias que faciliten y fortalezcan las acciones de sus capitalistas, para dirigir el desarrollo económico en coordinación con ellos, abriendo nuevas áreas económicas y asegurándoles mercados. A nivel nacional los capitalistas también necesitan estados que tengan la capacidad para controlar las regiones que son parte de sus esferas económicas (sus mercados nacionales), así como de controlar a las clases populares y trabajadoras. Por ello, un estado fuerte es parte del interés central de los capitalistas, los cuales pierden poder individual frente al estado pero ganan poder colectivo en el sistema-mundo al sumar un socio de gran relevancia, por lo que buscarán, hasta cierto punto, fortalecer a su estado. Sin embargo, los capitalistas sólo necesitan estados con una fuerza que ellos puedan controlar, ya que un estado demasiado fuerte puede imponerles prioridades y eventualmente restringir y someter a los capitalistas.

Así, la relación estado-capitalistas es compleja pero la mutua colaboración e identificación es común ya que es provechosa para ambos, por ello, normalmente los capitalistas reciben el

⁶¹ Wallerstein señala (1998b, 137): “[Rousseau distinguió] entre la voluntad general y la voluntad de todos, es decir, el interés común contra la suma de las voluntades particulares. El Estado moderno dentro del sistema interestatal es precisamente el campo de batalla de esta tensión sin fin. El fortalecimiento del Estado obviamente supone la reducción (no la eliminación) de la capacidad de las voluntades particulares de prevalecer sobre otra voluntad más general cuyo objetivo es optimizar las ventajas del Estado y de sus ciudadanos-beneficiarios (categoría más restringida que la de la totalidad de ciudadanos) en la economía-mundo respecto a los ciudadanos-beneficiarios de otros estados”.

apoyo de sus estados, y los conflictos suelen ser con algunos capitalistas, no con el conjunto de ellos (frecuentemente los capitalistas se disputan el apoyo estatal), sólo en el siglo XX hubo casos de estados que entraron con un conflicto abierto con el conjunto de sus capitalistas. Así, Braudel y Wallerstein plantean que en los estados que son parte de la economía-mundo generalmente la clase capitalista logró identificar sus intereses con los del estado e instrumentalizarlo en su beneficio, lo cual también es provechoso para el estado. Al decir de Braudel, el capitalismo triunfa cuando logra esta identificación del estado con sus intereses, cuando “se identifica con el Estado, cuando es el Estado” (1994, 72), ya que el poder estatal es central para apoyar el desenvolvimiento de los capitalistas en la economía-mundo, y para transformar su poder económico en una amplia dominación social de sus respectivas sociedades. Hobsbawm sintetiza esto de buena manera (y lo hace teniendo como referente al siglo XX, el de mayor conflictividad estado-capitalistas): “...lo cierto es que el gran capital puede alcanzar un entendimiento con cualquier régimen que no pretenda expropiarlo y que cualquier régimen debe alcanzar un entendimiento con él. El fascismo no era “la expresión de los intereses del capital monopolista” en mayor medida que el gobierno norteamericano del New Deal, el gobierno laborista británico o la República de Weimar” (1997, 135).

De esta manera, hay una compleja relación entre estado y capitalismo en el marco del sistema-mundo, los cuales, a la vez, se diferencian, se complementan e identifican. Una consecuencia de esta compleja relación de poder simbiótica es que el capitalismo debe ser entendido como un fenómeno que, a la vez, es económico y (geo)político, como un fenómeno que se desenvuelve en base al poder de los estados y los capitalistas, y ambos, aunque tengan contradicciones, impulsan la expansión del capitalismo. Una segunda consecuencia, es que la división internacional del trabajo es, en lo fundamental, estructurada en base a los intereses de los agentes más poderosos del sistema, los capitalistas, aunque los estados pueden intentar establecer otras prioridades políticas a parte de la estructura productiva y de la división del trabajo, históricamente tienden a identificarse con los objetivos del capital, por lo que apoyan dicha estructuración de la producción.⁶² Otra consecuencia de esta vinculación entre los

⁶² Sobre la orientación de la producción, Wallerstein señala: “...the essential feature of a capitalist world-economy [...] is production for sale in a market in which the object is to realize the maximum profit. In such a system production is constantly

actores más poderosos del sistema, es que la estructura de dominación de la economía-mundo hace que las fuerzas que se oponen al capitalismo enfrenten situaciones muy adversas en las relaciones de poder, por ello, como se planteará en el capítulo 2.3., sólo luego de un largo proceso de deterioro en las condiciones de vida y trabajo, las fuerzas populares pudieron plantear una oposición seria al avance capitalista a partir de la Revolución Francesa.

Como se señaló, Wallerstein (1974, 2003), plantea que el vínculo básico de un sistema-mundo es económico, ya que su autoinclusión se fundamenta en la división del trabajo, pero esta división del trabajo es transnacional, traspasa las fronteras políticas de numerosos estados, por lo que las diferentes partes del sistema son económicamente dependientes del resto aunque se encuentren en unidades administrativas, estados, diferentes. Así, la división del trabajo y la división del territorio entre múltiples estados son dos elementos estructurales centrales del sistema-mundo, el sistema-mundo, a la vez, está constituido por una estructura económica y geopolítica. Además, a esta doble estructura económica y geopolítica se le agrega una estructura cultural, una geocultura que propaga elementos culturales comunes a todo el sistema-mundo. La implicancia central sobre las relaciones de poder es que esta estructura es jerárquica, hay una jerarquía económica y geopolítica centro-semiperiferia-periferia que es reforzada por los contenidos ideológicos de la geocultura, por tanto, la estructura económica, geopolítica y geocultural es una estructura de dominación.

Me centraré ahora en los aspectos económicos y geopolíticos y dejaré para el final de esta sección el aspecto cultural. Tanto las diferentes tareas de la división del trabajo como la capacidad de los estados están distribuidas de manera desigual en el sistema-mundo, por lo que zonas céntricas, semiperiféricas y periféricas adquieren características económicas, sociales y políticas marcadamente diferentes entre sí. De ahí el uso de los conceptos de centro, semiperiferia y periferia para describir a los países y regiones de la economía-mundo. Estos conceptos no sólo apuntan a enfatizar la interconexión estructural entre los elementos —no puede haber un centro de algo si ese algo no tiene un espacio externo, periférico, y sin un espacio intermedio entre el margen y el centro, un espacio semiperiférico—, también enfatizan que hay un tipo de conexión en la que existe un eje organizador, el centro, y unas

expanded as long as further production is profitable, and men constantly innovate new ways of producing things that will expand the profit margin” (1974, 398).

zonas exteriores organizadas, las periferias, por tanto se enfatiza la existencia de una jerarquía, de una estructura de dominación vinculada a la estructura económica y geopolítica. Describiré brevemente estas zonas, primero el centro, luego la periferia y finalmente la semiperiferia.

En un sistema-mundo siempre hay un polo organizador, dominante, generalmente algunos pocos países que compiten entre sí en base al poder de su estado y de sus capitalistas por organizar la economía-mundo en su beneficio. En términos económicos, los capitalistas de los países céntricos son los principales de la economía-mundo, concentran los flujos financieros y comerciales más importantes y la producción de manufacturas para el mercado mundial. A partir de estos recursos y del poder que les confiere, estos capitalistas son quienes diseñan y controlan las interconexiones de la economía-mundo, estructuran la división internacional del trabajo en su provecho asignando labores productivas a las diferentes regiones. Asimismo, los estados céntricos son fuertes en términos internos y externos. En el aspecto interno, los estados céntricos tienen la fuerza para llevar a cabo procesos de integración, tanto para generar una “conciencia nacional” que permita generar una legitimidad frente a las clases dominadas, pero lo que es mucho más relevante, para conformar un mercado nacional que sirva de plataforma para la expansión en la economía-mundo de sus capitalistas, y permita concatenar los diversos sectores productivos y a todas las facciones de la clase dominante en el proceso de acumulación capitalista, evitando conflictos graves entre ellas y potenciando la base económica que además contribuye a fortalecer al estado con los recursos que produce. En el plano externo, los estados céntricos son instrumentos claves para que la economía-mundo se mantenga y expanda, ya que avalan las acciones de sus capitalistas que operan en el ámbito transnacional, protegiendo sus intereses y derechos de propiedad en territorios que son administrados por otros estados, permitiendo el proceso de estructuración de la economía-mundo que llevan a cabo sus capitalistas. Además, a través de presiones geopolíticas, los estados céntricos han fomentado que la periferia y parte de la semiperiferia abran sus mercados a los capitalistas céntricos.⁶³

⁶³ Respecto a los estados del centro, Braudel señala: “Hay, pues, gobiernos fuertes en Venecia, aun en Ámsterdam, y en Londres. Gobiernos capaces de imponerse en el interior, de disciplinar a los “peces gordos”, a las ciudades, de aumentar las cargas fiscales en caso de necesidad, de garantizar el crédito y las libertades mercantiles. Capaces también de imponerse en el exterior... Lo cual no impide, sino todo lo contrario, que estos gobiernos “centrales” estén más o menos bajo la

Un punto central es que capitalistas y estados céntricos se complementan para la estructuración de la economía-mundo y su división del trabajo. La división del trabajo es organizada directamente por empresas capitalistas que operan a escala mundial, no por los estados céntricos, ya que normalmente los estados de la semiperiferia y periferia no dejan que otros estados intervengan directamente en sus territorios. Sin embargo, las empresas capitalistas son activamente apoyadas por sus estados y en última instancia son la herramienta que disponen los capitalistas para proteger sus intereses fuera de sus estados, garantizando sus derechos de propiedad, por lo que los estados fuertes, céntricos, son mecanismos claves para la expansión y mantenimiento de la economía-mundo. Así, los países céntricos combinan la fuerza económica y geopolítica, el poder de los capitalistas con el poder estatal, buscando constituirse en un polo dominante que organiza, en su beneficio, las actividades económicas del sistema-mundo.

Aunque en el centro se articulan exitosamente los diversos sectores productivos y los capitalistas asociados a ellos, el sector dominante es el vinculado a la economía-mundo, son los capitalistas que vinculan la economía nacional con la mundial. Mercaderes, industriales exportadores, financieros, son los capitalistas que priman por sobre los terratenientes y otros capitalistas que se centran en el mercado nacional, y pueden surgir conflictos particularmente cuando los estados y los capitalistas transnacionales se embarcan en procesos de reestructuración de las economías nacionales para potenciar su inserción en la economía mundial. Estos conflictos pueden ser complejos aunque hay que considerar que, como enfatiza Braudel (1994) los grandes capitalistas se caracterizan por la no especialización y por mantener sus intereses en diversos sectores productivos, o por transitar de uno a otro, y que el éxito económico general de los países céntricos tiende a limitar estos conflictos, por lo que se facilita la conformación de un interés capitalista general. Sin embargo, el estado y los capitalistas que se desenvuelven en el mercado mundial tenderán a mantener un vínculo más estrecho producto de la mutua interdependencia que ya se mencionó tienen para desenvolverse con éxito en la geoeconomía y geopolítica mundial.

dependencia de un capitalismo precoz, de dientes ya largos. El poder se reparte entre ellos y él. En este juego, sin sumergirse, el Estado penetra en el movimiento propio de la economía-mundo. Sirviendo a otros, sirviendo al dinero, se sirve también a sí mismo” (1984c, 33).

En términos históricos, generalmente el centro ha estado conformado por más de un país. Los capitalistas y estados de estos países, a través de todo tipo de estrategias económicas y geopolíticas, se disputan el control de diferentes zonas económicas y la supremacía de la economía-mundo, es decir, habitualmente ha existido una competencia geopolítica y geoeconómica por el centro del sistema, donde cada país céntrico busca constituirse en el polo organizador del sistema y busca albergar las industrias que permiten un mayor nivel de acumulación. Así, los enfrentamientos entre las potencias céntricas han marcado las relaciones de poder del sistema-mundo, enfrentándose en una continua “geoeconomía política” por establecer su completo dominio, lo que fue logrado durante breves plazos por Holanda en el siglo XVII y por el Reino Unido en el XIX.⁶⁴ Durante estos períodos excepcionales el centro estuvo constituido por un solo país, que superaba claramente a sus competidores en el plano militar/geopolítico y en todas las dimensiones económicas: comercial, financiera e industrial. Esta situación los autores de la Perspectiva del Sistema-Mundo la conceptualizan como de “hegemonía” (Arrighi 2009, Wallerstein 1998a),⁶⁵ sin embargo, en este trabajo la conceptualizaré como de “completo dominio”, para reservar el concepto de hegemonía para usarlo en un sentido gramsciano, es decir, apuntando al dominio en el plano económico y político-cultural.

Las periferias abarcan la mayor parte de la superficie del sistema-mundo y albergan, por mucho, a la mayor cantidad de población. Son las áreas en las cuales se sitúan las labores meramente extractivas, ligadas a los monocultivos de exportación a la minería o, actualmente, a industrias que operan con bajos niveles tecnológicos y alta demanda de trabajadores no cualificados. Cabe enfatizar que las tareas productivas que asume una zona

⁶⁴ Wallerstein (1998a) plantea que hasta el siglo XIX sólo durante dos breves períodos una potencia céntrica logró un indisputado dominio geopolítico y económico del sistema-mundo, Holanda a mediados del siglo XVII y el Reino Unido a mediados del siglo XIX, a las que se habría agregado Estados Unidos en el siglo XX. A estos períodos de dominio holandés, británico y estadounidense Arrighi (2009) suma el de Génova en el siglo XVI. Por su parte Braudel (1984c), para el período entre los siglos XV y XVII, establece sucesivas preeminencias de diferentes ciudades-estado, Venecia, Génova, Amberes y finalmente Ámsterdam, sin embargo, estas preeminentes económicas a las que se refiere Braudel no representan un dominio completo sobre la economía-mundo ni una preeminencia geopolítica, sino una posición ventajosa que se podía perder con relativa rapidez, por eso los sucesivos cambios.

⁶⁵ Goldfrank define de la siguiente manera la condición de hegemonía: “Hegemony refers to the thus-far thrice recurrent situation of one core state temporarily outstripping the rest. A hegemonic power is characterized by simultaneous supremacy in production, commerce, and finance which in turn support a most powerful military apparatus. [...] Hegemonic powers take responsibility for maintaining a stable balance of power in world politics and for enforcing free trade, which is to its advantage so long as its economic advantage lasts. Each hegemonic power thus far has contained as well the world financial center of its time, a pattern which goes back to late medieval Venice...” (2000, 171).

periférica la ponen en una posición de subordinación y dependencia con respecto al centro (Braudel 1994), ya que el núcleo de su producción es de exportación, y la “economía nacional” no tiene capacidad de utilizarla en sus cadenas productivas, por lo que cualquier intento de revertir la condición periférica se encuentra con dificultades mayores y una eventual salida de la economía-mundo puede tener costos enormes para su economía y población. En general, las labores en la periferia requieren de una fuerza de trabajo no especializada, que es mantenida bajo condiciones laborales muy precarias y, por tanto, son zonas donde la vida de la mayor parte de la población es dura y pobre.

Cabe señalar que desde la Perspectiva del Sistema-Mundo se enfatiza que incluso las zonas más pauperizadas de la periferia son parte del sistema-mundo capitalista, en tanto están insertas en la división internacional del trabajo y se vinculan al resto del sistema a través de las cadenas mercantiles. Así, por más precaria que sea la actividad económica de una zona, si parte significativa de sus actividades responden a la división internacional del trabajo y están organizadas y orientadas hacia el mercado mundial, esa área será parte del sistema-mundo y su actividad tiene una orientación capitalista, ya que busca obtener el máximo de beneficios en el mercado mundial (Wallerstein 1974, 2003). En términos históricos al menos desde el siglo XVI amplias regiones de América y Europa Oriental ya eran parte del sistema-mundo capitalista como zonas periféricas, y en ellas la producción tenía una orientación capitalista y sus terratenientes eran empresarios capitalistas. En general, tanto en las perspectivas marxistas como en las liberal-funcionalistas se ha planteado que los terratenientes, la “aristocracia”, y el modo de producción o estructura económica de las periferias tenían un carácter precapitalista, o incluso “feudal”.⁶⁶ Desde la Perspectiva del Sistema-Mundo la “segunda servidumbre” que se produjo en Europa Oriental a partir del siglo XVI, así como el uso de trabajo esclavo y servil en las plantaciones y encomiendas americanas a contar de ese mismo siglo, no representan un modo de producción feudal (o

⁶⁶ Hasta entrada la segunda mitad del siglo XX se produjo un amplio debate al interior de la teoría de la modernización y del marxismo sobre el “atraso” de América Latina, la condición tradicional, o incluso “feudal”, de gran parte de su economía (y de su “cultura”, sus instituciones y estructura social), o su carácter “dual” (con aspectos “modernos” y aspectos “tradicionales”/“feudales”). Frente a estas visiones se opuso la Teoría de la Dependencia, que enfatizó el vínculo entre la situación de los países de América Latina y su posición dependiente y periférica en la estructura económica mundial (Véase Cardoso y Faletto 1979). Cabe señalar que con otras nomenclaturas estas perspectivas sobre el “atraso” del “proceso de modernización” de América Latina se mantienen como dominantes.

esclavista). Por el contrario, ambos fenómenos se producen en zonas ya incorporadas al sistema-mundo y, por tanto, son parte de sus dinámicas internas y de su proceso de acumulación capitalista. En ambas regiones la agricultura se transforma, especializándose en cultivos para el mercado internacional (cereales, azúcar, algodón, etc.), lo que es inexplicable sin su incorporación a la economía-mundo.⁶⁷ Desde esta perspectiva, los terratenientes, sin importar si eran aristócratas o nuevos propietarios, eran empresarios capitalistas ya que dirigían sus fincas como empresas cuyo objetivo era la obtención de máximas utilidades en el mercado internacional, no para obtener los recursos necesarios para sostener su consumo, sus tropas y prestigio feudal en unos mercados locales o regionales relativamente autárquicos.⁶⁸ Además, a diferencia de la debilidad estatal que permitía la fortaleza de los señores feudales, los terratenientes capitalistas eran respaldados por estados con la capacidad de someter la fuerza de trabajo a una reforzada servidumbre.⁶⁹ Los diferentes tipos de

⁶⁷ También, obviamente, en ambas regiones hay agricultura para el consumo interno, pero esto no implica que esas haciendas estuvieran fuera de los circuitos del sistema-mundo (más allá de excepciones autárquicas), ya que ese consumo interno incluía a los trabajadores de las plantaciones o de las zonas mineras, es decir, poblaciones directamente involucradas en la producción para la exportación, además de los soldados y demás personal de la administración estatal. Por ejemplo, durante la colonia, en Chile no existieron plantaciones dedicadas a la exportación a Europa, sin embargo, parte relevante de la producción de sus haciendas se exportaba a Perú, donde la extracción minera en gran escala para la metrópolis europea generaba una amplia demanda de diversos productos desde otras colonias. Al respecto Salazar señala: “Instalada en Perú una suerte de “gran minería colonial” y a la vez una alta concentración de poder político imperial, resultó inevitable que este “polo de crecimiento” y “cúpula virreinal” *dependiera de las importaciones* de materias primas (sebo, cueros, madera, pólvora, etc.), animales (mulas, sobre todo) y productos para la subsistencia (charqui, trigo, vinos, etc.). Este gran polo de desarrollo colonial... tuvo el dinamismo necesario para arrastrar tras su desarrollo a casi todas las provincias periféricas (Quito, Tucumán, Paraguay, Chile, el sur de Brasil), que comenzaron a proveerla de los insumos que necesitaba... [D]esde 1600, más o menos, y hasta 1840, el desenvolvimiento económico de Chile pasó por el tipo de relación que esta empresa productiva logró establecer con ese mercado, [exportando] cueros, mulas, sebo, madera, “ropa de tierra”, charqui y más tarde trigo...” (2003, 44, énfasis del autor). Por ello, el autor señala: “[Es un error de interpretación histórica pretender] utilizar el famoso sistema (monárquico) de encomienda para calificar de “feudal” el modo de producción que se desarrolló en las colonias hispanoamericanas... en Chile la lógica empresarial que imperó en los hechos *no fue* feudal sino, de arriba hacia abajo, mercantil, y de acumulación capitalista primitiva” (2003, 55, énfasis del autor).

⁶⁸ Wallerstein señala (2003, 179): “...la diferencia entre el siervo de la gleba de la Edad Media y un esclavo o trabajador en una encomienda en la América española del siglo XVI, o de un “siervo” en Polonia era triple: la diferencia entre destinar “parte” del excedente al mercado y destinar “la mayor parte del excedente”; la diferencia entre la producción para un mercado local y la producción para un mercado mundial; la diferencia entre que las clases explotadoras gasten las ganancias y que se vean motivadas a maximizarlas y reinvertirlas parcialmente”.

⁶⁹ Wallerstein plantea estos puntos de la siguiente manera: “Desde el punto de vista que estamos desarrollando aquí, existe una diferencia fundamental entre el feudalismo de la Europa medieval y los “feudalismos” de la Europa Oriental y la América española del siglo XVI. En aquel, el terrateniente (señor) producía primariamente para una economía local, y derivaba su poder de la debilidad de la autoridad central. Los límites económicos de su presión explotadora venían determinados por su necesidad de equipar su casa con el limitado grado de lujo determinado como socialmente óptimo, y por los costos de la guerra (que variaban a lo largo del tiempo). En estos el terrateniente (señor) producía para una economía-mundo capitalista. Los límites económicos de su presión explotadora venían determinados por la curva oferta/demanda de un mercado. Se mantenía en el poder por la fuerza más que por la debilidad de la autoridad central, al menos por su fuerza frente al trabajador agrícola. Para evitar cualquier confusión designaremos a esta forma de “servidumbre” por el nombre de “trabajo obligado en cultivos para el mercado”...” (2003, 126-127).

relaciones de producción y las diferentes formas de control del trabajo que tienen asociados, responden al tipo de trabajo que requieren las diferentes actividades productivas, a las condiciones demográficas de las diferentes zonas,⁷⁰ y a la capacidad política que tienen los estados y clases dominantes para explotar y someter a las clases trabajadoras (Wallerstein 2003), por tanto el capitalismo no se caracteriza por una forma particular de trabajo, el trabajo asalariado formalmente libre, sino que tiene la capacidad de adaptar las diferentes formas del trabajo, como la servil y esclava, a su búsqueda de la acumulación. Así, la esclavitud y la servidumbre eran las formas de control del trabajo más eficientes para las empresas capitalistas que lo utilizaban, es decir, que les permitían una mayor acumulación de capital, teniendo en consideración el tipo de producción en el que se especializaban las zonas periféricas, que requería mano de obra sin especialización, que podía ser objeto de una fuerte coerción para aumentar su rendimiento.⁷¹ Por ello, el uso masivo por los terratenientes de la servidumbre en Europa Oriental y en América, y a contar de la segunda mitad del siglo XVIII en Rusia, el Imperio Otomano y el Subcontinente Indio, así como de mano de obra esclava en América, y luego en África a contar del siglo XVIII (como se verá en la sección 2.3.1.), son efectos directos del “desarrollo capitalista” en la periferia, es decir, de la expansión del sistema-mundo capitalista y de la periferización de las zonas que incorporaba, así como de la orientación capitalista de los terratenientes que operaban en su marco.⁷² Estas diferencias en las formas de explotación del trabajo no sólo es válido para los modos históricos de trabajo

⁷⁰ Wallerstein (2003) plantea que las diferencias en la proporción territorio/población entre Europa Occidental y Europa Oriental fue relevante para que la agricultura de la primera derivara al trabajo asalariado, ya que la relativamente alta población permitía rebajar los salarios, y la segunda a la servil, ya que se necesitaba fijar a la población al territorio (véase sección 2.3.1.).

⁷¹ Sobre la esclavitud Wallerstein plantea lo siguiente: “...los esclavos no son útiles en empresas a gran escala desde el momento en que se requiera cierta habilidad. No se puede esperar que los esclavos hagan más de lo que se vean obligados a hacer. Cuando se requiere habilidad resulta más económico buscar métodos alternativos de control del trabajo... Los productos que pueden realmente considerarse de uso intensivo de mano de obra son aquellos que, debido a que requieren poca habilidad para “cosechar”, requieren poca inversión en la supervisión. Fueron principalmente la azúcar y, más tarde, el algodón los que se prestaban a la acumulación de trabajadores no especializados bajo supervisores brutales” (2003, 122). Este planteamiento es extensible al trabajo servil que se dio en Europa Oriental y América. Sin embargo, Wallerstein (2003) también plantea que la esclavitud no es rentable con las poblaciones locales, ya que ellas pueden revelarse con mayor facilidad que los esclavos desarraigados de sus comunidades ante una coerción tan extrema.

⁷² Esto hace que sea muy cuestionable cualquier asociación del capitalismo con el “progreso” o la “modernidad” en los contextos periféricos de los siglos aquí analizados. Por ejemplo, Ramkrishna argumenta que en la India el sistema de castas fue reforzado por la política colonial: “...caste system received a new lease on life by invaginating itself into the colonial class system ushered in by the colonialists. ...the anti-caste movements of 14th-17th centuries were suppressed by the British by enacting laws supporting the Hindu and the Muslim orthodoxies from the time of Warren Hastings in India (1772-1786). But this real history of India was distorted by the British scholars, and the bulk of the Indian scholars followed suit” (2000, 334).

asalariado/servil/esclavo, también lo es en relación a las diferentes formas del trabajo asalariado contemporáneas, donde los trabajadores de la periferia que realizan trabajos en el ámbito extractivista o en industrias que emplean escasa tecnología, gozan de condiciones laborales, remuneraciones y derechos muy inferiores a los trabajadores del centro, y se emplea sobre ellos formas de control mucho más coercitivas. Así, la periferia, incluso sus zonas más pauperizadas, son parte del sistema-mundo capitalista, ya que la orientación de su producción tiene como horizonte a la economía-mundo y son dirigidas por capitalistas que buscan la acumulación.

Capitalistas y estados de la periferia tienen características diferentes a sus pares del centro. En la periferia los capitalistas dominantes son aquellos ligados al sector exportador, generalmente terratenientes que controlan los monocultivos de exportación. Por su parte los estados de la periferia⁷³ son significativamente más débiles que sus contrapartes del centro, en el plano geopolítico generalmente su peso es irrelevante a escala del sistema-mundo, y en el plano interno también tienen múltiples debilidades, en algunos casos dificultades para controlar la totalidad del territorio, dificultades para producir procesos de integración con las clases dominadas y tienen una mayor debilidad frente a sus propios capitalistas, ya que, dada la falta de contrapesos del sector económico orientado a la exportación de materias primas, no hay una diversidad de intereses que el estado pueda mediar, y los capitalistas tienen un interés específico en mantener un estado relativamente débil, ya que no necesitan su protección en el mercado mundial porque rara vez realizan inversiones fuera de sus países, y tienen un interés específico en el descenso de los impuestos y particularmente de los aranceles, para que sus productos tengan una salida expedita al mercado mundial, lo que menoscaba los recursos del estado.

Cabe enfatizar que para las poblaciones ser parte del centro o la periferia tiene implicancias de enormes consecuencias. Braudel señala: “El esplendor, la riqueza y la alegría de vivir se reúnen en el centro de toda economía-mundo, en su mismo núcleo. Allí es donde el sol de la

⁷³ A lo largo de la historia las periferias muchas veces han estado controladas un estado imperial del centro o la semiperiferia, en esos casos no se debe considerar que el estado de la periferia sea la potencia que la controla, sino que es un área sometida a una jurisdicción estatal externa. Por ese motivo Wallerstein (2003) se refiere tanto a estados periféricos como a “áreas” periféricas, ya que éstas han estado tanto bajo condición colonial, en la que no tienen un estado propio, como bajo un estado independiente.

historia da brillo a los más vivos colores; allí donde se manifiestan los altos precios, los salarios altos... Toda una modernidad económica avanzada se concentra en este núcleo... Las técnicas avanzadas también se encuentran, por lo general, allí, y la ciencia fundamental que las acompaña está con ellas. Las “libertades” residen en él...” (1994, 97-98), en contraste, “[Las periferias son] zonas marginales muy amplias que, dentro de la división del trabajo que caracteriza la economía-mundo, son zonas subordinadas y dependientes, más que participantes. En estas zonas periféricas, la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno” (1994, 88-89).

La definición de la semiperiferia es más problemática. Goldfrank (2000) señala que la categoría de semiperiferia ha generado cierto grado de confusión y desacuerdo sobre su uso entre los integrantes de la Perspectiva del Sistema-Mundo. En una primera aproximación, evidentemente el concepto de semiperiferia busca situar elementos –países, economías, estados– que están en una posición intermedia entre el centro y la periferia. Sin embargo, un primer elemento que quisiera advertir es que en una lectura realizada desde un país como Chile, periférico, pero menos pauperizado que muchos de los países de América Latina, el uso que Braudel y Wallerstein hacen de la categoría de semiperiferia en los análisis históricos parece mucho más cercano al centro que a la periferia. Por ejemplo, Braudel (1984c), haciendo referencia centralmente a los siglos XIII al XVI, plantea que junto a una ciudad, o pequeño conjunto de ciudades céntricas, hay “un archipiélago” de ciudades que compiten con ella, que son cómplices del centro pero a la vez están sometidas a él, ciudades cuyos estados tienen un poder de consideración, y que adquieren roles económicos relativamente privilegiados, zonas “segundas” bastante desarrolladas: las semiperiferias. Por su parte, Wallerstein usa principalmente el concepto de semiperiferia para describir las luchas de países por ascender al centro o evitar descender de él (principalmente en Wallerstein 1998b).⁷⁴ Así, en la mayor parte de las ocasiones, la semiperiferia que analizan Braudel y

⁷⁴ Estos análisis se centran en los siglos XVII y XVIII. En un artículo de 1976 se puede ver el uso del concepto para la segunda mitad del siglo XX. En este artículo Wallerstein (1976) menciona a una serie de países como semiperiféricos, en general los más poblados y de más extensión geográfica de cada continente que no pertenecen al centro ubicado en Norteamérica, Europa Occidental y Japón, pero también suma algunos otros sin que quede claro el criterio de selección. Para América Latina nombra a Brasil, México, Argentina, Venezuela y “posiblemente” Chile y Cuba. Sin embargo, lo central es que el artículo analiza las posibilidades de los países semiperiféricos de ascender al centro en el contexto de la crisis de mediados de los años setenta del siglo pasado, así, el énfasis nuevamente se centra en las dinámicas geoeconómicas y geopolíticas de –posible– ascenso al centro.

Wallerstein más bien parecen un “semicentro”, ya que son zonas “segundas”, no “penúltimas”, hacen referencia a estados y economías que compiten con el centro, no a estados y economías que se elevan un poco sobre las periferias más desmedradas, para esos casos no hay un concepto específico.

Retomando la conceptualización de las semiperiferias, si bien con este concepto evidentemente Braudel y Wallerstein buscan situar algo entre el centro y la periferia, la semiperiferia no serían sólo eso, sería una posición estructural en el sistema-mundo. Wallerstein plantea que la categoría de semiperiferia “...no es un artificio de puntos de corte estadísticos, ni tampoco una categoría residual” (2003, 492), sino que es empleada para conceptualizar elementos estructurales del sistema-mundo que no pueden ser conceptualizados en los polos centro/periferia. Sin embargo, en términos económicos no es clara una característica estructural que permita definir a la semiperiferia, y en los análisis históricos Wallerstein le entrega diferentes funciones económicas a la semiperiferia. Por una parte, plantea que las semiperiferias albergan tipos de producción específicos en la división internacional del trabajo. Sería el caso, por ejemplo, de las tareas que habría asumido el norte de Italia luego de que a lo largo del siglo XVI perdiera su posición céntrica, que tenía relación con industrias de alta calidad, principalmente textil, que usaba un trabajo altamente especializado y bien remunerado (por la capacidad de negociación que conservaron los gremios), pero que, por ser de alto valor, tenía una baja incidencia en el comercio mundial (Wallerstein 2003). Por otra parte, la semiperiferia habría cumplido un rol como transmisora de los flujos comerciales y financieros entre el centro y la periferia, países semiperiféricos se situaría como intermediarios entre el centro y ciertas zonas de la periferia, ya sea porque no habrían tenido éxito en monopolizar el comercio de sus colonias con el resto de la economía-mundo, habría sido el caso de los imperios español y portugués (Wallerstein 1998a), o porque logran situarse estratégicamente en flujos comerciales a los cuales logran intermediar, habría sido el caso de Suecia que logró mediar los flujos comerciales del mar del norte en el siglo XVII (Wallerstein 1998a). Otro punto muy relevante es que en los análisis históricos se aprecia que la semiperiferia logra mantener una cierta autonomía económica, particularmente que logra poner límites a la participación de los capitalistas del centro en su economía nacional, manteniendo el rol preponderante de sus capitalistas, habría sido el caso de Suecia,

que logró mantener un parcial control de su industria de los capitalistas holandeses en el siglo XVII (Wallerstein 1998a) y de Rusia en el siglo XIX frente a los británicos (Wallerstein 1998b). De esta manera, la semiperiferia sería una zona que concentra ciertos tipos de producción particulares y/o que se inserta en los flujos comerciales entre la periferia y el centro y/o que mantiene una autonomía relativa de su economía nacional frente a los capitalistas del centro.

Así, la función económica de la semiperiferia no es clara, lo que es reconocido por Wallerstein en algunos artículos (por ejemplo Wallerstein 1974), donde asigna a la semiperiferia un rol “estructural” en la estabilización política de la economía-mundo, al dividir a los países periféricos entre dos estratos evitando la oposición unificada que podrían hacer al centro.⁷⁵ Este argumento es poco convincente ya que, tal como lo plantea el propio Wallerstein, y como lo desarrolló profusamente la Teoría de la Dependencia, los capitalistas y la clase dominante de los países periféricos tienen interés en la forma periférica de inserción de sus países en la economía-mundo, por lo que no se vislumbra el motivo por el cual se podría dar una “oposición unificada” de una eventual periferia homogénea al centro.⁷⁶

La característica estructural de la semiperiferia que parece más clara tiene relación con la fortaleza de su estado. En términos geopolíticos los estados de la semiperiferia se situarían entre el gran poder que tienen las potencias céntricas y la irrelevancia de los estados periféricos, es decir, serían estados que logran mantener una cierta presencia en el “concierto internacional”, particularmente en las regiones próximas a sus fronteras. Pero el aspecto central es el uso de la fuerza del estado para potenciar su economía, para proteger e impulsar

⁷⁵ Wallerstein lo plantea de la siguiente manera: “...one might make a good case that the world-economy as an economy would function every bit as well without a semi-periphery. But it would be far less *politically* stable, for it would mean a polarized world-system. The existence of the third category means precisely that the upper stratum is not faced with the *unified* opposition of all the others because the *middle* stratum is both exploited and exploiter. It follows that the specific economic role is not all that important, and has thus changed through the various historical stages of the modern world-system” (1974, 405, énfasis del autor).

⁷⁶ Cardoso y Faletto postulan que en el “pacto de dominación” de los países periféricos (dependientes) fundamentalmente se da una alianza entre las fuerzas del capital global encarnado en las empresas multinacionales, la burguesía local y los administradores de las empresas estatales, lo que se encarna en los estados: “Lo que es característico del capitalismo dependiente en la fase de industrialización de la periferia bajo el impulso del capitalismo oligopólico internacional es el desarrollo de una forma estatal basada en la alianza entre empresa multinacional, empresariado estatal y burguesía local, a través del cual estos sectores generan el dominio sobre el resto de la sociedad” (1979, 205). Por su parte, Wallerstein (2003) tematiza profusamente cómo los terratenientes capitalistas de la periferia activamente buscan consolidar la inserción de sus países en la división internacional del trabajo como productores de materias primas (esto se verá en la sección 2.2.1. a través del caso de Polonia).

a sus capitalistas, lo que se refleja en los aspectos económicos anteriormente señalados, la capacidad para mantener ciertas industrias, para situarse como intermediario en flujos comerciales y para mantener una cierta autonomía de la economía nacional de los capitalistas transnacionales. En relación a este punto he considerado necesario introducir una distinción en el análisis histórico (véase sección 2.2.2.) entre “semiperiferias ascendentes” y “semiperiferias descendentes”. La variable central es la fortaleza del estado para impulsar a su economía y capitalistas en la geoeconomía política mundial –lo que está vinculado a la fortaleza geopolítica del estado y a la fortaleza de sus capitalistas en la economía-mundo–. Así, hay casos de países semiperiféricos ascendentes donde su estado activa y exitosamente impulsa la incorporación de sus países y sus capitalistas al centro, y casos descendentes donde el estado no posee la fuerza para mantener sus posiciones y va cediendo frente a las presiones de los países céntricos por ejercer un creciente control de sus economías. Así, la categoría de semiperiferia es central en los análisis, como los que hace Wallerstein (1998a), de los procesos donde los estados y sus capitalistas buscan ocupar una posición en el centro, ya sea que lo logran y se incorporan al centro, las semiperiferias ascendentes, o que fracasan en su intento por mantenerse en él y caen en la jerarquía del sistema-mundo, las semiperiferias descendentes.

De esta manera, más allá de lo problemático de la definición precisa de la semiperiferia, el concepto tiene el mérito de introducir matices en la estructura económica y geopolítica del sistema-mundo, que se dificultaría concebir sólo con el uso de las categorías de centro y periferia, así como de evidenciar la dinámica de ascensos y descensos en la geoeconomía política del sistema-mundo. Para finalizar esta sección me detendré en las características de esta dinámica y sus implicancias en términos de las políticas estatales, sin embargo, antes cabe relativizar la coincidencia que hasta aquí se ha hecho entre los conceptos de centro, semiperiferia y periferia con sociedades/países.

En términos generales el centro, la semiperiferia y la periferia ocupan espacios geográficos que coinciden con diferentes países. En este sentido los países podrían ser categorizados simultáneamente en términos económicos y geopolíticos como céntricos, semiperiféricos o periféricos. Sin embargo, en términos específicamente económicos, la coincidencia entre países –y estados– con zonas económicas no es perfecta, ya que una economía nacional puede

albergar zonas que no se corresponden a su nivel económico general; Braudel señala: "...las zonas atrasadas no están distribuidas exclusivamente en las verdaderas periferias. En realidad, salpican las mismas regiones centrales con múltiples manchas regionales, con las dimensiones modestas de un "país" o un cantón, de un valle montañoso aislado o de una zona poco accesible porque está situada lejos de las rutas. Así, todas las economías avanzadas están como perforadas por innumerables pozos fuera del *tiempo del mundo*" (1984c, 24, énfasis del autor). Así, en países céntricos pueden encontrarse zonas periféricas, el caso contrario también podría encontrarse, por ejemplo, en el caso de centros urbanos o áreas que desarrollan actividades económicas de alto valor en países semiperiféricos o incluso periféricos (este tipo de problemáticas se han abordado, por ejemplo, a través de la tematización de las "ciudades globales", véase Sassen 2000). De esta manera, la distribución de zonas céntricas, semiperiféricas y periféricas sólo de manera general se corresponde con fronteras estatales, pudiéndose encontrar zonas céntricas en la periferia, periféricas en el centro, etc.

Ahora cabe centrarse en la dinámica geoeconómica y geopolítica del sistema-mundo. Aunque la jerarquía centro-semiperiferia-periferia es estructural, es un orden cambiante, los países pueden variar su posición en esta jerarquía, pueden subir o bajar en el "orden internacional", a partir de las dinámicas político-económicas del sistema-mundo y de los enfrentamientos que pueden mantener entre sí. Para dar cuenta de este proceso cabe hacer una distinción entre, por una parte, un inicial proceso en el que se gesta la jerarquía y, por otra, la dinámica de reordenamiento, de cambio en la jerarquía.

Como se señaló, la división internacional del trabajo distribuye las tareas económicas de manera desigual a lo largo del sistema-mundo. Esto evidentemente no se debe únicamente a factores climáticos o geográficos. Esta organización de la división internacional del trabajo deriva de siglos de relaciones de poder económicas y estatales entre las diferentes regiones y países del sistema-mundo que van definiendo sus roles económicos, creando un polo dominante y regiones subordinadas.⁷⁷ La inicial organización de la división internacional del

⁷⁷ Rebatando los planteamientos de David Ricardo sobre la división internacional del trabajo, que conforman una de las premisas básicas de la economía internacional liberal, Braudel señala: "No es fruto de vocaciones que sean "naturales" y se den por sentadas; es una herencia, la consolidación de una situación más o menos antigua, lenta, históricamente esbozada. La división del trabajo a escala mundial (o de una economía-mundo) no es un acuerdo concertado y revisable en cada

trabajo y la inicial distribución jerárquica de las diferentes zonas en centro, semiperiferia y periferia, surge de una historia de relaciones de poder. Al referirse al origen del sistema-mundo y de su división internacional del trabajo, Braudel hace referencia a un proceso de “jerarquización y empalme” (1984c, 68) que establece los vínculos estructurales entre las diferentes partes del sistema, integrando mercados locales a una red internacional controlada por los capitalistas, y reorientando las producciones locales en función de la acumulación capitalista que se lleva a cabo en el mercado mundial. En el marco de este proceso histórico se estructuran –lentamente– zonas dominantes, que dirigen la vida económica, donde se acumula la riqueza, y zonas subordinadas, periféricas, que en gran medida –y crecientemente con el transcurso del tiempo– deben ajustar sus producciones a los requerimientos del centro del sistema, y en las cuales se producen regresiones económicas y sociales, por ejemplo, al ir adoptando formas serviles y esclavistas de trabajo. Así, aunque la división del trabajo configura una interdependencia económica entre las diferentes zonas del sistema, las relaciones entre ellas son eminentemente jerárquicas, estableciéndose una relación de dominación entre centro y periferia, de este modo, la división del trabajo no establece una interdependencia equilibrada entre las zonas sino cadenas de dependencia. Para comprender el origen de estas cadenas de dependencia, de esta jerarquía, es necesario tener presente que el proceso histórico a partir del cual se originó y luego expandió la economía-mundo capitalista no fue “espontáneo” –no respondió a un “desarrollo del mercado”–, sino que fue llevado a cabo desde las principales ciudades mercantiles por sus capitalistas y aparatos estatales, fue un proceso impulsado por mercaderes capitalistas con el respaldo de sus estados, es decir, por los actores más poderosos del sistema en gestación (Braudel 1984c). Una vez consolidado el sistema-mundo, su expansión implica un proceso a través del cual las potencias céntricas incorporan nuevas regiones en sus procesos productivos. Esta incorporación, también realizada en base a la fuerza económica y geopolítica (muchas veces

instante entre asociados iguales. Se ha establecido progresivamente, como una cadena de subordinaciones que se determinan unas a otras. El intercambio desigual, que genera la desigualdad del mundo, y, recíprocamente, la desigualdad del mundo, creadora obstinada del intercambio, son viejas realidades... Ciertas actividades dejan más beneficios que otras: es más fructífero cultivar la viña que el trigo (al menos, si otro acepta cultivar trigo por nosotros), más fructífero actuar en el sector secundario que en el primario, en el sector terciario que en el secundario. Si los intercambios de Inglaterra y Portugal en tiempos de Ricardo son tales que aquélla suministra paños y otros productos industriales y el segundo país vino, Portugal se halla, en el sector primario, en posición de inferioridad” (Braudel 1984c, 30).

militar), busca incorporar a estas zonas –que anteriormente eran áreas externas del sistema-mundo– en el rol de periferias exportadoras de materias primas. Así, Wallerstein (1998b) plantea que el proceso de incorporación lleva aparejado un proceso de periferización que implica la eliminación de las manufacturas locales y la concentración de la economía en la producción de cultivos o de minerales para el mercado mundial, producción y exportación a su vez dominada por los mercaderes-financieros de las potencias céntricas. Así, a lo largo de la expansión del sistema-mundo, la mayor parte de las regiones incorporadas fueron a su vez transformadas en periferias, y en los casos en que ello no ocurrió, como Rusia que logró adquirir una posición semiperiférica (Wallerstein 1998b), se debió a la fuerza de sus estados que lograron mantener parte de las manufacturas y del control sobre su economía.⁷⁸

La consolidación del sistema-mundo como una jerarquía centro-semiperiferia-periferia no implica que esa jerarquía se mantenga sin cambios, las relaciones de poder no se congelan, continúan en el marco de la estructura de dominación producida durante el origen y expansión del sistema-mundo. A lo largo de la historia la jerarquía internacional ha cambiado, diferentes países y regiones han modificado sus posiciones, subiendo o bajando en el “orden internacional” a partir de las relaciones político-económicas en las que se enfrentan. Wallerstein (1998a) señala las políticas, internas e internacionales, que desarrollan los estados, tienen central relevancia para analizar las dinámicas de la economía política del sistema-mundo y las modificaciones en las posiciones que adquieren los países en la jerarquía económica y geopolítica centro-semiperiferia-periferia.⁷⁹ Sin embargo, este énfasis en el estado no debe hacer perder de vista que en estas relaciones de poder actúan en conjunto el estado y los capitalistas. Ya se señaló que en el marco del sistema-mundo el estado está estrechamente vinculado a los capitalistas, que estados y capitalistas se necesitan e identifican mutuamente, por lo que las relaciones de poder que se dan en torno a la jerarquía centro-

⁷⁸ El proceso de incorporación y periferización del Imperio Ruso, el Imperio Otomano, del Subcontinente Indio y de África Occidental será analizado en la sección 2.1.2. De los cuatro casos, sólo Rusia logró una incorporación como semiperiferia, los tres restantes fueron transformados en periferias.

⁷⁹ Al respecto Wallerstein señala: “Esto suena a voluntarismo, y en cierto modo lo es. Una política estatal inteligente tiene mucho que ver con lo que ocurre. Pero habría que hacer inmediatamente dos advertencias. En primer lugar, la política estatal no es el primer motor, sino un proceso más. En segundo lugar, no todos los aparatos de Estado pueden utilizar una determinada política con las mismas esperanzas de llegar a feliz resultado. En realidad, sucede todo lo contrario. Muchos pueden intentarlo, pero sólo unos pocos consiguen realmente transformar el papel de su estado en la división mundial del trabajo. Esto se debe a que el éxito de unos priva de oportunidades y alternativas a otros” (1998a, 247).

semiperiferia-periferia se pueden conceptualizar como relaciones geoeconómicas y geopolíticas, como una dinámica de “geoeconomía política” en la que están estrechamente vinculadas las estructuras de dominación económicas y geopolíticas, y en las que actúan el conjunto estado-capitalistas de los diferentes países.

En términos generales las políticas que han llevado a cabo los estados en la geoeconomía política del sistema-mundo pueden clasificarse como mercantilistas o liberales. Es de central relevancia considerar la posición estructural en la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, la fuerza del conjunto estado-capitalistas y los intereses que tienen los capitalistas dominantes de cada sociedad para explicar la adopción y mantenimiento de políticas mercantilistas o liberales por los distintos países.⁸⁰ En general, en el centro los capitalistas (principalmente mercaderes, industriales y/o financieros) y los estados buscan potenciar su posición e influencia en la economía-mundo, expandiendo sus espacios económicos o defendiéndolos de otros competidores céntricos, a través de políticas mercantilistas.⁸¹ Así, los estados céntricos continuamente utilizan políticas mercantilistas en sus disputas con otros estados céntricos. En el otro polo, en la periferia los capitalistas (principalmente terratenientes) buscan facilitar el acceso de sus productos al mercado mundial, por lo que tienen interés en políticas liberales.⁸² Además, los estados periféricos suelen ser muy débiles para llevar a cabo, y sostener en el tiempo, políticas mercantilistas, ya que los países céntricos, aunque apliquen un activo mercantilismo, fomentan el liberalismo en la periferia, o al menos la apertura comercial hacia sus capitalistas, y ejercerán presión económica y diplomática-militar sobre las periferias que comiencen a adoptar políticas mercantilistas. Así, generalmente en la periferia hay un generalizado apego a las políticas liberales, ya que en

⁸⁰ Wallerstein señala (2003, 221): “En el siglo XVI, algunos monarcas lograron gran fuerza por medio de burocracias venales, ejércitos mercenarios, el derecho divino de los reyes y la uniformidad religiosa (*cuius regio*). Otros no lo consiguieron. Esto está íntimamente relacionado, como ya hemos sugerido, con el papel de cada área en la división del trabajo en el seno de la economía-mundo. Los diferentes papeles llevaron a diferentes estructuras de clase, que condujeron a políticas diferentes”.

⁸¹ Por mercantilismo hago referencia a todo tipo de políticas que buscaban proteger las manufacturas nacionales de la competencia extranjera, y buscaban expandir las áreas económicas del país a través de distintos tipos de políticas en las que participaban coordinadamente los estados y capitalistas. Estas políticas podían ir desde guerras abiertas hasta estrategias sutiles que buscaban generar ventajas para los propios capitalistas en su competencia con los de otros países. En la sección 2.2.2 se analizan políticas mercantilistas que llevaron a cabo algunos países.

⁸² Por políticas liberales aquí se hace referencia a la apertura del mercado nacional al comercio en la economía-mundo, no a políticas económicas internas de los países. La liberalización al comercio internacional puede estar acompañada de políticas internas que no tienen un enfoque liberal, como la restricción estatal de la competencia en ciertas áreas de la economía nacional a través del aval a monopolios, etc.

ellas converge el interés de sus capitalistas y de los estados y capitalistas del centro.⁸³ Como se señaló, las características económicas de la semiperiferia son complejas, por lo que es preferible considerarla en términos de la dinámica de las relaciones de poder geopolíticas y geoeconómicas. Los estados semiperiféricos que van descendiendo en la jerarquía económica y geopolítica tienden a dismantelar las protecciones mercantilistas a sus economías y a asumir políticas librecambistas, por ejemplo, estableciendo tratados de libre comercio con las potencias céntricas que ejercen un mayor dominio sobre ellas. Por el contrario, los estados semiperiféricos que buscan incorporarse al centro establecerán crecientes políticas mercantilistas, para disputarles a los países céntricos un espacio en el centro de la economía-mundo. De esta manera, la diferenciación básica que se puede establecer entre los países céntricos y semiperiféricos que buscan ascender y los que están en las posiciones más bajas de la jerarquía y no buscan ascender, se relaciona con la distinción que realicé más arriba entre capitalistas de países céntricos (y semiperiféricos ascendentes) que aplican políticas mercantilistas, ya que buscan ejercer control sobre el comercio internacional y estimular o proteger sus manufacturas, y capitalistas de los países periféricos que tienen interés en poner, sin trabas, sus producciones agropecuarias o minera en el mercado mundial, por lo que son librecambistas. Así, el conjunto estado-capitalistas tendrá una orientación mercantilista o librecambista en gran medida dependiendo de la posición céntrica o periférica que ocupan en la jerarquía económica-geopolítica y, en el caso de los países semiperiféricos, de su objetivo de subir o no en ella.⁸⁴

Hay una quinta posición en la relación jerarquía/políticas que es históricamente excepcional pero de gran relevancia para comprender la equívoca relación que se establece en las corrientes dominantes de las Ciencias Sociales entre el capitalismo y el liberalismo; la

⁸³ Evidentemente en los múltiples casos históricos se pueden encontrar muchos matices, especialmente en el siglo XX. Cardoso y Faletto (1979, 186-189) dan cuenta de cuatro diferentes estrategias seguidas por los países latinoamericanos, aquellos de “extrema dependencia” que simplemente se acoplan a los objetivos de la política estadounidense, países que generaron una ruptura con el sistema como Cuba, aquellos que buscaron disminuir sus rangos de dependencia generando lazos más fuertes entre ellos como el Pacto Andino, y los países más grandes de la región, Brasil y México, además de Venezuela, que en el marco del capitalismo buscaron desarrollar políticas internacionales y económicas relativamente autónomas (lo que quizá se podría considerar los ponía, en ese momento, en una posición semiperiférica). Así, distintas estrategias pueden ser desarrolladas por los estados periféricos y sus clases dominantes. Como lo muestra la historia latinoamericana, ningún camino lleva a un éxito sencillo.

⁸⁴ A partir de estas distinciones, en la sección 2.2.2. se analizan cuatro casos de políticas de países céntricos, periféricos, semiperiféricos descendentes y semiperiféricos ascendentes (siguiendo principalmente los análisis de Wallerstein 1998a y 1998b).

posición de las potencias que ejercen un completo dominio del sistema-mundo (“hegemónicas” en la conceptualización de la Perspectiva del Sistema-Mundo). Cuando una potencia céntrica logra el completo dominio de la economía-mundo, es decir, cuando ha derrotado la competencia de las demás potencias céntricas en el plano comercial, financiero y manufacturero y mantiene un control geopolítico del sistema-mundo, pierde interés en el mercantilismo y sus capitalistas adquieren interés en el libre comercio. Esto es así ya que, para los estados que alcanzan esta posición la competencia de las demás potencias deja de ser percibida como peligrosa para su expansión económica, habría sido el caso de Holanda en el Siglo XVII y del Reino Unido en el XIX. En relación al caso Holandés Wallerstein señala: “Las Provincias Unidas fueron al parecer la gran excepción al predominio de la ideología mercantilista en el siglo XVII. De este hecho, muchas personas sacan la curiosa idea de que el Estado holandés era débil. Me parece que ocurre exactamente lo contrario: en el siglo XVII el Estado holandés era el *único* Estado de Europa con la suficiente fuerza interna y externa como para que su necesidad de una política mercantilista fuera mínima” (1998a, 83, énfasis del autor). El caso del dominio que ejerció el Reino Unido en el siglo XIX es especialmente relevante en términos de las consecuencias que ha producido para el modo como se ha conceptualizado al capitalismo y se lo ha identificado con el libre mercado. En el marco de la posición de dominio que el Reino Unido estaba alcanzando ya a finales del siglo XVIII y que se vuelve incontestable, por unos 50 años, a partir de 1815, tiene un enorme impulso la economía política liberal, particularmente desde la Escuela de Manchester, la que realiza una completa identificación del capitalismo con el libre mercado. Esto coincide con el origen de las Ciencias Sociales, hacía mediados del siglo XIX, por lo que estas se sitúan en el contexto histórico del dominio británico de la economía-mundo, lo que le permitía practicar y fomentar el liberalismo económico. Así, las políticas liberales del Reino Unido de este período han sido frecuentemente tomadas como ejemplo de la identificación del capitalismo con el libre mercado, incluso entre autores críticos del liberalismo, como Polanyi (2011), y en el marxismo (por ejemplo, Lenin 1970).

Más allá del continuo uso de políticas mercantilistas por parte de los estados céntricos, en términos de las relaciones geopolíticas con la periferia, los estados céntricos siempre han fomentado el liberalismo en la periferia y semiperiferia descendente, es decir, la apertura de

sus fronteras a los monopolios capitalistas de los países céntricos (Wallerstein 1998a). Cuando estas relaciones se dan en el marco de una competencia entre países céntricos, en general estos buscan establecer relaciones directas y preferenciales con los estados periféricos, evitando en lo posible que otros estados céntricos entren en esos mercados. Cuando esto se da en una situación de completo dominio de una potencia céntrica que ya no teme la competencia de las demás, esta potencia puede fomentar la liberalización comercial general de las periferias sin temer las oportunidades que esto le puede abrir a otras potencias céntricas, y difundir al liberalismo como una idea abstracta, como un principio general aplicable en todo momento y lugar. El fenómeno de la difusión de ideas políticas lleva al último elemento estructural del sistema-mundo del que es necesario dar cuenta: su geocultura.

Más arriba se planteó que el capitalismo no requiere de elementos culturales, religiosos, éticos, para surgir y desenvolverse, ya que la lógica económica del capitalista no depende de ellas, y que capitalistas han existido en numerosas “civilizaciones” con diferentes matrices culturales (Braudel 1984c), es decir, el capitalismo no requiere de una particular cultura. Además, se planteó que dentro del sistema-mundo pueden coexistir diversas culturas, la unidad económica no sólo se impone sobre las divisiones estatales, sino también sobre las diferencias culturales; cómo lo planteó Braudel (1984c, 8), los barcos mercantes no cesan de atravesar los límites entre las civilizaciones, así, no sería un obstáculo importante para la expansión capitalista que dentro del sistema-mundo se alojen diferentes religiones, identidades, culturas, etc., por lo que el sistema-mundo capitalista es “multicultural” en el sentido que múltiples sistemas de creencias están alojadas en su marco, y su dinámica económica no necesita homogenizarlas para su funcionamiento. Sin embargo, Wallerstein también planteó que el capitalismo tiene la capacidad de producir cultura, por lo que el vínculo básico de la división del trabajo puede ser “reforzado” por “vínculos culturales” (Wallerstein 2003, 21), y que el sistema-mundo capitalista conformó una “geocultura” desde su expansión intercontinental en el siglo XV y XVI (Quijano y Wallerstein 1992). En este aspecto me detendré a continuación, pero dado que Braudel y Wallerstein profundizan poco en el problema de la geocultura –Wallerstein (2011) se detiene en profundidad en el liberalismo pero ese sólo es un aspecto geocultural relativamente tardío (que se propaga como

idea sólo en el siglo XIX)—, para abordar este punto apelaré principalmente a los autores de la Perspectiva Decolonial, los cuales reconocen como uno de sus fundamentos teóricos a la Perspectiva del Sistema-Mundo en general y a Wallerstein en particular (Restrepo y Rojas 2010).⁸⁵

La noción de geocultura no se emplea para apuntar a cualquier tipo de producción cultural que se difunde por el sistema-mundo, se emplea para mostrar el vínculo entre las relaciones de poder centro-periferia con la producción cultural, para mostrar como la estructura de dominación del sistema-mundo se concretiza en el plano de la difusión de ideas, cultura y en la creación de subjetividades, y como a la vez esta producción de cultura refuerza las relaciones de poder geopolíticas y económicas establecidas entre centro y periferia. El punto central entonces es el vínculo entre la cultura y las relaciones de poder situadas a escala mundial, cómo lo resume Mignolo: “...las conexiones de la política internacional con el imaginario del mundo” (2000, 74). De esta manera, aunque el sistema-mundo puede alojar una multiplicidad cultural, también produce un patrón cultural general que se comienza a conformar desde el descubrimiento de América (Quijano y Wallerstein 1992).

Desde la Perspectiva Decolonial se plantea que en el núcleo de la geocultura del sistema-mundo hay un principio de diferenciación y jerarquización entre pueblos, culturas y razas, que establece la superioridad de lo europeo, del centro, sobre los demás pueblos, culturas y razas que abarca el sistema capitalista. A esto se refieren cuando plantean que el sistema-mundo es “moderno/colonial”, ya que la idea de modernidad es central en la constitución de la “identidad europea” (aquí “Europa” es una idea, no una referencia geográfica), es decir, en la identidad de los pueblos dominantes del centro. Sin embargo, esta identidad sólo se produce con la constitución de una exterioridad, un “otro”, unas identidades no europeas, puestas en contraposición, que se le asignan a los pueblos de las periferias, de ahí la centralidad de la idea de la colonialidad. Así, la contrapartida colonial de la modernidad, aunque se oculte en el discurso dominante de la modernidad,⁸⁶ estuvo siempre presente en la

⁸⁵ Incluso Wallerstein, desde su posición en la presidencia de la Asociación Internacional de Sociología entre 1994 y 1998 fue un activo impulsor de la institucionalización de la Perspectiva Decolonial (al respecto véase Restrepo y Rojas 2010). Además, Wallerstein hizo un artículo junto a Aníbal Quijano (Quijano y Wallerstein 1992) que puede considerarse como uno de los textos precursores de esta perspectiva.

⁸⁶ Por esto Mignolo plantea que se debe “...introducir el concepto de “colonialidad” como el otro lado (¿el lado oscuro?) de la modernidad” (2000, 57).

constitución de la identidad europea, y las geoidentidades europeas y “otras” siempre estuvieron ligadas, los pueblos y culturas no europeas que pasaron a ser, en tanto “no-modernos”, la exterioridad constitutiva de lo moderno-europeo; Restrepo y Rojas señalan: “No hay un nosotros (modernidad) sin que al mismo tiempo se defina un no-nosotros, un ellos (no-modernidad)” (2010, 18). En la base de esta elaboración identitaria hay algunos postulados centrales. Por una parte, está el postulado de la existencia de, como lo plantea Said (2008), una “distinción ontológica” entre los pueblos del centro y de la periferia, es decir, de una diferencia ahistórica y esencialista que surge de la propia naturaleza de estas entidades.⁸⁷ Esta diferencia toma el doble carácter de racial y/o cultural –en diferentes momentos y desde diferentes perspectivas se acentuará un principio diferenciador más que el otro–, por lo que el racismo es constitutivo de la geocultura del sistema-mundo. Por otra parte está el eurocentrismo, es decir, la visión de que la historia europea representaría la trayectoria universal de la humanidad y Europa representaría la cúspide de esta trayectoria civilizatoria, en tanto los demás pueblos, los colonizados, representan el pasado de Europa. Es el relato de la historia de la humanidad que va de un estado de naturaleza a Europa, donde los pueblos no europeos no son entendidos como culturas cualitativamente diversas, sino como una versión pretérita e inferior de Europa, construyéndose así una jerarquía en base a la “historia universal”, que representaría la historia europea, en la que son situados todos los pueblos y culturas en posiciones inferiores a Europa.⁸⁸ En esta trayectoria civilizatoria el elemento central es el uso de la razón y la racionalización de las relaciones sociales, los europeos y las sociedades europeas habrían pasado por dicho proceso de manera autónoma, sin mayores influencias externas, proceso que es ajeno a otras civilizaciones, por lo que

⁸⁷ Said hace referencia al orientalismo como forma de pensamiento sobre las diferencias entre “oriente” y “occidente”, señalando que “Es un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se establece entre Oriente y –la mayor parte de las veces– Occidente. Así pues, una gran cantidad de escritores –entre ellos, poetas, novelistas, filósofos, políticos, economistas y administradores del Imperios– han aceptado esta diferencia básica entre Oriente y Occidente como punto de partida para elaborar teorías, epopeyas, novelas, descripciones sociales e informes políticos relacionados con Oriente, sus gentes, sus costumbres, su “mentalidad”, su destino, etc.” (2008, 21).

⁸⁸ Restrepo y Rojas señalan: “[El eurocentrismo coloca] a Europa y los europeos en el centro de la historia, la racionalidad, la civilización y el conocimiento. Esta centralidad operaba incluso como equivalencia, es decir, la historia, la racionalidad, la civilización y el conocimiento de la humanidad se subsumía e identificaba con Europa y los europeos. El eurocentrismo ligado a las relaciones intersubjetivas (especialmente en sus dimensiones cognitivas) implicó una inusitada nueva perspectiva temporal de la historia donde los colonizados se concibieron como el pasado de Europa que representaba la cúspide de una trayectoria necesaria...” (2010 102).

Europa y los europeos son portadores de un monopolio de la racionalidad.⁸⁹ Se establece así una geocultura que opera como un patrón cultural común que conlleva una jerarquización de los diferentes pueblos, razas y culturas, que sitúa a lo europeo en una cima civilizatoria, en la cúspide de una jerarquía donde a las diferentes culturas, ontológicamente diferentes de Europa, se les reconoce distintos niveles de desarrollo o evolución, siempre inferior, en base a un supuesto patrón histórico-civilizatorio común definido por Europa. Voy a destacar dos implicancias de esta matriz geocultural eurocéntrica: la producción de identidades geoculturales y la concretización de esta perspectiva en intervenciones en las periferias a través de “ciencias” que asumen sus premisas básicas.

En relación al establecimiento de identidades geoculturales, el resultado del proceso de larga duración histórica de conformación de una geocultura es que junto con la dominación económica y geopolítica de la periferia por el centro, se establece una dominación cultural que se concretiza en que en el marco de los postulados centrales de la geocultura se generan las identidades de las poblaciones de las periferias y del centro, así como un esquema de relaciones intersubjetivas que naturaliza las posiciones en la estructura de dominación y las relaciones de poder que se establecen entre estas poblaciones.⁹⁰ Por este motivo, las independencias políticas de las antiguas colonias llevaron a mantener estas relaciones intersubjetivas colonialistas, lo que ha sido conceptualizado como “colonialismo interno” (González Casanova, 2006); sobre este punto Quijano señala: “El eurocentrismo, por lo tanto, no es la perspectiva cognitiva de los europeos exclusivamente, o sólo de los dominantes del capitalismo mundial, sino del conjunto de los educados bajo su hegemonía. Y aunque implica un componente etnocéntrico, éste no lo explica, ni es su fuente principal de sentido. Se trata

⁸⁹ Dussel señala: “La Modernidad es una emancipación, una “salida” de la inmadurez por un esfuerzo de la razón como proceso crítico, que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo del ser humano. Este proceso se cumpliría en Europa, esencialmente en el siglo XVIII. El tiempo y el espacio de este fenómeno lo describe Hegel, y lo comenta Habermas en su conocida obra sobre el tema –y es unánimemente aceptado por toda la tradición europea actual–: “Los acontecimientos históricos claves para la implantación del principio de la subjetividad [moderna] son la Reforma, la Ilustración y la Revolución francesa” (2000, 45; citando a Habermas, Jürgen, 1988, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt, página 27).

⁹⁰ Quijano lo plantea así: “[desde la colonización se ejercieron diversas operaciones] que llevaron a la configuración de un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación entre Europa y lo europeo y las demás regiones y poblaciones del mundo, a las cuales les estaban siendo atribuidas, en el mismo proceso, nuevas identidades geoculturales... Todo ese accidentado proceso implicó a largo plazo una colonización de las perspectivas cognitivas, de los modos de producir u otorgar sentido a los resultados de la experiencia material o intersubjetiva, del imaginario, del universo de relaciones intersubjetivas del mundo, de la cultura en suma” (2000, 209-10).

de la perspectiva cognitiva producida en el largo tiempo del conjunto del mundo eurocentrado del capitalismo colonial/moderno, y que naturaliza la experiencia de las gentes en este patrón de poder” (2007, 94).

El segundo punto es de central importancia para comprender la estructura de dominación hegemónica que se establece a partir de la Segunda Guerra Mundial, la permanencia de las premisas del eurocentrismo en las Ciencias Sociales, y la sistemática producción de intervenciones y políticas en base a ellas. Retomando el planteamiento sobre la razón y la racionalidad, una premisa epistemológica central del eurocentrismo es que “La Razón” sería única, y el uso de ella un monopolio de lo europeo. Los autores de la Perspectiva Decolonial plantean que las Ciencias Sociales se originan, en el siglo XIX, en este marco donde la geocultura eurocéntrica dominaba sin contrapesos, particularmente en su versión liberal, asumiendo sin mayores cuestionamientos sus premisas. Castro-Gómez (2000, 153) señala: “Nuestra tesis es que las ciencias sociales se constituyen en este espacio de poder moderno/colonial y en los saberes ideológicos generados por él. Desde este punto de vista, las ciencias sociales no efectuaron jamás una “ruptura epistemológica” –en el sentido althusseriano– frente a la ideología, sino que el imaginario colonial impregnó desde sus orígenes a todo su sistema conceptual”. En el nombre de la civilización ya se venían realizando intervenciones sobre las colonias y justificando el imperialismo desde mucho antes del origen de las Ciencias Sociales. Sin embargo, con ellas no sólo se revierten estas intervenciones con el discurso legitimador asociado a la ciencia, y también se perfeccionan las teorías y metodologías para describir y analizar los diferentes aspectos de la vida social, económica y cultural de las periferias, para simplificar, “traducir” y organizar “el paisaje” de la periferia de tal manera de hacerlos comprensibles para los agentes que deben realizar intervenciones para modificarlos. También, y esto es lo central, la institucionalización de las Ciencias Sociales se realiza en el marco del dominio de lo que Wallerstein (2011) denomina como el “estado liberal”, un estado que asumía la necesidad de realizar reformas para controlar las demandas sociales y la situación potencialmente revolucionaria del siglo XIX. Con ello se potencia el creciente poder estatal con el poder de las cada vez más masivas Ciencias Sociales, lo que se concretiza en una enorme cantidad de intervenciones, primero sobre las propias sociedades céntricas y luego, particularmente después de la Segunda Guerra

Mundial cuando se produce el “descubrimiento” de la pobreza en lo que se empezó a denominar como el “Tercer Mundo” (Escobar 2007, 48), sobre las periferias y semiperiferias para gobernarlas en nombre de la ciencia y la razón, para inducir en ellas procesos de planificación, de racionalización, de “modernización”, con el objetivo de permitirles salir de su letargo e inducirlas a desarrollarse, obviamente en el marco del patrón de desarrollo capitalista. Este es un aspecto geocultural distintivo y central de la estructura de dominación hegemónica.

1.2. Estructura de dominación y relaciones de poder.

En este capítulo me centraré en la conceptualización de la estructura de dominación, de las relaciones de poder y en la mutua relación entre ambos elementos, centrándome en aquellas relaciones de poder y formas estructurales de la dominación que considero más relevantes para abordar dicho fenómeno en el sistema-mundo capitalista contemporáneo, las relaciones de poder-saber que configuran subjetividades, y la dominación hegemónica de la clase capitalista sobre las clases subordinadas. Braudel y Wallerstein establecen un vínculo directo entre el capitalismo y las relaciones de poder, sin embargo, los planteamientos conceptuales y el análisis histórico sobre el que sostienen sus planteamientos hacen referencia principalmente a dinámicas económicas y geopolíticas. Por ello, para comprender la actual estructura de dominación del sistema-mundo se plantea la necesidad de complementar dichos planteamientos con los de autores que permitan analizar la estructura de dominación y las relaciones de poder en términos de la producción de hegemonía, de consentimiento en las clases dominadas, de subjetividades entre los sujetos, para lo que se buscará utilizar los planteamientos de Foucault y Gramsci. Por ello, el objetivo de presente capítulo es elaborar una perspectiva sobre las relaciones de poder y la estructura de dominación centrada en aquellos aspectos de la dominación/relaciones de poder relacionados con la producción de subjetividades y consentimiento. Para ello, primero (sección 1.2.1.) especificaré a qué me refiero con estructura de dominación, con relaciones de poder y definiré como entiendo el vínculo entre ambas. En segundo lugar (sección 1.2.2.), me centraré en el vínculo que establece Foucault entre relaciones de poder, producción de saber y la conformación de los sujetos, ya que es central para comprender los mecanismos a través de los cuales en el sistema-mundo contemporáneo se utiliza la producción de conocimientos “técnicos” en el marco de relaciones de poder-saber que buscan continuar la transformación de los diferentes espacios del sistema, particularmente de las periferias, según el interés de continuar la acumulación infinita de capital, objetivo político central del capitalismo. En tercer lugar (sección 1.2.3.), buscaré argumentar que los planteamientos de Foucault, realizados para establecer una analítica de relaciones de poder concretas y locales, pueden ser incorporados en el marco de una estructura general de dominación capitalista, aunque el propio Foucault cuestione dicha posibilidad, si entendemos a la estructura de dominación capitalista, a partir

de algunos planteamientos de Braudel, como una estructura “multijerárquica” que contiene relaciones de poder cuyos resultados no siguen una lógica funcionalista sino derivada de las fuerzas que interactúan en ellas. Finalmente (sección 1.2.4.), me centraré en establecer los planteamientos centrales de Gramsci sobre la hegemonía, su vínculo con la dominación de clase y el papel del estado y la sociedad civil en su producción, por lo que sus planteamientos me servirán para caracterizar la estructura de dominación que contextualiza las relaciones de poder descritas por Foucault.

1.2.1. Interrelación entre la estructura de dominación y las relaciones de poder.

Estructura de dominación y relaciones de poder son dos elementos que entiendo se relacionan en términos de estructura y agencia, es decir, la estructura de dominación contiene y le otorga unas determinadas características a las relaciones de poder que se establecen entre los diferentes actores, pero las relaciones de poder a su vez pueden reconfigurar la estructura de dominación. Para definir este vínculo a nivel teórico, considero de utilidad los planteamientos que realizó Margaret Archer en *Teoría Social Realista. El Enfoque Morfogenético* sobre la relación entre estructura y agencia. Luego especificaré que entiendo por cada uno de estos elementos y cómo se sitúan y relacionan con la totalidad social, el sistema-mundo capitalista. Antes de iniciar la revisión de los planteamientos de Archer cabe señalar que su enfoque implica un cierto funcionalismo que no comparto, ya que sitúa las relaciones estructura-agencia en el marco de un sistema social que se auto-reproduce en el tiempo, ya que la sumatoria de innumerables acciones individuales daría por resultado los cambios estructurales, sin considerar la cuestión del poder y la dominación como un aspecto central de la reproducción y de la reconfiguración de las relaciones y estructuras sociales.

Archer (2009) está interesada en reconceptualizar las relaciones estructura/agencia frente a las insuficiencias que considera tienen las teorías sociológicas que, según la autora, subordinan uno de los elementos al otro.⁹¹ Para evitar esta situación plantea que se debe

⁹¹ La autora plantea que las diferentes perspectivas que en las Ciencias Sociales abordan la relación entre estructura y agencia presentan el problema de la “conflación”, es decir, la subordinación de uno de los dos elementos al otro. Señala que, por una parte, se produjo una “ciencia de la sociedad” que niega la importancia de la constitución humana de la sociedad, lo que deriva en explicar a los sujetos por la estructura (conflación descendiente), por otra parte, el “estudio de lo humano” niega la importancia a la sociedad en la interacción humana, lo que deriva en explicar la estructura por los comportamientos de los sujetos (conflación ascendente). Además, Archer (2009) plantea que la teoría de la estructuración de Giddens genera

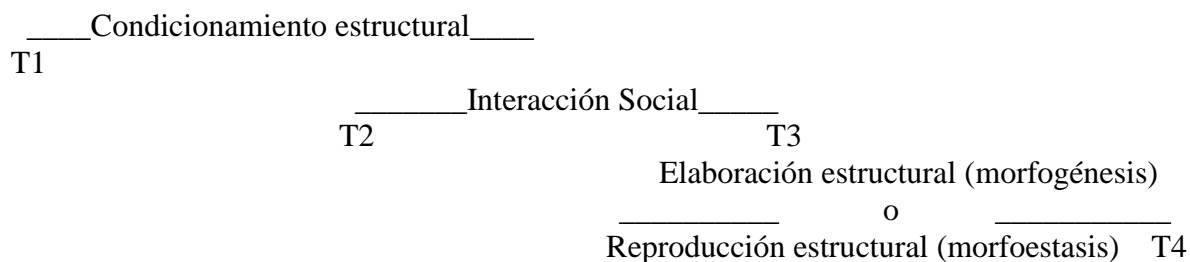
introducir la temporalidad en el marco de las relaciones estructura/agencia, con lo que se puede tener una explicación del modo como emergen las estructuras y las interacciones entre los sujetos. El marco de referencia temporal sería indispensable para analizar el juego mutuo entre estructura y agencia, considerando, a la vez, que la estructura antecede a las acciones que la reproducen o transforman, y que la elaboración estructural sigue a las secuencias de acciones que las originan. Metodológicamente no sólo se necesitaría la distinción entre estructura y agencia, sino permitir el análisis de su juego mutuo, por lo que sería necesario poder referirse a estos dos estratos en términos de su mutua preexistencia, autonomía relativa e influencia causal.⁹² Así, estructuras y agentes son temporalmente distinguibles, por lo que pueden conceptualizarse la preexistencia y las relaciones causales, lo que puede usarse para el examen del juego mutuo entre ellas, el cambio a través del tiempo, la historicidad de la “emergencia”.

La autora plantea que en términos lógicos las estructuras anteceden temporalmente a los sujetos, y que los sujetos reproducen o transforman las estructuras. La preexistencia de la estructura se debe reconocer aunque sea evidente que las acciones son continuas en el tiempo. En este contexto emplea el concepto de morfogénesis, para enfatizar la posibilidad de reestructuración que está en el juego mutuo entre la estructura y una agencia reflexiva e intencionada. La secuencia estaría compuesta por: 1) condicionamiento estructural; 2) interacción social; y 3) elaboración estructural. En términos de la morfogénesis, es decir, del origen del cambio social, la autora señala que considerar el tiempo es de central importancia, y la secuencia representa un flujo temporal. Además, se reconoce que cualquier ciclo histórico está precedido por ciclos anteriores y será seguido por ciclos posteriores reproductivos, “morfoestáticos”, que no producen cambio estructural, o transformadores, “morfogenéticos”, que producen cambio estructural. Por su parte, aunque la acción social es evidentemente continua, ya que nunca deja de haber sujetos actuantes, su propia acción causa discontinuidades estructurales, por lo que las nuevas acciones tendrán contextos estructurales

una confluencia central, ya que Giddens postula que las estructuras sólo existen cuando se actualizan por los actores, fundiéndolas en un juego mutuo en el que no es posible distinguirlas (confluencia central).

⁹² Archer plantea: “Es sólo a través del análisis de los *procesos* mediante los cuales la estructura y la agencia se forman y transforman en el tiempo que podemos explicar resultados sociales variables en diferentes momentos” (2009, 106, énfasis de la autora).

y condicionamientos diferentes y por tanto formas diferentes. Así, la autora plantea el siguiente esquema temporal (Archer 2009, 221):⁹³



Considero que este esquema propuesto por Archer (2009) es de utilidad para conceptualizar la relación entre estructura de dominación y relaciones de poder, las que representan en el esquema de la autora, respectivamente, el condicionamiento estructural y las interacciones sociales. El esquema permite establecer un vínculo entre estructura (de dominación) e interacción social (relaciones de poder) que permite enfatizar su mutua interrelación en una lógica temporal. Un planteamiento central para el análisis que realizaré de períodos históricos en los que los sistemas operan con una relativa estabilidad, es la inclusión de las relaciones de poder en el marco de una estructura de dominación que las caracterizan y las hacen inteligibles. A la vez, el esquema es de utilidad para conceptualizar la reconfiguración en la estructura de dominación –de una estructura imperialista a una hegemónica–, a partir de las relaciones de poder que la propia estructura enmarca. Cabe ahora detenerse en que se entiende por estructura de dominación y por relaciones de poder.

Entiendo que la estructura de dominación es una distribución jerárquica, relativamente estable en el tiempo, incluso de larga duración, de los actores que participan de las interacciones sociales, distribución que se refiere tanto al “peso”, fuerza o poder de los actores, como a sus posiciones y referencias mutuas en términos de conflicto o colaboración, lo que produce unas formas “típicas” de relaciones de poder entre ellos, con unas estrategias que típicamente se ponen en juego, lo que produce una “lógica” estructural general de dominación, donde unas clases y grupos ejercen un dominio sobre otros actores a partir de relaciones de poder que tienen formas relativamente estables. En la estructura de dominación

⁹³ El esquema es denominado “Las tres fases del ciclo básico morfogenético/morfoestático”. Las “T” representan tiempos, momentos, lógicamente distinguibles.

no sólo hay una gran disparidad de fuerzas entre las diferentes clases y grupos, hay una jerarquía entre ellos, lo que produce que unos sean dominadores y otros dominados, que unos –en el sentido de Foucault (1988)– gobiernen y otros sean gobernados. La estructura de dominación no se puede distinguir del resto de la vida social, no se refiere a un ámbito social particular, por el contrario, surge de las diferentes posiciones que ocupan las clases y grupos en las diversas estructuras e instituciones sociales, surge de las jerarquías económicas, estatales, interestatales, científicas, religiosas, militares, partidistas, sexuales, etarias, etc. Entiendo que la imbricación de las diversas jerarquías existentes en un sistema social produce la estructura de dominación, por ello toda dominación es “multijerárquica” (sobre este punto véase sección 1.2.3.), contiene diferentes jerarquías que se relacionan de manera relativamente estable –aunque no sin conflictos y continuas negociaciones–, conformando una forma de dominación general que sigue un patrón o “lógica” general en sus interrelaciones y en el ejercicio de la dominación sobre las clases y grupos subordinados. Sin embargo, también existe una jerarquización de las jerarquías, es decir, el distinto peso o fuerza que tienen en el sistema social las diferentes clases o grupos que son dominantes en sus respectivos ámbitos sociales produce una distribución jerárquica de las propias élites, haciendo que unas incidan más que otras en la dominación general y en el gobierno del sistema social y de sus poblaciones. Desde esta perspectiva, se postula que el sistema-mundo capitalista es “capitalista” porque los capitalistas son la jerarquía dominante en el contexto multijerárquico de este sistema social,⁹⁴ que, como vimos en el capítulo anterior, es una economía-mundo en la que los capitalistas tienen una ventaja estructural en las relaciones de poder que tienen con los estados, y se plantea que en su historia han existido dos formas generales de la estructura de dominación con diferentes lógicas en las interrelaciones entre las clases, grupos y estados, una imperialista y una hegemónica. Ambas tienen elementos comunes, son capitalistas, es decir, los capitalistas están en la cumbre de la estructura de dominación, pero tienen diferencias en otros elementos estructurales, como el papel de los

⁹⁴ El reconocimiento de las múltiples jerarquías hace que este planteamiento se acerque al que clásicamente realizó Wright Mills (2005). Sin embargo, en mi planteamiento también es central reconocer la jerarquización de las jerarquías para resaltar el dominio que los capitalistas ejercen sobre el sistema-mundo, por lo que en este punto me alejo de los planteamientos de Mills –y completamente de toda la corriente pluralista–, y me aproximo a los realizados por el marxismo.

estados y de los organismos internacionales, y tienen diferentes lógicas como operan las relaciones de poder.

Todo tipo de interacciones sociales se producen en el contexto de la estructura de dominación, máxime considerando que esta estructura se conforma en base a múltiples relaciones jerárquicas que se producen en los diversos ámbitos sociales, desde los familiares hasta los geopolíticos. De esta manera, siguiendo a Foucault (2001), se puede considerar que una enorme gama de interacciones sociales son relaciones de poder. Sin embargo, por relación de poder entenderé algo más específico. Por relación de poder entenderé a aquellas interacciones donde al menos uno de los participantes busca modificar en su beneficio el entorno de las interacciones sociales y/o los comportamientos de otros sujetos, para lo cual los actores desarrollan diferentes estrategias que se basan en una evaluación del contexto social y de las posibles acciones y reacciones de otros sujetos. Así, se entiende que las relaciones de poder son eminentemente “políticas”, entendiendo que lo político hace referencia a las relaciones sociales que buscan incidir sobre la configuración del mundo social, de las relaciones sociales y de los sujetos, grupos y clases. Como la estructura de dominación no tiene una delimitación sistémica o institucional, ya que surge de la imbricación de las diversas jerarquías sociales, las relaciones de poder tampoco se circunscriben a algún tipo de espacio social, por lo que desde esta perspectiva no se reconoce una delimitación de un ámbito o “sistema” político dentro del cual se produzcan las actividades “propiamente políticas” llevadas a cabo por “los políticos”, y se rechaza completamente la autonomización de lo político de las dinámicas económicas y culturales.⁹⁵ Por el contrario, se asume que las actividades políticas se despliegan por todo el mundo social, que pueden ser ejercidas por todos los sujetos, grupos y clases, y que los principales actores políticos, las clases y grupos dominantes (no “los políticos”), actúan en diversos

⁹⁵ En mi tesis de magister –“*Entre la Politización y Despolitización del Mundo Social. La Política y Lo Político: Itinerarios, Confrontaciones e Implicancias para los Estudios Internacionales*”– abordé las consecuencias despolitizadoras de la visión convencional de lo político que delimita el ámbito de lo político al “sistema político”. La teoría sistémica, tributaria del estructural funcionalismo parsoniano y ampliamente dominante en la Ciencia Política desde los años cincuenta del siglo pasado (el trabajo pionero fue el de David Easton *The Political System* publicado en 1953), localiza, delimita, autonomiza y le otorga una orientación funcional a la actividad política, para lo cual utiliza del concepto de “sistema político”, lo que trae como consecuencia la despolitización de los demás ámbitos o “sistemas” sociales, y particularmente de los ámbitos económicos y culturales, los cuales se consideran como natural y/o espontáneamente configurados a partir de las acciones no intencionadas, no políticas, de múltiples actores.

espacios sociales sin estar sujetas a ningún tipo de delimitación sistémica. Así, se entiende que el sistema político es sólo un ámbito más donde se producen relaciones de poder, ámbito que puede ser muy importante, especialmente por su vinculación con el estado, pero que puede caer en la irrelevancia cuando no hace más que reflejar los consensos alcanzados fuera de ese espacio institucional por las clases y grupos dominantes.

Cabe aclarar que las relaciones de poder no necesariamente tienen que ser conflictivas. Entre las relaciones de poder hay interacciones entre dos o más actores que pueden entrar en conflicto con respecto a determinada situación sobre la cual tienen objetivos diferentes. En ese caso estamos frente a una interacción donde se despliegan estrategias contrapuestas y donde las acciones sucesivamente se modifican en base a las (re)acciones de los otros partícipes y a los cambios que se producen en el contexto social. También hay situaciones donde los actores centralmente colaboran entre sí, eventualmente en oposición o conflicto con otros actores. En estos casos los actores colaboran, aunque tengan algunas diferencias en sus intereses, sin embargo, hay una relación de poder ya que cada uno estratégicamente buscará que su “alianza” sea más beneficiosa para sus propios intereses, lo que puede llevar a conflictos más abiertos, aunque en casos de desequilibrios muy agudos en sus relaciones de poder un actor puede imponer sus intereses y visiones al otro sin que existan mayores contrapesos. Este es un tipo de relación de poder central en la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista, ya que es la que frecuentemente se da entre los dos actores más poderosos del sistema, los capitalistas y los estados. Además, hay situaciones donde un actor busca inducir, seducir, a otros actores para que ellos cambien sus comportamientos, o busca cambiar los entornos de las interacciones sociales en su provecho, muchas veces sin que los otros actores noten que están inmersos en una relación donde se ejerce un poder sobre ellos y/o sobre sus entornos. Son relaciones de poder “unilaterales”, donde sólo una parte actúa y la otra es relativamente pasiva, pero siguen siendo relaciones de poder en tanto la parte actuante busca estratégicamente modificar, en su beneficio, los entornos sociales o inducir comportamientos en la otra.⁹⁶ Así, entre las relaciones de poder representan situaciones

⁹⁶ Este tipo de relaciones de poder “positivas”, en el sentido de ser productivas de los sujetos y de lo social, son centrales para Foucault, dándoles una preeminencia analítica por sobre las relaciones de poder “negativas”, es decir, represivas, donde se ejerce algún tipo de violencia (véase sección 1.2.2.). También, me parece que son centrales para comprender la forma

polares, por una parte, las relaciones agonísticas, donde las fuerzas que se enfrentan buscan superar la resistencia de la otra para cumplir sus objetivos y, por otra parte, relaciones seductivas, donde la fuerza actuante busca inducir o cambiar comportamientos en actores relativamente “pasivos” que pueden no notar el ejercicio del poder sobre ellos. Cabe destacar algo obvio pero central, por lo que no se puede omitir, en las relaciones de poder habitualmente se enfrentan fuerzas ampliamente desequilibradas. Las clases y grupos sociales tienen muy diferentes capacidades, repertorios de recursos, posibilidades de recurrir e implementar diversas estrategias, tienen diferente familiaridad con situaciones en las que se deben comportar estratégicamente frente a otros actores, y por ello en términos generales se puede diferenciar entre las relaciones de poder entre las clases y grupos dominantes, gobernantes, que son relativamente “parejas”, y aquellas entre estos y las clases y grupos subordinados, que son significativamente desequilibradas. A pesar de esto, el resultado de las relaciones de poder no está previamente determinado por las capacidades ampliamente diferentes de los partícipes, aunque estas capacidades vuelven (mucho) más probables unos resultados que otros, el resultado de las relaciones de poder siempre contiene una cuota de indeterminación, por más desequilibradas que sean las fuerzas que se enfrentan (sino no tendría sentido para alguna de las partes entrar en la relación), lo que le otorga un espacio a las fuerzas subalternas y contrahegemónicas para resistir e incluso buscar cambiar la estructura de dominación. Por ello raramente las clases y grupos dominantes consiguen completamente sus objetivos, y permanentemente buscan profundizar su dominio en un contexto complejo, donde existen variados intereses de múltiples jerarquías, y donde surge y resurge la resistencia, así como clases y grupos antagónicos que cuestionan su dominio. En cuanto a la relación entre la estructura de dominación y las relaciones de poder, considero que las relaciones de poder se producen sistemáticamente en el marco de una estructura de dominación que les da unas características “típicas”, definiendo las situaciones de conflicto y colaboración más corrientes entre las clases y grupos sociales, y los resultados que es más esperable que se produzcan dada la (muy) diferenciada capacidad o fuerza de los actores que participan en ellas, con lo que se produce una dominación que se desenvuelve a través de una

como opera la hegemonía, por lo que son un puente para vincular los planteamientos de Foucault con los de Gramsci (véase sección 1.2.4.).

lógica de interrelaciones relativamente estable. La estructura de dominación le imprime una lógica a las relaciones de poder, una forma típica de interacción entre las élites, entre las clases y grupos dominantes y las clases y grupos dominadas, las que resisten y las que buscan revelarse contra la dominación, y en estas interacciones las acciones estratégicas siguen unos patrones relativamente regulares o al menos se pueden identificar formas típicas. Así, en el marco de una estructura de dominación, los diferentes actores tienen unas determinadas posiciones frente a otros actores, un determinado peso, capacidad o poder, y unas estrategias típicas en sus relaciones de poder, por lo que habrá un abanico de estrategias que serán las más usadas y que resultan en una dominación de unas clases y grupos sobre otros. La reconfiguración de la estructura de dominación del sistema-mundo, de la estructura imperialista a la hegemónica, no implica un cambio en los actores centrales, los capitalistas y estados, ni un cambio en algunos elementos estructurales centrales, como la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, o el control capitalista de la acumulación. Pero el cambio sí produce modificaciones en la configuración de estos actores y en sus relaciones, constituyéndose una clase capitalista transnacional y una forma de estado global sustentada en una alianza de estados céntricos, y fundamentalmente un cambio en las estrategias de dominación, en la forma de gobierno de las clases y grupos subalternos y en direccionamiento político de la economía-mundo.

De esta manera, en base a los planteamientos de Archer (2009), se considera que las estructuras de dominación entregan el marco general de las relaciones de poder, sin embargo, también se entiende que son las propias relaciones de poder las que modifican, reconfiguran, las estructuras de dominación, o las mantienen estables, y fueron relaciones de poder pretéritas las que dieron origen a una estructura de dominación dada. Además, se entiende que las relaciones de poder son tipos de interacciones que tienen una particular capacidad de tensionar las estructuras sociales y particularmente la estructura de dominación, ya que las acciones buscan estratégicamente modificar los entornos sociales y/o los comportamientos de otros sujetos, por lo que en ellas los diferentes actores pueden buscar modificar sus posiciones en esta estructura y con ello pueden introducir cambios en la propia estructura de dominación. Por ello, la estructura de dominación que enmarca las relaciones de poder entrega un marco, una lógica relacional general fundamentada en las jerarquías sociales, pero

los actores que son parte de relaciones de poder lo hacen a partir de evaluaciones estratégicas de situaciones generales y/o coyunturales, pudiendo buscar nuevos recursos para poner en juego en las relaciones de poder, pudiendo establecer nuevas situaciones de colaboración o conflicto, y pudiendo cambiar las estrategias que habitualmente desarrollan. Particularmente los actores más poderosos, que tienen un mayor repertorio de recursos para implementar estrategias y para modificarlas según los fines que persiguen y los contextos cambiantes, serán los que tienen mayor capacidad para afectar la propia estructura de dominación con sus acciones.

Aunque este trabajo se centrará en la estructura de dominación, en las relaciones de poder que albergan y en los cambios que éstas producen en la propia estructura de dominación, evidentemente cabe reconocer que el sistema-mundo capitalista sobrepasa por mucho a esta estructura y esas relaciones sociales, que se compone por una articulación de diferentes estructuras, y que como sistema social tiene tendencias estructurales cuyo análisis no puede reducirse a los impulsos, frenos y direccionamientos que generan las relaciones de poder. Se reconoce que el contexto social general del sistema-mundo enmarca y condiciona la estructura de dominación y las relaciones de poder, además, como se señaló, se considera que la estructura de dominación surge como una articulación de las jerarquías sociales contenidas en una pluralidad de estructuras e instituciones sociales, por lo que las tendencias estructurales del sistema modifican los contextos en los que se producen las relaciones de poder y en el que se forman las jerarquías de la propia estructura de dominación. De este modo, hay factores estructurales “externos” a la estructura de dominación, factores materiales e ideacionales, que a su vez sufren modificaciones en el transcurso del tiempo, que condicionan a la estructura de dominación y, con ello, condicionan las relaciones de poder, por ejemplo, el alcance geográfico del sistema-mundo, los cambios en su estructura productiva, el contexto ecológico, el factor demográfico, el desarrollo tecnológico, los cambios culturales, etc.

Sin desconocer la importancia de estos factores, el foco de interés del trabajo está en el juego mutuo entre estructura de dominación y relaciones de poder, por lo que trataré de manera secundaria los cambios estructurales que modifican el contexto de las relaciones de poder y la estructura de dominación. Esto porque se considera que las tendencias estructurales del

sistema-mundo podrían llevar a diferentes resultados en términos de la estructura de dominación, por lo que, aunque hay importantes condicionamientos, esta no se explica por aquellas. Así, no considero que el cambio histórico en la estructura de dominación se deba a alguna “evolución” del sistema impulsada por sus tendencias estructurales (económicas, culturales, tecnológicas, geopolíticas, o la que sea). No se considera que la estructura de dominación imperialista y hegemónica deriven de un determinado “engranaje” estructural, ni que el cambio entre una y otra se deba a una modificación en algún(os) elemento(s) estructural(es) central(es), por ejemplo, un cambio en la estructura productiva, el final de la expansión geográfica del sistema, cambios tecnológicos en las comunicaciones o en las armas que disponen las principales potencias, cambios ideológicos o culturales, etc. Por ello, no se espera que los procesos históricos reflejen una lógica estructuralista según la cual, por ejemplo, a determinada estructura productiva le corresponda determinada estructura de dominación. Sin desconocer estas tendencias, el énfasis en el análisis estará en las relaciones de poder y, principalmente, en el despliegue estratégico de las principales fuerzas que gobiernan el sistema, los capitalistas y los estados céntricos, los cuales disponen de un amplio abanico de recursos para usar en sus relaciones de poder –por lo que estos actores difícilmente se puedan considerar como “estructuralmente determinados”–, y poseen la capacidad para reconsiderar sus estrategias, particularmente en períodos de crisis o de cambio estructural (para eso tienen una buena cantidad de científicos sociales como asesores muy bien remunerados). Una consecuencia de esta perspectiva es que no se espera que el cambio histórico en la estructura de dominación pueda considerarse como una modificación completa y coherente de las características del “período imperialista” al “período hegemónico”. Por el contrario, rasgos del primer período se mantienen luego de 1945, y rasgos del segundo período ya estaban presentes antes de 1914/1917, y esto no como una “dualidad estructural” que debiera superarse con el tiempo, sino porque las clases dominantes emplean diferentes estrategias según sus intereses y visiones frente a determinadas coyunturas. Por ello uso la expresión “lógica imperialista/hegemónica”, ya que busco acentuar el vínculo entre una forma de dominación con unas lógicas estratégicas que tienden a ser empleadas en la mayor parte de las relaciones de poder por las clases y grupos

dominantes, pero que pueden ser reemplazadas por otra lógica estratégica en las circunstancias que lo consideren necesario.⁹⁷

Así, se enfatiza la capacidad productiva, política, de las relaciones de poder y particularmente de las acciones de los actores dominantes del sistema-mundo –capitalistas y estados céntricos–, no sólo para generar modificaciones en la estructura de dominación, sino que en todas las estructuras sociales. Las relaciones de poder y el ejercicio del poder por parte de los actores dominantes se considera central para comprender como se constituye el orden social en el sistema-mundo capitalista contemporáneo y las tendencias que pueden tener lugar en este sistema histórico. Con esto me alejo de cualquier interpretación del cambio social como algo que fundamentalmente se debe a tendencias estructurales que se despliegan progresivamente –por ejemplo como habitualmente se entiende “la modernización” o “la globalización”–, o a visiones pluralistas que postulan que el cambio se produce como consecuencia de múltiples acciones de diversos sujetos que se articulan produciendo un orden social que finalmente no responde a ninguna forma de dominio.⁹⁸ Por el contrario, como lo enfatiza Foucault y en general las visiones postestructuralistas, considero que las relaciones de poder tienen un carácter eminentemente productivo, e incluso pueden contribuir a conformar elementos estructurales básicos de la vida social como las propias clases sociales. Este último punto es particularmente relevante ya que un elemento central de las tesis de este

⁹⁷ Por este motivo considero central mantener una perspectiva global de larga duración para el análisis de las estructuras de dominación, ya que en relaciones de poder particulares se pueden poner en juego lógicas puntuales, y la generalización de esa situación, por más relevante que sea el caso, puede ser equivocada. Estimo que un error de ese tipo surge cuando se debate si tal o cual intervención de Estados Unidos, la OTAN, Naciones Unidas o cualquier otro actor o grupo de actores en algún desdichado país periférico puede mostrar un cambio en el patrón de relaciones de poder globales. Es el caso, considero, del libro *Imperio* de Hardt y Negri, escrito, como lo señalan sus autores, bajo el impacto de las intervenciones en Kosovo y en Irak (la primera Guerra de Irak), las que, aunque fueron ampliamente lideradas por Estados Unidos, se realizaron bajo la legitimidad internacional de Naciones Unidas. La posible generalización de este caso lleva a los autores a plantear el advenimiento de un “imperio” que emplearía el marco jurídico de Naciones Unidas y los demás organismos internacionales para asentar su dominio. Sin embargo, el tipo de intervenciones que se dio en Kosovo y en la primera guerra de Irak no ha vuelto a repetirse.

⁹⁸ Por ejemplo, aunque Archer (2009) plantea que las estructuras se reproducen o modifican como consecuencia de las acciones e interacciones entre los sujetos, quita cualquier relevancia a las relaciones de poder, ya que plantea que el cambio estructural se fundamenta en las consecuencias no deseadas de las acciones de múltiples grupos sociales, acciones que pueden ser intencionadas pero que generalmente no logran sus objetivos, por lo que el resultado sobre la estructura social es “no buscado”. La imagen que se trasmite es que el orden social es casual y pluralista, ya que múltiples grupos inciden en su constitución de manera no intencionada, Archer plantea: “La *elaboración estructural* que sigue se interpreta como una consecuencia fundamentalmente no buscada. La modificación de las propiedades estructurales previas y la introducción de otras nuevas es el producto combinado de resultados diferentes perseguidos de forma simultánea por varios grupos sociales. El elemento no deseado resulta fundamentalmente del conflicto y concesión grupal que, en conjunto, significa que la elaboración resultante es por lo general lo que nadie buscaba o quería” (2009, 138, cursivas de la autora).

trabajo es que a partir del final de la Segunda Guerra Mundial se comienza a configurar una clase capitalista transnacional, lo que muestra la capacidad de recomposición de las propias clases dominantes frente a los desastres del período 1914/1917-1945 y las amenazas que visualizaban.

De esta manera, se considera que las relaciones de poder son fundamentalmente políticas, son productoras de lo social, y en ellas son las fuerzas sociales dominantes las que tienen mayor capacidad para introducir modificaciones en los entornos sociales, a nivel de las instituciones e incluso de las estructuras sociales, además de la propia constitución de los sujetos, grupos y clases. Por ello el trabajo se centra en estos actores y su incidencia en la constitución de las estructuras de dominación imperialista y hegemónica, abordando de manera secundaria los cambios en las estructuras económicas, sociales y culturales del sistema.

1.2.2. Foucault: relaciones de poder, generación de saber, producción sujetos y gobierno de las poblaciones.

Michel Foucault (1991a) señaló que sus libros deben ser entendidos como cajas de herramientas contra el poder. Algunas de las herramientas que ofrece Foucault quisiera adaptarlas para conceptualizar el régimen de dominación general del sistema-mundo capitalista contemporáneo, y las relaciones de poder que aloja entre las diversas clases y grupos sociales, particularmente para conceptualizar la dominación que ejerce la clase capitalista transnacional. Esto porque los planteamientos de Foucault son de gran utilidad para abordar los vínculos entre relaciones de poder, generación de saber y la producción de subjetividades y el gobierno de las poblaciones, y se postula que uno de los elementos centrales de la estructura de dominación hegemónica del sistema-mundo capitalista contemporáneo es el uso discursivo del saber técnico-científico por parte de los estados, los organismos internacionales, y una amplia gama de instituciones para crear las condiciones políticas, sociales y culturales que les permiten realizar sus intervenciones, “misiones” y “rescates” en las periferias, lo que resalta el vínculo de las relaciones poder-saber-sujeto a escala de este sistema social. Así, desde la obra de Foucault se busca recabar algunos elementos conceptuales para analizar el despliegue de relaciones de poder-saber por todo el

sistema-mundo en el marco de una estructura de dominación hegemónica, relaciones de poder que buscan transformar los diversos entornos sociales según las prioridades de la acumulación capitalista, induciendo subjetividades a través de la producción de representaciones vinculadas a los regímenes de verdad propagados por el abanico de instituciones gubernamentales y organismos internacionales que se vinculan con los intereses de las clases grupos dominantes.

Tres son los puntos que abordaré desde los planteamientos de Foucault: el vínculo entre el poder y la producción de sujetos a través de una perspectiva del poder como una fuerza “positiva”, “productiva”; el problema del gobierno de los sujetos considerando el problema de la “libertad”; el vínculo entre poder y saber en el marco de la producción de sujetos. Cabe clarificar que no se pretende sustentar una perspectiva “foucoltiana”,⁹⁹ sino sólo extraer de la “caja de herramientas” de Foucault los elementos conceptuales que me parecen pertinentes para elaborar mi línea de argumentación.

A contar de finales de la década de los sesenta y principios de la de los setenta del siglo pasado, Foucault y otros autores, como Jacques Derrida y Gilles Deleuze, plantearon una perspectiva analítica, que en muchas ocasiones ha sido denominada como “Postestructuralismo”, que centra su problemática en el vínculo entre las relaciones de poder, la producción de conocimiento y la generación de los sujetos y/o representaciones sociales.¹⁰⁰ Particularmente Foucault asume esta perspectiva con claridad en *Vigilar y Castigar* (publicado en 1975), libro a partir del cual su problema de estudio queda enfocado, en

⁹⁹ Considero que Foucault no tiene una obra que marque una especie de versión “definitiva” o “final” de su conceptualización del poder y la dominación. Asimismo, considero que la complejidad/riqueza de la obra de Foucault, y de cualquier otro pensador de esta envergadura, no está en la descripción de su recorrido hasta “llegar” a un punto final (siempre inconcluso por la muerte del pensador), sino en el conjunto de su obra, la cual entrega diversas herramientas conceptuales para ser usadas por quienes consideren que son útiles para abordar sus respectivas problemáticas. Por ello, no considero pertinente considerar que Foucault va “superando” etapas, por ejemplo, que supera “el modelo bélico” con la “analítica de la gubernamentalidad” (Castro-Gómez 2010). El uso que pretendo hacer de la obra de Foucault, en la que replantea una y otra vez la cuestión del poder desde diferentes ángulos, será “oportunista”, tomando los elementos que considero útiles para sostener los puntos que argumentaré, sin pretender en ningún caso representar a Foucault ni menos el “verdadero” o “definitivo” Foucault que todo buen foucoltiano debiera reconocer.

¹⁰⁰ Escobar describe del siguiente modo al Postestructuralismo: “...el desarrollo de nuevos instrumentos analíticos, en gestación desde finales de los años sesenta pero cuyo empleo sólo se generalizó durante los ochenta, ha permitido el análisis de este tipo de “colonización de la realidad” en forma tal que pone de manifiesto este mismo hecho: cómo ciertas representaciones se vuelven dominantes y dan forma indeleble a los modos de imaginar la realidad e interactuar con ella. El trabajo de Michel Foucault sobre la dinámica del discurso y del poder en la representación de la realidad social, en particular, ha contribuido a mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros” (2007, 23).

términos generales, por el vínculo entre relaciones de poder, generación de saber y producción de sujetos; de hecho Foucault finaliza el libro con una nota al pie donde señala: “Interrumpo aquí este libro que debe servir de fondo histórico a diversos estudios sobre el poder de normalización y la formación de saber en la sociedad moderna” (1996, 314). Resumiré el postulado general de Foucault, al menos para este “periodo postestructuralista”, de la siguiente manera: el mundo social fue configurado por múltiples relaciones de poder y está permanentemente cruzado por ellas,¹⁰¹ relaciones de poder que permanentemente se imbrican con la producción de saber¹⁰² y cuyo principal efecto es la constitución de los sujetos y el gobierno de las poblaciones.¹⁰³

En la conceptualización que Foucault hace del poder a partir de este momento, plantea una relación entre el poder y la producción de sujetos o de subjetividades, entendiendo al poder como una fuerza “positiva”, “productiva”. Foucault pone el énfasis en lo que considera que son los efectos más relevantes del poder, los efectos “positivos” del poder, positivos ya que producen, inducen, formas de ser, subjetividades, comportamientos, y en particular Foucault se interesa por los mecanismos concretos que utilizan las clases y grupos dominantes¹⁰⁴ sobre los sujetos, centrándose en aquellos que buscan producir efectos positivos sobre la subjetividad al buscar incidir sobre ella, al buscar “moldearla”, como el disciplinamiento o la producción de regímenes de verdad. Foucault (1992b) relata que en sus primeros análisis utilizaba una perspectiva tradicional del poder, una perspectiva negativa, entendiendo al poder como una fuerza que prohíbe, oprime, excluye, que “dice no”, es decir, como una fuerza opuesta a la libertad de los sujetos, que reprime la libertad y la subjetividad. Sin embargo, a lo largo de sus análisis de las relaciones de poder comenzó a encontrar que esa

¹⁰¹ Foucault señala (2001, 34): “...en una sociedad como la nuestra –aunque también, después de todo, en cualquier otra–, múltiples relaciones de poder atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social”.

¹⁰² Foucault plantea: “Hay que admitir más bien que el poder produce saber... que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (1996, 34).

¹⁰³ Esto lo plantea de la siguiente manera: “Esta forma de poder se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos” (Foucault 1988, 7).

¹⁰⁴ Foucault evita referirse a las clases y grupos dominantes para evitar darles un carácter de sujeto (en la próxima sección abordaré este punto con más detención), y muchas veces utiliza el concepto de “el poder” como sustantivo. En este trabajo se asume que el poder es un recurso que tienen clases y grupos sociales que lo utilizan en sus relaciones con otras clases y grupos, logrando algunas de ellas constituirse como “dominantes”. Sin embargo, en esta sección, para reflejar los razonamientos del autor, en muchas ocasiones emplearé la expresión “el poder” como sustantivo.

perspectiva era insuficiente, por lo que planteó una nueva problematización del poder según la cual los efectos centrales del poder no están en la represión de la libertad de los sujetos sino en la producción positiva de los sujetos, en la producción de su subjetividad. Desde esta nueva perspectiva Foucault plantea que aunque los choques explícitos, abiertos, entre fuerzas opuestas, así como la represión y otras formas negativas de poder, son relevante de las relaciones de poder, su análisis es insuficiente para abordar al poder y sus dinámicas y efectos más relevantes sobre los sujetos y la vida social. De esta manera, sin desconocer la importancia de los mecanismos represivos, negativos, se plantea que el principal objetivo del poder es positivo, ya que busca la producción de los sujetos. Las clases y grupos dominantes utilizarían diversos mecanismos, diversas estrategias, para inducir determinados comportamientos, determinadas formas de mirar, de pensar, de ser, en suma, determinadas subjetividades entre las clases y grupos subordinados. El estudio de las relaciones de poder y de los efectos que tienen sobre los sujetos y el mundo social, requeriría centrarse en estas facetas productivas del poder, por lo que la mirada queda puesta en los mecanismos a través de los cuales, en contextos y espacios específicos, puntuales,¹⁰⁵ por ejemplo en el espacio penal, el poder actúa directamente sobre los sujetos produciendo la “objetivación de los sujetos” o la “transformación de los seres humanos en sujetos” (Foucault, 1988). Así, los planteamientos de Foucault sirven de base para el estudio de la producción de lo social a partir de la generación de subjetividades contextualizada en relaciones de poder, y como veremos a continuación, de relaciones de poder-saber.

A través de la mirada en los efectos positivos, productivos, del poder, Foucault enfatiza que el poder no actúa –o al menos no actúa principalmente– forzando a los sujetos, como una violencia que los obliga a actuar en contra de su voluntad, sino que busca inducir unos determinados comportamientos y formas de ser. Un primer elemento a considerar es que el poder moldea las posibles acciones de los sujetos al delimitar, condicionar, sus marcos de acción, con lo que induce o guía sus comportamientos; “[el poder] opera sobre el campo de posibilidad [de los sujetos actuantes] incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo

¹⁰⁵ En la siguiente sección se discutirá la prioridad metodológica que Foucault le asigna al estudio de relaciones de poder puntuales, locales, “microfísicas” por sobre un análisis de la estructura de dominación.

absoluto...” (Foucault 1988, 15). En este sentido se analizan diversas instituciones, como la escuela, el ejército, las fábricas, en las cuales se administra el tiempo de los sujetos, se modela su cuerpo, se establecen rutinas y define qué es lo que el sujeto debe realizar en los diferentes momentos.¹⁰⁶ Pero el énfasis central de Foucault, y en el postestructuralismo que se deriva de sus planteamientos, está en los mecanismos que utilizan las clases y grupos dominantes para penetrar al sujeto que actúa, inscribiéndose en su comportamiento desde la subjetividad del propio sujeto. Así, el propio sujeto es un producto, una construcción, de las relaciones de poder, las subjetividades son una de las consecuencias de las relaciones de poder, el poder crea sujetos, y Foucault conceptualiza al individuo como un sujeto que está atado, sometido, a su subjetividad; Foucault señala: “...no hay que concebir al individuo como una especie de núcleo elemental, átomo primitivo, materia múltiple e inerte sobre la que se aplica y contra la que golpea el poder, que somete a los individuos o los quiebra. En realidad, uno de los efectos primeros del poder es precisamente hacer que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos, se identifiquen y constituyan como individuos. Vale decir que el individuo no es quien está enfrente del poder; es, creo, uno de sus efectos primeros. El individuo es un efecto del poder y, al mismo tiempo, en la medida misma en que lo es, es su relevo: el poder transita por el individuo que ha constituido.” (2001, 38).¹⁰⁷

Sin embargo, aunque el sujeto es uno de los “productos” del poder, es una de las consecuencias del ejercicio del poder, uno de los supuestos de Foucault es que el poder se ejerce sobre sujetos que tienen diferentes posibilidades de acción: “[El ejercicio del poder es] ...un conjunto de acciones sobre acciones posibles [...] siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar. Un conjunto de acciones sobre otras acciones” (Foucault 1988, 15). De esta manera, Foucault plantea que en las relaciones de poder no sólo actúa la fuerza superior, que ejerce poder, también actúan los sujetos sobre los que se ejerce el poder. Para Foucault todos los sujetos,

¹⁰⁶ El sistema penitenciario puede considerarse como un caso extremo de este tipo de instituciones. En su estudio Foucault (1996) se detiene en el paso, entre los siglos XVIII y XIX, desde un sistema de suplicios donde el cuerpo era objeto de todo tipo de tormentos para mostrar que el poder podía disponer de él a su antojo, a otro sistema donde el tiempo se pone en el centro, no sólo por la definición del período en el que se priva de libertad al sujeto, también por la administración del cuerpo de los internos a través de rutinas que administran detalladamente que es lo que se debe realizar en cada momento del día.

¹⁰⁷ En otro artículo plantea que: “Hay dos significados de la palabra *sujeto*: sometido a otro a través del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la consciencia o el conocimiento de sí mismo. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete” (Foucault 1988, 7, cursivas del autor).

incluso aquellos sometidos a un poder muy superior, son sujetos que, en el marco de las relaciones de poder, pueden llevar a cabo diferentes estrategias y, estratégicamente, responder a las fuerzas que buscan conducir sus conductas. Así, el ejercicio del poder siempre se contextualizaría en relaciones estratégicas entre clases y grupos que buscan alcanzar determinados objetivos, los cuales los ponen en confrontación con otras clases y grupos sociales. Por ello Foucault hace una analogía entre las relaciones de poder y la guerra, las relaciones de poder debieran ser analizadas “en términos de combate, enfrentamiento o guerra” (2001, 28).¹⁰⁸

La conceptualización del poder como una fuerza que se dirige sobre sujetos actuantes, que desarrollan estrategias y que responden a las fuerzas que operan sobre ellos, pero que, a la vez, son configurados en su mismo carácter de sujetos por dichas fuerzas, pone a Foucault frente a un problema teórico y ontológico. Por una parte, como se revisó recién, Foucault entiende que el poder constituye a los sujetos, que los individuos no son previos al poder, más bien los sujetos están atados a una subjetividad constituida por relaciones de poder. Sin embargo, por otro lado, el sujeto es un ser “libre”, que puede actuar de diferentes maneras, que puede reaccionar frente al poder y desplegar distintas estrategias, que puede resistir. Así, la libertad queda situada en el centro de la problemática del poder de Foucault. La libertad es lo que precisamente busca enfrentar el poder, es lo que el poder busca restringir, es decir, el poder se despliega sobre los sujetos precisamente porque son “libres”, porque, en el marco de sus posibilidades, pueden realizar diferentes conductas, y las clases y grupos que dominan las relaciones de poder buscan restringir dichas posibilidades, induciendo comportamientos que son concordantes con sus intereses; Foucault lo plantea de la siguiente manera: “...es preciso subrayar que no pueden existir relaciones de poder más que en la medida en que los sujetos son libres. Si uno de los dos estuviese completamente a disposición del otro y se

¹⁰⁸ Foucault enfatiza tres implicaciones de esta analogía. En primer lugar, que las correlaciones de fuerzas y las relaciones de poder que cotidianamente operan en un contexto social fueron establecidas en un particular momento histórico, en una “guerra”, y cuando “reina la paz” no desaparecen los efectos de la guerra, por el contrario, las relaciones de poder reinscriben y perpetúan sus efectos. De esta manera, Foucault invierte el aforismo de Karl von Clausewitz, planteando a la política “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (2001, 29), es decir, como el mantenimiento y administración de los desequilibrios de fuerzas producidos durante la guerra. En segundo lugar, como se desprende del aforismo de Foucault, la lucha política durante la “paz civil”, los enfrentamientos por el poder y contra el poder, y las posibles modificaciones en las relaciones de fuerzas, deben entenderse como la continuación de la guerra, es decir, la guerra es perpetua, continúa “por otros medios”. Por último, Foucault plantea que sólo la fuerza puede decidir la guerra, sólo la fuerza puede decidir cuál es la clase o grupo que domina las relaciones de poder.

convirtiese en una cosa suya, en un objeto sobre el que se puede ejercer una violencia infinita e ilimitada, no existirían relaciones de poder. Es necesario pues, para que se ejerza una relación de poder, que exista al menos un cierto tipo de libertad por parte de las dos partes. Incluso cuando la relación de poder está completamente desequilibrada...” (1994, 126).

Esta doble manera de entender la relación entre el sujeto y el poder muestra la tensión que Foucault busca abordar a través de sus trabajos. Las relaciones de poder que Foucault busca problematizar son relaciones cuyo centro, cuyo blanco, son los sujetos y su libertad. Así, el problema de quienes dominan las relaciones de poder, es que los sujetos, al menos potencialmente, pueden actuar con libertad y con ello de maneras contrarias a sus intereses. En suma, quienes dominan las relaciones de poder buscan dirigir, gobernar, a los sujetos y sus conductas, idealmente buscan penetrar en el sujeto y constituir su propia subjetividad, moldeando a los sujetos y sus conductas según sus intereses, “dominándolos” por completo.¹⁰⁹ Sin embargo, el problema de las clases y grupos dominantes es que su pretensión es utópica, no es posible que la configuración de los sujetos sea completa, siempre habrá espacios, por pequeños que sean, para que quienes están sometidos al poder puedan elaborar estrategias y respuestas. Sin embargo, fuera de la utopía inalcanzable, el objetivo del poder conceptualizado por Foucault será conducir los comportamientos y moldear las subjetividades y de esta manera “gobernar” a los sujetos: “El ejercicio del poder consiste en “conducir conductas” y en arreglar las probabilidades. En el fondo, el poder es menos una confrontación entre dos adversarios o la vinculación de uno con otro, que una cuestión de gobierno. Se le debe dar a esta palabra el amplio significado que poseía en el siglo XVI.

¹⁰⁹ En algunos pasajes –no siempre– Foucault identifica a la dominación con relaciones de poder que dejan de ser fluidas y se fijan, se bloquean, por quienes dominan las relaciones de poder, impidiendo que quienes están en una posición de sometimiento puedan desarrollar estrategias para modificar las relaciones de poder. Foucault señala (1994, 109): “...entiendo por relaciones de poder algo distinto de los estados de dominación. Las relaciones de poder tienen una extensión extraordinariamente grande en las relaciones humanas. ...en las relaciones humanas se imbrica todo un haz de relaciones de poder... [Cuando] las relaciones de poder en lugar de ser inestables y permitir a los diferentes participantes una estrategia que las modifique, se encuentran bloqueadas y fijadas. Cuando un individuo o un grupo social consigue bloquear un campo de relaciones de poder haciendo de estas relaciones algo inmóvil y fijo, e impidiendo la mínima reversibilidad de movimientos –mediante instrumentos que pueden ser tanto económicos como políticos o militares–, nos encontramos ante lo que podemos denominar un estado de dominación”. Esta identificación de la dominación como relaciones de poder bloqueadas, se aleja de la conceptualización que realicé en la sección anterior de la dominación como una estructura social que enmarca y le entrega una determinada lógica a las relaciones de poder y, me parece, que tampoco se corresponde con otros planteamientos del propio Foucault donde utiliza a la dominación para referirse a relaciones de poder “verticales” que se propagan desde un centro. En la siguiente sección se abordará la forma como Foucault entiende el vínculo entre las relaciones de poder y la dominación, utilizando este segundo uso del concepto de dominación.

“Gobierno” no se refería únicamente a las estructuras políticas o a la gestión de los Estados; más bien designaba el modo de dirigir la conducta de individuos o grupos: el gobierno de los niños, de las almas, de las comunidades, de las familias, de los enfermos. No sólo cubría las formas instituidas y legítimas de sujeción económica o política, sino también modos de acción, más o menos pensados y calculados, destinados a actuar sobre las posibilidades de acción de otros individuos. Gobernar, en este sentido, es estructurar el posible campo de acción de los otros” (Foucault 1988, 15). Con la noción de “biopolítica” Foucault lleva esta lógica a su último desarrollo. La biopolítica sería una forma de gobierno que emplea el estado moderno que busca regular los procesos vitales de la población, buscando potenciar y maximizar las capacidades de la población según las necesidades del capitalismo, creando un tipo de población productiva, desde esta perspectiva el estado fomenta a ciertos tipos de individuos, el estado “cría” a su población (véase Castro-Gómez 2010).

En el contexto de la problemática del gobierno de sujetos que mantienen grados de libertad, adquiere una importancia central para Foucault el vínculo entre el poder y el saber, ya que este vínculo es central en el proceso de producción de sujetos en el marco de las relaciones de poder. Foucault entiende que el vínculo entre poder y saber se da de una manera directa, no hay poder sin saber ni saber sin poder, concretamente, plantea un vínculo bidireccional que hace que los dos elementos sean indisolubles: el poder produce saber y, a la vez, el saber provoca efectos de poder. Este es un problema central en los estudios de Foucault, que abordó desde diferentes ángulos y en diferentes contextos a partir de *Vigilar y Castigar*, por lo que se podrían revisar múltiples expresiones de este vínculo. Aquí destacaré dos aspectos de esta relación poder-saber planteados por Foucault, que tienen gran relevancia para el uso de la perspectiva postestructuralista en el estudio de relaciones de poder concretas, y que pueden ser usadas en el marco del sistema-mundo capitalista; los “discursos de verdad” y las “tecnologías de gobierno”.

En relación a los discursos de verdad, Foucault enfatiza que el poder, para existir y funcionar, necesita producir “verdad”, es decir, discursos que, en contextos sociales e históricos específicos, operan como verdad. El problema de Foucault no es el carácter verdadero o falso de la verdad, el fundamento epistemológico de la verdad y la no verdad, no le interesa distinguir si determinados enunciados, postulados o afirmaciones son realmente verdaderos

o no, si se alcanzaron con los métodos adecuados –científicos– o si son afirmaciones falsas realizadas en base a algún interés (como interesaba a partir del uso que se le daba a la noción de ideología desde el marxismo de corte científicista).¹¹⁰ Desde la perspectiva de Foucault la verdad está asociada a la noción de discurso, la verdad sería un discurso que reclama para sí el estatus de verdadero, es un discurso que logra el status de verdad en un determinado entorno social, por eso Foucault utiliza el concepto de “discursos de verdad”. Lo que le interesa a Foucault de los discursos de verdad son los efectos de las definiciones de verdad en el contexto de las relaciones de poder en las que se producen y se utilizan estos discursos, la verdad se produce y se hace circular discursivamente en el contexto de relaciones de poder: “...por verdad no quiero decir “el conjunto de cosas verdaderas que hay que descubrir o hacer aceptar”, sino “el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder”...” (Foucault 1992e, 188). Así, la verdad y su uso tiene efectos de poder, que son empleados en el marco de relaciones de poder.

De esta manera, el poder produce y hace circular la verdad, y los discursos que logran adquirir un status de verdad producen efectos de poder, el poder que surge de la definición de lo verdadero y lo falso; Foucault señala: “El poder... ...institucionaliza la búsqueda de la verdad, la profesionaliza, la recompensa. Tenemos que producir la verdad del mismo modo que, al fin y al cabo, tenemos que producir riquezas, y tenemos que producir una para poder producir las otras. Y por otro lado, estamos igualmente sometidos a la verdad, en el sentido de que ésta es ley; el que decide, al menos en parte, es el discurso verdadero; él mismo vehiculiza, propulsa efectos de poder.” (2001, 34). Hay entonces una relación bidireccional entre poder y verdad, el poder produce verdad y la usa, y la verdad produce efectos de poder incidiendo en las relaciones de poder. A partir de esta perspectiva, Foucault plantea que en toda sociedad se produce un particular “régimen de verdad”, una forma de producir discursos de verdad, de ponerlos en circulación, de usarlos en el marco de relaciones de poder, de

¹¹⁰ Al igual que en relación al problema general del poder, el vínculo poder-saber Foucault lo centra en los aspectos productivos, positivos, dejando como elementos secundarios a los aspectos negativos relacionados con la negación o el ocultamiento de la “verdad”. Por ello se distancia del uso concepto de ideología tal como era empleado por Althusser y otros marxistas. Al respecto Foucault señala (2000, 156): “Siempre he sentido cierto malestar frente a esa noción de ideología tan utilizada en los últimos años. Se ha utilizado para explicar los errores, las ilusiones, las representaciones-pantalla, en una palabra, todo cuanto impide constituir discursos auténticos... En una palabra, se trata de la economía de la no-verdad. Mi problema es la política de la verdad”. Así, este uso de la noción de ideología apunta a los efectos negativos del poder, que pueden ser importantes pero son insuficientes para analizar las relaciones entre poder y saber.

asignar a determinadas instituciones papeles en torno a esta verdad (como productores, difusores, aplicadores, etc.); Foucault plantea: “La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones. Tiene aquí efectos reglamentados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su “política general de la verdad”: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero” (1992e, 187).¹¹¹

La segunda vinculación entre poder y saber que destacaré son las tecnologías de gobierno. Foucault plantea que para el gobierno de las poblaciones y para la transformación de los individuos en sujetos, en todo el cuerpo social hay aparatos que despliegan técnicas de dominación que se aplican tácticamente, estratégicamente, conformando una red de intervenciones “microfísicas” sobre diferentes aspectos del sujeto. Para que esta red opere se necesita una continua producción de conocimientos concretos, situados, sobre los sujetos y sus comportamientos. Foucault utiliza el concepto de tecnologías de gobierno para hacer referencia a estos conocimientos que se producen a partir del ejercicio del poder directo y puntual y para el ejercicio del poder directo y puntual; Foucault señala: “[lo que produce el poder s]on instrumentos efectivos de formación y acumulación del saber, métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de investigación y búsqueda, aparatos de verificación. Es decir que el poder, cuando se ejerce en sus mecanismos finos, no puede hacerlo sin la formación, la organización y la puesta en circulación de un saber o, mejor, de aparatos de saber...” (2001, 41-42). Estos conocimientos luego se concretizan en las técnicas y tácticas que utilizan los diferentes aparatos que están directamente involucrados en relaciones de poder, que buscan gobernar las conductas de diferentes conjuntos de sujetos, que actúan de manera material sobre los sujetos. Así, las tecnologías de gobierno hacen referencia a un tipo de conocimiento directamente vinculado al ejercicio del poder, son

¹¹¹ Por este motivo Foucault no considera que las relaciones de poder en torno al “régimen de verdad” tengan relación con el establecer de la “real” verdad: “...no se trata de un combate “en favor” de la verdad sino en torno al estatuto de verdad y al papel económico-político que juega” (1992e, 188).

conocimientos que se producen directamente en el marco del gobierno de los sujetos y las poblaciones, con el objetivo de conocer y clasificar a las poblaciones, definiendo sus características y necesidades distintivas desde la óptica del poder, de manera de establecer los métodos adecuados para realizar intervenciones sobre ellas.¹¹²

Como se verá en la siguiente sección, Foucault da prioridad al estudio puntual de las instituciones y aparatos involucrados en este tipo de relaciones de poder-saber, involucrados en la producción y uso de conocimientos para su uso en las relaciones de poder y en el gobierno de las poblaciones. Sin embargo, una visión de conjunto de estos aparatos lleva a considerar el papel del estado y de las clases dominantes en este conjunto de relaciones de poder-saber microfísicas. Aunque Foucault en general no hace referencia al conjunto del estado, muchos de estos aparatos son parte del estado o tienen una relación estrecha con él, pero también parte de estos aparatos son instituciones “privadas” de las clases dominantes, por ejemplo, Foucault hace referencia a las fábricas y sus estrategias de disciplinamiento de los trabajadores. Así, tanto la clase dominante como el estado aparecen cuando Foucault plantea una mirada del conjunto de estas relaciones de poder-saber, por ejemplo, Foucault señala: “...en el fondo, lo que necesitó la burguesía, aquello en lo cual el sistema puso finalmente su interés, no fue que los locos fueran excluidos o que la masturbación de los niños se vigilara y prohibiera... ..sino, en cambio, en la técnica y el procedimiento mismos de la exclusión. Los mecanismos de exclusión; el aparato de vigilancia... ..la micromecánica del poder, representó, a partir de un momento dado, un interés para ella. [Estos mecanismos] aportaron cierta ganancia económica, demostraron cierta utilidad política y, como resultado, fueron naturalmente colonizados y sostenidos por mecanismos globales y, finalmente, por todo el sistema del Estado” (Foucault 2001, 40-41). Este vínculo entre estado y clases dominantes en el despliegue y uso de las múltiples relaciones de poder-saber hace necesaria una visión de conjunto de la dominación que, a mi entender, puede encontrarse en los planteamientos de Gramsci sobre el papel del estado y la sociedad civil en

¹¹² Desde esta perspectiva Foucault señala: “...se elaboraron, a través de todo el cuerpo social, los procedimientos para repartir a los individuos, fijarlos y distribuirlos espacialmente, clasificarlos, obtener de ellos el máximo de tiempo y el máximo de fuerzas, educar su cuerpo, codificar su comportamiento continuo, mantenerlos en una visibilidad sin lagunas, formar en torno de ellos todo un aparato de observación, de registro y de notaciones, constituir sobre ellos un saber que se acumula y se centraliza” (1996, 233).

la producción de la hegemonía de la clase capitalista, tema que abordaré en la sección subsiguiente. Sin embargo, antes considero relevante argumentar que los planteamientos que Foucault realizó con la intención de establecer una analítica de las relaciones de poder que no las hiciera depender de determinismos estructuralistas, pueden usarse tomando como premisa que las relaciones de poder son parte de una estructura de dominación, en la medida en que se asuma que dicha estructura es una estructura compleja, “multijerárquica”. Esto lo realizaré a continuación.

1.2.3. Relaciones de poder en una estructura de dominación multijerárquica.

Una interpretación, posiblemente dominante, de la teorización foucaultiana del poder considera que los planteamientos de este pensador centralmente hacen referencia a las relaciones de poder “microfísicas”, que se expresan en una pluralidad de relaciones “capilares”, “intersticiales”, y que sus planteamientos están a contrapelo de una visión totalizante del poder, y de una problematización de las estructuras de dominación de un sistema social. Por ello, se ha planteado que la perspectiva de Foucault puede usarse para “corregir el estructuralismo” de la Perspectiva del Sistema-Mundo, y su visión jerárquica de una dominación capitalista que desde las lógicas “macro” de la economía-mundo determinaría los diversos espacios locales (Castro-Gómez 2007). Efectivamente, Foucault se centra en las relaciones de poder concretas, y en sus análisis muchas veces evita explícitamente la problemática de la dominación general. Esta sección busca argumentar que los planteamientos de Foucault, realizados centralmente para producir una analítica de las relaciones de poder, pueden ser situados en el marco de una estructura de dominación, aunque el propio Foucault plantee que esa posibilidad es algo problemático y que puede ser contraproducente para la analítica de las relaciones de poder que busca elaborar. Se argumentará, por una parte, que el análisis de las relaciones de poder debe ser contextualizado en una estructura de dominación para lograr una mejor inteligibilidad de las mismas relaciones de poder, y que el propio Foucault así lo hace en estudios como el que efectuó en *Vigilar y Castigar*. Por otra parte, se argumentará que esto no es problemático si no se entiende a la estructura de dominación como una estructura que ejerce un determinismo funcionalista sobre las relaciones de poder y, en vez de eso, se entiende como una estructura

compleja, multijerárquica. Así, en tercer lugar, se propondrá una conceptualización de la estructura de dominación capitalista como una estructura compuesta de diferentes jerarquías, que están envueltas en relaciones de poder complejas entre sí, y en relaciones de poder con las clases y grupos subordinados que no tienen resoluciones completamente satisfactorias para las clases y grupos dominantes y que, por tanto, no ejercen un dominio determinista de los espacios sociales. Con esto, en cuarto lugar, esta sección busca posibilitar el uso de la conceptualización granciana de hegemonía para caracterizar una estructura de dominación –multijerárquica– que permite situar las múltiples relaciones de poder-saber que conceptualiza Foucault y que fueron descritas en la sección anterior.

En primer lugar, revisaré algunas ambigüedades teóricas que el propio Foucault señala que enfrenta su perspectiva de análisis, al tratar el tema del poder y abordar su dimensión “centralizada”, en tanto dominación general, y su dimensión “dispersa”, en tanto multiplicidad de relaciones de poder. Luego revisaré el lugar que la lógica de dominación general tiene en análisis concretos del poder realizados por Foucault, particularmente en su trabajo sobre el sistema judicial-penal realizado en *Vigilar y Castigar* y comentado en otros artículos y entrevistas. Finalmente, a partir de los anteriores elementos, plantearé una perspectiva para situar las múltiples relaciones de poder en el marco de una estructura de dominación “multijerárquica”, discutiendo brevemente la propuesta de Castro-Gómez (2007) sobre incorporar una lógica “heterárquica” en los análisis del sistema-mundo capitalista y de la relación modernidad/colonialidad.

En la entrevista publicada bajo el título *El juego de Michel Foucault*, Foucault aborda el problema de la tensión teórica que la conceptualización del poder implica al hacer referencia, por una parte, a una dominación “central”, general, que se extiende de “arriba abajo”, que irradia desde un centro a los márgenes, y por otra parte, a un poder “reticular”, que está presente en todos los lugares, en todas las relaciones, que se plasma en una multiplicidad de relaciones de poder dispersas por todo el sistema social. Además, y en relación directa con el problema anterior, aborda un segundo problema teórico, la posibilidad de identificar sujetos que ejercen una dominación general, que detentan un poder (de “arriba abajo”), que diseñan y desarrollan estrategias en función del ejercicio de su dominación, y en particular el papel que tendría “la burguesía” (la clase capitalista) en este contexto. Por su parte, en

Defender la Sociedad, particularmente en la Clase del 14 de Enero, Foucault plantea algunos principios metodológicos que explicitan su perspectiva analítica y que clarifican su postura teórica en relación a las dos problemáticas anteriores. Utilizaré estos dos textos para abordar este tema.

En relación al primer punto, Foucault (1991b) plantea que ambas lógicas –la del poder central y la de las relaciones de poder dispersas– están presentes en torno a la cuestión del poder, y que su articulación conceptual es problemática, de hecho señala que sus planteamientos atraviesan ciertas oscuridades y puntos que no puede resolver. Foucault plantea que en ciertas circunstancias históricas se pueden encontrar casos en los cuales un poder central directamente establece medidas que se irradian hacia todos los ámbitos donde alcanza su influencia. Habría sido el caso del Concilio de Trento (Foucault 1991b), donde la jerarquía de la iglesia católica estableció procedimientos para el control de la sexualidad que debían ser implementados por todos los estamentos de la iglesia. Sin embargo, Foucault (1991b) plantea que para que operen estos poderes de “arriba abajo” se requiere de “una capilaridad”, es decir, la trasmisión de unas relaciones de poder desde un centro se hace a través de una multiplicidad de relaciones de poder capilares, situadas a niveles micro, que a su vez producen nuevos efectos y movimientos de retorno hacia el poder central.¹¹³ Así, Foucault (1991b) plantea que las relaciones de dominación dependen de micro relaciones de poder que en alguna medida responden a la lógica central de la dominación pero también mantienen sus propias dinámicas, y generan efectos sobre el poder dominante. A partir de esto Foucault plantea una conceptualización general de las relaciones de poder, según la cual el poder actúa como un conjunto abierto y relativamente coordinado de relaciones. Sin embargo, al plantear su propuesta de análisis, Foucault quita el foco del centro o sitio del que emana el poder (de la dominación) y lo sitúa en las relaciones de poder plurales. Esta elección metodológica la realiza ya que plantea que poner el foco analítico en la dominación central puede truncar el análisis de las relaciones de poder, por ello, propone focalizar el análisis directamente en las

¹¹³ Foucault señala: “...he empleado esta metáfora del punto que, poco a poco irradia... Pero era un caso muy preciso: el de la Iglesia después del Concilio de Trento. De un modo general, pienso que más bien hace falta ver cómo las grandes estrategias de poder se incrustan, encuentran sus condiciones de ejercicio en las micro-relaciones de poder. Pero también hay siempre movimientos de retorno, que hacen que las estrategias que coordinan las relaciones de poder produzcan efectos nuevos, y avancen en dominios que, hasta el presente, no estaban implicados” (1991b, 133).

relaciones de poder (1991b, 132-3): “...la idea de que hay en un sitio determinado, o emanando de un punto determinado, algo que sea un poder, me parece que reposa sobre un análisis trucado, y que, en todo caso, no da cuenta de un número considerable de fenómenos [...] Si tratamos de edificar una teoría del poder, nos veremos siempre obligados a considerarlo como surgiendo de un punto y en un momento dado, del que deberá hacer la génesis y luego la deducción. Pero si el poder es en realidad un conjunto abierto, más o menos coordinado (y sin duda tirando a mal coordinado) de relaciones, en ese caso, el único problema consiste en procurarse una red de análisis, que permita una analítica de las relaciones de poder”.

El fundamento de esta opción analítica está en cómo Foucault entiende que opera el poder y el mecanismo de dominación general. En la operatoria concreta del poder no sería el poder central, el que domina, el que se despliega hacia abajo definiendo los diferentes ámbitos en los que se producen las múltiples relaciones de poder, especificándose de manera cada vez más detallada al descender en los espacios particulares –casos como los del Concilio de Trento serían excepcionales (Foucault 1991b)–. Lo que plantea Foucault (2001) es que los mecanismos particulares, “infinitesimales”, de poder, que tienen sus propias lógicas e historias, son tomados, aprovechados, transformados, por poderes mayores, por la dominación global. La siguiente cita es ilustrativa: “...lo importante es no hacer una especie de deducción del poder que parta del centro y trate de ver hasta dónde se prolonga por abajo, en qué medida se reproduce, se extiende hasta los elementos más atomistas de la sociedad. Al contrario, creo que hay que hacer... ...un análisis ascendente del poder, vale decir, partir de los mecanismos infinitesimales, que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica, y ver después cómo esos mecanismos de poder, que tienen por lo tanto su solidez y, en cierto modo, su tecnología propias, fueron y son aún investidos, colonizados, utilizados, modificados, transformados, desplazados, extendidos, etcétera, por unos mecanismos cada vez más generales y unas formas de dominación global. No es ésta la que se pluraliza y repercute hasta abajo. Creo que hay que analizar la manera en que, en los niveles más bajos, actúan los fenómenos, las técnicas, los procedimientos de poder; mostrar cómo se desplazan esos procedimientos, desde luego, cómo se extienden y se modifican, pero, sobre todo, cómo son investidos, anexados por fenómenos globales, y cómo unos

poderes más generales o unas ganancias económicas pueden deslizarse en el juego de esas tecnologías de poder, a la vez relativamente autónomas e infinitesimales” (Foucault 2001, 39). De esta manera, si bien es claro que Foucault concibe una estrecha relación entre la multiplicidad de relaciones de poder y la dominación general, su problemática se sitúa en las relaciones de poder concretas, en las intervenciones concretas sobre los sujetos. Esto porque las amplias estrategias de conjunto que se pueden deducir desde la dominación no permiten comprender el modo como funciona, como opera concretamente el poder, y como los sujetos son constituidos desde él.¹¹⁴

En relación al segundo problema teórico planteado –la posibilidad de identificar sujetos que ejercen el poder “desde arriba”, que ejercen una dominación general y desarrollan estrategias en función de su dominación–, Foucault (1991b) plantea que, más allá de la coherencia que se puede encontrar en los efectos generales de las múltiples relaciones de poder, no se puede encontrar un sujeto que conciba e impulse la estrategia general, un sujeto que esté detrás de ella llevándola a cabo.¹¹⁵ Las múltiples relaciones de poder son entendidas como dinámicas que siguen sus lógicas puntuales o locales en el marco de una coherencia global, sin embargo, esa coherencia no proviene de un sujeto centralizado que coordine las relaciones de poder, más bien surgiría del uso estratégico de las consecuencias de relaciones de poder múltiples por parte de los grupos y clases dominantes. Este planteamiento sitúa a Foucault frente al problema de cómo entender el papel de la burguesía como clase dominante, lo que reconoce como uno de los puntos oscuros de sus planteamientos (Foucault 1991b). Foucault no le asigna un carácter de sujeto a la clase burguesa, o al menos no considera que sea necesario para analizar las relaciones de poder de las que es partícipe: “...el “poder burgués” pudo elaborar grandes estrategias, sin que por ello sea necesario suponerle un sujeto” (1991b, 141).

¹¹⁴ Foucault señala: “...no se trata de analizar las formas regladas y legítimas del poder en su centro, en lo que pueden ser sus mecanismos generales o sus efectos de conjunto. Al contrario, se trata de captar el poder en sus extremos, en sus últimos lineamientos, donde se vuelve capilar; es decir: tomar el poder en sus formas y sus instituciones más regionales, más locales, sobre todo donde... ..se inviste de unas instituciones, cobra cuerpo en unas técnicas y se da instrumentos materiales de intervención...” (Foucault 2001, 36).

¹¹⁵ Foucault da el siguiente ejemplo: “A partir de los años 1825-1830, vemos aparecer localmente, y de un modo que es en efecto locuaz, unas estrategias bien definidas para fijar a los obreros de las primeras industrias pesadas en el lugar mismo en que trabajan. Se trataba de evitar la movilidad del empleo... Poco a poco se forma en torno a todo un discurso, que es el de la filantropía, el discurso de la moralización de la clase obrera... ..nos encontramos así con toda suerte de mecanismos de apoyo (sindicatos de patronos, cámaras de comercio, etc...), que inventan, modifican, reajustan, según las circunstancias del momento y del lugar: a pesar de que se obtiene una estrategia global, coherente, racional, no se puede decir ya quien la concibió” (1991b, 136).

Así, aunque se pueden identificar grandes estrategias impulsadas por la burguesía, Foucault rechaza la posibilidad de concebirla como una unidad estratégica, como un sujeto.¹¹⁶

Por estos motivos, Foucault (2001) plantea la necesidad de enfocarse en las relaciones de poder puntuales, locales, porque desde la visión de la dominación general de una clase se perderían las lógicas de funcionamiento de las operaciones concretas del poder, ya que cualquier situación dada de las relaciones de poder puede deducirse desde el fenómeno general de la dominación burguesa. Por ejemplo, señala (2001) que la represión de la sexualidad puede entenderse desde la dominación burguesa por la necesidad de focalizar las fuerzas vitales en el entrenamiento para el trabajo, sin embargo, desde la dominación burguesa también se podría concebir lo contrario, la necesidad de estimular la sexualidad para ampliar la fuerza de trabajo. Así, el interés de la burguesía no tendría un contenido particular en relación a este tipo de problemas, lo que le interesa no serían los contenidos concretos de las relaciones de poder, sino su uso, el control del sistema general de poder, el poder en sí mismo. Por esto, Foucault posiciona como objeto de estudio los mecanismos concretos de poder, para posteriormente buscar entender como ellos son usados, cómo han sido reconducidos por las lógicas de dominación generales, cómo la burguesía ha sacado provecho de ellos para su dominación.¹¹⁷

En los planteamientos anteriores se puede vislumbrar a qué perspectivas Foucault se opone, lo que es relevante para comprender su postura. Foucault (2001) critica el economicismo que, según él, comparten las teorías del poder liberal (contractualista) y marxista, pero sin duda

¹¹⁶ Este rechazo es claro en la siguiente cita: “Se puede decir pues que la estrategia de moralización de la clase obrera es la de la burguesía. Incluso se puede decir que lo que permite a la clase burguesa ser la clase burguesa y ejercer su dominación es la estrategia. Pero creo que no se puede decir que la clase burguesa, en el nivel de su ideología o de su proyecto económico, como si se tratara de una especie de sujeto a la vez real y ficticio, fue la que inventó e impuso por la fuerza esta estrategia a la clase obrera [...] La moralización de la clase obrera, una vez más, ni Guizot en sus legislaciones, ni Dupin en sus libros son quienes la impusieron. Tampoco fueron los sindicatos de patronos. Y, sin embargo, se ha hecho, porque respondía al objetivo urgente de dominar una mano de obra flotante y vagabunda. El objetivo existía, pues, y la estrategia se ha desarrollado, con una coherencia cada vez mayor, pero sin que sea preciso suponerle un sujeto detentador de la Ley...” (1991b, 137-8).

¹¹⁷ La siguiente cita explicita este punto: “...del fenómeno general de la dominación de la clase burguesa puede deducirse cualquier cosa. Creo que lo que hay que hacer es lo inverso, es decir, ver históricamente cómo, a partir de abajo, los mecanismos de control pudieron actuar... cómo, en el nivel efectivo de la familia, del entorno inmediato, de las células, o en los niveles más bajos de la sociedad, esos fenómenos de represión o exclusión tuvieron sus instrumentos, su lógica, y respondieron a cierta cantidad de necesidades; mostrar cuáles fueron sus agentes, y no buscarlos en absoluto por el lado de la burguesía en general, sino por el de los agentes reales... y cómo esos mecanismos de poder, en un momento dado, en una coyuntura precisa y mediante una serie de transformaciones, comenzaron a volverse económicamente rentables y políticamente útiles [siendo colonizados e incorporados a mecanismos globales]” (Foucault 2001, 40-41).

su principal discusión es con el marxismo. Foucault plantea que en la concepción marxista el poder tendría una funcionalidad económica, ya que juega un papel en la mantención de las relaciones de producción y en las relaciones de dominación entre clases, particularmente en la represión de la clase trabajadora. Foucault rechaza esta perspectiva, por el contrario, propone entender al poder en términos de las propias relaciones entre fuerzas: "...el poder no es, en primer término, mantenimiento y prórroga de las relaciones económicas, sino, primariamente, una relación de fuerza en sí mismo" (2001, 28). Así, Foucault busca liberar el análisis de las relaciones de poder de teorías generales que las supeditan a determinadas tendencias históricas y a orientaciones funcionales que trascienden la propia lógica de las relaciones de poder. Estos antecedentes son importantes para comprender a qué tipo de visión se opone Foucault cuando rechaza, desde un punto de vista metodológico y político, la subordinación del estudio de las relaciones de poder a una estructura de dominación general,¹¹⁸ aunque no lo especifica y se refiere al marxismo en general, es la visión de la interpretación economicista y estructuralista del marxismo postulada por el Partido Comunista Francés y sus intelectuales, según la cual las relaciones de poder tendrían una orientación funcional para mantener o reafirmar la dominación capitalista en los diversos espacios sociales.¹¹⁹

Vigilar y Castigar puede usarse para analizar cómo se concretizan estos planteamientos en una investigación concreta. En este libro Foucault busca comprender el cambio en la justicia penal que se produce en Europa y Estados Unidos entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX a partir del caso francés, es decir, en el centro y las semiperiferias del sistema-

¹¹⁸ En cuanto al aspecto político, en una conversación entre Foucault y Deleuze, el segundo muestra el alejamiento de los autores con la pretensión del marxismo, y de los partidos comunistas, en convertirse en vanguardia representante de los trabajadores: "Para nosotros el intelectual teórico ha dejado de ser un sujeto, una conciencia representante o representativa. Los que actúan y los que luchan han dejado de ser representados ya sea por un partido, ya sea por un sindicato que se arrogaría a su vez el derecho de ser su conciencia. ¿Quién habla y quién actúa? Es siempre una multiplicidad, incluso en la persona, quien habla o quien actúa. Somos todos grupúsculos. No existe ya la representación..." (Deleuze y Foucault 1992, 78).

¹¹⁹ Hay que tener presente que Foucault fue integrante del Partido Comunista Francés y discípulo de Louis Althusser. Sin embargo, tempranamente se desilusiona de las prácticas del partido y se distancia de los postulados de Althusser y del estructuralismo en general. Sin embargo, cabe señalar que Foucault no realiza un análisis crítico sistemático del marxismo en general, que tiende a identificar al marxismo con su versión más estructuralista, economicista, positivista y apegada a las ortodoxias de los partidos comunistas. En este marco me llama la atención la falta de referencia de Foucault a Gramsci (por ejemplo, Castro 2004 no menciona ninguna en su sistematización de la obra completa de Foucault), intelectual que plantea elementos que probablemente podrían haber sido empleados por Foucault en la elaboración de sus perspectivas y que, sin duda, matiza la perspectiva del marxismo en la que centra su crítica.

mundo de aquel entonces. La desaparición definitiva de los suplicios en la práctica penal hacia mediados del siglo XIX, es la culminación de una cadena de medidas tendientes a suprimir los castigos corporales y el espectáculo público que se montaba para ejecutarlos, proceso que comienza en el siglo XVIII, una época marcada en Europa, y particularmente en Francia, por revueltas y revoluciones (Foucault 1996). Al explicitar la perspectiva con la que aborda su investigación, Foucault señala “cuatro reglas [metodológicas] generales” que sigue su estudio, entre las cuales la segunda es la más relevante para el propósito de esta sección: “Analizar los métodos punitivos no como simples consecuencias de reglas de derecho o como indicadores de estructuras sociales, sino como técnicas específicas del campo más general de los demás procedimientos de poder. Adoptar en cuanto a los castigos la perspectiva de la táctica política” (Foucault 1996, 30). Esta regla plantea el énfasis en las relaciones de poder concretas –en las “técnicas específicas”, en la “táctica política”– y a alejarse de las estructuras de dominación (“no como... .. indicadores de estructuras sociales”).

A pesar del planteamiento metodológico inicial, Foucault (1996) da cuenta de diferentes cambios estructurales que se habrían hecho crecientemente evidentes durante el siglo XVIII, en los cuales se contextualizan las modificaciones al régimen jurídico-penal. Particularmente hace referencia al aumento de la población y la riqueza: “[La transformación en el sistema jurídico] no puede separarse de muchos procesos subyacentes; y en primer lugar, como lo nota P. Chaunu, de una modificación en el juego de presiones económicas, de una elevación general del nivel de vida, de un fuerte crecimiento demográfico, de una multiplicación de las riquezas y de las propiedades y de la “necesidad de seguridad que es una de sus consecuencias”” (Foucault 1996, 80).¹²⁰ Así, el aumento de riqueza y población potencia una situación de conflicto que establece condiciones para el cambio de régimen jurídico-penal. El aumento de la población implicó una presión demográfica sobre los recursos, un aumento de poblaciones pobres que buscaban estrategias para sobrevivir apelando a antiguos derechos adquiridos que lindaban en los ilegalismos, como aprovechamiento de tierras comunes, reventa de las sobras que quedaban en los puertos o el contrabando. Con ello ejercían presión

¹²⁰ Foucault cita a Pierre Chaunu, “Annales de Normandie” 1971, página 56.

sobre la riqueza acumulada y la propiedad privada, particularmente en el ámbito rural.¹²¹ Por su parte, el aumento de la riqueza, la creciente extensión de las propiedades, la expansión de la agricultura intensiva capitalista, provocaba que el problema de la defensa de la propiedad adquiriera nuevas dimensiones frente a una población, creciente, que a su vez perdía recursos por la propia expansión de la propiedad privada (cercados, fin de pastizales comunitarios, fin del usufructo de bosques, etc.). Esto hace que surja una nueva intolerancia respecto a los ilegalismos que bajo el antiguo régimen eran tácitamente aceptados. De ahí que se comience a proponer una nueva política respecto a ellos, una política de creciente restricción y de extendida represión, que se dirigía a definir –jurídicamente– como definitivamente ilegales actos que hasta el momento quedaban en una cierta ambigüedad jurídica, y que eran tolerados por la tradición (esto se contextualiza en la expansión capitalista del siglo XVIII previa a la Revolución Francesa, véase sección 2.3.2.).

La extensión de la propiedad, particularmente la rural, generó la necesidad del ejercicio de una vigilancia continua y crecientemente extensa en todo el territorio, se requirieron métodos de vigilancia más intensos y extensos, continuos en el tiempo. Para que la vigilancia continua fuera eficaz, requería de un sistema penal que asegurara castigos, que los hiciera ineludibles. El sistema fundamentado en sanciones extremadamente severas, que sirvieran de ejemplo público del castigo que eventualmente podía generar un acto –los tormentos y ejecuciones públicas–, fue cuestionado por su ineficacia, por dejar lagunas, y se comenzó a requerir un sistema que asegurara castigos para todos los ilícitos, castigos que por tanto no podían ser de una severidad desproporcionada.¹²² Así, estas necesidades y demandas de las clases

¹²¹ Foucault caracteriza de la siguiente manera el problema generado por la expansión capitalista: “Nada tan característico a este respecto como el problema de la delincuencia campesina a fines del siglo XVIII y sobre todo a partir de la Revolución. El paso a una agricultura intensiva ejerce una presión cada vez más apremiante sobre los derechos de uso, sobre las tolerancias, sobre los pequeños ilegalismos admitidos. ... la propiedad territorial se ha convertido en una propiedad absoluta: todas las tolerancias que el campesinado había conseguido o conservado (abandono de viejas obligaciones o consolidación de prácticas irregulares: derecho de pasto en común, aprovechamiento de leña, etc.) son ahora negadas y perseguidas por los nuevos propietarios, que las estiman infracciones puras y simples (provocando con esto, entre la población, una serie de reacciones en cadena, cada vez más ilegales o si se quiere cada vez más criminales: rotura de cercados, robo o matanza de ganado, incendios, violencias, asesinatos)”. (1996, 89) Y más adelante: “Y si este ilegalismo lo soporta mal la burguesía en la propiedad territorial, se vuelve intolerable en la propiedad comercial e industrial: el desarrollo de los puertos, la aparición de los grandes depósitos donde se acumulan las mercancías, la organización de talleres de grandes dimensiones (con una masa considerable de materias primas, de herramientas, de objetos fabricados, que pertenecen al empresario, y que son difíciles de vigilar), hacen necesaria también una represión rigurosa del ilegalismo [...] El fenómeno es evidentemente muy sensible allí donde el desarrollo económico es más intenso” (1996, 89-90).

¹²² Foucault señala (1996, 82-83): “Lo que atacan [los reformadores] en la justicia tradicional... ...es indudablemente el exceso de los castigos; pero un exceso que va unido a una irregularidad más todavía que a un abuso del poder de castigar

dominantes, de los capitalistas, por reformar el sistema legal-penal, surgen como parte de la profundización del desarrollo capitalista de los siglos XVIII y XIX, y el éxito de la reforma es un reflejo de la influencia de los capitalistas sobre el estado.

Así, Foucault muestra las condicionantes estructurales del cambio, el crecimiento en las riquezas, el crecimiento demográfico, la profundización y extensión del desarrollo capitalista, particularmente de la explotación capitalista rural, una creciente población que quedaba sin acceso a los recursos con los que tradicionalmente contaba y que por ello necesita acudir a los ilegalismos, una época de revueltas frecuentes y la creciente necesidad de vigilancia de las propiedades. En el estudio de Foucault también se aprecia cómo estas condiciones estructurales que generaban la profundización del régimen capitalista, eran las que imponían a una voluntad de poder –la de la clase dominante– una situación en la que tenía que impulsar medidas radicales e introducir reformas para adaptar el sistema legal-penal a sus necesidades. El estudio muestra como la burguesía encabeza y dirige las reformas, le impone sus necesidades y las conduce en función de ellas. De esta manera, en *Vigilar y Castigar* se aprecia claramente la relevancia de los cambios económicos estructurales (incremento de riquezas y de población, expansión del desarrollo capitalista) sobre el cambio en el sistema jurídico-penal, y la influencia determinante de la clase capitalista, en las características y sentido que adquiere este sistema. Esto es aún más claro cuando Foucault, en una serie de entrevistas y artículos, aborda el uso que la clase capitalista hace del sistema penitenciario para introducir escisiones entre las clases populares. Foucault (1992d) plantea que desde el siglo XVIII, y particularmente luego de la Revolución Francesa, la burguesía enfrentaba el peligro de la insurrección popular, el pueblo en la calle asaltando el poder. La plebe no proletarizada, es decir, aquellos elementos que no podían ser parte del proletariado por falta de trabajo, y particularmente aquellos que se negaban a serlo (vagabundos, quienes

[...] La justicia penal es irregular ante todo por la multiplicidad de las instancias encargadas de su cumplimiento, pero que no constituyen una pirámide única y continua [...] Estas instancias múltiples, a causa de su misma plétora, se neutralizan y son incapaces de cubrir el cuerpo social en toda su extensión. Su imbricación hace que la justicia penal esté, paradójicamente, llena de lagunas [...] Más que debilidad o crueldad, de lo que se trata en la crítica del reformador es de una mala economía del poder”. Y más adelante plantea: “...la “reforma” propiamente dicha... ...es la prolongación política o filosófica de esta estrategia, con sus objetivos primeros: hacer del castigo y de la represión de los ilegalismos una función regular, coextensiva a la sociedad; no castigar menos, sino castigar mejor; castigar con una severidad atenuada quizá, pero para castigar con más universalidad y necesidad; introducir el poder de castigar más profundamente en el cuerpo social” (1996, 86).

tenían problemas con la ley, quienes directamente se dedicaban al robo, salteadores de caminos, etc.), eran percibidos como los elementos más peligrosos y dispuestos a iniciar y encabezar las insurrecciones populares. Por ello Foucault (1992d) plantea que la burguesía buscó procedimientos para separar a la plebe no proletarizada de los proletarios, y en el marco de esta estrategia se empleó el sistema penitenciario.¹²³ Así, Foucault destaca el papel central de la burguesía y el uso estratégico que esta realiza del aparato penitenciario, particularmente del fracaso en el proyecto original de rehabilitar a los delincuentes, ya que es este fracaso el que le permite constituir a los delincuentes en una clase particular, con un cierre frente al resto de la clase popular, se crea así el hampa.

Lo central a destacar aquí es que el sistema penitenciario es posicionado por Foucault como parte de un proyecto estratégico –con múltiples otras piezas como las campañas de moralización o la literatura policíaca (Foucault 1992a)– llevado a cabo por la clase capitalista, que tiene relación con la lucha anti sediciosa que era central para su dominación en una época de frecuentes rebeliones. Para este proyecto era central establecer una distancia, que no existía con anterioridad, entre proletariado, la plebe no proletaria y el hampa, haciendo que los proletarios aceptaran como propia la moral burguesa y consideraran al hampa como algo inmoral, que constituye una amenaza para el conjunto de la sociedad. A partir de esta distancia, el proletariado no sólo acepta la moral burguesa sino que también la vigilancia policíaca, la extensión del sistema penitenciario, etcétera. Además, la burguesía pudo usar a parte de la plebe no proletarizada como elementos del aparato de represión del propio proletariado.¹²⁴ De esta manera, al igual que la reforma general del sistema judicial-penal, la

¹²³ Foucault señala que al sistema penal se le asignan tres papeles “Por una parte es un factor de “proletarización”: tiene por función obligar al pueblo a aceptar su estatuto de proletario y las condiciones de explotación del proletariado. ...todas las leyes contra los mendigos, los vagabundos y los ociosos, todos los órganos de policía destinados a darles caza, los obligaban —y en esto está su papel— a aceptar, allí donde estuviesen, las condiciones que se les propusieran, las cuales eran terriblemente malas [...] Por otra parte, este sistema penal se dirigía, de forma privilegiada, a los elementos más nómadas, a los más inquietos, a los “violentos” de la plebe; a aquellos que eran los más dispuestos para pasar a la acción inmediata y armada [...] Se trataba de gentes “peligrosas” que era preciso poner aparte (en prisión, en el Hospital General, en las galeras, en las colonias) para que no pudiesen servir de punta de lanza en los movimientos de resistencia popular [...] Tercer papel del sistema penal: hacer aparecer a los ojos del proletariado, la plebe no proletarizada como algo marginal, peligroso, inmoral, amenazante para toda la sociedad, la hez del pueblo, el desecho, el “hampa”; se trata para la burguesía de imponer al proletariado... ..determinadas categorías de la moral llamada “universal” que servirán de barrera ideológica entre éste y la plebe no proletarizada” (1992d, 57-58).

¹²⁴ En relación a la separación entre proletarios y plebe no proletarizada, Foucault señala: “...la separación que el sistema penal opera y mantiene entre el proletariado y la plebe no proletarizada, todo el juego de presiones que ejerce sobre ésta, permite a la burguesía utilizar alguno de estos elementos plebeyos contra el proletariado; emplea a estos elementos como soldados, policías, traficantes, matones y los utiliza para la vigilancia y la represión del proletariado...” (1992d, 58).

reorientación del sistema penitenciario ante sus propios fracasos –la inicial pretensión de reformar a los criminales no se cumple desde un principio– es vinculada por Foucault con el régimen de dominación general liderado por la burguesía.¹²⁵

Antes de reconsiderar los planteamientos teóricos y metodológicos de Foucault sobre la relación entre la estructura de dominación y las relaciones de poder a partir de su análisis del cambio del sistema legal-penal, voy a revisar los planteamientos de Castro-Gómez (2007), autor que, desde la Perspectiva Decolonial busca utilizar las herramientas analíticas foucaultianas para el análisis de las relaciones de poder en el sistema-mundo capitalista.

Castro-Gómez (2007) postula que los planteamientos de Foucault son de utilidad para corregir la visión jerárquica y estructuralista que la Perspectiva del Sistema-Mundo tendría de las relaciones de poder, que supeditaría de manera determinista a las relaciones de poder locales a la lógica de la dominación capitalista situada en el ámbito del sistema-mundo,¹²⁶ lo que incidiría en el estudio de los vínculos entre modernidad y colonialidad –problemática central de la Perspectiva Decolonial– al conceptualizar al “poder colonial” como una estructura mundial cuya lógica macro se reproduce en los diversos ámbitos sociales. Castro-Gómez (2007, 155) indica que “...la dificultad de esa representación jerárquica recae en su incapacidad de pensar la independencia relativa de lo local frente a los imperativos del

¹²⁵ Foucault señala: “El fracaso ha sido inmediato, y registrado casi al mismo tiempo que el proyecto mismo. Desde 1820 se constata que la prisión, lejos de transformar a los criminales en gente honrada, no sirve más que para fabricar nuevos criminales o para hundirlos todavía más en la criminalidad. Entonces, como siempre, en el mecanismo del poder ha existido una utilización estratégica de lo que era un inconveniente. La prisión fabrica delincuentes, pero los delincuentes a fin de cuentas son útiles en el dominio económico y en el dominio político [...] Lo que temía enormemente la burguesía era esta especie de ilegalismo sonriente y tolerado que se conocía en el siglo XVIII. ...los criminales, al menos algunos de ellos, eran bien tolerados por la población. No existía una clase autónoma de delincuentes [...] Porque la sociedad industrial exige que la riqueza esté directamente en las manos no de quienes la poseen sino de aquellos que permitirán obtener beneficios de ella trabajándola. ¿Cómo proteger esta riqueza? Mediante una moral rigurosa: de ahí proviene esta formidable capa de moralización que ha caído desde arriba sobre las clases populares del siglo XIX. Observad las formidables campañas de cristianización de los obreros de esta época. Ha sido absolutamente necesario constituir al pueblo en sujeto moral, separarlo pues de la delincuencia, separar claramente el grupo de los delincuentes, mostrarlos como peligrosos, no sólo para los ricos sino también para los pobres, mostrarlos cargados de todos los vicios y origen de los más grandes peligros. De aquí el nacimiento de la literatura policiaca y la importancia de periódicos de sucesos, de los relatos horribles de crímenes” (1992a, 90-91).

¹²⁶ Castro-Gómez señala: “...la genealogía foucaultiana puede servir como importante correctivo de algunos postulados teóricos defendidos por el Análisis del sistema-mundo que resultan altamente problemáticos. [Para Wallerstein] la *lógica* del capitalismo se juega por entero en el nivel global del sistema-mundo y todas las demás instancias (el Estado, la familia, la sexualidad, las prácticas de subjetivación, etc.) son tenidas por “momentos” inferiores al servicio de una totalidad mayor. Ninguna de estas instancias goza de una autonomía, ni siquiera relativa, frente a la lógica macro del sistema-mundo. El poder es *una sola red* que funciona con *una sola lógica* en todos sus niveles. La herencia hegeliano-marxista y estructuralista de Wallerstein en este punto es evidente y se convierte en el mayor lastre teórico que arrastra consigo el Análisis del sistema-mundo” (2007, 165).

sistema (sobre todo en aquellos ámbitos que tienen que ver con la reproducción autónoma de la subjetividad)”, y plantea que Foucault desarrolla una teoría heterárquica del poder que puede utilizarse para corregir la visión jerárquica, estructuralista, que puede ser ocupada para analizar el sistema-mundo y la relación entre modernidad y colonialidad.

Este autor señala que aunque Foucault se centra en sus análisis en un nivel microfísico de las relaciones de poder, en sus obras se distinguen tres niveles, el nivel microfísico de tecnologías que producen sujetos, un nivel mesofísico de la gubernamentalidad del estado sobre las poblaciones, y uno macrofísico que refiere a los dispositivos de seguridad supraestatales.¹²⁷ En este marco de relaciones de poder en diferentes niveles, Foucault plantea dos precauciones, por una parte, no considerar el poder como un fenómeno macizo, homogéneo, unidireccional, sino que circula, que es multidireccional y que opera en red. En segundo lugar, que los diferentes niveles de relaciones de poder se interrelacionan pero no mantienen relaciones de causa y efecto, pese a lo cual lo molar y molecular no pueden pensarse con independencia. Castro-Gómez (2007) postula que estos planteamientos de Foucault sirven para establecer una teoría “heterárquica” del poder. Desde la perspectiva jerárquica del poder se considera que las relaciones de poder de los niveles superiores estructuran a las situadas en espacios menores, por lo que los niveles superiores tienen prioridad analítica. En contraste, una perspectiva heterárquica plantea que en la vida social hay diferentes cadenas de poder que están interconectadas pero que funcionan con lógicas diferentes, y señala: “Entre los diferentes regímenes de poder existen disyunciones, inconmensurabilidades y asimetrías, de modo que no es posible hablar aquí de una determinación “en última instancia” por parte de los regímenes más globales [...] Por el contrario, la genealogía parte de los núcleos moleculares, allí donde se configura la percepción, los afectos, la corporalidad, en una palabra: la subjetividad de los actores que son en últimas, quienes *incorporan* las segmentaciones globales [...] En lugar de reflexiones abstractas sobre el funcionamiento de la economía-mundo... ...una teoría heterárquica del poder como la de Foucault privilegia el *análisis etnográfico* tanto del capitalismo como de la colonialidad. Esto no significa en ningún momento desconocer la lógica de los regímenes

¹²⁷ Los textos en los que Castro-Gómez se fundamenta son lecciones que Foucault dio en el Colegio de Francia publicadas en español bajo los títulos *Defender la Sociedad, Seguridad, Territorio y Población*, y *El Nacimiento de la Biopolítica*.

más globales; significa tan sólo reconocer que estos regímenes no funcionan en abstracto sino a través de tecnologías de subjetivación y regularización como son, por ejemplo, la disciplina y la biopolítica, cuya operatividad debe ser investigada empíricamente en los niveles más locales” (2007, 166-167, cursivas del autor). Más adelante señala: “Las heterarquías son estructuras complejas en las cuales no existe un nivel básico que gobierna sobre los demás, sino que todos los niveles ejercen algún grado de influencia mutua en diferentes aspectos particulares y atendiendo a coyunturas históricas específicas. En una heterarquía, la integración de los elementos disfuncionales al sistema jamás es completa, como en la jerarquía, sino únicamente parcial” (2007, 170). Desde esta perspectiva el autor considera adecuado abordar las relaciones de poder contextualizadas en el sistema-mundo capitalista y particularmente aquellas que surgen del vínculo modernidad/colonialidad, objeto de estudio central de la Perspectiva Decolonial. En los tres niveles planteados por Foucault –el microfísico de los disciplinamientos, el mesofísico del gobierno estatal y el macrofísico del orden interestatal– se manifestaría de manera diferente el capitalismo y la colonialidad del poder, los tres niveles se vincularían en red de manera compleja, influyéndose mutuamente, sin una estructura jerárquica donde el nivel superior influya decisivamente en los otros niveles. En este marco de complejidad e influencias recíprocas, Castro-Gómez (2007), siguiendo a Foucault, propone enfocar el análisis en el nivel microfísico, ya que es en él donde el capitalismo y la colonialidad son incorporados por los sujetos.

En la sección 1.2.1. planteé como entiendo, en términos generales, la relación entre una estructura de dominación y las relaciones de poder en el tiempo; una estructura de dominación contiene relaciones de poder, pero algunas de ellas generan tensiones que terminan por producir modificaciones relevantes, produciendo una nueva estructura de dominación. Cabe ahora establecer la perspectiva que se usa en este trabajo sobre la forma de la relación que mantienen las relaciones de poder con la estructura de dominación que las contiene, y especificar como se entiende la estructura de dominación capitalista.

Foucault y Castro-Gómez plantean la “relativa autonomía” (Foucault) o “independencia relativa” (Castro-Gómez) de las relaciones de poder frente a la estructura de dominación, plantean que la multiplicidad infinita de relaciones de poder no pueden deducirse de una

dominación general, y el sentido o “función” de las represiones y del ejercicio del poder sobrepasa la mera necesidad del “modo de producción” capitalista –como podría postularse desde el marxismo estructuralista y economicista del que Foucault se distancia–, por lo que no habría una “determinación en última instancia” de las relaciones de poder por parte de la estructura de dominación. Sin embargo, considero que para abordar el problema de la relación entre la estructura de dominación y las relaciones de poder es necesario concretizar cuan relativa es la autonomía o independencia de las relaciones de poder con respecto a la dominación, o hasta qué punto no se impone “en última instancia” la estructura de dominación. Los estudios de Foucault del sistema judicial-penal, y particularmente el expuesto en una obra de la magnitud de *Vigilar y Castigar*, se pueden usar para iniciar el abordaje de este problema. En mi lectura, la “relativa autonomía” de las relaciones de poder frente a la dominación general es bastante reducida en el caso del cambio de sistema judicial-penal, tal como es analizado por Foucault. Las condiciones estructurales impuestas por la profundización del desarrollo capitalista y los intereses que la clase dominante tenía en ese contexto, son centrales en el estudio de Foucault para comprender las características del nuevo sistema, y para comprender las consecuencias del uso del sistema penitenciario para dividir y controlar al proletariado y la “plebe no proletaria”. En este caso la dominación es central para entender las relaciones de poder que reforman el sistema judicial-penal, que le otorgan nueva forma, que reorientan el sistema según nuevas prioridades, y para entender las relaciones de poder que aloja el nuevo sistema y los efectos que producen –por ejemplo, el hampa como nueva clase social–. Así, en el análisis que Foucault realiza del sistema judicial-penal en *Vigilar y Castigar* y en otros textos, la dominación resulta crucial para comprender los cambios y los nuevos sentidos que adquiere este sistema. Por tanto, en este caso la “relativa autonomía” de las relaciones de poder con respecto a la estructura de dominación y a los intereses de las clases dominantes es bastante reducida.

Para ver el principio analítico que está tras *Vigilar y Castigar*, más allá de la declaración metodológica explícita que ya revisé en la que Foucault (1996, 30) donde plantea que busca evitar analizar los métodos punitivos como expresión de “estructuras sociales”, cabe apelar a la noción de genealogía que plantea Foucault (1992c) en base a los escritos de Nietzsche, texto escrito originalmente en 1971, cuatro años antes de *Vigilar y Castigar*. En este artículo

Foucault plantea que la genealogía se opone a las visiones teleológicas: “[La genealogía se opone] al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y de los indefinidos teleológicos. Se opone a la búsqueda del “origen”” (1992c, 8). El énfasis que propone Foucault está en los sucesos y en su singularidad, en la heterogeneidad de las múltiples procedencias de lo presente, es decir, en la singularidad de las relaciones de poder que emergen, que “irrumpan”, incluso de manera “accidental” y que han constituido lo presente. En términos sociológicos esto implica que un ámbito social cualquiera no es producto del desenvolvimiento progresivo de un “imperativo funcional”, sino de múltiples relaciones de poder en las cuales determinadas fuerzas se han impuesto y con ello imponen un sentido a dicho ámbito, quizá Nietzsche lo plantea con más claridad: “...desde antiguo se había creído que en la finalidad demostrable, en la utilidad de una cosa, de una forma, de una institución, se hallaba también la razón de su génesis... Pero todas las finalidades, todas las utilidades son sólo *indicios* de que una voluntad de poder se ha enseñoreado, de algo menos poderoso y ha impreso en ello, partiendo de sí misma, el sentido de una función...” (1996, 88, énfasis del autor). Sin embargo, también aparece en el artículo de Foucault la cuestión de la dominación: “Situando el presente en el origen, la metafísica obliga a creer en el trabajo oscuro de un destino que buscaría manifestarse desde el primer momento. La genealogía, por su parte, restablece los diversos sistemas de sumisión: no tanto el poder anticipador de un sentido cuanto el juego azaroso de las dominaciones” (1992c, 15); y “La humanidad no progresa lentamente, de combate en combate, hasta una reciprocidad universal en la que las reglas sustituirán para siempre a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas y va así de dominación en dominación” (1992c, 17). Entonces los sucesos singulares, es decir, las relaciones de poder, producen las dominaciones, pero estas dominaciones son a su vez “sistemas de reglas” que contendrán y orientarán el presente, las relaciones de poder presentes, que a su vez pueden modificar la dominación, así, “la humanidad va de dominación en dominación”. Por tanto, quizá forzando los planteamientos que Foucault realiza en este texto, las relaciones de poder singulares se contextualizan en una estructura de dominación que, además de definir sus características, hace que determinados resultados sean (mucho) más probables que otros.

De este modo, en base a *Vigilar y Castigar* y al artículo sobre la genealogía, la perspectiva que se postula en este trabajo es que la “relativa autonomía” o “independencia relativa” de las relaciones de poder con respecto a la estructura de dominación capitalista se reduce significativamente en los ámbitos sociales de interés de la clase capitalista, y particularmente en aquellos considerados por ella como estratégicos, como los vinculados a la gestión económica y a la reproducción de la dominación –por ejemplo, el ámbito judicial-penal analizado por Foucault–. En este tipo de ámbitos los capitalistas se desplegarán, con toda su fuerza, en sus relaciones de poder para estructurarlos de manera de orientar sus “sentidos”, sus “productos”, sus “funciones”, en estrecha relación a sus intereses, visiones normativas y necesidades. Considero que para este tipo de ámbitos el concepto de autonomía no es adecuado, ni aún relativizado. Sin embargo, estos ámbitos tampoco se pueden deducir de manera funcionalista de la estructura de dominación capitalista general o de los imperativos del sistema-mundo, ya que en ellos efectivamente se pueden producir relaciones de poder que eventualmente pueden matizar las prioridades de la dominación capitalista o, excepcionalmente, darles una orientación divergente a ella. Esto particularmente si en estos ámbitos comparecen otros actores, otras clases o grupos con fuerzas significativas, capaces de enfrentarse y, eventualmente, contraponerse a los intereses capitalistas –probablemente el estado es un ámbito, o conjunto de ámbitos, donde este tipo de enfrentamientos se da con mayor frecuencia y energía, entre diferentes clases y grupos que buscan orientarlos en función de sus intereses, además de los intereses de la propia burocracia estatal y de la “cabeza soberana”–¹²⁸. De esta manera, la “determinación en última instancia” no es manifestación de un imperativo funcional sino, como lo plantea Nietzsche (1996), una tendencia histórica dada la superior fuerza de los capitalistas frente a otras fuerzas sociales, fuerza que, precisamente, le permite establecer, mantener, defender y expandir su dominio y ser “determinante en última instancia” de dichos ámbitos sociales y de las relaciones de poder que contienen.

¹²⁸ Wallerstein muestra latamente estas complejidades en análisis históricos concretos de varios casos del centro, la semiperiferia y la periferia (Wallerstein 1998a, 1998b, 2003 y 3011), no en “reflexiones abstractas” como las que alude Castro-Gómez (2007, 167).

En cuanto a las fuerzas sociales a las que se enfrenta la clase capitalista, considero que pueden diferenciarse en dos. Por una parte, existen resistencias, contrapoderes y movimientos sociopolíticos que plantean alternativas al capitalismo. Siempre hubo resistencia al capitalismo y a partir de la Revolución Francesa adquirieron fuerza movimientos sociopolíticos que no sólo resistían sino que planteaban alternativas al capitalismo. Estas fuerzas tienen diversas magnitudes y se sitúan en diversos niveles locales, nacionales e internacionales, y provocan que numerosos ámbitos sociales no estén por completo sumidos en la lógica de la acumulación capitalista y de sus relaciones de dominación. Por ello, se pueden encontrar, como señala Castro-Gómez (2007), “elementos disfuncionales” que sólo parcialmente se integran al sistema, espacios que logran autonomizarse, incluso países enteros que buscan permanecer fuera de la lógica capitalista –lo que muestra la importancia central del estado y el motivo por el cual los capitalistas le presta particular atención–. Además hay clases y grupos subalternos que, aunque relativamente pasivos y sometidos a la dominación general, tienen intereses que defenderán y que, eventualmente, los pueden conducir a formas de resistencia más o menos activas, y en períodos políticamente álgidos, pueden terminar acoplándose a las clases y grupos que establecen un antagonismo directo al capitalismo.

Por otra parte, estimo necesario considerar que, tal como lo plantea Braudel (1994), el capitalismo es una jerarquía entre otras jerarquías (véase sección 1.1.2.). Considerar esto es central para analizar las características que adquieren los ámbitos y dinámicas sociales que no se desprenden de las necesidades de la acumulación capitalista. Foucault planteaba acertadamente que no se podía deducir de la dominación capitalista la represión de la sexualidad, ya que también el estímulo de la sexualidad podría deducirse de la dominación capitalista, para estimular el crecimiento de la población y aumentar la disponibilidad de mano de obra (Foucault 2001).¹²⁹ Sin embargo, no por ello la sexualidad se puede considerar

¹²⁹ Cabe señalar que hasta pasada la segunda mitad del siglo XX la preocupación predominante sobre la población, y sobre su relación con la economía, se centraba en su rápido crecimiento, en la “explosión demográfica”, y la presión que eventualmente podría ejercer sobre los recursos económicos limitados. Esto fue planteado de manera clásica a finales del siglo XVIII por Thomas Malthus en *Ensayo sobre el Principio de la Población*. Por ello, a principios del siglo XIX difícilmente la burguesía podría haber estimulado la sexualidad para aumentar la población, como hipotetiza Foucault (2001). Sólo en las últimas décadas del siglo XX se ha planteado como problema el descenso en la fecundidad y su consecuencia en un crecimiento poblacional que se consideraría bajo, lo que incidiría en la disminución del crecimiento

un espacio donde las relaciones de poder se desarrollan al margen de las estructuras de dominación, ya que es un objeto de interés particular de la jerarquía religiosa. Así, aunque a la jerarquía capitalista le sea indiferente la sexualidad, a la jerarquía religiosa no, y será central para entender la historia de este ámbito social la forma como esta jerarquía ha buscado configurarlo y dirigirlo. En el caso de las relaciones entre jerarquías, Braudel (1994) señala que la jerarquía capitalista utiliza a, o se apoya en, distintas jerarquías, particularmente la estatal pero también otras como la científica, intelectual, religiosa, judicial, militar, etc., a las que buscará influir pero sobre las cuales no tiene un control jerárquico. Por ello, si el control de la sexualidad no representa una prioridad estratégica para los capitalistas, probablemente no se opondrán a la forma como la jerarquía religiosa busque controlarla (aunque numerosos capitalistas sean ateos o mantengan prácticas sexuales que contravienen los principios religiosos), prefiriendo el entendimiento con ella para eventuales apoyos mutuos que les sean estratégicamente útiles en función de su dominación. Así, el capitalismo se contextualiza en un sistema social con múltiples jerarquías, con jerarquías y relaciones de dominación superpuestas, y en este contexto complejo, “multijerárquico”, la clase capitalista, para afirmar su dominación, busca entenderse y apoyarse en las demás, asociarse con ellas, evitando entrar en conflictos a menos que sea indispensable para sus intereses.¹³⁰ Por este motivo, la estructura de dominación capitalista no es una “simple” dominación de la clase capitalista, es una estructura de dominación “compleja”, ya que la jerarquía capitalista se entrelaza con múltiples otras jerarquías y la dominación de la clase capitalista se entrelaza con múltiples otras dominaciones. Por ello, la clase capitalista debe encabezar a múltiples clases y grupos sociales entrelazados que son parte de la dominación general, pero esto es una tarea política, no es una situación dada. En esta propuesta de una dominación compleja y multijerárquica considero posible situar la analítica del poder (Foucault) en el marco de una dominación

económico, situación que en estos momentos efectivamente es planteada con preocupación en los medios económicos dominantes (véase, por ejemplo, *The Economist* 2008).

¹³⁰ En un sentido similar Castro-Gómez plantea que las diferentes lógicas y cadenas de relaciones de poder se “enredan”, se entrelazan: “Si bien los imperativos económicos de la economía-mundo se vinculan en red, se *enredan* con otras cadenas de poder que operan en otros niveles (como por ejemplo las relaciones étnicas, epistémicas, sexuales, espirituales, de género y de clase), estas relaciones no son determinadas por las relaciones de trabajo y tampoco son reducibles las unas a las otras” (2007, 168, cursivas del autor).

hegemónica (Gramsci) sin correr el riesgo de caer en los determinismos funcionalistas (economicistas) que advierte Foucault.

Desde esta perspectiva, cada ámbito social está estructurado y orientado de acuerdo a los intereses materiales y visiones normativas de las clases y grupos que se han impuesto en las relaciones de poder que lo han configurado, reconfigurado y envuelto a lo largo de su historia. Su “genealogía” está compuesta por esas relaciones de poder y por sus resultados, donde estos resultados están “determinados en última instancia” por las fuerzas superiores que logran imponerse. Sin embargo, hay que considerar que estos resultados no son la pura y simple imposición de la fuerza superior. Por una parte, las fuerzas que se imponen pueden representar a un conjunto de fuerzas diferentes, a distintas clases y grupos y, por tanto, su resultado representa la confluencia de varios intereses y visiones y, por otra parte, las fuerzas derrotadas no necesariamente quedan completamente derrotadas, suelen obtener algo, mantener alguna posición, matizar el despliegue de la lógica pura del interés de las clases y grupos que se han impuesto. Todo lo anterior puede eventualmente provocar ciertas contradicciones o incoherencias en los ámbitos sociales, y puede mantener tensiones irresueltas, que podrán dar pie a nuevos intentos de alguna de las fuerzas en pugna por reestructurar dicho ámbito. El desarrollo del capitalismo está marcado por este tipo de relaciones de poder, que en muchas ocasiones no se resuelven a entera satisfacción de la clase capitalista pero que, en la larga duración histórica, han posibilitado su expansión y profundización.¹³¹

De esta manera, la relativa autonomía o independencia de las relaciones de poder y de los ámbitos sociales que las alojan son logros de fuerzas sociales que resisten o que se plantean como contrapoderes al capitalismo y a la lógica estructural de la dominación capitalista, o se produce porque en ellos imperan otras jerarquías sociales, y otras lógicas de dominación estructural. Por contrapartida, la “determinación en última instancia” se da en aquellos espacios que son de interés central para el desarrollo capitalista, y en los que la burguesía

¹³¹ En la sección 2.3.2. me detendré con cierta profundidad en la Revolución Francesa. En ella, si bien terminan por imponerse los capitalistas, las fuerzas populares a través de sus múltiples rebeliones logran imponer ciertas demandas que finalmente se traducirán en un enlentecimiento de la profundización del capitalismo en Francia y en una mejor posición relativa de las clases medias y populares, especialmente las rurales, en el capitalismo francés. Así, un triunfo de las fuerzas capitalistas no necesariamente se traduce en una imposición completa de sus aspiraciones iniciales sino en un “compromiso” con las clases derrotadas.

efectivamente ha logrado imponerse sobre otras fuerzas –sobre otras jerarquías y sobre las resistencias–, por lo que la “determinación” no es producto de un principio funcionalista, sino un logro de la dominación capitalista conseguido por el continuo despliegue estratégico de su fuerza. De esta manera, ni la relativa autonomía o independencia de los ámbitos sociales y sus relaciones de poder con respecto a la dominación capitalista, ni la determinación en última instancia pueden desecharse en términos puramente teóricos, ambos principios operan simultáneamente, pero en diferentes ámbitos sociales, en un sistema-mundo capitalista complejo, multijerárquico y en el que existen resistencias a la dominación.

En la siguiente sección utilizaré los planteamientos de Gramsci para establecer las características centrales de una estructura de dominación hegemónica en la que se puede incorporar la analítica de las relaciones de poder de Foucault.

1.2.4. Gramsci: la dominación hegemónica.

Para el argumento que se busca desarrollar en este trabajo el concepto de hegemonía es central, no sólo porque permite conceptualizar la lógica de dominación que se postula que actualmente articula las relaciones de poder del sistema-mundo capitalista contemporáneo, además, porque a través de las reflexiones que Gramsci realiza sobre el estado y la sociedad civil en el contexto de la producción de hegemonía, se puede especificar el uso que se le dará, en el nivel global del sistema-mundo, al concepto de estado. Por esto es fundamental detenerse en este concepto y acudir a los escritos de Gramsci. Al igual como lo advertí al abordar la obra de Foucault, en las siguientes páginas no busco plantear una “perspectiva gramsciana” sino usar los conceptos de Gramsci como una “caja de herramientas” para la específica problemática que he planteado. Además, si es pretencioso pretender plantear una “correcta” perspectiva foucaultiana, dadas las continuas reproblematicaciones que Foucault realizó de su objeto de estudio en múltiples artículos, entrevistas y ponencias editadas y reeditadas con diferentes órdenes y lógicas, esto es aún más problemático con la obra de Gramsci, escrita fundamentalmente en sus *Cuadernos de la Cárcel* como apuntes que el propio Gramsci describió como una “primera aproximación” a sus problemas de estudio.¹³²

¹³² Esto lo enfatiza Gerrata (1981), editor de los *Cuadernos de la Cárcel*, en el Prefacio de esta obra.

Por esto, a continuación desarrollaré una interpretación de los planteamientos de Gramsci específicamente desde la problemática de este trabajo y desde las tesis a partir de las cuales entiendo la estructura de dominación mundial del capitalismo contemporáneo.

El concepto de hegemonía surge en el marco de los debates sobre estrategia política entre intelectuales vinculados a partidos revolucionarios, por tanto, es un concepto que se refiere directamente a formas de dominación y de relaciones de poder. Anderson (1991) muestra que el concepto de hegemonía venía siendo empleado en los debates de la socialdemocracia rusa desde la década de 1880, para hacer referencia al liderazgo que la clase obrera debía ejercer sobre otras clases, como los campesinos, con el objetivo de impulsar la revolución, para lo cual debía realizar una lucha política y no sólo una lucha económica.¹³³ Luego de la revolución rusa de 1905, Anderson (1991) señala que el concepto fue usado por Lenin en sus debates contra los mencheviques, a los cuales acusaba de abandonar la búsqueda de la hegemonía política para enfocar a la socialdemocracia en constituir un partido de clase enfocado en los intereses “corporativos” del proletariado. Por el contrario, Lenin consideraba que un partido y una clase revolucionaria debía mantener la idea de la hegemonía en el centro de su acción política: “Las tareas del proletariado que se desprenden de esta situación [el fracaso de las tareas democrático-burguesas y la inevitabilidad de una crisis revolucionaria] están completa e inequívocamente definidas. Como única clase consistentemente revolucionaria de la sociedad contemporánea, debe ser la dirigente en la lucha de todo el pueblo por una revolución totalmente democrática, en la lucha de todo el pueblo trabajador y explotado contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo en la medida en que es consciente y hace efectiva la idea de la hegemonía del proletariado”.¹³⁴ De esta manera, la hegemonía es una estrategia política fundamentada en la búsqueda del liderazgo de las clases aliadas, pero también Lenin plantea que la hegemonía es un

¹³³ Anderson indica que “El término *gegemoniya* (hegemonía) fue una de las consignas políticas más centrales en el movimiento socialdemócrata ruso desde finales de 1908 hasta 1917. La idea que codificaba empezó a aparecer en primer lugar en los escritos de Plejanov en 1883-84, donde insistía en la imperativa necesidad para la clase obrera rusa de emprender una lucha política contra el zarismo, y no solamente una lucha económica contra sus patrones” (1991, 30, cursivas del autor).

¹³⁴ Lenin, *Collected Works*, Vol. 17, pp. 231-2. Citado en Anderson 1991, 33.

mecanismo mediante el cual el proletariado se constituiría en una clase a través de la lucha política.¹³⁵

De esta manera, en su uso original entre los revolucionarios rusos, el concepto de hegemonía se empleó en el marco de debates políticos donde los partidarios de una vía revolucionaria se planteaban en contraposición a una lucha centralmente económica, “corporativista” o “gremial”, y una vía reformista para usar las instituciones de la democracia representativa en favor de la clase trabajadora, que proponían los partidos socialdemócratas que dominaban la Segunda Internacional. Gramsci toma el concepto de hegemonía de los revolucionarios rusos¹³⁶ y lo usa en el marco de este debate, resaltando la importancia central que tendría el concepto para la teoría y práctica política: “...hay que combatir el economicismo no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y la práctica políticas. En este terreno, la lucha puede y debe llevarse desarrollando el concepto de hegemonía...” (1971, 100).¹³⁷

Sin embargo, Gramsci da un nuevo uso al concepto de hegemonía al sacarlo de su referencia original a la lucha política del proletariado y ponerlo en referencia a la forma que adquiere el dominio de la burguesía en las sociedades capitalistas.¹³⁸ Así como el proletariado debía buscar una alianza con otras clases subalternas con el fin de llevar a éxito la revolución, la burguesía ejerce su dominio a través de la producción de consentimiento entre otras clases,

¹³⁵ Este último punto será de central importancia para argumentar que luego de la Segunda Guerra Mundial surge una clase capitalista transnacional, ya que es a través de su orientación hegemónica que los capitalistas transnacionales se convierten en una clase capitalista transnacional. Este punto no lo abordaré aquí sino que en el capítulo 3.3.

¹³⁶ En referencia a Lenin Gramsci señala: “[El] más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias “economistas” ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza” (1986, 135).

¹³⁷ Aunque hay múltiples interpretaciones de Gramsci, considero que es clara su postura contraria al reformismo, y al economicismo al que se asociaba en ese momento histórico, y favorable a la vía revolucionaria que se mostraba exitosa a partir de la experiencia de la Revolución Rusa liderada por el partido bolchevique. Véase, por ejemplo, *La revolución contra “El Capital”*, artículo de 1918, donde plantea que el éxito de la revolución bolchevique contradecía la interpretación economicista del materialismo histórico, ya que en Rusia no se habrían dado las condiciones económicas y sociales que se postulaban desde el economicismo para una revolución, y para el paso al socialismo, ya que no se había producido un pleno desarrollo del capitalismo.

¹³⁸ Particularmente el concepto de hegemonía sería aplicable a las “sociedades capitalistas avanzadas”. Uno de los problemas que abordó Gramsci era el de las diferencias entre la sociedad rusa, donde la revolución tuvo éxito, con las sociedades de Europa Occidental donde fracasaron los intentos revolucionarios que se produjeron en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial. La razón de este fracaso habría sido la mayor “densidad” de las instituciones de la sociedad civil, que permitían que las crisis económicas no desarticularan un dominio fundamentado en la coerción estatal, densidad que se relaciona con un tipo de dominio hegemónico que dificulta las rupturas revolucionarias (sobre estos puntos véase Anderson 1991). Este no es un tema directamente relacionado con el problema de este trabajo por lo que no lo abordaré.

así como el proletariado debía liderar a otras clases en pro de la revolución, la burguesía ejerce el liderazgo en la sociedad donde es la clase dominante.¹³⁹ Así, en las reflexiones de Gramsci sobre las luchas políticas el concepto de hegemonía ocupa un lugar central.¹⁴⁰ A continuación revisaré los planteamientos de Gramsci en torno al problema de la hegemonía, así como del papel que en torno a ella tienen el estado, la sociedad civil y la dominación de clase, a fin de establecer un eje conceptual desde el cual se puede abordar la problemática del establecimiento de una dominación de clase en un sistema social, que involucra una producción de consentimiento sobre la propia dominación y sobre el liderazgo de la clase dominante, planteamientos que luego emplearé para analizar la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista contemporáneo.

Para el marxismo una determinada base económica, un orden en la estructura productiva, conlleva un orden de los elementos de la superestructura social, política y cultural. En la lógica de los planteamientos de Gramsci esto sería así no por un mecanicismo estructuralista según el cual determinado tipo de infraestructura económica se correspondería con determinado tipo de superestructura jurídica-política-cultural, sería así ya que es imposible sustraer la actividad económica de su totalidad social, del entorno social, al contrario, un determinado orden económico –un determinado modo de producción– necesita adaptar para su funcionamiento las diversas instituciones que le son indispensables, como las políticas, educacionales, jurídicas, etc., por lo que el orden económico se traduce en una totalidad

¹³⁹ Este uso no sería completamente novedoso. Anderson señala que en el cuarto congreso de la Tercera Internacional, en 1922, aparentemente por primera vez se usa el concepto de hegemonía en referencia al dominio de la burguesía. Este congreso planteó: “La burguesía siempre trata de separar lo político de lo económico, porque comprende muy bien que si consigue mantener a la clase obrera dentro del marco corporativo, ningún peligro serio puede amenazar su hegemonía” (en *Manifestes. Thèses et Résolutions des Quatre Premiers Congrès Mondiaux de l'Internationale Communiste 1919-1923*, París 1969, Pag. 171; Citado en Anderson 1991, 35-6).

¹⁴⁰ Por ejemplo, Gramsci señala: “Un tercer [y final] momento [en la correlación de fuerzas políticas] es aquél en el que se llega a la conciencia de que los propios intereses corporativos en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo de grupos meramente económicos, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más claramente política, que marca la transición neta de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en que las ideologías que han germinado anteriormente se convierten en “partido”, se enfrentan y luchan hasta que una sola de ellas o, por lo menos, una sola combinación de ellas tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse en toda el área social, determinando además de la unicidad de los fines económicos y políticos la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sólo en el plano corporativo sino en un plano “universal”, y creando de este modo la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados” (1971, 112-113).

social.¹⁴¹ Así, la clase capitalista, debe crear en el conjunto del sistema social las condiciones adecuadas para que el modo de producción capitalista pueda reproducirse y expandirse. Gramsci señala: “Si no todos los empresarios, sí un núcleo selecto, requerido por la necesidad de establecer las condiciones más favorables para la expansión de su clase, debe poseer una aptitud adecuada de organizador de la sociedad en general, desde sus múltiples instituciones de servicios hasta el organismo estatal. Y en todo caso, tiene que tener la suficiencia para seleccionar y elegir a los “encargados” o empleados especializados a quienes confiar esta actividad organizadora...” (1967, 21-22). Por esto, la dominación es un elemento central del capitalismo, correlativo a él, sin dominación no hay capitalismo. De esta manera, la clase capitalista, para asegurar el funcionamiento del capitalismo, necesita constituirse en la clase dominante, pero no sólo necesita establecer su dominación del conjunto, de la totalidad, social, tiene que ser capaz de intervenir en los diversos, múltiples, ámbitos relevantes para la producción capitalista, para ajustarlos a sus requerimientos, por lo tanto, la clase capitalista tiene que ejercer una continua gestión de los diversos espacios sociales necesarios para el funcionamiento del capitalismo, y debe ser capaz de “educar” a la población y llevarla al nivel educativo, cultural, adecuado para su estructura productiva.¹⁴²

En el marco de este ejercicio de la dominación Gramsci utiliza el concepto de hegemonía para incluir un componente central de la dominación, el componente del consenso, del liderazgo, de producción de consentimiento entre las clases subordinadas, todo lo cual logra la aceptación de la dominación por parte de una amplia gama de clases subalternas. Gramsci (1971) plantea que las clases dominantes ejercen su dominación a través de una serie de mecanismos que pueden agruparse en dos dimensiones, la coerción y el consenso. Coerción y consenso son las dos dimensiones de la dominación que toda clase dominante debe conjugar, ejerciendo la coerción sobre las clases antagónicas y produciendo consenso entre las clases subordinadas. Hegemonía es el concepto que Gramsci utiliza para abordar la

¹⁴¹ La siguiente cita de Lukács es ilustrativa de este aspecto de la perspectiva marxista: “...la producción y reproducción de una determinada totalidad económica... ...muda necesariamente en el proceso de producción y reproducción de una determinada sociedad...” (1969, 17).

¹⁴² La tarea educativa para “ajustar” a las clases trabajadoras a los requerimientos específicos de la forma que adquiere el modo de producción capitalista en determinados contextos, se puede ver en las reflexiones que Gramsci realiza sobre el “americanismo”, es decir, sobre la forma que había adquirido el capitalismo en Estados Unidos (por ejemplo, véase Gramsci 1981).

dimensión consensual de la dominación, la dimensión asociada con la producción de consentimiento, aunque siempre en el marco de una dominación que conjuga ambas dimensiones, es decir, la hegemonía en ningún caso suspende la coerción. Pero dentro del binomio coerción/consenso Gramsci otorga más relevancia al segundo, el consenso es el mecanismo clave de la dominación, de manera que la dominación hegemónica es una dominación que se sustenta centralmente en la producción de consenso, el consenso impera sobre la mayor cantidad de clases y grupos y durante la mayor cantidad de tiempo. La hegemonía se fragua a través del uso de mecanismos ideológicos, a través de la creación del sentido común, de la cultura.¹⁴³ Gracias a estos mecanismos, la clase que controla la infraestructura productiva logra el dominio de la totalidad social, logra poner a la sociedad en servicio de las necesidades del proceso de acumulación que lleva a cabo gracias a su control de la economía. Para esto las clases y grupos dominantes necesitan controlar una diversidad de institucionales de todo tipo que emplea para la producción cultural del consenso, así, en Gramsci no hay una correspondencia estructuralista entre la base económica y la superestructura institucional y cultural, esta correspondencia surge en base a un proceso político, a relaciones de poder, donde las clases y grupos dominantes efectivamente logran producir su hegemonía.

En la perspectiva de Gramsci la tarea política central de las clases dominantes es conformar un consenso. Esto es así ya que la represión es insuficiente para asentar el dominio, y si bien puede hacer algunas concesiones económicas, estas tienen un límite ya que no puede hacer concesiones que debiliten su posición de control en la estructura productiva. Por ello, para ser hegemónicas, las clases dominantes deben conformar un consenso que adquiera las características de una identidad colectiva, por ejemplo, de una identidad nacional, de la que puedan sentirse parte las clases subordinadas. Junto con la creación de este consenso colectivo, “nacional”, las clases hegemónicas deben asegurarse que sus intereses tengan primacía para dirigir al colectivo social en función de sus proyectos históricos, de sus visiones del desarrollo económico y social. Gramsci plantea que en este juego político que llevan a

¹⁴³ Haciendo referencia a uno de los filósofos que más influyeron en él, Gramsci señala: “Croce... ..ha llamado enérgicamente la atención sobre el estudio de los hechos de cultura y de pensamiento como elementos de dominio político, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida de los Estados, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto” (1986, 116).

cabo las clases hegemónicas, será necesario que considere los intereses materiales de todas las clases que son parte de este consenso y este proyecto histórico, de su hegemonía, pero también tienen que asegurarse que sus intereses y proyectos tengan primacía, particularmente en la arena del control de la base económica de la sociedad.¹⁴⁴

La producción y reproducción en el tiempo de este consenso es un trabajo político laborioso, que requiere persistencia, es un proceso que debe ser sostenido en el tiempo, permanente, por lo que requiere que las clases hegemónicas mantengan una voluntad política, que les permitan constituirse en un movimiento histórico que pueda envolver y conducir al conjunto social; Gramsci señala: “Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizándolo en todas sus fases moleculares... Se trata de un proceso molecular, muy minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación viene constituida por una enorme cantidad de libros, de folletos, de artículos de revista y de periódico, de conversaciones y de debates a viva voz que se repiten infinitas veces y que en su conjunto gigantesco representan esta labor de la que nace una voluntad colectiva de un cierto grado de homogeneidad...” (1971, 152-153).¹⁴⁵ Para lograr esto una clase que busca establecer su hegemonía requiere tener una vasta organización política, debe constituirse en una voluntad colectiva organizada con capacidad para incidir en los diversos espacios e instituciones sociales que son políticamente relevantes. La clase capitalista ha logrado establecer esta organización política que se despliega ampliamente por toda la sociedad, y Gramsci plantea, teniendo como referente al proletariado, que cualquier clase que busque implantar su hegemonía debe ser capaz de establecer una organización política semejante. El alcance de

¹⁴⁴ Al respecto Gramsci plantea: “El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tenga en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo; pero también es indudable que estos sacrificios y este compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica” (1971, 96).

¹⁴⁵ Aunque sólo se pueda considerar como una anécdota, considero que en este pasaje Gramsci no sólo utiliza un lenguaje similar al que emplea Foucault (usando conceptos como “molecular”, “capilar”), también plantea un método de análisis similar al de Foucault, que se dirija a las relaciones (de poder) puntuales, a través de una especie de genealogía, que tomaría como objeto “una enorme cantidad de libros, de folletos, de artículos de revista y de periódico, de conversaciones y de debates a viva voz”, aunque Gramsci inmediatamente enfatiza la relevancia de identificar la voluntad colectiva que busca darle homogeneidad a dicha enorme producción discursiva, elemento que posiblemente Foucault no aceptaría como punto de partida (véase sección anterior). Las posibles convergencias teóricas y metodológicas entre Gramsci y Foucault escapan al objeto de este trabajo, sin embargo, es una tarea relevante desde un punto de vista teórico, metodológico y político que considero no se ha realizado de manera suficiente, como si se hace continuo hincapié –entre autores que se consideran “foucaultianos” o “gramscianos”– en las diferencias que separan a estos pensadores.

esta organización política conduce al problema del estado y, lo que es particularmente polémico en los planteamientos de Gramsci, al vínculo entre estado y sociedad civil.

Voy a centrarme primero en algunos de los planteamientos que Gramsci realiza sobre el estado. Las reflexiones de Gramsci no buscan establecer una definición precisa del estado – con respecto a la sociedad civil o a las demás entidades que componen una sociedad– ya que no pretende establecer una teoría del estado, sus reflexiones sobre el estado se dan en el marco de buscar comprender los mecanismos institucionales a través de los cuales se produce y ejerce la hegemonía. Desde este punto de vista, para que una clase logre establecer su hegemonía, no es suficiente que controle el aparato coercitivo del estado. El control de este aparato es indispensable, ya que se necesita para reprimir a las clases que se contraponen a su dominio, y para enfrentar las crisis que pueden producir una oposición coyuntural con la situación de dominación de grandes sectores de la población, por lo que tiene que estar presente en toda forma de dominación, pero no es suficiente en una dominación hegemónica. Para asentar su hegemonía, las clases dominantes también deben controlar y utilizar diversos aparatos políticos a través de los cuales se produce la unidad ética, cultural, intelectual, en una sociedad, con lo que producen una unidad con las clases subalternas, dirigida de manera que les permita organizar, “educar”, un consenso en torno al orden social y al liderazgo que ejercen en él.¹⁴⁶ En este marco, el concepto de estado es usado por Gramsci de diferentes maneras, pero es necesario tener presente que su uso –en ocasiones contradictorio– está enfocado en agrupar a las entidades que conforman la articulación política a través de la cual se asienta la dominación de una clase social en una sociedad. Así, de diferentes maneras, y usando diferentes distinciones, Gramsci usa el concepto de estado para incluir, por una parte, a entidades que son utilizadas para ejercer la represión y, por otra, a aquellas usadas para producir la hegemonía, que es el componente central de la política de una sociedad capitalista. En este marco una de las distinciones que introduce Gramsci (1971) es entre “estado jurídico” y “estado ético” como conceptos que permiten distinguir entre las

¹⁴⁶ Gramsci señala: “Gobierno con el consenso de los gobernados, pero con el consenso organizado, no el consenso genérico y vago que se afirma en el instante de las elecciones: el Estado [y la clase dominante que lo controla] tiene y pide el consenso, pero también “educa” este consenso...” (1971, 174).

dimensiones del estado asociadas, respectivamente, a ejercer la coerción y a producir el consenso.

El aspecto o dimensión “jurídica” se relaciona a la coerción, en ella serían centrales las instituciones estatales vinculadas con la aplicación de las leyes y la vigilancia para que estas sean cumplidas, la labor policial, y también el conjunto de las fuerzas armadas que pueden usarse en una coyuntura revolucionaria contra las clases que desafían la dominación capitalista. El aspecto o dimensión “ética” del estado se vincula con las funciones relacionadas con el uso de los elementos culturales para producir un consenso, un alto nivel de conformidad con el orden social y con el liderazgo que ejerce la clase dominante, lo que además se relaciona con la capacidad de producir un marco social adecuado para el desarrollo de los proyectos históricos de la clase dominante.¹⁴⁷ En términos institucionales, el sistema educacional, todo el aparato comunicacional del estado, su producción ideológica, el parlamento como espacio para la producción de consensos, etc., son parte de los organismos que abarca el estado ético. Sin embargo, la distinción institucional no necesariamente es clara ni la más adecuada en relación a esta problemática, por lo que es necesario también enfocar esta distinción entre estado ético y estado jurídico en relación a aspectos específicos del funcionamiento de todas las diferentes instituciones estatales, que en un momento pueden adquirir aspectos “éticos” y en otros “jurídicos”.¹⁴⁸ En suma, en la conceptualización general del estado de Gramsci, la clase dominante, a través de lo que Gramsci denomina como estado jurídico, controla los aparatos necesarios para reprimir a las clases antagónicas y, al mismo tiempo, mediante diversas instituciones conforma un estado ético que produce una unidad moral, intelectual, bajo su liderazgo, permitiendo el ejercicio de un dominio hegemónico. En relación a la dimensión ética del estado y a la producción de hegemonía, Gramsci problematiza la relación entre estado y sociedad civil, y el uso nada convencional que

¹⁴⁷ Al respecto Gramsci señala: “El estado se concibe efectivamente como un organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión de dicho grupo...” (1971, 113).

¹⁴⁸ Por ejemplo, en un pasaje Gramsci incluye a los tribunales en el estado ético, planteando que tiene una función educativa central: “La escuela como función educativa positiva, y los tribunales como función educativa represiva y negativa, son las actividades estatales más importantes en ese sentido...” (1971, 174). Además, por ejemplo, en la escuela se ponen en juego muchos mecanismos represivos o las instituciones militares pueden enfocarse en aspectos educativos, culturales o ideológicos.

Gramsci le da al concepto de estado se agudiza al considerar el vínculo entre el estado y la sociedad civil.¹⁴⁹

Voy a analizar el vínculo entre el estado y la sociedad civil distinguiendo tres planteamientos aparentemente contradictorios, sin embargo, al analizar estos planteamientos en el contexto de la problematización de la hegemonía como forma de dominación estimo que pueden ser comprendidas estas diferencias como distintas perspectivas para aproximarse a esta problemática, ya que, en última instancia, en relación a la producción de hegemonía no sería conveniente ceñirse a una definición abstracta, general, del estado, ni menos a la delimitación formal del estado, y a la diferenciación que de ella se desprende entre estado y sociedad civil que proviene de la perspectiva liberal. Un punto de entrada para abordar las formas en que Gramsci trata la relación entre estado y sociedad civil es su crítica a la forma como el liberalismo trata este problema. Uno de los fundamentos del tratamiento del estado desde el liberalismo es establecer una delimitación clara entre el estado y sus instituciones de la “sociedad civil”, que constituiría el conjunto de instituciones y ámbitos sociales que no conformarían ni el estado ni el mercado (véase, por ejemplo, a Bobbio 1997).¹⁵⁰ Gramsci plantea que esta distinción que establece el liberalismo hace “orgánica” una distinción metodológica; Gramsci señala: “El planteamiento del movimiento librecambista se basa en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil de identificar; es decir, se basa en la distinción entre sociedad política [estado] y sociedad civil, que de distinción metodológica se convierte en (y es presentada como) distinción orgánica” (1971, 95). En contraposición a este planteamiento, Gramsci (1971) realiza distinciones –o no distinciones– metodológicas entre estado y sociedad civil en función del análisis de una problemática de más amplio alcance, la dominación hegemónica. Desde la perspectiva del análisis de la hegemonía y de las entidades políticas involucradas en su producción, lo relevante sería analizar los organismos efectivamente involucrados en la producción de hegemonía y en cumplir la

¹⁴⁹ Evidentemente los planteamientos de Gramsci sobre el estado y sobre el vínculo estado/sociedad civil son ampliamente polémicos. Por ejemplo, Anderson (1991) en diversos pasajes se refiere al carácter “no científico”, incluso “metafísico” de los planteamientos de Gramsci sobre el estado, los cuales los considera equívocos por los diversos planteamientos que realiza, y finalmente errados en su conjunto (esto más allá de que los considera muy valiosos para problematizar la cuestión de la dominación en las sociedades capitalistas).

¹⁵⁰ En la sección 1.1.1. di cuenta de la delimitación liberal entre el estado (o el sistema político) y el mercado. La concomitante distinción estado/sociedad civil se desprende de la anterior, sigue su lógica de distinguir ámbitos sociales funcionales diferenciados.

función de dirigir, de liderar, a las clases subordinadas y a la sociedad en los proyectos de desarrollo capitalista. En este marco se contextualizan los planteamientos de Gramsci sobre el estado.

Una primera aproximación que se puede identificar es aquella en la que Gramsci define al estado como el conjunto de instituciones involucradas en la producción de hegemonía y en la aplicación de la coerción “el significado integral [del estado]: dictadura más hegemonía” (Gramsci 1971, 195). En esta aproximación, en relación a la hegemonía, el estado no sólo estaría constituido por las instituciones que la producen, también por el “complejo de actividades prácticas y teóricas” con las que la clase dominante establece y mantiene su dominio y produce el consentimiento entre las clases subordinadas; Gramsci señala: “...el Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que consigue obtener el consentimiento activo de los gobernados...” (1971, 149). En estos planteamientos, que posiblemente son los más frecuentes en sus escritos –al menos en aquellos agrupados en el libro *La Política y el Estado Moderno*–, el estado que postula Gramsci evidentemente sobrepasa por mucho a las instituciones formales del estado, ya que los organismos y actividades involucradas en la producción de hegemonía –consentimiento, liderazgo, dirección, unidad moral e intelectual, etc.– evidentemente sobrepasan a las instituciones estatales.

Un segundo tipo de aproximación a esta problemática está en pasajes donde Gramsci utiliza una perspectiva convencional del estado y la sociedad civil. En estos planteamientos Gramsci muestra que sólo una fracción de las entidades y actividades involucradas en la producción de hegemonía son parte del estado, es decir, por una parte, las instituciones formales del estado son insuficientes para entender el conjunto de la producción de hegemonía y, por otra parte, las instituciones estatales son parte de una totalidad política mayor. Así, al abordar el papel educacional del estado, Gramsci plantea: “... todo Estado es ético en la medida en que una de sus más importantes funciones es la de elevar la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral... que corresponde... a los intereses de las clases dominantes... tienen el mismo fin muchas otras iniciativas y actividades pretendidamente privadas, que forman el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes...” (1971, 174). La cita muestra que las clases y grupos dominantes llevan a cabo

la producción de liderazgo, de unidad ética, moral, social, de las clases subordinadas, a través de entidades estatales y de múltiples entidades “pretendidamente privadas” que formalmente son parte de la sociedad civil, entidades que también cumplen un activo rol político en la producción de hegemonía. Estas entidades “pretendidamente privadas” a las que Gramsci alude, en múltiples pasajes, son, por ejemplo, los medios de comunicación, la iglesia, las instituciones educacionales, los centros de producción intelectual o científica, etcétera, planteando que todas estas instituciones son relevantes en la producción de ideología, de liderazgo, de unidad ética, en suma, de la hegemonía de las clases dominantes. De esta manera, desde la perspectiva gramsciana es completamente insuficiente reemplazar el concepto de estado por el de “sistema político”, tal como lo hace la Ciencia Política convencional, ya que Gramsci incluye en el complejo de instituciones y actividades involucradas en la producción de hegemonía muchas que quedan fuera de tal sistema y, lo que es más relevante, en su lógica no hay ninguna “delimitación” del ámbito político ni menos una autonomía de las actividades políticas, premisas centrales de la definición del concepto de sistema político (Ghío 2004).¹⁵¹ Así, lo central de este segundo planteamiento es mostrar la insuficiencia de considerar sólo a las entidades estatales (o formalmente políticas) para analizar el proceso de producción de hegemonía, y mostrar que el estado es parte de un conjunto que lo supera ampliamente, de una totalidad de contornos que no se pueden precisar en términos teóricos, que se pone en juego en la tarea política central de producir hegemonía.¹⁵²

El tercer tipo de aproximación a la problemática del estado que realiza Gramsci a primera vista es el completo opuesto a la primera aproximación. En este caso Gramsci se pone en el caso hipotético, que históricamente nunca se ha producido, propuesto por pensadores que plantean una visión liberal extrema, que el estado se limite a cumplir únicamente las funciones represivas, coercitivas, que el estado solamente sea un estado jurídico centrado en conservar el orden social. Gramsci señala que en este caso hipotético sería desde la sociedad

¹⁵¹ En mi tesis de Magister, *Entre la Politización y Despolitización del Mundo Social. La Política y Lo Político: Itinerarios, Confrontaciones e Implicancias para los Estudios Internacionales*, analicé los fundamentos de la delimitación sistémica de lo político y planteé que de ella se deriva una lógica despolitizadora del mundo social.

¹⁵² Por esto Gramsci identifica a la Sociología con la Ciencia Política (evidentemente teniendo en mente algo muy diferente a la Ciencia Política convencional), señalando: “Si la ciencia política significa la ciencia del estado... todas las cuestiones esenciales de la sociología no son nada más que las cuestiones de la ciencia política”.

civil desde donde se produciría el liderazgo, la dirección de la sociedad, la sociedad civil produciría la hegemonía: “...la expresión [italiana Estado-carabinero] quiere significar un Estado cuyas funciones se limitan a la tutela del orden público y del respeto de la ley. No se insiste en el hecho de que en esta forma de régimen (que, en realidad, no ha existido nunca o sólo ha existido como hipótesis-límite, sobre el papel) la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil...” (Gramsci 1971, 177). Los pensadores liberales que realizan esta propuesta plantean que las fuerzas de la sociedad civil deben tener la iniciativa histórica, entendiendo que la sociedad civil es “no política”, es decir, es un espacio utópico que, al igual que el utópico mercado, sería un ámbito donde la multiplicidad de individuos, en uso de su libertad y racionalidad, llegarían a arreglos no mediados por relaciones de poder ni menos de dominación. En esta propuesta el estado sólo vigilaría que se cumplan las normas que la sociedad civil se dio a sí misma en un momento anterior del tiempo, siendo las mismas fuerzas de la sociedad civil las que pueden llegar a nuevos arreglos que el estado tendría que hacer cumplir. Gramsci, que no considera a la sociedad civil como un espacio libre de relaciones de dominación, enfatiza que en este caso la sociedad civil tendría el rol político del estado, la sociedad civil mutaría en el estado, sería el estado. Así, en la cita anterior Gramsci continúa: “[en el caso de un Estado-carabinero] la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que también es “Estado”, o, mejor dicho, es el Estado” (Gramsci 1971, 177).¹⁵³ En esta perspectiva el estado no es entendido como un espacio en modo alguno “autónomo”, los aparatos formales del estado, incluso aquellos centrados en su aspecto “jurídico”, a su vez son orientados, conducidos, por las clases dominantes, es decir, por grupos que actúan desde la sociedad civil; Gramsci señala: “...el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), [es la] base del Estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo” (1971, 180).

¹⁵³ Una aproximación similar realiza Gramsci al comentar un libro, *Décadence de la Liberté* de Daniel Halévy, en el que se plantea que en Francia los acontecimientos políticos más relevantes no han surgido de los organismos estatales que derivan del sufragio sino que de organismos privados. Luego Gramsci comenta “¿qué significa esto sino que por “Estado” debe entenderse no sólo el aparato gubernamental sino también el aparato “privado” de “hegemonía” o sociedad civil?” (1971, 176).

A partir de la revisión de estas tres aproximaciones al estado, y su relación con la sociedad civil, se puede apreciar que Gramsci busca utilizar el concepto de estado en función de la tarea política fundamental de la producción de hegemonía. Esto porque, en mi interpretación, entiende que el concepto de estado es central para aludir a la entidad, o conjunto de entidades, que realizan la dirección política de una sociedad. Así, el concepto de estado, a falta de otro concepto más claro, es indispensable como herramienta analítica para abordar la producción de hegemonía, el liderazgo social y la conducción política de la sociedad. Las diferentes aproximaciones al concepto de estado surgen por la necesidad de enfatizar que el “complejo de actividades prácticas y teóricas” involucradas en la producción de hegemonía y en la “dirección del desarrollo histórico” de una sociedad evidentemente sobrepasan la institucionalidad formal del estado, abarcando una amplia gama de instituciones y actividades “pretendidamente privadas” que formalmente se encuentran en la sociedad civil. El motivo de la imposibilidad de deslindar un ámbito social, un “subsistema social”, que agrupe claramente a las entidades y actividades vinculadas a la producción de hegemonía, es que las clases y grupos dominantes actúan en los más diversos espacios sociales, sin respetar ninguna delimitación teórica de su campo de acción. Como se señaló en la sección 1.2.1., la dominación no es sistémicamente delimitable, cruza todos los sistemas, todos los ámbitos sociales. Así, en ciertos contextos históricos las clases dominantes se involucrarán más en algún ámbito social para utilizar alguna estrategia específica de dominación, y en otros momentos se centrarán en otros, por eso el conjunto de instituciones y prácticas involucradas en la producción de hegemonía es cambiante y no se puede identificar sin asumir importantes ambigüedades. Por ello, el vínculo que se produce entre el estado y la sociedad civil en relación a la producción de hegemonía se fundamenta en la enorme cantidad de recursos que tienen las clases y grupos dominantes, las que, para asentar, asegurar y reproducir su dominio utilizan indistintamente aparatos que formalmente son parte del estado e instituciones que formalmente son “privadas” y parte de la sociedad civil.

Así, el enorme abanico de opciones que tienen las clases y grupos dominantes hace que la delimitación formal entre estado y sociedad civil no sea de utilidad para abordar la problemática de la hegemonía ni de la dominación, lo que hace que, por momentos, el concepto de estado gramsciano abarque una amplia gama del conjunto social. En este

contexto se pueden entender afirmaciones, que en sí mismas parecen confusas y cuestionables, donde Gramsci descarta toda distinción entre estado y sociedad civil: "...en la realidad concreta la sociedad civil y el Estado se identifican" (1971, 95). Esto porque el "deslinde" del estado no se puede realizar, ni sería conveniente realizar, de manera teórica (como, por ejemplo, lo quisiera Anderson (1991)), sino que debe realizarse en el análisis empírico-histórico de la producción concreta de hegemonía en un sistema social y en un momento histórico determinado. Además, cabe enfatizar que una delimitación sistémica de lo político en base a una conceptualización funcionalista del sistema político, tal como se usa actualmente en las Ciencias Sociales y particularmente en la Ciencia Política, se contrapone frontalmente a abordar este tipo de problemáticas (Ghío 2004). Así, no hay un concepto teórico que pueda deslindar con claridad la problemática de las entidades y actividades involucradas en la producción de hegemonía, además de la faceta coercitiva de la dominación, por lo que, para su problematización a escala del sistema-mundo, considero que es posible utilizar estas ambigüedades del concepto de estado para analizar la producción de hegemonía a escala del sistema-mundo.

En relación a la adaptación de los planteamientos gramscianos al ámbito del sistema-mundo, como antecedente cabe señalar que Gramsci empleó el concepto de hegemonía para hacer referencia a fenómenos políticos de escala internacional. En estos apuntes alude a la hegemonía que podría ejercer un país, por ejemplo, Francia después de la revolución,¹⁵⁴ o la hegemonía cultural de un pueblo a través de su producción artística e intelectual, por ejemplo, en el ámbito de la literatura.¹⁵⁵ Estos planteamientos no son sistemáticos pero permiten mostrar que, para Gramsci, la hegemonía eventualmente se puede desarrollar en una escala supraestatal, idea que ha sido planteada por diversos autores que han utilizado la perspectiva gramsciana para analizar los ámbitos internacional, transnacional y global, como ámbitos

¹⁵⁴ En unos apuntes sobre la relación entre la Revolución Francesa y la constitución de los estados europeos Gramsci consigna: "1°.] Explosión revolucionaria en Francia; 2°.] Oposición europea a la revolución francesa y a su expansión por los conductos de clase; 3°.] Guerras revolucionarias de Francia con la República y con Napoleón y constitución de una hegemonía francesa con tendencia a un Estado universal; 4°.] Insurrecciones nacionales contra la hegemonía francesa y nacimiento de Estados modernos europeos..." (1981, 190).

¹⁵⁵ Gramsci plantea: "Hay pues una separación entre escritores y público y el público busca su literatura en el exterior, y la siente más suya que la nacional. Éste es el problema. Porque si bien es verdad que cada siglo y cada fracción de siglo tiene su literatura, no siempre es verdad que esa literatura se encuentre en la misma comunidad nacional: cada pueblo tiene su literatura, pero ésta puede venirle de otro pueblo, o sea que el pueblo en cuestión puede estar subordinado a la hegemonía intelectual de otros pueblos" (1984, 36).

donde hay una producción política de hegemonía por parte de las clases y grupos dominantes del sistema-mundo.

Segunda parte: La estructura de dominación imperialista.

En esta parte realizaré un análisis histórico de las relaciones de poder que enmarcó la estructura de dominación imperialista del sistema-mundo capitalista entre su origen, hasta antes de la crisis que estalla en 1914/17 (que se revisará en la siguiente parte). Esta parte abarca varios siglos, desde el origen del sistema hacia los siglos XIII al XV hasta el siglo XIX, por lo que en ningún caso se trata de hacer una “historia universal” de las relaciones de poder casi infinitas de este período. En esta parte se busca analizar algunos tipos de relaciones de poder que caracterizan la estructura de dominación que imperó durante este período, así, mediante algunos casos específicos se buscará ilustrar como operaba esta estructura de dominación, su lógica de estructuración de las relaciones de poder entre los diferentes actores. El análisis se desarrollará en tres partes. Primero me centraré en las relaciones de dominación aparejadas a la estructura económica del sistema-mundo (capítulo 3.1.), es decir, en las relaciones de poder que se vinculan con la división del trabajo entre centro y periferia, y con la estructuración económica de las periferias y semiperiferias por parte del centro. Asociadas a esta división del trabajo surge una geocultura en el sistema-mundo, por lo que en esta parte también analizaré los aspectos culturales de la estructura de dominación imperialista. En segundo lugar, me centraré en el estado y la geopolítica (capítulo 3.2.). Por una parte, analizaré las relaciones de poder entre los estados y los capitalistas en los casos de países céntricos y periféricos, y luego en cómo desde esta relación capitalistas-estado se generan las políticas mercantilistas o librecambistas que configuran las relaciones geopolíticas entre las potencias céntricas y entre ellas y los países semiperiféricos y periféricos. Por último, me centraré en la lucha de clases que enmarca el sistema-mundo (capítulo 3.3.). Por una parte, me centraré en la acentuación de la explotación que implicaron los siglos de expansión y profundización capitalista, y en sus implicancias en términos de la pauperización de las condiciones de vida de las clases populares. Luego me detendré en el quiebre en las luchas de clases que implicó la Revolución Francesa, ya que a partir de ella se instala la posibilidad de la revolución en el centro del sistema-mundo, y en la implicancia que tuvo en la reconfiguración de las relaciones de poder, y específicamente en las estrategias

de dominación, al interior de los estados céntricos, donde se instala durante el siglo XIX una lógica hegemónica de dominación.

En términos generales, esta parte recorre desde la conformación de las estructuras de dominación asociadas a la división del trabajo del sistema-mundo, que se establecen a partir de las relaciones de poder entre zonas que progresivamente comienzan a ser situadas en el centro y otras que derivan a una condición periférica, en un período que aproximadamente comienza en el siglo XIII y finaliza en el XVI. Luego, una vez establecida la división internacional del trabajo, la jerarquía interestatal y la geocultura del sistema, las relaciones de poder operan de manera relativamente estable hasta 1914/1917, por una parte, expandiendo el sistema al incorporar nuevas regiones como sus periferias o semiperiferias, por otra, en las relaciones de poder entre las diferentes fuerzas en pugna que producen cambios en las jerarquías económicas y geopolíticas al interior del sistema. Estas relaciones de poder que expanden el sistema y que modifican su jerarquía siguen una lógica imperialista que caracterizó todo el período. Sin embargo, en el siglo XIX las relaciones de poder comenzaron a tensionar este marco estructural. Por una parte, el creciente poder militar de los estados que disputaban el centro y el agotamiento de las regiones que se podían repartir sin llegar a un conflicto total, por otra parte, el poder y organización política de las fuerzas sociales que se oponían al capitalismo, que surgen a partir de la Revolución Francesa, tensionan de manera progresiva la lógica imperialista de relaciones de poder, lo que terminará por reflejarse en las guerras mundiales y en la Revolución Rusa, que llevan a la crisis la estructura de dominación imperialista.

2.1. Origen y expansión del capitalismo: producción de la jerarquía económica.

El estudio del origen del sistema-mundo permite analizar el proceso a partir del cual se conforma la estructura económica básica del sistema, su división internacional del trabajo y sus vínculos productivos, comerciales y financieros a escala internacional, y como este proceso fue impulsado por relaciones de poder. Asimismo, el estudio de la expansión del sistema permite apreciar el proceso de incorporación de nuevas zonas a la división internacional del trabajo ya existente, proceso que a su vez fue impulsado por los actores más fuertes del sistema, los capitalistas y estados céntricos. Desde el énfasis que se asume en las relaciones de poder involucradas en los procesos económicos capitalistas, el origen del sistema-mundo se puede entender como un proceso de creciente polarización entre unas zonas que comienzan a transformarse en su centro y otras que son transformadas en periferias, y el proceso de incorporación de nuevas regiones también es su proceso de conversión en nuevas periferias (y en casos excepcionales semiperiferias) del sistema. Así, la estructura económica del sistema-mundo va adquiriendo, desde su origen, la forma de una jerarquía centro-semiperiferia-periferia, en un inicio esta jerarquía no tiene mucha claridad, ya que las relaciones económicas y de poder entre los capitalistas de las diversas regiones del sistema eran relativamente equilibradas, pero con el transcurso de los siglos adquiere una forma cada vez más polarizada, dando lugar a una estructura de dominación donde unos actores tienen una ventaja estructural sobre otros en las relaciones de poder que mantienen. En el proceso de incorporación de nuevas regiones al sistema-mundo también se parte de unas relaciones económicas y de poder relativamente equilibradas, para transformarse, al finalizar el proceso, en una estructura de dominación ampliamente desequilibrada. En esta sección me centraré en las relaciones de poder aparejadas a los procesos económicos capitalistas que dieron origen al sistema-mundo y que luego impulsaron su expansión, configurando, en el transcurso de este proceso histórico, un sistema económico polarizado y jerarquizado, con un estrecho centro dominante y con amplias regiones relegadas a una condición subordinada, periférica. Así, interesa destacar como las relaciones económicas capitalistas implican, en sí mismas, relaciones de poder, y como estas relaciones en el

contexto del origen y expansión del sistema-mundo configuran una estructura económica que, a su vez, es una estructura de dominación. Para ello revisaré muy rápidamente el origen del sistema-mundo centrándome en el proceso de periferización de Europa Oriental, y luego me detendré en los procesos de incorporación de otras regiones –el subcontinente indio, los imperios ruso y otomano y el África Occidental– como nuevas periferias, o semiperiferias, a un sistema-mundo ya consolidado a partir de mediados del siglo XVIII. El foco de análisis serán las relaciones de poder económicas (en el siguiente capítulo abordaré la dimensión geopolítica, estrechamente relacionada a estos procesos) puestas en juego en la producción de una estructura económica jerarquizada y polarizada. Como el interés central es mostrar el proceso de polarización y jerarquización económica, para simplificar el análisis histórico me centraré en el centro y las periferias, abordando a las semiperiferias sólo de forma circunstancial. Al finalizar el capítulo también abordaré la conformación de la geocultura del sistema-mundo, ya que sus primeros elementos surgen junto al proceso de subordinación colonial de la periferia americana, y a la creación de una jerarquía racial asociada a la división del trabajo que se implantó en América.

2.1.1. La inicial división del trabajo y la jerarquización centro-periferia.

Antes de iniciar la descripción del proceso a partir del cual se origina y comienza a expandir la economía-mundo capitalista y a configurar su estructura económica jerarquizada, cabe situar temporalmente el inicio del proceso. Definir un período para situar el inicio de la economía-mundo capitalista es complejo,¹⁵⁶ Wallerstein (2003) sitúa a mediados del siglo XV el inicio del período cuyo fin sitúa a mediados del siglo XVII –específicamente 1450-1640, período que denomina como el “largo siglo XVI”–, en el que la economía-mundo

¹⁵⁶ Lamentablemente en América Latina una de las corrientes que más utiliza la Perspectiva del Sistema-Mundo, la Perspectiva Decolonial, tiende a simplificar el problema definiendo el año 1492 como el inicio del sistema-mundo capitalista –lo que tiene la función política de destacar el papel de América y la consiguiente construcción cultural racista-eurocéntrica concomitante al sistema-mundo que revisaremos al final de este capítulo– (véase Restrepo y Rojas 2010). Sin embargo, esta simplificación histórica trae aparejado el problema de perder de vista el proceso general a partir del cual se produjo la división internacional del trabajo y la división centro-semiperiferia-periferia, particularmente el proceso de periferización que hacia el siglo XV y XVI se produjo en Europa Oriental. En el caso de América, la periferización se produce a partir de la invasión militar, por lo que su caso no es ilustrativo de las relaciones de poder imbricadas al proceso económico que aquí se quiere resaltar. Por ello, para comprender los mecanismos económicos y de poder que son empleados para establecer las jerarquías económicas que nos acompañan hasta hoy, es necesario tener una visión más rigurosa del origen del sistema-mundo y las interacciones entre las diferentes zonas periféricas (no sólo de América) con el centro.

desarrolla su división estructural del trabajo y con ello define sus zonas céntricas, semiperiféricas y periféricas. Por su parte Braudel (1984c) destaca la importancia de las ferias de Champaña en el siglo XIII en la conformación de una economía-mundo europea que une las dos economías-mundo preexistentes en Europa desde aproximadamente el siglo XI, la del Mar Mediterráneo, que tenía su centro en las ciudades del norte de Italia, particularmente Génova y Venecia, y la del Mar Báltico-Mar del Norte, centrada en Flandes y en las ciudades más importantes de la Liga Hanseática.¹⁵⁷ A partir del siglo XI comienza a producirse una expansión económica y demográfica en Europa centrada en dichas economías-mundo,¹⁵⁸ alcanzando su apogeo a finales del siglo XIII (los viajes de Marco Polo en la segunda mitad de este siglo simbolizan la ambición de esta dinámica expansiva). En el marco de esta expansión económica ambos polos comienzan a vincularse en el siglo XII, luego con regularidad en el circuito de ferias de Champaña en el siglo XIII y finalmente al llegar a Brujas los barcos genoveses en 1277 y los venecianos en 1314 (Braudel 1984c). Sin embargo, esta expansión sufre un proceso de estancamiento y reflujo entre 1300-1450,¹⁵⁹ con una crisis económica y demográfica cuya manifestación más notoria es la peste negra. Braudel (1984c) plantea que durante este reflujo se mantiene el vínculo entre las dos economías-mundo, y que el polo mediterráneo, y particularmente Venecia, adquiere una primacía sobre el polo báltico, transformándose Venecia en el centro de la economía-mundo (ya) europea durante el período de crisis.¹⁶⁰ Por su parte Wallerstein (2003) considera esta crisis como la fase final del feudalismo, lo que habría obligado a las clases dominantes de la época a buscar diferentes

¹⁵⁷ Braudel señala: “Sólo con el desarrollo de las ferias de Champaña, a comienzos del siglo XIII, se manifiesta la coherencia de un conjunto desde los Países Bajos hasta el Mediterráneo... [pero] no se trata de un verdadero comienzo. ¿Qué serían en efecto, las ferias de Champaña sin el progreso previo de los Países Bajos e Italia del norte, dos espacios tempranamente reanimados y que, por la fuerza de las cosas, estaban condenados a unirse?” (1984c, 72).

¹⁵⁸ Las variables económicas y demográficas están estrechamente vinculadas en esta época, un crecimiento en la población si no era acompañado de un crecimiento económico traía aparejado un proceso de reducción de la población, por tanto, cuando ambas variables aumentan de manera sostenida (sin que sea posible definir con certeza cual causa la otra) es un claro indicador de expansión.

¹⁵⁹ Estos límites, que usaré en adelante, los plantea Wallerstein (2003). Evidentemente son unos límites aproximados, de ninguna manera exactos, que además son diferentes en cada región/país, pero que con algunas diferencias son usados por los historiadores para indicar la época de crisis final del medioevo, por ejemplo Holmes (1978) plantea con este sentido al período 1320-1450, señalando que en el año 1320 las instituciones medievales están en su apogeo y la expansión poblacional llega a su cima.

¹⁶⁰ Hacia finales del siglo XIV Braudel plantea que la economía-mundo europea abarca prácticamente toda Europa además de las zonas de África y Asia de la cuenca del Mediterráneo: “A fines del siglo XIV, Federico Melis inscribe esta primera *Weltwirtschaft* [economía-mundo] en el polígono formado por Brujas, Londres, Lisboa, Fez, Damasco, Azof y Venecia, en el interior del cual se sitúan las 300 plazas mercantiles donde van y de donde vienen las 153.000 cartas conservadas en los archivos de Francesco di Marco Datini, el mercader de Prato” (Braudel 1984c, 72, cursivas del autor).

salidas, generado las tendencias expansionistas de mediados del siglo XV que marcarían el inicio del período en el que se conforma el sistema-mundo actual (el inicio del “largo siglo XVI”).¹⁶¹

En este período, que va desde el siglo XIII (Braudel) o XV (Wallerstein) hasta mediados del siglo XVII, se produce la expansión inicial de la economía-mundo y su división internacional del trabajo, que implican, como se señaló en la sección 1.1.3., un proceso de “jerarquización y empalme” (Braudel 1984c, 68) entre las diferentes zonas del sistema, es decir, la configuración de una estructura económica que a su vez es una estructura de dominación con un centro, organizador y dominante, semiperiferias y periferias. Desde al menos el siglo XII, ciudades como Venecia, Génova, Florencia, Amberes, Brujas, Lübeck, entre las más destacadas, albergan capitalistas y aparatos estatales que van progresivamente estableciendo conexiones comerciales con economías locales o regionales a las cuales subordinan a través de diferentes estrategias, ajustándolas a las necesidades del proceso de acumulación capitalista que están desarrollando. Desde la diferenciación entre economía de mercado y capitalismo que plantea Braudel se puede comprender el proceso que tuvo lugar en esos siglos. Durante la Edad Media el feudalismo se caracterizó por la fragmentación y autarquía económica, múltiples economías de mercado se desarrollaron de manera autónoma, con una orientación eminentemente local o a lo sumo regional (aún no hay economías nacionales), sin dejar espacio para el desarrollo capitalista. A través de diferentes medios –desde la franca piratería y la guerra hasta la entrega de préstamos o pagos adelantados– estas economías de mercado locales comenzaron a ser enganchadas, “colonizadas”, por la expansión capitalista de las ciudades mercantiles, las cuales reorientaron sus economías en función de los procesos de acumulación que estaban llevando a cabo.¹⁶²

¹⁶¹ La parte más reconocida de esta tendencia expansiva son las exploraciones marítimas de portugueses y españoles, financiadas en parte por Génova en su búsqueda por disputarle la primacía comercial a Venecia, que llevaron a la subsecuente expansión por ultramar de la economía-mundo europea en los siglos XV y XVI (Wallerstein 2003). Pero estas exploraciones se enmarcan en una tendencia expansiva más general, que producen la unión definitiva de la economía-mundo mediterránea con la del báltico y la incorporación a la economía-mundo de zonas cada vez más amplias de Europa Oriental como periferias monoproductoras de productos agrícolas, así como una expansión interna que buscó aprovechar zonas económicamente abandonadas de diferentes regiones para incorporarlas a la producción agrícola (las “américas internas” según lo denomina Braudel (1984c)).

¹⁶² Braudel ejemplifica esto con el caso de Venecia: “[Un ejemplo es] la utilización del Adriático en beneficio de Venecia. A este mar que la Señoría controla al menos desde 1383, con la toma de Corfú, y que para ellos es una especie de *mercado nacional*, lo llama “su golfo” y dice haberlo conquistado al precio de su sangre... Pero Venecia no ha creado este mar; no ha creado las ciudades que la bordean; las producciones de los países rivereños, sus intercambios y hasta sus pueblos de

El establecimiento de estas originales cadenas de dependencia entre un polo capitalista y unas economías de mercado locales es sólo un primer paso en la jerarquización de las relaciones económicas, con el transcurso del tiempo, durante el “largo siglo XVI” (1450-1640) estas cadenas se consolidan en una estructura de dominación que forma una solidificada jerarquía centro-semiperiferia-periferia en una extensa economía-mundo intercontinental. En el primer tomo de *El Moderno Sistema-Mundo Capitalista* Wallerstein describe la inicial división del trabajo en la agricultura capitalista que surge en esta primera fase del sistema-mundo. Este proceso es particularmente ilustrativo en las relaciones económicas y de poder entre las zonas cada vez más dominantes de Europa Occidental y Europa Oriental, que crecientemente adquiere un rol subalterno, periférico. Wallerstein (2003) presenta un principio analítico que es central para este análisis histórico: pequeñas diferencias iniciales entre dos elementos –ciudades, regiones, países– pueden derivar, en el transcurso del tiempo, en enormes desigualdades. Estas pequeñas diferencias son aprovechadas en las relaciones de poder, para ensancharlas y estabilizarlas en una estructura de dominación. Pequeñas diferencias entre las economías de mercado locales y las ciudades mercantiles de Europa Oriental con las occidentales ya existían hacia el siglo XIII. El origen de las diferencias es difícil de definir, Wallerstein (2003) hipotetiza que las invasiones mongolas en el siglo XIII y luego las otomanas en el XV pueden haber debilitado a los estados y las ciudades de Europa Oriental, y haber dejado amplios espacios de tierras deshabitadas. En cualquier caso, las ciudades de Europa Oriental eran levemente más débiles que las de Europa Occidental, con la subsecuente desventaja de sus mercaderes, y había abundante tierra disponible para dedicarla a cultivos para un mercado externo. En este contexto es particularmente relevante el creciente control del comercio internacional que empezaron a detentar las principales ciudades mercantiles occidentales, ya que era en éste, no en el local o regional, donde se obtenían las

marinos, los ha hallado ya constituidos. No ha tenido más que reunir en su mano, como otros tantos hilos, los tráficos que ahí se realizaban antes de su intrusión: el aceite de Apulia, la madera para barcos de los bosques de Monte Gargano, las piedras de Istria, la sal que reclaman –de una y otra orilla– los hombres, y los rebaños, los vinos, el trigo, etcétera. Reunió también a viajantes de comercio, centenares, millares de barcos y veleros, y todo eso lo remodeló luego en la medida de sus propias necesidades y lo integró en su propia economía. Esa toma de posesión es el proceso, el “modelo”, que preside la construcción de toda economía-mundo con sus monopolios evidentes. La Señoría pretende que *todos* los tráficos del Adriático deben pasar hacia su puerto y pasar bajo su control, cualquiera que sea su destino: se esfuerza en ello, lucha incansable contra Segna y Fiume, ciudades de bandidos, no menos que contra Trieste, Ragusa y Ancona, rivales mercantiles” (Braudel 1984c, 19-20, cursivas del autor).

grandes ganancias,¹⁶³ porque en él los mercaderes lograban mantener una situación monopódica en las áreas de compra y monopólica en las de venta (Wallerstein 2003). Esta ventaja comercial fue reforzada por la mayor disponibilidad de capital (que podía venir del Mediterráneo y luego de América) y el apoyo estatal, lo que resultó en un progresivo desplazamiento de los mercaderes de Europa Oriental del comercio internacional, acentuando las posiciones monopólicas de los comerciantes de algunas ciudades occidentales.

Se establecieron así tempranamente “vínculos verticales” (Wallerstein 2003) entre las diferentes zonas del Mar Báltico, disparidades que se emplearon para generar una creciente especialización productiva entre las diferentes zonas y particularmente para empezar a especializar a Europa Oriental en monocultivos de cereales para la exportación. En las relaciones de poder empleadas con este fin, tenían una particular importancia los mecanismos para generar una dependencia financiera de las zonas que se estaban convirtiendo en periferia de aquellas que disponían de capital y se estaban transformando en centro. El pago adelantado de mercancías, es decir, su compra al productor por parte del mercader antes de que éste la produjera, fue un mecanismo ampliamente usado en las relaciones de poder económicas para crear esta dependencia, permitiendo así al mercader –realmente un mercader-financiero– controlar la producción local en Europa Oriental y las demás zonas que se estaban convirtiendo en periferia.¹⁶⁴ Así, entre los siglos XIII y XV, los mercaderes con asiento en las principales ciudades de la Liga Hanseática, particularmente Lübeck, y luego de la zona de Flandes, con Amberes a la cabeza, establecieron estos vínculos comerciales y financieros verticales, estas relaciones de poder, con la zona del (actual) norte de Polonia, Noruega, Suecia y los países bálticos.

¹⁶³ “En ocasiones superiores al 200 o al 300 por 100, en acuerdos que eran poco más que actos de piratería” (Wallerstein 2003, 170, citando a Sée, Henri, *Modern Capitalism*, 1928, Nueva York, Adelphi, página 41).

¹⁶⁴ El ejemplo de Noruega, otra periferia hacia esa época, es ilustrativo, Malowist (1960, 103) señala: “...durante doscientos cincuenta años los comerciantes hanseáticos de Bergen mantuvieron en sus manos por [el procedimiento del pago por adelantado] casi todo el comercio de pieles y pescado del norte de Noruega. Los mercaderes Hanseáticos hacían depender a los pescadores del norte de Noruega directamente de ellos, pagándoles por adelantado. Esto, al mismo tiempo, les permitió eliminar de este comercio, durante largo tiempo, a los ciudadanos noruegos” (Malowist, Marian, 1960, “A Certain Trade Technique in the Baltic Countries in the Fifteenth to the Seventeenth Centuries”, en *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia; citado en Wallerstein 2003, 172).

La posición dominante que los mercaderes-banqueros de las principales ciudades de Europa Occidental lograron con estos mecanismos les permitió aprovechar la nueva expansión económica que se inicia a mediados del siglo XV, y la mayor disponibilidad de capital circulante que tenían a partir del flujo de oro y plata americanos.¹⁶⁵ Así, las relaciones de dependencia y subordinación económica no cesa de profundizarse en el tiempo, y a través de ciudades portuarias como Danzig y Riga, se comienza a reordenar, a reorientar, progresivamente la producción agrícola de grandes zonas de Europa Oriental –las vastas tierras disponibles– hacia los monocultivos de exportación, particularmente los cereales.¹⁶⁶ Este proceso lo llevan a cabo los mercaderes de Flandes y los Países Bajos –en el siglo XVI ya claramente una zona céntrica de la economía-mundo europea (ya no sólo báltica)– ya sea a través de los grandes comerciantes locales que al no poder competir en el comercio internacional se reorientaron hacia el interior, o a través de sus propios agentes que les permitían relacionarse directamente con los terratenientes capitalistas (“nobles” o no) del interior.¹⁶⁷ Por su parte, los terratenientes de Europa Oriental disponían de amplios espacios de tierras sin utilizar que, dada la existencia del mercado mundial, se volvió rentable dedicar a los cultivos de exportación. De esta manera, luego de un proceso de varios siglos, hacia mediados del siglo XVII ya había una clara división del trabajo entre las zonas céntricas de la economía-mundo y Europa Oriental, ya consolidada como una periferia dedicada a cultivos extensivos para el mercado mundial de productos agropecuarios básicos como el trigo, los

¹⁶⁵ Braudel señala: “El tráfico de los países bálticos, en efecto, no prosperaría plenamente sin la explotación de la lejana Península Ibérica, poseedora del metálico que es, cada vez más, la clave del comercio del Báltico. Pues es menester forzar los tráficos de los países rivereños y saldar allí el exceso de compras sobre las ventas” (1984c, 168)

¹⁶⁶ Al respecto Helleiner (1967, 77) plantea “En el siglo XVI, el comercio interregional de alimentos por el mar tenía ya tras sí una larga historia [...] Lo que se puede decir, sin embargo, es que ahora, debido a un mecanismo de mercantilización más elaborado, y, sobre todo, a un volumen grandemente incrementado, de excedentes disponibles en el este del Elba, Polonia y Estonia, las áreas con déficit permanentes o temporales de granos podían ser aprovisionadas desde fuera más ampliamente, y con mayor regularidad que en épocas anteriores. A mediados del siglo XVI el volumen de grano exportado anualmente a través del puerto de Danzig era de seis a diez veces superior al promedio de los años 1490-92” (Helleiner, Karl, 1967, “The Population of Europe from the Black Death to the Eve of the Vital Revolution”, en *Cambridge Economic History of Europe, IV, The Economy of Expanding Europe in the 16th and 17th Centuries*, E.E. Rich y C.H. Wilson compiladores, Londres, Cambridge University Press; citado en Wallerstein 2003, 135).

¹⁶⁷ Malowist (1960, 114, cursivas del autor) plantea: “Hacia finales del siglo XVI, cuando las condiciones para la exportación de trigo resultaban particularmente favorables, los agentes de los comerciantes de Gdańsk [Danzig] eran vistos regularmente en los mercados de pueblos y ciudades de Polonia, donde compraban grano. [En] el siglo XVII los comerciantes ricos de Gdańsk, como los de Riga, hacían pagos por adelantado no sólo a la baja *gentry*, sino incluso a los nobles ricos de Polonia y Lituania [...] Los comerciantes de Gdańsk recibían pagos adelantados de los holandeses, y [...] estos últimos a veces recogían para tal fin sumas de dinero de comerciantes de Amberes” (Malowist, op. cit.; citado en Wallerstein 2003, 173).

cuales eran comercializados por los mercaderes situados en la zona céntrica por todo el resto de la economía-mundo.¹⁶⁸ De esta manera, la estructura de dominación económica ya estaba consolidada.

Hacia mediados del siglo XVII, en términos productivos, el resultado del proceso de división internacional del trabajo y de jerarquización económica es una repartición de las zonas ya consolidada a nivel de la economía-mundo. Wallerstein (2003) señala que, por un lado la periferia, Europa Oriental y América, es enfocada en la producción de productos agropecuarios y mineros, siendo sus diversas regiones especializadas en monocultivos para la exportación al mercado mundial. Por su parte, el centro, aún relativamente disperso en el norte de Italia, Flandes, los Países Bajos, Inglaterra y el norte de Francia, comenzaba a estructurar una economía mucho más compleja. En cuanto a la agricultura, aún por lejos y por mucho tiempo el principal sector económico, se diversificó, intensificó y se vinculó a la principal manufactura de la época, la textil, por una parte porque utilizaba extensamente el trabajo a domicilio, el *putting-out system*, por lo que se dispersaba en las zonas rurales (para evitar los gremios urbanos que encarecían el trabajo), y por otra, porque crecientes porciones de tierra se comenzaron a dedicar a pastizales para la producción de lana.¹⁶⁹ Esto se vinculaba de dos maneras al dominio que los mercaderes occidentales lograron en el comercio internacional. Por una parte, el sector textil se concentró en áreas céntricas y semiperiféricas, al tiempo que decaía en las zonas periféricas, producto de la competencia de los mercaderes occidentales y del interés de los terratenientes de Europa Oriental por usar la tierra en el cultivo de cereales para la exportación en detrimento de la ganadería. Por otra parte, la especialización de la agricultura del centro es impensable sin una provisión de granos asegurada desde la periferia, por ejemplo, en relación a los Países Bajos, Van der Wee (1967,

¹⁶⁸ Wallerstein señala: “A partir del siglo XV los productos que fluían del este al oeste eran fundamentalmente bienes masivos (cereales, madera, y más adelante, lana), aunque las más antiguas exportaciones de pieles y cera continuaban. Y del oeste al este fluían textiles (tanto de lujo como de calidad media), sal, vinos, cedas [...] el trigo se había convertido en la exportación más importante del este, llegando incluso hasta la península Ibérica e Italia” (2003, 134).

¹⁶⁹ La producción de ganado también producía abono que mejoraba la agricultura, y las mejoras en la agricultura producían mayor forraje para los animales, produciéndose un círculo virtuoso en la agricultura del centro. Thirsk (1967, 199) señala: “El mayor abonado de las zonas arables se hizo posible, por supuesto, manteniendo un mayor número de animales, lo que supuso un gran incremento en el suministro de carne y lana y otros productos animales. Una mayor cría de ganado se hizo posible por la mejora de los pastos y las vegas por medio de fertilizantes [...] Así, las mejoras en el cultivo y en el pastoreo iban de la mano, ayudándose mutuamente, y sirviendo ambas para promover la especialización y la interdependencia de las regiones” (Thirsk, Joan, 1967, “Farming Techniques”, en Thirsk, J., (compilador) *The Agrarian History of England and Wales, IV 1500-1640*, Londres, Cambridge University Press; citado en Wallerstein 2003, 355).

15)¹⁷⁰ señala: “...el cereal era importado de forma masiva del Báltico, de forma que las zonas costeras se pudieron centrar en productos lácteos, la horticultura y los cultivos industriales para la población rica y en rápido crecimiento de las ciudades”.¹⁷¹ Así, la tierra se dividió en superficies menores, lo que produjo un auge de los pequeños propietarios o arrendatarios, que diversificaron ampliamente la producción, destinando la tierra a cultivos para las manufacturas, para la producción de hortalizas para el mercado urbano o de ganadería para consumo y/o la producción textil. En cuanto a las manufacturas, como se señaló, la principal era la textil, específicamente la producción de tejidos de calidad media y baja para la exportación. Las demás manufacturas también se concentraron en el centro y decayeron en la periferia. Ellas tenían niveles de concentración mayores que la textil, particularmente la naviera, la segunda manufactura en importancia de la época, donde ya se podría hablar de una producción industrial por la concentración de medios de producción y trabajadores en recintos específicamente destinados a la producción.¹⁷² Esta concentración de la producción incentivó el crecimiento urbano en Europa Occidental.¹⁷³ Otras manufacturas relevantes eran el refinado de azúcar, las destilerías, cervecerías, serrerías, tenerías, la producción de aceite y jabón, de tinturas, papel y libros, ladrillos, cal, loza, tabaco y productos asociados como las pipas, la producción de municiones y elementos militares (Wallerstein 1998a). De esta manera, Wallerstein señala: “[En el siglo XVI, e]l abanico ocupacional en las áreas centrales era muy complejo. Incluía un gran remanente paralelo a los de la periferia (por ejemplo, producción de grano). Pero la tendencia en el centro era *hacia* la variedad y la

¹⁷⁰ Van der Vee, H., 1978, “Introduction - The Agricultural Development of the Low Countries as Revealed by the Title and Rent Statistics, 1250-1800”, en Van der Vee, H. y Van Cauwenberghe, E., (comps) *Productivity of Land and Agricultural Innovation in the Low Countries (1250-1800)*, Leuven, Leuven University Press; citado en Wallerstein 1998a, 55-56, nota al pie.

¹⁷¹ Por su parte Wallerstein señala: “[En Holanda la agricultura se dedicó] al cultivo de plantas industriales como el lino, el cáñamo y el lúpulo, a la horticultura, al cultivo de árboles frutales y a la importantísima producción de tintes... Junto con la horticultura y la labranza hubo un considerable incremento de la ganadería. Lo que hizo posible esta concentración en los productos industriales fue en parte la enorme importación de cereales... ...a mediados del siglo XVII la mitad de los habitantes de las provincias de Holanda, Utrecht, Frisia y Groninga se alimentaban de cereales importados” (1998a, 55).

¹⁷² En relación al sector naviero, particularmente en Holanda en el siglo XVII, Wallerstein señala: “La segunda gran industria de comienzos de la Edad Moderna fue la construcción naval [...] Estaba muy mecanizada y utilizaba muchos dispositivos para ahorrar mano de obra: serrerías accionadas por el viento, alimentadores mecánicos para las sierras, las poleas y los aparejos, grandes grúas para mover los pesados maderos, todo lo cual incrementaba la productividad. Los lazos con el complejo industrial y comercial son evidentes. Había una serie de industrias auxiliares en Ámsterdam: cordelería, bollería, efectos navales y construcción de instrumentos náuticos y cartas marítimas” (1998a, 58-59).

¹⁷³ La urbanización en el centro fue muy importante (en términos relativos a esta época). En Holanda en 1622 el 60% de la población era urbana, y Ámsterdam pasó de 50.000 habitantes en 1600 a 200.000 en 1650 gracias a una amplia y variada inmigración (Wallerstein 1998a).

especialización, mientras que la tendencia en la periferia era hacia el monocultivo” (2003, 143, cursivas del autor).

Así, terminando el “largo siglo XVI” el sistema-mundo ya es un sistema intercontinental consolidado que alberga una amplia división internacional del trabajo.¹⁷⁴ Asociada a la división del trabajo se formó y consolidó una estructura de dominación económica, con unas zonas céntricas cuyos capitalistas dominan el comercio, las finanzas y la insipiente manufactura, y que organizan en su provecho las actividades productivas de las diferentes zonas. Estos capitalistas céntricos dominan a los de la periferia, desplazándolos del comercio internacional, incluso en ocasiones del comercio mayorista de sus zonas, por lo que en la periferia los capitalistas que tienen espacio para prosperar son los terratenientes, que tienen una orientación capitalista en la administración de sus tierras (aunque sean nobles o aristócratas), ya que la administran en función de obtener beneficios en el mercado internacional, para lo cual deben recurrir a préstamos que obtienen del centro, aumentando aún más su subordinación.

Después de la consolidación de este espacio económico jerarquizado, de esta estructura económica y de dominación, vendrían dos siglos, que Wallerstein (1998a) sitúa entre 1600 y 1750,¹⁷⁵ en los que el sistema mantendría sus contornos geográficos generales, hasta un nuevo período de expansión que se inicia a mediados del siglo XVIII.

2.1.2. La expansión del sistema-mundo y la periferización de nuevas zonas.

Durante el período de relativo estancamiento, entre 1600-1750, se consolida la economía-mundo y particularmente un centro cada vez más concentrado en la zona del noreste de Francia, el sur del Reino Unido (Inglaterra) y Holanda, países que se disputan la

¹⁷⁴ El alcance geográfico del sistema-mundo hacia el final de este periodo es el siguiente: “A finales del siglo XVI la economía-mundo europea incluía no sólo el noroeste de Europa y el Mediterráneo cristiano (comprendida la península Ibérica) sino también Europa central y la región báltica. Incluye también ciertas regiones de las Américas: Nueva España, las Antillas, Tierra Firme, Perú, Chile, Brasil; o, mejor dicho, aquellas partes de estas regiones que estaban sometidas a un control administrativo efectivo por parte de los españoles o de los portugueses. Las islas atlánticas y tal vez algunos enclaves en la costa africana podrían ser incluidos, pero no las áreas del océano Índico ni tampoco el Oriente Lejano, excepto durante un cierto tiempo parte de las Filipinas; el Imperio Otomano, no; y tampoco Rusia, o en el mejor de los casos, estuvo incluida marginalmente durante un breve espacio de tiempo” (Wallerstein 2003, 94).

¹⁷⁵ Este período se solapa con el período de crecimiento que Wallerstein sitúa entre 1450 y 1640, no sólo porque establecer fechas precisas es complejo y estas siempre son debatibles, sino también porque los inicios/finales de los períodos varían entre las diferentes regiones y países.

preeminencia durante este período, la cual fue detentada por Holanda, específicamente por Ámsterdam, aproximadamente entre los años 1625 a 1675.¹⁷⁶ A mediados del siglo XVIII el sistema-mundo capitalista retoma el proceso de expansión económica, lo que detonó la presión por una nueva expansión geográfica en base a estados territoriales crecientemente potentes, especialmente el Reino Unido y Francia que hacia 1750 habían desplazado a un segundo plano a Holanda en su disputa por la supremacía geopolítica,¹⁷⁷ aunque ésta mantiene una posición económica central, particularmente en las finanzas internacionales (véase Braudel 1984c y Wallerstein 1998a). En el tercer tomo de *El Moderno Sistema Mundial*, Wallerstein analiza el proceso de incorporación a la división internacional del trabajo de cuatro nuevas zonas: el Imperio Ruso, el Imperio Otomano, el Subcontinente Indio y África Occidental. Presentaré los procesos de periferización seguidos por estas cuatro zonas, ya que muestran como a través de relaciones de poder crecientemente desequilibradas en favor de las potencias céntricas se incorporaban nuevas regiones al sistema-mundo y su estructura de dominación.

Wallerstein (1998b) plantea que los procesos de incorporación de estas cuatro zonas al sistema-mundo es, en términos generales, paralelo, ya que se produce entre 1750 y 1850. Antes de detenerme en el proceso, cabe destacar las diferencias en las relaciones económicas y de poder que mantenían estas cuatro zonas con la economía-mundo al inicio y al final del período, ya que resultan ilustrativas del resultado del proceso. Hacia 1750 las cuatro zonas eran parte de la “área externa” del sistema-mundo, es decir, sólo mantenían un comercio limitado con ella, y su estructura productiva, y su división del trabajo, estaba estructurada en función de sus necesidades internas.¹⁷⁸ El comercio se establecía ya que la economía-mundo tenía un interés por determinados productos de las zonas, pero en ellas había un rechazo, sostenido por el estado, a la importación de productos manufacturados de la economía-mundo, por lo que ésta tenía un continuo déficit comercial con las cuatro zonas que debía ser

¹⁷⁶ Para el análisis del período de estancamiento de 1600-1750 véase Wallerstein 1998a.

¹⁷⁷ Durante este período Francia e Inglaterra se disputan el centro del sistema-mundo, disputa que luego de 1815 se define en favor del dominio inglés. Wallerstein señala: “Después de 1750, el comercio de Gran Bretaña y Francia –los dos centros económicos principales de la economía-mundo de la época– se expandió en forma significativa... Para ambos países, las guerras napoleónicas supusieron un repliegue de este comercio, y después de 1815 el papel de Francia se hizo notablemente menor que el de Gran Bretaña, aunque todavía no desapareció por completo (excepto, quizás, en la India)” (1998b, 192).

¹⁷⁸ Para una definición más amplia de la “área externa” véase sección 1.1.3.

saldado en oro y plata. El comercio entre la economía-mundo y las cuatro zonas se realizaba a través de “puertos de comercio” específicos controlados por los estados locales, donde asistían los barcos europeos en busca de las diferentes mercancías. El intercambio entre los mercaderes locales y los europeos se realizaba bajo la vigilancia del estado local, el cual regulaba los monopolios en su provecho y en el de los mercaderes locales.¹⁷⁹ Así, los mercaderes europeos sólo tenían un acceso supervigilado a puertos, no a la economía interna de las cuatro zonas, y en sus intercambios debían lidiar con los monopolios locales que hacían de intermediarios con los productores directos. Cien años después, hacia 1850, las economías de las cuatro zonas estaban incorporadas al sistema-mundo, es decir, parte relevante de sus procesos productivos integraban su división internacional del trabajo, respondiendo y ajustándose a los cambios en los requerimientos del mercado mundial, siendo controlada su producción a través de las cadenas mercantiles del sistema. El control de la producción local se realizaba de manera directa por los capitalistas europeos a través de su apropiación (por ejemplo estableciendo “plantaciones”) o a través del control de un “sitio de captación mercantil de la producción” (Wallerstein 1998b, 181), donde tenían mecanismos (como los títulos de deuda) para controlar a los productores locales. Los estados locales estaban reducidos a una situación colonial en dos casos (subcontinente Indio y África Occidental), o se habían visto forzados a abrir sus economías en mayor (Imperio Otomano) o menor (Imperio Ruso) medida, sin ya ser capaces de controlar el comercio con el sistema-mundo. Los mercaderes locales habían sido desplazados al comercio interno y puestos en posición subordinada con respecto a los mercaderes europeos, al servicio de ellos, o incluso casi eliminados completamente del comercio interno mayorista, cuando los europeos controlaban directamente la producción. Los productores locales debían ajustarse a las demandas del mercado internacional, estaban sometidos a los monopolios mercantiles europeos y a la coerción a través de las deudas.

¹⁷⁹ Por ejemplo, en relación al comercio de esclavos, los reyes de Dahomey (en el actual Benín) mantenían un monopolio compartido con los comerciantes locales en detrimento de los comerciantes europeos y los del interior que efectuaban la captura. Law (1977, 564) señala: “No parece que los reyes de Dahomey permitieran a comerciantes de los estados del interior tratar en forma directa con los mercaderes europeos en Whydah” (Law, Robin, 1977, “Royal Monopoly and Private Enterprise in the Atlantic Trade: The Case of Dahomey”, en *Journal of African History*, XVIII, 4; citado en Wallerstein 1998b, 185).

Este drástico cambio en las cuatro zonas no se inicia en ninguno de los casos por iniciativa de las zonas incorporadas. El proceso comienza por un impulso a la expansión de la economía-mundo llevado adelante por los capitalistas transnacionales y los estados céntricos, principalmente el Reino Unido y Francia, que se traduce en diversas presiones económicas y político-militares que efectuaron para aumentar los niveles de comercio y para ajustar las producciones locales a sus necesidades. En el aspecto geopolítico de este proceso me detendré en la sección siguiente, aquí me centraré en las relaciones de poder vinculadas a dinámicas económicas, primero en el cambio de los patrones productivos, y luego en las formas de control sobre las producciones por parte de los mercaderes europeos.

Como en el caso ya revisado de Europa Oriental, la periferización implica una modificación de los intercambios mercantiles y, con ella, un cambio en las producciones locales hacia los monocultivos de exportación. Wallerstein señala: “La nueva pauta de exportaciones e importaciones habría de reproducir la dicotomía entre núcleo y periferia que constituyó la división axial del trabajo en la economía-mundo capitalista. Esto significaba esencialmente en aquella época, el intercambio de materias primas de la periferia por manufacturas del centro. Para que las cuatro zonas se concentraran en la exportación de materias primas, era preciso que se produjeran cambios en sus procesos productivos en dos direcciones: creando o extendiendo significativamente la agricultura de cultivos comerciales [*cash-crop*] (y formas análogas de producción del sector primario) destinada a la venta en el mercado de la economía-mundo capitalista, y reduciendo o eliminando las actividades manufactureras locales” (1998b, 191, cursivas del autor). En las cuatro zonas a partir de 1750 hay un gran incremento del comercio donde van adquiriendo cada vez más importancia los productos primarios y pierden importancia los manufacturados. El caso de degradación del sector manufacturero del Subcontinente Indio probablemente sea el más famoso, ya que esta zona pasa de ser exportadora a importadora de tejidos a partir de la intervención de la Compañía Británica de las Islas Orientales. Esta compañía comienza a extender el control político y económico del subcontinente a partir de 1757 (luego de la batalla de Plassey), y comienza a reemplazar las tradicionales exportaciones manufactureras, principalmente de tejidos de algodón (la India era el mayor productor mundial a inicios del siglo XVIII), por cuatro materias primas: índigo y seda en bruto destinadas a la industria europea (principalmente

inglesa) y opio y algodón que la Compañía exportaba a China (aún un área externa).¹⁸⁰ En el Imperio Otomano el desplazamiento en este período es desde una exportación de bienes manufacturados o parcialmente tratados a materias primas, por ejemplo, se pasa de telas de seda e hilo de algodón a seda y algodón en bruto, además hay un gran crecimiento de la exportación de cereales desde la zona de los Balcanes.¹⁸¹ Rusia pasa por un proceso similar al otomano, pero con menos intensidad por el aún creciente poder de su estado, lo que hará que, según Wallerstein (1998b), este sea el único caso de incorporación en condiciones de semiperiferia y no de periferia. Desde inicios del siglo XVIII la industria metalúrgica había tenido una amplia expansión, creciendo rápidamente sus exportaciones a Europa Occidental y en particular a Inglaterra, sin embargo, hacia inicios del siglo XIX comienzan a descender drásticamente, en este caso por la competencia de la industria inglesa que empleaba la nueva tecnología de la fundición de coque, por lo que las exportaciones se concentran en el cáñamo, el lino y principalmente, desde inicios del siglo XIX, en el trigo.¹⁸² Finalmente en el caso del África Occidental, inicialmente la incorporación pasa por un gran aumento del comercio de esclavos¹⁸³ para, a contar del inicio del siglo XIX, incrementarse de manera drástica el comercio de productos primarios como el aceite de palma y los cacahuates. En las cuatro zonas los cambios económicos no se limitan a las cada vez más extensas áreas que se especializan en plantaciones para el mercado mundial, los cambios también se producen en otras áreas que se especializan en la producción de cereales y alimentos para los trabajadores, y en áreas que se transforman en exportadoras de mano de obra para las plantaciones.¹⁸⁴ Se

¹⁸⁰ En 1840, George G. de H Lampert, presidente de la Compañía, testificó ante el parlamento: “Esta compañía, animada y auxiliada por nuestro gran ingenio y destreza fabril, ha conseguido transformar a la India de un país fabril en un país exportador de materias primas” (Wallerstein 1998b, 210, citando *British Parliamentary Papers, Reports from the Committees, 1840, VII, Report from the Select Committee of the House of Lords Appointed to Consider the Petition of the East India Company for Relief*, Londres, House Of Commons, página 24).

¹⁸¹ En la primera mitad de este período fue Francia el país central que encabezó la incorporación del Imperio Otomano, el proyecto francés se refleja en la siguiente declaración: “...la Cámara de Comercio de Marsella pudo afirmar en 1782 que “el destino del Levante es alimentar [...] la industria francesa”” (Wallerstein 1998b, 196, citando a Masson, Paul, 1911, *Histoire du Commerce Française dans le Levante au XVIII^e Siècle*, París, Hachette, páginas 431-432).

¹⁸² Entre 1778-1780 y 1851-1853, las exportaciones rusas pasan de un 71% a un 95% de productos primarios y alimenticios, en tanto las exportaciones de manufacturas caen de un 20% a un 2,5% (Wallerstein 1998b, 197, haciendo referencia a datos de Gille, Bertrand, 1949, *Historie Economique et Sociale de la Russie du Moyen Age au XX^e Siècle*, París, Payot, página 156).

¹⁸³ En base a los datos presentados por diversos autores, Wallerstein (1998b, 199) plantea que hubo un gran incremento en los precios y en la cantidad del comercio de esclavos en la segunda mitad del siglo XIX.

¹⁸⁴ Por ejemplo, “...en Madrás, durante la primera mitad del siglo XIX, junto a las áreas de plantación (de algodón, índigo, pimienta, tabaco), algunas áreas empezaron a especializarse en cereales para el mercado regional, mientras que otras

producen así transformaciones socioeconómicas y demográficas de gran escala, que rompen las autosuficiencias regionales, haciendo a las zonas dependientes del centro de la economía-mundo.

Estos enormes cambios están asociados a, y son impulsados por, un creciente control de la producción por parte de los mercaderes, y estados, del centro de la economía-mundo. Es un proceso de cambio en las correlaciones de fuerzas que va desde mercaderes europeos que sólo acceden a puertos de comercio hasta su control de la producción local; Wallerstein señala: "...de comprar y vender en barcos [se] pasó a hacer encargos comerciales específicos, de ahí a financiar esos encargos mediante anticipos para luego utilizar esos anticipos como estímulo de la producción, y finalmente a organizar [y controlar] la producción..." (1998b 215). La organización de la producción para ajustarla según los intereses de quién la controla a las fluctuaciones del mercado mundial, puede realizarse de manera directa en el lugar de producción, administrando las plantaciones, o estableciéndose como intermediario monopolista en algún cuello de botella del flujo comercial, como un comerciante-banquero que controla a los productores directos a través del control de los flujos comerciales y de préstamos y pagos anticipados a los productores. En el análisis de Wallerstein (1998b) el pago anticipado al productor local por parte de un mercader-banquero es el método más usado por los mercaderes de los países céntricos para establecer una dominación sobre la producción local, así, F.W. Prideaux declaró ante un comité de la Cámara de Diputados británica: "nada se cultiva en India sin anticipos, se trate de azúcar, índigo o cualquier cosa que se cultive para exportarse desde aquel país".¹⁸⁵ La propiedad y administración directa de las plantaciones por parte de los capitalistas europeos, por requerir mayor inversión y riesgo, fue menos común, y se dio hasta algún grado en las dos zonas donde se ejerció el control colonial. En este caso, para lograr un creciente control de la tierra y expandir la superficie dedicada a las plantaciones, también fue central el endeudamiento de los productores directos por el sistema del pago adelantado, para luego forzarlos a vender su tierra, lo que muestra la centralidad de esta forma de relación de poder entre grandes mercaderes-banqueros-

empezaron a exportar trabajadores coloniales [a las zonas de las plantaciones], al principio sólo al sur de la India, pero más tarde a Ceilán, Burma, Malasia, Mauricio y, finalmente, a las Indias Occidentales" (Wallerstein 1998b, 207).

¹⁸⁵ *British Parliamentary Papers, Reports from the Committees, 1848, IX, Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Londres, House Of Commons, página 21; citado en Wallerstein 1998b, 215.

terratenientes y los pequeños y medianos productores locales.¹⁸⁶ El control directo de las plantaciones no fue un requisito para la incorporación a la economía-mundo ya que esta tarea también podía ser asumida por los terratenientes locales. Éstos eran estimulados por la demanda de los mercaderes europeos para convertirse en empresarios capitalistas dedicados al cultivo para el mercado mundial.¹⁸⁷ Además, junto a la transformación productiva, hay un crecimiento en el tamaño de las unidades económicas rurales, ya que las de mayor tamaño se ajustaban mejor a los requerimientos de la producción para el mercado mundial, lo que renovó la presión sobre las tierras comunales y de los campesinos medianos y pequeños.¹⁸⁸ En suma, al igual que en el caso de Europa Oriental, la incorporación de estas cuatro regiones a la economía-mundo implicó cambios mayores en sus estructuras productivas, en las formas de control de la producción y, cómo lo veremos en la sección 2.3.1., en la coerción de la fuerza de trabajo. El cambio fue impulsado por unas relaciones económicas entre los mercaderes occidentales y los mercaderes y productores locales que implicaban relaciones de poder que se fueron haciendo crecientemente desequilibradas, hasta que los mercaderes-banqueros occidentales lograron un dominio prácticamente completo de las economías locales a través de diversos mecanismos económicos, incluso llegando a convertirse, especialmente en las zonas sometidas a control colonial, en mercaderes-banqueros-terratenientes que ejercían directamente la producción y la coerción de la fuerza de trabajo. El resultado del proceso es que los capitalistas del centro de la economía-mundo pasan a ocupar un lugar preeminente en la estructura económica y de dominación de las cuatro zonas,

¹⁸⁶ En la India, “En el último cuarto del siglo XVIII, en respuesta a la falta de oferta en el hemisferio occidental, cierto número de comerciantes privados ingleses establecieron plantaciones [de índigo]. Además, otorgaron anticipos a productores a pequeña escala. Se exigió pronto el pago del anticipo “al primer signo de recesión”, lo que trajo consigo el embargo de tierras, y concentró aún más la propiedad de la tierra” (Wallerstein 1998b, 214; la cita hace referencia a Siddiqi, Asiya, 1973, *Agrarian Change in a North Indian Estate: Uttar Pradesh, 1819-1833*, Oxford, Clarendon, página 151).

¹⁸⁷ Esta conversión hace que en Rusia, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, los nobles empezaran a volver a sus tierras para dedicarse directamente a su administración, lo cual fue fomentado por el estado: “El edicto de 1762, que liberaba a los señores del servicio burocrático, les otorgó la disponibilidad para convertirse en empresarios agrícolas capitalistas” (Wallerstein 1998b, 226).

¹⁸⁸ En el Imperio Otomano; “Stoianovich vincula directamente la difusión del *çiftlik* [plantaciones de gran tamaño] (en particular el *hassa-çiftlik*, más extenso) con la “difusión del cultivo de productos coloniales: el algodón y maíz”... Peter Sugar también destaca su orientación al mercado, la producción de nuevos cultivos y la servidumbre por deudas de sus campesinos. McGowan observa que estaban situados junto al mar y que su desarrollo en el Imperio Otomano tardó “casi siempre estuvo relacionado [...] con el comercio de artículos extranjeros” (Wallerstein 1998b, 215-216, cursivas del autor, citando a Stoianovich, Trian, 1953, “Land Tenure and Related Sectors of the Balkan Economy, 17600-1800”, *Journal of Economic History*, XIII, 4, página 403; Sugar, Peter, 1977, *Southeastern Europe under the Ottoman Empire Rule, 1354-1804*, Seattle, University of Washington; y McGowan, Bruce, 1981, *Economic Life in Ottoman Europe*, Cambridge, Cambridge University Press).

ya que logran reestructurar sus economías en función de sus intereses y de la maximización de los beneficios que podían obtener en el mercado mundial. Para ello relegan a los capitalistas locales, en India y África Occidental, al papel de comerciantes menores o de meros agentes intermediarios con los productores locales, o los transformaron en terratenientes exportadores de productos agropecuarios, en los imperios ruso y otomano, lo cual, si bien era un papel preeminente en la estructura productiva y de dominación local, de la que podían sacar mucho beneficio, los ponía en una relación de dependencia y subordinación de los capitalistas céntricos, que controlaban los flujos comerciales y financieros con la economía-mundo de los que dependían.

2.1.3. La geocultura.

Una de las implicancias que tuvo este proceso general de expansión del sistema-mundo capitalista y de subordinación de las diferentes zonas a una estructura de dominación en la que los estados y capitalistas del centro ocupaban la cumbre de la jerarquía, fue que esta estructura de dominación económica y militar-geopolítica (aspecto que analizaré en el siguiente capítulo) se complementó con una construcción cultural general del sistema-mundo, una geocultura, que abalaba y justificaba las diferencias jerárquicas producidas por las relaciones de poder económicas, geopolíticas y de clases.¹⁸⁹ La geocultura, y lo cultural en general, pasa así a constituirse en un elemento indisociable de las relaciones de dominación del sistema-mundo capitalista. Me detendré brevemente en este aspecto del desarrollo histórico de este sistema.

El sistema-mundo capitalista produjo, desde sus primeros siglos, al menos desde la conquista de América, elementos culturales que difundió por todo el sistema, es decir una geocultura, que le permitía a los capitalistas, a los miembros de las administraciones estatales, al conjunto de las clases y grupos dominantes e incluso a los miembros de los pueblos, clases y grupos

¹⁸⁹ En palabras de Quijano (2000, 2009): “La incorporación de tan diversas y heterogéneas historias culturales a un único mundo dominado por Europa, significó para ese mundo una configuración cultural, intelectual, en suma intersubjetiva, equivalente a la articulación de todas las formas de control del trabajo en torno del capital, para establecer el capitalismo mundial. En efecto, todas las experiencias, historias, recursos y productos culturales, terminaron también articulados en un sólo orden cultural global en torno de la hegemonía europea u occidental. En otros términos, como parte del nuevo patrón de poder mundial, Europa también concentró bajo su hegemonía el control de todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura, y en especial del conocimiento, de la producción del conocimiento”

subordinados, entender el sistema, interpretar la situación y posición de los diferentes pueblos, razas y culturas así como de las clases subordinadas, y conformar “identidades geoculturales”, es decir, una construcción identitaria donde las clases, pueblos, razas, que se ponían en relación jerárquica en relación a otras clases, pueblos, razas, del sistema-mundo. La geocultura surge inicialmente en el marco de las relaciones de poder que distribuyeron en distintas posiciones jerárquicas a los diferentes pueblos, culturas, razas y clases del sistema-mundo, y con el correr de los siglos, con esa jerarquía ya consolidada en una estructura de dominación, la geocultura se profundiza y produce nuevos elementos para hacer más sólida la estructura ideológica que abalaba dicha jerarquía. Finalmente, en el siglo XIX la geocultura también adquirirá elementos ligados a la difusión del liberalismo como perspectiva política de gestión de los estados, sin embargo, siempre se mantendrán los elementos propios de la jerarquización fundantes de esta geocultura. A continuación, realizaré un breve recorrido por la historia de la geocultura hasta el final del período que contempla esta parte del trabajo.

En el caso de la construcción de la geocultura la conquista de América tuvo una importancia central, ya que, como en ninguna otra de las regiones que abarcaba el sistema-mundo en el siglo XVI, en ella se conjugaron diferentes pueblos, razas, culturas en un marco de explotación capitalista que empleó simultáneamente diferentes formas de trabajo: esclavo, servil y asalariado que se distribuían diferenciadamente entre las diferentes razas. Es en el marco de la violencia sobre los pueblos originarios y sobre la población importada como mano de obra esclava, que los conquistadores comienzan a producir una interpretación cultural de sí mismos, de los demás pueblos, culturas y civilizaciones –“los otros”–, de sus relaciones, y de la expansión europea por el mundo, lo que dio origen a una visión ideológica de las relaciones entre los pueblos del sistema-mundo.¹⁹⁰ Desde el lugar del conquistador y luego del dominante, españoles y portugueses comienzan a producir relatos en los que interpretaban la conquista y subordinación de los pueblos americanos, así como los lugares que ocupaban ellos como dominantes y los pueblos que sometían a su control como dominados en el nuevo orden colonial; Lander lo plantea de la siguiente manera: “Con los

¹⁹⁰ Los autores señalan a partir de la conquista de América se produjo: “...the erection of a gigantic ideological overlay to the modern world-system. It established a series of institutions and worldviews that sustained the system, and it invented all this out of the American crucible” (Quijano y Wallerstein 1992, 552).

cronistas españoles se da inicio a la “masiva formación discursiva” de construcción de Europa/Occidente y lo otro, del europeo y el indio, desde la posición privilegiada del *lugar de enunciación* asociado al poder imperial” (2000, 16, énfasis del autor).¹⁹¹ Con esto se comienza a conformar una geocultura en el nuevo orden intercontinental del sistema-mundo capitalista, y el dominio militar y económico fue complementado con un dominio cultural, por lo que el elemento central y fundacional de la geocultura del sistema-mundo es la interpretación ideológica de la jerarquía desde el lugar del dominante.

Una idea central que marca la geocultura y que se origina en el marco de la conquista y explotación colonial de América es la idea de raza (Quijano y Wallerstein 1992), que será central para conformar las identidades históricas que se producen desde el siglo XVI. Quijano (2000) señala que al menos desde la época del Imperio Romano los europeos conocían a los africanos, pero hasta la conquista de América no se pensaba en términos de diferencias raciales. En cuanto al origen del uso del concepto de raza, plantea que no es del todo conocido pero probablemente se sitúa en la América Británica.¹⁹² En cualquier caso, la noción de diferencia racial surge en América y, aunque luego se replantea como diferencia cultural, nunca se pierde el factor racial y, por el contrario, se hace más agudo con el correr de los siglos, particularmente en el siglo XIX con la difusión del darwinismo social (Hobsbawm 2010).¹⁹³ En América la raza fue asociada con los lugares que se asignaban a las poblaciones en la división del trabajo, imponiéndose una división racial del trabajo, donde el trabajo asalariado quedaba asignado a los blancos, el servil a los indios y el esclavo a los negros. Así, mediante la idea de raza el europeo que dominaba en América plantea una diferencia ontológica con los demás pueblos, diferencia que justifican su dominio y sus intervenciones sobre las vidas de las poblaciones dominadas.¹⁹⁴ De esta manera, la idea de raza se usó como

¹⁹¹ La cita es de Mignolo, Walter, *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*, Michigan, Michigan University Press, página 328.

¹⁹² Quijano señala: “La invención de la categoría de color –primero como la más visible indicación de raza, luego simplemente como el equivalente de ella–, tanto como la invención de la particular categoría de *blanco*, requieren aún una investigación histórica más exhaustiva. En todo caso, muy probablemente fueron inventos britano-americanos, ya que no hay huellas de esas categorías en las crónicas y otros documentos de los primeros cien años del colonialismo ibérico en América. [...] Raza es una categoría aplicada por primera vez a los “indios”, no a los “negros”. De este modo, *raza* apareció mucho antes que *color* en la historia de la clasificación social de la población mundial” (2000, 203, nota al pie, énfasis del autor).

¹⁹³ Sobre el recrudescimiento del racismo en Europa durante el siglo XIX, véase la parte final de la sección 2.3.3.

¹⁹⁴ Al respecto Castro-Gómez plantea: “Las nociones de “raza” y de “cultura” operan aquí como un dispositivo taxonómico que genera identidades opuestas. El colonizado aparece así como lo “otro de la razón”, lo cual justifica el ejercicio de un

un instrumento de clasificación social de la población, legitimando las relaciones de dominación y explotación impuestas en el sistema-mundo y, a su vez, produciendo identidades geoculturales a partir de las cuales se organizaban las relaciones de dominación y explotación.¹⁹⁵

Así, a partir de la formación discursiva que se produce junto al sometimiento de los pueblos americanos se va fraguando desde el siglo XVI una identidad europea que se produce en contraposición a lo no europeo. Las culturas e identidades de Europa y del resto del mundo quedan así entrelazadas, y las diferencias que se establecen entre ellas surgen de la interpretación que establecen los dominantes-europeos de las diferencias que observan con los demás pueblos, culturas y razas. Estas interpretaciones van cuajando con creciente profundidad y sofisticación durante los siglos XVII y XVIII a partir de las experiencias imperiales de otros estados europeos, principalmente de Inglaterra y Francia, de tal manera que hacia el siglo XVII los autores de la Perspectiva Decolonial plantean que ya se había consolidado el pensamiento eurocéntrico.¹⁹⁶ Particular importancia en la configuración de esta geocultura eurocéntrica tuvo la Ilustración del siglo XVIII, que se contextualiza en la segunda gran expansión imperialista europea que logra subordinar a civilizaciones como la hindú y establecer una creciente superioridad sobre el “antiguo rival” islámico. Los filósofos de la ilustración, y sus continuadores del siglo XIX, desarrollan extensa y profundamente un discurso eurocéntrico sobre la modernidad, donde Europa es planteada como la culminación del desarrollo sociocultural de la humanidad, y los demás pueblos, culturas y razas son

poder disciplinario por parte del colonizador. [...] Ambas identidades se encuentran en relación de exterioridad y se excluyen mutuamente. La comunicación entre ellas no puede darse en el ámbito de la cultura –pues sus códigos son incommensurables– sino en el ámbito de la Realpolitik dictada por el poder colonial. Una política “justa” será aquella que, mediante la implementación de mecanismos jurídicos y disciplinarios, intente civilizar al colonizado a través de su completa occidentalización” (2000, 153).

¹⁹⁵ Quijano señala que a partir de estas relaciones de poder “...se fueron configurando las nuevas identidades sociales de la colonialidad (indios, negros, aceitunados, amarillos, blancos, mestizos) y las geoculturales del colonialismo (América, África, Lejano Oriente, Cercano Oriente, Occidente y Europa). Las relaciones intersubjetivas correspondientes, en las cuales se fueron fundiendo las experiencias del colonialismo y de la colonialidad con las necesidades del capitalismo, se fueron configurando como un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación bajo la hegemonía eurocentrada” (2007, 94).

¹⁹⁶ Sobre el eurocentrismo Quijano plantea: “Eurocentrismo es, aquí, el nombre de una perspectiva de conocimiento cuya elaboración sistemática comenzó en Europa Occidental antes de mediados del siglo XVII, aunque algunas de sus raíces son sin duda más viejas, incluso antiguas, y que en las centurias siguientes se hizo mundialmente hegemónica... [Se constituye en asociación con] la experiencia y las necesidades del patrón mundial de poder capitalista, colonial/moderno, eurocentrado, establecido a partir de América” (2000, 218).

planteados como fases evolutivas previas, y por tanto como inferiores a Europa.¹⁹⁷ Parte central de este pensamiento es considerar que las diferentes características socioculturales y económicas de Europa y de los restantes pueblos surgen de las propias trayectorias socioculturales, de diferencias culturales intrínsecas a los pueblos, y no a la historia de relaciones de poder establecidas por ellos, con lo que la relación colonial y sus efectos, tanto para la “modernidad” europea como para el “atraso” de los demás pueblos, son ocultados por este discurso. Así, la diferencia cultural entre Europa y los demás pueblos, culturas y civilizaciones se codifica a partir de oposiciones como primitivo/civilizado, mítico/científico, irracional/racional, todo lo cual finalmente deriva en la distinción inferior/superior donde la superioridad europea no tenía cuestión. Esta superioridad europea, y particularmente su monopolio de la civilización y la racionalidad, será esgrimida profusamente para justificar el imperialismo y las intervenciones sobre los países periféricos independientes, queda así reafirmada la “misión civilizadora” de Europa.

Durante el siglo XIX la geocultura continúa reelaborándose y expandiendo su capacidad de producir ideas, discursos e identidades de alcance mundial. Voy a destacar tres desarrollos geoculturales, por una parte, la profundización del discurso eurocéntrico anterior por las Ciencias Sociales, por otra, la adopción de dicho discurso por parte de los nacientes países independientes y en, tercer lugar, el nuevo elemento sociocultural que implicó la difusión de la idea del liberalismo.

En el siglo XIX la profundización del discurso eurocéntrico sobre la modernidad se vincula al nacimiento y consolidación de las ciencias en general y la Ciencias Sociales en particular. En cuanto a las Ciencias Sociales, su origen se da en el contexto cultural del eurocentrismo que impregnaba el pensamiento occidental y su filosofía, y particularmente en el pensamiento liberal que se imponía como hegemónico, por lo que heredan la visión de Europa, y

¹⁹⁷ Castro-Gómez señala: “...los teóricos sociales de los siglos XVII y XVIII (Hobbes, Bossuet, Turgot, Condorcet) coincidían en que la “especie humana” sale poco a poco de la ignorancia y va atravesando diferentes “estadios” de perfeccionamiento hasta, finalmente, obtener la “mayoría de edad” a la que han llegado las sociedades modernas europeas. El referente... ..para definir cuál es el primer “estadio”, el más bajo en la escala del desarrollo humano, es el de las sociedades indígenas americanas tal como éstas eran descritas por viajeros, cronistas y navegantes europeos. [...] “Al comienzo todo era América”, es decir, todo era superstición, primitivismo, lucha de todos contra todos, “estado de naturaleza”. El último estadio del progreso humano, el alcanzado ya por las sociedades europeas, es construido, en cambio, como “lo otro” absoluto del primero y *desde su contraluz*. Allí reina la civilidad, el Estado de derecho, el cultivo de la ciencia y de las artes. El hombre ha llegado allí a un estado de “ilustración” en el que, al decir de Kant, puede autolegislarse y hacer uso autónomo de su razón” (2000, 154, énfasis del autor).

particularmente de la sociedad liberales del centro, como la culminación natural de un proceso histórico-civilizatorio, y reformulan los planteamientos de los cronistas de la conquista de América y de los filósofos iluministas en términos “científicos”. Así, las Ciencias Sociales, toman y replantean ideas básicas del paradigma moderno/colonial eurocéntrico, por ejemplo: la visión de la historia asociada a la idea de progreso, según la cual cada sociedad lleva trayectorias propias, independientes de su posición en el sistema-mundo y de la intervención del centro sobre ellas; la naturalización de las relaciones sociales que se enmarcan en la sociedad liberal; la caracterización de las sociedades occidentales a partir de elementos únicos, no presentes en el resto de las sociedades (ética protestante, racionalidad instrumental, estados burocráticos-rationales, libre mercado, etc.);¹⁹⁸ como contrapartida, la caracterización de las sociedades no occidentales a partir de características culturales intrínsecas diferentes del occidente; el posicionamiento del estado como la esfera que racionaliza al conjunto de la vida social, utilizando la asesoría técnica de los científicos sociales para intervenir en cada vez más amplios aspectos del mundo social. Este último punto será de central importancia en las relaciones centro-periferia del siglo XX, por el vínculo entre el conocimiento y las intervenciones políticas que se despliegan en las periferias, pero ya en el siglo XIX se fundan disciplinas que buscan hacer más comprensible para los administradores coloniales el panorama sociocultural de las colonias. Es en el contexto del paso del siglo XVIII al XIX que Said (2008) sitúa el origen del Orientalismo, la disciplina que buscó producir un discurso científico de las culturas no europeas (particularmente de las “grandes civilizaciones” con escritura e “historia”, ya que las culturas sin escritura y “sin historia” quedaban para la etnografía). Específicamente Said plantea que con la invasión de Napoleón a Egipto se origina el inicio del Orientalismo moderno, por el

¹⁹⁸ Esto es particularmente claro en los párrafos iniciales de *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, donde Weber se pregunta por el origen de las cualidades particulares de occidente que vincula con la racionalidad: “...;qué serie de circunstancias ha determinado que sólo sea en Occidente donde hayan surgido ciertos sorprendentes hechos culturales... ..los cuales parecen señalar un rumbo evolutivo de validez universal [...] Es únicamente en los países occidentales donde existe “ciencia”... Fuera de Occidente no hay una ciencia jurídica racional... ..tan sólo en Occidente ha existido la música armónica racional... ..fuera de Occidente, no se tenía idea de la utilización racional de la bóveda gótica... ..el funcionario especializado, piedra angular del Estado y de la economía moderna en Europa, es producto occidental... ..tan sólo el Occidente ha establecido parlamentos con “representantes del pueblo”... El Occidente es, también, el único que ha conocido el “Estado” como organización política, en base a una “constitución” establecida, a un Derecho estatuido y con una administración a cargo de funcionarios especializados, conducida por reglas racionales positivas: las “leyes”... ..en Occidente existe un tipo de capitalismo desconocido en cualquier otra parte del mundo: la organización racional-capitalista del trabajo básicamente libre” (1996, 7-12).

vínculo que Napoleón quiso realizar entre la producción de conocimiento sobre la sociedad y culturas de Egipto, para lo que fundó el *Institut d' Égypte*, con la administración colonial que quería implantar.¹⁹⁹

En el marco de las nuevas Ciencias Sociales que se difundían en el centro del sistema-mundo durante el siglo XIX, adquiere una importancia central el liberalismo. Como se verá en el próximo capítulo, desde el origen del sistema-mundo el libre comercio internacional generalmente fue practicado por los países periféricos independientes, ya que los terratenientes capitalistas que solían dominar las políticas estatales de esos países tenían interés en colocar sin trabas sus producciones silvoagropecuarias en el mercado internacional. Por el contrario, los países céntricos generalmente utilizaban políticas mercantilistas en su competencia con otras potencias céntricas. En las ocasiones en que las potencias céntricas se enfrentaban con países semiperiféricos que buscaban mantener políticas mercantilistas cómo con países que estaban en proceso de incorporación al sistema-mundo y que se cerraban al comercio, las potencias céntricas los inducían a adoptar el libre comercio ya sea a través de tratados comerciales firmados en algún momento de debilidad o simplemente por la fuerza. Así, el libremercado se difundía más a través de la “política de las cañoneras” que de las ideas del liberalismo. Esto cambia a principios del siglo XIX, ya que cobra relevancia la difusión de las ideas libremercadistas, lo que tiene incidencia en las relaciones de poder centro-periferia. Esto se produce en el momento en el que el Reino Unido comenzaba a ejercer un completo dominio de la economía-mundo y, por tanto, podía prescindir de las políticas mercantilistas y difundir la idea abstracta del libre mercado que estaba en condición privilegiada de aprovechar. Eso fue lo que hicieron los nuevos economistas inspirados por la Escuela de Manchester, que tenían activos difusores en los capitalistas británicos y sus agentes que recorrían el mundo, y en todo tipo de personajes ilustrados que llegaban a las periferias con las nuevas certezas científicas producidas en el centro.

¹⁹⁹ Fourier, en el prefacio de la *Description de l' Égypte*, explicita el rol que se esperaba tuvieran las ciencias en la administración imperial: “[Napoleón] quería ofrecer a Oriente el útil ejemplo de Europa, y, finalmente, pretendía hacer la vida de los habitantes más agradable y procurarles las ventajas de una civilización perfeccionada... Nada de esto podía conseguirse sin aplicar las artes y las ciencias al proyecto” (Fourier, *Préface Historique*. En *Description de l' Égypte*, vol 1, página iii; citado por Said, 2008, 125).

En el inicio del siglo XIX también se produce la independencia política de los países latinoamericanos. Desde la Perspectiva Decolonial se plantea que con la independencia el paradigma de interpretación cultural no cambia, los nuevos países independientes se mantuvieron en la geocultura que ya tenía tres siglos. Las independencias de los países de América Latina fueron llevadas a cabo por las minorías blancas que ya dominaban la vida social, económica y cultural de las colonias, las que se identificaban culturalmente con Europa, por lo que continuaron reproduciendo internamente la geocultura eurocéntrica.²⁰⁰ El racismo, la idea de la misión civilizadora que los estados asumían hacia sus pueblos originarios, el desprecio al mestizaje, las explicaciones culturalistas sobre la condición de las poblaciones pobres, fueron ideas que permanecieron, y permanecen, entre las élites criollas en su trato con las clases subordinadas de América Latina y que también asume la generalidad de la población.²⁰¹ Así, el proceso de independencia no produjo la descolonización cultural, más bien mantuvo y rearticuló los planteamientos de la geocultura sobre la institucionalidad de la independencia estatal.

La permanencia de la geocultura en los nuevos estados independientes también se reflejó en la rápida adopción de la nueva matriz geocultural del sistema-mundo, el liberalismo. El liberalismo como ideología estatal fue adoptado por parte de las clases dominantes latinoamericanas en las primeras décadas del siglo XIX. América Latina se independizó en el momento en el que el Reino Unido empieza su completo dominio de la economía-mundo, lo que es relevante para explicar que la apertura comercial que llevan a cabo los países de la región, a los pocos años de lograda su independencia, se pudiera hacer en nombre de la idea de la economía liberal difundida por la nueva ciencia enfocada en aumentar la “riqueza de las naciones”, la economía, que rápidamente fue difundida en América Latina, incluso en las

²⁰⁰ Mignolo plantea: “La diferencia colonial se transformó y reprodujo en el período nacional y es esta transformación la que recibió el nombre de “colonialismo interno.” El colonialismo interno es, pues, la diferencia colonial ejercida por los líderes de la construcción nacional. Este aspecto de la formación de la conciencia criolla blanca es el que transformó el imaginario del mundo moderno/colonial y estableció las bases del colonialismo interno que atravesó todo el período de formación nacional” (2000, 68).

²⁰¹ Por ejemplo, Gissi y Ghío (2017) argumentan que la inclusión de Chile en la geocultura del sistema-mundo puede explicar el trato diferenciado que reciben los inmigrantes de piel negra, ya que este es un tipo de población prácticamente inexistente en el país hasta hace una década atrás, por lo que el trato diferenciado y el racismo del que son objeto no se puede explicar por una cultura “nacional”.

regiones que aún no eran independientes.²⁰² Con ello las clases dirigentes latinoamericanas encontraron en el liberalismo difundido como ciencia económica una buena justificación para dejar atrás las políticas mercantilistas de la época colonial, que persistieron por un tiempo, permitiendo la apertura comercial que era conveniente para colocar sus exportaciones en las economías del centro. Así, por sobre las controversias políticas del siglo XIX, se produjo un amplio consenso entre las clases dominantes de América Latina sobre la idea del libre comercio internacional, por lo que el libremercado fue adoptado tanto por conservadores como por liberales (Safford, 1991). Estas ideas se fueron haciendo crecientemente dominantes con el correr del siglo XIX, ya que inicialmente, aunque la mayor parte de las clases dirigentes comulgaban con las ideas liberales, en diferentes ocasiones, ante la masiva llegada de manufacturas británicas, se utilizaron medidas proteccionistas para resguardar algunas manufacturas nacionales y para intentar promover la industrialización.²⁰³ Luego, a partir aproximadamente de 1845, los principios liberales se aplicaron sin mayores matices para promover las exportaciones al centro.²⁰⁴ Esta situación se mantuvo, pese a algunas

²⁰² Hobsbawm señala que en América Latina las primeras cátedras de economía política se abrieron a inicios del siglo XIX, todas con orientación liberal, por ejemplo, en Brasil en 1808, en Cuba en 1818 y en Argentina en 1823 (Hobsbawm 1997b, 243). Gárate (2012) señala que en el caso chileno, en 1819 en la carrera de derecho se incorpora un curso de economía política fundamentado en la obra de economista liberal Jean-Baptiste Say, y en 1820 lo mismo sucede en el Instituto Nacional.

²⁰³ Las políticas económicas internas fueron más controvertidas producto de las diversas presiones que los diferentes grupos capitalistas efectuaban a sus respectivos estados, y por el uso que se hacía de los recursos fiscales que muchas veces se dirigían a apoyar, a subvencionar, a las industrias de los grupos capitalistas dominantes, incluyendo a los extranjeros (véase Halperin 1991 y Safford 1991).

²⁰⁴ Safford señala (1991, 74): “Entre 1820 y 1845 la mayoría de los que más tarde fueron conocidos como conservadores y liberales profesaban los principios económicos liberales manchesterianos... Esta tendencia... se hizo aún más fuerte después de 1845, cuando la mayor parte de Hispanoamérica se incorporó más estrechamente al sistema comercial atlántico. En los años treinta había habido motivos para estar en desacuerdo. Por un lado, el serio desequilibrio de la balanza comercial con Inglaterra y Francia dio pie al argumento de proteger la industria del país [y tanto liberales como conservadores cambiaron de política cuando la situación lo exigió], mientras que, por otro, la hegemonía de la teoría económica liberal daba fuerza a la heroica —aunque acaso equivocada— adhesión (si es que no estaba mal orientada) a los principios del libre comercio. Sin embargo, después de 1845, la realidad y la teoría ya no estuvieron tan claramente enfrentadas y hubo tendencia a apoyarse mutuamente. La creciente demanda europea y norteamericana de materias primas hispanoamericanas permitió que la mayoría de estos países pudieran equilibrar su comercio con el exterior, por lo que parecía justificada la fe económica liberal en el libre comercio. Por consiguiente, de 1845 a 1870, en la mayoría de los países prácticamente hubo unanimidad al menos en los aspectos comerciales del liberalismo económico”. En relación a Chile, Gárate (2012) también plantea que ya en la década de 1820 el pensamiento económico liberal era aceptado, entre las élites que lo conocían, como una teoría “científica” abstracta y general, aunque también tenían defensores argumentos a favor de políticas proteccionistas y del rol económico del estado, cómo el fomento industrial, planteamientos que se aplicaban como “desviaciones” a la idea liberal general producto de las necesidades específicas de una economía aún débil, tomando además como ejemplo casos exitosos de mercantilismo como el de Estados Unidos y Alemania. Esto cambia hacia mediados del siglo XIX, ya que en 1855 llega al país, traído por el gobierno de Manuel Montt, el economista liberal francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil para establecer la cátedra de economía política en la Universidad de Chile y el Instituto Nacional, y como consultor del Ministerio de Hacienda, con lo que la difusión de las ideas económicas liberales las transforman en dominantes y se asumen ampliamente en las políticas de los siguientes gobiernos chilenos.

controversias a partir de la crisis mundial de la década de 1870, sin mayor cuestionamiento hasta el final del período al que aquí me refiero. Así, el ejemplo de América latina permite apreciar que la geocultura continuaba penetrando en las periferias, incluso luego de conseguidas sus independencias.

2.2. Estados y geopolítica del sistema-mundo.

El estado es un actor y un espacio central de las relaciones de poder y dominación, y en el marco del sistema-mundo capitalista los estados han tenido un papel protagónico en su expansión, en las relaciones de poder que aloja el sistema y en la forma que adquiere su estructura de dominación a nivel nacional e internacional. En esta sección abordaré el papel histórico del estado en las relaciones de poder y en la estructura de dominación del sistema-mundo, por una parte, a nivel “nacional” abordaré la relación entre los estados y las clases sociales, particularmente los vínculos entre capitalistas y estados, por otra parte, a nivel internacional, las relaciones geopolíticas entre los diferentes estados. Abordo ambos temas de manera conjunta, para resaltar el vínculo entre la forma de la relación estado-capitalistas en los países céntricos y periféricos con las políticas internacionales de estos países y, por tanto, con la geopolítica. Estos temas debieran ser abordados considerando los diferentes tipos de países céntricos, semiperiféricos y periféricos; las diversas formas de las relaciones entre los estados y las clases dominantes que se dan en ellos; y las relaciones geopolíticas entre los distintos tipos de países; además de los diferentes contextos históricos. Así, la amplitud del problema es enorme, por lo que a continuación sólo podré realizar una aproximación a las aristas que considero más relevantes de estas problemáticas. Específicamente me detendré en: (1) las relaciones entre estados y capitalistas en el contexto de países céntricos y periféricos, y sus implicancias en términos de la fortaleza de los estados y de los tipos de políticas que llevan a cabo; (2) las relaciones geopolíticas entre los estados y capitalistas de los países céntricos y semiperiféricos que buscan ascender en la jerarquía económica y geopolítica, y entre éstos y los países periféricos y semiperiféricos que están en un proceso de descenso en dicha jerarquía.

Antes de iniciar este recorrido cabe recordar un elemento central de la estructura del sistema-mundo. Cuando se toma al sistema-mundo como totalidad social, como contexto en la que se desenvuelven las relaciones de poder, un factor estructural central es el hecho de que existen múltiples estados en su seno, por lo que cada estado tiene jurisdicción sobre un territorio limitado de este sistema social. Por su parte, los capitalistas desarrollan sus actividades traspasando múltiples fronteras estatales, por lo que mantienen relaciones con su estado y con otros diversos estados. Esta situación estructural existe desde los más tempranos

orígenes del sistema-mundo, ya que éste surge del extremadamente atomizado y conflictivo marco estatal y geopolítico medieval,²⁰⁵ y los primeros grandes capitalistas se situaban en ciudades-estado con exiguos territorios, lo que provocó que inmediatamente se desarrollaran como capitalistas transnacionales y entraran en relación con diversos estados.²⁰⁶ En este marco no es de extrañar que los grandes mercaderes pudieran ejercer un enorme poder sobre los estados, ya que esta situación les otorga una ventaja estructural sobre los estados en sus relaciones de poder, al tener cierto margen para elegir los lugares donde comprar o vender sus mercancías, al poder definir a que reyes financiaban o incluso al tener la posibilidad de emigrar de un estado a otro. Esta ventaja puede o no ser aprovechada por los capitalistas en cada caso concreto,²⁰⁷ pero es una condición estructural de este sistema social, por lo que se debe tener presente a lo largo de este capítulo.

2.2.1. Estados y capitalistas en el centro y la periferia.

El origen del sistema-mundo, y particularmente de su centro, se caracteriza por un cierto número de ciudades mercantiles que, hacia el siglo XII y XIII, comenzaron a tener éxito en el comercio de larga distancia y en las finanzas internacionales. Este éxito requirió combinar en un círculo virtuoso a capitalistas y estados crecientemente poderosos, que pudieron someter, cuando fue necesario mediante la fuerza económica y/o diplomática/militar, a las

²⁰⁵ Holmes describe de la siguiente manera la geopolítica de la Edad Media: "...Europa Occidental estaba extraordinariamente dividida [...] Desde el primitivo imperio de Carlomagno en el siglo IX, Europa había evitado la atrofia de un gobierno universal. La condición política normal de gran parte del continente era una fragmentación de la autoridad rayana en la anarquía. Su historia política es una madeja de conflictos irrelevantes, donde resulta difícil desenredar los acontecimientos más significativos..." (1978, 3).

²⁰⁶ Ya en 1338 el cronista florentino Giovanni Villani hace el siguiente relato de la relación entre grandes mercaderes florentinos y los reyes de Inglaterra y Francia durante los primeros años de la Guerra de los Cien Años: "Durante esta guerra de los reyes de Francia e Inglaterra, los mercaderes del rey de Inglaterra fueron los de las compañías Bardi y Peruzzi de Florencia. Por sus manos pasaban todos los ingresos y lanas y otras cosas y de ellos suministraban todos sus gastos, salarios y otras necesidades. Los gastos y otras necesidades del rey superaban hasta tal punto las rentas e ingresos [que no pudo pagar. El error de los Bardi y Peruzzi] fue que llevados por su codicia, o por el ansia de recobrar lo que de manera tan insensata habían prestado, pusieron toda su riqueza y las de otros en manos de un solo señor. [...] Y para empeorar el mal estado de estas compañías, el rey de Francia se apoderó de sus asociados y de sus bienes en París y en todas las partes de su reino..." (citado en Holmes 1978, 75-76).

²⁰⁷ Incluso grandes imperios, como el Imperio Español durante el reinado de Felipe II, tuvieron que ceder frente a los capitalistas extranjeros que eran centrales para sus finanzas, en ese caso, los genoveses. Braudel relata que en el siglo XVI los capitalistas genoveses manejaban las finanzas del Imperio Español y controlaban los tráfico de oro y plata desde América al resto de la economía-mundo. Su poder frente a la corona era tal que "Cuando el Rey Católico, en 1575, decide prescindir de sus servicios y actúa con severidad contra ellos, logran bloquear los circuitos del oro. Las tropas españolas no pagadas se amotinan y saquean Amberes, en noviembre de 1576. El rey, finalmente, deberá ceder" (1984c, 133). Sin embargo, los capitalistas también dependen de los estados, así, uno de los factores que provocan la decadencia de Génova como un centro de la economía-mundo es la quiebra del estado español en 1627 (Braudel 1984c).

zonas que pudieran resistirse a ser integradas a sus áreas económicas o transformadas en función de la acumulación capitalista que estaban llevando a cabo, y derrotar la competencia de otras ciudades mercantiles. Las fuerzas económica y diplomático/militar se complementaban mutuamente, la primera se concretizaba en los monopolios económicos y su capacidad para reestructurar y dirigir las economías locales en función de los vínculos económicos transnacionales que controlaban (lo que revisé en la sección anterior), y la segunda se plasmaba en la capacidad de los estados para desplegar influencia o presión diplomática y/o militar sobre otros estados, facilitando la acción de sus capitalistas, así como en el control de puntos estratégicos para el comercio.²⁰⁸ En este contexto los capitalistas y sus estados se necesitaban mutuamente para situarse en el centro del sistema en formación. Unos capitalistas sin estados fuertes que respaldaran las inversiones que realizaban fuera de sus fronteras tendrían menores posibilidades de desenvolverse en la economía transnacional, estados sin capitalistas de gran riqueza tendrían menos recursos para desenvolverse en la conflictiva geopolítica europea de la época, lo que equivalía –para el conjunto estado-capitalistas– ser desplazados del centro a una condición semiperiférica o periférica. Por ello, en los casos donde esta combinación fue exitosa, y se produjo el círculo virtuoso de capitalistas y estados crecientemente poderosos, los estados se identificaron con los intereses de los mercaderes-banqueros y éstos tomaron un papel político central, constituyéndose en una clase dominante que ejercería un gran control del estado, particularmente en el caso de ciudades-estados que eran independientes, cómo las del norte de Italia, donde no había un soberano con intereses propios, ni clases terratenientes significativas con intereses diferentes a los mercantiles, ni clases medias –los gremios– o populares –trabajadores urbanos, campesinos– capaces de ejercer gran presión sobre los estados en direcciones opuestas a los intereses capitalistas. Así, en el caso de las ciudades mercantiles que dominaron la economía-

²⁰⁸ Para el caso de Venecia Braudel enfatiza esta mutua potenciación entre la fuerza de los monopolios capitalistas y los estados: “Es cierto que la economía-mundo que rodea a esas ciudades [mercantiles que ocupan el centro] es en sí misma una red todavía frágil. Pero, si se desgarrara, el desgarrón puede repararse sin demasiada dificultad. Es una cuestión de vigilancia, de fuerza empleada en el momento oportuno [...] Para mantener esos espacios demasiado vastos, es suficiente poseer puntos fuertes (Candia, ocupada por Venecia en 1204; Corfú, en 1383; Chipre, en 1489...); basta establecer monopolios oportunos que se mantienen como lo hacemos con nuestras máquinas. Y estos monopolios funcionan bastante a menudo por sí mismos, en razón de la velocidad adquirida, aunque los disputen, evidentemente, ciudades rivales...” (1984c, 65).

mundo capitalista durante sus primeros siglos, la identificación entre el estado y sus mercaderes-banqueros capitalistas fue prácticamente completa.²⁰⁹

Hacia los siglos XVII y XVIII, el centro del sistema-mundo se resituó en estados territoriales más amplios, particularmente Francia y el Reino Unido que se disputan el centro del sistema. En este contexto la situación se complejiza, ya que en estos estados había un soberano “absoluto” con su burocracia estatal, aristócratas “feudales”, terratenientes, granjeros medianos, zonas manufactureras, diversas ciudades y regiones con sus particularidades económicas y, clases populares –campesinos, vagabundos, trabajadores pobres de las ciudades– que en ocasiones podían resistir el empuje capitalista. Todo esto hace que se amplíe el número de intereses que los estados debían considerar, incluyendo el propio interés del soberano y de su burocracia. Al contemplar los intereses del estado, se debe considerar un conjunto de dificultades que enfrentaban los estados territoriales, que afectaban sus relaciones con las clases sociales y en particular con las clases dominantes y los capitalistas. Hacia el siglo XVI y XVII los estados territoriales europeos aún estaban en formación, en términos de la conformación de una burocracia y ejército estatal, de la consolidación de su territorio y de la formación de una economía nacional. La formación de una economía nacional es un proceso lento, posterior a la consolidación de la economía-mundo, y que es llevado a cabo por los estados y capitalistas que ya estaban vinculados a la economía-mundo (Braudel 1984c). El interés de los capitalistas era potenciar su inserción en la economía mundo con una base territorial y productiva mayor. El interés de los estados estaba en conformar una economía nacional que le permitiera financiar su burocracia y su ejército para consolidar el territorio que aspiraba gobernar, favoreciendo para ello los sectores económicos que en el momento parecían más auspiciosos para la recaudación de impuestos, lo cual podía enfrentar diversos intereses económicos entre sí y con el estado.

Al igual que las ciudades-estado céntricas, los estados territoriales que aspiraban a ser parte del centro del sistema-mundo, es decir, aquellos que buscaban dominar las relaciones geopolíticas y económicas, necesariamente tendrían que considerar con preeminencia los intereses de los mercaderes que actuaban en el mercado mundial, ya que ellos tenían la

²⁰⁹ Arrighi señala que en la Venecia del siglo XV “una oligarquía capitalista mercantil mantuvo el poder estatal firmemente bajo su control” (2009, 38), lo que constituyó un “modelo perfecto” de estado capitalista.

posibilidad de entregarles más ingresos a las arcas fiscales, y eran centrales para las políticas mercantilistas a través de las cuales buscaban posicionarse en el centro del sistema-mundo. Así, mientras mayor éxito tuvieran los mercaderes, mayores recursos podrían entregar a su estado. Por ello, el punto crucial para un estado céntrico era “alinearse” la economía nacional con los intereses mercantilistas, y particularmente delicado era compatibilizar los intereses de los terratenientes en general y de los aristócratas en particular. Las tensiones que este proceso producía entre el estado y las clases dominantes pueden ejemplificarse con el caso inglés en el período que desemboca en las guerras civiles de entre mediados y finales del siglo XVII, país que es el caso más exitoso de estado territorial céntrico de este período, ya que entre los siglos XVI y XIX se va posicionando cada vez con mayor fuerza en el centro del sistema-mundo hasta convertirse en el país dominante de la economía mundial.

Inglaterra enfrentó el proceso de conformación de su economía nacional con algunas ventajas con respecto a su competencia, particularmente Francia, ventajas fundamentales para entender su éxito. Luego que Inglaterra fuera derrotada y expulsada de Francia al finalizar la Guerra de los Cien Años (1453), se enfrentó con la facilidad de tener que crear una economía nacional en un país relativamente pequeño, con una gran cantidad de vías de transporte acuáticas –que eran mucho más expeditas, rápidas y permitían mayores volúmenes de carga que las terrestres–, por el mar que rodeaba la isla y por una gran cantidad de ríos y canales que la cruzaban.²¹⁰ Inglaterra también estaba en una posición central en el punto de unión entre los florecientes comercios del Báltico y del Atlántico. Además, Inglaterra tuvo pocas confrontaciones bélicas y una paz interna mucho mayor que el continente, que en los siglos XVI y XVII se debatió en guerras de religión, lo que permitió mantener un ejército pequeño con el consiguiente alivio para las arcas fiscales y la menor necesidad de impuestos.²¹¹ Estas

²¹⁰ Hobsbawm (1997b) resalta que ningún punto del Reino Unido está a más de 70 millas de la costa, lo que facilitaba la actividad económica, incluso en el siglo XIX, donde todas las zonas industriales tenían acceso expedito al mar. Braudel (1984c) muestra las dificultades que enfrentó Francia por la magnitud de su territorio en comparación con las ventajas que tenía Inglaterra, por las facilidades de su tamaño mediano y las que le otorgaban las vías acuáticas para el cabotaje. Además Braudel enfatiza las diferentes orientaciones económicas de las regiones francesas, la atlántica, la mediterránea, el interior, la zona oriental, París y Lyon, etc., que con el correr de los siglos crean distintas particiones de la economía francesa en zonas con orientaciones económicas diversas, con diferentes niveles de desarrollo, diferentes grados y formas de inserción en la economía internacional, etc., problemas que no enfrentó Inglaterra por la indiscutida preeminencia que tuvo Londres en todo el período.

²¹¹ Además, las guerras fueron especialmente intensas en los Países Bajos Españoles, que tenían una industria textil que competían con la inglesa. Veblen (1966, 92) señala: “La Inglaterra isabelina tenía la ventaja que le daba en materia empresarial el que el resto de la cristiandad estuviera en esos momentos envuelta en guerras destructivas que, por fortuna

condiciones favorables facilitaron el proceso económico-político de conformación de una economía nacional y de consolidación de un estado territorial, y otorgaron ventaja a Inglaterra en la competencia por el centro del sistema-mundo capitalista.

Wallerstein (2003) señala que hacia el siglo XV los mercaderes ingleses estaban retrocediendo sistemáticamente del comercio Báltico, y sus tradicionales exportaciones de cereales y madera estaban siendo reemplazadas por la producción más amplia de Europa Oriental, induciéndolos a centrarse en la lana y los paños. Esto llevó a que los mercaderes presionaran por políticas mercantilistas al estado, como la expulsión de los mercaderes extranjeros, italianos y hanseáticos, y la conformación, con el aval del estado, de un monopolio de comerciantes de telas –el *Fellowship of Merchant Adventurers*–. En el marco de estas políticas, dada la importancia del comercio de telas, se prohibió en 1614 la exportación de lana para impulsar la más rentable industria textil para la exportación.²¹² El comercio de paños en el que se centraron los comerciantes tenía la ventaja –para el estado y para la conformación de una economía nacional– de incluir en su cadena productiva a las zonas rurales, ya que, por una parte, la manufactura textil se situaba en estas zonas y, por otra, la producción de lana que requería permitió rentabilizar las tierras que se transformaron en pastizales para el ganado. Además, el resto de la tierra se volvía más escasa y se dedicaba a cultivos con valor agregado para el mercado interno, ya que el consumo básico de cereales se aseguraba con el comercio con Europa Oriental. Así, los intereses de los mercaderes capitalistas comenzaron a ocupar el centro de atención del estado.

En cuanto a la clase terrateniente, Wallerstein (2003) repasa los debates sobre el rol económico de las diferentes clases poseedoras de tierras, la aristocracia, la *gentry* y los *yeomen*, que convencionalmente se entienden, respectivamente, como terratenientes “feudales”, como “nuevos” terratenientes capitalistas y como agricultores capitalistas medianos (también “nuevos”). Wallerstein rechaza la validez que tendrían estas distinciones

para la comunidad industrial inglesa, cayeron con excepcional severidad sobre los más capaces de sus rivales industriales y comerciales” (Veblen, Thorstein, 1966, *Imperial Germany and Industrial Revolution*, Ann Arbor, Ann Arbor Paperbacks; citado en Wallerstein 2003, 332).

²¹² Wallerstein señala que el comercio de lana declinaba en el siglo XV por “...la competencia española, el crecimiento de las exportaciones textiles, y la absorción de lana por la industria textil de la propia Inglaterra [...] La exportación de lana fue prohibida formalmente en 1614, momento en el que Inglaterra intentó regular el comercio de lana de Irlanda, convirtiendo a Irlanda en exportadora de lana, pero no de tela, y sólo a Inglaterra” (2003, 324).

para definir clases económicas diferenciadas, ya que plantea que estas categorías presentan muchas ambigüedades para la definición clara de clases, por el frecuente paso de individuos de una a otra y por los diferentes papeles económicos de personas de una misma categoría.²¹³ Particularmente la aristocracia, si bien estaba definida jurídicamente, no podía ser identificada con un rol económico “feudal” o “precapitalista”, por el contrario, participó activamente de las posibilidades económicas que abría la posición inglesa en la economía-mundo, como empresarios agrícolas y no agrícolas que buscaban rentabilizar al máximo sus inversiones en el mercado nacional y mundial, por lo que Wallerstein señala que “...no existía correlación directa entre el status social y la adaptabilidad a las exigencias de la agricultura capitalista” (2003, 337).²¹⁴ En este sentido, en los siglos XVI y XVII la aristocracia y la *gentry* se constituyeron en una sola clase de grandes terratenientes capitalistas, “...la “vieja” distinción entre aristocracia y *gentry* estaba perdiendo su significado” (Wallerstein 2003, 349). En cuanto a sus intereses económicos, gracias al cada vez más importante papel de la exportación textil y su vínculo con la cría de ganado para la lana, los terratenientes –aristócratas, *gentry*, o *yeomen*– no tenían intereses divergentes con los de los mercaderes ni con las políticas mercantilistas del estado. Sin embargo, la relación de los terratenientes con el estado se tensionó. Por una parte, los antiguos aristócratas feudales vieron mermada su importancia política, central hasta ese entonces, debido a que el estado buscaba consolidar su burocracia y en particular el ejército nacional, lo que menoscababa directamente su papel político y militar. Por otra parte, el estado, en su intento por consolidar un cuerpo de funcionarios propio, buscó beneficiarlos con la repartición de tierras que realizó luego de la expropiación de los bienes de la Iglesia Católica durante el reinado de Enrique VIII (que además se apropió de buena parte de la tierra, convirtiendo a la

²¹³ Por ejemplo, los títulos nobiliarios sólo se traspasaban a los hijos mayores, por lo que miembros de una misma familia podían pertenecer a la aristocracia (el hijo mayor) y a la *gentry* (los hijos menores). Además, a partir de 1603 los títulos nobiliarios podían venderse, por lo que miembros de la *gentry* podían convertirse en aristócratas (Wallerstein 2003).

²¹⁴ Stone (1957, 61) incluso le otorga un papel más protagónico a la aristocracia que a otras clases sociales en cuanto a la iniciativa capitalista: “En este período la nobleza cubría un papel que ninguna otra clase, ni la *gentry* ni los comerciantes, podía o quería emular [...] La importancia de la aristocracia en este período se debe en buena medida a su disposición a apoyar y financiar nuevas empresas, consideradas como peligrosas, y que por lo tanto no conseguían el apoyo de grupos sociales más cautelosos. Dado que la minería a gran escala y las industrias metalúrgicas aún eran novedades en el período Tudor, se pusieron a la cabeza de su expansión. Dado que el comercio y la exploración oceánicas eran novedades, también en ellos desempeñaron un papel prominente” (Stone, Lawrence, 1957, “The Nobility in business, 1540-1640”, en *Explorations in Entrepreneurial History*, X, 2; citado en Wallerstein 2003, 338, cursivas del autor).

corona el principal terrateniente de Inglaterra), produciendo un conflicto entre la corte y los terratenientes agrícolas que no eran funcionarios, sin importar si eran aristócratas o *gentry*.²¹⁵ A mediados del siglo XVII la relación del estado con el conjunto de los capitalistas se complejizó por las crecientes necesidades financieras que enfrentaba el estado ante los problemas que enfrentaba: la unificación regional aún no consolidada con Irlanda y Escocia, la unificación religiosa, y los problemas geopolíticos y en particular la pretensión de Carlos I de entrar en guerra con España, para lo cual requirió un alza de impuestos que el parlamento no quiso conceder. Este conflicto se agudizó, ya que el estado, particularmente bajo los Tudor, buscó aumentar su control y dirección de la economía, y beneficiar al círculo de capitalistas vinculados a él, mientras aumentaba los impuestos para financiar el ejército. También el estado buscó limitar el impacto de la agricultura capitalista en las clases populares, empujadas fuera de sus tierras individuales y comunales por la extensión de la ganadería y el proceso de cercado, y obligadas a transformarse en una especie de masa vagabunda y lumpenproletaria proclive a la revuelta, por lo que buscó moderar algunos aspectos del desarrollo capitalista rural.²¹⁶ La guerra civil surge en este marco de tensiones entre los capitalistas y el estado (a lo que se sumaban los conflictos religiosos, los problemas con la incorporación de Irlanda y Escocia y la amplia miseria que había causado el proceso de cercados).

La derrota de la monarquía frente al parlamento, en 1688, transforma el estado y lo hace aún más proclive a asumir como propios los intereses capitalistas, al otorgarle nuevos poderes al parlamento. Sin embargo, no se puede considerar simplemente que de aquí en adelante en el Reino Unido el estado sea dominado por los capitalistas, ya que en el caso de un país céntrico

²¹⁵ Trevor-Roper (1951, 26-27, cursivas del autor) señala: “En lugar de la distinción entre “nuevos” y “viejos” terratenientes, entre nobleza y *gentry*, sugeriría que la distinción significativa en la sociedad terrateniente de los Tudor y de los Estuardo sería la distinción entre “la corte” y “el campo”, entre los funcionarios y los simples terratenientes [...] ¿Qué fortunas hicieron los funcionarios de Enrique VIII que llevaron a cabo la nacionalización de la propiedad monástica? Naturalmente las mejores gangas fueron a parar a ellos y a sus agentes locales, la *gentry* funcional de los condados” (Trevor-Roper, H. R., 1951, “The Gentry, 1540-1640”, en *Economic History Review*, suplemento 1; citado en Wallerstein 2003, 344).

²¹⁶ La miseria provocada por la difusión de los cercados y la expropiación de los campesinos provocó un problema para la estabilidad del reino, ya que la masificación del vagabundaje llevó a alzamientos y a la posibilidad de un estallido social de mayor envergadura. Esto indujo a que a finales del siglo XVI y principios del XVII se crearan las “leyes de pobres”. Aydelotte (1913, 17) señala: “[Los vagabundos no eran una clase impotente o inocua, t]enían cerebro para planear villanías y audacia para llevarlas a cabo. En sus filas había descontentos políticos, religiosos y sociales, y agitadores. Por ello eran tan peligrosos como la peste en la Inglaterra de Isabel. Los vagabundos eran amenaza suficiente para hacer que legisladores, desde Enrique VII en adelante, dedicaran lo mejor de su ingenio a buscar un remedio” (Aydelotte, Frank, 1913, *Elizabethan Rugges and Vagabonds. Vol. 1*, Londres, Oxford University Press; citado en Wallerstein 2003, 361).

los intereses estatales son servidos por el éxito de sus capitalistas transnacionales. Así, la crecientemente céntrica posición del Reino Unido permite que los intereses generales de los capitalistas, entre los que son centrales los intereses de los mercaderes transnacionales, tiendan a coincidir con los intereses de un estado que busca la fortaleza interna y la preeminencia geopolítica, por lo que el estado británico se identifica crecientemente con los intereses generales de sus capitalistas, llevando a cabo, durante el siglo XVIII, políticas mercantilistas y un continuo enfrentamiento con otras potencias, Francia en particular, que favorecen simultáneamente a sus mercaderes y su posición interna y geopolítica. Estas políticas mercantilistas se llevaron consistentemente a la práctica hasta que en el siglo XIX, luego de las Guerras Napoleónicas, el Reino Unido dejó de necesitarlas, al ejercer un completo dominio de la economía mundial.²¹⁷ Así, los enfrentamientos entre el estado y determinados grupos de capitalistas se ven suavizados por las posibilidades que abre el éxito económico general, tanto para satisfacer al estado y sus necesidades sin tener que recargar impositivamente a los capitalistas, como para que grupos de capitalistas en problemas puedan encontrar nuevos nichos de negocios o el aval estatal.

El caso inglés muestra que la relación entre los capitalistas y sus estados en el contexto de un país céntrico se caracteriza por la preeminencia del interés de los mercaderes que actúan en el mercado mundial, sin embargo, frecuentemente estos convergen y se complementan con los de otros capitalistas, como los terratenientes, en el marco de una economía nacional en expansión que ya está exitosamente orientada al mercado mundial. A su vez, los intereses de los capitalistas se complementan con los de los estados que necesitan recursos para imponer su preeminencia en la geopolítica mundial, para asentar la economía nacional y el orden interno. Cabe acotar que el interés mercantilista prima, pero los intereses de los terratenientes y del sector manufacturero también convergen en el caso de un país céntrico, además el

²¹⁷ Braudel entrega una panorámica general del mercantilismo inglés entre los siglos XVI y XVIII: “Los mercaderes banqueros italianos son eliminados en el siglo XVI, los hanseáticos son despojados de sus privilegios y desposeídos del *Stahlhof*, en 1595; contra Amberes, Gresham funda, en 1566-1568, lo que será la *Royal Exchange*; contra los españoles y holandeses, se lanzan, de hecho, las *Stocks Companies*; contra Holanda, se promulga el Acta de Navegación de 1651; contra Francia, se dirigirá la política colonial encarnizada del siglo XVIII...” (1984c, 296). Por su parte, Chaptal, un analista Francés que escribía en 1819, señaló como primera explicación de la ventaja que el Reino Unido tenía sobre Francia “el sistema seguido por Inglaterra, durante más de un siglo, de permitir acceder a sus mercados internos únicamente los productos de sus propias fábricas, y de rechazar los de los productores extranjeros por medio de prohibiciones o mediante enormes aranceles que tenían un efecto equivalente” Chaptal, Jean-Antoine-Claude, 1893, “Un Project de *Traté de Commerce avec l’Angleterre sous le Consulat*”. En *Revue d’Économie Politique*, VII, 2, página 90; citado en Wallerstein 1998b, 135.

mercader puede ser, a la vez, terrateniente, industrial y, especialmente, banquero, y en un estado céntrico dichos aspectos de la economía se complementan y potencian. Si bien el caso revisado es particularmente exitoso, otros países céntricos pasaron por procesos similares, aunque frecuentemente más conflictivos (piénsese en la guerra civil estadounidense, donde se enfrentó el norte industrial y mercantilista con el sur agrario y librecambista), dado que el éxito inglés suavizó las relaciones de poder entre las clases y entre éstas y el estado.

La relación entre los capitalistas y sus estados en los países periféricos tiene características marcadamente diferentes. En la periferia dominan los intereses de los terratenientes capitalistas, ya que los mercaderes nacionales son expulsados del mercado internacional y ven debilitada su posición en el mercado nacional, lo que redundaría en su declive económico y en la pérdida de influencia sobre el estado. Con ello en el mediano plazo el estado se ve debilitado por la falta de recursos, ya que el “libre comercio” es fomentado simultáneamente por los terratenientes capitalistas y los mercaderes y estados del centro, con lo que se reducen los aranceles e impuestos que puede recaudar, y además por la dependencia y debilidad de su economía frente a las potencias céntricas, lo que redundaría en la preeminencia de los monocultivos para la exportación al centro. Veré este proceso a través del caso polaco entre los siglos XVI y XVII, ya que permite contemplar como la relación entre las clases y entre ellas y el estado se conjuga con el proceso de progresiva periferización de Polonia.²¹⁸

Como lo revisé en el capítulo anterior, durante el “largo siglo XVI” el proceso de periferización implicó para Europa Oriental que sus mercaderes fueran crecientemente expulsados del comercio internacional del Báltico, el que fue progresivamente dominado por mercaderes de Lübeck, Brujas, Amberes, Ámsterdam y otras ciudades occidentales. En términos productivos la región comenzó a ser reorientada a la especialización en cultivos para el mercado internacional, especialmente cereales (Wallerstein 2003). Este proceso tuvo fuertes implicancias en las relaciones entre clases y entre éstas y el estado en Europa Oriental y en Polonia en particular. Como se vio en el caso inglés, en el centro dominaron los mercaderes, que tenían interés en que el estado asumiera políticas mercantilistas para que los apoyara en la competencia en el comercio internacional y protegieran la economía nacional

²¹⁸ Cabe señalar que entre 1569 y 1795 Polonia estaba incluida en una confederación polaco-lituana que abarcaba una gran parte de la Europa Oriental incorporada al comercio del Báltico.

de la competencia de los mercaderes extranjeros. En la periferia, por el contrario, dominaron los terratenientes que poseían cultivos para la exportación, que tenían interés en el libre comercio, en el acceso sin trabas de sus cosechas al mercado internacional.

En Polonia, el doble proceso de la expulsión de los mercaderes polacos del mercado internacional y la reorientación productiva a los cultivos de exportación, implicó que, entre los capitalistas, los terratenientes se vieran fortalecidos frente a los mercaderes, los cuales, al ser expulsados del mercado internacional comenzaron a ser considerados como redundantes por los terratenientes, que tenían interés en relacionarse directamente con los mercaderes occidentales.²¹⁹ Esto no sólo se debía a la motivación económica de eliminar a un intermediario de la cadena de comercio, también tenía la motivación política de eliminar a una clase que poseía intereses mercantilistas contrapuestos a los intereses en el libre comercio de los terratenientes exportadores, y que eventualmente podían empujar al estado hacia el mercantilismo.²²⁰ Para debilitar aún más política y económicamente a los mercaderes polacos, los terratenientes fomentaron el ingreso dentro del mercado nacional de mercaderes extranjeros.²²¹ Así, la combinación entre la fuerza política y económica de los terratenientes con la de los estados y mercaderes occidentales, “mantuvieron a Polonia como una economía abierta” (Wallerstein 2003, 429).

Hacia finales del siglo XVI Polonia se había convertido en el mayor exportador de cereales de Europa (Wallerstein 2003), en tanto sus mercaderes ya habían sido desalojados del

²¹⁹ Wallerstein señala: “[En Europa Oriental los comerciantes internacionales entraban] en relaciones directas con terratenientes-empresarios (incluida la nobleza), que eran esencialmente granjeros capitalistas, y que producían los bienes y los mantenían bajo control hasta que llegaban a la primera área portuaria de importancia, después de lo cual pasaban a las manos de algunos comerciantes de nacionalidad europea occidental (o italiana del norte)...” (2003, 173).

²²⁰ Al respecto Malowist plantea: “...la política económica de la nobleza encontró su expresión más completa en el famoso decreto parlamentario de 1565, que prohibía a los comerciantes polacos exportar bienes polacos e importar bienes extranjeros y fomentaba oficialmente la entrada de comerciantes extranjeros en Polonia [...] Podemos considerar que lo que caracteriza la actitud de la nobleza de la época frente al comercio y la industria de la burguesía es un antimercantilismo *sui generis*” Malowist, Marian, 1957, “Über die Frage des Handelspolitik des Adels in den Ostseeländern im 15. und 16. Jahrhundert”, *Hansische Geschichtsblätter*, 75, pp. 29-47, página 39, citado en Wallerstein 2003, 429, nota al pie).

²²¹ Wallerstein plantea (2003, 219): “La burguesía de Cracovia podía haber sido arruinada, pero fue reemplazada por italianos, armenios y alemanes. En 1557 una red internacional se vino abajo, y la burguesía-aristocracia polaca ligada a ella calló también. Después de esto surgió una nueva red. Los polacos que trabajaron con ella –la “nobleza”– aceptaron el nuevo papel de Polonia en la economía-mundo”. Y sobre el mismo punto también señala (2003, 213-214): “¿No fue una razón crucial para la “bienvenida” dada a los judíos en la Europa Oriental del siglo XVI el hecho de que los terratenientes indígenas (y tal vez también los comerciantes de Europa Occidental), preferían que fueran judíos los mercaderes locales indispensables en Europa Oriental, en lugar de una burguesía comercial indígena? Esta última, si ganaba fuerza, habría tenido una base política (totalmente ausente en el caso de los judíos) y podría haber pretendido llegar a ser una burguesía industrial. La ruta que sin duda hubiera elegido habría supuesto reducir la “apertura” de la economía nacional...”.

comercio en el Báltico y retrocedían en la propia Polonia. Las plantaciones de cereales para la exportación comenzaron a estructurar el conjunto de la economía polaca.²²² Ello hacía que los intereses de los terratenientes, el interés capitalista de maximizar las utilidades a través de la participación en el mercado internacional, se impusiera en el estado en la forma del libre comercio. El estado polaco, al igual que en Europa Occidental, tenía interés en consolidar su burocracia y ejército, su territorio y su economía nacional como fuente de recursos, muy necesarios para enfrentar conflictos, especialmente con Suecia y Rusia. Sin embargo, aunque en la periferia los estados territoriales también se estaban fortaleciendo con respecto a la situación medieval –lo que se reflejaba en su capacidad para someter, junto a los terratenientes, a los campesinos a una reforzada servidumbre–, la situación de una economía periférica hacía mucho más complejo el proceso de conformación de un estado territorial, ya que la estructura productiva enfocada en los monocultivos de exportación provocaban que el estado fuera perdiendo su capacidad de obtener recursos. Por una parte, la salida de los mercaderes polacos del mercado internacional hace que el estado se quede sin la principal fuente de recursos de la época, el comercio internacional. Por otra parte, el libre mercado que imponen los terratenientes implica un descenso de los aranceles a las exportaciones e importaciones. Este descenso de los aranceles también expone a las manufacturas y las artesanías a la competencia de las mercancías que se pueden obtener en el mercado internacional, a lo que se suma el control que los terratenientes comenzaron a tener de las urbes y sus economías locales, por lo que se produce un descenso general de la producción manufacturera y artesanal.²²³ La falta de recursos de la corona provocó que se endeudara con los terratenientes, usando sus tierras como garantías de los préstamos, lo que

²²² Wallerstein señala que “...la exportación de cereales a través de los puertos bálticos [tomó] rápidamente [en Polonia] proporciones tales que dominaba la totalidad de la vida económica del país” (2003, 430).

²²³ Hozowski (1960, 127) señala que “[Los terratenientes polacos] se las ingeniaron, mediante la adecuada legislación de la *Sejm* [la legislatura central], para asegurar la libertad de tránsito por el Vístula y sus afluentes, después la libertad de derechos de aduana para los productos agrícolas y forestales exportados al exterior desde sus propios dominios, así como el no tener que pagar derechos de aduana por los bienes importados desde el exterior para ser usados en sus propias fincas y granjas. [La *gentry*] introducía en el país, por el Vístula y sin pagar derechos de aduana, algunas mercancías extranjeras que luego vendía a la gente que vivía en sus fincas. De esta forma, la *gentry* reunió en sus propias manos el comercio de productos agrícolas, madera y productos forestales, desalojando de este comercio a los burgueses y recortando gravemente las oportunidades de los comerciantes de las ciudades de obtener beneficios de los bienes importados” (Hozowski, Stanislaw, 1960, “The Polish Baltic Trade in the 15th-18th centuries”, en *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences, in Stockholm*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, pp. 117-154; citado por Wallerstein 2003, 455, nota al pie).

provocó un progresivo traspaso de tierras desde el estado a los grandes terratenientes. A consecuencia de este progresivo debilitamiento de la corona, ésta dejó de tener la capacidad para mantener un ejército adecuado, lo cual, a su vez, provocó que los grandes terratenientes conformaron sus propios ejércitos privados para su autoprotección, debilitando aún más al estado.²²⁴ Esto finalmente llevó, a mediados del siglo XVII, a una situación de creciente desintegración del estado y de caos político,²²⁵ que condujo a pérdidas territoriales frente a Rusia y a ser invadida por Suecia (1655), lo que continuaría a lo largo de los siglos XVII y XVIII hasta la desintegración del estado y la repartición de Polonia por Rusia, Prusia y Austria (1795).

A través de los casos inglés y polaco he querido aproximarme a las características de los estados y de la relación entre ellos y las clases sociales, particularmente con los capitalistas, en la situación céntrica y periférica. En el centro y la periferia se producen estados con capacidades muy diferentes, con una muy distinta fuerza para participar en la geopolítica internacional, y para participar en las relaciones de poder internas y conducir las de manera favorable a sus intereses. Internamente, si bien en Inglaterra los intereses capitalistas priman frente al estado durante el período de disputa más frontal, durante la guerra civil, esta derrota de la corona no implicó un fortalecimiento de fuerzas centrífugas en base a intereses de señores locales, por el contrario, con la incorporación de los intereses capitalistas el estado se fortalece, se asienta la economía nacional, se logra conformar la unidad nacional unificando las diferentes regiones, particularmente Escocia y Gales, se establece su burocracia y aparato militar en todas las regiones, en suma, la unidad nacional bajo el dominio estatal queda asegurada. En Polonia el proceso es inverso, el continuo fortalecimiento de los terratenientes capitalistas conlleva un proceso de debilitamiento

²²⁴ Wallerstein relata: “Al ir haciéndose más fuerte la aristocracia de Polonia, a través de su rentable papel en el comercio internacional, e irse debilitando la burguesía indígena, la base impositiva del Estado fue desapareciendo, lo que significa que el rey no se podía permitir el mantener un ejército adecuado. Los magnates necesitaban entonces garantizar su propia protección, pero esto a su vez habría la posibilidad de guerras privadas. Algunos de estos ejércitos privados igualaban en tamaño al de la Corona. El rey se convirtió en un rey electo, y la legislatura central, *la Sejm*, empezó a ceder buena parte de su autoridad a las dietas locales” (2003, 437, cursivas del autor).

²²⁵ Tazbir (1968, 209) señala: “Desde 1613 las decisiones concernientes a los impuestos, como norma, fueron transferidas a las dietas locales [...] El caos se hizo aún más profundo cuando se confirió a las dietas locales incluso la votación de los impuestos dirigidos a la defensa del Estado (1640). Todo esto tenía que conducir a una disminución de los ingresos del tesoro, lo que, a su vez, hacía virtualmente imposible pagar un ejército. Los soldados, que tenían pagos pendientes, organizaron ligas o confederaciones militares que arrasaron el país...” (Tazbir, Janusz, 1968, “The Commonwealth of the Gentry”, en Gieysztor, A. et al, *History of Poland*, Varsovia, PWN; citado por Wallerstein 2003, 437).

estatal, los terratenientes buscan poner sus mercancías en el mercado internacional a través de mercaderes extranjeros, no tienen interés en un estado que pueda establecer aranceles, lo que socaba la base financiera del estado, provocando la autonomía creciente de sus regiones y finalmente la propia disolución del estado polaco a finales del siglo XVIII, a manos de potencias extranjeras semiperiféricas en expansión. Si bien en ambos casos priman los intereses capitalistas, en el centro y la periferia las clases dominantes tienen preeminencia distintos grupos –los mercaderes o los terratenientes–, impactando las políticas estatales de maneras inversas –mercantilista o liberal–. Al respecto Wallerstein señala: “Las alianzas de clase *en el seno* del sistema político del estado son función de que el grupo gobernante esté dominado primariamente por aquellas personas cuyos intereses estén ligados a la venta de productos primarios en el mercado mundial o por aquellas cuyos intereses están en las ganancias comerciales-industriales” (2003, 214, cursivas del autor). Cabe ahora ver cómo estas diferencias se plasman en las relaciones geopolíticas.

2.2.2. Las relaciones geopolíticas.

A continuación abordaré una de las características distintivas de la estructura de dominación de este período en las que se involucran directamente los estados: las relaciones geopolíticas imperialistas. Cabe señalar que frecuentemente se identifica como período imperialista al que va desde mediados del siglo XIX a la Primera Guerra Mundial,²²⁶ sin embargo, aquí se considera que las relaciones geopolíticas con lógica imperialista abarcan todo el período abordado en esta sección, e incluso se proyectan hasta 1945.

La revisión de la geopolítica en el marco de la estructura de dominación imperialista la realizaré a partir de los planteamientos hasta aquí efectuados sobre el vínculo entre el estado y las clases dominantes, y particularmente sobre la capacidad de los capitalistas, tanto en el centro como en la periferia, para que sus estados se identifiquen con sus intereses. De esta manera, aquí se entiende que las relaciones geopolíticas, nominalmente llevadas a cabo por los estados, sus cancillerías y militares, son relaciones entre los estados y sus clases dominantes –normalmente los capitalistas– con otros estados y sus clases dominantes, y esto

²²⁶ Por ejemplo, Hobsbawm (1997b) usa el período 1870-1914 y Mommsen (1995) el período 1885-1918.

se considera tanto para las relaciones entre potencias céntricas, como entre ellas y países periféricos y semiperiféricos. Es más, cabe enfatizar que, dado que los capitalistas son transnacionales, son actores de la geopolítica incluso, eventualmente, de manera autónoma a sus estados, ya que pueden establecer relaciones económicas y de poder con diversos estados sin la necesaria mediación del propio estado. Sin embargo, normalmente los capitalistas son activamente apoyados por sus estados, por tanto considero que las relaciones de poder geopolíticas son entre el conjunto estado-capitalistas, y la dominación geopolítica que establecen los estados céntricos es simultáneamente la dominación de sus capitalistas sobre la economía-mundo. Desde esta perspectiva realizo el siguiente análisis, por ello, cuando me refiero a los estados realmente me refiero al conjunto estados-capitalistas.

En el sistema-mundo existe una jerarquía estructural centro-semiperiferia-periferia, pero los países que ocupan los diferentes niveles pueden cambiar, de ahí los conflictos por ocupar los puestos más altos de esta jerarquía. Como se señaló en la sección 1.1.3., Wallerstein (1998a) plantea que los cambios de posición son producto de acciones estatales, de políticas llevadas a cabo sistemáticamente por los estados. En este marco distinguiré entre dos tipos de relaciones geopolíticas, las que se dan entre países céntricos, en las que también incluyo los semiperiféricos “ascendentes”, que activamente buscan ascender en la jerarquía económica y geopolítica, y la que se produce entre los países céntricos y los periféricos²²⁷ y semiperiféricos “descendentes”, que están en un proceso de pérdida de jerarquía económica y geopolítica, en proceso de periferización.

La geopolítica entre países céntricos, en la que también participan los países semiperiféricos que bregan por acceder al centro, está marcada por esta búsqueda por ascender al pináculo de la jerarquía económica-geopolítica, que también es la cumbre en la estructura de dominación, por lo que básicamente son relaciones de poder a través de las cuales las diferentes potencias buscan mejorar su posición relativa en la estructura de dominación. Así, los intereses comerciales de los países céntricos estaban en mutuo conflicto y dichos conflictos frecuentemente tenían un correlato militar, en palabras del estudioso del comercio

²²⁷ Me refiero a países periféricos independientes, que no están en una situación colonial, situación en la que estaban muchas de las regiones periféricas durante este período. Por este motivo en esta sección no me referiré a la relación entre el centro y sus colonias, ya que no es una relación geopolítica.

del siglo XVIII Malachy Postlethwayt: “the great object of a maritime nation should be to take advantage of any rupture with another trading state, to destroy and distress their shipping and commerce, and to cut off all resources for naval armaments”.²²⁸ Estas relaciones de poder, poseen dos facetas relacionadas, la geopolítica y la económica, las guerras abiertas o encubiertas y las estrategias diplomáticas, y las políticas económicas mercantilistas.

Durante este período los conflictos abiertos entre las potencias céntricas, sus guerras, fueron tan numerosos que no tiene sentido repasarlos, pero cabe enfatizar el vínculo entre estos conflictos y las primacías económicas. Braudel relata: “En 1298, Génova había derrotado a la flota veneciana frente a Curzola. Ochenta años más tarde, se apoderaba, en agosto de 1379, de Chioggia, pequeño puerto de pescadores que dominaba una de las salidas al Adriático de la laguna veneciana. La orgullosa ciudad de San Marcos parecía perdida, pero, mediante un arranque prodigioso, invirtió la situación: Vettor Pisani, en junio de 1380 retomó Chioggia y destruyó la flota genovesa. Al año siguiente, la paz firmada en Turín no otorgaba ninguna ventaja formal a Venecia. No obstante, fue el comienzo de la retirada de los genoveses –ya no reaparecerán en el Adriático– y la afirmación indiscutible, desde entonces, de la preeminencia de Venecia” (1984c, 90). Esta larga pugna, de casi un siglo, por el centro de la economía-mundo mediterránea, al resolverse en favor de Venecia la catapultará a un período de dominio económico y geopolítico. Así, Braudel continúa: “A finales del siglo XIV, la primacía de Venecia se afirma sin ambigüedad. Ocupa, en 1383, la isla de Corfú, clave en la navegación de entrada y salida del Adriático. Sin dificultades, aunque con grandes gastos, de 1405 a 1427 ocupa las ciudades de su tierra firme: Padua, Verona, Brescia y Bérgamo [...] Y Venecia ya había logrado, bastante antes, crearse un imperio, modesto en extensión, pero de una asombrosa importancia estratégica y mercantil, a causa de su alineación a lo largo de las rutas del levante. ...una cadena de puestos mercantiles que componen, todos juntos, una larga extensión capitalista” (1984c, 91-92). Estos triunfos geopolíticos son acompañados de la primacía económica, así, Braudel da cuenta de las estadísticas disponibles sobre los ingresos de los estados de la época: “[El total de 1.615.000 ducados] sitúa el presupuesto de Venecia en cabeza de todos los presupuestos de Europa” (1984c, 92), superando, por mucho,

²²⁸ En *Great Britain's Commercial Interests Explained*, 1757, Londres, página 347; citado en Alimento y Stapelbroek, 2017, 7.

al de las demás ciudades italianas e incluso al de estados territoriales de gran extensión y población –y por tanto con muchas más necesidades– como España, Inglaterra y Francia (cuyo presupuesto Braudel estima en 1.000.000 ducados). Esta relación entre las dinámicas económicas y geopolíticas, esta conversión de la geopolítica en una geoeconomía-política, es lo que quiero resaltar, ya que vincula de manera estrecha a la estructura de dominación económica del sistema-mundo con las relaciones de poder y de dominación geopolíticas y militares.

A medida que avanza la historia del sistema-mundo, conflictos similares a los de Venecia y Génova se repiten, con diversos protagonistas, en numerosas ocasiones. Estos conflictos se dan tanto por territorios relativamente extensos para explotarlos directamente, es decir, por colonias, como por puntos estratégicos que permiten controlar el comercio o la producción de determinados territorios, permitiendo apartar de las más provechosas rutas comerciales a los competidores e impidiendo su acceso a los centros de producción de las mercancías más valiosas.²²⁹ En algunos conflictos se usan tácticas indirectas, como el progresivo acoso del comercio español con sus colonias americanas que realizaron ingleses, franceses y holandeses a través de bucaneros y traficantes que burlaban el monopolio que pretendía mantener España, lo que además les permitió establecer en el Caribe colonias donde instalaron plantaciones de gran relevancia económica.²³⁰ En otras ocasiones las guerras son abiertas y alcanzan una escala casi mundial, como en los conflictos entre el Reino Unido y Francia durante el siglo XVIII, donde tras cada conflicto el Imperio Británico fue ampliando sus espacios económicos, principalmente en América del Norte y Asia, y su ventaja geopolítica y económica sobre Francia. Estos conflictos prácticamente se dirimen con la Guerra de los Siete Años (1756-1763), conflicto de alcance casi mundial,²³¹ donde el Reino

²²⁹ Por ejemplo, durante la rebelión de los Países Bajos y la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), los holandeses cerraron el acceso al puerto de Amberes al controlar la desembocadura del río Escalda, lo que implicó que el comercio pasara de Amberes a Ámsterdam. Con la paz de Westfalia (1648) que puso fin a dicho conflicto, Holanda mantuvo dicha desembocadura bajo su control y se establecieron "...impuestos prohibitivos sobre el comercio que pasara por los estuarios del Escalda con destino a Amberes" (Wallerstein 1998a, 75). De esta manera, Holanda evitó el resurgimiento de Amberes y mantuvo la primacía de Ámsterdam (las restricciones al comercio por Amberes recién se levantaron en 1795).

²³⁰ Un desplazamiento similar, pero más completo, fue el que sufrió el otro imperio colonial originado en el siglo XV, Portugal, de las zonas económicas que controlaba en el Océano Índico, en este caso principalmente a manos de Holanda. Véase Braudel 1984a.

²³¹ En este conflicto también lucharon varios países menores y potencias como el Imperio Austríaco, el Imperio Ruso, el Imperio Español, y Suecia junto a Francia; y Prusia y el Imperio Portugués junto al Reino Unido. Esta guerra se desarrolló

Unido definitivamente toma una ventaja sobre su rival mercantilista, ya que con el Tratado de París Francia entrega parte de sus colonias al Reino Unido y sede la iniciativa en la India, lo que será central para su futuro desarrollo capitalista incluyendo su Revolución Industrial.²³²

El último gran conflicto del período que aquí analizo es el que surge a partir de la Revolución Francesa, donde Francia, entre 1793 y 1815, se enfrenta a sucesivas coaliciones de países europeos en las que el Reino Unido mantuvo un papel protagónico. Si bien al inicio de esta sucesión de conflictos Francia es atacada por los reinos que buscaban la restauración de la monarquía, luego la república francesa asume una postura ofensiva en gran medida fomentada por los girondinos, que estaban ampliamente influidos por los intereses de la burguesía comercial que buscaba una forma de resarcirse de las pérdidas que habían tenido en el comercio internacional a manos de los británicos durante el siglo XVIII (Hobsbawm 1997b). La prolongación de este conflicto por más de dos décadas es causada, según Hobsbawm (1997b), por el enfrentamiento entre los intereses capitalistas ingleses y franceses.²³³ Con la definitiva derrota francesa en Waterloo, Francia dejó de constituir una amenaza para el dominio británico y el Reino Unido inició su período de completo dominio en la economía-mundo.

La importancia crucial de estos conflictos geopolíticos sobre el desarrollo económico de los diferentes países puede ser destacada en este punto, ya que los conflictos entre el Reino Unido

principalmente en Europa, pero además tuvo importantes acciones en América del Norte y la India, y enfrentamientos en América del Sur y África.

²³² Con su derrota Francia perdió sus territorios en Norte América y prácticamente toda influencia en India, por lo que se abrió para el Reino Unido la posibilidad de controlar el comercio con la India y potenciar su proceso de colonización. El control progresivo de la India a partir de la batalla de Plassey (1757), contextualizada en la Guerra de los Siete Años, sería determinante en la posición de dominio que estaba adquiriendo el Reino Unido en la economía-mundo y para lanzar el proceso de industrialización, ya que le permitirá en las siguientes décadas eliminarla como competencia del mercado mundial textil (Braudel 1984c) y centrarla en la producción de materias primas, entre ellas el algodón, esencial para lanzar la industria textil que será el primer sector de la Revolución Industrial (Hobsbawm 1997b).

²³³ Hobsbawm señala: “Desde el punto de vista británico, ese conflicto era casi exclusivamente económico. Los ingleses deseaban eliminar a su principal competidor y de conseguir el total predominio de su comercio en los mercados europeos, el absoluto control de los mercados coloniales y ultra marinos, que a su vez suponía el dominio pleno de los mares [...] Este objetivo no suponía ambiciones territoriales en Europa, salvo la posición de ciertos lugares de importancia marítima... En el exterior, esto suponía la completa destrucción de los otros imperios coloniales y considerables anexiones al suyo. [Para] la burguesía francesa, cuyos apetitos eran, en el aspecto comercial, tan insaciables como los de los ingleses. La victoria sobre los ingleses exigía la destrucción del comercio británico del que se creía –con razón– que Gran Bretaña dependía... ...la burguesía francesa esperaba rebasar la evidente superioridad económica sólo con sus recursos políticos y militares; por ejemplo, creando un vasto mercado absorbente del que estuvieran excluidos sus rivales. Ambas consideraciones dieron a la pugna anglo-francesa una persistencia y una tenacidad sin precedentes” (1997b, 90-91)

y Francia aquí mencionados tienen una importancia central para que la Revolución Industrial pudiera producirse en el Reino Unido.²³⁴ Como se vio en la sección 2.1.1., durante toda la historia del sistema-mundo existieron las manufacturas y tuvo particular importancia la textil, de productos baratos y masivos, que permanentemente estuvo relacionada al comercio internacional. Sin embargo, la producción textil se organizaba con trabajo a domicilio, por lo que no dio lugar a una industria en el sentido de un amplio conjunto de medios de producción reunidos en un solo lugar, una fábrica.²³⁵ La posibilidad de que en un país se pudiera producir una gran ampliación de los medios de producción, de tal magnitud que adquiriera una forma industrial-fabril, se vería facilitada si ese país estuviera en condiciones de monopolizar una gran demanda de un producto manufacturado, volumen de demanda que sólo podía provenir del comercio internacional. Gracias a los desarrollos que tuvieron las relaciones de poder económicas y geopolíticas desde la segunda mitad del siglo XVIII, el Reino Unido pudo ocupar ese lugar, luego de la Guerra de los Siete Años alcanzando la preeminencia del comercio internacional, y durante las guerras de 1793 a 1815 prácticamente monopolizándolo, con lo que compensó con creces su pérdida de mercados en Europa, y luego de su triunfo en dichos conflictos alcanzando el completo dominio de la economía-mundo gracias, entre otros factores, a la ventaja que había adquirido su industria.²³⁶ En

²³⁴ Aquí no pretendo dar una explicación de la Revolución Industrial, sólo quiero mostrar su vínculo con las relaciones de poder y la estructura de dominación geopolítica y económica. Las controversias sobre la Revolución Industrial son numerosas, sobre su período de inicio, sobre los factores que la desencadenaron, sobre el rol del mercado interno y el internacional, sobre los motivos de su ubicación inicial en el Reino Unido, sobre el papel de la cultura, la demografía, el sector agrícola, la disponibilidad de capital, el estado, etc., incluso hay autores, como Wallerstein (1998b), que desestiman la existencia de la Revolución Industrial al considerar que sólo es un desarrollo más en un continuo de larga duración del sistema-mundo. Sobre la complejidad del fenómeno en cuestión Braudel señala: “la revolución industrial, pone en juego todo, sociedad, economía, estructuras políticas, opinión pública y todo lo demás. La historia más imperialista no la captará, sobre todo en una definición que quisiera ser simple, completa y perentoria. En otros términos, la revolución industrial que va a transformar Inglaterra y luego el mundo entero, no es, en ningún momento de su trayectoria, un tema bien delimitado, en un as de problemas dados, en un espacio dado y en un tiempo dado” (1984c, 469).

²³⁵ Esto sí ocurrió con otros sectores económicos, como el naviero (Wallerstein, 1998a), pero ellos no tenían un potencial de crecimiento como el de la industria textil, ya que no eran mercancías de uso masivo ni de exportación.

²³⁶ En relación a la importancia de los triunfos geopolíticos británicos para potenciar su Revolución Industrial, Hobsbawm señala (1997b, 104-105): “...las guerras, francamente económicas, sostenidas por los ingleses en los siglos XVII y XVIII no supusieron un desarrollo económico por ellas mismas o por estimular la economía, sino por la victoria, que les permitió eliminar competidores y conquistar nuevos mercados. Su “costo” en cuanto a negocios truncados, desviación de recursos, etc., fue compensado por sus “provechos” manifiestos en la relativa posición de los competidores beligerantes después de la guerra. En este aspecto, el resultado de la guerra de 1793-1815 es clarísimo. A costa de un ligero retraso en una expansión económica que, a pesar de ello, siguió siendo gigantesca, Gran Bretaña eliminó definitivamente a su más cercano y peligroso competidor y se convirtió en el “taller del mundo” para dos generaciones [...] Si creemos que la eliminación temporal de sus rivales y el virtual monopolio de los mercados marítimos y coloniales era una condición esencial para la ulterior industrialización en Inglaterra, el precio para lograrlo fue modesto. Si se arguye que hacia 1789 su situación ya era suficiente para asegurar la supremacía de la economía británica, sin necesidad de una larga guerra, habremos de reconocer que no fue

paralelo a estos desarrollos en el centro, en la periferia el Reino Unido pudo desplazar la muy relevante competencia de la India en la producción textil,²³⁷ ya que desde mediados del siglo XVIII había extendido su dominación colonial por el subcontinente, reduciendo progresivamente su sector manufacturero hasta convertir a la India desde su tradicional posición de principal exportadora de productos textiles de la economía-mundo a importadora de ellos.²³⁸ De esta manera, el control del comercio internacional le entregaba al Reino Unido la posibilidad de satisfacer monopólicamente la demanda mundial de textiles, y además de asegurar la disposición de la materia prima indispensable para alimentar la industria, el algodón, cuyos cultivos se extendían paralelamente en la India y América. Así, sobre la base de sus triunfos geopolíticos, el Reino Unido pudo aprovechar una demanda en continuo crecimiento que posibilita la inversión de capital en maquinarias para incrementar la producción textil, transformando la manufactura textil e una industria fabril a gran escala.

De esta manera, más allá de las motivaciones iniciales de los numerosísimos conflictos entre potencias céntricas, ya sean directamente económicos o no (por motivos religiosos, dinásticos, territoriales, etc.), estos conflictos tuvieron importantes implicancias en términos de la geoeconomía-política del sistema-mundo, de la posición en la jerarquía político-económica, en la estructura de dominación, que adquirirían los diferentes contendores. Por ello, estos conflictos deben situarse en el marco más amplio de las políticas económicas mercantilistas que llevaban a cabo las potencias céntricas, y semiperiféricas que buscaban ascender. Wallerstein señala (2003, 437): “En el siglo XVI podemos hablar, como mucho,

excesivo el precio pagado para defenderla contra la amenaza francesa de recobrar por medios políticos y militares el terreno perdido en la competencia económica”.

²³⁷ La India era el principal productor y exportador mundial de telas hasta la Revolución Industrial: “...la India entera trabaja la seda y el algodón y exporta una increíble cantidad de tejidos, desde los más ordinarios hasta los más lujosos, al mundo entero, pues por mediación de los europeos la misma América recibe gran cantidad de ellos [...] No hay duda de que, hasta la revolución mecánica inglesa, la industria India del algodón fue la primera del mundo, tanto por la calidad como por la cantidad de sus productos y el volumen de sus exportaciones” (Braudel 1984c, 427-428).

²³⁸ El Reino Unido primero, junto a otras potencias europeas, comercia con las telas indias, luego, hacia mediados del siglo XVIII, comienza a convertir a la India en productora de productos primarios (algodón, índigo, opio, seda) reduciendo drásticamente su manufactura textil, para, finalmente, convertirla en importadora de las telas producidas en el Reino Unido; “Inglaterra, para comenzar, serró sus fronteras durante la mayor parte del siglo XVIII a los textiles de la India que reexportaba a América y Europa. Luego trató de apoderarse de un mercado tan provechoso [...] No basta con decir: los ingleses se apoderaron de la India y sus recursos. La India fue, para ellos, un instrumento gracias al cual se hicieron dueños de un espacio más extenso que ella, para dominar la súper-economía-mundo asiática, y es en este marco ampliado donde se ve muy pronto como las estructuras y equilibrios internos de la India fueron deformados y desviados para responder a objetivos que le eran extraños. Como también, en este proceso, finalmente fue, en el siglo XIX, “desindustrializada”, reducida al papel de gran productor de materias primas” (Braudel 1984c, 438-439).

de “fiscalismo” o de “mercantilismo precoz” del Estado. Desde aproximadamente 1650 en adelante, los Estados occidentales emprendieron una política mercantilista a toda escala, calculada para fortalecer aún más su posiciones relativas en la economía-mundo”.

A través del mercantilismo los estados céntricos, y los semiperiféricos que aspiraban a ser céntricos, buscaban favorecer el papel de los mercaderes nacionales en el comercio internacional, así como de fortalecer sus manufacturas, protegiendo al mercado nacional de las importaciones manufactureras y fomentando su producción y participación en las exportaciones. A lo largo de todo el período del sistema-mundo que aquí se trata (hasta inicios del siglo XX), los estados céntricos llevaron a cabo este tipo de políticas mercantilistas. En esta sección ya hice referencia a la importancia de las políticas mercantilistas en el caso inglés, pero aquí quisiera enfatizar que estas políticas se contextualizan en la competencia con otros países céntricos, por ejemplo, en el caso de la disputa que Inglaterra mantuvo con Holanda en el siglo XVII: “Inglaterra trató de dar la vuelta a una situación en la que el paño inglés sin teñir y sin aprestar era enviado a Holanda para su acabado. En 1614 Jacobo I prohibió la exportación de paño “en bruto”, y los holandeses, en represalia, prohibieron la importación de productos acabados, a lo que Jacobo I respondió prohibiendo, una vez más, la exportación de lana” (Wallerstein 1998a, 58). Así, el mercantilismo se contextualiza en las relaciones de poder entre estados que buscaban disputar el centro de la economía-mundo, por ello, la fuerza de los estados y de sus clases capitalistas tenían directo impacto en los resultados de sus políticas mercantilistas, estados más poderosos podían mantenerlas, los menos poderosos frecuentemente se veían obligados a eliminarlas. Así, siguiendo con el ejemplo de la disputa entre Inglaterra y Holanda de principios del siglo XVII, dada la posición dominante que Holanda mantenía en ese momento en la economía-mundo, esta confrontación comercial provocó que las exportaciones inglesas descendieran y tres años después, en 1617, Inglaterra tuvo que revocar estas políticas (Wallerstein 1998a). Ya se cobraría revancha Inglaterra cuando tuviera más fuerza.²³⁹

Una política mercantilista que corrientemente se puede constatar que llevaron a cabo los estados céntricos fue la que conformaron con sus capitalistas a través de carteles

²³⁹ Una continua brega mercantilista y cuatro guerras le costaría al Reino Unido desplazar definitivamente a Holanda de su posición de dominio en la economía-mundo.

monopolistas para facilitar el comercio internacional –como las *galere da mercato* venecianas o las “compañías” holandesa, británica, francesa y de otros países que operaron en el “comercio de indias” hasta el siglo XIX–. En el caso de estas compañías intentar establecer una diferencia entre el estado y los capitalistas es poco fructífero, eran una sociedad estatal-capitalista que organizaba con el aval económico y/o militar del estado a un conjunto de capitalistas que se asociaban para llevar a cabo su comercio de ultra mar.²⁴⁰ Con ello se buscaba disminuir las incertidumbres que implicaba el comercio de larga distancia, y se hacía converger a los capitalistas nacionales en empresas conjuntas que les permitían competir desde una posición de fuerza en el comercio internacional. Estas también eran una especie de punta de lanza de los proyectos coloniales, ya que los inconvenientes que surgían en sus intercambios comerciales muchas veces eran resueltos por la intervención militar de sus estados,²⁴¹ o los estados heredaban los dominios que las compañías habían establecido sumándolas a sus imperios coloniales.²⁴²

En el marco de disputas mercantilistas por el centro económico y geopolítico del sistema-mundo también considero se pueden contextualizar otras medidas tomadas por los diferentes estados que aspiraban a conquistar o mantener una posición céntrica. Por ejemplo el fomento a la inmigración de capitalistas que pasaban por alguna dificultad política en sus países –en general minorías nacionales, religiosas o étnicas–, o de trabajadores especializados para potenciar alguna industria.²⁴³ También la copia de adelantos técnicos, el “espionaje industrial” y el “pirateo” fueron tácticas incluidas en la competencia imperialista,²⁴⁴ así como

²⁴⁰ Por ejemplo, Braudel describe a la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales como un “estado dentro del estado” (1984a, 173). Esta compañía fue fundada en 1602 a iniciativa de los Estados Generales, el Gran Pensionario y Mauricio de Nassau, para reunir a todas las compañías que estaban operando en Asia. “[Esta creación iba a cambiar todo.] Es el fin de los viajes desordenados... Desde entonces no hubo más que una política, una voluntad, una dirección de los asuntos de Asia: la de la Compañía, que, como un verdadero imperio, se puso bajo el signo de la expansión continua” (Braudel 1984a, 173).

²⁴¹ Es el caso, por ejemplo, de la incorporación de la India en el Imperio Británico, que fue “forzada” por las peticiones de intervención de la Compañía Británica de las Indias Orientales ante las dificultades que estaba enfrentando su comercio y las amenazas a sus funcionarios (véase Wallerstein 1998b).

²⁴² Este fue el caso de la adquisición por parte de Holanda de su colonia de Indonesia, que originalmente había sido una zona controlada por la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (véase Braudel 1984a).

²⁴³ Wallerstein relata: “...los soberanos ingleses fomentaron la emigración de hábiles artesanos holandeses a Inglaterra entre 1669 y 1750” (1998a, 91).

²⁴⁴ Braudel (1984a, 464) cuenta que “El primer molino establecido en Inglaterra en 1716-1717... ..había sido copiado por los ingleses después de dos años de espionaje industrial en Italia”.

todo tipo de estrategias para burlar los monopolios que las potencias rivales buscaban imponer en su comercio de ultramar.²⁴⁵

Políticas mercantilistas del mismo tipo son las que han llevado a cabo los estados semiperiféricos que buscaban ascender en la jerarquía geopolítica y económica del sistema-mundo. Quizá la diferencia es la mayor dependencia del uso de la fuerza militar, dado que la fuerza económica aún no es suficiente para escalar posiciones en la jerarquía internacional (piénsese en los casos de Rusia y Prusia-Alemania). Wallerstein (1998a) se detiene en el caso de Suecia. Hasta finales del siglo XVI Suecia era un estado periférico, sometido al igual que Europa Oriental a un proceso de creciente periferización. Sin embargo, Wallerstein (1998a) plantea que estructuralmente Suecia tenía diferencias con Europa Oriental, su clima impedía el desarrollo de la agricultura, por lo que sus terratenientes eran relativamente débiles frente al estado, y sus exportaciones se centraban en la minería, y Gustavo Adolfo (1611-1632) logró establecer monopolios estatales sobre el cobre y el hierro. Los capitalistas de los países céntricos, particularmente Holanda, buscaron invertir en la minería sueca y someterla a su control a través del consabido mecanismo de las deudas y los pagos adelantados, sin embargo, el estado sueco buscó mantener su control sobre la comercialización de los minerales, y fomentar la instalación en Suecia de fundiciones y manufacturas asociadas, particularmente para la producción militar. Aunque este esfuerzo no pudo evitar un control parcial de la manufactura sueca por parte de los capitalistas holandeses, este control no fue completo y el estado sueco pudo desarrollar acerías y una importante industria armamentística,²⁴⁶ con la que fortaleció su ejército, lo que a su vez le permitió iniciar una serie de campañas exitosas en la zona del Báltico oriental. Suecia logró ocupar territorios en

²⁴⁵ Entre ellas hay algunas novelescas. En el marco de las estrategias usadas por Holanda para desplazar a Portugal del comercio en Asia, Braudel relata las travesías de Cornelious Houtman, uno de los primeros holandeses en ingresar en los dominios portugueses. Braudel relata (1984a, 172): "...el [viaje] de Cornelious Houtman en 1592 [es] digno de una novela de espionaje. El polizón embarcado en un barco portugués llega a las indias, es descubierto y arrojado a la prisión. Pero tranquilicémonos, mercaderes de Róterdam pagan su rescate, lo hacen salir de la cárcel y, a su retorno, equipan cuatro naves que le son confiadas y parten de Rotterdam el 2 de abril de 1595. Cornelious Houtman, después de tocar Insulindia en Bantam, estará de vuelta en Ámsterdam el 14 de agosto de 1597. Es un retorno modesto, menos de cien hombres y algunas mercancías a bordo de tres naves: en total, unos beneficios irrisorios. En el plano económico, el viaje no ha sido rentable. Pero ha aportado la certidumbre de beneficios futuros. Tiene, pues, el caris de un gran comienzo, que celebra una mala tela del museo de la ciudad de Ámsterdam".

²⁴⁶ Wallerstein señala (1998a, 287): "Después de todo, estamos estudiando la era de la hegemonía holandesa. Lo que llama la atención de los esfuerzos de Gustavo Adolfo no es su incapacidad de superar a los empresarios holandeses sino hasta qué punto consiguió crear en Suecia una fuerza militar y una fuerza industrial".

Prusia, Polonia, los países bálticos y Dinamarca que le permitieron a su vez insertarse como un intermediario en el comercio entre Europa Oriental y Occidental.²⁴⁷ La relación –de poder– entre el estado sueco y los capitalistas céntricos es interesante ya que durante largo tiempo ninguno logra imponerse completamente. El estado sueco contaba con cuasimonopolios en el cobre, hierro y alquitrán –Wallerstein (1998a, 292) señala que Suecia fue una especie de OPEP del siglo XVII–, además del dominio militar del Báltico oriental, sin embargo, los mercaderes-banqueros holandeses disponían de los capitales necesarios para impulsar las manufacturas suecas y controlaban el comercio del Báltico con el resto de la economía-mundo. Esta situación da por resultado una relación simbiótica entre ambos actores (Wallerstein 1998a), la que se refleja en la “suequización” de los empresarios extranjeros, los cuales se instalaban en Suecia y con el tiempo se hacían ciudadanos suecos, lo que era fomentado por el estado.²⁴⁸ Durante todo el siglo XVII continuó el ascenso sueco, creciendo su importancia militar, incrementando sus manufacturas del acero así como su flota comercial, sin embargo, hacia finales de siglo aparecieron nuevos vecinos crecientemente poderosos que aspiraban a ocupar también un papel semiperiférico en Europa Oriental, Rusia y Prusia, las que en las primeras décadas del siglo XVIII comienzan a arrebatarle sus posesiones en el Báltico oriental, en Alemania y Polonia. Así, el mercantilismo fue activamente empleado por Suecia en su ascenso y consolidación como semiperiferia, también sería una política seguida por otros estados que buscaron ocupar un lugar semiperiférico, como Rusia y Prusia en el siglo XVIII, y por otros que desde la semiperiferia saltaron al centro, como el Imperio Alemán y Estados Unidos en el siglo XIX. De esta manera, el mercantilismo marcó las políticas con las que se relacionaron entre sí las potencias céntricas y las semiperiféricas ascendentes, tanto a través de políticas económicas proteccionistas y del fomento de sus manufacturas y comercio, como a través de guerras y todo tipo de

²⁴⁷ Wallerstein (1998a) indica que la expansión sueca tuvo que detenerse cuando se tornó peligrosa para los estados céntricos. Cuando Suecia, en 1659, aspiró a incorporar toda Dinamarca, controlando el paso al Báltico, enfrentó la oposición de ingleses, franceses y holandeses, los que impusieron una paz que aseguró la independencia de Dinamarca.

²⁴⁸ Samuelsson (1968, 41) señala: “...Suecia se preocupó durante el siglo XVII por convencer a antiguos financieros y hombres de negocios extranjeros de que se convirtieran en súbditos suecos. La idea era “suequizar” su capital y sus aptitudes “adoptándolos”” (Samuelsson, Kurt, 1968, *From Grate Power to Welfare State*, Londres, Allen & Unwin; citado por Wallerstein 1998a, 292, nota al pie), igualmente Heckscher (1954, 107-108) señala: “...los gobiernos del siglo XVII desarrollaron también una política deliberada, destinada a absorber a los [empresarios] extranjeros” (Heckscher, Eli, 1954, *An Economic History of Sweden*, Cambridge, Harvard University Press; citado por Wallerstein 1998a, 292, nota al pie).

estrategias que buscaban mejorar la posición relativa de los propios capitalistas frente a los capitalistas de otras potencias.

Cabe ahora centrarse en las relaciones geopolíticas entre el centro y la periferia, particularmente en el tipo de políticas que las potencias céntricas buscaban que implementaran los estados de las periferias no coloniales. La política del centro sobre las periferias, y semiperiferias descendentes, básicamente buscaba la promoción en ellas del libre comercio, es decir, eliminar las trabas que encontraban para desarrollar sus actividades económicas. Esta apertura se fomentó tanto a través del uso de la fuerza militar –como la “diplomacia de las cañoneras”–, del uso de tratados comerciales que buscaban la rebaja de aranceles y la mutua apertura comercial, así como a través de la difusión de la idea del libre mercado entre las élites periféricas para promover, en palabras del siglo XX, “el desarrollo económico”. Esta última estrategia fue usada especialmente en el siglo XIX, cuando esta idea se fortaleció a partir del completo dominio británico de la economía-mundo y su consiguiente abandono del mercantilismo, por lo que el Reino Unido podía difundir el libre comercio como idea universal; abordaré este punto en la siguiente sección, aquí me mantendré en los aspectos geopolíticos.

Para los países periféricos independientes, y los semiperiféricos descendentes, el margen de maniobra en la geopolítica mundial era bastante reducido, al igual que las posibilidades de desarrollo autónomo de las economías locales en el marco de la economía-mundo. Por esto, en algunos casos se presentó resistencia a la apertura comercial –especialmente en el caso de los estados semiperiféricos– pero, en general, estas fueron rápidamente vencidas, ya sea por el uso de la fuerza por parte de los estados céntricos y/o por estrategias económicas llevadas a cabo por sus mercaderes –activamente apoyados por sus estados– que acentuaban progresivamente la dependencia de las economías locales de las redes mercantiles y financieras que controlaban. Sin embargo, como lo vimos en el caso de Polonia, los capitalistas locales, en general grandes terratenientes dedicados a la exportación de productos silvoagropecuarios o mineros cuya demanda estaba en el centro, solían tener interés en la apertura comercial, por lo que no cabe esperar una gran “resistencia” de parte de las élites

locales durante este período, más bien todo lo contrario, una activa promoción de la apertura económica y de la plena incorporación a la economía-mundo.²⁴⁹

En cuanto al uso de la fuerza, se podría dar cuenta de una enorme lista de situaciones donde la fuerza militar se usó para forzar a estados periféricos y semiperiféricos a aceptar las exigencias de apertura comercial de las potencias céntricas. En Asia la colonización nunca fue completa, China, Japón y el Imperio Otomano no perdieron su independencia –por muy relativa que sea– y otros estados lograron mantenerla durante un largo tiempo, por lo que en este continente este tipo de estrategias se utilizó durante siglos. El uso de la fuerza se fundamentaba en el poder naval, ya que la potencia naval europea, desde que los portugueses llegaron a finales del siglo XV, fue ampliamente superior a la de los estados rivereños de los océanos Índico y Pacífico.²⁵⁰ Esto les permitió mantener una posición de poder frente a todos los estados que se mantenían independientes, ya que podían bombardear y bloquear sus ciudades costeras, cortando sus vías comerciales y privándolos de abastecimientos vitales para sus economías y poblaciones.²⁵¹ Así, fue habitual el uso de la potencia naval para forzar la apertura del comercio, para obligar el pago de deudas y para que se aceptaran condiciones económicas que el estado periférico no deseaba. Quizá el caso más conocido son las Guerras del Opio (la primera de 1839 a 1842 y la segunda entre 1856 y 1860), donde el Reino Unido y Francia (que participó en la segunda) forzaron al Imperio Chino a aceptar el comercio de esta droga y algunas concesiones territoriales en sus costas. Con la independencia de los

²⁴⁹ En relación a América Latina, Halperin (2000) señala que hacia mediados del siglo XIX las políticas liberales ya habían sido asumidas: “Las nuevas funciones de América Latina en la economía mundial [como productora de materias primas y productos alimentarios para los centros de la economía industrial] son facilitadas por la adopción de políticas librecambistas, que vienen en rigor de antes pero se afirma ahora en casi todas partes. El librecambio... ..es la fe común de dirigentes políticos y sectores altos locales... ..es un factor de aceleración del proceso que comienza para Latinoamérica, y esa es, sin duda, la causa última de su popularidad local...” (2000, 217).

²⁵⁰ Braudel (1984a, 415): “El europeo utilizó en el mar, o a partir del mar, su aplastante superioridad. Esta le permite, cuando hacen estragos las piraterías locales, asegurarse el flete de los comerciantes no europeos, deseosos de seguridad, atacar o amenazar con bombardear un puerto recalcitrante; someter al pago de un pasaporte a las naves indígenas (portugueses, holandeses, ingleses practicaron esta exacción); y, en caso de conflicto con la potencia territorial, incluso usar el arma eficaz del bloqueo”.

²⁵¹ Por ejemplo, Braudel relata que, “Durante la guerra conducida, a instigación de Josiah Child, director de la *East India Company*, contra Aurang Zeb, en 1688, “los súbditos del Gran Mogol –explicaba el mismo Josiah Child– son incapaces de soportar una guerra con los ingleses doce meses seguidos sin ser víctimas del hambre y morir por millares, a falta de trabajo que les permita comprar arroz; no solamente como consecuencia de la falta de nuestro comercio, sino también porque, al hacer la guerra, bloqueamos su comercio con todas las naciones orientales, que representa diez veces más que el nuestro y el de todas las naciones europeas juntas” (1984a, 415, cursivas del autor). Braudel cita a Watson, Bruce, 1976, “The Establishment of English Commerce in North-Western India in the Early Seventeenth Century”, en *Indian Economic and Social History*, XIII, N°3, páginas 384-385.

países latinoamericanos esta práctica se extendió a este continente, tanto por parte de las potencias europeas, particularmente el Reino Unido pero también Francia, Alemania, España y otras potencias participaron en bloqueos y cañoneos en las costas latinoamericanas, como crecientemente por parte de Estados Unidos.²⁵²

Estas presiones geopolíticas que buscaban provocar transformaciones en las periferias habitualmente se concretizaron en tratados comerciales entre la potencia céntrica y el país periférico. Alimento y Stapelbroek (2017) plantean que las estipulaciones comerciales en los tratados interestatales comienzan a ser comunes a finales del siglo XV y principios del XVI –el período de consolidación de la economía-mundo capitalista–, y hacia el siglo XVII ya eran rutinarios.²⁵³ Los autores señalan que los tratados comerciales se basaban en la desigualdad política y, generalmente, establecían vínculos económicos entre las principales potencias mercantiles con estados que no tenían sectores manufactureros importantes pero sí ricas colonias, o con estados no europeos,²⁵⁴ es decir, en los conceptos aquí empleados, estados periféricos o semiperiféricos. En muchos casos el vínculo entre estos tratados comerciales y las relaciones de poder geopolíticas era muy claro ya que los tratados se utilizaban para “normalizar” las relaciones entre los países después de guerras o conflictos (Alimento y Stapelbroek, 2017). Una práctica común era concluir un tratado comercial junto el tratado de paz, por lo que obviamente la “normalización” reflejaba los desbalances en las relaciones de poder que quedaban luego del conflicto, lo que se reflejaba en cláusulas que le daban privilegios en el acceso al mercado del país en inferioridad de condiciones a los mercaderes del centro, sin reciprocidad para sus contrapartes. Ello trae como consecuencia que cambios en las correlaciones de poder, como un aumento del poder de los estados céntricos, sean acompañados de una secuencia de tratados donde se profundiza cada vez más

²⁵² Para un amplio recuento de la “diplomacia de las cañoneras” en América Latina, véase Graham-Yooll, 2002.

²⁵³ Lebeau (2017) señala que hasta la Paz de Utrech, en 1713, en general las cuestiones comerciales aparecían como cláusulas de los tratados de carácter político, a partir de ese momento en general los tratados comerciales y los políticos, aunque fueran simultáneos, se redactaban por separado.

²⁵⁴ Alimento y Stapelbroek (2017, 4) plantean: “In general, the dynamic of treaty making may in large part be explained by the traditional usage, developed in particular during the seventeenth century, by the great powers of the time of establishing economic ties with states that did not have large manufacturing sectors, but instead had colonies (Portugal and Spain) and were rich in gold and silver. Commercial treaties in short were tools of economic rivalry among the main commercial powers, and instruments of economic subordination between more and less powerful European states. Another traditional function of treaty-making was the establishment of commercial common ground between European and non-European territories based on political inequality”.

la liberalización de los mercados del estado periférico o semiperiférico en proceso de periferización.

La progresiva profundización de la libertad comercial que los sucesivos tratados lograban para los capitalistas céntricos, es particularmente vistosa en relación a las potencias semiperiféricas que se encontraban en un proceso de continua decadencia de su poder económico y geopolítico, como los imperios español, portugués y otomano. En estos casos estas potencias progresivamente debían dismantelar sus propias políticas mercantilistas y adoptar, cuando su situación de debilidad así lo hacía imperativo, políticas librecambistas, las que también pasaban a ser parte del interés de grupos cada vez más influyentes de sus empresarios capitalistas vinculados a la producción de productos agropecuarios o mineros para el mercado internacional. En el caso portugués, hacia mediados del siglo XVII su economía ya mostraba signos de retroceso en las principales manufacturas, como los tejidos, por lo que se convirtió en un mercado que fue aprovechado principalmente por los ingleses, situación que se consolida en sucesivos tratados entre Inglaterra y Portugal –1642, 1654, 1661– ampliamente favorables a los capitalistas ingleses,²⁵⁵ con los cuales Inglaterra tuvo creciente acceso a los mercados portugueses, incluyendo sus colonias, y obtuvo Bombay y Tánger (Wallerstein 1998a). Como Portugal aún mantenía una potencia geopolítica de consideración, hacia las últimas décadas del siglo XVII buscó restablecer sus políticas mercantilistas,²⁵⁶ fomentando su industria y comercio, pero dados los ya importantes intereses de sus capitalistas por el libre comercio con Inglaterra, particularmente los vitivinicultores, y el aumento de la producción de oro, azúcar y tabaco brasileños, y dadas las nuevas presiones geopolíticas a las que Portugal se vio sometido (requería de la protección naval inglesa frente a la amenaza francesa y española durante la Guerra de Sucesión Española de 1701 a 1713), el impulso mercantilista sólo duró unas décadas y a inicios del siglo XVIII

²⁵⁵ Al respecto Alimento y Stapelbroek señalan (2017, 8): “Articles 3 and 4 of the Anglo-Portuguese treaty of commerce and peace of 1642 (and the treaty of 1654 completed this process) gave English merchants the same privileges as Portuguese traders but not vice versa, instead offering Portugal naval military protection from Spain”.

²⁵⁶ Wallerstein relata (1998a, 257): “...Portugal hizo un valiente esfuerzo por librarse de esta condición de intermediario o correa de transmisión adoptando el remedio universal del siglo XVII –el mercantilismo–, política declarada del marqués de Fronteira y del duque de Ericeira, secretarios de Estado de 1675 a 1690. Los portugueses eran conscientes de que esta era una imitación de la política de Colbert. Importaron técnicos franceses que les ayudaran a levantar industrias capaces de competir con las inglesas y francesas y crearon una compañía comercial dedicada al tráfico de esclavos africanos que intentó hacerse con el mercado español”.

nuevamente Portugal firmó tratados comerciales con Inglaterra, los tratados de Methuen en 1703 y 1713, que consolidaron el intercambio de vino portugués por paños ingleses.²⁵⁷ La dependencia de los productos manufacturados ingleses hizo que el déficit comercial portugués fuera creciente, lo que sólo se podía compensar con el oro brasileño, que en cantidades crecientes fluyó al Reino Unido, así, hacia el año 1760, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, el conde de Choiseul afirmó que Portugal “debe ser considerado como una colonia Inglesa”.²⁵⁸

Para forzar la apertura comercial de las periferias, los países céntricos muchas veces colaboraban entre sí, es decir, dos o más potencias céntricas se aliaban para forzar que un estado periférico se abriera a su comercio, pagara alguna deuda o tomara alguna medida económica que sus élites no deseaban implementar. Quizá el ejemplo más notable es la Guerra de los Boxers (1899-1901), donde se produce una excepcional colaboración entre casi todas las potencias imperialistas, una especie de “internacional imperialista”, ya que el Reino Unido, Alemania, Francia, Rusia, Japón, Estados Unidos, Italia y Austria-Hungría, intervinieron en conjunto para aplastar la rebelión nacionalista de los Boxers e imponer nuevas aperturas económicas al Imperio Chino. Sin embargo, más allá de estas colaboraciones circunstanciales, la apertura de los estados periféricos se da en el contexto de la competencia imperialista-mercantilista antes descrita. El caso del progresivo poder de Estados Unidos en América evidencia este punto, ya que muestra cómo, a lo largo del siglo XIX e inicios del XX, su creciente potencia le permitió ir apartando progresivamente de Latinoamérica, especialmente de Centro América y el Caribe, a las potencias europeas. Me detendré brevemente en este caso para resaltar como las periferias independientes también fueron objeto de la competencia imperialista.

A principios del siglo XIX surgieron en toda América nuevos países independientes que pasaron a ser parte de la periferia del sistema-mundo, por su papel económico centrado en la exportación de productos mineros y agropecuarios y por su escaso peso geopolítico. En

²⁵⁷ En base a los tratados de Methuen, que surgen de los desequilibrios geopolíticos entre los firmantes, se consolida el intercambio de tejidos británico por vino portugués que David Ricardo usará como ejemplo de los beneficios que trae el libre comercio internacional (véase Wallerstein 1998a y Cardoso 2017). Así, como lo enfatiza Braudel (1984c), no hay nada “natural” en el origen de los intercambios entre estos dos países.

²⁵⁸ Wallerstein 1998a, 266, que toma la cita de Christelow, Allen, 1946, “Economic Background of the Anglo-Spanish War of 1762”, en *Journal of Modern History*, XVIII, 1, pp 22-36, Marzo, página 27.

paralelo, en Europa, luego de las guerras napoleónicas, en el Congreso de Viena se formó la Santa Alianza entre Rusia, Prusia y Austria, con el fin de restablecer y mantener el orden absolutista en Europa, lo que también buscaba permitir a los monarcas españoles y franceses restablecer sus dominios en América (Hobsbawm, 1997b). Con el auspicio de la Santa Alianza, en 1823 Francia restableció a Fernando VII de España (destituído en 1820 por una revuelta liberal) y planteó que también las colonias americanas debían ser restituidas a la monarquía española, lo que buscaba establecer privilegios comerciales para Francia por la ayuda prestada (Tower 1920). A estas pretensiones se opusieron conjuntamente Estados Unidos y el Reino Unido. El Reino Unido tenía un amplio dominio del comercio con los nuevos estados latinoamericanos, por lo que no tenía interés en ningún tipo de intervención imperialista en la región, por ello declaró que no anexaría territorios de las ex colonias españolas y demandó que Francia tampoco lo hiciera. Por su parte, en Estados Unidos el presidente James Monroe plantea, en 1823, en conocimiento del apoyo inglés, que el “hemisferio occidental” debía mantenerse fuera de las pretensiones imperialistas de las potencias europeas (Whitaker 1954), planteamiento que luego sería conocido como la “Doctrina Monroe”.²⁵⁹ Si bien en ese momento Estados Unidos no contaba con un poder militar que pudiera oponerse a las potencias europeas y respaldar la declaración de Monroe, contaba con que el Reino Unido utilizaría su dominio naval para asegurar su comercio con los nuevos estados latinoamericanos, impidiendo cualquier intervención mayor de las potencias europeas.²⁶⁰

²⁵⁹ Tower (1920) relata el intercambio diplomático que se dio entre el Reino Unido y Estados Unidos ante la amenaza que surgía de las potencias de la Santa Alianza con Francia y España. En este intercambio el Reino Unido impulsó una coalición y declaración conjunta, y ante esa garantía el presidente Monroe decidió realizar su declaración, pero de manera unilateral para no verse comprometido en una eventual confrontación entre el Reino Unido y alguna potencia europea. En la declaración, realizada en la sesión de apertura del congreso, Monroe señaló: “The occasion has been judged proper for asserting as a principle in which the rights and interests of the United States are involved, that the American continents, by the free and independent condition which they have assumed and maintain, are henceforth not to be considered as subjects for future colonization by any European Power... that we should consider any attempt on their part to extend their system to any portion of this hemisphere as dangerous to our peace and safety. With the existing colonies or dependencies of any European Power we have not interfered and shall not interfere. But with the governments who have declared their independence and maintained it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any European Power, in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States” (citado en Tower, 1920, 15-16).

²⁶⁰ Hobsbawm plantea (1997b, 110): “...la aplicación del principio [de restauración del orden absolutista] hubiera llevado a las potencias rivales (sobre todo a Francia) a América Latina, la cual, como hemos visto, era un factor vital para la economía británica. Por tanto, los ingleses apoyaron la independencia de los estados latinoamericanos, como lo hicieron los

En los siguientes años la “Doctrina Monroe” cayó en desuso, ya que Estados Unidos no tenía la capacidad para aplicarla de manera unilateral frente a las potencias europeas y especialmente frente a el Reino Unido. Sin embargo, pese a que en las primeras décadas de su independencia Estados Unidos no contaba con un poder económico y militar significativo, desde un inicio parte de sus élites dirigentes tenían el proyecto de expandir las fronteras del país.²⁶¹ Por ello, a partir del incremento de su poder, los sucesivos presidentes estadounidenses buscaron realizar el “destino manifiesto” de Estados Unidos, comprando y anexando territorios hasta alcanzar las dimensiones actuales del EE.UU. continental.²⁶² Sobre esta base de creciente poder económico y militar, diferentes presidentes, líderes políticos y corrientes de opinión que se expresaban en revistas y periódicos, proyectaron continuar la expansión de la influencia estadounidense y adquirir territorios o establecer protectorados sobre México, Cuba y partes del Caribe y Centro América (Whitaker 1954, Kissinger 2017). Pese al creciente poderío estadounidense, las potencias europeas mantenían una fuerte presencia en Sudamérica, Centroamérica y el Caribe. El Reino Unido mantuvo una gran influencia comercial y política en América Latina por lo que frecuentemente se produjeron tensiones con Estados Unidos, especialmente en la zona del Caribe (Graham-Yooll, 2002). Además, se produjeron diversas intervenciones de las potencias europeas, como la de Napoleón III de Francia para crear una monarquía en México entre 1863 y 1867, la restauración de la dominación española en República Dominicana entre 1861 y 1865 y la guerra de España con Bolivia, Chile, Ecuador y Perú en 1865 y 1866 (Whitaker 1954).²⁶³ Así, hacia las últimas décadas del siglo XIX la zona de Centro América y el Caribe se mantenían como una región en disputa por parte de EE.UU. y varias potencias europeas,

Estados Unidos con la Declaración de Monroe en 1823, manifiesto que no tenía ningún valor práctico [por el momento] –pues si alguien protegía la independencia de aquellos países era la flota británica–”.

²⁶¹ Por ejemplo, Kissinger (2017) señala que luego de la compra de Luisiana a Francia (entonces Luisiana abarcaba extensos territorios al oeste de los Estados Unidos, desde la costa del Caribe hasta la frontera con el Canadá británico), en 1803, T. Jefferson visualizaba la anexión de Cuba y Canadá.

²⁶² La idea del “destino manifiesto” consistía en que EE.UU. tenía la misión de expandirse al Océano Pacífico y civilizar todo el continente norteamericano. Las principales adquisiciones territoriales en el continente fueron la compra a Francia de Luisiana (1803), la compra a España de Florida (1812), la incorporación de Texas (1845), la sesión de Oregón por parte del Reino Unido (1846), la anexión de la zona de California, Nevada y Arizona a costa de México luego de la guerra de 1846-1848, y la compra de Alaska a Rusia (1867).

²⁶³ Varias de estas incursiones se produjeron aprovechando la coyuntura de la guerra civil estadounidense (1861-1865), y la debilidad que implicaba para el país. Una vez finalizada la guerra civil la situación cambió y, por ejemplo, Estados Unidos presionó a Francia para finalizar su intervención en México (véase Tower 1920).

donde la creciente presencia de Francia, por ejemplo a través del intento fallido de construcción del Canal de Panamá entre 1881 y 1889, y de Alemania, a través de numerosas inversiones, se sumaba a la del Reino Unido y España.

En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX Estados Unidos logró consolidar su supremacía en América Central y el Caribe, y condicionar la presencia de las potencias europeas en el “hemisferio occidental”. El rápido triunfo sobre España en la guerra de 1898 le permitió expulsarla del caribe y adquirir sus dominios, anexionándose Puerto Rico y estableciendo un protectorado sobre Cuba.²⁶⁴ En este contexto, se produce una coyuntura que permite la reinterpretación de la Doctrina Monroe, el llamado “Corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe”, esta coyuntura fue la cesación de los pagos de su deuda externa por parte de Venezuela (Whitaker 1954, Kissinger 2017). A finales de 1902, ante la suspensión de pagos, el Reino Unido, Alemania e Italia realizaron un bloqueo conjunto de los puertos venezolanos, desencadenándose algunas acciones bélicas, como bombardeos a fuertes venezolanos. Ante esta situación, y previendo una escalada como un desembarco y un eventual control de largo plazo de algún puerto o isla venezolana por parte de estas potencias (Estados Unidos especialmente temía las intenciones alemanas en el Caribe), el presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) amenazó con enviar la flota estadounidense a la zona. Así, se obligó una negociación que logró el pago de la deuda y el levantamiento del bloqueo. A partir de esta situación el presidente Roosevelt declaró, en 1904, un monopolio en las intervenciones sobre América Latina: si cualquier potencia tenía algún reclamo, por ejemplo, sobre un pago de deudas, Estados Unidos tendría que ser la potencia que intervendría para reimponer el orden. Esta fue su reinterpretación de la Doctrina Monroe, con una estricta perspectiva unilateral, se declaraba que las intervenciones en el hemisferio occidental serían realizadas por Estados Unidos.²⁶⁵ En este período Estados Unidos no lograría un dominio

²⁶⁴ Este triunfo también permitió que Estados Unidos se convirtiera en una potencia de alcance mundial, al adquirir Guam y Filipinas (tras la Guerra con la breve república que se instaló luego que una rebelión expulsara a los españoles), a lo que se sumó la anexión del Reino de Hawái en 1898.

²⁶⁵ En el mensaje anual al congreso el presidente T. Roosevelt lo señaló claramente: “Lo único que desea este país es ver estables, ordenados y prósperos a los países vecinos. Cualquier país cuyo pueblo se comporte bien puede contar con nuestra sincera amistad. Si una nación muestra que sabe cómo actuar con razonable eficiencia y decencia en cuestiones políticas y sociales, si mantiene el orden y paga sus deudas, no tiene por qué temer la injerencia de Estados Unidos. El delito crónico, o la impotencia que resulta de una laxitud general de los vínculos de la sociedad civilizada, pueden requerir en América, como en todas partes, la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzar a Estados Unidos, aunque renuente, en los casos flagrantes de delito o impotencia,

completo sobre los países periféricos de América Latina, aún continuarían algunas intervenciones de potencias europeas, sin embargo, la preeminencia de Estados Unidos ya sería evidente al menos en América Central y el Caribe. En los siguientes años las intervenciones estadounidenses sobre la región se harían comunes –hasta antes de la Primera Guerra Mundial, en México, Nicaragua, República Dominicana, Colombia y Panamá–. Particularmente importante sería su apoyo a la revuelta que terminó con la independencia de Panamá de Colombia en 1903, lo que facilitó el inicio de la construcción del Canal de Panamá en 1904, permitiendo a Estados Unidos el control de una vía de comunicación de central importancia estratégica y eliminando cualquier posibilidad de que Francia, Alemania u otra potencia se encargara de su construcción y tuviera influencia sobre dicha zona.

De esta manera, las periferias como América Latina, eran parte de una competencia entre las potencias céntricas que se fue volviendo crecientemente intensa. Estados Unidos fue imponiéndose en el escenario del caribe, pero este escenario se contextualiza en una competencia mundial que se intensifica al acabar el período al que aquí me refiero. Para finalizar esta sección cabe destinar algunos breves párrafos al período 1815-1914, ya que en él se llega a la culminación de la lógica de relación imperialista entre los actores más poderosos del sistema, los estados y capitalistas céntricos. Es un período de casi 100 años entre las guerras napoleónicas que finalizaron en 1815 con la derrota de Francia y el ascenso del Reino Unido al dominio de la economía-mundo, y el inicio de la Primera Guerra Mundial. Este período frecuentemente es asociado con estabilidad política, con la “Pax Británica”, por ejemplo Polanyi lo describe como la “paz de los 100 años”, lo que sería “un fenómeno desconocido en los anales de la civilización occidental” (2011, 51). Sin embargo, este período, de sólo relativa paz, fue acumulando tensiones de tal magnitud que derivaron en la Primera Guerra Mundial, tensiones que se relacionan directamente con las relaciones de poder que las potencias céntricas llevaban –entre sí y con la periferia y semiperiferia– con una lógica imperialista.

Como se señaló, a partir de su triunfo en las Guerras Napoleónicas, Gran Bretaña comienza en 1815 un período de unos cincuenta años de completo dominio del sistema-mundo, ya que

al ejercicio del poder policial internacional” (en HR 58A-K2, Records of the U.S House of Representatives, RG 233, Center of Legislative Archives, National Archives; citado por Kissinger 2017, 255).

Francia, su rival del siglo XVIII, quedó relegada a una posición de potencia geopolítica y económica secundaria. Sin embargo, ya en 1815 surgen fuerzas que comenzarán a cuestionar y desestabilizar el dominio geopolítico británico. Rusia en términos geopolíticos fue la otra potencia que salió ampliamente fortalecida de los conflictos napoleónicos, quedando como la gran potencia militar del continente europeo. Así, si bien su posición económica era de importancia secundaria, a partir de su poder militar continúa la expansión de su territorio, principalmente en el Cáucaso, a costa del Imperio Otomano, en Asia central y en el extremo oriente. Esto provocó un creciente choque con los intereses británicos en Asia, lo que llevó a la Guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó al Imperio Ruso con el Reino Unido, Francia y el Imperio Otomano, ya que el Reino Unido y Francia buscaron impedir que el Imperio Otomano siguiera retrocediendo frente a Rusia. Por su parte, con las guerras napoleónicas Prusia también se consolida como una potencia militar, aunque aún de un orden inferior a Rusia, pero además adquirió zonas de gran importancia económica en el occidente de Alemania (como Westfalia y Renania). Con el transcurso de las décadas el creciente poder militar y económico la pondrán en conflicto con el Imperio Austriaco y con Francia, los cuales al resolverse a favor de Prusia (en las guerras con Austria en 1866 y con Francia en 1870-1871), la catapultan en las últimas décadas del siglo XIX –transformada en el Imperio Alemán– como la gran potencia económica y geopolítica continental, y el más directo desafío al dominio del Reino Unido de la economía-mundo. Por su parte Francia no tardó mucho tiempo en volver a recuperar parte de su posición económica y geopolítica, y buscó expandir sus colonias para recuperar parte de su prestigio perdido con las derrotas en las guerras napoleónicas y en su guerra con Prusia. Además, hacia las décadas finales del siglo XIX tres nuevos actores entraron en la disputa imperialista global por los últimos territorios disponibles para ser colonizados o controlados; Estados Unidos, luego de la Guerra de Secesión (1861-1865), que permitió el control político del norte industrial interesado en la expansión de la influencia estadounidense por Asia y en América Latina; Japón, que a partir de la Restauración Meiji (1866) fomenta su industrialización y expansión geopolítica en Corea, China y el sudeste asiático; e Italia, que luego de su unificación (1866) busca ocupar un espacio entre las potencias europeas y realizar conquistas en África. Así, hacia la década de 1870 la geopolítica mundial era crecientemente compleja, y la primacía británica estaba

desafiada en distintas latitudes por diversos actores, principalmente Alemania, Rusia y Francia. Además, el dominio económico británico llegaba a su fin, ya que Alemania y Estados Unidos se alzaban como las nuevas potencias industriales de la época, superando al Reino Unido en varios campos.

En las últimas décadas del siglo XIX la compleja geopolítica mundial se volvió crecientemente tensa, ya que surgen múltiples controversias y conflictos entre los diferentes imperios (véase Mommsen 1995). Esto sucede por varios motivos. Por una parte porque los espacios disponibles no sólo eran cada vez menos y los estados con pretensiones de expansión imperial cada vez más (en esos momentos el Reino Unido, Alemania, Francia, Italia, Rusia, Estados Unidos, y Japón estaban expandiendo sus imperios en Asia, África y disputando espacios de América Latina), sino también porque entran en disputa territorios que eran parte de imperios en decadencia, como el Otomano, Chino, Español y Portugués, los cuales, a pesar de su decadencia, seguían siendo actores con algún peso militar y geopolítico, y que en algunos casos tenían alianzas con potencias imperialistas. Por otra parte, porque la ideología nacionalista había penetrado con fuerza en las poblaciones, por lo que la política imperialista se vio presionada no sólo por los intereses económicos capitalistas, sino por una “opinión pública” que vinculaba las anexiones imperiales con el “prestigio nacional”, lo que puso a la tradicionalmente elitista y opaca diplomacia en el centro de las controversias políticas de los diferentes países, presionándola por llevar políticas imperialistas más agresivas.²⁶⁶ Un tercer factor fue la extrema tensión que el nacionalismo produjo en la región de los Balcanes, donde los imperios plurinacionales Austro-Húngaro y Otomano se enfrentaban al creciente nacionalismo de los pueblos balcánicos que reivindicaban sus propios estados-nacionales. Esta tensión escalaba a nivel europeo por el apoyo que brindaba el Imperio Ruso al paneslavismo, por el interés del Imperio Británico en los territorios del

²⁶⁶ Mommsen señala: “...el sistema diplomático de Bismark se basaba en que los políticos de Europa pudieran actuar según una razón de Estado audaz y calculada, sin preocuparse demasiado de la opinión de sus pueblos. Sin embargo, esto era cada vez menos posible. Precisamente, los gobiernos de los estados semiconstitucionales o incluso autocráticos de Europa, además de sus antagonistas democráticos, eran arrastrados cada vez más por una opinión pública cargada de nacionalismo. En aquellas circunstancias las relaciones personales entre los jefes de Estado, en las que había puesto tanto empeño Bismark, fueron perdiendo su solidez” (1995, 142). Cabe señalar que varios de los monarcas de la época, como Guillermo II de Alemania, Nicolás II de Rusia y Eduardo VII de Inglaterra, eran parientes.

Imperio Otomano en el Medio Oriente,²⁶⁷ y por el apoyo del Imperio Alemán al Imperio Austro-Húngaro y al Otomano, por lo que la situación balcánica se entremezclaba con las luchas imperialistas, lo que finalmente sería central en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Lo central a destacar de este período es que las disputas imperialistas por los espacios económicos que quedaban disponibles, o los que se podía forzar que se volvieran a repartir aprovechando la decadencia de antiguos imperios, ponían en creciente tensión las relaciones de poder entre las potencias que buscaban su espacio en el centro de la economía-mundo, así, Mommsen señala: “La lucha febril de las potencias colonialistas por los territorios de ultramar dio a las relaciones de los Estados una dureza hasta entonces desconocida” (1995, 138).

Esta disputa también aumentaba la presión sobre las periferias. África fue repartida casi en su totalidad (las excepciones fueron Etiopía y Liberia, que fue un estado creado por Estados Unidos), incluyendo la repartición de las posesiones otomanas en el norte de África a manos del Reino Unido (Egipto) e Italia (Libia). China fue sometida a una continua presión a la apertura comercial, que comenzó con las Guerras del Opio, que continuaron con una serie de tratados entre las potencias céntricas y China que obligaban al Imperio Chino a abrir su comercio, y finalmente derivaron en la ocupación japonesa de Corea (1905). En América Latina, como vimos, Estados Unidos buscó establecer su dominio económico y geopolítico especialmente en la zona del caribe, lo que consiguió derrotando al Imperio Español en la Guerra Hispano-Estadounidense (1898), y buscando imponer su posición preeminente en el “hemisferio occidental” (Whitaker 1954).

De esta manera, a finales del siglo XIX y principio del siglo XX, las relaciones de poder geopolíticas entre las potencias céntricas del sistema-mundo llegan a una situación de crisis que llevó a la Primera Guerra Mundial. De esta manera, la crisis que se abre en 1914 surge de la propia lógica que imponía la estructura de dominación imperialista en las relaciones de poder entre las potencias céntricas, y del hecho de que la geografía completa del planeta estaba incluida en el sistema-mundo, por lo que la disputa imperialista ya no contaba con

²⁶⁷ En 1895 el Reino Unido presentó un plan para la repartición del Imperio Otomano, lo que fue rechazado por Alemania ya que ella buscaba afianzar su influencia económica en el Imperio Otomano, para lo que estaba implementando proyectos como la construcción del ferrocarril a Bagdad (Mommsen 1995). Finalmente, los territorios Otomanos del Medio Oriente fueron repartidos entre el Reino Unido y Francia en 1916 a través del Acuerdo Sykes-Picot.

espacios “abiertos”, que permitieran que la expansión de una potencia céntrica no implicara necesariamente confrontaciones directas con otras potencias. Sin poder salir de la lógica estructural de la expansión capitalista-imperialista, el choque era inevitable, cómo lo habían sido los múltiples choques entre potencias que se disputaban el centro del sistema-mundo desde la época de la rivalidad entre Génova y Venecia. Sin embargo, en esta ocasión la magnitud del choque no tendría precedentes por la inmensa acumulación de poder militar e industrial en manos de las potencias enfrentadas, y porque a estas alturas de la historia de la expansión del sistema-mundo capitalista cualquier nueva expansión de una potencia céntrica tendría que ser a costa de otra potencia céntrica. Esto abre un período de inestabilidad, de crisis en esta lógica estructural de relaciones de poder, al mostrar la imposibilidad de continuar operando con la lógica imperialista que se venía empleando.

2.3. La lucha de clases.

En este capítulo trataré las implicancias de la expansión capitalista en la pauperización de las condiciones de vida de los trabajadores y las clases populares, la resistencia que surge por parte de las clases populares y por los trabajadores sometidos a la explotación, y en las estrategias de las clases dominantes para enfrentar esta resistencia, es decir, me centraré en las relaciones de poder entre las clases sociales, en la lucha de clases. En la primera sección plantearé que existen antecedentes para sostener que desde un inicio la expansión y profundización del capitalismo produjo un creciente deterioro de las condiciones de vida y trabajo de las clases populares y un aumento de la coerción a la que fueron sometidos los trabajadores. Esto se produjo en todo el sistema, incluso su centro, donde el deterioro se exacerbó en las primeras etapas de la Revolución Industrial. Así, la expansión del sistema-mundo implicó, y se sostuvo en, una agudización de las relaciones de dominación que ejercían los capitalistas y estados sobre las clases populares en general y un aumento de la presión explotadora de los trabajadores. En la segunda sección me detendré en el análisis de la Revolución Francesa, particularmente la lucha de clases entre los capitalistas y las clases populares, que desataron insurrecciones que tenían como principal blanco a quienes comenzaron a plantearse de manera crecientemente explícita como sus enemigos de clase, los capitalistas, sin que fuera relevante su procedencia “burguesa” o “aristocrática”. El análisis del proceso revolucionario permite apreciar la nueva fuerza que adquirieron las clases populares hacia el final del siglo XVIII, en el contexto de la pauperización que venían sufriendo por la profundización del capitalismo en el centro. Esta fuerza les permitió modificar las relaciones de poder entre las clases del centro del sistema-mundo y tensionar su estructura de dominación. Durante la revolución las insurrecciones populares alcanzaron tal nivel de virulencia que las fuerzas populares lograron, por momentos, equilibrar relaciones de poder históricamente adversas y someter a la estructura de dominación a importantes tensiones, forzando a los diferentes gobiernos a introducir reformas que, en una pequeña medida, contuvieron el avance capitalista en Francia y moderaron algunas de sus implicancias. En la tercera sección me detendré en el inédito desafío a las clases dominantes del sistema-mundo que se instala luego de la Revolución Francesa, ya que la posibilidad del estallido revolucionario se posiciona como un riesgo real para ellas. Esto implicó un

tensionamiento y recrudecimiento de las luchas de clases en el siglo XIX producto de la inédita organización económica y política de los trabajadores, ante lo cual, las clases y grupos dominantes de los países céntricos reaccionarían estableciendo una estrategia de dominación hegemónica, que permitiría incorporar crecientemente a los trabajadores al “estado liberal”, diluyendo la amenaza revolucionaria.

2.3.1. El proceso secular de pauperización de los trabajadores y las clases populares.

La expansión y profundización del capitalismo desde sus orígenes hasta, al menos, entrado el siglo XIX, produjo un significativo deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores y de las clases populares en general. El avance capitalista se concretiza, por una parte, en la incorporación de territorios al sistema-mundo y, por otra, en la expansión del control de la vida económica general por el capitalismo, a expensas de la economía de mercado y de la vida material, lo que iba en directo menoscabo de las condiciones materiales de las clases populares, dependientes en gran medida de la autoproducción y los intercambios en mercados locales (estas distinciones braudelianas se tratan en la sección 1.1.2.). Polanyi (2011) emplea el concepto de “dislocación” para referirse a los enormes impactos que causó la Revolución Industrial inglesa en la vida social y cultural de la población, particularmente en los trabajadores que debieron abandonar las zonas rurales a raíz de los cercamientos y migrar a los tugurios de las urbes industriales. Más allá de las particularidades de cada región y momento histórico, este concepto es extensible a todas las áreas incorporadas a la economía-mundo capitalista a lo largo de sus siglos de existencia. Con niveles muy diferentes de impacto sobre las sociedades locales (desde la total destrucción de pueblos y culturas en América, hasta incorporaciones donde los estados locales lograron encausarlas en beneficio de sí mismos y de sus clases privilegiadas, como el Imperio Ruso), todos los avances capitalistas implicaron una dislocación de las economías locales al ser reenfocadas en función de los procesos de acumulación llevados a cabo por el sistema-mundo en beneficio de su centro, y de las clases capitalistas y dominantes de las periferias y semiperiferias. Al menos generalmente, estos procesos de dislocación de las economías locales implicaron un redoblamiento de la explotación de los trabajadores, e importantes retrocesos en las condiciones materiales de vida de la gran mayoría de la población. La profundización de la

servidumbre en Europa Oriental a partir del siglo XV –la llamada “segunda servidumbre”–, y luego en los imperios ruso, otomano y en el subcontinente indio a partir del siglo XVIII; la extensión de la esclavitud en América y África; la asalarización forzada de los campesinos en el centro a partir del proceso de cercamiento, primero en el “largo siglo XVI” y luego en el marco de la Revolución Industrial en los siglos XVIII y XIX; las extremadamente precarias condiciones laborales del primer período de la Revolución Industrial y la pauperización de las condiciones de existencia en los tugurios urbanos; todos estos procesos se dan en el marco de la incorporación de distintas regiones a la economía-mundo y/o de la profundización del control capitalista sobre su vida económica. Estos procesos implicaron la jibarización o anulación de las economías comunitarias, la pérdida de las parcelas destinadas al autoconsumo, la destrucción de las manufacturas locales, así como la ruptura de los intercambios que se enmarcaban en los mercados locales o regionales. Esto se debía, entre otros motivos, al proceso de extensión de los monocultivos para la exportación (en la periferia) o de la tierra dedicada a la ganadería relacionada con la industria textil (en el centro y partes de la semiperiferia), y a las transferencias más o menos forzada de población para su empleo en las plantaciones, haciendas, centros mineros y, en el siglo XIX, los centros industriales. Para abordar las implicancias que tuvo la expansión capitalista sobre los trabajadores, volveré a los procesos descritos en las secciones 2.1.1. y 2.1.2., primero las implicancias de la jerarquización centro-semiperiferia-periferia producida en el “largo siglo XVI”, luego de la incorporación de nuevos territorios al sistema-mundo a partir del siglo XVIII y finalmente me detendré en las implicancias que tuvo la industrialización en la población trabajadora durante el siglo XIX.

En la sección 2.1.1. analicé las implicancias económicas, productivas, de la división internacional del trabajo que se produjo entre los siglos XV y XVII, y que estructuró un sistema-mundo jerarquizado con un estrecho centro y amplias periferias. Al finalizar este período, en términos productivos, la periferia, que comprendía a Europa Oriental y América, se centraba en los monocultivos para la exportación y la producción minera, en tanto el centro, que se distribuía por el norte de Italia, Flandes, los Países Bajos, el sur de Inglaterra y el norte de Francia, albergaba una economía mucho más compleja, con una agricultura diversificada y en gran parte orientada a la producción ganadera para la industria textil, y un

sector manufacturero muy relevante, particularmente el textil enfocado en la exportación, pero también otros como el naviero, que generaba importantes concentraciones de medios de producción en centros urbanos. En cuanto a las consecuencias sociales, laborales, de la jerarquización económica, Wallerstein (2003) plantea que la división centro-semiperiferia-periferia tiene enormes implicancias sobre las formas del control de la fuerza de trabajo, las cuales distribuye de manera diferenciada en las diferentes regiones del sistema-mundo. En el centro la forma que adquiere el control del trabajo, para una parte significativa de sus trabajadores, es salarial, mientras en la periferia es servil, tanto en América como en Europa Oriental, y además se introduce el trabajo esclavo en América. Estas características sociales y laborales se mantendrían sin mayores modificaciones hasta la Revolución Industrial.²⁶⁸

La diferencia en estas formas de control del trabajo está dada centralmente por las necesidades de la explotación capitalista y la situación demográfica de cada zona (Wallerstein 2003), pero a pesar de las diferencias, aquí me interesa destacar que en todos los casos la consolidación del sistema-mundo capitalista implicó un deterioro de las condiciones materiales de existencia de la mayor parte de los trabajadores. Este deterioro es tan evidente en el caso de América, dada la brutalidad de la dominación militar impuesta a los pueblos originarios y de la coerción al trabajo esclavo,²⁶⁹ que es más interesante constatar esto en el caso de Europa, comparando la situación hacia el siglo XVII con la que existía antes de la consolidación del sistema-mundo en el siglo XV. En toda Europa la servidumbre

²⁶⁸ Hobsbawm realiza la siguiente descripción del trabajo agrícola en las diferentes zonas del sistema-mundo en el período 1780-1790: “Desde el punto de vista de las relaciones de propiedad agraria, podemos dividir a Europa –o más bien al complejo económico cuyo centro radica en la Europa Occidental– en tres grandes sectores. Al oeste de Europa estaban las colonias ultramarinas. En ellas... ..el cultivador típico era el indio, que trabajaba como un labrador forzado o un virtual siervo, o el negro, que trabajaba como esclavo [...] Al este de Europa Occidental, más específicamente aún, al este de la línea que corre a lo largo del Elba... ..estaba la región de la servidumbre agraria. Socialmente, la Italia al sur de la Toscana y la Umbría, y la España meridional, pertenecían a esta región; [en ella] el cultivador típico no era libre, sino que realmente estaba ahogado en la marea de la servidumbre, creciente casi sin interrupción desde finales del siglo XV o principios del XVI” (1997b 21-22). Más adelante al describir lo que serían las zonas céntricas y semiperiféricas de Europa Occidental señala: “...la sociedad rural occidental era muy diferente. El campesino había perdido mucho de su condición servil en los últimos tiempos de la Edad Media, aunque subsistieran a menudo muchos restos irritantes de dependencia legal. Los fundos característicos hacía tiempo que habían dejado de ser una unidad de explotación económica convirtiéndose en un sistema de percibir rentas y otros ingresos en dinero. El campesino, más o menos libre, grande, mediano o pequeño, era el típico cultivador del suelo” (1997b 24).

²⁶⁹ Se calcula que la mitad de los esclavos embarcados en África, unos 20 millones en todo el período desde el siglo XVI al XIX, sobrevivió para trabajar en América (Feliu y Sudrià 2007). Además, los malos tratos que recibían los esclavos hacía que su mortalidad fuera mayor que su natalidad, por lo que su población tendía a descender, lo que implicaba que los capitalistas tuvieran que realizar una continua importación de nueva población esclava para mantener la producción de sus plantaciones.

estuvo en retirada en el período de crisis económica y demográfica de 1300-1450, ya que la disminución de la población trajo consigo un aumento en la capacidad negociadora de los trabajadores frente a los terratenientes,²⁷⁰ los cuales se veían obligados a disminuir las cargas feudales e incluso recurrir a los salarios para evitar la fuga de sus siervos (Wallerstein 2003). Esto cambia con el resurgimiento económico y demográfico que se da a contar de 1450 (Holmes 1978). Con él, las relaciones de poder entre las clases sociales se modifican en beneficio de los terratenientes y capitalistas, ya que la recuperación demográfica disminuye la capacidad de negociación de los trabajadores, y los estados comienzan a adquirir mayor poder sobre sus poblaciones, que emplean en el apoyo de los capitalistas, lo que permite redoblar la coerción aplicada sobre los trabajadores para incorporarlos a la producción capitalista. En el centro la estructura productiva derivó a una agricultura diversificada y especializada en concentraciones de tierra relativamente bajas, a la ganadería y la manufactura textil. Esto provocaba una relativa sobrepoblación –una alta relación población/tierra–, ya que la ganadería para la manufactura textil requería poca mano de obra y los cercamientos que se producían para ella expulsaba a los campesinos de las tierras comunales y de las parcelas de subsistencia, lo que produjo un remanente de población que permitía hacer descender los salarios. La forma de trabajo necesaria para esta estructura productiva, relativamente especializada y ajustable a los cambios de la demanda de cada producto, necesitaba un control que permitiera mayor flexibilidad a los capitalistas, lo que se podía lograr a través de los salarios, ya que la relativa sobrepoblación los hacía descender. Wallerstein (2003, 111) muestra el descenso general de los salarios con el caso de los carpinteros de Inglaterra. Tomando como base (100) el salario del período 1721-45, la fluctuación parte en 81,0 para el período 1251-1300, subiendo hasta 155,1 en 1401-1451, y luego descendiendo progresivamente hasta alcanzar el nivel más bajo de 48,3 entre 1601-1650. El final del período de regresión económica del siglo XV muestra los mayores niveles de salarios, y el final del período de expansión de la economía-mundo hacia mediados del siglo XVII el menor (menos de un tercio del valor más alto). Así, la consolidación del

²⁷⁰ La combinación entre la carestía de alimentos provocada por varios años de malas cosechas debidas a cambios climáticos y la peste negra que comenzó en 1347, produjo un violento descenso demográfico en el siglo XIV, que fue de entre un 10 y un 50 por ciento de la población europea (Holmes, 1978, 128).

sistema-mundo en la zona céntrica provocó que surgiera un pequeño estrato de campesinos medios y de trabajadores especializados, pero también implicó la pauperización de una gran capa de trabajadores asalariados y de los remanentes de población que no tenía trabajo ni tierras.²⁷¹

Por su parte, en la periferia de Europa Oriental la producción se centró en los monocultivos en extensas plantaciones, particularmente de cereales para la exportación. Además, había una relativamente baja relación tierra/población, por la gran extensión territorial de esta zona del continente y el despoblamiento que ocurrió por las invasiones tártara y otomana. La forma de trabajo necesaria para tareas básicas, no especializadas, y fijas en el tiempo (los monocultivos), y la posibilidad que los campesinos escaparan a tierras despobladas, hizo que el control del trabajo asumiera formas más coercitivas para fijar al trabajador a la tierra, lo que provocó que en Europa Oriental, a partir de la segunda mitad del siglo XV, se produjera una restauración de la servidumbre –período que los historiadores denominan como la “segunda servidumbre”–.²⁷² Esta servidumbre se caracterizó por el creciente poder de los terratenientes capitalistas para expandir sus tierras y para aumentar los días dedicados a la *corvée* –el trabajo obligado que los campesinos debían hacer en las tierras del señor–,²⁷³

²⁷¹ Esto produjo una ampliación considerable del vagabundaje. En Inglaterra, por ejemplo, la miseria provocada por la difusión de los cercados y la expropiación de los campesinos provocó un problema para la estabilidad del reino, ya que la masificación del vagabundaje llevó a alzamientos y a la posibilidad de un estallido social de mayor envergadura. Esto indujo a que a finales del siglo XVI y principios del XVII se crearan las “leyes de pobres”. Aydelotte (1913, 17) señala: “[Los vagabundos no eran una clase impotente o inocua, t]enían cerebro para planear villanías y audacia para llevarlas a cabo. En sus filas había descontentos políticos, religiosos y sociales, y agitadores. Por ello eran tan peligrosos como la peste en la Inglaterra de Isabel. Los vagabundos eran amenaza suficiente para hacer que legisladores, desde Enrique VII en adelante, dedicaran lo mejor de su ingenio a buscar un remedio” (Aydelotte, Frank, 1913, *Elizabethan Rugses and Vagabonds. Vol. I*, Londres, Oxford University Press; citado en Wallerstein 2003, 361).

²⁷² Feliu y Sudrià señalan: “En Europa oriental, más allá de una frontera imaginaria desde el Elba hasta el Adriático, se produce un refuerzo de las estructuras feudales, que comportan la apropiación de mucha tierra por parte de los señores y una mayor sumisión de la fuerza de trabajo, que implica la obligación de trabajar más días en la reserva señorial y en muchas zonas la adscripción de los campesinos a la tierra. Es lo que se denomina *la segunda servidumbre de la gleba*. La finalidad es la creación de grandes explotaciones nobiliarias, organizadas en función del comercio de cereales. Por lo tanto, aunque formalmente se trate del refuerzo de las estructuras anteriores, la finalidad es muy diferente: pasa del mantenimiento del señor con el producto del dominio a la participación en el mercado mundial” (2007, 81, cursivas de los autores).

²⁷³ Braudel relata: “En todas partes [de Europa oriental], con variaciones según las épocas y los lugares, el campesino, fijado a la tierra, deja, de derecho o de hecho, de ser móvil, de gozar de las facilidades del matrimonio fuera de la jurisdicción de su señor, de liberarse, con dinero, de las rentas en especie y de las prestaciones en trabajo. La prestación personal extiende desmesuradamente sus exigencias. En Polonia, hacia 1500, era insignificante; los estatutos de 1519 y de 1529 la establecen un día a la semana, es decir cincuenta y dos al año; hacia 1550, pasa a tres días por semana; en 1600, a seis días. En Hungría se produce la misma evolución: un día a la semana en 1514, después dos, después tres, pronto una semana cada dos y finalmente se suprime toda reglamentación: la prestación personal no depende ya más que del arbitrio del señor. [...] Aún dos siglos más tarde (1798) en la Baja Silesia, se reconoce oficialmente que “las prestaciones personales campesinas no tienen límite”” (Braudel, 1984b, 225; la cita es de Ziekursch, J., 1915, *Hundert Jahre Schlesischer Agrargeschichte*, página 84).

haciendo que los niveles de vida de los trabajadores fueran extremadamente precarios, condición que se proyectó hasta el siglo XIX e incluso inicios del XX.²⁷⁴ Esta tendencia se sostuvo en la agudización de las relaciones de dominación de las clases terratenientes, que lograron ir imponiendo condiciones de servidumbre cada vez más severas a través del ejercicio de una continua y fuerte coerción sobre la fuerza de trabajo, y de su victoria en diferentes episodios de abierta lucha de clases al someter revueltas campesinas.²⁷⁵ De esta manera, también en la periferia la consolidación de la economía-mundo entre los siglos XV a XVII implicó un descenso generalizado en las condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población trabajadora.

La incorporación de nuevas zonas a la economía-mundo también trajo aparejada un deterioro de los niveles de vida de los trabajadores de los nuevos territorios anexados a la división internacional del trabajo. Los pueblos incorporados que tenían economías de pequeña escala, en gran medida autárquicas, debían transitar por una completa transformación de sus economías y vida sociocultural, pasando de una situación donde imperaba el trabajo comunitario y el reparto solidario del producto, a un sometimiento a las formas más duras de trabajo asalariado, servil o esclavo (dependiendo el lugar y el momento de la incorporación). Además estos pueblos vieron restringido el acceso a los recursos que tradicionalmente empleaban en la subsistencia, partiendo por el despojo de las tierras, por lo que el hambre, las enfermedades y la violencia recibida causaban descensos demográficos relevantes.²⁷⁶

²⁷⁴ Para el final del siglo XVIII Hobsbawm realiza la siguiente descripción (1997b 22-23): “En la costa del Báltico –la principal ruta comercial con la Europa occidental–, los siervos campesinos producían grandes cosechas para la exportación al oeste, sobre todo cereales, lino, cáñamo y maderas para la construcción de barcos [...] el campesino típico era un siervo que dedicaba una gran parte de la semana a trabajos forzosos sobre la tierra del señor u otras obligaciones por el estilo. Su falta de libertad podía ser tan grande que apenas se diferenciaba de la esclavitud [...] El señor característico de las zonas serviles era, pues, un noble propietario y cultivador o exportador de grandes haciendas, cuya extensión produce vértigos a la imaginación”.

²⁷⁵ La resolución en favor de los terratenientes capitalistas de las luchas de clases impulsaba el proceso de profundización y consolidación de la redoblada servidumbre. Sobre esto Braudel señala: “Este duro régimen no ha podido establecerse de la noche a la mañana; ha habido progresión, costumbramiento y no ha faltado violencia. En Hungría, al día siguiente de la derrota del levantamiento de Dozsa (1514), el Código de Werbocz proclamó la *perpetua rusticitas*, es decir la servidumbre perpetua del campesino. Será proclamada de nuevo, un siglo más tarde, en la Asamblea de Estados de 1608, después del episodio del levantamiento de los *haïdouks*, esos campesinos prófugos que viven del merodeo y del pillaje al lado de los turcos” (1984b, 226, cursivas del autor).

²⁷⁶ Polanyi entrega la siguiente visión de la incorporación de pueblos africanos a la economía capitalista, equiparando dicha experiencia con la vivida en Inglaterra durante el período de los cercados: “...la contribución inicial del hombre blanco al mundo del hombre negro consistió principalmente en su introducción a los usos del flagelo del hambre. Por ejemplo, los colonizadores podían decidir la tala de árboles del pan a fin de crear una escasez artificial de alimentos, o podían imponer a los nativos una tributación por choza para obligarlos a ofrecer su trabajo. En ambos casos, el efecto será al de los cercamientos de los Tudor con sus secuelas de hordas vagabundas. Un reporte de la Liga de las Naciones señalaba con

Pero lo que es más destacable es que en las zonas incorporadas que pertenecían a imperios-mundo con extensas divisiones del trabajo, aunque los trabajadores ya eran sometidos a duras formas de explotación por parte de las clases dominantes y las estructuras estatales que controlaban dichos sistemas, también se registraron descensos en las condiciones laborales y materiales de la mayor parte de la población. En las cuatro zonas incorporadas entre 1750 y 1850, los imperios ruso y otomano, el subcontinente indio y África occidental, la transformación económica provocó “un incremento significativo en la coerción de la fuerza de trabajo” (Wallerstein 1998b, 191). El aumento de la coerción al trabajo se dio tanto sobre los productores directos como sobre los trabajadores, asalariados o no, que debieron incorporarse a las plantaciones.²⁷⁷ A los primeros se les obligaba a entregar sus productos a un mercader monopolista que tenía la capacidad de fijar precios bajos, con el consiguiente deterioro de sus condiciones de vida y la eventual pérdida de sus propiedades al verse agobiados por las deudas.²⁷⁸ En cuanto a los trabajadores de las plantaciones, al igual que en el caso de Europa Oriental en el siglo XVI, en este periodo la servidumbre tiene un nuevo auge y es directamente reforzada por los estados –coloniales o dependientes–, por una parte, para obligar a los campesinos a trabajar en las plantaciones, por otra, para aumentar el tamaño de éstas expropiando a los pequeños campesinos y, además, para reprimir las revueltas que causaban el descenso en los niveles de vida y el aumento de la coerción. Así, tanto en el Imperio Ruso, en el Imperio Otomano y en la colonia británica de la India, el trabajo servil se hace más severo –aumentan los días dedicados a la *corvéé*– y más extenso –aumentando la proporción de la población trabajadora sometida a servidumbre–, descendiendo el número

justificado horror la aparición reciente de esa figura ominosa del escenario europeo del siglo XVI, el “hombre sin amo” en el breñal africano” (2007, 223).

²⁷⁷ Wallerstein señala: “Para un trabajador, especialmente uno agrícola, participar en la producción de monocultivos comerciales, en particular aunque no sólo con estructuras de tipo plantación, tenía un escaso atractivo intrínseco, puesto que inevitablemente reducía el tiempo y la disponibilidad física para todo tipo de prácticas de subsistencia que ofrecieran garantías de sobrevivencia e incluso de un relativo bienestar. No sorprende, por tanto, que al menos al principio y por cierto tiempo el aporte de trabajo que requería la producción para el mercado en una zona en proceso de incorporación tuviera que ser sometido por coerción, directa o indirecta, al trabajo en los lugares adecuados al ritmo adecuado” (1998b, 220).

²⁷⁸ En la India, “...la normativa de tejedores, promulgada en Bengala en julio de 1787, cuando un tejedor acepta un anticipo de la Compañía de las Indias Orientales, se le obligaba a suministrar tejido a la compañía, y era ilegal venderlo a cualquier otro cliente. Se otorgó a la compañía el derecho a vigilar a los tejedores para controlar el cumplimiento de sus contratos. El resultado, por supuesto, fue un “visible deterioro de sus condiciones económicas” y los tejedores “sufrieron una depauperación que les expulsó de sus ocupaciones” (Wallerstein 1998b, 223, las citas son de Hossain, Hameeda, 1979, “The Alienation of Weavers: Impact of the Conflict Between the Revenue and Commercial Interests of the East India Company, 1750-1800”, en *Indian Economic and Social History Review*, XVI, 3, página 345.

de campesinos libres.²⁷⁹ La severidad del trabajo servil fue tal que en muchos casos podía ser comparado con la esclavitud.²⁸⁰ En África Occidental el trabajo esclavo adquirió una extensión inédita para la región. Esa zona, si bien era exportadora de esclavos desde el siglo XVI, comercio que llega a su apogeo en el siglo XVIII (Feliu y Sudrià 2007), los utilizaba de manera marginal en sus procesos económicos internos, en general sólo para el trabajo doméstico. Esta situación cambia a inicios del siglo XIX, cuando la región se incorpora a la economía-mundo y se extienden las plantaciones para la exportación, ya que en ellas el trabajo esclavo fue utilizado de manera extendida.²⁸¹

De esta manera, hacia el final del siglo XVIII, varios siglos de “progreso” del sistema-mundo capitalista habían producido que la situación de los trabajadores y de las clases populares en general fuera extremadamente precaria a lo largo de toda la economía-mundo.²⁸² Incluso en el caso del Reino Unido que en ese momento consolidaba su dominio del centro y del conjunto del sistema-mundo, ya que el auge comercial que se produjo luego de su triunfo en la Guerra de los Siete Años fue acompañado de un incremento en el desempleo y un descenso en las condiciones de vida de los pobres, de tal manera que en los últimos años del siglo XVIII pensadores y estadistas tematizan ampliamente el problema de la pauperización de las clases populares (Polanyi 2011).

²⁷⁹ En Rusia el gobierno de Catalina II (1762-1793) reforzó la servidumbre para facilitar la explotación del trabajo, prácticamente eliminando a los campesinos libres, así, en esta época “...la forma más opresiva de servidumbre, la *barshchina* (obligación de cumplir trabajos forzados), creció a expensas del *obrok* (obligación de pagar rentas)” (Wallerstein 1998b, 224). En cuanto al Imperio Otomano, “...el gobierno colaboró con los señores locales “para someter a casi toda la clase campesina, los clacasi, a completa servidumbre, legislando requisitos de *corveé* [trabajo servil obligado no remunerado] cada vez más represivos” (Wallerstein 1998b, 233, cursivas del autor, citando a McGowan, op cit, página 72-73).

²⁸⁰ J. A. Turner de la Manchester Commercial Association testificó ante el parlamento: “India, con su mano de obra barata, estará en todo momento en condiciones de competir con los esclavos de América” (Wallerstein 1998b, 223, citando *British Parliamentary Papers*, op cit, página 83).

²⁸¹ Maning (1981, 525-526) señala: “La inmensa extensión de la esclavitud en el siglo XIX era un fenómeno reciente en casi la totalidad del continente, fenómeno que no puede proyectarse hacia el pasado” (Maning, Patric, 1981, “The Enslavement of Africans: A Demographic Model”, en *Canadian Journal of African Studies*, XV, 3; citado en Wallerstein 1998b, 231).

²⁸² A finales del siglo XVIII no sólo muchos intelectuales estaban conscientes de la situación de pobreza de gran parte de la población, y del peligro que implicaba, sino que además algunos vinculaban la pobreza con el progreso económico. Polanyi señala: “...entre los pensadores del siglo XVIII se aceptaba generalmente que el pauperismo y el progreso eran inseparables. El mayor número de pobres no se encontrará en los países áridos ni en medio de las naciones bárbaras, sino en los países más fértiles y civilizados, escribía John M’Farlane en 1782. Giammaría Ortes, economista italiano, lo convirtió en el axioma de que la riqueza de una nación corresponde a su población, mientras que su miseria corresponde a su riqueza (1774). E incluso Adam Smith declaró, en su estilo cauto, que los salarios de los trabajadores no son más elevados en los países más ricos...” (2011, 156).

En este contexto tuvo lugar la Revolución Industrial. La Revolución Industrial, que se inicia hacia 1780 en el Reino Unido y que se expande por Europa y Estados Unidos en las siguientes décadas (Hobsbawm 1997b),²⁸³ y el proceso de urbanización que aceleró, provocó un nuevo descenso en las condiciones de vida de las clases populares, particularmente en la situación del creciente número de obreros industriales del centro del sistema-mundo. Al menos hasta mediados del siglo XIX la revolución industrial tuvo un impacto negativo en los salarios y condiciones de vida de los trabajadores industriales. En cuanto a los salarios, la expansión de la industria textil hizo que aumentara la competencia y disminuyera consecuentemente el margen de ganancias, por lo que hubo una continua presión para reducir los salarios de los trabajadores.²⁸⁴ En cuanto a las condiciones de vida, el trabajo en las fábricas y minas frecuentemente generaba menoscabo físico y enfermedades,²⁸⁵ la situación alimentaria sufrió un deterioro producto del abandono de la dieta rural y del aumento de población,²⁸⁶ y las pésimas condiciones de la urbanización y la insalubridad de los tugurios en los que vivían los trabajadores produjeron importantes descensos en los niveles de vida,²⁸⁷ concretizándose por ejemplo en la reaparición de epidemias, como la de cólera de 1831-1832 que afectó a

²⁸³ No hay espacio aquí para tratar la Revolución Industrial, sin embargo, cabe enfatizar la importancia que tuvo para ella el creciente control geopolítico que logró el Reino Unido del mercado mundial a finales del siglo XVIII y que se profundizó con las guerras que se derivaron de la Revolución Francesa. Este dominio tiene importancia para el lanzamiento y sostenido crecimiento de la industria textil ya que, por una parte, su producción se destinó primordialmente a la exportación, y el poder geopolítico le permitió a Gran Bretaña monopolizar los mercados “de ultramar” (fuera de Europa), por otra parte, porque su materia prima central, el algodón, era importado, y había un acceso asegurado a una fuente de materias primas que podía expandirse ampliamente en el sur de Estados Unidos a partir del control que también se tenía del comercio de esclavos, y además, porque le permitió destruir la competencia de la industria textil india (véase Hobsbawm 1997b).

²⁸⁴ Wallerstein señala: “From the middle of the eighteenth century to the middle of the nineteenth, cost control for producers focused on the large role of wages in the total price. A combination of repression and mechanization was used to reduce these costs, successfully (2011, 33). Hobsbawm pone como ejemplo el jornal de los tejedores: “[Se] redujo el promedio semanal del jornal de los tejedores manuales de Bolton de 33 chelines en 1795 y 14 en 1815 a 5 chelines y un penique y medio... ..en 1829-1834” (1997b, 49).

²⁸⁵ Hobsbawm señala que “...en 1842, el 50 por 100 de los pulidores de metales de treinta años, el 79 por 100 de los de cuarenta, y el 100 por 100 de los de más de cincuenta estaban enfermos de los pulmones” (1997b, 212).

²⁸⁶ Por ejemplo, Philippe señala: “...es seguro que la situación alimenticia de París se agravó poco a poco con el siglo XIX, sin duda hasta la proximidad de los años 50 o 60” (Philippe, Robert, 1961, “Une Opération Pilote: l'Étude du Ravitaillement de Paris au Temps de Lavoisier”, en *Annales*, 16, 3, pp 564-568, página 567; citado en Hobsbawm, 1997b, 211).

²⁸⁷ Hobsbawm describe de la siguiente manera el proceso de urbanización: “Las ciudades y zonas industriales crecían rápidamente, sin plan ni supervisión, y los más elementales servicios de la vida de la ciudad no conseguían ponerse a su paso. Faltaban casi por completo los de limpieza de la vía pública, abastecimiento de agua, sanidad y viviendas para la clase trabajadora” (1997b, 208). Las consecuencias de esta pauperización de las condiciones de vida han sido ampliamente tematizadas, Hobsbawm señala que “La bebida no era la única muestra de desmoralización. El infanticidio, la prostitución, el suicidio y el desequilibrio mental han sido relacionados con aquel cataclismo económico y social... el aumento de la criminalidad como el de violencias, a menudo sin finalidad determinada... la floración de sectas y cultos apocalípticos...” (1998b, 209)

casi toda Europa (Hobsbawm 1997b).²⁸⁸ Tal fue la situación de pauperización de la clase trabajadora, que en este contexto surgen las teorías malthusianas (*An Essay on the Principle of Population* se publica en 1798), que postulaban que la dinámica poblacional naturalmente encontraba límites a su crecimiento en el hambre y las enfermedades, ya que el aumento de la población superaba el crecimiento económico y el aumento en la disponibilidad de alimentos. En cuanto a las relaciones de dominación, en esta primera época de la Revolución Industrial las relaciones de poder entre los patronos fabriles y sus obreros estaban ampliamente desequilibradas en favor de los capitalistas, tanto en términos de sus relaciones directas como de las relaciones generales, ya que los estados abalaban esta dominación,²⁸⁹ incluso los gobiernos estaban sometidos a la presión de los grupos capitalistas más radicales, liberales malthusianos, que planteaban que el estado debía abandonar los precarios sistemas de protección social para dejar que operaran las “leyes naturales” de la economía y la población,²⁹⁰ e incluso valorizaban los efectos del hambre para disciplinar y obligar a trabajar a las clases populares.²⁹¹

²⁸⁸ Hobsbawm da el ejemplo de las epidemias que afectaron a Glasgow, señalando que “...la tifus en Glasgow “no se le dio consideración de epidemia grave hasta 1818”. Luego aumentó. En la ciudad hubo dos grandes epidemias (tifus y cólera) en la década de 1830-1840, tres (tifus, cólera y paludismo) en la siguiente, dos en la década de 1850...” (Hobsbawm 1997b, 208; la cita y los datos son de Russell, J.B., 1903, *Public Health Administration in Glasgow*, Maclehose and Sons, Glasgow, página 3).

²⁸⁹ Hobsbawm señala: “[El nuevo proletariado fabril] estaba bajo el estricto control y la disciplina más estricta todavía impuesta por el patrono o sus representantes, contra los que no tenían recurso legal alguno y sólo unos rudimentos de protección pública. Tenían que trabajar las horas y en las condiciones que les impusieran; aceptar los castigos y multas con que los sancionaban, a la vez que los patronos aumentaban sus beneficios. En industrias o zonas aisladas tenían que comprar en las tiendas del dueño; en otras recibían los jornales en especie... ..para el hombre libre, entrar en la factoría como simple “mano” era entrar en algo poco mejor que la esclavitud, y todos –menos los más hambrientos– trataban de evitarlo y, si no tenían más remedio, de resistir a la férrea disciplina con mucha más energía que las mujeres y los niños, a quienes los patronos preferían por eso. En la década de 1830-1840 y en parte de la siguiente, puede afirmarse que incluso la situación material del proletariado industrial tendió a empeorar” (1997b, 213).

²⁹⁰ Los postulados de David Ricardo y Thomas Malthus fueron recogidos y combinados por una serie de economistas, juristas y pensadores liberales radicales –es decir, “conservadores” en sus afiliaciones políticas– que planteaban que había leyes naturales (por tanto “divinas” según muchos pensadores religiosos) que regían las dinámicas económicas y demográficas, por lo que cualquier política estatal actuaría como una interferencia que causaría más perturbaciones que beneficios. En base a estas premisas, argumentaron que los salarios debían regularse por el mercado, aunque esto implicara que incluso bajaran bajo el nivel de subsistencia, y dirigieron sus ataques a las Leyes de Pobres que existían en el Reino Unido, buscando su abolición. Polanyi cita diversos pensadores como Burke y Townsend que sostenían estos planteamientos en sus ataques a las leyes de pobres. El primero planteaba que “Cuando sentimos piedad por los pobres que deben trabajar para que el mundo exista, estamos jugando con la condición de la humanidad” (2011, 172-173; no hay referencias de la cita), y el segundo sostenía que las Leyes de Pobres “proceden de principios que lindan con lo absurdo, ya que tratan de lograr lo que, de acuerdo con la naturaleza y la constitución del mundo, resulta impracticable” (2011, 172; no hay referencias de la cita).

²⁹¹ Por ejemplo Joseph Townsend, en *A Dissertation on the Poor Laws* planteaba que: “El hambre domará a los animales más feroces, les enseñará decencia y civilidad, obediencia y sujeción, al más perverso. En general, es sólo el hambre lo que puede aguijonearlos y moverlos [a los pobres] a trabajar; poro nuestras leyes han dicho que los pobres no tendrán hambre jamás [...] El hambre no es sólo pacífica, silenciosa, una presión constante, sino que, como la motivación más natural para

2.3.2. La Revolución Francesa.

La Revolución Francesa se produce en el marco de este largo proceso de profundización del capitalismo y de pauperización de las clases populares. Cabe detenerse en una revisión detenida de ella para analizar varios elementos que marcan el resto del período que aquí se revisa. Su análisis me permitirá, por una parte, comprender que la lucha de clases central que se instala con esta revolución es entre las clases populares y los capitalistas, no entre la “burguesía” y la “aristocracia”, permitiendo distinguir el papel específico que tienen los capitalistas en ella (evitando el ambiguo concepto de “burguesía”). En segundo lugar, permite visualizar que, ante el efectivo peligro en que pusieron las rebeliones populares a las clases dominantes, se establece una alianza entre el liberalismo y las fuerzas conservadoras en lo concerniente a la defensa del orden capitalista, alianza que se concretiza en los diferentes “gobiernos revolucionarios” y que en el siglo XIX dará origen al “estado liberal”. También permite visualizar que, como resultado de la acción anticapitalista de las clases populares, de manera inédita en la historia del sistema-mundo, se ponen frenos al avance y profundización del capitalismo. Por último, y como consecuencia de todo lo anterior, permite comprender la agudización de las relaciones de poder entre las clases sociales que se instala con esta revolución, lo que provoca una serie de cambios en las relaciones de poder entre las clases dominantes y las subordinadas hasta 1917, lo que originará que en los países céntricos comience a fraguarse una dominación hegemónica sostenida en relaciones de poder-saber que buscan constituir subjetividades.

En la interpretación dominante –la llamada “interpretación social”– se plantea que la Revolución Francesa fue una revolución burguesa contra el orden “feudal” que impedía el desarrollo del capitalismo, planteándose que la burguesía fue la fuerza revolucionaria central, que llevaba el proceso aunque las masas populares fueran las que se desplegaran en las ciudades y los campos, ya que la burguesía, o la pequeña burguesía, era la que las lideraba y encausaba, conduciendo el proceso revolucionario en contra del orden feudal y a favor del

la industria y el trabajo, induce los esfuerzos más poderosos; y cuando se satisface por la libre abundancia de otros, establece fundamentos duraderos y seguro para la buena voluntad y la gratitud” (citado en Polanyi 2011, 167; no hay referencias de la cita).

surgimiento de las libertades burguesas que posibilitan el desarrollo capitalista.²⁹² Esta visión no parece coherente con los planteamientos hasta aquí efectuados. He argumentado que el capitalismo estructuraba la economía del sistema-mundo desde el siglo XIII (Braudel) o XV (Wallerstein) y que los aristócratas “feudales” estaban plenamente incorporados a la producción capitalista, vinculándose a la burguesía y conformando una única clase dominante capitalista, que se asociaba estrechamente con los estados, los cuales, en la gran mayoría de los casos, realizaban políticas –mercantilistas o liberales dependiendo el contexto céntrico o periférico– favorables a esta clase dominante. En base a estos planteamientos no parece verosímil esperar que a finales del siglo XVIII la burguesía francesa tuviera que realizar una revolución para desencadenar el desarrollo capitalista obstaculizado por el estado y por aristócratas feudales.

Wallerstein (1998b) plantea que en el siglo XVIII Francia ya no era un país feudal, ya que su estructura productiva era capitalista y las formas de propiedad feudal eran poco relevantes. En este siglo el capitalismo francés y la gran burguesía estaban en auge, ya que a partir de 1730-1740 comienza un período de fuerte crecimiento para el centro del sistema-mundo (fundamentalmente el Reino Unido, Francia y Holanda). En este marco, los nobles también actuaron como activos y exitosos empresarios capitalistas,²⁹³ y, al igual como lo revisé para el caso británico, se produjo una fusión de aristócratas y burgueses/capitalistas ya que los primeros se hicieron capitalistas y los segundos buscaron ennoblecerse.²⁹⁴ En relación a este

²⁹² Rudé (1989) señala que la interpretación social es la visión ortodoxa de la Revolución Francesa. Esta perspectiva deriva de las corrientes principales del marxismo. Enfatiza los aspectos sociales y económicos de la revolución y la entiende en el marco de la lucha de clases, situándola como un acontecimiento central en el paso del feudalismo al capitalismo, y contextualizándola en una visión histórica más amplia, donde la Revolución Francesa “burguesa” se concatena con la Revolución Rusa “proletaria”. Wallerstein (1998b, 50) resume de la siguiente manera esta perspectiva: ““A finales del siglo XVIII”, se ha dicho, “la estructura de la sociedad francesa seguía siendo esencialmente aristocrática”. La Revolución francesa señala “el advenimiento de la sociedad burguesa capitalista” en la medida en que logró “la destrucción del sistema señorial y las ordenes privilegiadas de la sociedad feudal””. Wallerstein cita a uno de los representantes más importantes de esta escuela, Soboul, Albert, 1977, *A Short History of the French Revolution, 1789-1799*, Berkeley, University of California.

²⁹³ En Francia los nobles tuvieron una amplia participación en la economía capitalista, en muchas ocasiones como terratenientes que orientaban su producción al mercado nacional e internacional, pero no se limitaron a ello; “Esta actividad capitalista de la nobleza tampoco estaba limitada a la agricultura. Goubert sostiene que “una gran parte” de la nobleza adquirió un significativo interés para las industrias en el siglo XVIII, “instalándose pronto en la economía del futuro y preparando su “despegue”” (1998b, 58; citando a Goubert, Pierre, 1969, *L’Ancien Régime*, París, Armand Colin, página 234). También Chaussinand-Nogaret señala que “el capitalismo comercial está, en sus aspectos más modernos, más en manos de la nobleza que de la burguesía” (Chaussinand-Nogaret, Guy, 1975, *Aux Origines de la Révolution: Noblesse et Bourgeoisie*. En *Annales*, xxx, 2/3, pp. 265-278, página 265; citado en Wallerstein 1998b, 57, nota al pie)

²⁹⁴ Rudé señala que “La nobleza [se dividía] en dos grupos principales: la *noblesse d’épée* (la tradicional nobleza “de la espada”) y la *noblesse de robe*, antes burgueses acaudalados que, a partir del siglo XVII, habían adquirido derechos hereditarios de nobleza, gracias a la compra de *charges*, o cargos, en la burocracia real” (1989, 19, cursivas del autor). En

punto es ilustrativo el análisis de la llamada “reacción aristocrática” que, según la perspectiva dominante, habría dado pie a un conflicto entre burguesía y aristocracia en la coyuntura anterior a la revolución. Wallerstein descarta que la reacción aristocrática haya tenido alguna relación con un intento por refeudalizar al país o su economía, por el contrario, al igual que la llamada segunda servidumbre en Europa Oriental, se relacionó con una profundización de las relaciones capitalistas en el agro; “[fue] la extensión del capitalismo en los siglos XVII y XVIII lo que revalidó privilegios económicamente “feudales”” (1998b, 58). La reacción aristocrática se caracterizó por una reimposición de derechos señoriales en desuso, pero ellos se usaron estratégicamente como herramientas legales para impulsar un proceso de cercados paralelo al que se producía en el Reino Unido, con el objetivo de que los terratenientes pudieran apropiarse de terrenos comunales.²⁹⁵ Este proceso se da como reacción a la expansión que el mercado mundial tuvo en el siglo XVIII, en paralelo a la modernización de la gestión de las tierras y a la inclusión de la tierra en un mercado que permitía la especulación y su acaparamiento. Así, la reacción aristocrática fue impulsada por la profundización del desarrollo capitalista en el agro en beneficio de los terratenientes capitalistas, aristócratas o burgueses,²⁹⁶ y en perjuicio de la masa de campesinos pequeños y medianos que fueron impulsados a su proletarización; Labrousse señala: “El capitalismo terrateniente... [durante el siglo XVIII] avanza a un ritmo sin precedentes y, ante él, los beneficios de los campesinos disminuyen en gran medida”.²⁹⁷

cuanto al aspecto económico, Wallerstein señala: “...la diferencia entre la función económica de la nobleza y la burguesía en el siglo XVIII se había hecho relativamente secundaria. Ambas eran “clases mixtas”, y la mayoría de los señores se estaban convirtiendo en terratenientes capitalistas (1998b, 63-64; la cita es de Grenon, Michel y Robin, Regine, 1976, “A Propos de la Polémique sur l’Ancien Régime et la Révolution: Pour une Problématique de la Transition, en *La Pensée*, N°187, pp. 5-30, página 28)”.

²⁹⁵ El uso del derecho feudal para estos fines también contradecía elementos del propio derecho feudal, aquellos que se relacionaban con las tierras comunales. Así, el feudalismo no era el eje de la reforma, el eje era la acumulación de tierras para su uso capitalista, para lo cual se utilizaba de manera estratégica y selectiva algunos elementos del derecho feudal (Wallerstein 1998b). Al respecto, Saint Jacob señala: “La intrusión del capitalismo en la agricultura tuvo lugar bajo el disfraz de los derechos feudales, lo que los hizo incluso aún más insostenibles. Pervirtió su naturaleza, pues se había fundado para sostener a un señor que vivía entre sus campesinos y ahora cayeron en manos de capitalistas que sólo pensaban en extraer beneficios de ellos” (Saint Jacob, Pierre de, 1960, *Les Paysans de la Bourgogne de Nord au Dernier Siècle de l’Ancien Régime*, París, Les Belles-Lettres, página 572; citado en Wallerstein 1998b, 142, nota al pie).

²⁹⁶ Bloch señala: “... el señor de nuevo cuño se había vuelto a convertir, sobre todo, en un gestor a gran escala; como habían hecho de forma similar muchos burgueses corrientes”, Bloch, Marc, 1966, *French Rural History*, Berkeley y Los Angeles, University of California, página 149; citado en Wallerstein 1998b, 131.

²⁹⁷ Labrousse, Camille-Ernest, 1944, *La Crise de l’Économie Française à la Fin de l’Ancien Règime et au Début de la Révolution*, vol. I, París, Presses Universitaires de France, página xxxv; citado por Wallerstein 1998b, 105.

Al descartar tanto la imposibilidad del desarrollo capitalista bajo el antiguo régimen como la lucha de clases entre burgueses y aristócratas, Wallerstein (1998b) sitúa las causas de la revolución en la coyuntura económica y geopolítica crítica que a finales del siglo XVIII atravesaba Francia, la que afectó tanto a los capitalistas (burgueses y aristócratas) como a las demás clases, particularmente a las populares. La Guerra de los Siete Años hace que Francia quede en una posición desventajosa frente al Reino Unido en el terreno geopolítico y comercial (véase sección 2.2.2.), lo que impactó fuertemente al sector mercantil y manufacturero. Luego, la intervención en la Guerra de Independencia de Estados Unidos, aunque exitosa por la derrota infringida al Reino Unido,²⁹⁸ deja al estado francés al borde de la bancarrota.²⁹⁹ Con la expectativa de recaudar más aranceles y palear la crisis fiscal, el estado francés toma medidas tendientes a la apertura al libre comercio internacional, lo que es un síntoma de que el estado cede ante las fuerzas que empujaban a que Francia descendiera en la jerarquía económica y geopolítica a una posición semiperiférica cediendo el centro al Reino Unido. Así, en 1784 se decreta la apertura de las colonias francesas al comercio exterior, y en 1786 se firma el Tratado de Eden con el Reino Unido, tratado comercial por el cual ambos países reducían los aranceles de una amplia gama de productos. Wallerstein (1998b) señala que con estas medidas el estado francés buscaba fomentar la modernización de sus manufacturas al hacerlas competir con las importaciones y potenciar su sector agropecuario, sin embargo, mientras al poco tiempo las manufacturas británicas “inundaron” Francia,³⁰⁰ las exportaciones agropecuarias sólo se incrementaron levemente. Esto provocó una grave crisis en el sector manufacturero francés, provocando el cierre de muchas empresas

²⁹⁸ Wallerstein (1998b) plantea que las expectativas de que con la independencia de Estados Unidos el comercio británico se vería perjudicado pronto se vieron frustradas. En 1796 un analista francés señalaba: “Gran Bretaña, al perder la propiedad de las tierras de sus colonias, no ha perdido nada puesto que inmediatamente se ha convertido en la propietaria de su usufructo. Tiene ahora los beneficios que proporciona un comercio inmenso sin tener, como el pasado, los costes de administraciones. Es por tanto obvio que Inglaterra lejos de haber sufrido una pérdida, ha ganado por la secesión de 1774” Tanguy de la Boissière, C., 1796, *Mémoire Sur la Situation Commerciale de la France Avec les États-Unis d’Amérique Depuis l’Année 1775 Jusques et y Compris 1795, Suivi d’un Sommaire d’Observations sur les États-Unis d’Amérique*, París, página 17; citado por Wallerstein 1998b, 115. El creciente dominio que el Reino Unido tenía del comercio y la geopolítica le permitieron retomar su relación con Estados Unidos sin dificultades.

²⁹⁹ En 1788 el 50% del presupuesto fiscal se destinaba al servicio de la deuda (Hobsbawm 1997b, 66).

³⁰⁰ Wallerstein (1998b, 126) usa esta expresión citando a Arnould, Ambroise-Marie, 1791, *De la Banace du Commerce et les Relations Commerciales Extérieures de la France dans Toutes les Parties du Globe, Particulièrement à la Fin du Règne de Louis XIV et au Moment de la Révolution*, 2 vols., París, Buisson.

y un incremento considerable en el desempleo.³⁰¹ Así, con la excepción de los terratenientes, y especialmente los exportadores de vino beneficiados por el tratado (Wallerstein 1998b), los capitalistas estaban en una situación crítica.

Por otra parte, entre las clases populares, como ya vi, los campesinos pequeños y medianos estaban siendo pauperizados y proletarizados producto del avance capitalista en el agro, y los trabajadores manufactureros estaban perdiendo sus empleos. A esto se sumó, en 1788 y 1789 un fuerte incremento en el precio del trigo y el pan producto de malas cosechas, lo que propagó el hambre y el descontento. La cuasi quiebra del estado detonó la convocatoria a los Estados Generales, asamblea que se congregó en esta situación de crisis. En este contexto estalla la revolución.

La revolución sería la suma –o la potenciación– de las acciones que llevaron a cabo “los burgueses” y las clases populares, los campesinos y los *sans-culottes* urbanos –Rudé (1989) señala que los *sans-culottes* no sólo representan a las clases populares urbanas, pequeños tenderos, artesanos, peones, etc., con el transcurso de la revolución la denominación se usó crecientemente para referirse a militantes políticos radicales, por lo que es un concepto socioeconómico y político–. Me detendré primero en los burgueses. En primer lugar hay que advertir la enorme ambigüedad con la que muchas veces se usa el concepto de “burguesía” en los análisis históricos, y particularmente los que hacen referencia a la Revolución Francesa (véase, por ejemplo, Rudé 1989), ambigüedad que se agrava cuando se usa de manera intercambiable al concepto altamente equivoco de “clase media” (véase, por ejemplo, Hobsbawm 1997b). Ambos conceptos se usan para abarcar desde los grandes capitalistas, hasta pequeños empresarios, pequeños comerciantes, artesanos, propietarios agrícolas medios o incluso pequeños, a los miembros de las “profesiones liberales”, entre otros. Como los autores no clarifican a cada instante a que “facción” de esta inmensa burguesía se refieren, en muchas ocasiones los planteamientos son extremadamente ambiguos en términos del análisis de clases. Este uso de la noción le da a la burguesía un carácter casi omnipresente, “la burguesía” aparece en diferentes contextos sociales, defendiendo distintos intereses,

³⁰¹ En una enciclopedia francesa publicada en 1789 se señalaba: “Acabamos de firmar un tratado comercial con Inglaterra que podrá enriquecer a nuestros biznietos, pero que ha privado de alimentos a 500.000 obreros en el Reino y arruinado a 10 mil casas comerciales”. Peuchet, Jacques, 1789, “Agriculture”. En *Encyclopédie Methodique, Jurisprudence, IX, Police et Municipalités*, París, Panckoucke; citado en Wallerstein 1998b, 127.

incluso en campos políticos rivales.³⁰² Así, no es de extrañar que este dúctil pero impreciso actor pueda encarnar intereses generales y liderar los diversos procesos políticos. Particularmente se le he asignado un papel de liderazgo de las clases populares, ya que los “burgueses” aparecen en las revueltas populares urbanas entremezclados con los *sans-culottes* (cómo pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes) y en las rurales entremezclados con los campesinos (como propietarios agrícolas medianos o pequeños).³⁰³ De esta manera, los omnipresentes burgueses lideren la revolución, sin embargo, es menos claro que el liderazgo de gran parte de esta “burguesía” –como los campesinos medios, artesanos, pequeños comerciantes o profesionales– pueda derivar en el desarrollo del capitalismo, por lo que los capitalistas tendrían que ser quienes ejercieron el “liderazgo en última instancia” a través de las “clases medias”. Por ello es necesario evitar el concepto de burguesía y detenerse en el papel específico de los grandes capitalistas interesados directamente en impulsar el avance capitalista.

Si se busca identificar específicamente a los capitalistas, estos estaban entremezclados con la nobleza, compartían con ella puestos en los Parlamentos,³⁰⁴ pero también tenían presencia en el tercer estado (donde también había aristócratas liberales),³⁰⁵ así como luego estarían

³⁰² Por ejemplo, en la siguiente cita de Rudé la burguesía aparece luchando en dos bandos contrarios, primero el autor plantea “...la hostilidad campesina al cercamiento y a las limitaciones impuestas al derecho de pastoreo determinaron también ataques a los agricultores capitalistas; y en más de una ocasión, la *milice bourgeoise* (milicia) se unió a la *maréchaussée* (policía rural) para reprimir los disturbios campesinos”, y en el párrafo siguiente señala, “...los burgueses y los *sans-culottes*, e incluso los campesinos, fueron llevados... a una asociación más estrecha y a la oposición unida a las órdenes privilegiadas y el régimen absolutista” (1989, 59, cursivas del autor). Así, la burguesía, a la vez, forma milicias para reprimir los disturbios campesinos y se une a los campesinos para luchar contra los privilegios.

³⁰³ Wallerstein plantea que, en la visión dominante, la burguesía “[arrebata] ...el liderazgo a la aristocracia en 1789 con el apoyo (solicitado) de las fuerzas populares, pero conteniéndolas en terminador, con la derrota de las insurrecciones populares del año III, haciendo fracasar la conspiración de los iguales y, finalmente (quizá también) con el 18 brumario. [APARTE] La imagen de las fuerzas de clase representa a la burguesía en posesión del control político en todas partes. Los girondinos, los jacobinos (dantonistas o “indulgentes”, robespierristas, hebertistas), los extremistas eran todos ellos fuerzas burguesas (o en el caso de los extremistas una alianza de fuerzas dirigidas por comerciantes pequeño-burgueses y artesanos). Estas facciones políticas representaban grados crecientes de militancia revolucionaria y, hasta cierto punto, grados decrecientes de la jerarquía burguesa. [APARTE] las masas que desempeñaron un papel tan activo lo hicieron bajo el liderazgo de la (pequeña) burguesía; no sólo los extremistas, sino también el campesinado, en la medida en que se considere pequeñoburgués el liderazgo de los campesinos acomodados. ...se afirma que estos pequeños productores (urbanos y rurales) eran la vanguardia de la revolución e inflexiblemente antifeudales” (1998b, 53-54).

³⁰⁴ Rudé (1989) señala que gracias a los privilegios que les daba la compra de títulos (que venía desde el siglo XVII) los capitalistas tenían acceso a los Parlamentos. Los Parlamentos tenían funciones administrativas en las provincias francesas. Sus cargos eran hereditarios y pertenecían a la *noblesse de robe*, es decir, eran asequibles a los capitalistas que compraban dichos títulos. En el período inmediatamente anterior a la revolución, los Parlamentos lograron impedir las reformas impositivas que buscaba la corona y que atentaban contra los privilegios de sus miembros.

³⁰⁵ Rudé (1989, 66) señala que entre los diputados del tercer estado había un 13% de “comerciantes, industriales y banqueros”, el mayor porcentaje eran profesionales, especialmente abogados. Hobsbawm indica que de los 610

presentes entre los girondinos y los jacobinos,³⁰⁶ y finalmente en la “república de propietarios” que surge con Termidor (Rudé 1989). Además, como parte de las clases propietarias frecuentemente fueron blanco de una revuelta popular que no distinguía entre nobleza y burguesía, por lo que no podían tener mucho interés en la revolución (me detendré en este punto más adelante). Por esto, los capitalistas no estaban situados en una posición revolucionaria contraria a una clase antagonica-dominante como la nobleza –más allá de las tensiones que existen en el interior de las clases dominantes, agudizadas por la crisis que enfrentaba Francia–.³⁰⁷ En relación a sus demandas económicas, es posible plantear que para 1789 los grandes capitalistas tenían numerosas razones por las cuales estar disconformes con las políticas estatales, particularmente los mercaderes e industriales se oponían a las políticas liberales que se habían tomado en los últimos años, no así los terratenientes³⁰⁸ –ya he planteado que es un error identificar a los capitalistas con el liberalismo, ya que el mercantilismo fue sistemáticamente implementado por los estados y capitalistas que pugnaban por subir en la jerarquía económica y geopolítica del sistema-mundo–.³⁰⁹ Además tenían el alza de impuestos necesaria para palear el enorme y creciente déficit estatal. Sin

representantes del tercer estado la mayoría eran abogados y “Cerca de un centenar eran capitalistas y negociantes” (1997b, 68).

³⁰⁶ Tradicionalmente se ha identificado a los girondinos con los grandes capitalistas. Por ejemplo Hobsbawm señala que los girondinos representaban “...a los grandes negociantes, a la burguesía provinciana y a la refinada intelectualidad”. Sin embargo, Rudé (1989) plantea que los intentos por demostrar la tesis de que había una diferencia de clase entre girondinos y jacobinos no han entregado resultados favorables, por lo que esa tesis no se ha corroborado y aparentemente ambos grupos tenían composiciones de clase similares. Así, en ambos grupos estaban presentes los capitalistas.

³⁰⁷ “Es incuestionable que la aristocracia y la burguesía eran categorías sociojurídicas diferentes bajo el *Ancien Régime*. Lo que se debate, sin embargo, es si eran miembros de *clases* diferentes [...] si los miembros de estas categorías tienden a solaparse como empresarios capitalistas *de facto*, entonces el triunfo (si puede llamarse así) de la “burguesía” sobre la “aristocracia” en la Revolución francesa no es ni prerequisite ni consecuencia de una transición desde el feudalismo al capitalismo en Francia, sino más bien la expresión de una lucha aguda en el interior de la “élite” (o, si se quiere, una lucha intraburguesa) en torno a la constitución y la política básica del Estado francés” (Wallerstein 1998b, 138-139). Durante la Revolución Francesa se produjo “...un intento relativamente consciente de un grupo diverso del estrato capitalista dominante de imponer reformas del Estado francés que eran urgentemente necesarias en vista de lo que se percibía como un salto hacia delante de Gran Bretaña hacia la hegemonía de la economía-mundo. Como tal se desarrolló bajo Napoleón, y aunque las reformas se impusieron, no alcanzó el objetivo de impedir la hegemonía británica” (Wallerstein 1998b, 154).

³⁰⁸ Wallerstein señala: “El sector fabril se sentía abandonado por la maquinaria del Estado precisamente cuando creían que más lo necesitaban [...] aunque los productores de vino eran partidarios naturales y de hecho de las políticas de libre comercio encarnadas en el tratado [de Eden]” (1998b, 128-129).

³⁰⁹ Wallerstein (1998b) plantea que el abandono de las políticas mercantilistas por el estado Borbón, más que mostrar una “modernización” del estado, implícitamente mostraba que se asumía la derrota en la pugna por el centro frente al Reino Unido. Reconocer dicha derrota evidentemente no podía ser bienvenido por todos los capitalistas, particularmente los manufactureros y los mercaderes, pero si por otros que podían beneficiarse de asumir una posición semiperiférica al exportar al centro productos silvoagropecuarios. Así, parte de las disputas entre “capitalistas y aristócratas” era entre las facciones capitalistas.

embargo, una cosa es reconocer esos malestares, profundos malestares en algunos sectores capitalistas, y otra es considerar que los capitalistas quisieran una revolución o, lo más importante en términos históricos, que la necesitaran para desplegarse como capitalistas.³¹⁰

Para analizar este punto cabe detenerse en las reformas económicas de la revolución.

El alcance de los planteamientos iniciales realizados en la sala de juegos de pelotas está lejos de ser revolucionario en el ámbito económico. El debate se centró en cuestiones políticas, particularmente en los derechos políticos y en el carácter de la futura monarquía constitucional (Rudé 1989), por ejemplo, en la Declaración de los Derechos del Hombre no hay mayores menciones a los fundamentos de la economía, y los derechos de propiedad tienen una mención mucho menor que los derechos políticos y legales.³¹¹ En términos económicos se eliminaron algunos derechos feudales, en general con poco uso,³¹² pero no se eliminaron todos (la abolición completa sería en 1793), se hicieron reformas para racionalizar procesos económicos, por ejemplo, se eliminaron los aranceles internos, se unificaron las medidas a través del sistema métrico, y se tomaron disposiciones contra los trabajadores al prohibirse los gremios y corporaciones de artesanos y obreros (Hobsbawm 1997b). En cuanto a las reformas en la agricultura, en términos generales, durante la revolución se mantuvieron procesos que ya venían desde el antiguo régimen, consistentes con la expansión de los terratenientes capitalistas, como el proceso de cercados de las tierras comunales, a los que se les agregó un nuevo impulso a partir de la nacionalización de las tierras de la iglesia. Esto fue aprovechado principalmente por los grandes propietarios agrícolas que ya existían antes

³¹⁰ Wallerstein (1998b, 140) lo plantea del siguiente modo, citando a uno de los representantes de la interpretación social: “Mathiez [señala que] en 1789, la situación era tal que los poderes reales de la monarquía absoluta eran limitados, todo el poder público de los señores había sido transferido al estado, la servidumbre prácticamente ya había desaparecido y las rentas feudales se habían convertido en un fenómeno secundario, y la burguesía, “a pesar de las trabas del régimen corporativo, no [estaba] sin embargo tan en la oposición como creíamos”, puesto que, a pesar de las limitaciones, “el comercio y la industria habían crecido a lo largo del siglo [XVIII]”. Si esto era así, ¿Qué necesidad había de una revolución?”; las citas son de Mathiez, Albert, 1923-1924, *La Révolution Française*, París, Armand Colin, página 9.

³¹¹ Wallerstein señala: “Lefebvre, al analizar la Declaración de los Derechos del Hombre, explica la falta de insistencia en el derecho de propiedad por el hecho de que a los redactores les parece innecesario, “dado que era un derecho que el antiguo régimen no cuestionaba. Por el contrario, los ministros y administradores del siglo XVIII siempre hablan de la propiedad con respeto, de manera absolutamente burguesa” (Wallerstein 1998b, 140; la cita es de Lefebvre, Georges, 1947, *The Coming of the French Revolution*, Princeton, Princeton University Press, página 175).

³¹² Roberts señala: “La mayoría de las formas “feudales” abolidas en los decretos de agosto [de 1789] eran ficciones que encubrían una realidad simple de transacciones de dinero en efectivo” (Roberts, J.M., 1978, *The French Revolution*, Oxford, Oxford University Press, página 28; citado en Wallerstein 1998b, 57, nota al pie).

de la revolución,³¹³ y su expansión continuó realizándose a expensas de los pequeños propietarios o arrendatarios y de los campesinos sin tierras.³¹⁴ En cuanto a las propiedades de la nobleza, estas se vieron limitadamente perjudicadas, sin embargo, esto se revirtió con Napoleón,³¹⁵ y los derechos feudales se reconvirtieron en derechos de propiedad “burgueses” y continuaron prosperando.³¹⁶ En suma, no hay planteamientos económicamente revolucionarios durante la revolución y, como veremos más adelante, los resultados económicos de la revolución son ambiguos en términos de la profundización del capitalismo. Wallerstein (1998b) plantea que si los burgueses-capitalistas no fueron los agentes revolucionarios centrales que lograron derrotar a la aristocracia “feudal” para impulsar el capitalismo, el proceso revolucionario debe asociarse a otros actores y motivos, lo que lo lleva a centrarse en las clases populares y en la resistencia al capitalismo.³¹⁷ Cabe entonces centrarse en las fuerzas populares. La Revolución Francesa estuvo atravesada por revueltas campesinas y rebeliones urbanas. El punto es si considerar a las clases populares como actores relativamente autónomos, o como una masa empleada tácticamente por “la burguesía” para conseguir sus objetivos políticos. Generalmente se entiende que las clases populares fueron actores secundarios, que no tenían un proyecto político propio, y que en

³¹³ Bourgin plantea que: “Las innovaciones económicas y jurídicas sirvieron para consolidar la situación de los propietarios anteriores, o de los nuevos hombres que, aprovechándose de las circunstancias excepcionales pasaron a formar parte de las clases destacadas de la nueva sociedad” (Bourgin, Georges, 1911, “L’agriculture, la Classe Paysanne et la Révolution Française (1789-an IV)”, en *Revue d’Histoire Économique et Social*, vi, pp. 155-228, página 192; citado en Wallerstein 1998b, 133, nota al pie).

³¹⁴ Perrot afirma: “El acontecimiento revolucionario, más que ninguna otra cosa, confirmó a los fuertes en su fuerza, en tanto dejó sin fondos a los pequeños *laboureurs* afanados en redondear su finca (*clos*). Aumentó más que nunca la distancia entre estos últimos y las grandes haciendas” (Perrot, Jean-Claude, 1975, “Voies Nouvelles pour l’Histoire Économique de la Révolution”, *Annales Historiques de la Révolution Française*, xlvii, N° 219, pp. 30-65, páginas 38-39, cursivas del autor; citado en Wallerstein 1998b, 133, nota al pie).

³¹⁵ Tulard señala que “[En la era napoleónica] se asistió a la reconstrucción de la riqueza basada en las tierras de la anterior nobleza” (Tulard, Jean, 1970, “Problèmes Sociaux de la France Napoléonienne”, en *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, xvii, julio-septiembre, pp.639-663, página 643; citado en Wallerstein 1998b, 133, nota al pie).

³¹⁶ Mackrell plantea: “Una vez abandonados los nombres [...] los derechos feudales y señoriales se hicieron respetables. Los gobiernos sucesivos estaban ansiosos por acelerar la asimilación de los anteriores derechos a los derechos de propiedad. Los derechos feudales en su nueva forma no sólo sobrevivieron, sino que prosperaron” (Mackrell, J. Q. C., 1973, *The Attack on “Feudalism” in Eighteenth-Century France*, Londres, Routledge, páginas 176-177; citado en Wallerstein 1998b, 133, nota al pie).

³¹⁷ Wallerstein lo plantea de la siguiente manera: “[Se puede] aceptar la crítica al concepto de revolución burguesa [derribando] de su pedestal a la burguesía a favor de otros grupos cuyas acciones se consideran más consecuentes y definitivas del verdadero significado histórico del acontecimiento-período. Guérin [planteó que la] Revolución francesa tuvo un “doble carácter”: fue a la vez una revolución burguesa y “una revolución que, en su mecanismo interno, tuvo el carácter de permanente” que “nutrió una revolución proletaria embrionaria”, es decir, una revolución anticapitalista” (1998b, 65, énfasis del autor; la cita es de Guérin, Daniel, 1968, *La Lutte de Classes sous la Première République: Bourgeois et “Bras Nus” (1793-1979)*, París, Gallimard, vol. 1, páginas 17, 23 y 27).

términos generales fueron liderados, representados, por la burguesía,³¹⁸ o que asumieron posiciones conservadoras, contrarrevolucionarias y utopías tradicionalistas (Wallerstein 1998b).³¹⁹ Sin embargo, hay muchos elementos para considerar que las clases populares fueron actores políticos centrales de la revolución, y que tenían, o desarrollaron, sus propias visiones políticas. Primero me centraré en las demandas de las clases populares y luego en la lucha de clases entre estas y las clases dominantes.

La independencia del componente popular de la revolución puede destacarse al considerar sus demandas centrales, que no se relacionaban con las demandas burguesas, y que incluso se oponían a ellas, o más concretamente, que se oponían al desarrollo capitalista, por lo que no podían responder al liderazgo burgués-capitalista. En relación a los *sans-culottes* urbanos, su preocupación central era el precio y el abastecimiento del pan, por lo que demandaban la imposición de un precio máximo al pan y otros productos de primera necesidad, el *máximum*.³²⁰ Los bajos salarios también conformaron una parte central de sus demandas, lo que ponía a los trabajadores urbanos en directa colisión con los intereses capitalistas. En términos políticos, los *sans-culottes* también buscaron establecer una democracia directa a nivel de las comunas, lo que tuvo su expresión más extendida en las secciones de París.³²¹ En cuanto a los campesinos, la tierra era la demanda central, tanto en la forma de la tenencia individual para los cultivos de subsistencia como de tierras comunales para el ganado. Estos reclamos se derivaban directamente del avance capitalista en el agro que había tenido lugar

³¹⁸ Hobsbawm presenta esta postura. Luego de señalar que "...los pobres campesinos y los obreros eran analfabetos, políticamente modestos e inmaduros...", plantea que "[El tercer estado] representaba no sólo los puntos de vista de una minoría educada y militante, sino los de otras fuerzas mucho más poderosas: los trabajadores pobres de las ciudades, especialmente de París, así como el campesinado revolucionario" (1997b, 68).

³¹⁹ Hobsbawm señala: "[los sans-culottes plantearon] una idea social apenas definida y contradictoria, en la que se combinaba el respeto a la pequeña propiedad con la más feroz hostilidad a los ricos, el trabajo garantizado por el gobierno, salarios y seguridad social para el pobre, en resumen, una extremada democracia igualitaria y libertaria, localizada y directa. En realidad, los sans-culottes eran una rama de esa importante y universal tendencia política que trata de expresar los intereses de la gran masa de "hombres pequeños" que existen entre los polos de la "burguesía" y del "proletariado", quizá más a menudo más cerca de éste que de aquélla, por ser en su mayoría muy pobres [...] Su ideal, un áureo pasado de aldeanos y pequeños operarios o un futuro dorado de pequeños granjeros y artesanos no perturbados por banqueros y millonarios, era irrealizable. La historia lo condenaba a muerte. Lo más que pudieron hacer –y lo que hicieron en 1793-1794– fue poner obstáculos en el camino que dificultaron el desarrollo de la economía francesa desde aquellos días hasta la fecha" (1997b, 71-72).

³²⁰ Hobsbawm señala que "El precio del pan registraba la temperatura política de París con la exactitud de un termómetro, y las masas parisienses eran la fuerza revolucionaria decisiva" (1997b, 72).

³²¹ Rudé señala (1989, 157): "Creían apasionadamente que la soberanía popular en esencia estaba en las asambleas primarias, y por lo tanto en las secciones parisienses, y exigían la convocatoria frecuente y la constante rendición de cuentas de los diputados frente a sus electores".

durante el siglo XVIII, por lo que también chocaban con los intereses capitalistas.³²² Para resumir las demandas de las clases populares se puede emplear el recuento que realiza Rudé (1989) sobre los Cuadernos de Quejas que elaboraron representantes de estas clases.³²³ Rudé señala: “...algunos de estos *cahiers* populares criticaban ásperamente a los “capitalistas” y propietarios acaudalados del Tercer Estado... ...en Reims, Troyes, Marsella y Lyon, donde los trabajadores protestaron contra el alza de los precios... ...algunos asalariados y artesanos o pequeños comerciantes formularon más explícitamente sus quejas contra los mercaderes o patrones... [Pescadores y marineros de Concarneau se quejaron] de los recortes aplicados a sus derechos de pesca por los egoístas propietarios de embarcaciones y los “monopolistas”. Los jornaleros sombrereros de Orléans se quejaron amargamente de los bajos precios con que retribuían su trabajo los comerciantes sin escrúpulos... En Lorena y Hainault, los campesinos sin tierra y los pequeños propietarios (*laboueurs*) unieron fuerzas para oponerse a los edictos de cercamiento y los planes de despeje de tierras promovidos por los miembros más prósperos de su comunidad” (1989, 84-85, cursivas del autor).

Además de estas demandas generales, hubo planteamientos que directamente cuestionaban elementos centrales del capitalismo realizados por grupos “extremistas”. Por ejemplo, se planteó poner un máximo a los ingresos, limitar el tamaño de las empresas y propiedades agrícolas, establecer un sistema de panaderías estatales, entre otras (Rudé 1989), y el grupo liderado por François Babeuf realizó los que algunos autores consideran como los primeros planteamientos de corte comunista/anarquista.³²⁴ Así, a partir de estos elementos se puede sostener que el componente popular de la Revolución Francesa tenía una orientación

³²² Hunecke plantea: “En el núcleo de la revolución de los campesinos pobres habían dos demandas que no eran en modo alguno antifeudales: deseaban tierras para cultivar y la restauración de los derechos comunes de usufructo”, y luego plantea, “[Los campesinos se revelaron] no sólo contra los privilegiados [feudales] sino también (quizá sobre todo) contra la “burguesía revolucionaria”” (Hunecke, Volker, 1978, “Antikapitalistische Strömungen in der Französiachen Revolution, Neuere Kontroversen der Forschung”, en *Geschichte und Gesellschaft*, IV 3, página 319; citado en Wallerstein 1998b, 68, nota al pie).

³²³ Los Cuadernos de Quejas eran los registros con demandas y quejas que se formulaban en las asambleas de los distritos que elegían diputados para los Estados Generales. Rudé (1989) señala que en general las clases populares no accedieron a plantear sus demandas y quejas en estos cuadernos, y son excepcionales los registros donde estas clases pudieron plasmar directamente sus puntos de vista.

³²⁴ En relación a Babeuf y su movimiento, Higonnet plantea: “Está claro que la importancia del movimiento de Babeuf depende del lugar que se otorgue al socialismo y a la guerra de clases en el orden histórico-mundial. Si la Revolución francesa se considera como una *Ding an sich* [la cosa en sí], Babeuf no importa mucho. Pero si se ve como el primer acto del pueblo-versus-capitalismo, sí que importa mucho” (Higonnet, Patrice, “Babeuf, Communist or Proto-Communist?”, en *Journal of Modern History*, LI, 4, pp. 773-781, página 780; citado en Wallerstein 1998b, 67, nota al pie).

básicamente anticapitalista, en palabras de Moore: “El impulso radical detrás de la revolución basada en los extremistas y en algunos sectores del campesinado era explícita y poderosamente anticapitalista”.³²⁵

Las rebeliones populares marcaron todo el período revolucionario. Estas rebeliones, que en ocasiones alcanzaron niveles de insurrecciones generales, comenzaron antes de la “revolución burguesa”, ya que a partir de la crisis desencadenada por las malas cosechas de 1788 se desató un estado de revuelta en el que se contextualizó la convocatoria a los Estados Generales.³²⁶ Desde este momento inicial y a lo largo de todo el período de la revolución, las fuerzas populares presionaron a los legisladores a implementar reformas que sin su presencia no hubieran tenido el alcance que adquirieron. Rudé (1989) plantea que la gran rebelión campesina de julio y agosto de 1789 –el “Gran Miedo”– hizo que el 4 de agosto la Asamblea Nacional anulara los derechos “feudales” y las exenciones tributarias, y se proclamara la extinción del régimen feudal –aunque permanecieron varios privilegios y los campesinos debían compensar a los terratenientes que perdían sus derechos–. Sin embargo, la continua presión campesina haría que finalmente, en junio de 1793, la Convención jacobina anulara sin compensaciones la totalidad de los derechos señoriales, además de poner en venta las propiedades de los emigrados en pequeñas parcelas y dividir la propiedad comunal entre los habitantes de las aldeas. En cuanto a los *sans-culottes* urbanos, “Su permanente intervención en las calles contribuyó a impulsar la Revolución a través de todas las etapas sucesivas” (Rudé 1989, 81). Así, por ejemplo, en 1789 las mujeres parisienses marcharon a Versalles y obligaron al Rey a retornar a París, en 1793 una nueva rebelión popular por los precios de los alimentos permitió a los jacobinos derribar al gobierno girondino y, luego de un largo período de insurrección popular, en septiembre de 1793, los jacobinos se vieron obligados a

³²⁵ Moore, Barrington Jr., 1966, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Bacon, página 69; citado en Wallerstein 1998b, 68, nota al pie.

³²⁶ Rudé (1989) señala: “...el movimiento popular, si bien se aceleró y acentuó a causa de la crisis revolucionaria del verano de 1789, arraigó profundamente en el *ancien régime* y, de hecho, precedió por varios meses a las actividades revolucionarias de las clases medias” (1989, 50); y luego “Los Estados Generales se reunieron en Versalles el 5 de mayo sobre el trasfondo de la crisis en ascenso y la inquietud popular. En París, el precio del pan era casi el doble de su nivel normal; se habían producido sangrientos disturbios en el Fauborg Saint-Antonie; y en la campaña los campesinos habían pasado de las palabras a los hechos y estaban deteniendo los convoyes de alimentos, asaltando los mercados y destruyendo las reservas de animales silvestres” (1989, 68).

dejar sus convicciones libremercadistas y aceptaron la demanda de imponer un precio máximo a los productos de primera necesidad.

Estas rebeliones e insurrecciones populares se dirigieron tanto contra los burgueses como contra los aristócratas capitalistas. Así, la lucha de clases entre capitalistas y clases populares fue parte central de la Revolución Francesa. Me detendré primero en la lucha de clases en las zonas rurales. Las luchas de clases entre campesinos y terratenientes capitalistas tendrían un lugar central durante la revolución.³²⁷ Las insurrecciones campesinas que se produjeron durante la revolución se vinculan con una larga tradición de revueltas que se venían sucediendo en el siglo XVIII, de las cuales la más extensa y grave fue la “guerra de la harina” de 1775 (Rudé 1989). Los blancos de las rebeliones campesinas del siglo XVIII hacen que Wallerstein plantee que ellas se dirigían particularmente contra los impactos de la profundización del control capitalista de la tierra, Wallerstein señala: “...sería mejor definir el “antiseñorialismo revolucionario” de los últimos años del *Ancient Régimen* como una “reacción anticapitalista” considerando el hecho de que los campesinos reaccionaban contra los que cercaban e irrigaban, contra los modernizadores, y que donde no existían esos terratenientes que introducían mejoras, como sucedía en Bretaña donde no había una “penetración profunda” del capitalismo, los campesinos se mantuvieron pasivos” (1998b, 67-68, cursivas del autor).³²⁸ Como ya lo señalé, en términos generales durante el período revolucionario se mantuvo la tendencia a profundizar las relaciones capitalistas en el agro que se venía produciendo en el antiguo régimen, y que iban en perjuicio de los pequeños propietarios agrícolas y los campesinos sin tierra. Por este motivo, durante la revolución las insurrecciones campesinas se agudizaron, y la Revolución Francesa se puede considerar como el clímax de la serie de rebeliones anticapitalistas que se venían produciendo durante el siglo XVIII. Desde esta perspectiva Wallerstein reinterpreta las guerras campesinas –como la Vendée y la *chouannerie*– que se produjeron a partir de 1793, donde convencionalmente

³²⁷ Según Soboul, “La revuelta campesina fue también crónica en gran parte de Francia desde 1789 hasta 1793. Constituyó, cosa que muchas veces no se entiende, la fuerza dinámica de la revolución. Que la Revolución francesa sea burguesa no quiere decir que fuera únicamente obra de la burguesía” (Soboul, Albert 1973, “Sur le Mouvement Paysand dans la Révolution Française”. En *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLV, 1 N° 211, página 86-87; citado en Wallerstein 1998b, 145, nota al pie).

³²⁸ Las citas son de Le Roy Ladurie, Emmanuel, 1975, “De la Crise Ultime à la Vraie Croissance, 1660-1789”, en Duby, Georges (editor), *Historie de la France Rurale*, II, Paris, Seuil, páginas 568 y 575.

se entiende que los campesinos adoptaron posturas contrarrevolucionarias. Estas guerras campesinas, en las que también participan trabajadores manufactureros asalariados, se centraron en la parte occidental de Francia, que no había tenido un proceso de “modernización” capitalista tan fuerte durante el siglo XVIII, y donde la revolución provocó un aumento del control estatal y de las cargas del campesinado,³²⁹ lo que propagó el hambre y la rebelión,³³⁰ por lo que más allá de las banderas católicas o realistas que pudieron tomar, las insurrecciones se dirigieron contra los terratenientes capitalistas y los gobiernos que a partir de 1789 les entregaron un creciente apoyo para impulsar sus reformas.

Las luchas entre capitalistas y clases populares urbanas –los *sans-coulottes*– también comienzan antes de la propia revolución y son parte del contexto de la convocatoria a los Estados Generales.³³¹ Me centraré en los eventos en torno a la toma del poder por parte de los jacobinos en 1793, ya que marca uno de los momentos más álgidos de la lucha de clases en París, y finalmente un punto de inflexión a partir del que las clases dominantes asegurarían la continuación de su dominación. Desde 1792 la escasez de alimentos generó un estado de rebelión permanente en París y otras ciudades y pueblos. Las rebeliones en este momento ya habían adquirido un carácter político explícito, ya que en el marco de los desórdenes se manifestaban lemas contra los moderados y en favor de los *sans-culottes* –recuérdese que el concepto a la vez alude a las clases populares y a las tendencias políticas extremistas– (Rudé 1989).³³² Además, hacia 1793 ya había líderes como Jacques Hébert, del ala izquierda de los

³²⁹ LeGoff y Suhuterland señalan que en esta zona de Francia las cargas del campesinado pudieron incrementarse hasta en un 40% (LeGoff, T. J. A. y Suhuterland, D. M. G., 1983, “The Social Origins of Counter.Revolution in Western France”, *Past and Present*, N°99, pp. 65-87, página 75; citado en Wallerstein 1998b, 134, nota al pie).

³³⁰ LeGoff y Suhuterland afirman: “en general la masa de pobres que habitaban el campo francés se benefició poco de la revolución, si acaso se benefició, y en las áreas contrarrevolucionarias fueron estas personas quienes dotaron de desesperación, y en ocasiones de peso numérico, al descontento y los levantamientos” (LeGoff, T. J. A. y Suhuterland, D. M. G., 1974, “The Revolution and the Rural Community in the Eighteenth-Century Brittany”, *Past and Present*, N° 62, pp. 96-119, página 109; citado en Wallerstein 1998b, 134, nota al pie).

³³¹ Al respecto Rudé (1989) relata que la primera rebelión de 1789 en París se desata por una controversia que surge cuando el 23 de abril –poco antes de que se reunieran los Estados Generales– dos industriales, Réveillon y Henriot, plantearon en las Asambleas de sus distritos que la industria estaba enfrentando altos costos de producción por los excesivos salarios. Ante estas declaraciones estalló una rebelión de trabajadores asalariados que, luego de atacar y destruir las casas e industrias de estos capitalistas, terminó con numerosos muertos luego de la intervención de las tropas.

³³² Rudé plantea que: “...la Revolución había conferido a todas las formas de protesta popular una dimensión política de la cual habían carecido antes casi por completo... ..comenzó este proceso en París entre noviembre de 1788 y febrero de 1789. Pero lo que entonces había sido sólo un principio, y por lo tanto aún tenía un carácter esporádico y ocasional, ahora se había convertido en un rasgo permanente y constante, de modo que los desórdenes por los alimentos, como otra forma cualquiera de protesta popular –y esta observación era aplicable tanto a las provincias como a París– ya no podía evitar la intervención de ideas políticas” (1989, 138).

jacobinos, y Jacques Roux, que era parte del grupo político “extremista” *enragés*, que apoyaban y fomentaban las demandas populares como el *máximo* y sus estrategias como los motines y la *taxation populaire* (forzar la rebaja de los precios de productos básicos mediante disturbios). Los *sans-culottes* y estos “extremistas”, aunque no tuvieron una presencia significativa en la Convención, si la tuvieron en la Comuna de París y dominaron las secciones parisinas. En este marco, los disturbios se dirigieron a establecer una *taxation populaire*, las protestas callejeras irrumpían en las tiendas y depósitos y exigían que se vendieran los productos a los precios anteriores a las últimas alzas (Rudé 1989). Sin embargo, los precios continuaron elevándose en los primeros meses de 1793, provocando el estallido de una fuerte insurrección popular que puso en directo conflicto a las clases populares con los capitalistas y los grupos políticos que dominaban la asamblea, incluyendo a los jacobinos. Rudé señala: “[La explosión popular de 1793 fue] mucho más amplia y persistente que la del año precedente, en la que participó la totalidad o la casi totalidad de las cuarenta y ocho secciones parisienses, y que, quizá más claramente que otro incidente cualquiera de la Revolución, destacó el conflicto fundamental de intereses entre el *menu peuple* urbano y las clases poseedoras, las que incluían a los demócratas que aplaudían en el Club de los Jacobinos o se sentaban con la Montaña en los escaños más altos de la Asamblea Nacional. No es sorprendente que, enfrentado con esta violencia espontánea de la calle, incluso Robespierre denunciara despectivamente la preocupación del pueblo por el precio de “mezquinas mercancías”” (Rudé 1989, 140, cursivas del autor). En ese momento el gobierno era controlado por los girondinos, por lo que los jacobinos pudieron aprovechar la situación para desplazar a sus rivales. Es importante resaltar que girondinos y jacobinos tenían posturas políticas similares con respecto a la economía, ambos grupos eran favorables al libre mercado y al respeto de la propiedad privada, incluso con respecto al abastecimiento de alimentos para las ciudades, sin embargo, Rudé (1989) plantea que los jacobinos se mostraron más flexibles que sus rivales políticos ante las demandas populares.³³³ Así, los jacobinos pudieron

³³³ Rudé señala: “...los girondinos, firmes creyentes en el liberalismo económico y portavoces de los intereses comerciales, se mostraron mucho más consecuentes –y doctrinarios– que sus antagonistas en la actitud de obstinada adhesión a las soluciones de *laissez-faire*, en todas las cuestiones relacionadas a la economía nacional, los suministros de alimentos y la dirección general de la guerra. También los jacobinos eran principalmente *bons bourgeois* y mostraban escasa inclinación a organizar una economía dirigida, y menos aún a dividir propiedades. Pero estaban más cerca del pueblo, adoptaban actitudes más flexibles y se mostraban más dispuestos y más hábiles cuando se trataba de ceder a la presión popular, según

aprovechar la insurrección popular y los fracasos en la guerra para, a finales de mayo y principios de junio, hacer caer el gobierno girondino. Controlando el gobierno los jacobinos implementaron algunas medidas para aplacar la revuelta popular, sin embargo, dados los continuos aumentos en el precio de los alimentos básicos, en septiembre nuevamente estalló la insurrección. En este marco, bajo la presión de los *sans-culottes* y de los extremistas, el 29 de septiembre los jacobinos establecieron la ley del Máximo General, lo que representó un triunfo de las clases populares sobre los intereses y visiones capitalistas de girondinos y jacobinos.

Ante la insurrección popular, los capitalistas y clases dominantes, obviamente, no se quedarían pasivos. En una fecha tan temprana como 1789, ya parte de la “clase media revolucionaria” consideraba que “había llegado el momento del conservadurismo” ante la visión del “levantamiento de masas” (Hobsbawm 1997b, 70). Por ello en 1789, inmediatamente calmada la situación revolucionaria la Asamblea Nacional impuso drásticas medidas para mantener el orden público e impedir nuevas revueltas (Rudé 1989). En 1793 algo similar realizó la Convención jacobina. La guerra provocó la necesidad de un reforzamiento de la autoridad central del estado, que se concentró en el Comité de Salud Pública y en un aumento significativo de la represión, que se plasmó en “el terror”. La centralización derivó en una fuerte restricción de la iniciativa política popular, y el terror se dirigió tanto a los realistas y la oposición de derecha (girondinos y jacobinos moderados), como a la oposición de izquierda (jacobinos radicales, extremistas y *sans-culottes*) agrupada en la Comuna y las secciones de París, así como contra las revueltas campesinas. Las relaciones entre jacobinos y *sans-culottes* se conflictuaron poco después de instaurado el Máximo General. Los grandes comerciantes comenzaron a evadir la ley, y ante las demandas de los *sans-culottes* de aplicar la represión sobre ellos, la convención y los jacobinos prefirieron suavizar las restricciones y, por el contrario, se reforzó el control sobre los salarios.³³⁴ Con ello, los jacobinos optaban por los productores y comerciantes contra los

ella se expresaba en las calles y las secciones, y en las galerías de la Asamblea, y también sabían adaptar mejor sus opiniones para satisfacer las necesidades del momento” (1989, 127-128).

³³⁴ El conflicto entre jacobinos y *sans-culottes* se derivaba de las diferentes posturas que tenían sobre dos temas económicos centrales, los precios de los productos básicos y los salarios. Las tensiones retornaron poco después de establecerse la ley del Máximo General, que aplicaba controles tanto sobre los precios de los productos básicos como sobre los salarios. Rudé resume las posturas de la siguiente manera: “...si los jacobinos y la Convención –incluso los partidarios de Robespierre en

consumidores y trabajadores, lo que fue sustentado por el uso cada vez mayor del terror y la supresión de la “oposición de izquierda”. Así, se eliminó a los líderes de los extremistas y del ala izquierda de los jacobinos,³³⁵ y las organizaciones populares fueron disueltas o controladas por el gobierno central.³³⁶ Al poco tiempo Robespierre sería depuesto y guillotinado y los jacobinos “de centro” serían desplazados por la derecha, volviendo a la Asamblea los girondinos e incluso los realistas, e instaurándose la “república de propietarios”. Más allá de futuras insurrecciones –entre las que se cuenta la “Conspiración de los Iguales” liderada por Babeuf en 1795–, las fuerzas populares fueron quedando cada vez más marginadas del proceso subsiguiente de la revolución. En las ciudades los *sans-culottes* fueron desarmados, se cerraron sus espacios políticos –se disolvió la Comuna y fueron purgadas las secciones parisinas–, e incluso fueron acosados por bandas paramilitares (Rudé 1989). En paralelo a estos acontecimientos de París y en las otras ciudades francesas, a partir de 1793 se produjeron las más fuertes insurrecciones campesinas, la Vendée y la *chouannerie*, provocadas por la pauperización de la situación de los campesinos y la conscripción masiva. Estas insurrecciones fueron calificadas de realistas y contrarrevolucionarias y atacadas con la fuerza militar. Las guerras campesinas fueron intensas y derivaron, en el caso de la *chouannerie*, en una persistente guerrilla, pero finalmente fueron militarmente sometidas.

En esta lucha de clases tanto los “burgueses” como los “nobles” fueron blanco de las revueltas e insurrecciones populares. Las rebeliones campesinas mantuvieron como blanco las consecuencias de la profundización del capitalismo agrícola, fueran formalmente feudales o burguesas, estuvieran controladas por capitalistas nobles o burgueses, por lo que la

ese cuerpo– aceptaban los controles y la dirección oficial de la economía nacional sólo en el carácter de medidas excepcionales y temporales, los *sans-culottes* querían que fuesen aplicados permanentemente [...] Y mientras los jacobinos, en su condición de empleadores y miembros de los comités parlamentarios y gubernamentales, estaban interesados en frenar el brusco aumento de los salarios, los asalariados que pertenecían al grupo social de los *sans-culottes* –especialmente numerosos en París– tenían motivos sobrados y, a causa de la escasez de fuerza de trabajo en tiempos de guerra, oportunidades abundantes para elevar las contribuciones hasta donde los empleadores estuviesen dispuestos a pagar. Así, de un modo o de otro, hacia fines de 1793 la alianza entre los jacobinos y el pueblo común comenzaba a debilitarse” (1989, 157-158, cursivas del autor).

³³⁵ Roux fue encarcelado en el contexto de las revueltas de agosto y septiembre de 1793, poco tiempo después se suicidaría, y Hebert y varios de sus compañeros fueron guillotinado en marzo de 1794.

³³⁶ Rudé señala: “[La Commune fue] depurada y convertida en un baluarte de Robespierre...” (, 1989, 159).

burguesía fue blanco de las rebeliones campesinas tanto como la aristocracia.³³⁷ Las revueltas urbanas se dirigían contra empresarios que buscaban rebajar los salarios y contra mercaderes y especuladores que subían los precios del pan y otros productos básicos, por lo que los capitalistas estaban en el centro de la protesta de los *sans-culottes*. Sin embargo, en el lenguaje popular los capitalistas frecuentemente eran identificados como aristócratas.³³⁸ La confusión entre capitalistas y aristócratas no sólo se debía a que compartían posiciones entre los privilegiados y las clases dominantes, Wallerstein señala que, aunque las clases populares hayan enfocado sus insurrecciones en contra del capitalismo y sus efectos, “...la Revolución Francesa hablaba el lenguaje del antifeudalismo” (1998b, 71).³³⁹ Desde las clases dominantes también se empleó el lenguaje antifeudal en el marco de la lucha de clases. La Asamblea Nacional, la Convención y el Consulado, calificaban las revueltas populares, especialmente las campesinas, como “conjuras realistas”, “conspiraciones aristocráticas”, o “contrarrevolución”.³⁴⁰ Por su parte los capitalistas buscaron desviar de ellos el foco de la insurrección popular, así, aunque estaban materialmente entremezclados con la aristocracia, estratégicamente buscaron diferenciarse y volcar sobre ellos la ira popular.³⁴¹ De este intento

³³⁷ Mathiez señala: “La burguesía propietaria se percató súbitamente del rostro feroz del cuarto estado. No podía permitir que la nobleza fuera expropiada sin sentir temor por sí misma, pues tenía en sus manos una gran parte de las tierras de la nobleza y recibía de los aldeanos rentas señoriales” (Mathiez, 1923-1924, *La Révolution Française*, París, Armand Colin, página 59; citado en Wallerstein 1998b, 142). Por su parte Lefebvre plantea que “Desesperado por el hambre, el campesino era una amenaza inevitable para la aristocracia, y la propia burguesía tampoco estaba en modo alguno segura, pues no pagaban su parte de los impuestos; tenían un buen número de señoríos; proporcionaban jueces e *intendants* a los señores del feudo; como arrendadores de impuestos, se hacían cargo de la recaudación de los derechos feudales. Los grandes terratenientes, agricultores ricos y comerciantes de cereales se beneficiaban tanto como los recaudadores de los diezmos y los señores de la política agrícola del rey, que restringía los *droits collectifs*, tan caros al campesino, y que con su insistencia en la libertad comercial aumentaba el precio de los alimentos. Como el pueblo no deseaba morir de hambre, no veía razón por la que los ricos, fuera quienes fueran, no se llevaran la mano al bolsillo para ayudar a los pobres” (Lefebvre, 1973, *The Grate Fear of 1789*, Nueva York, Pantheon, página 32-33; citado en Wallerstein 1998b, 143, nota al pie).

³³⁸ Por ejemplo, cuando Rudé se detiene en las rebeliones que estallaban por los aumentos de los precios de los productos básicos, señala que las protestas irrumpían “...en las tiendas y los depósitos de algunos de los principales mayoristas e intermediarios (“aristócratas”, en la jerga popular del momento)” (1989, 139).

³³⁹ Braudel entrega la siguiente explicación: “¿No puede pensarse que el hecho de que el campesino francés recurriera al viejo y familiar lenguaje del antifeudalismo se debe, al menos en parte, a que el lenguaje del capitalismo no había encontrado el vocabulario adecuado para manejar una situación nueva y sorprendente?” (Braudel, Fernand, 1982, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, II: The Wheels of Commerce*, Nueva York, Harper & Row, página 297; citado en Wallerstein 1998b, 72).

³⁴⁰ Kaplan señala “Lo que fuera crimen de insubordinación en el Antiguo Régimen se convirtió, por una transferencia casi inconsciente, en crimen de contrarrevolución” (Kaplan, Steven, 1979, *Réflexions sur la Police du Monde du travail, 1700-1815*”. En *Revue Historique*, CCLXI, 1, página 75; citado por Wallerstein 1998b, 149, nota a pie).

³⁴¹ Chaussinand-Nogaret plantea: “Es sólo en el momento en que las fuerzas populares entran en juego por razones que no tienen nada que ver con la revolución deseada por los notables, cuando se manifiesta una falla que irá ampliando la distancia entre la nobleza y la burguesía. Pues a partir de entonces cada cual tendrá que salvar su pellejo, y para este fin todas las maniobras son legítimas. Tan amenazada como la nobleza, la burguesía jugó un triunfo importantísimo, la comedia de la

de los capitalistas por diferenciarse de la nobleza y de identificarse con “la burguesía” surge uno de los principales roles de la Revolución Francesa en la geocultura del sistema-mundo, ya que la diferenciación entre “burguesía” y “aristocracia” se transformó en una pieza central de la ideología liberal, posibilitando establecer el “mito” sobre la lucha que la burguesía habría dado por la “libertad universal”.³⁴²

Finalmente, en la lucha de clases entre capitalistas y clases populares triunfaron los capitalistas, pero sólo luego de esfuerzos considerables y, sin duda, grandes sobresaltos. Además, debieron hacer concesiones importantes, por lo que la Revolución Francesa no representó un importante salto en la profundización del capitalismo francés, más bien una ambigua continuidad con el desarrollo capitalista que se venía produciendo en el siglo XVIII. La ambigüedad proviene del hecho de que en los resultados de la revolución también se concretizaron, en parte, los planteamientos anticapitalistas de las clases populares. En relación a este punto se ha indicado la “paradoja” que la Revolución Francesa produjo dificultades para el desarrollo capitalista; en palabras de Hobsbawm (que sostiene una interpretación bastante convencional de la revolución): “[La revolución estableció] la inexpugnable ciudadela de los pequeños y medianos propietarios campesinos, artesanos y tenderos, retrograda desde el punto de vista económico, pero apasionadamente devota de la revolución y la República que desde entonces domina la vida del país. La transformación capitalista de la agricultura y las pequeñas empresas, condición esencial para el rápido desarrollo económico, se retrasó, y con ella la rapidez de la urbanización, la expansión del mercado interno, la multiplicación de la clase trabajadora e, incidentalmente, el ulterior avance de la revolución proletaria. Tanto los grandes negocios como el movimiento obrero se vieron condenados a permanecer en Francia como fenómenos minoritarios, como islas rodeadas por el mar de los tenderos de comestibles, los pequeños propietarios rurales y los

virtud escandalizada; se puso a gritar al lado del pueblo y desplazó hacia la “aristocracia” la tempestad que amenazaba con barrerla” (Chaussinand-Nogaret, Op. Cit., página 277; citado en Wallerstein 1998b, 72, nota al pie).

³⁴² Este mito liberal incluso fue asumido por gran parte de la izquierda revolucionaria del siglo XIX, proyectándose hasta el día de hoy. Por ejemplo, un historiador marxista como Lefebvre plantea: “La Declaración de los Derechos del Hombre sigue siendo [...] la encarnación de toda la revolución [...] América y Francia, como Inglaterra antes de ellas, son paralelamente tributarias de una corriente de ideas cuyo éxito manifiesta el auge de la burguesía y que constituyeron un ideal común en el que se resume la evolución de la civilización occidental. En el curso de los siglos, nuestro Occidente, configurado por el cristianismo, pero heredero también del pensamiento de la antigüedad, ha concentrado sus esfuerzos, superando mil vicisitudes, en lograr la liberación del ser humano” (Lefebvre, Georges, 1939, *Quatre-vingt-neuf*, París, Maison du Livre Française, página 239-240; citado en Wallerstein 1998b, 49)

propietarios de cafés” (Hobsbawm 1997b, 77-78).³⁴³ Esto se produjo porque parte importante de las medidas revolucionarias surgieron bajo presiones populares que se oponían a la profundización capitalista, Wallerstein señala: “[Durante la revolución] el gobierno y la legislatura adoptaron acciones “radicales” sólo bajo la presión directa de las masas populares, y siempre trataron de limitarla en algún sentido. Esto puede interpretarse, como hacen Soboul y muchos otros, como si los campesinos y los extremistas hubieran obligado a los tímidos burgueses a seguir la lógica de la revolución burguesa. A mí me parece más directo y obvio considerar que los campesinos y los extremistas hicieron su propia revolución, una revolución en contra de lo que en su lenguaje eran las “clases privilegiadas”, los estratos capitalistas en el mío” (1998b, 145).

2.3.3. Amenaza de revolución y estrategia hegemónica en el centro.

La centralidad de las rebeliones populares durante la Revolución Francesa, a lo que se le agregó el triunfo de los esclavos negros en la Revolución Haitiana (1791-1804), la primera revolución exitosa de trabajadores del sistema-mundo, introdujo un cambio central en el cuadro político del sistema-mundo; la entrada en escena de la idea de la revolución, el “fantasma” de la revolución. Así, la imagen de la rebelión de las “clases peligrosas”, de los “barbaros”, sumada al creciente volumen de los pobres y del proletariado urbano, pasó a constituir una amenaza sin precedentes para las clases dominantes y gobernantes de Europa –y no sólo de ella–, por lo que el temor a la revolución se instaló entre ellas. Este temor lo expresó el político liberal francés Saint-Marc Girardin: “Cada industrial vive en su fábrica como los plantadores coloniales en medio de sus esclavos, uno contra ciento, y la subversión de Lyon es una especie de insurrección de Santo Domingo [Haití]... Los barbaros que amenazan a la sociedad no están en el Cáucaso ni en las estepas de Tartaria; están en los

³⁴³ Hobsbawm se refiere directamente al gobierno jacobino pero, como puede verse en la cita, describe el resultado general de la revolución, no situaciones que los girondinos o Napoleón hubieran modificado. Particularmente en el agro el resultado de esta lucha de clases fue una moderación de las reformas capitalistas. Así, Francia, en comparación al Reino Unido, mantendría una proporción mucho mayor de campesinos pequeños y medios y un menor desarrollo de la agricultura capitalista, lo cual es adjudicado por Wallerstein al compromiso al que se llega en esta lucha de clases gracias a la “firmeza de las fuerzas anticapitalistas” (1998b, 135). Wallerstein señala: “...mientras en Francia la fortaleza política demostrada por los campesinos en la revolución retrasó, (e incluso detuvo) el proceso de concentración de la propiedad, el período de guerra en realidad aceleró la concentración en Gran Bretaña” (1998b, 156).

suburbios de nuestras ciudades industriales...”.³⁴⁴ La sola posibilidad de la revolución constituye un primer cambio de las relaciones de poder entre las clases sociales del sistema-mundo, ya que las clases dominantes tenían que reconsiderar sus estrategias de dominación a la luz de esta nueva situación, Hobsbawm lo plantea de la siguiente manera: “[Luego de las guerras revolucionarias se produjo una] profunda transformación en la atmósfera política. Cuando estalló la Revolución Francesa, los gobiernos de Europa la consideraron con relativa sangre fría [...] Pero en 1815 una actitud completamente distinta hacia la revolución prevalecía y dominaba en la política de las potencias [...] Ahora se sabía que la revolución en un único país podía ser un fenómeno europeo; que sus doctrinas podían difundirse más allá de las fronteras, y –lo que era peor– sus ejércitos, convertidos en cruzados de la causa revolucionaria, barrer los sistemas políticos del continente. Ahora se sabía que la revolución social era posible...” (1997b, 97). En este contexto, durante los cien años que transcurren entre 1815 y 1917 las clases dominantes del centro del sistema-mundo pusieron en juego, finalmente con éxito, diversas estrategias para contener y eliminar esta amenaza. Parte importante de estas estrategias incluyeron una nueva forma de dominación que luego Gramsci conceptualizaría como “hegemonía”, y en cuyo contexto se utilizaron en las diversas relaciones de poder los nuevos saberes científicos que comenzaron a producirse con cada vez más recursos durante el siglo XIX. El éxito de las clases y grupos dominantes fue, por una parte, relativo, ya que, por primera vez en la historia del sistema-mundo debieron hacer múltiples concesiones económicas y políticas a las clases subordinadas, gestándose lo que luego sería conocido como el estado de bienestar, situación que introducía consideraciones políticas que disminuían el impulso de la profundización capitalista en el centro. Sin embargo, estas concesiones sólo se producían en el centro, las vastas periferias y semiperiferias continuaron siendo sometidas a una intensa explotación y las concesiones en esos lugares fueron prácticamente desconocidas, la explotación de los trabajadores de las periferias permitía hacer concesiones a los trabajadores del centro. Por otra parte, el éxito fue enorme, pudieron contener las revoluciones que se produjeron y en la segunda mitad del siglo XIX lograron transformar a las “clases peligrosas” del centro en “ciudadanos” –que estrían

³⁴⁴ En *Journal des Débats*, 8 de diciembre de 1831; citado en Hobsbawm 1997b, 205.

dispuestos a sacrificarse masivamente por sus respectivos países, como se vio en 1914—. Sin embargo, no pudieron desalojar la idea de la revolución del sistema-mundo, la que se propagó por las periferias y semiperiferias, lo que se demostraría en octubre de 1917. A continuación analizaré, de manera muy rápida, algunos aspectos de la amenaza que enfrentaron las clases dominantes y de las estrategias que usaron para contenerlas y moderarlas.

En 1815 la posibilidad de la revolución estaba en el centro de las preocupaciones de los estadistas y clases dominantes, y en el centro de las esperanzas de un contingente importante de radicales que buscaban provocar y llevar a éxito una revolución.³⁴⁵ En este contexto Hobsbawm (1998b) y Wallerstein (2011) muestran que inicialmente el campo político se dividió entre conservadores que básicamente rechazaban la Revolución Francesa y la idea del cambio social, y un amplio campo de tendencias que se inspiraban en la Revolución Francesa y fomentaban la idea del cambio. Luego de la derrota de Napoleón se materializa una fuerte reacción conservadora, lo que se plasmó en los acuerdos alcanzados en el Congreso de Viena y aún con más fuerza en la Santa Alianza, que buscaba restablecer el antiguo régimen, el absolutismo y, generalmente, se opusieron a las reformas liberales, por lo que conservadores y liberales tendieron a quedar en campos políticos opuestos.³⁴⁶ Las tendencias más conservadoras se impusieron en la gestión de los estados, negándose a cualquier reforma social y utilizando la represión como la principal herramienta para lidiar con las demandas y revueltas populares, incluso en el Reino Unido las tensiones sociales fueron duramente reprimidas, como durante la “masacre de Peterloo” (de 1819). La política represiva también se implementó a nivel internacional, ya que la Santa Alianza se dio la tarea de intervenir ante situaciones que pusieran en peligro el orden, e intervino para sofocar revueltas en España y Nápoles. Sin embargo, esta primacía conservadora se mantiene sólo por 15 años, ya que las revoluciones que se produjeron en torno a 1830 mostraron la imposibilidad de detener todo cambio social. Durante estas revoluciones el campo que

³⁴⁵ Para el período que va hasta 1848 Hobsbawm señala: “Evitar una segunda Revolución Francesa, o la catástrofe todavía peor de una revolución europea general según el modelo de la francesa, era el objetivo supremo de todas las potencias que habían tardado más de veinte años en derrotar a la primera... A pesar de lo cual, jamás en la historia europea y rarísima vez en alguna otra, el morbo revolucionario ha sido tan endémico, tan general, tan dispuesto a extenderse tanto por contagio espontáneo como por deliberada propaganda” (1997b, 116).

³⁴⁶ Aunque en este primer momento primaron los conservadores, también otorgaron algunos espacios para las tendencias liberales, por ejemplo, las fuerzas conservadoras triunfantes en 1815 no instauraron en Francia una monarquía absoluta como la que existía antes de 1789, sino una monarquía constitucional (Hobsbawm 1997b)

recogía los variados legados de la Revolución Francesa comienza a divergir en dos posiciones diferenciadas, una liberal que buscaba gestionar y moderar un proceso de cambio que se consideraba inevitable, pero que no debería ser radical ni menos llevarse a cabo a través de la revolución popular, y posiciones “radicales” (democráticas/socialistas/comunistas) que buscaban radicalizar el cambio, planificando e impulsando la revolución. Así, la imposibilidad de mantener el proyecto conservador le dio primacía a las ideas liberales, pero específicamente a una ideología liberal que ya se había diferenciado y distanciado de cualquier idea “radical”.

Sin embargo, hacia 1830 no sólo surgen las tendencias políticas radicales que en aquellos años tendían a enmarcarse en pequeños grupos y “sociedades secretas” (véase Hobsbawm 1997b), más amenazante eran las primeras organizaciones políticas de las clases populares que empezaron a aparecer en la década de 1830 en los países céntricos, algo inédito en la historia del sistema-mundo. En esa década aparece el Cartismo en el Reino Unido y en Francia las sociedades de ayuda mutua comenzaron a transformarse en organizaciones de resistencia que entablaban huelgas y otras formas de protesta (en una época en la que los sindicatos estaban estrictamente prohibidos). El punto central de estas organizaciones no sólo fue su organización, magnitud y fuerza, sino su orientación explícitamente clasista,³⁴⁷ su cuestionamiento al orden social y su búsqueda de incidir en la política nacional.³⁴⁸ Así, las organizaciones de ayuda mutua, las reivindicaciones de grupos de trabajadores que buscaban mejoras económicas puntuales y las rebeliones populares, elementos de larga data en la historia del sistema-mundo, comenzaron a ser incorporadas y reorientadas por un movimiento y una organización mucho más amplia, clasista, y con una orientación política que contextualizaba las reivindicaciones puntuales en demandas generales y en una oposición explícita hacia el orden social, económico y político. Esto fue un proceso que se fue expandiendo desde el centro, primero al resto de Europa y alcanzando las periferias hacia

³⁴⁷ En referencia a los primeros movimientos de trabajadores de Francia y el Reino Unido de la década de 1830, Wallerstein señala: “...the nascent socialist movement had to carve out a place for corporate demands not previously admissible within the revolutionary rhetoric of the French revolution (and its generic citizen). They began to speak of “cooperation” and “association” –not of a single trade but of all “workers” as a class” (2011, 163).

³⁴⁸ Por ejemplo, las seis demandas que el Cartismo planteó en 1838 al gobierno británico se centraban en reformas políticas que buscaban universalizar el derecho a sufragio (véase Wallerstein 2011, 165).

finales del siglo XIX.³⁴⁹ Esta organización fue más rápida y extendida entre los trabajadores urbanos más cualificados³⁵⁰ y más lenta entre los no cualificados,³⁵¹ y aún más lenta entre los trabajadores rurales,³⁵² aunque en las grandes huelgas así como en las situaciones insurreccionales o definitivamente revolucionarias las clases más pobres y desesperadas podían unirse a los obreros más organizados y políticamente activos³⁵³ –y este era el peligro que visualizaban y temían las clases dominantes–. Esta situación implicaba un desafío de inédita fuerza al orden capitalista, ya que cuestionaba y desequilibraba explícitamente su estructura de dominación, lo que acentuaba los temores de las clases y grupos dominantes. Wallerstein (2011) plantea que en este contexto, después del fracaso del breve intento conservador por paralizar todo cambio social y por restituir el orden del antiguo régimen, el “estado liberal” se impone como la forma estatal que se extendería a lo largo del siglo XIX

³⁴⁹ En relación a América Latina Halperin señala: “De la última década del siglo XIX es la aparición de un movimiento obrero urbano en México, Buenos Aires, Santiago de Chile; de esa misma década la formación de los primeros movimientos políticos que recusan la dirección de la élite tradicional...” (2000, 295-296). Sin embargo, este movimiento avanza inicialmente con lentitud, por ejemplo, en el caso argentino, uno de los países latinoamericanos donde los sindicatos se formaron de manera más temprana y donde alcanzaron mayor fuerza, en parte producto de la inmigración de trabajadores europeos, el sindicalismo sólo tomó fuerza en el inicio del siglo XX: “Hasta finales de siglo, el sindicalismo avanzó lenta y erráticamente, para hacerlo de forma vertiginosa durante la primera década del siglo XX” (Gallo 1992, 50).

³⁵⁰ Los trabajadores industriales más cualificados frecuentemente provenían de gremios de “artesanos” que tenían una importante historia de organización, Kocka señala: “Artisans... ...were far advanced in the process of transformation from traditional journeyman to qualified wage worker, but they still retained much of what held the trade together traditionally and used this as a basis of protest and organization” (Kocka, Jürgen, 1986, “Problems of Working-Class Formation in Germany: The Early Years, 1800-1875”. En Katznelsoni: y Zolberg A.R., *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton, Princeton University Press, página 315; citado en Wallerstein 2011, 164, nota al pie).

³⁵¹ En relación a las diferencias entre los trabajadores especializados y los no especializados, entre “obreros” y “pobres”, Hobsbawm señala: “...había gran diferencia entre los “artesanos” especializados, bien pagados y con un empleo más o menos fijo... ...y los muertos de hambre andrajosos, que a duras penas sabían de dónde sacar su próxima comida, y menos aún la de su familia” (2000, 233), y luego en relación a su participación en los movimientos políticos y sindicales señala: “La era del capitalismo liberal floreciente y estable ofrecía a la “clase obrera” la posibilidad de mejorar su suerte mediante la organización colectiva. Pero aquellos que, simplemente, siguieron siendo los “pobres”, poco uso pudieron hacer de los sindicatos, y menos aún de las mutualidades” (2000, 234).

³⁵² Por ejemplo, en el caso de los movimientos de resistencia de los campesinos en el Reino Unido en la primera mitad del siglo XIX, Hobsbawm y Rudé señalan: “[No] hay muchos signos visibles de la existencia de una nueva ideología política o social. Por el contrario, existen pruebas de que los trabajadores aceptaban aún los antiguos símbolos de los antiguos ideales de una jerarquía estable” (1978, 19), y luego señalan que sus movimientos de resistencia “ante el triunfo total del capitalismo rural” eran “improvisados, arcaicos y espontáneos” (1978, 19), incluso en el movimiento de 1830 que alcanzó un nivel casi nacional.

³⁵³ Sobre las huelgas Hobsbawm plantea: “De una manera general, los sindicatos fueron organizaciones de minorías favorecidas, aunque las huelgas masivas pudiesen, en ocasiones, movilizar a las masas” (2000, 234), y sobre los grandes movimientos políticos y las revoluciones señala: “Las grandes corrientes del movimiento político, como el cartismo de la década de 1840, podían [enrolar a las clases más pobres] en sus filias... Las grandes revoluciones, aunque quizá sólo brevemente, podían atraer incluso a los más oprimidos y apolíticos... Quizá Bakunin no estuviese del todo equivocado al suponer que, en esa época, el espíritu de insurrección, al menos potencial, estaba latente entre los marginados y el subproletariado, aunque quizá errase al creer que podían constituir la base de los movimientos revolucionarios. Los pobres de París apoyaron la Comuna, pero sus activistas eran los obreros y artesanos más cualificados...” (2000, 236).

en el sistema-mundo, partiendo por los estados céntricos del Reino Unido, Francia y Bélgica. Wallerstein (2011) plantea que el “estado liberal” asume que es inevitable realizar reformas y tomar medidas sobre los principales problemas sociales y económicos, que es necesario gestionar el cambio social para evitar una derivación revolucionaria que destruyera el orden capitalista, y que es necesario realizar concesiones a las clases trabajadoras y populares para elevar sus ingresos y mejorar sus condiciones de vida. Esta propuesta que inicialmente es planteada por los liberales comienza a ser asumida por los conservadores,³⁵⁴ los cuales pasan, hacia 1830, a asumir la necesidad de los cambios pero buscando que sean lo más pausados y moderados posibles para no causar mayores perturbaciones al orden social.³⁵⁵ Así, desde el punto de vista de Wallerstein (2011), el centro liberal comienza a constituirse en un programa político que comparten la gran mayoría de las fuerzas políticas, al transformarse los conservadores en su “ala derecha”, por lo que, prácticamente en la totalidad del siglo XIX, se mantuvo la alianza liberal-conservadora que se dio durante la Revolución Francesa en lo que respecta a la defensa de la estructura de dominación y del orden capitalista; Hobsbawm señala: “En muchas revoluciones burguesas subsiguientes [a la Revolución Francesa], los liberales moderados fueron obligados a retroceder o a pasarse al campo conservador apenas iniciadas. Por ello, en el siglo XIX encontramos que (sobre todo en Alemania) esos liberales se sienten poco inclinados a iniciar revoluciones por miedo a sus incalculables consecuencias, y prefieren llegar a un compromiso con el rey y la aristocracia” (1997b, 70). Distinguir las posiciones de los capitalistas en el marco de esta alianza liberal-conservadora es complejo, como ya se señaló, el concepto de burguesía, ampliamente usado por el análisis historiográfico de esta época, impide distinguir a los capitalistas de las “clases medias”, pero parte de “la burguesía” era conservadora: “Lo que pretendían todos [los conservadores] era detener, o incluso simplemente aminorar, el progreso amenazador del presente, objetivo que

³⁵⁴ Wallerstein señala: “At this very time [after 1830], conservatives began to be conscious of the utility of reformism for conservatives objectives. [...] Conservatives noted their convergence with liberal son the importance of protection property... beyond these practical convergence, there was the concrete menace of real revolution –a fear they shared, as Lord Cecil noted: “For it is an indispensable part of the effective resistance to Jacobinism that there should be moderate reform on conservative lines”” (2011, 17-18; citando a Cecil, Lord Hugh, 1912, *Conservatism*, Londres, Williams & Northgate, página 64).

³⁵⁵ Puede ser cuestionable la afirmación de que los conservadores eran más conservadores que los liberales, es decir, que los conservadores se oponían a todo cambio significativo mientras los liberales buscaban introducir cambios. Muchas de las leyes sociales que empiezan a surgir en la segunda mitad del siglo XIX, o reformas políticas como la extensión del derecho a voto, fueron impulsadas por conservadores, por ejemplo en el Reino Unido y en Alemania (véase Wallerstein 2011).

racionalizaban los intelectuales que precisaban los partidos del “movimiento” y la “estabilidad”, el “orden” y el “progreso”. De ahí que el conservadurismo fuera tan atrayente de cuando en cuando a miembros y grupos de la burguesía liberal que creían que un mayor progreso aproximaría una vez más la revolución peligrosamente” (Hobsbawm 2010, 116). Sería esperable que parte de los capitalistas estuvieran entre esta “burguesía liberal” que efectivamente era conservadora. En cualquier caso, desde el punto de vista que aquí interesa, las relaciones de poder y la estructura de dominación del capitalismo, las diferencias entre conservadores y liberales se vuelven menos relevantes ya que se alinearon contra cualquier posible cambio significativo de la estructura de dominación y del orden económico capitalista, lo que, como lo revisé, ya había ocurrido en 1789, cuando las “clases medias revolucionarias” que lanzaban proclamas liberales en el salón de juego de pelotas se volvieron conservadoras ante la insurrección popular (Hobsbawm 1997b). Así, en las décadas siguientes el capitalismo, incluso en su versión fabril “moderna”, se desenvolverá cómodamente en el marco de gobiernos monárquicos controlados por *lords*, *junkers* y aristócratas,³⁵⁶ lo cual no tiene nada de sorprendente ya que, como lo señalé, los aristócratas se desempeñaban como capitalistas hace siglos.

La amenaza al orden capitalista puede considerarse, para la zona céntrica, que llega a su punto más álgido con la oleada revolucionaria de 1848.³⁵⁷ Luego de la derrota de estas revoluciones comienza a decrecer el peligro para las clases dominantes, pese a un recrudescimiento de las luchas antisistémicas a partir de 1870 con la Comuna de París, revolución que sin embargo se mantuvo aislada, y la crisis económica de 1873. Varios factores se conjugaron para que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, disminuyera la amenaza de las clases trabajadoras. Por una parte, las revoluciones de 1848 fueron derrotadas

³⁵⁶ Hobsbawm señala: “Los hombres que oficialmente presidían los asuntos del victorioso orden burgués en sus momentos de triunfo eran nobles profundamente reaccionarios en Prusia, imitaciones de emperador en Francia y una sucesión de aristócratas terratenientes en Gran Bretaña” (2010, 15).

³⁵⁷ Sobre estas revoluciones Hobsbawm señala: “...la revolución que estalló en los primeros meses de 1848 [fue un] alzamiento de los trabajadores pobres en las ciudades –especialmente en las capitales– de la Europa central y occidental. Suya, y casi sólo suya, fue la fuerza que derribó los antiguos regímenes desde Palermo hasta las fronteras de Rusia. Cuando el polvo se asentó sobre sus ruinas, pudo verse a los trabajadores –en Francia decididamente trabajadores socialistas– que en pie sobre ellas exigían no sólo pan y trabajo, sino también una nueva sociedad y un nuevo Estado” (1997b, 308). Sobre sus consecuencias Wallerstein plantea: “What the revolutions of 1848 did was to open up the possibility that these democrats/radicals, who now sometimes called themselves “socialists” but sometimes also “nationalist revolutionaries”, would be more than gadflies, that they would organize mass action separate and distinct from the liberal center [...] This was a terrifying prospect not merely to the conservatives but also to the liberal center” (2011, 160).

y durante un período de unos 10 a 15 años los movimientos de trabajadores fueron severamente reprimidos lo que, sumado a un período de gran crecimiento económico que se abre en esos años, generó la sensación de que el capitalismo estaba asegurado: “the permanence of industrial capitalism now seemed assured, and all except the most despairing of the outworkers were forced to adapt to this fact”,³⁵⁸ con lo que se abrió la “era de la burguesía triunfante” (Hobsbawm 2010, 15). Por otra parte, como se señaló, la Revolución Industrial implicó un retroceso en los salarios y condiciones de vida de los trabajadores fabriles durante las primeras décadas del siglo XIX, sin embargo, hacia la segunda mitad de este siglo comienzan a mejorarse las condiciones salariales, se comienzan a introducir leyes laborales, los estados buscan paliar el desempleo y comienzan a establecerse los primeros elementos de lo que luego se conocerá como el estado de bienestar.³⁵⁹

Tras este éxito del capitalismo hay un “estado liberal” (en el sentido de Wallerstein 2011) dispuesto a actuar, de manera “científica” sobre diferentes aspectos de la vida económica, social, cultural y política, es decir, como lo plantea Foucault, a usar el saber en el marco de las relaciones de poder. Es en este período donde las Ciencias Sociales se institucionalizan estableciéndose un estrecho vínculo entre ellas y la gestión estatal (Wallerstein 2011), lo que además le permitió al liberalismo presentarse como una doctrina “científica”,³⁶⁰ elementos que pasan a ser centrales en la geocultura del sistema-mundo y que inician las relaciones poder-saber fundamentadas en el control del discurso científico que se mantienen hasta hoy. Es también en este período en el que se comienzan a utilizar diferentes recursos ideológicos para que las clases populares, y particularmente los trabajadores mejor remunerados, se sintieran parte de una “sociedad” junto a las clases dominantes, creando una identidad colectiva fundamental para que las clases dominantes podían fraguar su hegemonía. Este

³⁵⁸ Jones, Gareth, 1983, *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge university Press, página 71; citado en Wallerstein 2011, 168.

³⁵⁹ Por ejemplo, en 1846 en el Reino Unido se aprueba la *Ten Hours Bill*, rechazada en 1833, que limitaba las horas de trabajo de las mujeres y niños a 10 horas, y Napoleón III en Francia a partir de 1848 comenzó a implementar programas de empleos públicos tanto en la industria como en la agricultura. Estas tendencias se consolidan y expanden a los demás estados europeos durante el resto del siglo XIX, un ejemplo destacado fueron las leyes sociales en el Imperio Alemán bajo Bismark y Guillermo I (véase Wallerstein 2011).

³⁶⁰ Hobsbawm señala: “...a efectos prácticos el liberalismo continuó en el poder, ya que representaba la única política económica considerada como apropiada para el desarrollo (los alemanes lo denominaron “manchesterismo”), y representaba también las fuerzas casi universalmente consideradas como representación de la ciencia, la razón, la historia y el progreso por aquellos que tenían alguna idea sobre estas cuestiones. En este sentido casi todos los estadistas y funcionarios civiles de las décadas de 1850 y 1860 eran liberales, al margen de su afiliación ideológica...” (Hobsbawm 2010, 115)

proceso de inclusión paulatino de las clases trabajadoras se basaba en la exclusión de algún “otro”, cómo los extranjeros³⁶¹ o las clases más pobres.³⁶² Con este fin también se utilizó la religión,³⁶³ el nacionalismo y el racismo. Particularmente el racismo, parte de la geocultura del sistema-mundo desde la conquista de América en el siglo XVI (Lander 2000), en el siglo XIX es llevado a un nuevo extremo a partir del estudio “científico” de las razas humanas, perspectiva que recibió impulso a partir de la publicación de *El Origen de las Especies* de Charles Darwin (publicado en 1859), por lo que fue usado para establecer y justificar las diferenciaciones internas entre las clases sociales,³⁶⁴ y particularmente para impulsar la diferenciación entre las naciones a través de diferentes teorías de jerarquización étnica, donde se entremezclaban los elementos de jerarquización biológica y sociocultural,³⁶⁵ lo que juega un rol central junto al proyecto imperialista que es relanzado de la mano de la idea de la necesidad de propagar la “civilización occidental” (véase Said 2008).³⁶⁶ El imperialismo

³⁶¹ Wallerstein (2011) muestra que en reiteradas ocasiones los trabajadores sindicalizados buscaban impedir la llegada de inmigrantes, ya sea extranjeros o de las zonas rurales, o demandaban la expulsión de parte de dichas poblaciones.

³⁶² En la sección 1.2.3. abordé el análisis de Foucault del cambio en el régimen penal-legal y el modo como las clases dominantes emplearon el sistema penal para introducir rupturas entre las clases populares, particularmente entre el proletariado y la “plebe no proletaria”, haciendo que los proletarios asumieran como propios ciertos elementos de la moral de las clases dominantes y utilizando a la plebe no proletaria como rompehuelgas, matones, etc. (Foucault 1992d).

³⁶³ Foucault (1992a) hace referencia a las campañas de cristianización y moralización de la clase obrera durante el siglo XIX para distanciarla de los comportamientos antisociales, por su parte Wallerstein (2011) señala la importancia de la evangelización para lograr reeducar a los trabajadores como paso previo para su admisión entre los “ciudadanos” que tenían derecho a la participación política.

³⁶⁴ Hobsbawm (1997b) señala que se realizaron estudios para demostrar como las diferentes clases provenían de distintos pueblos, de distintos “linajes raciales”, por ejemplo en Francia se postulaba que el pueblo provenía de los galos y la aristocracia de los teutones. A esto se sumó el estudio de la frenología (sociedades frenológicas se fundaron en 1823 en el Reino Unido y en 1832 en Francia), que buscaba determinar diferencias en el carácter a partir de cualidades físicas, buscando afirmar biológicamente las diferencias sociales. La reafirmación de un principio no igualitarista en un momento en el que el igualitarismo era fuertemente propugnado fue uno de los usos centrales del racismo, Hobsbawm señala: “El racismo invadió el pensamiento del período que estudiamos, hasta un límite difícil de apreciar hoy día, y no siempre fácil de comprender. (Por ejemplo, ¿por qué ese horror generalizado a la mezcla de razas, y cuál es el motivo de la casi universal creencia existente entre los blancos de que los “mestizos” heredan, precisamente, los peores caracteres de la raza de sus padres?) Aparte de su utilidad como legitimación del gobierno de los blancos sobre los individuos de color, y de los ricos sobre los pobres, quizá esto puede describirse mejor como un mecanismo mediante el cual una sociedad fundamentalmente no igualitaria, basada sobre una ideología fundamentalmente igualitaria, racionalizaba sus desigualdades e intentaba justificar y defender aquellos privilegios que la democracia implícita en sus instituciones debería cambiar inevitablemente. Ya que el liberalismo no podía defenderse de manera lógica contra la igualdad y la democracia, erigió la barrera ilógica de las razas: sería la propia ciencia, baza del liberalismo, la que probaría que los hombres no eran iguales” (2010, 276).

³⁶⁵ En Europa las teorías evolucionistas ya tenían fuerza desde el siglo XVII por los postulados iluministas, pero en el siglo XIX adquieren una nueva fuerza por su supuesto carácter científico, así, Hobsbawm (1997b) señala que se fundan sociedades etnológicas para el estudio de las diferencias entre las “razas humanas” (en 1839 en Francia y 1843 en el Reino Unido) y el racismo pasa a ser parte constitutiva de estas ciencias sociales, por ejemplo, en la *Anthropological Review* se señaló “Así como el tipo negroide es fetal, el mongoloide es infantil. Y en estricto acuerdo con ello encontramos que su gobierno, literatura y arte también son infantiles. Son pequeños imberbes cuya vida es una tarea y cuya principal virtud consiste en una obediencia ciega” (*Anthropological Review*, IV, 1866, página 120; citado en Hobsbawm 2010, 275).

³⁶⁶ En el siglo XIX el imperialismo agudiza su racismo, lo que se aprecia, por ejemplo, en la exclusión de “los nativos” de la administración imperial: “Between 1780 and 1820... ..Asians, Eurasians, Africans and even non-British and non-

además fue un elemento clave para infundir el “orgullo nacional” entre los trabajadores y las masas populares, e incluso para canalizar parte de la población a las colonias, en una época de gran crecimiento demográfico,³⁶⁷ por lo que Wallerstein (2011) en ocasiones denomina al estado liberal como “estado liberal-imperial”. Todos estos elementos conjugados comenzaron a conformar, en los países donde se produjeron, es decir, en los céntricos, una nueva forma de dominación, ya no fundamentada sólo en el uso de la violencia, sino que también en la producción de consentimiento sobre el orden social y sobre el liderazgo político de las clases dominantes; el estado liberal producía hegemonía. Sin embargo, la represión evidentemente mantendrá una posición preeminente en las relaciones de poder, pero, como lo muestra Foucault (1996), también fue reformada bajo criterios científicos, ya que la tradicional forma de reprimir, a través de la violencia directa, de los castigos extremos y los tormentos y ejecuciones públicas, se mostró insuficiente, por lo que se introdujeron cambios significativos en las técnicas de la represión, implementándose la vigilancia continua de todo el territorio y una nueva capacidad estatal para ejercer castigos a todos los ilegalismos que afectaban la propiedad, por pequeños que fueran, lo que implicó una expansión sin precedentes del sistema penitenciario.³⁶⁸

En base a estas estrategias, que conjugaban la tradicional represión con concesiones económicas y la producción de hegemonía, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pero particularmente de la década de 1890 las clases dominantes lograron que parte importante

Protestant Europeans were widely excluded from positions of authority in government [in the colonies], while steps were taken to decontaminate the springs of British executive power from the influence of native corruption” (Bayly, C.A., 1989, *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres, Longman, página 7; citado en Wallerstein 2011, 27).

³⁶⁷ Wallerstein señala: “The “floating” population of Paris, the potential revolutionaries, were being encouraged to settle in Algeria. Indeed, in 1838 Léon Blondel, a high civil servant in Algeria, could say with some confidence: “Africa is an element of order in France”” (2011, 86; citando a Tudesq, André-Jean, 1964, *Les Grandes Notables en France (1840-1849): Etude Historique d’une Psychologie Sociale*, vol. 2, Paris, Université de France Presses, página 815).

³⁶⁸ Este proyecto Foucault lo resume de la siguiente manera: “En el punto de partida se puede colocar, por lo tanto, el proyecto político de la exacta división en zonas y rastrillado de los ilegalismos, el de generalizar la función punitiva y el de delimitar, para controlarlo, el poder de castigar” (1996, 106). Así, mientras se dejaban los tormentos públicos, un sistema penitenciario de dimensiones sin precedentes –cárceles, hospicios, orfanatos, colonias de destierro, etc.– se levantó como consecuencia de esta nueva profusión de castigos, y a este sistema se la asocian una serie de nuevas técnicas, progresivamente sofisticadas y “científicas”, para reformar y disciplinar a los internos. Por ejemplo, Hobsbawm y Rudé (1978, 287) hacen un recuento de las penas que se le impusieron a las 1976 personas juzgadas por las revueltas agrarias de 1830 en Inglaterra. De ellos sólo 1 recibió un castigo “tradicional” y fue azotado, 19 fueron ejecutados, 505 fueron condenados a deportación (se embarcaron 481, prácticamente todos a Australia), 644 encarcelados y 7 multados; el resto fue absuelto o puesto en libertad bajo palabra. Siendo estos condenados sólo una fracción de las condenas de aquel año, es clara la extensión que adquirió el sistema penitenciario y el abandono de los escarnios públicos.

del campo “radical” se desradicalizara y se comenzara a integrar al estado liberal como su insipiente ala izquierda (Wallerstein 2011). La confianza de las clases dominantes en la que la clase trabajadora dejaba de ser peligrosa se reflejó en la extensión de la ciudadanía efectiva a porcentajes cada vez mayores de la población. Además, el ejemplo de Francia, donde se implementó el sufragio universal masculino luego de la revolución de 1848 sin consecuencias peligrosas para el orden social, ya que fue elegido Napoleón III, hizo que otros países fueran aceptando el sufragio universal masculino, como Alemania y el Reino Unido durante la década de 1860. Finalmente, en la década de 1890, la mayor parte de los movimientos sindicales y políticos de los trabajadores del centro dejan de constituir una amenaza directa al orden capitalista, particularmente con la incorporación de los partidos socialdemócratas a la política parlamentaria y su aceptación del parlamentarismo como vía al socialismo,³⁶⁹ por lo que pese a su retórica radical, marxista, aceptaban el marco que les entregaba el estado liberal.³⁷⁰ Así, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y hasta 1917 los trabajadores del centro habían dejado de ser “clases peligrosas”, pasando a ser ciudadanos de sus respectivos países que aceptaban las reglas del juego de la democracia parlamentaria y la hegemonía de las clases dominantes. Esto quedó demostrado cuando en julio y agosto de 1914 estalla la Primera Guerra Mundial, y la guerra es recibida en casi todos los países con euforia popular y los partidos socialdemócratas respaldan a sus respectivos gobiernos en la movilización para la guerra.

Sin embargo, la situación de las luchas de clases ya se había modificado completamente con respecto a la situación anterior a la Revolución Francesa. Las clases populares, y en especial los trabajadores industriales que participaban masivamente en sindicatos, ya eran actores políticos centrales, imposibles de obviar por los capitalistas y estados. Por otra parte, los capitalistas y estados estaban obligados a realizar concesiones económicas a los trabajadores

³⁶⁹ En el congreso de la Segunda Internacional de 1896, el representante del Partido Socialdemócrata Alemán, el partido más grande e influyente de la organización, logró establecer la especificación de que “Member organizations had to recognize “legislative and parliamentary action as a necessary means to arrive at [socialism]”” (Wallerstein 2011, 177, nota al pie; la cita es de Longuet, Jean, 1913, *Le Mouvement Socialiste International*, París, Quillet, página 35).

³⁷⁰ Wallerstein (2011) plantea que la adopción del marxismo como la doctrina oficial de los partidos socialdemócratas a finales del siglo XIX (el Partido Socialdemócrata Alemán lo hace en 1891) revertía de retórica radical una práctica moderada, parlamentarista, lo que se entiende porque el marxismo que se adopta es una versión determinista que consideraba que el socialismo arribaría de forma gradual a partir del propio desarrollo de la sociedad burguesa y del crecimiento del proletariado.

y clases populares, a incrementar los salarios, a mejorar las condiciones de trabajo y de vida (salubridad, urbanización, etc.), lo cual limitaba la profundización del capitalismo en el centro, aunque aún podía redoblarse la explotación de las periferias y semiperiferias, aunque esto incrementaba la competencia geopolítica y las tensiones entre las potencias céntricas. Además, la amenaza de la revolución no estaba completamente extirpada del sistema-mundo, la idea revolucionaria la mantenían partidos y organizaciones que estaban esperando una nueva coyuntura favorable (los terroristas además perseguían a los gobernantes y capitalistas), y había sido difundida a sus semiperiferias y periferias, como lo demostró la Revolución Rusa de 1905 y las revoluciones en México y China en la década de 1910, donde los estados no tenían las capacidades de los estados céntricos para realizar concesiones económicas e implementar una dominación hegemónica.

Tercera Parte: La estructura de dominación hegemónica.

En esta tercera parte buscaré caracterizar la actual estructura de dominación del sistema-mundo capitalista, que sostendré se caracteriza por la lógica hegemónica que le da a las relaciones de poder. Así, en esta parte argumentaré que en la época contemporánea el capitalismo continúa siendo una estructura de dominación, pero que esta estructura de dominación, luego de entrar en crisis durante el período 1914/1917-1945, pierde el carácter imperialista que había mantenido desde el origen del sistema-mundo, y adquiere un carácter hegemónico. Para caracterizar la estructura de dominación hegemónica buscaré sostener tres tesis sobre transformaciones que la afectaron, y que marcan un contraste con las características de la estructura de dominación imperialista que operó, exitosamente, hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Primero, en el centro se conforma una clase capitalista transnacional que, en tanto base económica, se compone por los mismos capitalistas transnacionales que estructuraban la economía-mundo y la división internacional del trabajo hasta antes de 1914/1917, pero que se reorientan políticamente pasando a constituir una clase transnacional. Segundo, Los estados céntricos fraguan una alianza que establece relaciones de colaboración inéditas entre ellos en la historia del sistema-mundo. Impulsada por esta alianza se crea una institucionalidad política, una “forma de estado” que opera a escala global, compuesta por numerosos organismos internacionales –Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el G7, G20, la OCDE, etcétera– que, con el continuo apoyo de la coalición de países céntricos, difunde todo tipo de políticas a escala mundial, particularmente entre los países periféricos. Esta institucionalidad opera entrelazada a una gran cantidad de instituciones transnacionales, usando una expresión gramsciana, “pretendidamente privadas”, en la que converge la clase capitalista transnacional –como el Foro Económico Mundial, la Comisión Trilateral, entre otras–, y donde esta clase se vincula con los altos funcionarios de los organismos internacionales y de los diferentes estados, con intelectuales, “líderes de opinión”, etcétera, por lo que la “forma de estado” global opera entrelazada a una “sociedad civil” global en una estrecha “alianza público-privada” transnacional. Esta institucionalidad es inédita en la historia del sistema-mundo. Tercero, esta forma de estado global tiene capacidad para diseñar lineamientos generales de

políticas e intervenciones políticas concretas, las cuales se sustentan en una hegemonía global, lo que también representa una situación inédita en la historia del sistema-mundo. Tanto en situaciones de crisis económicas y políticas como en los períodos de estabilidad, los lineamientos de políticas diseñados por este conjunto de organismos son difundidos y aplicados generalizadamente en las periferias del sistema-mundo, en ocasiones con la colaboración entusiasta de sus gobiernos y en otras con su protesta y resignación, pero, finalmente, logrando la aplicación de las políticas diseñadas en el marco de dicha institucionalidad transnacional. Esta producción de políticas a escala global se sostiene en la producción y difusión de una geocultura que contiene visiones generales sobre el orden económico, político y social del sistema-mundo, de las sociedades estatales y de una amplia gama de ámbitos sociales, así como en la producción de un consenso general sobre la dirección del desarrollo histórico del sistema y sobre el liderazgo que en él ejercen las clases y grupos dominantes, es decir, hay una activa producción geocultural de hegemonía que es central para fundamentar el orden del sistema-mundo y de sus diferentes ámbitos globales, nacionales y locales, y para sustentar las intervenciones políticas que se realizan sobre ellos. Esta hegemonía es producida y difundida por un amplio conjunto de instituciones transnacionales y nacionales, en lo que tienen un rol central el conjunto de instituciones que conforman la forma de estado global y la sociedad civil transnacional mencionadas arriba, por lo que conforman una forma, en el sentido gramsciano, de “estado ético” transnacional. En esta hegemonía es central el uso del saber “científico” que fundamenta discursivamente la aplicación de políticas, por lo que las relaciones de poder-saber adquieren un alcance global que tiene un directo impacto en la producción de subjetividades y el gobierno de las diversas poblaciones del sistema-mundo. De esta manera, si bien se mantiene la aplicación de la violencia a nivel geopolítico y a nivel de las sociedades estatales, son mucho más relevantes, usando una expresión foucoltiana, las relaciones de poder “positivas” para el mantenimiento de la dominación, bajo la forma de una continua producción de consenso sobre un orden social que trasciende las sociedades nacionales, y el uso de las relaciones de poder-saber que buscan inducir, producir, comportamientos y subjetividades a lo largo de todo el sistema-mundo.

La formación de una clase capitalista transnacional, una forma de estado global y una dominación hegemónica es un proceso entrelazado, ya que se requieren mutuamente, es decir, difícilmente se podría dar uno de los aspectos en ausencia de alguno de los otros. Este proceso en términos generales considero que se puede dividir en dos etapas. Una primera etapa que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el final de la década de 1960 o mediados de la década de 1970, y una segunda etapa que va desde la década de 1980 y se consolida en la década de 1990 hasta hoy (las décadas de 1970 y 1980 podrían considerarse de transición). Como lo analizaré más adelante, en la primera etapa la clase capitalista está conformándose y consolidándose, aumentando sus vínculos e institucionalizando sus espacios de interacción. La alianza entre los estados céntricos y la conformación de los organismos de gobierno internacionales es un proceso rápido, pero los segundos tienen un moderado poder ya que en una primera etapa en los organismos internacionales también operan fuerzas contrahegemónicas, y en la estrategia de dominación sobre las periferias mantienen una importancia central las formas negativas, coercitivas de poder que aplican los estados céntricos. A nivel geocultural la hegemonía aún no se consolida ya que hay importantes desafíos contra hegemónicos, por ello las propuestas de políticas que se realizan desde la forma de estado global matizan las prioridades de la expansión capitalista con políticas destinadas a contener a las fuerzas contra hegemónicas y a mejorar las condiciones de vida de la población. En la segunda etapa, la clase capitalista transnacional ya se encuentra conformada, ya se han institucionalizado estrechos vínculos económicos y, lo más importante, se han consolidado los vínculos políticos, ya que existe una multiplicidad de foros e instancias de encuentro donde rutinariamente los capitalistas transnacionales, los intelectuales orgánicos y los principales líderes políticos se encuentran, debaten y delinear sus visiones políticas. En esta segunda etapa las instancias gubernamentales globales ya operan con una independencia relativa significativa de la alianza de países céntricos que se mantiene consolidada y que, en última instancia, le da sustento a esta forma de estado global. Estas instituciones producen una hegemonía global general vinculada a las prioridades de la acumulación capitalista, y establecen lineamientos políticos para una amplia diversidad de temas, ejerciendo una significativa presión sobre los estados, incluso los céntricos, que se alejan de sus recomendaciones. La hegemonía está consolidada y difundida a prácticamente

todo el mundo, con la salvedad de algunos “estados paria”, sin tener contrapesos contra hegemónicos significativos, lo que permite una amplia difusión de políticas a nivel mundial que, ya sin mayores matices, buscan facilitar el proceso de acumulación capitalista y adaptar a las diferentes poblaciones, espacios geográficos y ordenes institucionales a esta prioridad. De esta manera, en términos generales, se podría plantear que la primera etapa muestra una “estrategia defensiva” de las clases y grupos dominantes en el marco de los múltiples desafíos que enfrentaban en esas décadas, por lo que estuvieron dispuestas a hacer concesiones a las clases subordinadas, particularmente de los estados céntricos, y a los estados periféricos y semiperiféricos. En la segunda etapa las clases y grupos dominantes retoman su ofensiva secular por ampliar y profundizar el proceso de acumulación de capital, ya sin mayores amenazas y, por tanto, sin necesidad de hacer mayores concesiones. Así, el período 1945-1975 (aproximadamente) sería un período excepcional en la historia del sistema-mundo, los “treinta gloriosos años”, donde a nivel sistémico la prioridad de la acumulación de capital fue significativamente matizada, y el período siguiente retoma el proceso “normal” de expansión y profundización capitalista.

Para sostener estas tesis organizaré esta parte en cinco capítulos. En el primero, a partir de la problemática que se plantea este trabajo, buscaré mostrar que pueden ser complementados los planteamientos de Braudel, Wallerstein, Foucault y Gramsci que revisé en la primera parte. Este será un capítulo teórico, en el que buscaré sostener que es posible compatibilizar los planteamientos de estos autores, situando en el marco del sistema-mundo los planteamientos de Foucault y Gramsci. Sin embargo, sólo se mostrará la posibilidad de este uso conjunto en relación a la problemática de estudio, ya que el uso de las herramientas conceptuales gramscianas y foucoltianas en el marco de las relaciones de dominación del sistema-mundo se realizará en los tres capítulos finales. En el segundo capítulo realizaré una breve revisión de algunos acontecimientos históricos centrales de este período, y también del precedente período de crisis de la estructura de dominación imperialista que se produjo entre 1914/1917 y 1945. El análisis de estas relaciones de poder se realizará para contextualizar el cambio estructural en las lógicas de dominación ocurrido luego de 1945, mostrando la crisis que enfrentaron las relaciones de poder imperialistas que mantenían las clases y grupos dominantes entre sí y con las clases subordinadas, luego los desafíos que enfrentaban al

finalizar la Segunda Guerra Mundial, ante la devastación de Europa, el peligro de expansión de la URSS y del comunismo, el proceso de descolonización de África y Asia, entre otros, y finalmente la superación de estos riesgos en las décadas siguientes. En los siguientes tres capítulos voy a centrarme en cada una de las tres tesis anteriormente descritas, respectivamente: la conformación de la clase capitalista transnacional, la creación de la forma de estado global y el establecimiento de una lógica de dominación hegemónica. En estos capítulos buscaré realizar un análisis del desenvolvimiento histórico de cada uno de estos elementos, entendiendo que son aspectos de un mismo proceso de transformación de la estructura de dominación y de las relaciones de poder, procesos que además no se deben entender como “acabados” ni que siguen una lógica progresiva, sino que se van conformando dependiendo de las fuerzas que se enfrentan en las relaciones de poder, de los resultados de estas relaciones de poder y, particularmente, de las estrategias de dominación que despliegan las clases y grupos dominantes, por lo que es un proceso cuya tendencia ha tenido, y puede tener, cambios relevantes.

3.1. Problematizando la producción de hegemonía a escala del sistema-mundo capitalista.

Althusser señala que lo primero que establece una perspectiva teórica es una problemática, es decir, una problemática de estudio no surge de una observación “espontanea” sino que es el primer y central producto de una conceptualización teórica: “Cambiar de base teórica es, por lo tanto, *cambiar de problemática* teórica... Toda teoría es, por lo tanto, en su esencia, una problemática, es decir, una matriz teórico-sistemática del planteamiento de todo problema que concierne al objeto de la teoría” (1972, 168, énfasis del autor). Así, problemática y perspectiva teórica son dos piezas que se producen simultáneamente, es en torno a la problemática que convergen los conceptos de la perspectiva teórica, y es a partir de la problemática que los conceptos “organizan” el mundo empírico que analizarán. Los planteamientos conceptuales que revisé en la primera parte ahora los voy a conjugar con el objetivo específico de problematizar la estructura de dominación del sistema-mundo del período posterior a 1945 como una forma de dominación hegemónica, y así tener una base para su análisis, el cual realizaré en los siguientes capítulos. En términos simples lo que haré será mostrar la posibilidad de llevar al espacio del sistema-mundo capitalista algunos planteamientos de Foucault y Gramsci que fueron pensados para ámbitos nacionales o locales, que tienen características estructurales diferentes a las del sistema-mundo. Como en este capítulo recapitularé los planteamientos de Gramsci, Foucault, Wallerstein y Braudel que fueron tratados en la primera parte de este trabajo, no voy a hacer referencias ni citas a sus obras ya que dichas referencias pueden encontrarse en los respectivos capítulos donde analicé sus perspectivas.

3.1.1. El uso conjunto de Foucault y Gramsci

Son escasos los intentos por complementar los planteamientos de Gramsci y Foucault. Kreps señala que son pocos los libros o artículos que consideran a ambos pensadores en conjunto, y que su combinación no se ha realizado al considerar sus “disonancias fundamentales”: “Marxist and Foucauldian approaches imply different models of the nature of explanatory concepts; different models of causality and determination; different models of social relations

and agency; and different normative understandings of political power”.³⁷¹ Por este motivo ambos autores prácticamente se han mantenido en “mundos separados”, en campos paralelos, en paradigmas en conflicto.³⁷² En este contexto, Kreps (2015) plantea que generalmente cuando se analiza a ambos pensadores, los autores parten desde perspectivas marxistas o postestructuralistas que denuncian las falencias fundamentales de, respectivamente, Foucault o Gramsci, o parten desde perspectivas que plantean adaptaciones de uno de ellos a la perspectiva del otro (proponiendo un “foucaultianismo gramsciano” o un “gramscianismo foucaultiano”).³⁷³

Sin embargo, Kreps (2015) también da cuenta de diferentes autores que han destacado ciertos puntos de contacto en conceptos que emplean ambos autores, y plantea que tomados en conjunto pueden entregar ideas más sugerentes que por separado, en particular, si se busca complementar la atención de Foucault por el nivel micro de las relaciones de poder sobre los individuos con el énfasis de Gramsci por el nivel macro de las instituciones, las clases y la sociedad. También Kreps indica que una serie, no muy amplia, de autores han utilizado a Gramsci y Foucault para abordar diferentes temas, particularmente en los campos de la filosofía feminista, la geografía humana y la teoría política radical. Esta última línea es la que busco seguir. No es de mi interés discutir si determinados conceptos de Gramsci y Foucault pueden trazar puentes sobre sus diferencias teóricas y epistemológicas básicas. Tampoco, quiero seguir la vía de intentar considerar que puede complementarse la aproximación “macro” de Gramsci con la “micro” de Foucault (además, cómo lo planteé en la sección 1.2.3., me parece discutible que Foucault deba ser reducido a un pensador sobre “temas micro”, por estudios como el que realiza en *Vigilar y Castigar*). Lo que me interesa es utilizar

³⁷¹ Barnett, Clive, 2005, “The consolidations of ‘neoliberalism’”. En *Geoforum*, Vol 36 N°1, enero, 7-12, página 8; citado en Kreps 2015, 2.

³⁷² Kreps plantea: “It seems, then, from the literature, that there are fundamental differences between the two thinkers that have prevented, beyond the few papers cited above, much discussion between them: they exist in separate worlds... ..and many scholars seem either to belong to one or the other [...] The consequence has been a form of parallel and exclusive paradigm conflict between divergent camps within radical thought that has undoubtedly been detrimental to the broader aims of both sides of the divide: social change” (2015, 4-5).

³⁷³ Al respecto Kreps señala: “From this review of the literature that considers Foucault and Gramsci together, then, three camps emerge: (i) the Marxists for whom Foucault’s conception of power ignores historical realities –such as ‘the fundamental classes’; (ii) the poststructuralists for whom Foucault’s nominalism... ..precludes any totalizing theoretic such as Gramsci’s –and for whom the ‘fundamental classes’ do not exist; and (iii) those for whom these differences constitute the site of complementarity between the two writers. In this third camp, there seems little evidence of any genuine attempt to combine the theories of the two, without in some shape or form granting one or the other the upper hand –Radhakrishnan to Gramsci; Laclau, Mouffe and Torfing to Foucault– in some fundamental respect” (2015, 4).

algunas herramientas conceptuales de ambos autores en función de la problemática que intento moldear.

Esta aproximación toma como ejemplo el uso que Said hace de Gramsci y Foucault en *Orientalismo* (libro que no es referido por Kreps 2015), donde, sin detenerse en mayores esfuerzos por compatibilizar teórica y epistemológicamente a ambos autores, utiliza elementos de los enfoques de Foucault y Gramsci como piezas centrales para elaborar su perspectiva analítica. Así, Said señala: “Para definir el orientalismo me parece útil emplear la noción de discurso que Michel Foucault describe en *L'Archéologie du savoir* y en *Surveiller et punir*. Creo que si no se examina el orientalismo como un discurso, posiblemente no se comprenda esta disciplina tan sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular e incluso dirigir Oriente desde un punto de vista político, sociológico, militar, ideológico, científico e imaginario a partir del periodo posterior a la Ilustración” (2008, 21-22, cursivas del autor), y más adelante indica: “La cultura, por supuesto, funciona... ..no a través de la dominación, sino a través de lo que Gramsci llama consenso. Así, en cualquier sociedad no totalitaria ciertas formas culturales predominan sobre otras y determinadas ideas son más influyentes que otras; la forma que adopta esta supremacía cultural es lo que Gramsci llama “hegemonía”, un concepto indispensable para comprender, de un modo u otro, la vida cultural en el Occidente industrial. Es la hegemonía –o, mejor, los efectos de la hegemonía cultural– lo que da al orientalismo la durabilidad y la fuerza de la que he estado hablando hasta ahora” (2008, 26-27). De esta manera, Said emplea el concepto foucaultiano de discurso junto al concepto gramsciano de hegemonía como herramientas conceptuales para conformar y analizar su objeto de estudio. Este tipo de uso de conceptos gramscianos y foucaultianos es el que pretendo realizar.

Particularmente me interesa incluir en el contexto de la producción de hegemonía conceptualizado por Gramsci las relaciones de poder-saber que desarrolla Foucault. Me interesa situar en el marco de la producción de hegemonía, que se realiza desde una amplia gama de instituciones estatales y de la sociedad civil, a las relaciones de poder que están directamente vinculadas con el uso y producción de saberes, ya que considero que el uso de la ciencia, o más específicamente, del discurso de verdad, en el marco de relaciones de dominación es fundamental para comprender los procesos políticos a través de los cuales se

logra la producción de hegemonía en el sistema-mundo contemporáneo. De esta manera, como lo plantea Sum: “Foucault... ..enable us to open the black box of hegemony” (2015, 41), es decir, la analítica de Foucault y los conceptos que la orientan nos puede permitir abordar los procesos a partir de los cuales se produce la hegemonía desde múltiples contextos estatales y de la sociedad civil. Pero también, la conceptualización de una dominación hegemónica permite visualizar, del conjunto casi infinito de relaciones de poder, la pluralidad de relaciones de poder que tienen el referente común de la dominación capitalista, produciéndola, ampliándola, resistiéndola, produciendo contrahegemonía, así, la referencia a una estructura de dominación hegemónica permite organizar la analítica de las relaciones de poder en referencia al capitalismo.

Antes de detenerme en el uso de los planteamientos de Foucault en el marco de la dominación hegemónica concebida por Gramsci, haré referencia a cuatro convergencias entre los planteamientos de Gramsci y Foucault que permiten situar en un terreno común el uso de la analítica del poder-saber en el contexto de una dominación hegemónica. A estas convergencias ambos pensadores pueden llegar desde diferentes problemáticas y perspectivas teóricas, pero considero que, en su conjunto, facilitan el engranaje de las herramientas conceptuales que busco plantear. Primero, ambos pensadores plantean que la represión y la violencia tienen una importancia secundaria en las relaciones de poder y dominación, y buscan centrarse en los mecanismos que logran la dominación mediante la conducción/producción de la subjetividad de los dominados. Gramsci plantea que en una dominación hegemónica el ejercicio de la represión y la violencia sobre las clases subordinadas tiene una importancia menor, prima la producción de un consenso sobre el orden social y el consentimiento en la conducción política de las clases dominantes. Por su parte, Foucault destaca que la represión es un mecanismo que tiene una importancia secundaria en las relaciones de poder, lo central es la conformación de las subjetividades y gobernar a los sujetos a través de la conducción de sus comportamientos. El segundo punto se desprende del anterior, es el énfasis en la relevancia política de lo cultural. Gramsci directamente enfatiza la importancia de los ámbitos culturales, de la producción ideológica, en función de lograr establecer el consenso hegemónico, lo que resalta con el concepto de “estado ético” como conjunto de instituciones políticas que buscan crear una unidad social y

darle a la población el nivel cultural necesario para que opere la estructura productiva. Foucault enfatiza la relevancia de los mecanismos discursivos a través de los cuales se producen las subjetividades, las formas de pensar, de ser y de actuar, y sus vínculos con la producción y difusión de lo verdadero. Tercero, ambos autores rechazan la posibilidad de circunscribir las relaciones de poder/dominación a un ámbito social –un (sub)sistema social–, o a un conjunto de ámbitos específicos, por el contrario, enfatizan la enorme multiplicidad de contextos donde se produce la hegemonía/tienen lugar las relaciones de poder. Así, Gramsci tiene la necesidad de difuminar las delimitaciones convencionales (liberales) entre estado y sociedad civil, ya que es desde los aparatos estatales y desde múltiples instituciones de la sociedad civil que la clase capitalista produce su hegemonía, en tanto Foucault enfatiza la universalidad de las relaciones de poder en los diversos ámbitos sociales, tanto en su constitución histórica como en las relaciones sociales que albergan. Cuarto, ambos enfatizan el carácter estratégico de las relaciones de poder/dominación y su focalización en el gobierno de las clases y grupos subordinados, lo que se opone a miradas estructuralistas, economicistas, funcionalistas, de los diversos ámbitos del mundo social. En su mirada los actores que participan en las relaciones de poder/en las luchas de clases hacen un uso estratégico de diversos mecanismos para imponerse en ellas, en particular las clases y grupos dominantes buscan utilizar diversos recursos institucionales para dirigir a las clases y grupos subordinados, por lo que diferentes ámbitos sociales son estratégicamente utilizados para producir efectos sobre las poblaciones, con lo que se busca dirigirlas y gobernarlas.

Estas convergencias evidentemente no implican una proximidad teórica entre ambos autores –ya se destacó que tienen importantes diferencias teóricas, epistemológicas y políticas que, en general, han impedido su uso conjunto (Kreps 2015)–, sin embargo, permiten situar un terreno común para aproximarse a las relaciones de poder y dominación. A continuación estableceré la convergencia entre estos autores siguiendo un orden inverso al seguido en el capítulo 1.2., iniciaré recapitulando los principales planteamientos de Gramsci que interesa usar, luego volveré sobre el problema de la conceptualización de una dominación compleja y multijerárquica para poder situar las relaciones de poder en una estructura de dominación de un modo no determinista ni funcionalista, como advertía Foucault, y finalmente

recapitularé los planteamientos conceptuales de Foucault que busco situar en el marco de la producción de hegemonía.

Como ya lo revisé en la sección sobre Gramsci (1.2.4.), en situaciones donde la coerción ya no puede operar eficientemente como la herramienta central en las relaciones de dominación entre las clases, la labor política más relevante de las clases y grupos dominantes es conformar una unidad “ética”, moral, a nivel social, un consenso general sobre el orden social y sobre el liderazgo que ejercen las clases y grupos dominantes en su “dirección del desarrollo histórico”. Parte central de este consenso es el reconocimiento de la posición de dominio y el control sobre la estructura productiva de las clases y grupos dominantes por parte de las demás clases y grupos sociales, es decir, aunque la clase capitalista realiza concesiones económicas y políticas, en ocasiones muy importantes, estas no cuestionan su dominación y control de la estructura económica, por el contrario, las consolidan, ya que con la conformidad de las clases y grupos subalternos pueden orientar a los diversos ámbitos sociales en función del proceso de acumulación que llevan a cabo. Logrando la consolidación de su posición, las clases dominantes establecen su hegemonía, su dominio en base a su capacidad para conformar este consenso general, aunque también se mantiene el uso o la amenaza de uso de la violencia. El proceso de producción de hegemonía es un proceso ideológico que se desarrolla en el terreno cultural, “ético”, es decir, es un proceso relacionado con la conformación de ideas, ya sean ideas “científicas”, “artísticas”, del “sentido común” o de cualquier tipo (por ejemplo, Gramsci dio particular importancia tanto a los intelectuales como al folklore). El “estado ético”, o el aspecto ético del estado, sería el conjunto de aparatos y actividades destinadas a conformar la dominación hegemónica (mientras el “estado jurídico” se enfocaría en la represión). En este marco, Gramsci enfatiza que la producción de hegemonía es un proceso continuo en el tiempo y que requiere un amplio esfuerzo político, las clases y grupos dominantes deben contar con una amplia organización política y con los recursos necesarios para articular una diversidad de institucionales, estatales y “pretendidamente privadas”, que en conjunto conforman lo que Gramsci conceptualiza como estado ético, y que se enfocan, directa o indirectamente, en la producción cultural, ideológica, del consenso y de su liderazgo. Cabe enfatizar que en Gramsci la hegemonía no sólo asegura la dominación general de las clases y grupos dominantes, también se relaciona directamente

con la gestión económica y la estructuración de los diferentes aspectos sociales necesarios para su funcionamiento, así, recalca especialmente las tareas educativas del estado ético vinculadas con “elevar” a la población a un nivel educativo, cultural, acorde a las necesidades de la producción capitalista.

Es en el contexto de esta continua y amplia empresa política de producción de hegemonía que considero relevante introducir algunas herramientas conceptuales elaboradas por Foucault, para buscar utilizar su analítica del poder en el marco del proceso de producción de hegemonía. Cabe primero reiterar, como lo planteé en la sección 1.2.3., que considero que se pueden salvar las advertencias que realizó Foucault contra el riesgo del determinismo que se puede producir al analizar las relaciones de poder, y sus resultados, como expresiones de una estructura de dominación, al considerar que la estructura de dominación es un fenómeno complejo, en el cual se entrelazan, siguiendo los planteamientos de Braudel, múltiples jerarquías. Braudel plantea que el capitalismo es una jerarquía entre múltiples jerarquías – estatales (que a su vez comprende jerarquías muy relevantes como la militar, policial, judicial, etcétera), políticas, científicas, religiosas, artísticas, etcétera–, por lo que la clase capitalista se mantiene en una continua relación de poder, en general de colaboración, con otras jerarquías, además de las relaciones de poder con clases y grupos subordinados o antagónicos. Por esto, la composición de la estructura de dominación es multijerárquica, múltiples jerarquías conforman una estructura de dominación compleja, donde la clase capitalista –que además no es un conjunto homogéneo– establece una dominación que se entrecruza con las dominaciones de otras jerarquías. Considerando esto, la configuración histórica de cualquier ámbito social surge de las relaciones de poder, con mayor o menor grado de colaboración o conflicto, entre las diferentes jerarquías involucradas en dicho ámbito y entre ellas y las clases y grupos dominados. El orden de cualquier ámbito social, sus características, la orientación de su funcionamiento, será el resultado de una genealogía de relaciones de fuerzas, y probablemente casi nunca estará completamente ajustado a los intereses y visiones normativas de una específica clase o grupo, por lo que la eventual capacidad de los capitalistas por transformarse en una “determinación en última instancia” no proviene de un determinismo estructuralista del capitalismo, sino de los enormes recursos, de la inmensa fuerza de la que dispone la clase capitalista para imponerse en las relaciones

de poder que tienen por fin estructurar los ámbitos que son de su interés, como aquellos relacionados con el control de la economía y con la dominación. Además, múltiples ámbitos sociales no son de un interés directo ni central del capitalismo, por lo que su estructuración dependerá de relaciones de poder en las cuales otras jerarquías tendrán más relevancia.³⁷⁴ Así, la estructura de dominación capitalista es compleja, y los capitalistas se apoyan en otras jerarquías para afincar su dominación y estructurar los diversos ámbitos económicos y sociales en función de su proceso de acumulación. Como se vio en los planteamientos conceptuales y en el análisis histórico de Wallerstein, en el sistema-mundo los estados son un elemento central y los capitalistas han tenido la capacidad para vincularse a la jerarquía estatal para que los estados los apoyaran en su monopolización de las economías de mercado, en su operación como capitalistas transnacionales en otras jurisdicciones estatales y para estructurar a las economías locales en función de los procesos de acumulación a escala mundial. Esta vinculación con el estado es en sí misma una relación de poder en la cual los capitalistas tienen una ventaja estructural, ya que una economía-mundo es un sistema social pluriestatal y los capitalistas pueden moverse en el ámbito internacional, sin embargo, como lo destaca Braudel y Wallerstein, para los capitalistas es central la colaboración de su (o sus) estado(s). Así, la jerarquía estatal es un grupo social central en la historia del sistema-mundo, pero también otras jerarquías pueden ser muy relevantes, particularmente en el proceso de conformación de una dominación hegemónica, que implica el despliegue estratégico de recursos políticos enfocados en la configuración de numerosos ámbitos sociales y en particular los vinculados a la producción cultural. Así, en el marco de la producción de hegemonía las ciencias, la educación, la entretención, la religión, etcétera, son ámbitos que adquieren relevancia para la dominación capitalista, y la clase capitalista deberá vincularse a las jerarquías que operan en ellos.

Por su parte, como se vio en la sección 1.2.2., Foucault considera que el mundo social es producto de relaciones de poder y que está atravesado por múltiples relaciones de poder. Sin desconocer la importancia de las formas “negativas”, represivas, del poder, considera que las

³⁷⁴ Ya me detuve, siguiendo a Foucault (2001), en el ejemplo de la sexualidad. Las restricciones a la sexualidad difícilmente podrían desprenderse de una necesidad funcional del capitalismo, pero sí de los intereses y visiones normativas de otros grupos dominantes, como los ligados a las jerarquías religiosas. Así, como lo señala Foucault (2001), eventualmente el estímulo de la sexualidad podría desprenderse de la dominación capitalista, pero no de la dominación cristiana.

más importantes son las “positivas”, es decir, aquellas que se dirigen a producir las subjetividades y comportamientos de los individuos, aquellas a través de las cuales las clases y grupos dominantes buscan producir las condiciones en las que se desenvuelven los sujetos así como las formas de mirar, pensar, ser y actuar de las clases y grupos subordinados, logrando con ello configurar las relaciones sociales y el mundo social. El poder se ejerce limitando, conduciendo, las posibilidades de acción de los sujetos, su “libertad”, con represión pero fundamentalmente induciendo subjetividades y maneras de actuar, de manera tal que los comportamientos de los sujetos sean acordes con los intereses de las clases y grupos dominantes, así, buscan conducir comportamientos y moldear subjetividades de manera de gobernar a los sujetos. En este marco es central el vínculo poder-saber. Foucault plantea que el poder produce saber y el saber tiene efectos de poder, engranaje que se dirige directamente a la constitución de las subjetividades y al gobierno de los sujetos. Los “discursos de verdad” producen definiciones de lo verdadero y falso que, sin importar el status epistemológico de la verdad, producen efectos de poder, ya que el régimen de verdad de un sistema social le permite a determinadas clases y grupos ejercer un control sobre la producción de la verdad, sobre el modo como se difunde, se hace circular y como se le da uso en el contexto de las relaciones de poder. Así, los discursos que adquieren el status de verdad se producen en el contexto de relaciones de poder, y tienen efectos de poder en beneficio de quienes tienen un control sobre él. Foucault también destaca que hay una amplia producción de conocimientos en función del control de los sujetos, de la transformación de sus subjetividades, son las “tecnología de gobierno”, técnicas específicas para gobernar los comportamientos de las poblaciones y que se desarrollan en una amplia gama de entornos sociales en el marco de las relaciones de poder concretas que se dan en ellos. Las clases y grupos dominantes conforman una red de procedimientos de producción de saberes sobre los sujetos, para observar, registrar, analizar diferentes aspectos de sus comportamientos, con el fin de realizar intervenciones “microfísicas” que se despliegan sobre diferentes dimensiones de sus vidas, buscando gobernar sus comportamientos en base al conocimiento producido. Con estas tecnologías de gobierno Foucault apunta a conocimientos que están directamente vinculados al ejercicio del poder sobre las poblaciones, conocimientos desplegados para conocerlas, clasificarlas, para luego realizar intervenciones sobre ellas.

Anteriormente señalé (sección 1.2.4.) que al concebir el proceso de producción de hegemonía y su eventual análisis, Gramsci lo hace en un lenguaje casi foucaultiano, ya que plantea que es un “proceso molecular” que concretamente se produce en múltiples contextos y que habría que rastrear en un análisis “capilar” de una infinidad de libros, artículos, debates, conversaciones, etc. De esta manera, el propio Gramsci explicita la necesidad de emplear una analítica, como lo plantearía Foucault, “microfísica”, y no quedarse sólo en una visión general de la dominación hegemónica. Sin embargo, también plantea que ese “proceso molecular” es una labor política, estratégicamente desplegada por una “voluntad colectiva” que tiene un “cierto grado de homogeneidad”, refiriéndose a la clase dominante, planteamientos que no estarían en consonancia con los de Foucault, ya que él prefiere evitar asignarle a la clase capitalista un carácter de “sujeto”, así como buscar grandes estrategias centralizadas desde las cuales se desplegarían las relaciones de poder concretas, ya que podrían derivar en una visión funcionalista de las relaciones de poder, entendiendo los resultados de las relaciones de poder concretas y locales como derivadas de las lógicas de una dominación general. Sin embargo, considero que si se toma de Braudel la idea de que la estructura de dominación es compleja y multijerárquica, los planteamientos de Foucault sobre las relaciones de poder pueden contextualizarse en el proceso de producción de una dominación hegemónica que conceptualiza Gramsci. En este marco la conceptualización foucaultiana de los “discursos de verdad” y de “las tecnologías de gobierno”, ponen énfasis en el uso del saber en el marco de relaciones de poder, lo que es fundamental en la producción de la hegemonía que sustenta el dominio de la clase capitalista. Los discursos de verdad se pueden entender como medios centrales para la producción de las ideas, las ideologías, el sentido común, que Gramsci sitúa como base de la hegemonía. En el marco de una estructura de dominación multijerárquica, serán diferentes jerarquías las que producen o utilizan los múltiples discursos de verdad, por lo que no todos se derivarán de las prioridades de la dominación capitalista, además, como lo contempla Gramsci, algunos discursos pueden relacionarse a resistencias y eventuales contrahegemonías de clases y grupos que enfrentan la dominación capitalista o la dominación de otra jerarquía social. A la inversa, considero central situar la producción de los diversos discursos de verdad en el marco de la estructura multijerárquica de dominación en general y de la dominación capitalista en particular, ya que

a partir de ello se puede entender en relación a cuál, o a cuáles, lógica(s) de dominación se vincula un conjunto de relaciones de poder y una determinada producción discursiva que reclama para sí el status de la verdad. Las tecnologías de gobierno también pueden entenderse como instrumentos de saber-poder que se utilizan en el contexto del gobierno de un sistema social que busca orientar ámbitos sociales, y a las poblaciones que se sitúan en ellos, en función del proceso de acumulación capitalista. Así, las técnicas específicas que se utilizan para gobernar sujetos pueden situarse en el marco de un sistema social cuyo desarrollo histórico es liderado por determinadas clases y grupos dominantes. Nuevamente el reconocimiento de la complejidad de la estructura de dominación evita considerar que el conjunto de tecnologías de gobierno actuaría de manera coordinada, conformando un gran sistema orwelliano donde una dominación general decanta en múltiples relaciones de poder subordinadas. Esto no sólo porque, como lo plantea Foucault, la libertad de los sujetos nunca puede ser completamente restringida y los sujetos, las clases y grupos subordinados, siempre podrán resistir, también porque en la dominación intervienen clases y grupos que pueden tener intereses diferentes en relación a ámbitos sociales específicos y, en particular los capitalistas no se interesarán por múltiples ámbitos sociales que no son de interés directo para su dominación.

De esta manera, el vínculo entre poder, saber y producción de sujetos como una fuerza “productiva” se asume como un elemento central de una dominación hegemónica, y las relaciones de poder locales y microfísicas se entienden situadas en el marco de relaciones de dominación complejas y multijerárquicas, entre ellas la dominación capitalista. Más en específico, relaciones de poder en las cuales los discursos de verdad son centrales se contextualizan en una estructura de dominación caracterizada por la sistemática producción de un consenso en torno al orden social y al liderazgo que en él ejercen las clases y grupos dominantes, y las tecnologías de gobierno se sitúan en el marco de la dirección del desarrollo que las clases y grupos dominantes buscan darle al sistema social en su conjunto y a diferentes ámbitos sociales particulares. Este es el uso general que busco darle a las herramientas conceptuales de Gramsci y Foucault que analicé en el capítulo 1.2. Ahora cabe llevar estas herramientas conceptuales al espacio del sistema-mundo capitalista descrito por Braudel y

Wallerstein, ya que ni Gramsci ni Foucault tenían a este sistema social en mente al plantear sus reflexiones.

3.1.2. El uso de Foucault y Gramsci en el contexto del sistema-mundo

Cabe ahora revisar como los planteamientos de Gramsci y Foucault han sido empleados para el análisis de fenómenos situados en el ámbito del sistema-mundo capitalista. Existe una cantidad importante de antecedentes sobre el uso de estos autores, en general por separado, para el análisis de diferentes temáticas situadas en espacios globales, transnacionales, internacionales, lo que facilita la tarea de mostrar algunas de las posibilidades analíticas que Gramsci y Foucault abren para el estudio del sistema-mundo.³⁷⁵ El propio ejemplo de Said (2008), que ocupé para mostrar la posibilidad del uso conjunto de Gramsci y Foucault, situaba los conceptos de ambos autores en relación al estudio de una disciplina y una forma de entender a oriente y occidente, el Orientalismo, que tiene un carácter transnacional y que se vincula directamente con el imperialismo, la geocultura eurocéntrica y las relaciones de poder entre el centro y las periferias. Voy a detenerme primero en algunos usos que se le han dado a planteamientos de Foucault en el contexto social del sistema-mundo y luego me detendré en algunos usos de Gramsci.

El intento por adaptar los planteamientos de Foucault al ámbito del sistema-mundo capitalista ya se está efectuando. En América Latina este esfuerzo está siendo planteado por autores de la Perspectiva Decolonial,³⁷⁶ Castro-Gómez señala: “[Es necesario entender como los mecanismos disciplinarios] quedan vinculados a la dinámica de la constitución del capitalismo como sistema-mundo. Para conceptualizar este problema se hace necesario realizar un giro metodológico: la genealogía del poder-saber, tal como es realizada por Foucault, debe ser ampliada hacia el ámbito de *macroestructuras de larga duración* (Braudel/Wallerstein), de tal manera que permita visualizar el problema de la “invención del

³⁷⁵ Aquí me centraré en estudios que han utilizado los planteamientos de Gramsci y/o Foucault en relación a problemas situados en espacios como el internacional, transnacionales o globales, sin importar si explícitamente también utilizan planteamientos de la Perspectiva del Sistema-Mundo.

³⁷⁶ Hay una cierta ambigüedad en los autores de la Perspectiva Decolonial hacia Foucault. Restrepo y Rojas señalan que en el marco del rechazo al eurocentrismo hay autores que realizan críticas radicales a autores como Foucault, entre otros, lo que, plantean, redundan en un “empobrecimiento conceptual y político” (2010, 220). Sin embargo, como veremos a continuación, otros autores utilizan ampliamente los planteamientos de Foucault.

otro” desde una perspectiva *geopolítica*” (2000, 151, énfasis del autor). El “problema geopolítico de la invención del otro” se vincula con la circulación de discursos de verdad a escala del sistema-mundo. En tanto sistema social, el sistema-mundo capitalista tendría un régimen de verdad, tal como lo conceptualiza Foucault para cualquier sistema social, es decir, un aparato institucional que sigue determinados procedimientos para producir verdad, para difundirla y aplicarla, unos tipos de discursos con unas formas de enunciados a los que se les da el status de verdaderos, y dicha producción de verdad surge de sus relaciones de poder y, a la vez, produce efectos de poder. Por ejemplo, los discursos de verdad tienen efectos, como señala Castro-Gómez (2000), en la producción de identidades geoculturales, es decir, en identidades puestas en relación a otras identidades que ocupan otros espacios en el sistema-mundo: oriente/occidente, desarrollado/subdesarrollado, Europa/otros, etc., son identidades que sólo tienen sentido en la medida en que establecen diferencias en el marco del sistema-mundo, no en marcos nacionales. El planteamiento realizado en la sección 1.1.3. sobre considerar como totalidad social al sistema-mundo capitalista parece particularmente pertinente en relación a esta problemática, ya que, especialmente después de 1945, gran parte de la producción y difusión de saber se realiza a escala mundial, por lo que relaciones de poder situadas en los diferentes contextos del sistema-mundo se ven envueltos en las dinámicas de producción de saber globales, por lo que adquieren lógicas afines. De esta manera, el vínculo foucaultiano entre poder, saber y sujeto, es replanteado desde la Perspectiva Decolonial enfatizando que las relaciones de poder, la producción de saber y la constitución de los sujetos se produce en el marco del sistema-mundo, a partir de una geocultura eurocéntrica, que se originó durante la colonización de América, que jerarquiza pueblos y conocimientos a partir de la estructura de dominación mundial, por lo que estos autores hacen referencia a la “colonialidad del poder”, la “colonialidad del saber” y la “colonialidad del ser” para enfatizar el vínculo de estos elementos con la herencia colonial que se reproduce en el sistema-mundo (Restrepo y Rojas 2010).³⁷⁷

³⁷⁷ Restrepo y Rojas señalan que “La inflexión decolonial puede ser entendida *de manera amplia* como el conjunto de los pensamientos críticos sobre lado oscuro de la modernidad producidos desde los “condenados de la tierra” que buscan transformar no sólo el contenido sino los términos-condiciones en los cuales se ha reproducido el eurocentrismo y la colonialidad en el sistema mundo inferiorizando seres humanos (colonialidad del ser), marginalizando e invisibilizando sistemas de conocimiento (colonialidad del saber) y jerarquizando grupos humanos y lugares en un patrón de poder global

Un ejemplo del uso de la perspectiva foucaultiana de análisis de las relaciones de poder-saber para el gobierno de las poblaciones a escala del sistema-mundo es el que realiza Escobar en *La Invención del Tercer Mundo*. Escobar (2007), usando una perspectiva postestructuralista,³⁷⁸ muestra cómo se desplegaron relaciones de poder-saber en el gobierno de las periferias, particularmente de América Latina, y para realizar intervenciones sobre poblaciones específicas del “tercer mundo”, a partir de los proyectos de desarrollo impulsados por organismos internacionales y los estados céntricos, particularmente Estados Unidos, a partir de la década del cincuenta del siglo pasado. En este trabajo se muestra tanto el despliegue de discursos de verdad, para establecer las representaciones dominantes sobre el desarrollo, el subdesarrollo, el tercer mundo, etc., como de tecnologías de gobierno, para recabar y usar información sobre las poblaciones para el gobierno de las mismas, todo enmarcado en las relaciones de dominación centro-periferia. Así, el estudio se centra en discursos que se producen y difunden a escala global, y que configuran las representaciones de la realidad y, desde ahí, definen las posibles lógicas de la acción social, en particular, las intervenciones que se realizan en la periferia a partir de políticas diseñadas y planificadas por un conjunto de organismos internacionales dependiente de los estados céntricos. A Escobar le interesa destacar las implicancias de la producción de discursos de verdad a escala mundial, en el marco de relaciones de dominación entre el centro y las periferias,³⁷⁹ y los efectos prácticos geopolíticos de dichos discursos, enfatizando que son discursos que tienen una directa aplicación política en el gobierno de las poblaciones, son discursos que se producen y despliegan para producir modificaciones en diversos ámbitos sociales y en las poblaciones de las periferias. Así, Escobar (2007) enfatiza que estos discursos, de escala global, se traducen en prácticas concretas, en políticas que se concretizan en la modificación de diferentes aspectos de las sociedades del “tercer mundo” según los proyectos de desarrollo

para su explotación en aras de la acumulación ampliada del capital (colonialidad del poder)” (2010, 37-38, énfasis de los autores; la cita es de Fanon, Franz, 1963 *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica).

³⁷⁸ Sobre su perspectiva Escobar señala: “El enfoque del libro es posestructuralista, en el sentido de que parte del reconocimiento de la importancia de las dinámicas de discurso y poder en la creación de la realidad social y en todo estudio de la cultura. El desarrollo, arguye el estudio, debe ser visto como un régimen de representación, como una “invención” que resultó de la historia de la postguerra y que, desde sus inicios, modeló ineluctablemente toda posible concepción de la realidad y la acción social de los países que desde entonces se conocen como subdesarrollados” (2007, 12).

³⁷⁹ Escobar señala: “Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de [discursos] en un sistema mundial donde Occidente tiene cierto dominio sobre el Tercer Mundo tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural” (2007, 28).

diseñados por un conjunto de organismos internacionales, Universidades e instituciones de producción de conocimientos, organismos dependientes de estados céntricos, etc.

En cuanto al uso de los planteamientos de Gramsci para abordar fenómenos internacionales, transnacionales y globales, en las Relaciones Internacionales (la subdisciplina de la Ciencia Política enfocada en la política internacional) hay una corriente gramsciana (muy minoritaria en una disciplina particularmente acrítica), la Escuela Gramsciana de las Relaciones Internacionales. Desde esta perspectiva se utilizan los planteamientos de Gramsci para analizar las relaciones de dominación entre el centro y las periferias del sistema-mundo (en general sin usar este concepto ni hacer referencia a la Perspectiva del Sistema-Mundo) para enriquecer el estudio de las relaciones de poder económicas y geopolíticas, haciendo confluir en el análisis, además de estas relaciones de poder materiales, a los aspectos ideológicos, culturales, de las relaciones de poder; Gill y Law señalan: “...Gramsci’s thought... ..has potentially far-reaching implications for a new approach to the study of international relations... It implies the necessity of considering global structural change and world orders in terms of the dialectics of their normative (ethical, ideological, practical) as well as material dimensions” (1994, 94). El concepto de hegemonía ocupa un lugar central en esta aproximación al “orden mundial” –el sistema-mundo capitalista en la nomenclatura que se usa en este trabajo–. Se plantea que el sistema-mundo, como totalidad social, está constituido por un amplio conjunto de relaciones sociales que conforman una economía-mundo que, como base material, sustenta relaciones de poder entre clases sociales, por lo que se entiende que el sistema-mundo contiene un conjunto de relaciones y estructuras sociales densas, complejas, con características análogas a las que describió Gramsci sobre las sociedades céntricas de su época, para las que planteó el concepto de hegemonía. Esto permitiría el uso de la perspectiva gramsciana y particularmente el uso del concepto de hegemonía para el análisis del sistema-mundo, así, Cox plantea: “Hegemony at the international level is thus not merely an order among states. It is an order within a world economy with a dominant mode of production which penetrates into all countries and links into other subordinate modes of production. It is also a complex of international social relationships which connect the social classes of the different countries. World hegemony is describable as a social structure,

an economic structure, and a political structure; and it cannot be simply one of these things but must be all three” (1994a, 61-62).

En esta perspectiva las implicancias de una dominación hegemónica a nivel del sistema-mundo serían similares a que las que conceptualiza Gramsci para las sociedades nacionales. Aunque en este caso no hay una cultura homogénea (en el caso de las sociedades nacionales tampoco hay completa homogeneidad, pero hay más elementos culturales comunes al interior de una sociedad nacional que en el sistema-mundo), en el marco de una hegemonía internacional se producen los elementos culturales comunes necesarios para producir un consenso sobre el orden mundial y sobre el patrón general del orden que deben tener las sociedades nacionales, así como un consenso sobre el liderazgo político de las clases y grupos dominantes: los capitalistas transnacionales, los técnicos expertos que delinean la política económica global, el tipo de políticos que deberían conducir las sociedades nacionales, etc.³⁸⁰ Así, desde esta perspectiva los elementos culturales hegemónicamente difundidos no sólo serían aquellos relacionados con la “cultura popular” (como los producidos por la industria de la entretención) y los vinculados al consumo de bienes y servicios masivos, principalmente se apunta a las políticas económicas y sociales, y al tipo de instituciones que las llevan a cabo, que son difundidas a escala del sistema-mundo, particularmente a sus periferias, desde organismos internacionales y todo tipo de instituciones ubicadas en los países céntricos, o controladas por los estados céntricos y/o los capitalistas transnacionales. La implicancia de la hegemonía global en términos de la relación coerción/consenso también es similar al planteado por Gramsci. La difusión de los patrones de políticas no se sostiene principalmente en el uso, o la amenaza de uso, de la fuerza militar ni tampoco en coacción económica de los países céntricos, la hegemonía se fundamentaría en la conformidad de los países periféricos, y particularmente de sus clases y grupos dominantes, sobre el orden del sistema-mundo y sobre las políticas adecuadas para la integración de los espacios nacionales a la economía-mundo, así, Gill plantea: “Hegemony derives from the dominant social strata of the dominant

³⁸⁰ Cox señala: “[International] Hegemony is a structure of values and understandings about the nature of order that permeates a whole system of states and non-state entities. In a hegemonic order these values and understandings are relatively stable and unquestioned. They appear to most actors as the natural order” (en “Towards a Counterhegemonic Conceptualization of World Order”, Notas preparadas para el *Workshop Governance-withouth Government*, Ajai, California, febrero de 1990, sin número de página; citado en Gill 1994a, 42).

states in so far as these ways of doing and thinking have acquired the acquiescence of the dominant social strata of other states” (1994a, 42).

Con estos breves párrafos sólo busco mostrar que es factible el uso de los planteamientos de Foucault y Gramsci para estudiar fenómenos contextualizados en la totalidad social del sistema-mundo capitalista descrito por Braudel y Wallerstein, por lo que no considero necesario multiplicar los ejemplos de los elementos de las perspectivas foucaultianas y gramscianas que han sido empleados en el análisis de fenómenos relevantes de la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista. En términos simples buscaré incorporar las relaciones de poder-saber y el uso de tecnologías de gobierno para la constitución de subjetividades, y la producción de hegemonía como objetivo político central de las clases dominantes, a los elementos estructurales de las relaciones de dominación del sistema-mundo: la doble jerarquía que conforma la división mundial del trabajo y el orden interestatal centro-semiperiferia-periferia, y la orientación de los mercados y la vida económica general por parte de los monopolios capitalistas y los estados en función de la acumulación infinita de capital. Estos cuatro planteamientos constituyen las bases conceptuales que buscaré articular para el análisis de las relaciones de poder y dominación en el capitalismo mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial, y para comprender el papel que tiene en este sistema social una clase capitalista transnacional que domina la vida económica, y que puede estar imponiendo su dominación, ya no sólo en base al poder de los estados céntricos, sino además a través de la serie de instituciones internacionales que conforman un aparato político de alcance global, desde el cual se difunden orientaciones políticas, intervenciones “técnicas” sobre las poblaciones y los espacios sociales –particularmente de la periferia–, regímenes de verdad y una hegemonía global. Así, lo que se buscará es estudiar el sistema-mundo capitalista como un régimen de dominación que se sostiene en una cultura hegemónica, en cuyo marco se producen regímenes de verdad y subjetividades que generan un consentimiento sobre su orden social y sobre el dominio que en él ejercen determinadas clases y grupos sociales. De ahí la necesidad de buscar conectar los planteamientos de la perspectiva del sistema-mundo de Wallerstein y Braudel con aquellos realizados por Gramsci sobre la hegemonía y los de Foucault sobre las relaciones de poder-saber. A continuación, cabe detenerse en la crisis que enfrentó la estructura de dominación imperialista del sistema-

mundo entre 1914/1917 y 1945, que da pie a una readecuación de las estrategias con las que las clases y grupos dominantes mantenían su dominación, lo que –argumento– producirá el cambio a la forma hegemónica de dominación contemporánea.

3.2. Algunos antecedentes históricos del siglo XX.

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa son dos acontecimientos que abren un período de radical transformación de la situación política y geopolítica del sistema-mundo. Son acontecimientos que para sus contemporáneos marcaron un quiebre, representaron un “derrumbe de la civilización” y la apertura de una “época de catástrofes” (Hobsbawm 1997a, 16). Argumentaré que estos acontecimientos constituyen una crisis provocada porque la lógica de dominación imperialista dejó de administrar con eficiencia las relaciones de poder. Luego, el final de la Segunda Guerra Mundial abrió un período en el que las clases y grupos dominantes enfrentaban una serie de desafíos inéditos, a la vez existía una crisis económica y humanitaria en el centro, por la destrucción de Europa y Japón, y en las periferias se enfrentaba el inminente proceso de descolonización de África y Asia, esto en el contexto del aumento de la influencia geopolítica de la URSS, del avance del comunismo, de la difusión del antiimperialismo, entre otras amenazas. Así, en ese momento las clases y grupos dominantes enfrentaron unos desafíos que ya no podían seguir siendo resueltos con la misma lógica imperialista de siempre y, por tanto, las obligaron a implementar una nueva estrategia de dominación. Revisaré primero las implicancias sobre las relaciones de poder que produjeron la Primera Guerra Mundial y la lógica imperialista de relaciones geopolíticas que continuó hasta la Segunda Guerra Mundial, y la Revolución Rusa y la nueva amenaza revolucionaria que representaba a escala del sistema-mundo. Luego analizaré los desafíos políticos y geopolíticos que se abrían en la postguerra, la reconstrucción del centro, la contención del comunismo, los procesos de descolonización, y su exitosa gestión en las siguientes décadas, lo que permitió a las clases dominantes retomar, a partir de la década de 1980, el proceso de profundización capitalista en el marco de una estructura de dominación hegemónica.

3.2.1. Las guerras mundiales

Considero que la Primera Guerra Mundial es una confrontación que tiene dos características que muestran que la forma imperialista de relaciones geopolíticas había llegado a un punto en el que su continuación acarrearía una crisis sistémica, cómo finalmente ocurrió. Por una parte, es una guerra que se consideraba inevitable por muchos de los dirigentes estatales y

capitalistas europeos, así como por algunos de sus principales intelectuales. Por ejemplo, Max Weber afirmó en 1894: “Sólo la confusión política total y el optimismo ingenuo pueden impedir el reconocimiento de que los esfuerzos inevitables por alcanzar la expansión comercial por parte de todas las naciones civilizadas burguesas, tras un período de transición de aparente competencia pacífica, se aproximan al punto en que *sólo el poder* decidirá la participación de cada nación en el control económico de la Tierra y, por tanto, la esfera de acción de su pueblo y, especialmente, el potencial de ganancias de sus trabajadores” (citado en Hobsbawm 2009, 65, énfasis del autor). Desde esta lógica, el mundo ya no tenía espacio para todas las pretensiones geopolíticas y económicas de las potencias céntricas, y la guerra fue conscientemente impulsada por muchos dirigentes de las potencias céntricas, particularmente de Alemania, el Reino Unido y Francia, que más bien buscaban el momento adecuado para iniciarla.³⁸¹ Aunque desde finales del siglo XIX todas las potencias tuvieron choques entre sí, el creciente poder económico de Alemania, su pequeño territorio y las exiguas colonias que disponía hacían que, bajo la lógica de las relaciones de poder imperialistas, fuera la potencia que planteaba un mayor desafío al *statu quo* de la repartición imperialista del mundo, repartición que beneficiaba en primer término al Reino Unido, por ser la potencia que disponía de más colonias, por lo que, también bajo la lógica de las relaciones de poder imperialistas, era la potencia más interesada en la mantención del *statu quo*. Así, la competencia global entre Alemania y el Reino Unido se hizo crecientemente intensa, desatándose una carrera naval que haría irreconciliables las posiciones de ambos imperios.³⁸² En cuanto a las demás potencias europeas, pese a múltiples esfuerzos de la diplomacia alemana por apartar al Reino Unido de Francia y Rusia, aprovechando sus diversas rivalidades,³⁸³ las confrontaciones directas que Francia y Rusia tenían con Alemania

³⁸¹ Por ejemplo, hacia el inicio de la década de 1910, parte de la élite alemana temía que Rusia terminara la modernización de su ejército (proyectada para 1916-1917), haciendo inviable la guerra simultánea con ella y Francia, por lo que estaban interesados en apresurar el inicio de la guerra (Mommsen 1995).

³⁸² La carrera armamentista era generalizada entre las potencias céntricas, sin embargo, entre Alemania y el Reino Unido se desató una carrera naval que a partir de 1906 adquirió creciente intensidad por el nuevo tipo de acorazados que se empezaron a construir, los llamados *dreadnought*, que eran muy superiores en dimensiones y potencia artillera a los acorazados anteriormente desarrollados, por lo que construir una flota de ellos podía poner a Alemania en un pie de igualdad con el Reino Unido (Mommsen 1995).

³⁸³ A finales del siglo XIX el Reino Unido tuvo colisiones de gran intensidad con Francia y Rusia, con la primera en Sudán en 1898, con la segunda en Persia, China y Afganistán en diversas ocasiones (véase Mommsen 1995).

por problemas territoriales en la propia Europa terminaron por alinearlas al Reino Unido, mientras que estas mismas confrontaciones alinearon a Austria-Hungría con Alemania.³⁸⁴ En segundo lugar, la Primera Guerra Mundial fue una guerra que buscaba la derrota total del adversario. Una vez desatada, no había posibilidades de un acuerdo que la frenara volviendo a algo similar al *statu quo* anterior. Hobsbawm (1997a) plantea la pregunta de por qué los estadistas no pudieron llegar a algún tipo de compromiso para evitar la Primera Guerra Mundial, o por qué los principales beligerantes, Alemania, Francia y el Reino Unido, no consideraron las peticiones cada vez más desesperadas de sus aliados para acabar la guerra con algún compromiso, que evitara el completo colapso que se cernía sobre todos por el peligro revolucionario que se fue gestando. Su planteamiento es que en esta guerra las principales potencias involucradas sólo contemplaban una victoria completa, ya que sus objetivos se relacionaban con quién tendría el status de potencia dominante en las siguientes décadas, Alemania aspiraba a transformarse en ella, el Reino Unido a mantenerse en ese status, y Francia a evitar que Alemania lo fuera; Hobsbawm señala (1997a, 37-38): “La razón es que, a diferencia de otras guerras anteriores, impulsadas por motivos limitados y concretos, la Primera Guerra Mundial perseguía objetivos ilimitados. En la era imperialista, se había producido la fusión de la política y la economía. La rivalidad política internacional se establecía en función del crecimiento y la competitividad de la economía, pero el rasgo característico era precisamente que no había límites. ...para los dos beligerantes principales, Alemania y Gran Bretaña, el límite tenía que ser el cielo, pues Alemania aspiraba a alcanzar una posición política y marítima mundial como la que ostentaba Gran Bretaña, lo cual automáticamente relegaría a un plano inferior a una Gran Bretaña que ya había iniciado el declive. Era el todo o nada”. Así, lo que estaba en disputa era el centro del sistema-mundo capitalista. Esto se aprecia en los objetivos de guerra “grandiosos” (Mommsen 1995), “megalomaniacos” (Hobsbawm 1997a), que definían los dirigentes de los principales

³⁸⁴ A consecuencia de la guerra Franco-Prusiana de 1870 Alemania se apoderó de las regiones francesas de Alsacia y Lorena, lo que en Francia resultaba una situación de mayor importancia que cualquier disputa colonial que pudiera tener con el Reino Unido. Por su parte, Alemania colisionaba con Rusia producto del apoyo que la primera le prestaba a Austria-Hungría en sus disputas con Rusia por la influencia en los Balcanes, cuestión que para Rusia era de primordial importancia por su pretensión de controlar los estrechos que conectan el Mar Negro con el Mediterráneo.

beligerantes, los cuales sólo podían cumplirse con la completa derrota de los adversarios.³⁸⁵ Por ello, Hobsbawm plantea (1997a) que cualquier compromiso sólo habría postergado la guerra pero no la habría evitado, y fracasaron todas las tentativas de paz presentadas por potencias neutrales y las iniciativas que llevaron a cabo algunos políticos moderados de los beligerantes (Mommsen, 1995), ya que cualquier paz conseguida sin la completa derrota del enemigo sólo significaba una postergación de la resolución del conflicto que enfrentaba a las potencias céntricas rivales en Europa y el mundo.

Aunque la Primera Guerra Mundial acabó en revoluciones y en la quiebra económica de los países involucrados, incluso de los vencedores (con la excepción de EEUU),³⁸⁶ no acabó con la lógica imperialista, por el contrario, esta lógica se mantendría hasta 1945. Al finalizar los vencedores aplicaron los mismos criterios imperialistas que habían originado la guerra.³⁸⁷ Luego de la guerra las potencias vencedoras se repartieron las colonias alemanas y las zonas árabes del Imperio Otomano.³⁸⁸ Además, se le aplicaron sanciones económicas de una dureza extrema a Alemania en la forma de reparaciones de guerra y se disolvió el Imperio Austro-Húngaro. Esta misma lógica permanecería en el período de entreguerras en las relaciones entre las potencias triunfadoras y las derrotadas, ya que las rivalidades permanecieron y luego se exacerbaban.³⁸⁹ Mientras Alemania se mantuvo débil sus acreedores intervinieron sobre

³⁸⁵ Mommsen (1995) muestra que los beligerantes planificaban que, una vez ganada la guerra, establecerían un nuevo orden que permitiría su permanente dominio económico y geopolítico en Europa. Estos objetivos de guerra de enorme ambición finalmente se reflejaron en los tratados de paz que los vencedores impusieron a los vencidos.

³⁸⁶ Hobsbawm señala que la guerra "...arruinó tanto a los vencedores como a los vencidos. Precipitó a los países derrotados en la revolución y a los vencedores en la banca rota y en el agotamiento material [...] Gran Bretaña no volvió a ser la misma a partir de 1918 porque la economía del país se había arruinado al luchar en una guerra que quedaba fuera de sus posibilidades y recursos" (1997a, 38).

³⁸⁷ Kershaw señala: "[Después de la guerra, la principal amenaza para la paz vendría de la] combinación del hiper nacionalismo y el imperialismo [...] En las principales potencias de Europa el sueño imperial seguía muy vivo. Las potencias aliadas vencedoras, Gran Bretaña y Francia, veían que su prosperidad y su prestigio futuro continuaban basándose en sus imperios. Ellas fueron las grandes vencedoras del ordenamiento de postguerra, que expandieron de modo significativo sus posesiones imperiales fuera de Europa al hacerse con el control de las antiguas colonias alemanas alrededor del mundo y de los territorios del antiguo Imperio Otomano en Oriente Medio. [...] También las antiguas grandes potencias o aspirantes a serlo, Alemania e Italia, seguían nutriendo aspiraciones imperialistas. Humillados por la pérdida de sus posesiones coloniales o por el fracaso de su intento por hacerse con ellas, los dos países se sentían naciones "pobres", frustradas" (2016, 212-213).

³⁸⁸ El tratado Sykes-Picot, firmado en 1916, entre el Reino Unido y Francia para el reparto de los territorios del Imperio Otomano muestra con claridad como imperaba la lógica imperialista, Hobsbawm señala: "La reorganización del Próximo Oriente se realizó según los principios imperialistas convencionales –reparto entre Gran Bretaña y Francia–" (1997a, 39-40). Por su parte, cuando Alemania derrotó a la Rusia soviética el tratado de Brest-Litovsk también implicó la sesión de importantes territorios y la subordinación económica a Alemania de los nuevos estados que se declararon independientes de Rusia, por lo que Alemania también aplicó la lógica imperialista antes de ser derrotada.

³⁸⁹ Por este motivo Geiss señala que "El imperialismo [es la] premisa geohistórica para la primera y en consecuencia también para la segunda de las guerras mundiales..." (1984, 22).

ella para exigir los pagos que en ocasiones no podía efectuar por la enorme crisis económica que la afectaba (como la ocupación franco-belga del Ruhr entre 1923 y 1925). Luego, una vez que los nazis tomaron el poder, nuevamente la lógica imperialista los llevó a considerar que la expansión territorial y de su influencia geopolítica era la vía para que Alemania tuviera una posición preeminente en el sistema-mundo, por ello, su desafío a las potencias vencedoras y al *statu quo* europeo sería creciente. Pero esta visión no sólo era producto de la perversidad ideológica nazi, al igual que antes de la Primera Guerra Mundial otras potencias ascendentes buscaban la expansión territorial y aumentar su status geopolítico, Japón e Italia, y se enfrentarían con las potencias que ya dominaban los espacios a los que aspiraban, o que querían impedir el aumento de su poder geopolítico y económico. Japón continuaba su política expansionista en Asia Oriental y particularmente en China (invade Manchuria en 1931), zona donde chocaba con los intereses estadounidenses. Por su parte, en Italia el movimiento fascista alcanza el poder manteniendo la renovación imperialista como una de sus banderas de lucha, por lo que pronto iniciaría su campaña expansionista en África (invade Etiopía en 1935) y busca aumentar su influencia en el mediterráneo, zonas donde chocaba con el Reino Unido y Francia. Por su parte las principales potencias imperialistas, el Reino Unido y Francia, aunque muy debilitadas luego de la guerra, mantuvieron sus imperios y su explotación económica, reprimiendo los insipientes movimientos independentistas. Para ellas, las aspiraciones de Alemania, Italia y Japón, pero principalmente de la primera, era una amenaza directa a sus posiciones en el sistema-mundo.³⁹⁰ De esta manera la lógica imperialista se mantuvo durante este período, y además fue potenciada por las reacciones ideológicas que provocó la Revolución Rusa en la derecha del espectro político, el anticomunismo, el nacionalismo y el racismo en su versión más extrema. Así, parte relevante de los motivos de la Segunda Guerra Mundial fue la lógica geopolítica imperialista, la

³⁹⁰ Con respecto al desafío que presentaba Alemania para estas dos potencias, Kershaw plantea: “[Inglaterra y Francia] se habían mostrado dispuestas a aceptar la extensión de la influencia alemana en Europa central –accediendo de paso a la mutilación de Checoslovaquia– como precio a pagar por la paz. De por sí esto constituía una concesión enorme y la aceptación de un cambio significativo en el equilibrio de poder dentro de Europa. La perspectiva de unas conquistas ilimitadas por parte de los alemanes era una cuestión completamente distinta. Amenazaba no sólo con alterar el equilibrio de poder en Europa y con desestabilizar las posesiones ultramarinas de Inglaterra y Francia, sino en poner en peligro directamente a Francia e incluso a Gran Bretaña...” (2016, 463)

rivalidad entre los estados céntricos (y los semiperiféricos que buscaban un espacio en el centro) y la repartición territorial entre potencias rivales.³⁹¹

La inmensidad de la destrucción material de la Segunda Guerra Mundial vuelve a mostrar con aún más claridad a las clases y grupos dominantes del sistema-mundo, que la tradicional lógica imperialista de las relaciones geopolíticas ya no podía aplicarse sin poner en un enorme riesgo a las potencias céntricas y la viabilidad de su dominación. Pero además, en base a su triunfo contra Alemania y Japón, la URSS se transformaba en una potencia geopolítica de primer orden, incrementando los riesgos asociados a las luchas de clases, y haciendo más urgente para las clases y grupos dominantes reevaluar sus estrategias de dominación.

3.2.2. La Revolución Rusa

Ya planteé (sección 2.3.3.) que luego de la Revolución Francesa la amenaza de la revolución estaba entre las principales preocupaciones de las clases dominantes del sistema-mundo, especialmente en el centro. Sin embargo, con el correr de la segunda mitad del siglo XIX y hasta 1914/1917 esta amenaza se diluye, lo que se muestra en la progresiva incorporación de las clases trabajadoras y populares de los países céntricos a la ciudadanía formal, con la extensión del sufragio masculino, y queda corroborado con el apoyo de los partidos socialistas y socialdemócratas a la entrada de sus respectivos países a la Primera Guerra Mundial. Así, hacia 1914/1917 la dominación hegemónica que se empleaba al interior de los países céntricos había funcionado sobre sus clases dominadas. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial fue una “guerra total”, en la que se comprometió al conjunto de la población y de la economía industrial de los países beligerantes (Kershaw 2016), por lo que su estancamiento en una matanza que no mostraba signos de dar resultados favorables a ninguno de los contendientes fue generando tensiones sociales cada vez más agudas en la población civil, afectada por la falta de alimentos y otros productos de primera necesidad, e incluso en

³⁹¹ La continuidad de ambas guerras mundiales es resaltada por diferentes autores. Por ejemplo, Hobsbawm se refiere a la “la larga guerra mundial de 1914-1945” (1997a, 63) y Kershaw señala que “Esta segunda guerra en el plazo de una generación fue el asunto pendiente que había quedado a raíz de la primera” (2016, 462).

los ejércitos.³⁹² En este marco estalla la Revolución Rusa. A continuación no me detendré en describir las vicisitudes de la Revolución Rusa, sino que me centraré en algunas de las consecuencias del triunfo bolchevique.

Una diferencia capital de la Revolución Rusa con la Revolución Francesa fue que, mientras los revolucionarios de la Revolución Francesa no contaban con un programa político claro,³⁹³ los casi 130 años que separan a ambas revoluciones habían permitido que fueran cobrando forma diferentes programas políticos que cuestionaban, de manera radical o moderada, el orden económico y de dominación capitalista, programas que eran planteados por partidos organizados y con apoyo popular significativo, particularmente en los grandes centros urbanos industriales. Esto agravaba el panorama de una eventual revolución, ya que las revoluciones del siglo XX podían derivar inmediatamente a un cuestionamiento directo del orden capitalista. Esto sucedió en Rusia, donde en 1917 ya existían partidos como el bolchevique, el menchevique, y el socialista revolucionario.

La Revolución Rusa estalló en 1917 en el contexto de múltiples otras revueltas y revoluciones que se produjeron entre los últimos años de la guerra y los primeros de la postguerra. Desde un inicio la Revolución Rusa de octubre generó simpatías en parte las clases populares del sistema-mundo,³⁹⁴ y fue entendida como una amenaza por parte de las clases y grupos dominantes, por lo que los principales estados capitalistas apoyaron a los ejércitos que se enfrentaban a los bolcheviques en la guerra civil,³⁹⁵ en los tratados de paz que siguieron a la

³⁹² Los motines en los ejércitos comenzaron a hacerse más frecuentes a medida que pasaba la guerra y las ofensivas planificadas por los altos mandos no arrojaban ningún resultado positivo pese al sacrificio de cientos de miles de soldados. Así, luego de las inmensamente costosas batallas de 1916, como las de Verdún y el Somme, en 1917 aumentaron los problemas de disciplina en los ejércitos y se produjeron importantes motines, como el de *Chemin des Dames* que en abril afectó al ejército francés.

³⁹³ Doyle señala que no hubo algo semejante a un “plan previo” a la Revolución Francesa por parte de la burguesía ni de ninguna clase o grupo, sino que las circunstancias fueron conduciendo a los líderes revolucionarios: “...la Revolución Francesa no había sido realizada por revolucionarios. Sería más válido afirmar que los revolucionarios habían sido creados por la revolución” (Doyle, William, 1980, *Origins of the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press; citado en Rudé 1989, 43)

³⁹⁴ Esto se concretizó en el apoyo que recibió el bando bolchevique durante la guerra civil de parte de fuerzas populares de los países que estaban interviniendo en favor de “los blancos”. Por ejemplo, McMeekin (2017) señala que, ante la intervención inglesa en la guerra civil y el apoyo inicial prestado a la invasión polaca de 1919 a Ucrania, los estibadores iniciaron una huelga para impedir el embarque de cañones a Polonia, y el Partido Laborista presionó hasta que finalmente el primer ministro Lloyd George tuvo que detener la ayuda a Polonia en 1920. Por su parte Hobsbawm señala que “...un motín de la marinería francesa en el Mar Negro impediría la intervención militar de Francia contra los bolcheviques en la guerra civil rusa...” (1997a, 67).

³⁹⁵ Hobsbawm relata: “Diversos ejércitos y regímenes contrarrevolucionarios (“blancos”) se levantaron contra los soviets, financiados por los aliados, que enviaron a suelo ruso tropas británicas, francesas, norteamericanas, japonesas, polacas, serbias, griegas y rumanas” (1997a, 71). También los aliados le permitieron los ejércitos alemanes que estaban ocupando

guerra situaron a una serie de estados anticomunistas en las fronteras de la URSS como un “cordón sanitario”,³⁹⁶ y establecieron un bloqueo diplomático y económico en torno a la URSS.³⁹⁷ Esta amenaza tenía múltiples facetas entrelazadas. Por una parte, la Revolución Rusa era un ejemplo para otras revoluciones que se estaban produciendo o que podían producirse en el ambiente de inestabilidad política y crisis económica que siguió a la guerra, crisis económica que resurgiría potenciada con la Gran Depresión de la década de 1930. Así, cualquier eventual nueva revolución ya contaba con un modelo que la podía conducir a adquirir un carácter abiertamente anticapitalista, y bajo la inspiración de la Revolución Rusa, algunos revolucionarios declararon efímeros “gobiernos soviéticos” (el que tuvo mayor duración fue la República Soviética Húngara que sobrevivió algunos meses en 1919). Además, los revolucionarios rusos proclamaban el principio internacionalista, entendían a la Revolución Rusa como parte de una revolución mundial y buscaron fomentarla.³⁹⁸ La consolidación del poder de los bolcheviques con su triunfo en la guerra civil no se produjo hasta 1921, cuando la oleada revolucionaria estaba acabando y había sido derrotada en todos los casos, por lo que no pudieron prestar apoyo a otros intentos revolucionarios, así, la esperanza bolchevique de que estallara la revolución mundial se diluyó con el fracaso de las revoluciones en Europa Central y especialmente de Alemania. Sin embargo, los bolcheviques buscaron fomentar el internacionalismo revolucionario a través de la Comintern (la Tercera

territorio de Rusia mantenerse activos (mientras todo el ejército alemán era desmovilizado), participando activamente en teatros de la guerra civil como en los países bálticos.

³⁹⁶ Hobsbawm señala: “Salvar al mundo del bolchevismo y reestructurar el mapa de Europa eran dos proyectos que se superponían, pues la maniobra inmediata para enfrentarse a la Rusia revolucionaria... era aislarla tras un *cordón sanitaire*, como se decía en el lenguaje diplomático de la época, de estados anticomunistas. Dado que éstos [Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania] habían sido constituidos totalmente, o en gran parte, con territorios de la antigua Rusia, su hostilidad hacia Moscú estaba garantizada [...] El intento de prolongar ese aislamiento hacia el Cáucaso fracasó... los estados independientes de Armenia y Georgia, establecidos tras la firma del tratado de Brest-Litovsk, y los intentos de los británicos de desgajar de Rusia el territorio petrolífero de Azerbaiján, no sobrevivieron a la victoria de los bolcheviques en la guerra civil de 1918-1920 y al tratado turco-soviético de 1921” (1997a, 40, cursivas del autor).

³⁹⁷ El bloqueo diplomático llegó tan lejos que incluso en 1939, ante la ya inminente amenaza de guerra contra la Alemania nazi, la URSS fue completamente marginada de las conversaciones de paz de Múnich y las potencias occidentales no contemplaron incluirla en una alianza, Hobsbawm señala: “...Gran Bretaña y Francia no se decidieron a negociar seriamente con Stalin para concertar una alianza, sin la cual la guerra no podía ni posponerse ni ganarse, y sin la cual las garantías contra un ataque alemán que Neville Chamberlain había dado con cierta ligereza a los países de Europa oriental – sin ni siquiera *informar* a la URSS, por increíble que pueda parecer– eran papel mojado” (1997, 160, énfasis del autor).

³⁹⁸ Hobsbawm señala: “...la revolución de octubre se veía a sí misma, más incluso que la revolución francesa en su fase jacobina, como un acontecimiento de índole ecuménica más que nacional. Su finalidad no era instalar la libertad y el socialismo en Rusia, sino llevar a cabo la revolución proletaria mundial. A los ojos de Lenin y de sus camaradas, la victoria del bolchevismo en Rusia era ante todo una batalla en la campaña que garantizaba su triunfo a escala universal, y esa era su auténtica justificación” (1997a, 64).

Internacional o Internacional Comunista) que fue fundada en 1919, del financiamiento de algunos partidos comunistas,³⁹⁹ y del fomento de la lucha antiimperialista, para lo que se convocó en 1920 el Congreso de los Pueblos del Este. A esto se sumó que aproximadamente desde 1920 quedó claro que los bolcheviques ganarían la guerra civil y que contaban con un crecientemente poderoso “Ejército Rojo”. Así, a inicios de la década de 1920, el Ejército Rojo ya era capaz de apoyar eventuales nuevos intentos revolucionarios, particularmente en la muy inestable Europa Oriental, por lo que ya podría dar un respaldo militar muy relevante al principio internacionalista proclamado por los revolucionarios rusos y la Comintern.⁴⁰⁰

Pero el modelo soviético no sólo influyó en la izquierda revolucionaria. El ejemplo de las políticas soviéticas –como la reforma agraria, la nacionalización de la banca y de la gran industria, y el desconocimiento de la deuda internacional– también era contemplado con simpatías por parte de la izquierda socialdemócrata, lo que podía poner nuevas dificultades a la expansión capitalista, incluso en los países donde había relativa tranquilidad política. La Revolución Rusa también sirvió de modelo a revolucionarios anticolonialistas que no necesariamente comulgaban con todos los planteamientos comunistas, pero que eventualmente podían tomar elementos de las políticas soviéticas para la reforma de sus países, lo que tomaría mayor relevancia cuando el proceso de descolonización se desatara luego de la Segunda Guerra Mundial.⁴⁰¹ El manejo soviético de la economía adquirió un cierto prestigio por el significativo crecimiento que logró después de la guerra civil, y particularmente durante la Gran Depresión por la aparente inmunidad de la economía soviética a ella (que en gran medida se debía a las escasas relaciones económicas que

³⁹⁹ McMeekin (2017) señala que a los delegados del Segundo Congreso de la Comintern se les envió con joyas y “tesoros zaristas” de contrabando para financiar los partidos comunistas de países como Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia.

⁴⁰⁰ El Segundo Congreso celebrado en Petrogrado en julio de 1920, al que asistieron más de 200 delegados extranjeros, se produjo durante la guerra soviético-polaca, en el momento en que la contraofensiva del Ejército Rojo amenazaba a Varsovia. En ese momento los dirigentes soviéticos y de la Comintern evaluaban con optimismo la posibilidad de expandir la revolución por Europa oriental y central. Así, Lenin le escribió a Stalin: “La situación en la Komintern es excelente. Zinóviev, Bujarin y yo mismo creemos que la revolución debería producirse de inmediato en Italia. Opino que, para lograrlo, habría que soviétizar Hungría y, tal vez Checoslovaquia y Rumania” (Pipes, Richard, 1995, *Russia Under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Vintage, página 177; citado en McMeekin 2017, 357).

⁴⁰¹ Heller recalca el papel del “modelo soviético” en la formación del nuevo estado turco: “...la fundación de la República [fue] proclamada en Ankara en octubre de 1923. El kemalismo, forma nacionalista, estatista y secular del nuevo Estado turco, se apoyó en el modelo soviético de economía planificada y antiimperialista. Durante mucho tiempo figuró como ejemplo de los pueblos de Asia combatientes por su liberación” (1984, 94).

mantenía la URSS con otros países por el bloqueo que se le impuso),⁴⁰² por lo que la planificación estatal de la economía comenzó a plantearse como un modelo de la gestión económica. Así, en parte por la influencia de la URSS, la planificación estatal y la nacionalización de sectores estratégicos de la economía se transformarían en instrumentos centrales de la política económica por varias décadas.⁴⁰³ Estos instrumentos fueron empleados por gobiernos de muy diferente signo político, pero en cualquier caso implicaba una renovada capacidad estatal para dirigir, encausar y eventualmente restringir a los capitalistas, es decir, implicó un nuevo equilibrio en las relaciones de poder estado-capitalistas más favorable a los estados.

También la influencia de la Revolución Rusa en la política y geocultura del sistema-mundo fue enorme. La revolución Rusa se transformó en un hecho político central,⁴⁰⁴ a partir del cual se reconfiguraron y potenciaron los imaginarios asociados con la posibilidad de una revolución. La imagen idealizada o demonizada de la Revolución Rusa, y junto a ella de la posibilidad de la revolución, se propagó en el sistema-mundo y quedó instalada como un componente central de las luchas políticas, ya sea en la versión de una “amenaza roja” a los fundamentos de la civilización,⁴⁰⁵ o como un ejemplo esperanzador de la posibilidad de establecer un nuevo mundo de igualdad y justicia social.⁴⁰⁶ Lo que interesa destacar es la

⁴⁰² Hobsbawm señala: “...la Unión Soviética, parecía ser inmune a [las consecuencias de la Gran Depresión]. Mientras el resto del mundo, o al menos el capitalismo liberal occidental, se sumía en el estancamiento, la URSS estaba inmersa en un proceso de industrialización acelerada, con la aplicación de los planes quinquenales. Entre 1929 y 1940, la producción industrial se multiplicó al menos por tres en la Unión Soviética, cuya participación en la producción mundial de productos manufacturados pasó del 5 por 100 en 1929 al 18 por 100 en 1938, mientras que durante el mismo período la cuota conjunta de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia disminuyó del 59 al 52 por 100 del total mundial. Además, en la Unión Soviética no existía desempleo. Esos logros impresionaron a los observadores extranjeros de todas las ideologías...” (1997a, 103).

⁴⁰³ Sobre la planificación Hobsbawm señala: “A raíz de los planes quinquenales de Rusia, los términos “plan” y “planificación” estaban en boca de todos los políticos. Los partidos socialdemócratas comenzaron a aplicar “planes”, por ejemplo en Bélgica y Noruega [...] Una serie de jóvenes políticos conservadores, como el futuro primer ministro Harold Macmillan (1894-1986) se convirtieron en defensores de la “planificación”. Incluso los mismos nazis plagiaron la idea cuando Hitler inició un “plan cuatrienal”” (1997a, 103-104).

⁴⁰⁴ Hobsbawm plantea: “...desde la revolución de octubre, la política internacional ha de entenderse, con la excepción del período 1933-1945, como la lucha secular de las fuerzas del viejo orden contra la revolución social, a la que se asociaba con la Unión Soviética y el comunismo internacional, que se suponía que la encarnaban y dirigían” (1997a, 64).

⁴⁰⁵ Casals señala: “El ascenso al poder en una potencia europea de un grupo de socialistas revolucionarios aterrorizó a los sectores dominantes de gran parte del mundo [...] Era, nada menos, la materialización de los miedos al socialismo y de la angustia frente a la expansión internacional de ese tipo de fenómenos” (2017, 81).

⁴⁰⁶ Hobsbawm relata: “...una oleada revolucionaria barrió el planeta en los dos años siguientes a la revolución de octubre [...] Las señales... ...se escucharon en todos los lugares donde existían movimientos obreros y socialistas, con independencia de su ideología, e incluso más allá. Hasta los trabajadores de las plantaciones de tabaco de Cuba, muy pocos de los cuales sabían dónde estaba Rusia, formaron “soviets”. En España, al período 1917-1919 se le dio el nombre de “bienio bolchevique”, aunque la izquierda española era profundamente anarquista... Sendos movimientos estudiantiles

amenaza que esto significaba para las clases y grupos dominantes. Esta amenaza tenía un doble cariz, ya que combinaba la amenaza geopolítica que representaba la URSS, con la amenaza política interna que representaban los nuevos o potenciados grupos o partidos revolucionarios que contaban con un programa anticapitalista. La inspiración ideológica de la URSS, la presencia y las directrices de la Comintern y el real o imaginado apoyo de la URSS a los partidos comunistas de los diferentes países, creaba una situación donde la geopolítica se confundía con la política interna, ya que las clases y grupos dominantes y todos aquellos que rechazaban la idea de una revolución visualizaban (no importa aquí si esa visión tenía o no elementos de realidad) que la “amenaza roja” se infiltraba desde el exterior en sus respectivos países.⁴⁰⁷ Esto produjo que la “amenaza roja” se entendiera a la vez como internacional y nacional, que el comunismo local no sólo se lo entendiera como una amenaza política nacional sino también se lo considerara como una especie de “infiltración extranjera”, y “los comunistas” (reales militantes, simpatizantes, miembros de otros grupos de izquierda anticapitalista e incluso, dependiendo de quién usara el calificativo, socialdemócratas o liberales) como traidores agentes de un enemigo externo. Este temor al comunismo fue uno de los motivos por los cuales el período de entreguerras fue testigo de una exacerbación de la violencia política en gran parte del mundo, con el surgimiento de tendencias extremas en la derecha del espectro político que se oponían radicalmente al

revolucionarios estallaron en Pekín (Beijing) en 1919 y en Córdoba (Argentina) en 1918, y desde este último lugar se difundieron por América Latina. [En México] la revolución local, que inició su fase más radical en 1917, reconocía su afinidad con la Rusia revolucionaria: Marx y Lenin se convirtieron en sus ídolos... La revolución de octubre... ..dejó su impronta en la principal organización de masas del movimiento de liberación nacional indonesio, Sarekat Islam. “Esta acción del pueblo ruso —escribió un periódico de provincias turco— será algún día un sol que iluminará a la humanidad”. En las remotas tierras interiores de Australia, los rudos pastores (muchos de ellos católicos irlandeses), que no se interesaban por la teoría política, saludaron alborozados a los soviets como el estado de los trabajadores. En los Estados Unidos, los finlandeses, que durante mucho tiempo fueron la comunidad de inmigrantes más intensamente socialista, se convirtieron en masa al comunismo, multiplicándose en los inhóspitos asentamientos mineros de Minnesota las reuniones “donde la simple mención del nombre de Lenin hacía palpar el corazón... En medio de un silencio místico, casi en un éxtasis religioso, admirábamos todo lo que procedía de Rusia”. En suma, la revolución de octubre fue reconocida universalmente como un acontecimiento que conmovió al mundo” (1997a, 72-73, no hay referencias a las citas).

⁴⁰⁷ Esto no sólo ocurrió en los países más próximos a la URSS, también a miles de kilómetros de distancia. Por ejemplo en Chile, Casals plantea que las fuerzas conservadoras visualizaban en los eventos políticos nacionales la influencia de esta amenaza internacional: “[La prensa conservadora y el *establishment* oligárquico visualizaban que] los “tentáculos soviéticos” ya habían llegado a Chile fomentando y aprovechando las tensiones de la “cuestión social”. El incremento en el número de huelgas [entre 1918 y 1920] hizo que la relación entre penetración foránea y problemas sociales se hiciera más explícita en los discursos sociales de la élite y sus adherentes. El masivo arribo de “agentes” de la revolución, de ese modo, se concibió como un hecho consumado, explicándose así el resquebrajamiento del orden social tradicional, primero, y el surgimiento de opciones contestatarias al sistema oligárquico imperante, después” (2017, 87-88).

comunismo y las tendencias revolucionarias.⁴⁰⁸ En este marco parte importante de las clases y grupos dominantes apoyaron a los grupos y partidos más radicales de la derecha política, por lo que el anticomunismo fue uno de los elementos que explican la radicalidad de las luchas políticas del período de entreguerras.⁴⁰⁹ El fascismo y las tendencias más reaccionarias de la derecha se potenciaron en este contexto, en particular el fascismo italiano adquirió un importante prestigio internacional entre las fuerzas de derecha por su éxito frente al comunismo.⁴¹⁰ Así, en las ocasiones en las que las clases dominantes se consideraron más amenazadas, por comunistas, por otros revolucionarios o por el avance parlamentario de tendencias socialistas o socialdemócratas moderadas,⁴¹¹ tendieron a apoyar e impulsar a las fuerzas más reaccionarias, fascistas y violentas de la derecha, por lo que terminaron por alcanzar los gobiernos de varios países y una vez en ellos afianzarse como dictaduras. La

⁴⁰⁸ Kershaw señala: “[La Primera Guerra Mundial tuvo] un legado que suponía la glorificación de la guerra y que acogía con los brazos abiertos a la violencia y al odio. Para muchos, la guerra simplemente no acabó en noviembre de 1918. El choque cultural que supusieron la derrota, la revolución y el triunfo del socialismo, y los miedos paranoicos al “Terror Rojo” a través de los relatos de horror propagados por los refugiados que llegaban huyendo de la guerra civil rusa, alimentaron una mentalidad brutal en la que la matanza y la mutilación de los que eran considerados responsables del desastre se convirtió en un deber, una necesidad y un placer, esto es en una forma normal de vida. Nuevos y aterradores niveles de intensísima violencia política fueron el rasgo característico de buena parte de la Europa de posguerra” (2016, 156). A gran distancia de la URSS también se vivió una radicalización de las luchas políticas, por ejemplo, Casals (2017) señala que en Chile en los años inmediatamente posteriores a la Revolución Rusa surgieron y se extendieron milicias de extrema derecha, las llamadas Ligas Patrióticas.

⁴⁰⁹ Por ejemplo, en relación al Fascismo, Kershaw (2016) destaca que en el marco de la amenaza revolucionaria durante el *biennio rosso* (1919-1920) el movimiento fascista comenzó a cobrar fuerza y a recibir amplio apoyo de las clases dominantes: “El primitivo respaldo a las huelgas de los obreros dio paso en el otoño de 1920 al despliegue de escuadras paramilitares fascistas con el fin de romper las huelgas en beneficio de los terratenientes y los industriales. La violencia de las escuadras se incrementó notoriamente durante los meses sucesivos. Mussolini se había dado cuenta... [que para] obtener el poder necesitaba el respaldo de los que tenían dinero e influencia. [...] Su tipo de radicalismo –el hincapié en la unidad nacional, la autoridad y el orden, la predisposición a imponer el orden por medio de la violencia contra cualquiera que se interpusiera en su camino (la izquierda socialista, los revolucionarios, los huelguistas)– no sólo era compatible con los intereses de la clase dirigente conservadora, sino que estaba directamente a su servicio” (2016, 199), y más adelante indica: “...el fascismo no habría podido alcanzar una posición de predominio sin el apoyo de las élites dirigentes, que unieron su suerte a la del movimiento de Mussolini. Mussolini no conquistó el poder, fue invitado a asumirlo. A continuación, las élites conservadoras, monárquicas, militares y eclesiásticas, temerosas del socialismo, estuvieron encantadas de respaldar los métodos de intimidación y manipulación que en 1925 dieron al fascismo casi el monopolio del control del estado” (2016, 205).

⁴¹⁰ Kershaw destaca el prestigio internacional que alcanzó el fascismo italiano: “Los extranjeros lo admiraban [a Mussolini] entre otras cosas como auténtico baluarte frente al comunismo. El propio Winston Churchill lo elogió describiéndolo en 1933 como la personificación del genio romano” (2016, 379).

⁴¹¹ En la extrema derecha se tendió a visualizar en un continuo a los comunistas/bolcheviques, los socialdemócratas e incluso a los liberales. En parte esta visión se debía al hecho de que la revolución de febrero que derrocó al zar instauró inicialmente un gobierno liberal, dirigido por Gueorgui Lvov, que fue reemplazado en Julio por un gobierno socialista encabezado por Alexandr Kerenski que finalmente fue derrocado por la revolución bolchevique en octubre (véase McMeekin 2017). Por ejemplo, en el caso de Chile, Casals relata que en la elección de 1920 a Jorge Alessandri se lo caricaturizaba de “maximalista” por parte de la prensa conservadora, así, en el periódico conservador *Diario Ilustrado* se señalaba que en la elección estaba en juego “...el predominio de nuestras ideas sociales y constitucionales o el triunfo de las ideas maximalistas que destrozaron a Rusia y que hoy están latentes entre la gente que hoy rodea al candidato liberal...” (citado en Casals 2017, 89).

consolidación del fascismo en Italia, de la derecha militarista en Japón y particularmente del nazismo en Alemania, potencias que buscaban una nueva reorganización del sistema-mundo en su favor, fue un factor central para que detonara la Segunda Guerra Mundial, y particularmente explica el carácter genocida de la guerra en el frente oriental, ya que la invasión de Alemania a la URSS no sólo respondía a una lucha imperialista por territorios, sino además a una lucha ideológica en la que se entremezclaba el nacionalismo, el racismo y el anticomunismo más extremo que buscaba exterminar al “bolchevismo judío” y someter a los pueblos “inferiores”, los eslavos, a un nuevo régimen de servidumbre.⁴¹²

A pesar de todos los temores desatados por la revolución, durante el período de entreguerras la amenaza permaneció relativamente controlada. El “cordón sanitario” en torno a la URSS funcionó, ya que los países de Europa Oriental permanecieron profundamente anticomunistas (serían aliados de la Alemania Nazi en la guerra contra la URSS). En este período la amenaza del eventual apoyo militar de la URSS a una revolución sólo se concretizó en la ayuda a los revolucionarios chinos en la década de 1920 y a la republica durante la Guerra Civil Española (1936-1939), en ambos casos el apoyo no tuvo éxito. Sin embargo, por otro lado, la URSS se consolidó como una potencia crecientemente poderosa, y los partidos comunistas aparecían como una fuerza revolucionaria disciplinada, dispuesta a realizar transformaciones económicas y sociales siguiendo el modelo soviético. Así, la amenaza para las clases y grupos dominantes que representaba la URSS y el comunismo se contuvo pero se mantuvo presente, agudizando las relaciones de poder y tensionando la estructura de dominación.

3.2.3. La Postguerra

La contención de la amenaza comunista terminaría con la Segunda Guerra Mundial. El triunfo soviético sobre Alemania y Japón provocó que en 1945 su ejército ocupara prácticamente la totalidad de Europa central y oriental, además de parte de China y Corea, lo que pronto se tradujo en que los nuevos gobiernos de esos países se volvieran comunistas

⁴¹² Kershaw señala: “En las campañas en el frente occidental y en el norte de África, sin embargo, los combates fueron en su mayor parte relativamente convencionales. En la Europa del este la cosa fue distinta. Allí la crueldad, la brutalidad y el puro desprecio de la vida humana se escapan por completo a la imaginación. Los combates allí formaron parte de una guerra racial. Ello fue consecuencia directa del objetivo simultaneo de conquista al estilo colonial y de limpieza racial que se habían fijado los líderes nacionalsocialistas de Alemania” (2016, 474-475).

(las excepciones fueron Austria y China). A ellos se sumaron Yugoslavia y Albania, donde partisanos comunistas habían liberado sus respectivos países. Además, gracias al triunfo sobre la Alemania nazi, la URSS y el comunismo pasaron a gozar de un prestigio internacional inédito, reforzado por la importancia central de los comunistas en los movimientos de resistencia a la ocupación alemana, italiana y japonesa, que les entregó un gran apoyo en sus respectivos países (Hobsbawm 1997a). Así, en algunos casos los comunistas quedaron situados en el centro de la vida política democrática de sus países (como en Francia e Italia), y en otros casos su lucha contra los ocupantes continuó en una guerra civil contra fuerzas anticomunistas (como en China o Grecia), o en una guerra de liberación nacional contra la potencia colonial que volvió a ocupar su territorio (cómo en Vietnam). Este creciente e inédito prestigio y poder que tenía el comunismo al finalizar la Segunda Guerra Mundial se produce en un período que se vislumbraba como especialmente crítico para los capitalistas y las potencias céntricas del sistema-mundo, en 1945 y los años inmediatamente posteriores no había ninguna seguridad de que se produjera una recuperación económica y, por el contrario, era razonable proyectar, en base a la experiencia de la primera postguerra, una época de crisis económica y social.⁴¹³ A continuación repasaré rápidamente estas amenazas y como se irían diluyendo en las siguientes décadas, para dar un contexto geopolítico y geoeconómico al proceso de gestación de la nueva estructura de dominación hegemónica que analizaré en los siguientes capítulos, y al cambio que sufrió a inicios de la década de 1980 su contenido ideológico y las políticas que de ella se difundían.

Las amenazas para el orden capitalista que se abrían luego de la guerra eran múltiples. Todas las potencias céntricas con la excepción de Estados Unidos salieron ampliamente debilitadas en términos económicos y geopolíticos de la guerra. La crisis económica de los primeros años de la postguerra fue profunda, la destrucción de la base productiva que dejó la guerra fue enorme (Kershaw 2016), y los países que no fueron ampliamente destruidos debían

⁴¹³ Hobsbawm plantea: "...la guerra fría se basaba en la creencia occidental... de que la era de las catástrofes no se había acabado en modo alguno; que el futuro del capitalismo mundial y de la sociedad liberal distaba mucho de estar garantizado. La mayoría de los observadores esperaba una crisis económica de posguerra grave, incluso en los Estados Unidos, por analogía con lo que había sucedido tras el fin de la primera guerra mundial. Un futuro premio Nobel de economía habló en 1943 de la posibilidad de que se diera en los Estados Unidos "el período más grande de desempleo y de dislocación de la industria al que jamás se haya enfrentado economía alguna" (1997a, 234; citando a Samuelson, Paul, 1943, "Full employment after the war", en Harris, S. (editor), *Post-war Economic Problems*, Nueva York, página 51).

reestructurar la economía de guerra en el contexto de un enorme endeudamiento (con EE.UU.), y de una crisis económica que incluso generó un desabastecimiento alimentario que incrementó la escasez y el racionamiento que había durante la guerra.⁴¹⁴ En términos de la política interna se produjo un giro a la izquierda y un fortalecimiento de los partidos comunistas en prácticamente todos los países céntricos. El giro a la izquierda implicó el triunfo electoral de partidos socialdemócratas en varios países –incluso Winston Churchill fue derrotado en las elecciones de 1945 pese a su enorme prestigio por la victoria contra Alemania–, los cuales comenzaron a implementar una serie de políticas destinadas a ampliar la seguridad social (esto también lo hicieron gobiernos conservadores), e incluso nacionalizaron sectores considerados estratégicos de la economía nacional.⁴¹⁵ Los partidos comunistas tuvieron avances electorales en numerosos países, particularmente en Francia e Italia,⁴¹⁶ y pasaron a ser parte de varios de los gobiernos de “unidad nacional” que se conformaron inmediatamente después de la guerra (Hobsbawm 1997a) Además tenían una amplia influencia social, por ejemplo, en los sindicatos y en el ámbito cultural.⁴¹⁷ Si bien el fortalecimiento de la seguridad social era un elemento estabilizador de la situación política, las nacionalizaciones, el crecimiento de la izquierda y particularmente el fortalecimiento de las organizaciones sindicales y de los partidos comunistas, implicaban amenazas y

⁴¹⁴ Hobsbawm señala: “La situación en la inmediata posguerra en muchos de los países liberados y ocupados parecía contraria a los políticos moderados, con escasos apoyos salvo el de sus aliados occidentales, asediados desde dentro y fuera de sus gobiernos por los comunistas, que después de la guerra aparecieron en todas partes con mucha más fuerza que en cualquier otro tiempo anterior y, a veces, como los partidos y formaciones políticas mayores en sus respectivos países. El primer ministro (socialista) de Francia fue a Washington a advertir que, sin apoyo económico, probablemente sucumbiría ante los comunistas. La pésima cosecha de 1946, seguida por el terrible invierno de 1946-1947, puso aún más nerviosos tanto a los políticos europeos como a los asesores presidenciales norteamericanos.” (1997a, 235).

⁴¹⁵ Además de extender el estado de bienestar, los gobiernos socialdemócratas buscaron ampliar la participación estatal en la economía, particularmente el control de las “áreas estratégicas”. Así, en el Reino Unido: “El objetivo del nuevo gobierno laborista era ni más ni menos que una revolución social y económica por medios democráticos. Las minas de carbón, los ferrocarriles, el servicio de gas y electricidad, y el Banco de Inglaterra fueron nacionalizados. En virtud de la ley de Educación introducida en 1944 por el gobierno de coalición de los años de guerra se hizo posible la ampliación del acceso a los centros de enseñanza secundaria. Se mejoraron los derechos de los trabajadores. Se emprendió un amplísimo programa de vivienda. Pero, sobre todo, se estableció el “estado de bienestar” (Kershaw 2016, 644).

⁴¹⁶ Kershaw detalla este avance: “En las primeras elecciones de posguerra celebradas en la mayor parte de los países los partidos comunistas doblaron o más su fuerza, si se compara con los niveles de apoyo que habían tenido antes de la guerra. El número más elevado de votos comunistas en 1945-1946 se produjo en Francia (más de 26%), Finlandia (23,5%), Islandia (19,5%) e Italia (casi el 19%). Los comunistas consiguieron apoyos de entre el 10 y el 13% en Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Noruega y Suecia, y hasta del 14% en algunas elecciones regionales en Alemania...” (2016, 640).

⁴¹⁷ Hobsbawm señala: “Tanto la devoción de los intelectuales franceses hacia el marxismo como el dominio de la cultura italiana por personajes vinculados al Partido Comunista, que se prolongaron durante una generación, fueron un corolario de la resistencia” (1997a, 172).

contrapesos al dominio de los capitalistas y demás clases y grupos dominantes en los países céntricos.

A nivel geopolítico la situación probablemente era aún más amenazante. La debilidad de los países céntricos era inédita. Al finalizar la guerra sus ejércitos, con la excepción de Estados Unidos y el Reino Unido, estaban prácticamente desmantelados, y el Reino Unido pronto se declaró incapaz de sustentar económicamente algunas de sus operaciones militares.⁴¹⁸ Esto, y el creciente poder militar de la URSS (detona su primera bomba atómica en 1949), hizo imposible impedir que, bajo la influencia y presión de la URSS, los gobiernos de Europa Oriental se volvieran comunistas, y que en algunos países triunfara el bando comunista en revoluciones, guerras civiles y guerras de liberación nacional. De esta manera, en los años inmediatamente posteriores a la guerra se haría realidad la amenaza de la expansión comunista, en Europa Oriental en los años inmediatamente posteriores a la guerra, en Corea del Norte en 1948, en China en 1949, en Vietnam del Norte en 1954 y, a escasos kilómetros de las costas estadounidenses, en Cuba en 1959.⁴¹⁹ Además, inicialmente la URSS y China mantuvieron una alianza que resultaba particularmente amenazante por las dimensiones geopolíticas que podía adquirir, alianza que se concretó en su participación conjunta en la Guerra de Corea (1950-1953), y en el apoyo a varios movimientos independentistas (Heller 1984). Sin embargo, el peligro revolucionario iba más allá de la sola influencia o intervención de la URSS, ya que en varias de las revoluciones y guerras de liberación nacional que catapultaron movimientos comunistas al poder la URSS tuvo escasa o nula influencia (por ejemplo, en Yugoslavia, China o Cuba).

La debilidad geopolítica de las potencias céntricas potenció las presiones independentistas que enfrentaban en sus imperios coloniales desde antes de la guerra, particularmente desde la década de 1930 (Hobsbawm 1997a), y el proceso de descolonización de África y Asia se

⁴¹⁸ Por ejemplo, "...Gran Bretaña hubo de reconocer a comienzos de 1947 que, después de los esfuerzos realizados en la segunda guerra mundial, estaba excesivamente debilitada desde el punto de vista económico, financiero y militar para seguir siendo la potencia protectora de una Grecia no comunista" (Graml 2011, 193). Por ello su presencia militar y apoyo logístico fue reemplazado por el de Estados Unidos.

⁴¹⁹ Hobsbawm relata de la siguiente manera la rapidez del "avance comunista": "Al cabo de poco más de treinta años de la llegada de Lenin a la estación de Finlandia, un tercio de la humanidad y todos los Gobiernos entre el Elba y el mar de China vivían bajo el dominio de partidos comunistas. La propia Unión Soviética, derrotando a la máquina bélica más formidable del siglo XX, que había pulverizado a la Rusia zarista, salió de la Segunda Guerra Mundial como una de las dos superpotencias del mundo. No ha habido un triunfo de una ideología comparable desde las conquistas (más lentas y menos globales) del Islam en los siglos VII y VIII de nuestra era" (2003, 125).

hizo inminente, comenzando a concretizarse antes que terminara la década de 1940 con la independencia de algunos países, por ejemplo en el subcontinente indio y en Medio Oriente. En este contexto una parte significativa de los movimientos de liberación nacional adoptaron una ideología comunista o cercana a ella, ya que el comunismo en particular y la izquierda en general mantenían un discurso antiimperialista, por lo que inspiraron a varios de los movimientos de liberación nacional en su lucha contra las potencias coloniales.⁴²⁰ Este proceso de independencia se produjo cuando el poder del bloque comunista estaba en su punto más alto, por lo que prestaron apoyo a los movimientos de liberación nacional que consideraban cercanos, o a aquellos que podían causar mayor perjuicio a los países céntricos, por lo que la URSS, China, Yugoslavia, Cuba, Vietnam y varios otros países socialistas apoyaron las luchas antiimperialistas y movimientos que buscaban instaurar el socialismo en diferentes latitudes.⁴²¹ Por otra parte, en esos años el prestigio de la URSS y de su capacidad técnica y económica estaba en alza, en un hecho de amplia difusión lanzó el primer satélite espacial, el Sputnik, en 1957, antes de EE.UU., sostuvo un mayor crecimiento económico que Estados Unidos durante la década de 1950 (Hobsbawm 1997a), y su modelo de planificación y de control estatal de la economía tenía una amplia influencia en los nuevos gobiernos de los países recientemente independientes, por lo que la URSS prestó asesoramiento técnico y financiero a los países recién independizados, apoyando sus políticas

⁴²⁰ Hobsbawm señala: “el antiimperialismo y los movimientos de liberación colonial se inclinaron mayoritariamente hacia la izquierda, hasta encontrarse, al menos al final de la guerra, en sintonía con la movilización antifascista mundial. La razón fundamental es que la izquierda occidental había desarrollado la teoría y las políticas antiimperialistas y que los movimientos de liberación colonial fueron apoyados fundamentalmente por la izquierda internacional y, sobre todo (desde el Congreso de los Pueblos Orientales que celebraron los bolcheviques en Bakú en 1920), por la Comintern y por la URSS” (1997a, 177).

⁴²¹ El apoyo de la URSS y China a estos movimientos no siempre fue muy activo. Por ejemplo en el caso de la URSS, a lo largo de la Guerra Fría, en varias ocasiones desalentó o se abstuvo de apoyar movimientos de corte comunista que podían llegar al poder para intentar mantener la coexistencia con el bloque occidental. Esto se dio desde un inicio: “...la URSS, hacia la que los partidos comunistas mostraban una lealtad total, desalentó con firmeza los intentos unilaterales de conseguir el poder. De hecho, las revoluciones comunistas que se llevaron a cabo (en Yugoslavia, Albania y luego China) se realizaron contra la opinión de Stalin. El punto de vista soviético era que, tanto a escala internacional como dentro de cada país, la política de la posguerra tenía que seguir desarrollándose en el marco de la alianza antifascista global, es decir, el objetivo perseguido era la coexistencia a largo plazo... No hay duda de que Stalin era sincero cuando hacía esos planteamientos e intentó demostrarlo disolviendo la Comintern en 1943 y el Partido Comunista de Estados Unidos en 1944” (Hobsbawm 1997a, 173). Sin embargo, en términos generales los estados del “bloque oriental” y los partidos comunistas o de izquierda dieron apoyo a los movimientos anticolonialistas. Por ejemplo, los movimientos y partidos comunistas de los propios países céntricos prestaron apoyo a las luchas de liberación nacional que se llevaban a cabo contra sus propios países. Uno de los motivos por el cual los comunistas fueron sacados del gobierno de unidad nacional francés que se formó al finalizar la guerra fue su oposición al uso de la fuerza para mantener el dominio imperialista sobre Madagascar e Indochina (Kershaw 2016).

y desafíos a las potencias céntricas.⁴²² Esto se tradujo en la nacionalización de las filiales de varias transnacionales ubicadas en países periféricos, caso notable fue la estatización de empresas petroleras en países árabes (Heller 1984), lo que mostraba un inédito margen de maniobra de los países periféricos y semiperiféricos frente a los capitalistas y estados céntricos.

De esta manera, en los primeros años de la postguerra los estados y capitalistas del centro enfrentaron importantes peligros y desafíos en sus propios países y a nivel internacional. Ante estos desafíos la histórica prioridad de la acumulación infinita de capital debió atemperarse. Por una parte, para eliminar cualquier amenaza política interna, se tenían que ampliar las concesiones económicas a las clases subordinadas de los países céntricos. El creciente estado de bienestar fue la respuesta.⁴²³ Por otra parte, frente a los países periféricos y semiperiféricos se implementaron diversas estrategias para evitar la amenaza revolucionaria y un eventual paso al “bloque soviético”. Por una parte, se mantuvo presión diplomática e intervención militar directa e indirecta, así como el apoyo a regímenes profundamente anticomunistas que colaboraban con las potencias céntricas (monarquías como la de Arabia Saudita por ejemplo (Heller 1984)). A estas estrategias tradicionales –ampliamente usadas en la dominación imperialista– se las complementó con nuevas estrategias, como la ayuda económica directa que incluía transferencias, ayuda alimentaria, asesoramiento técnico, etc.,⁴²⁴ y con el estableciendo de “planes de desarrollo” en los que, en ocasiones, se matizaban las prioridades de la acumulación capitalista buscando cierto mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares, y se complementaban con medidas políticas para disminuir la “presión sociopolítica”, por ejemplo, el control de la

⁴²² Hobsbawm plantea que: “...en el período de la independencia, el socialismo (en la versión comunista soviética) atraía a los gobiernos descolonizados no sólo porque la izquierda de la metrópoli siempre había defendido la causa del antiimperialismo, sino también porque veían en la URSS el modelo para superar el atraso mediante la industrialización planificada, un problema que les preocupaba más vitalmente que el de la emancipación de quienes pudieran ser descritos en su país como “el proletariado”” (1997a, 207).

⁴²³ Kershaw plantea que al finalizar la guerra en Europa había una generalizada demanda para que los gobiernos asumieran la tarea de mejorar las condiciones de vida de la población. Así, se produjo un gran consenso sobre la ampliación del estado de bienestar: “Los políticos de todos los colores, tanto liberales y conservadores como los líderes de los movimientos obreros, presionaron, aunque con proyectos distintos, para crear una red de asistencia social más amplia” (2016, 555).

⁴²⁴ von Albertini señala: “Al alcanzar las colonias la independencia [los] países industriales reconocieron que había que ayudar a los jóvenes Estados, siendo lo más urgente el envío de expertos y la ayuda para la formación de cuadros. Los Estados Unidos abrieron la marcha en 1949-50 con el “programa de cuatro puntos” del presidente Truman. La guerra fría aumentó considerablemente la disposición a prestar ayuda, a fin de evitar que los nuevos Estados independientes se deslizaran hacia el campo del enemigo” (1984, 411).

natalidad.⁴²⁵ Además, las potencias céntricas y sus capitalistas tuvieron que adaptarse a las medidas económicas de corte nacionalista que aplicaron muchos países periféricos y semiperiféricos, como las nacionalizaciones, aceptándolas cuando ya eran inevitables y buscando luego normalizar las relaciones.⁴²⁶ Todas las concesiones realizadas a las clases subalternas del centro y a los países periféricos y semiperiféricos se facilitaron por el crecimiento económico que tuvo lugar durante los “treinta gloriosos” años posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, por lo que los capitalistas pudieron mantener unas tasas de ganancias importantes pese a esas concesiones.

Con el paso de los años y las décadas estos desafíos se irían diluyendo. El desafío interno duraría poco. En el marco del acelerado crecimiento económico que comienza a finales de la década de 1940, de la extensión del estado de bienestar y de la enorme retórica anticomunista de la Guerra Fría,⁴²⁷ el apoyo a los partidos comunistas se redujo a un porcentaje muy minoritario de la población de los países céntricos, con la excepción de Francia e Italia, pero incluso en ellos su apoyo disminuyó permitiendo dejarlos como actores marginales de su política interna (Hobsbawm 1997a). Los sindicatos mantuvieron su fuerza pero, al igual que a finales del siglo XIX, abandonaron las posturas anticapitalistas, por lo que dejaron de constituir un desafío grave. Así, a mediados de los años cincuenta en los países céntricos la posición de las clases dominantes, en términos generales, estaba asegurada y el peligro había pasado.

⁴²⁵ Por ejemplo, el Banco Mundial, particularmente a partir de la presidencia de Robert McNamara (1968) –ex secretario de defensa de EE.UU.–, matizó su prioridad en la integración de las economías de los países periféricos al mercado mundial con programas que buscaban el mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones: “World Bank programs adjusted from the financing of projects deemed to be likely to result in growth through linkage to world markets in order to focus on projects designed to stem the buildup of sociopolitical pressures in areas marginal to the world economy through population limitations, self-help agricultural development, and encouragement of “informal-sector” employment expansion” (Cox 1987, 436, nota al pie).

⁴²⁶ Por ejemplo, luego que Nasser proclamara la nacionalización del canal de Suez en 1956, en la que participaban principalmente capitales británicos y franceses, desde los países céntricos se realizaron amplias presiones en su contra para que revirtiera la medida, llegando al extremo de que el Reino Unido y Francia, junto a Israel, realizaron una intervención militar, la Guerra de Suez. Pese al éxito de la intervención militar, esta no logró hacer que Nasser revirtiera la nacionalización, y finalmente los estados céntricos tuvieron que aceptar la situación (Heller 1984). Lo mismo ocurrió con múltiples otras empresas nacionalizadas en diversos países periféricos y semiperiféricos.

⁴²⁷ La retórica anticomunista, particularmente en Estados Unidos, fue extraordinariamente exacerbada, por ejemplo, Kennedy en su campaña electoral de 1960 proclamó: “El enemigo es el sistema comunista en sí: implacable, insaciable, infatigable en su pugna por dominar el mundo... Esta no es una lucha sólo por la supremacía armamentística. También es una lucha por la supremacía entre dos ideologías opuestas: la libertad bajo un Dios, y una tiranía atea” (Walker, Martin, 1993, *The Cold War: And the Making of the Modern World*, Londres, Ward, página 132; citado en Hobsbawm 1997a 235, nota al pie).

El desafío geopolítico de la URSS y del “bloque comunista” se mantuvo por más tiempo, pero se iría diluyendo la amenaza que representaba en términos de la potencial expansión del comunismo o de regímenes hostiles al “mundo occidental”.⁴²⁸ Esto principalmente porque, aunque la expansión de la “esfera comunista” continuó –pasando a formar parte de su campo algunos países africanos con su independencia en la década del sesenta y setenta, Yemen del Sur en 1967, la totalidad de Vietnam, Laos y Camboya en 1975, Afganistán en 1978, Nicaragua en 1979–, a mediados de la década de 1970 el proceso de descolonización ya prácticamente había finalizado, sin que países relevantes en términos geopolíticos o económicos pasaran al “campo soviético”.⁴²⁹ Esta exitosa contención del “avance comunista” se debió a varios factores. Por una parte, la magnitud de las intervenciones soviéticas y de otros países socialistas en apoyo de los movimientos proclives al comunismo, fue mucho menor que el decidido apoyo de EE.UU. y otros países céntricos al abanico de dictaduras y monarquías conservadoras que, con el soporte de las armas y servicios de inteligencia de los estados céntricos, emplearon masivamente la guerra de contrainsurgencia para mantener a sus países en la esfera del “mundo libre”. Por otra parte, la influencia de la URSS en tanto “modelo” fue disminuyendo, así como la relevancia del apoyo financiero y técnico que podía prestar a los países periféricos y semiperiféricos. Esto se debía a que el crecimiento económico de la URSS fue disminuyendo, entrando en la década de 1970 a un período conocido como “estancamiento” (Lewin 2006), por lo que cualquier amenaza de que pudiera amagar la preeminencia económica de las potencias capitalistas quedó descartada.⁴³⁰ En tercer lugar, una vez lograda su independencia, varios de los países periféricos y semiperiféricos reprimieron a los partidos y movimientos comunistas, incluso en el caso de

⁴²⁸ Uno de los procesos que implicó una disminución del peligro geopolítico que representaba el “bloque comunista” fue el distanciamiento entre la URSS y China, que se dio desde finales de la década de 1950 y se consolidó como ruptura hacia 1963, y el posterior acercamiento de China a Estados Unidos, restableciendo sus relaciones diplomáticas en 1973 (véase Domes y Näth, 1984).

⁴²⁹ La derrota definitiva en la Guerra de Vietnam (1975), el triunfo de fuerzas apoyadas por la URSS en países como Angola y Mozambique (1975) y el triunfo sandinista en Nicaragua (1979) generó un amplio revuelo en EE.UU. y el escalamiento de las tensiones con la URSS y de la retórica anticomunista, especialmente con la llegada de la administración Reagan en 1981. Sin embargo, a esas alturas (finales de la década de 1970, principios de la de 1980) la posibilidad de una expansión significativa de la esfera de influencia soviética ya era altamente improbable (Hobsbawm 1997a).

⁴³⁰ Lewin (2006) señala que en 1970 informes del Gosplan (el Comité Estatal de Planificación) mostraban que el plan quinquenal de 1966-1970 no se había cumplido y que los principales indicadores económicos de la URSS mostraban un estancamiento o retroceso, particularmente la productividad de la economía y del trabajo estaba disminuyendo significativamente.

países donde se siguieron vías económicas socialistas o donde la URSS mantuvo influencia.⁴³¹ Además, en el contexto de la guerra fría los países periféricos y semiperiféricos lograron mantener una relativa independencia, lo que les permitía aprovechar apoyos de ambos bloques, así, podían aprovechar la asesoría de la URSS sin derivar al comunismo,⁴³² sin embargo, dada la mucho mayor capacidad de apoyo financiero que tenía EE.UU. y las otras potencias céntricas,⁴³³ así como la dependencia económica que implica la relación centro-periferia,⁴³⁴ la búsqueda de apoyos para el desarrollo terminó entregando ventajas a los estados céntricos.

De esta manera, a mediados de la década de 1970 los capitalistas y las potencias céntricas podían considerar que la situación interna ya no representaba ningún peligro y que la situación geopolítica estaba, al menos, relativamente controlada. Esto entregaba las condiciones para empezar a dejar de lado las concesiones económicas a las clases dominadas de sus países y disminuir los márgenes de maniobra de los países periféricos frente a las prioridades de la acumulación capitalista. Además, la crisis económica de mediados de la década de 1970, el final de los “treinta gloriosos” años de prosperidad económica, dieron urgencia al relanzamiento de la profundización del capitalismo. Desde el énfasis en la relevancia para el desarrollo capitalista de las relaciones de poder y dominación, el giro al neoliberalismo que se comienza a plantear en la década de 1980 y que se consolida en la de 1990 puede relacionarse con el cambio en la correlación de fuerzas que en esos momentos

⁴³¹ La URSS apoyó a varios países que reprimieron activamente a sus partidos comunistas locales, con en el caso sirio (Heller 1984).

⁴³² Al respecto, von Albertini señala: “En la India se produjo, por ejemplo, una situación de competencia abierta, al construir en la década de 1950 la Unión Soviética, Inglaterra y la República Federal Alemana una acería cada una. Nasser aprovechó en 1954 la competencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para la construcción de la presa de Asuán” (1984, 411).

⁴³³ von Albertini indica: “En conjunto la ayuda al desarrollo procedente de los países del bloque oriental a Estados no comunistas representa sólo una fracción de la occidental (entre 1970 y 1979 ascendió en total a 6500 millones de dólares)” (1984, 424), en tanto la ayuda de los países de la OCDE sólo en 1978 fue de 18300 millones (von Albertini 1984, 413).

⁴³⁴ Ansprenger señala: “La apertura del mercado africano a los productos de la industria occidental, no parecía nada problemática, ya que eran los propios movimientos de liberación africanos los que prometían a sus pueblos una vida moderna mejor, y aspiraban en consecuencia a comprar a Occidente, no como antes abalorios de vidrio y licores baratos, sino instalaciones fabriles, automóviles, tecnología y, por añadidura, mucho, demasiado licor caro. Para poder pagar como fuera estas mercancías los nuevos gobiernos africanos tuvieron que recurrir a los pocos productos que producían sus campesinos y obreros en el mercado mundial. Por mucho que se quejaran de disponer solamente de materias primas, una sola o varias, según el país, no podían cambiar nada de momento, y mucho menos podían “desengancharse”, puesto que habían confeccionado sus programas sociales sobre la base de una modernización sin conflictos” (1984, 341).

ya era claro en las relaciones de clases de los países céntricos,⁴³⁵ y que a nivel geopolítico se consolida en la década de 1990 con la disolución de la URSS y del bloque socialista, y la integración de China al capitalismo. Las recomendaciones de política que surgen de la ideología neoliberal, el “ajuste estructural”, se puede implementar con mayor facilidad en la medida en que no hay contrapesos relevantes a la dominación capitalista, y se puede resituar la acumulación capitalista como una prioridad política que mayormente no es matizada por otros objetivos políticos. Estas condiciones se comienzan a alcanzar a mediados de la década de 1970 y se consolidan a principios de la de 1990.

Este breve recuento de la historia del siglo XX permite situar el contexto en el que se produce, y que induce, el cambio en la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista. Los antecedentes son los desastres del período 1914/1917-1945, provocados por unas relaciones de poder geopolíticas que mantenían la lógica imperialista, y por la exacerbación que implicó la Revolución Rusa de las amenazas que representaban las luchas de clases. Luego de la Segunda Guerra Mundial las clases y grupos dominantes enfrentaban numerosos riesgos –el poder geopolítico de la URSS, el prestigio del comunismo, la enorme destrucción material provocada por la guerra en los países céntricos, el proceso de descolonización inminente de Asia y África, etc.–, que debían enfrentarse con estrategias diferentes a las que habían desencadenado los desastres del período 1914/1917-1945. Así, las clases y grupos dominantes debían desarrollar nuevas estrategias que les permitieran sortear los peligros que enfrentaban. La nueva estrategia que se iría forjando conformaría, con el transcurso del tiempo, una nueva estructura de dominación que puede ser conceptualizada como hegemónica. En ese proceso me detendré en los tres capítulos finales.

⁴³⁵ En los años ochenta se produce un significativo cambio en las correlaciones de fuerzas entre capitalistas y sindicatos en el centro. Gill y Law señalan: “In the 1950s and 1960s organised labour was relatively stronger in the core states and appeared to have the potential to organise internationally. By the 1980s, such a potential was substantially undermined. Unionised workers of different states found themselves... ..competing to attract foreign investment. Much higher levels of unemployment put them on the defensive” (1994, 109). Quizá el símbolo de este cambio en la correlación de fuerzas fue la huelga de mineros del carbón en el Reino Unido que tuvo lugar entre 1984 y 1985, y que fue derrotada por el gobierno de Margaret Thatcher.

3.3. La clase capitalista transnacional.

He planteado que en el contexto de las sociedades nacionales un supuesto de la conceptualización gramsciana de la hegemonía es la presencia de una clase capitalista que encabeza a un conjunto de clases y grupos que establecen la dominación hegemónica. Para conceptualizar una hegemonía en el sistema-mundo, este supuesto básico debe ser trasladado al ámbito de este sistema social, por lo que sería necesario identificar a una clase capitalista transnacional que no sólo domina la estructura productiva de la economía-mundo, sino que tiene una cierta unidad como clase, una unidad social y principalmente una unidad política. En este capítulo me centraré en la clase capitalista transnacional como núcleo del conjunto de clases y grupos dominantes que establecen una dominación hegemónica en el sistema-mundo, y argumentaré que es posible concebir teóricamente e identificar empíricamente a esta clase. Voy a centrarme exclusivamente en esta clase, aludiendo a otras élites transnacionalizadas con las que está estrechamente vinculada, como ciertas élites políticas e intelectuales, sólo en la medida en que sea útil para identificar estrategias políticas de la clase capitalista, sin embargo, no me detendré en estas otras clases y grupos dominantes. Cabe advertir que los temas que trataré en este capítulo y en los dos siguientes están completamente entrelazados. La conceptualización a nivel del sistema-mundo de una clase dominante, de una institucionalidad política que adquiere una forma de estado que ejerce la dominación, y de una dominación con las características de una hegemonía, son tres caras de una misma problemática. En estos capítulos, para facilitar y clarificar el análisis, busco mantener la distinción entre estos tres aspectos, sin embargo, en ocasiones esta distinción se desborda e inevitablemente tendré que abordar otros aspectos del conjunto, particularmente al presentar citas o argumentos de algunos autores. Iniciaré realizando algunas clarificaciones iniciales para luego analizar la constitución de esta clase en el contexto histórico descrito en el capítulo anterior.

3.3.1. Conceptualizando la clase capitalista transnacional.

Para plantear la problemática de la constitución de una clase capitalista transnacional cabe primero identificar a los capitalistas transnacionales y caracterizar como se desenvuelven en las relaciones de poder. La conceptualización que realiza Braudel y Wallerstein del

capitalismo como un sistema-mundo (véase sección 1.1.3.), se basa en considerar a la división internacional del trabajo como fundamento de una estructura económica jerárquica, con un centro dominante y semiperiferias y periferias que adquieren roles subalternos. En este contexto se definen diferentes posiciones económicas para diferentes grupos humanos, posiciones de clase a escala del sistema-mundo. Esto implica que hay una base material para la constitución de una clase que controla, tanto en el centro como en la semiperiferia y periferia, la producción para el mercado mundial con el objetivo de realizar la acumulación de capital, la clase capitalista. La distinción propuesta por Braudel y Wallerstein entre economía de mercado y capitalismo (véase sección 1.1.2.), y la identificación del capitalismo con un pequeño número de empresas monopolistas que ocupan la cumbre de la jerarquía económica, permite bosquejar las características de la clase capitalista y de sus formas de acción estratégicas en las dinámicas económico-políticas. En estas dinámicas es central el control monopolista de los mercados mediante medios económicos y extraeconómicos y, para lograr esto, el vínculo de los capitalistas a otras élites y centralmente al estado. Así, se establece un vínculo directo entre el capitalismo y el poder, el capitalismo no sería meramente una estructura económica sino, a la vez e indisolublemente, una estructura de dominación, y los capitalistas como individuos y como clase están continuamente desarrollando estrategias para desenvolverse en las relaciones de poder a través de las cuales buscan el progresivo control de espacios económicos. De esta manera, los capitalistas que son objeto de interés en este trabajo son un pequeño conjunto de individuos dueños de enormes empresas monopolistas que se desenvuelven en la arena de la economía-mundo, estrechamente vinculados a otras élites, por lo que he considerado conveniente establecer una clara identificación de ellos como “capitalistas” evitando conceptos menos claros como “burguesía” (véase particularmente la sección 2.3.2.). Como se vio en el análisis histórico desarrollado en la segunda parte, estos capitalistas han estado continuamente inmersos en relaciones de poder, junto a los estados y otras élites, a lo largo de todo el sistema-mundo, tanto en el contexto de la geoeconomía-política internacional, como en las relaciones de poder económicas y las luchas de clases mediante las cuales se han adaptado los espacios económicos y las poblaciones a la división internacional del trabajo. Así, han existido capitalistas en el centro, las semiperiferias y periferias –mercaderes, financieros, industriales,

“aristócratas” terratenientes, muchas veces desarrollando varios de estos roles a la vez o pasando de uno a otro–, que han explotado trabajo “libre”, servil y esclavo, según sus necesidades productivas y su capacidad política, y cuando se vieron presionados por revoluciones y revueltas populares incontrolables con las estrategias coercitivas, disminuyeron la presión explotadora y desplegaron, a nivel nacional, estrategias de dominación hegemónicas que permitieron aplacar a las clases populares. Durante toda la historia del sistema-mundo los capitalistas han mantenido relaciones de colaboración, por ejemplo, entre mercaderes céntricos y terratenientes periféricos, o de conflicto, por ejemplo, entre industriales de diferentes países céntricos. Con sus estados han mantenido complejas relaciones de poder, la mayor parte de las veces colaborando estrechamente tanto en los espacios nacionales como internacionales y, dependiendo de las circunstancias, los capitalistas han buscado fortalecer a sus estados –por ejemplo, en las semiperiferias que buscan ascender en la jerarquía geopolítica y económica– o debilitarlos –como en las periferias donde imperan terratenientes monoprodutores de productos silvoagropecuarios–. De esta manera, el análisis histórico del sistema-mundo permite entender que los capitalistas son agentes que desarrollan diversas estrategias dependiendo de sus necesidades y de las circunstancias históricas que enfrentan, así, no tienen una sola línea estratégica general en sus relaciones con las clases trabajadoras, con los estados o en las relaciones de poder que mantienen entre sí. En base a estos antecedentes, es esperable que dado el contexto particularmente riesgoso que enfrentaban hacia 1945, los capitalistas desarrollaran nuevas estrategias para defender y mantener su posición dominante. Argumentaré que estas estrategias los llevaron a constituirse en una clase capitalista transnacional.

Por lo anterior, no comparto los planteamientos que realizan varios autores que analizan diferentes aspectos de la clase capitalista transnacional y que postulan que su origen se relaciona con las facilidades materiales que en las últimas décadas generó la “globalización”. Al analizar el problema de la constitución de la clase capitalista transnacional considero necesario centrarse en el aspecto político no en sus fundamentos materiales. El análisis de la historia del sistema-mundo permite sostener que no han sido las distancias y las dificultades en las comunicaciones las que han impedido la constitución de esta clase, ya que los capitalistas han podido formar y mantener complejas redes económicas transcontinentales en

épocas en las cuales los intercambios de información podían tardar meses, y en ocasiones capitalistas de naciones muy próximas han mantenido enconadas disputas durante siglos (piénsese en genoveses y venecianos, o en holandeses, ingleses y franceses). Tampoco han sido sus diferencias internas, la existencia de diferentes “facciones” con intereses contrapuestos, ya que los capitalistas del centro y de la periferia han compartido intereses comunes a pesar de sus diferencias materiales. Como se vio en la sección 2.2.2., han sido los capitalistas de los diferentes países céntricos y de los semiperiféricos que buscan una posición en el centro, pese a su proximidad geográfica y sus características materiales similares, los que se han mantenido enfrentados durante siglos en una enconada y muchas veces violenta competencia en la cual también participaban sus respectivos estados. De esta manera, no ha sido una diferencia en las características materiales de sus actividades económicas ni la distancia y dificultad en las comunicaciones la que ha mantenido separados a los capitalistas transnacionales en clases nacionales, ha sido la competencia que han mantenido entre sí, particularmente los capitalistas de los países céntricos. Si eventualmente la lucha que durante siglos han mantenido los capitalistas céntricos queda en un segundo plano por una lucha común más relevante, esas clases nacionales enfrentadas pueden pasar a constituirse en una única clase. De esta manera, tal como lo señala Marx y Engels, el factor de las relaciones de poder es central en la constitución de una clase: “Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia” (1974, 60-61). Por ello, aunque durante toda la anterior historia del sistema-mundo los capitalistas céntricos se enfrentaron con el apoyo de sus respectivos estados en una continua y conflictiva competencia, ante las amenazas del período que se habría al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y ante las desastrosas experiencias de los anteriores treinta años, postulo que se comienza a producir una confluencia entre los antiguos rivales imperialistas para conformar una nueva estrategia de dominación que requería como uno de sus fundamentos su propia constitución como clase transnacional. Esta confluencia se produce tanto en el plano de la clase capitalista transnacional como de los estados céntricos, aquí me detendré en la confluencia entre capitalistas, en el siguiente capítulo abordaré la confluencia interestatal

en el centro, pero no se debe perder de vista que ambos procesos se potencian y que posiblemente sería imposible uno sin el otro.

Es necesario clarificar a que hago referencia con el concepto de “clase transnacional”, y por qué uso esa conceptualización y no otras más generales como clase capitalista global o mundial, o más restringidas como clase capitalista céntrica. Esto es por dos motivos. Por una parte, uso este concepto por la base material de estos capitalistas, son capitalistas cuyas actividades tienen por referencia la arena pluriestatal, transnacional, de la economía-mundo. Pero capitalistas transnacionales no sólo son aquellos que mantienen negocios en una multiplicidad de jurisdicciones estatales, también lo son aquellos cuyas empresas, aunque estén concentradas en un país, orientan su producción al mercado mundial, no al nacional ni al local. De esta manera, como se analizó en la sección 2.1.1., el mercader-financiero de una ciudad céntrica, como el mercader de Prato que a finales del siglo XIV mantenía correspondencia con más de 300 plazas mercantiles (Braudel 1984c, 72), es un capitalista transnacional, pero también lo son los terratenientes que exportan productos silvoagropecuarios, como los polacos del siglo XVI, cuyas tierras están circunscritas a una única jurisdicción estatal. Ambos tienen como referencia de sus actividades económicas a la economía-mundo, y comparten el interés en que los flujos económicos de la economía-mundo no tengan trabas y se expandan. Por otra parte, conceptualizo a esta clase como transnacional porque abarca a capitalistas de una multiplicidad de estados céntricos, semiperiféricos y periféricos (por lo que no sería una clase de capitalistas “céntricos”, aunque sean los más numerosos y su núcleo político), pero no creo posible afirmar que actualmente abarque a los capitalistas de algunos estados relevantes (por lo que no es una clase “global” o “mundial”). Así, considero que sería aventurado afirmar que todas las clases nacionales de capitalistas pueden ser parte de esta clase. Por ejemplo, los capitalistas rusos probablemente no pueden considerarse aún integrados a esta clase transnacional, más allá de que algunos sí lo estén, por las confrontaciones geopolíticas que aún se mantienen entre Rusia y los países céntricos, quizá incluso en parte los capitalistas chinos también tengan dificultades en su integración por motivos similares.⁴³⁶

⁴³⁶ Quizá en el caso de los capitalistas chinos hay una integración diferenciada por área económica. Aquellos del sector industrial tradicional han operado como socios de sus contrapartes del centro desde hace décadas, pero en el caso de aquellos

Otra aclaración que considero necesario realizar tiene relación con que los capitalistas que son parte de la clase transnacional no dejan de pertenecer a su clase nacional, lo que es relevante considerar ya que los estados siguen permitiendo adquirir ciertas ventajas sobre otros capitalistas. Así, los estados más poderosos pueden seguir siendo útiles para conseguir ventajas, sin que eso se traduzca en una competencia abierta y hostil (“suma cero”) entre clases capitalistas nacionales y estados rivales como en la época imperialista. Por lo demás, también entre los capitalistas de un mismo país es posible distinguir facciones y subgrupos según diversos criterios, en los que los capitalistas se agrupan para buscar ventajas en la permanente competencia que libran, y que no es motivo de una disolución de la clase como tal.

Hecha estas aclaraciones, iniciaré la argumentación de la actual presencia de los capitalistas transnacionales como la clase dominante del sistema-mundo capitalista contemporáneo.

La constatación de que el capitalismo es un fenómeno mundial, ya sea desde la perspectiva del sistema-mundo o desde cualquier otra, lleva a considerar el problema de la estructura de clases del capitalismo a escala mundial. Balibar señala: “Desde el momento en que se ve en el capitalismo una “economía-mundo”, la cuestión que se plantea necesariamente es saber si existe algo así como una *burguesía mundial*” (1991a, 269, énfasis del autor). La conceptualización de una clase transnacional, la capitalista o cualquier otra, se dificulta porque en el análisis de las luchas de clases a nivel nacional hay algunos elementos que están ausentes, o al menos son diferentes, en el espacio supranacional. Por una parte, la existencia de clases antagónicas directamente enfrentadas, una clase capitalista se correspondería con una clase trabajadora, ambas institucionalizadas a nivel nacional en gremios, sindicatos y vinculadas a partidos. Por otra parte, por la existencia de un estado que, más allá de como se lo entienda –como un aparato de la clase dominante, como un mediador neutral de los conflictos de clase o de cualquier otra manera–, es central en las luchas políticas entre las clases. Por último, por la presencia de un marco sociocultural y económico común que posibilita la producción de una dominación hegemónica. Estos elementos son planteados por

involucrados en la industria de alta tecnología están enfrentando crecientes problemas, como lo muestra el caso de la empresa Huawei, acusada de espionaje por parte del gobierno estadounidense y que ha sido parte central de las últimas negociaciones entre los líderes de EE.UU. y China (Talev, Wadhams y Jacobs 2019).

Balibar (1991a y 1991b) justamente en relación a la posibilidad de identificar en el sistema-mundo a una clase capitalista transnacional (usa la expresión “burguesía mundial”), posibilidad que niega. Voy a revisar los argumentos de Balibar ya que es relevante considerar un contrargumento a los planteamientos que realizo en esta tercera parte del trabajo, ya que su rechazo a la posibilidad de conceptualizar a una clase capitalista transnacional se relaciona con su argumento sobre la inexistencia de un estado global y la subsecuente, desde su perspectiva, imposibilidad de producir hegemonía a escala del sistema-mundo.

Balibar plantea que el problema de que pueda existir una clase capitalista transnacional no reside en que esté dividida por conflictos de intereses, incluso si éstos concuerdan con las divisiones nacionales, ya que las pugnas de intereses también existen en los capitalistas nacionales. Como se planteó más arriba, Balibar señala que reconocer la existencia de una economía-mundo abre la posibilidad de conceptualizar a una clase capitalista mundial. Sin embargo, siguiendo los planteamientos de la Perspectiva del Sistema-Mundo, señala que si bien desde su origen el capitalismo ha implicado un espacio de acumulación mundial, estructuralmente este espacio está dividido entre diferentes estados, e indica que los capitalistas y los estados han mantenido una estrecha relación, fundamental para el éxito de su desenvolvimiento en la arena del sistema-mundo, por lo que “cualquier burguesía es una “burguesía de Estado”” (1991b, 17). Este vínculo entre capitalistas y estados no sólo se relaciona con su mutua necesidad de reforzarse para tener éxito en las relaciones de poder del sistema-mundo, también se relaciona con la función social central de producir hegemonía sobre las clases subordinadas.⁴³⁷ Balibar plantea que la hegemonía implica un profundo proceso de subsunción de los trabajadores a las necesidades del proceso de producción capitalista,⁴³⁸ lo que es imposible sin contar con la continua acción del estado. Además,

⁴³⁷ Balibar señala: “[Los capitalistas] que se imponían a escala mundial son también los que consiguieron a largo plazo reunir alrededor de ellos a otros grupos “burgueses”, controlar el poder estatal y desarrollar el nacionalismo (a menos que sea en sentido inverso: el Estado que favorece el proceso de formación de una burguesía capitalista para poder ocupar su lugar en la arena de las luchas políticas mundiales). Las funciones sociales [hegemónicas] interiores de la burguesía y su participación en la competencia exterior eran complementarias entre sí [...] Las funciones sociales (o “hegemónicas”) de la burguesía, al menos en su forma actual, están vinculadas a instituciones nacionales...” (1991a, 270-271)”.

⁴³⁸ Balibar lo plantea de la siguiente manera: “...la hegemonía de las clases dominantes se basa en el fondo en su capacidad de organizar el proceso de trabajo y, después, la reproducción de la propia fuerza de trabajo, en un sentido amplio que engloba la subsistencia de los trabajadores y su formación “cultural”. En otras palabras: lo que se cuestiona aquí es la *subsunción real* que Marx convirtió, en *El Capital*, en el índice de la puesta en marcha del modo de producción capitalista... ..la idea de esta *subsunción* “real”... ..implica una transformación de la individualidad humana que se extiende desde la

enfatisa que en el capitalismo mundial coexisten simultáneamente muy diversas formas de trabajo y subsecuentemente distintas estrategias de explotación y dominación distribuidas desigualmente en el centro y las periferias de la economía-mundo, y plantea que las formas de la hegemonía dependen de estas estrategias de explotación y dominación asociadas a los trabajos específicos. Diferentes formas de explotación y dominación requerirían diferentes políticas económicas y sociales, distintas técnicas productivas, diversas formas de gestión y control de la población, mayores o menores derechos laborales y sindicales, diferentes niveles educacionales de los trabajadores, etc., por los que las formas de la hegemonía dependen de ellas, ya que son formas incompatibles entre sí desde un punto de vista político, cultural y técnico.⁴³⁹ Balibar plantea que las clases se constituyen en el marco de estas estrategias de explotación, en sus luchas políticas y en la forma de la hegemonía resultante. Así, las enormes diferencias entre el centro y la periferia en cuanto a las estructuras productivas, las formas de trabajo, de explotación, de luchas políticas y de hegemonía impedirían, según Balibar, que exista un proletariado o una clase capitalista mundial. En suma, si bien los procesos económicos de los que dependen las luchas de clases se sitúan en una economía-mundo, estas mantendrían su carácter nacional debido al vínculo entre la constitución de las clases y las formas de hegemonía específicas orientadas según las diferentes formas de explotación del trabajo, además del papel fundamental del estado en este proceso de producción de hegemonía. Por ello señala: “...no está nada claro que una misma hegemonía pueda englobar al mismo tiempo todas las relaciones de dominación que aparecen en el marco de la economía-mundo capitalista. Hablando claro: dudo de la existencia de una “burguesía mundial”. O para decirlo con más precisión, reconozco que la extensión del proceso de acumulación a escala mundial implica la formación de una “clase mundial de capitalistas”, cuya competencia incesante es la ley... ..pero no creo que esta clase

educación de la fuerza de trabajo hasta la formación de una “ideología dominante” susceptible de ser adoptada *por los propios dominados*” (1991b, 15, énfasis del autor).

⁴³⁹ Balibar señala: “...la diferenciación (dinámica) entre “centro” y “periferia” de la economía-mundo corresponde también a una distribución geográfica, política y cultural de las estrategias de explotación. [Esto] implica que prácticamente *todas las formas de explotación históricas se utilicen simultáneamente*, desde las más “arcaicas” (el trabajo no remunerado de los niños en las manufacturas de alfombras marroquíes o turcas) hasta las más “modernas” (la “reestructuración de las tareas” en las industrias de punta informatizadas), desde las más violentas (el peonaje agrícola en las haciendas azucareras de Brasil) hasta las más civilizadas (el contrato colectivo, la participación en el capital, el sindicalismo de Estado, etc.). Estas formas *incompatibles entre sí* (desde el punto de vista cultural, político, técnico) deben permanecer separadas” (1991a, 273, énfasis del autor).

capitalista sea al mismo tiempo una *burguesía mundial*, en el sentido de clase organizada en instituciones, la única que es históricamente concreta” (1991b, 16-17). Por este motivo, sin la posibilidad de constituir un estado mundial ni de establecer una hegemonía unificada, según Balibar, las burguesías sólo pueden, desde sus espacios nacionales, intentar una superioridad mundial y una subordinación de los capitalistas de otras nacionalidades a sus intereses, a través de estrategias nacionales en las que los estados juegan un papel central, es decir, la competencia geopolítica y geoeconómica sería inevitable.

Como se aprecia en estos argumentos, la clase, el estado y la hegemonía son elementos entrelazados, por lo que una clase capitalista transnacional, en tanto clase política, no sólo en tanto conjunto de individuos con una posición común en la estructura productiva de la economía-mundo, requiere de una institucionalidad “estatal” para producir una hegemonía. Por el momento me centraré en la constitución de la clase capitalista, pero cabe señalar que, como se verá en el siguiente capítulo, cuando planteo que se puede identificar a una forma de estado global no estoy pensando en un conjunto institucional con las características de un estado nacional –es una institucionalidad mucho más acotada, enfocada prioritariamente en el gobierno económico del sistema-mundo–, como parece que lo hace Balibar, y cuando estoy planteando una hegemonía a nivel global también considero que tiene algunas características diferentes a las que se producen a nivel nacional –la unidad cultural sólo hace referencia a aquellos elementos que se refieren a la gestión política y económica, y al liderazgo de las clases y grupos dominantes, no a la configuración de identidades comunes entre las clases sociales–. De esta manera, el componente estatal y hegemónico de este conjunto tiene características que se derivan del espacio social y el contexto histórico en el que se contextualizan.

Para continuar esta línea argumentativa cabe revisar la respuesta que Wallerstein da a los anteriores planteamientos de Balibar:⁴⁴⁰ “Etienne Balibar dice que no podría admitir la existencia de una burguesía mundial, salvo quizá como tendencia a largo plazo. Me acusa así de despreciar las particularidades en un modelo quizá demasiado globalizante. Tengo la

⁴⁴⁰ Los textos de Balibar están situados en el libro *Raza, Nación y Clase*, en el que se compilan una serie de artículos de Balibar y Wallerstein, y cuyo prefacio y posfacio fueron realizados, respectivamente por Balibar (1991b) y Wallerstein (1991b) en debate con los argumentos del otro autor. Por ello el planteamiento de Wallerstein que se incluye a continuación es una respuesta directa a los de Balibar.

tentación de responder que precisamente una burguesía sólo puede ser mundial [...] Por supuesto, los burgueses son nacionalistas, y hasta patriotas. Por supuesto, se aprovechan de todas las etnicidades. [Pero n]o olvidemos cómo los grandes, los capitalistas verdaderamente grandes no han dudado nunca en sacar sus capitales de su país cuando la economía empieza a venirse abajo. Quizá los pequeños estén más atados a “los suyos” porque tienen menos margen de maniobra, pero eso no cambia las cosas. La nación, la raza y la propia clase siguen siendo refugios para los oprimidos en esta economía-mundo capitalista...” (1991c, 356-357). Aunque Wallerstein no hace referencia a una clase capitalista transnacional, ni en este texto ni en otros donde aborda directamente el tema de la clase capitalista (véase por ejemplo Wallerstein 1991b), hace planteamientos que permiten iniciar la argumentación de la constitución política de esta clase. Wallerstein plantea que los grandes capitalistas son “mundiales”, y que en situaciones de crisis cambian de país. También plantea que la nación, la raza y la clase son refugio para los oprimidos, pero quienes tienen margen de maniobra, los “capitalistas verdaderamente grandes” que pueden sacar sus capitales de sus países cuando la situación no está bien y trasladarse a otro país, no tienen tanta necesidad de estos refugios, pueden cambiar de nación, raza y clase. De esta manera, Wallerstein plantea que los capitalistas tienen una capacidad particular para cambiar sus pertenencias de clase, nación y raza, para (re)establecer sus pertenencias políticas e “identitarias” según sus evaluaciones estratégicas del contexto político-económico en el que están. Esto puede apreciarse a lo largo de la historia del sistema-mundo, como ejemplos de estas autoconstrucciones identitarias capitalistas se podrían mencionar a la familia Rothschild, ya que los cinco hijos del fundador de la dinastía, Mayer Rothschild, se repartieron por cinco diferentes países de Europa para fortalecer la capacidad transnacional de su compañía (Van der Pijl 2005), y se puede mencionar a los capitalistas de la Liga Hanseática que, en el siglo XIII, constituían una comunidad transnacional, por sobre sus ciudades-estado, que incluso creó una lengua común.⁴⁴¹ De esta manera, se puede iniciar sosteniendo que los capitalistas no han estado

⁴⁴¹ Describiendo una verdadera clase capitalista transnacional en el siglo XIII, Braudel señala: “Detrás de la Hansa no hay un Estado ni una liga fuertemente constituida [son entre 70 y 170 ciudades alejadas unas de otras y cuyos delegados sólo se reunían en su totalidad en las asambleas generales]. Solamente hay ciudades celosas y orgullosas de sus prerrogativas, a veces rivales, protegidas por muros poderosos, con sus mercaderes, sus patricios, sus gremios, sus flotas, sus tiendas y sus riquezas adquiridas. La solidez provenía de la comunidad de intereses, de la necesidad de jugar a un mismo juego económico, de una civilización común agitada por los tráficó de uno de los espacios marítimos más frecuentados de Europa,

atados fuertemente a sus naciones por algún tipo de pertenencia identitaria, y que han cambiado de naciones, razas y clases a partir de evaluaciones estratégicas de su situación política y económica. Con esto, se abre la posibilidad de que el cambio no sea de una nación a otra, sino a una entidad plurinacional, internacional, como ya ocurrió en el siglo XIII con los capitalistas hanseáticos.

La posibilidad de que se constituyan clases transnacionales fue reconocida y políticamente fomentada por Marx y Engels en relación al proletariado. En 1848, en *El Manifiesto Comunista*, Marx y Engels realizaban un llamado a la unidad internacional del proletariado. Esto lo hacían analizando tendencias mundiales del capitalismo que incidían en la concurrencia de patrones de desarrollo capitalista similares en los países de Europa y Norteamérica, que difuminaban las diferencias nacionales entre los proletarios. Sin embargo, en ese momento, aunque reconocían la necesidad de la acción conjunta de los trabajadores de diferentes países, situaban la acción política central a nivel nacional.⁴⁴² Con los años el énfasis internacional del movimiento político obrero se va acentuando, y en 1890 Engels, en el prólogo a la edición alemana de *El Manifiesto Comunista*, le otorga gran relevancia a la organización política internacional de los trabajadores: “[Luego de la represión que sobrevino a la derrota de las revoluciones de 1848, c]uando la clase obrera europea volvió a sentirse lo bastante fuerte para lanzarse de nuevo al asalto contra las clases gobernantes, nació [en 1864] la Asociación Obrera Internacional. El fin de esta organización era fundir todas las masas obreras militantes de Europa y América en un gran cuerpo de ejército” (2000, 39), y termina de manera optimista señalando: “Y aunque la Internacional sólo tuviese nueve años de vida, el lazo perenne de unión entre los proletarios de todos los países sigue viviendo con

del Báltico a Lisboa, y, finalmente, de una lengua común, que no es un factor baladí de unidad. Esta lengua “tenía como substrato el bajo alemán (diferente del alemán del sur), enriquecido según las necesidades con elementos latinos, estonios en Reval, polacos en Lublín, italianos, checos, ucranianos y quizás hasta lituanos”, y era la lengua “de la élite del poder [...] de la élite de la fortuna, lo cual implicaba la pertenencia a un grupo social y profesional definido”. Además, como estos patricios comerciantes eran de una rara movilidad, las mismas familias –Angermünde, Veckinghusen, von Soest, Giese, von Suchten, etcétera– se vuelven a encontrar en Reval, Gdansk, Lübeck y Brujas. Todos estos lazos crean una coherencia, una solidaridad y hábitos y un orgullo comunes”. (1984c, 78. Las citas son de Samsonowicz, Henryk, 1978, “Les Liens Culturels entre les Burgeois du Littoral Baltique dans les Bas Moyen Age”, en *Studia Maritima* 1, 9-28, página 12).

⁴⁴² Si bien Marx y Engels plantean que “La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación”, casi inmediatamente arriba señalan que “Los trabajadores no tienen patria... No obstante, siendo la mira inmediata de del proletariado la conquista del Poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional...” (2000, 75), y antes planteaban que “Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. El lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía (2000, 66).

más fuerza que nunca... [Hoy] el proletariado europeo y americano pasa revista por primera vez a sus contingentes puestos en pie de guerra como un ejército único, unido bajo una sola bandera” (2000, 41-42). De esta manera, la constitución de una clase transnacional fue planteada por Marx y Engels, y por una amplia gama de dirigentes políticos e intelectuales de la izquierda revolucionaria de aquella época, como un proyecto político, sustentado en una base material, por lo que el movimiento obrero de la segunda mitad del siglo XIX tuvo como uno de sus objetivos políticos el constituirse en una fuerza política internacional. Si este proyecto político pudo plantearse e impulsarse en el siglo XIX en relación a la clase obrera, también podría plantearse en el XX en relación a la clase capitalista, la que tiene una serie de facilidades como su pequeño número y los enormes recursos con los que cuenta. Estimo que esto habría sucedido en el período que se abre luego del final de la Segunda Guerra Mundial.

La clase capitalista transnacional ha sido identificada por diferentes autores en las últimas décadas, particularmente a partir de la llamada “globalización”, cuyo inicio generalmente se sitúa en torno a las décadas de 1970 o 1980.⁴⁴³ Los primeros planteamientos sobre esta clase se realizaron en la década de 1970, haciendo referencia a una clase de capitalistas propietarios de empresas multinacionales y cuyos intereses estaban prioritariamente centrados en el crecimiento del mercado mundial, no en el mercado nacional de sus países.⁴⁴⁴ Diferentes

⁴⁴³ Carroll da cuenta del debate que se ha dado en los últimos años en torno a esta problemática y su vínculo con la globalización: “The contingent relation between global accumulation and class formation has spurred a vigorous debate as to whether, by the close of the twentieth century, a transnational capitalist class was already a fait accompli, or perhaps still only a possibility continually contained by countervailing tendencies towards national capitalist organization. [...] It was not until recently, however, that scholars began to assert that a transnational capitalist class had actually formed out of the processes of globalization” (2010, 2). Un ejemplo de la forma como se vincula a la emergencia de una clase capitalista transnacional con la globalización se puede ver en Robinson y Harris, que inician su artículo señalando: “It is widely recognized that world capitalism has been undergoing a period of profound restructuring since the 1970s, bound up with the world historic process that has come to be known as globalization. One process central to capitalist globalization is transnational class formation, which has proceeded in step with the internationalization of capital and the global integration of national productive structures. Given the transnational integration of national economies, the mobility of capital and the global fragmentation and decentralization of accumulation circuits, class formation is progressively less tied to territoriality” (2000, 11-12).

⁴⁴⁴ En 1977 Goldfrank planteó: “[There is] growing evidence that the owners and managers of multinational enterprises are coming to constitute themselves as a powerful social class”, y por su parte, en 1979 Hymer, afirmó que: “...an international capitalist class is emerging whose interests lie in the world economy as a whole and a system of international private property which allows free movement of capital between countries... there is a strong tendency for the most powerful segments of the capitalist class increasingly to see their future in the further growth of the world market rather than its curtailment”. (Goldfrank, Walter, 1977, “Who Rules the World? Class Formation at the International Level”. En *Quarterly Journal of Ideology*, 1:2, págs. 32-37, página 35; Hymer, Stephen, 1979, *The Multinational Corporations: A Radical Approach*, Cambridge, Cambridge University Press, página 262; ambos citados en Robinson y Harris, 2000, 13).

autores plantean que esta clase ha buscado establecer y reforzar sus lazos, ya sea directamente con la interconexión de sus empresas, por ejemplo, a través de la propiedad cruzada de ellas o de los vínculos entre sus directorios,⁴⁴⁵ como institucionalizando estos vínculos en una pluralidad de organismos internacionales privados e interestatales en los que se reúnen cotidianamente.⁴⁴⁶ Se plantea que a través de estas múltiples instancias para intercambiar y socializar sus visiones, la clase capitalista transnacional ha ido adquiriendo conciencia de clase y transformándose en una clase “para sí”,⁴⁴⁷ buscando definir agendas políticas en favor de sus intereses y estableciendo estrategias para influir sobre los estados y los organismos internacionales que promueven políticas.⁴⁴⁸ Además se afirma que, partir de su extensa capacidad para influir en los estados y organismos internacionales, las acciones políticas de esta clase serían centrales para entender las tendencias del desarrollo histórico de las últimas décadas y la actual estructura económica y política del sistema-mundo; Cox señala: “Globalisation is led by the emergence of a transnational managerial class that consists of distinct fractions (American, European, Japanese) but which as a whole constitutes the heart of what Susan Strange has called the “business civilization”” (1994b, 261)⁴⁴⁹.

Aunque la mayor parte de estos autores sitúan la emergencia de la clase capitalista transnacional en el período marcado por el inicio de la “globalización”, algunos, como Carroll (2010), plantean que si bien la globalización crea las condiciones para la emergencia de dicha clase, el problema de la conformación de una clase capitalista transnacional no se puede reducir a las condiciones que ella genera, ya que el carácter global del capitalismo no

⁴⁴⁵ Carroll señala que “...large corporations share common values and goals, especially the profit motive, and are intricately interconnected through the overlapping memberships of business leaders, whether on corporate boards of directors or on policy-planning boards and other elite vehicles for building consensus. Drawn together through interlocking directorships, large corporations and corporate directors form a corporate community –a more or less cohesive elite with common goals and shared understandings on how to reach these goals” (2010, 7).

⁴⁴⁶ En este punto me centraré en la próxima sección.

⁴⁴⁷ Robinson y Harris señalan: “[the transnational capitalist class] is increasingly a class-in-itself and for-itself [that it has] become conscious of its transnationality and has been pursuing a class project of capitalist globalization, as reflected in a transnational state under its auspices” (Robinson, W. I. y Harris, J., 2000, “Towards a global ruling class? Globalization and the transnational capitalist Class”. En *Science & Society*, Nº 64(1), 11-54, páginas 22-3; citado en Carroll 2010, 3).

⁴⁴⁸ Gill y Law señalan: “The process of elite interaction and network-building helps to shape the agenda for those state policies which affect the operation of transnational capital [...] Several writers have suggested that [different elements] are coming together to produce a “transnational” capitalist class or class fraction, with its own particular form of “strategic” class consciousness. This consciousness involves a long-term time horizon, and consideration of the general conditions under which transnational capital operates, as well as of more specific, immediate and “crisis management” issues” (1994, 104).

⁴⁴⁹ La cita es de Strange, Susan, 1990, “The Name of the Game”, en Rizopoulos, N. X. (editor), *Sea Changes*, Nueva York, Council of Foreign Relations Press.

se vincula a una específica forma de organización de clase,⁴⁵⁰ planteando que el proceso de formación de esta clase debe investigarse en el abanico de relaciones sociopolíticas en los que se involucran los capitalistas y sus asesores, y la subsecuente forma de la generación de hegemonía: “the question of the transnational capitalist class cannot be reduced to the globalization of capitalism per se. Rather, it remains amenable to sociological investigation of how capitalists and their advisers are embedded in a panoply of socio-political relations” (2010, 1-2). Este planteamiento me permite situar la pregunta por los procesos que impulsaron la conformación de esta clase en las relaciones de poder que buscaron estratégicamente reconfigurar la estructura de dominación, y que en ese proceso también buscaron la reconfiguración de sus clases dominantes, y permite indagar por la posible ocurrencia de estos procesos en momentos históricos anteriores a la llamada globalización.

3.3.2. El proceso de conformación de la clase capitalista transnacional.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, a nivel transnacional se conformaron una serie de instancias –reuniones, foros, grupos de planeación, etc.– en las que convergieron los grandes capitalistas de diversos países, los principales miembros de los gobiernos de los estados céntricos, además de asesores, intelectuales orgánicos, miembros de los organismos internacionales, etc. El notable resultado de estas instancias fue que al poco tiempo de concluir el mayor de los conflictos entre las potencias céntricas de la historia del sistema-mundo, se había conformado un conjunto unificado de estados, clases y grupos sociales que tenía como su núcleo a los estados y las clases dominantes del centro. Poniendo el acento en el rol de las clases dominantes de Estados Unidos, Augelli y Murphy señalan: “...after the Second World War, the dominant classes within the United States had been able to form a coherent international historic bloc... At the centre of this bloc was a hegemonic alliance including some elements of labour in the OECD countries, the dominant classes and (to a surprising extent) the popular masses in much of the dependent Third World, and, of course, the dominant classes in Western Europe and Japan” (1994, 132). A través del estudio de este

⁴⁵⁰ Carroll plantea: “...the objective need for self-expansion obliges the many capitals that compose the bourgeoisie to globalize, but there is no implication that national affinities, identities and forms of capitalist organization fall away in the process” (2010, 1).

tipo de instancias, en las que se comenzaron a reunir los capitalistas junto a otras élites de los países céntricos, se puede indagar el proceso de conformación de la clase capitalista internacional. Este camino toma Van der Pijl (2005), por lo que en las próximas páginas analizaré su estudio.

Van der Pijl (2005) explora una línea sobre la constitución de la clase capitalista transnacional que es interesante ya que acentúa el carácter estratégico del proyecto por establecer esta clase, y porque proyecta su estudio hasta el siglo XVIII y luego lo centra en el período que se abre con la Segunda Guerra Mundial, lo que permite tener una visión histórica más amplia que aquella centrada en la “globalización”, que usan la mayor parte de los autores. Van der Pijl estudia el proceso de conformación de una clase capitalista transnacional como un proyecto político que buscaron implementar, he implementaron, algunos capitalistas y determinadas élites intelectuales y políticas, con el objetivo de desarrollar vínculos entre los capitalistas y los estados de algunos países céntricos para potenciar su posición en la estructura de relaciones de poder nacional e internacional. En su estudio pone el acento en el rol de los “centros de planeación” –*planning groups*– que buscaban, y buscan, planificar y orientar las relaciones internacionales en función del desarrollo capitalista, y en cuyo marco buscaron establecer vías de cooperación entre las élites de algunos países para asentar y propagar su hegemonía.

Van der Pijl (2005) parte de la base de que las diferentes facciones de la clase capitalista que en cada momento alcanzan el liderazgo de su clase, lo hacen articulando a sus intereses específicos al interés general de su clase, y a partir de esta articulación establecen una hegemonía que guía la acción del estado y sus políticas. Este proceso económico y político adquiere un carácter transnacional, en momentos en los cuales facciones dominantes de las clases capitalistas de distintos países articulan sus intereses, tanto en función de lograr su preeminencia a nivel de sus respectivos países como para impulsar su expansión global, buscando establecer una hegemonía transnacional. El autor señala que este es un proceso “contradictorio y en evolución” (Van der Pijl 2005, 6), ya que diferentes facciones surgen y buscan transformar el interés capitalista general, en este caso transnacional, según sus visiones e intereses, e imponer su particular forma de hegemonía, por lo que históricamente se producen crisis y cambios de hegemonía, como el acaecido en los años ochenta del siglo

XX.⁴⁵¹ Sin embargo, más allá de las contradicciones y conflictos de este proceso, en base a los sucesivos impulsos de facciones de las clases capitalistas y de élites intelectuales y políticas de algunos países, se habría ido conformando una clase capitalista transnacional que progresivamente ha ido abarcando a una mayor cantidad de clases capitalistas nacionales.

El autor pone el acento en el rol que habrían tenido, y que actualmente tendrían, los centros de planeación de carácter transnacional. Estos grupos reunirían a un conjunto de capitalistas, dirigentes políticos e intelectuales orgánicos de diferentes países que buscan, por una parte, generar orientaciones políticas que se recomiendan a sus gobiernos, actuando “detrás de la escena” para influir en los centros de toma de decisiones formales y, por otra parte, y más importante, como una instancia de socialización de élites de diferentes países, que busca establecer puntos comunes de encuentro para producir consensos entre las clases y grupos dominantes. Así, si bien el aspecto de la búsqueda de la incidencia política es importante, Van der Pijl (2005) pone el acento en que los grupos de planeación son instancias donde se fraguan consensos ideológicos, no en el sentido de establecer lineamientos políticos específicos, sino de generar una cohesión ideológica general, de establecer confianzas, puntos en común –para lo que siempre es útil un enemigo común, como el comunismo–, para establecer un espacio donde se planteen y se puedan abordar los desacuerdos entre las diversas facciones capitalistas y de las clases y grupos dominantes en general.⁴⁵² En su análisis general el autor plantea tres etapas sucesivas en la transnacionalización de la clase capitalista. El intento inicial de constituir comunidades transnacionales en el siglo XVIII, deteniéndose particularmente en la francmasonería. La emergencia, a finales del siglo XIX e inicios del XX, de los primeros centros de planeación de políticas a escala transnacional, que buscaban actuar como un colectivo de intelectuales para la clase capitalista de un conjunto

⁴⁵¹ Tanto el régimen de acumulación keinesiano como el neoliberal son entendidos como expresión de una hegemonía de la clase capitalista transnacional. Van der Pijl plantea: “...we may understand the *Pax Americana*, both in its 1945-1971 and in its more recent, Reaganomics/“New World Order” editions, as the expression of the hegemony of a transnational ruling class unified behind a concept of control reflecting a particular configuration of capitalist forces” (2005, 5, cursivas del autor).

⁴⁵² Van der Pijl hace la interesante observación del activo rol que habrían tenido los capitalistas y dirigentes estatales de países céntricos de pequeño tamaño, sin grandes aspiraciones geopolíticas, como Bélgica, Holanda, Suiza y Suecia, en generar instancias para vincular a los capitalistas de las grandes potencias céntricas, incluso manteniendo relaciones durante momentos de conflictos abiertos. Es posible que las clases capitalistas de este tipo de países hayan tenido una mayor propensión a conformar vínculos de clase transnacionales. Por ejemplo, Carroll (2010) narra que parte su estudio de la clase capitalista transnacional desde el análisis de la clase capitalista canadiense, de la cual señala que su trayectoria siempre ha sido internacional.

de países como Inglaterra, EE.UU. y otros países angloparlantes, deteniéndose en particular en el caso del grupo Rhodes-Milner. Finalmente, el proceso, iniciado en torno a la Segunda Guerra Mundial, de integración hegemónica de las clases capitalistas-estatales rivales en una burguesía internacional, en los que juegan un rol central diferentes centros de planeación como espacios donde se sintetizan los intereses y visiones políticas globales de la clase capitalista transnacional actual. Me detendré brevemente en la segunda de estas etapas, ya que muestra un fracaso en el intento de conformar una clase capitalista transnacional, y luego con mayor profundidad en la tercera etapa, que marca la conformación y consolidación de esa clase.⁴⁵³

Para el período que va entre la segunda mitad del siglo XIX y el período de entreguerras, Van der Pijl realiza un análisis similar al que realizó Polanyi (2011). Polanyi plantea que en el siglo XIX, y hasta la Primera Guerra Mundial el capital financiero internacional, la *haute finance*, habría sido una facción de la clase capitalista que operaba con una orientación efectivamente transnacional,⁴⁵⁴ y que dada esta orientación tenía un interés real por el mantenimiento de la paz que no tenían otras facciones de la clase capitalista, como los industriales que estaban fuertemente ligados a los estados y sus políticas imperialistas. Desde un punto de vista similar, Van der Pijl (2005) sostiene que en países como Francia y Alemania había capitalistas que buscaban asociarse a los capitalistas británicos que dominaban la economía-mundo, y otros que buscaban expandirse en asociación a los proyectos imperialistas de sus estados.

⁴⁵³ La primera etapa, centrada en la francmasonería, me parece cae en la ya clásica confusión entre capitalistas y burguesía (a la que me referí al analizar la Revolución Francesa). Me parece que en el análisis de Van der Pijl (2005), la francmasonería habría sido un movimiento “burgués” mucho más amplio que la clase capitalista. El autor señala que la masonería se habría compuesto principalmente de las clases medias y profesionales, que en el Imperio Británico, en la década de 1870, habría alcanzado los 4 millones de miembros (2005, 102) –mucho más que la clase capitalista–, y que se habría expandido por toda Europa y Latinoamérica –más allá del núcleo capitalista original angloparlante que plantea este autor–. Además, en su relato me parece que Van der Pijl confunde la incidencia geocultural que habría tenido la francmasonería como parte del movimiento iluminista, con un impulso a la conformación de una clase capitalista transnacional propiamente tal, en la que no me parece tenga mayor incidencia. En cualquier caso, se puede considerar que este movimiento fracasó en establecer una unidad que pudiera evitar los enfrentamientos imperialistas, que es el punto que interesa aquí; Van der Pijl señala: “Imperialist rivalry and revolution further tore apart the once unified transnational brotherhood of Freemasonry” (2005, 106).

⁴⁵⁴ Polanyi describe de la siguiente manera a esta clase: “[En la política internacional] la *haute finance* funcionaba como un agente permanente sumamente elástico. Independiente de los gobiernos singulares, incluso de los más poderosos, estaba en contacto con todos ellos; independiente de los bancos centrales, incluso del Banco de Inglaterra, estaba estrechamente conectada con ellos. [...] Los Rothschild no estaban sujetos a un gobierno; como una familia, incorporaban el principio abstracto del internacionalismo” (2011, 56; énfasis del autor).

En ese marco, a principios del siglo XX, en el contexto de la creciente independencia que detentaban Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Sudáfrica en el Imperio Británico, se conformaron varios centros de planeación en el Reino Unido, entre ellos el grupo Rhodes-Milner, encabezado por Cecil Rhodes y Alfred Milner,⁴⁵⁵ que buscaban establecer instancias para el diálogo sobre los problemas comunes que enfrentaban estos países, y para establecer las condiciones para mantener una unidad en una nueva forma de imperio de carácter federativo. El grupo Rhodes-Milner tenía sus principales vínculos con grandes bancos –como los Rothschilds y el Barclays entre otros– por lo que tenía una orientación transnacional, pero buscaba generar una instancia de diálogo con todos los grandes capitalistas del Imperio Británico. Este grupo también estableció vínculos con algunos de los más grandes capitalistas estadounidenses del momento, como Morgan, dueño del banco Morgan, y Carnegie, dueño de la U.S. Steel Corporation, en un intento por establecer instancias de diálogo y planificación no sólo entre miembros del Imperio Británico, para crear una “unidad anglosajona”. Sin embargo, Van der Pijl señala que diversos segmentos de la clase capitalista estadounidense no tenían interés en la asociación con los capitalistas británicos, y que el intento por crear un grupo de planeación transatlántico finalmente fracasó por el giro que, después de la Primera Guerra Mundial, dio la política estadounidense al aislacionismo. Finalmente, la Gran Depresión y la generalización de las políticas proteccionistas que se emplearon para hacerle frente,⁴⁵⁶ pusieron en crisis los intentos por crear vínculos transnacionales entre las clases capitalistas, e incluso el grupo Rhodes-Milner abrasó el proteccionismo, Quigley señala: “After the banking crisis of 1931, the whole structure of international finance with which the Group has been so closely associated disappeared and, after a brief period of doubt, was replaced by a rapid growth of monopolistic national capitalism. This was accepted by the Milner Group with hardly a break in stride [...] As a result, in the period 1931-1933, the

⁴⁵⁵ Cecil Rhodes fue un empresario colonialista británico, fundador de la compañía de diamantes De Beers, que controlaba un gran porcentaje de la minería de diamantes y de oro de Sudáfrica. Fue Primer Ministro de la Colonia del Cabo. Alfred Milner fue un político británico vinculado a la administración colonial, fue Alto Comisionado para África del Sur y Gobernador de la Colonia del Cabo en la época de la Segunda Guerra Boer. Durante la Primera Guerra Mundial fue miembro del Gabinete de Guerra.

⁴⁵⁶ Hobsbawm resume de la siguiente manera las tendencias proteccionistas que surgieron como reacción a la Gran Depresión: “En un momento en que el comercio mundial disminuyó el 60 por 100 en cuatro años (1929-1932), los estados comenzaron a levantar barreras cada vez mayores para proteger sus mercados nacionales y sus monedas frente a los ciclones económicos mundiales, aun sabedores de que eso significaba dismantelar el sistema mundial de comercio multilateral en el que, según creían, debía sustentarse la prosperidad del mundo” (1997a, 101).

Milner Group willingly liquidated reparations, war debts, and the whole structure of international capitalism, and embraced protection and cartels instead”.⁴⁵⁷ De esta manera, la Gran Depresión y el incremento de las tensiones geopolíticas que desencadenarían la Segunda Guerra Mundial hicieron fracasar estos primeros impulsos para conformar una clase capitalista transnacional, y no pudieron plantear una alternativa a la lógica de las relaciones de poder de la estructura de dominación imperialista. Esto cambiaría luego de la guerra.

Ya durante la guerra Van der Pijl señala que grupos de capitalistas y de dirigentes estatales de países ocupados se comenzaron a reunir en Londres, comenzando a institucionalizar vínculos transnacionales y un consenso sobre dejar el nacionalismo económico: “Its most important outcome [de las reuniones en Londres], the European (originally Independent) League for Economic Cooperation (ELEC), aimed at organising the European bourgeoisie away from state monopolism” (2005, 120). Después de la guerra a ellos se les unieron franceses y alemanes, y el triunfo laborista en el Reino Unido (1945) dio impulso a las fuerzas —encabezadas por el capital financiero— que querían alejarse de la idea imperial, posibilitando que los británicos también se unieran.⁴⁵⁸ La plena unión de los capitalistas alemanes a estas instancias se dio en el marco del Plan Marshall (1947), lo que impulsaría la creación de la Comunidad Europea del Acero y el Carbón (1951) entre los antiguos rivales imperialistas franceses y alemanes, antecesor directo de la Comunidad Europea.

Van der Pijl plantea que en este marco, en la década de 1950 y a inicios de la de 1960, comienzan a surgir los primeros centros de planeación efectivamente “atlánticos”, es decir, en los que participaban europeos occidentales y estadounidenses, como el *Atlantic Council*, la *Ditchley Foundation*, y el *Atlantic Institute*. Según este autor, el más importante de ellos fue el grupo Bilderberg, que empezó a conformarse en 1952 y tuvo su primera conferencia en 1954.⁴⁵⁹ El autor insiste en que lo más relevante de estos grupos no es su influencia directa

⁴⁵⁷ Quigley, Carroll, *The Anglo-American Establishment*, Nueva York, Books in Focus, página 248; citado en Van der Pijl 2005, 112. Por su parte, Van der Pijl concluye: “The attempt to launch a single transatlantic planning body by building on the activities of the Inquiry and the Rhodes-Milner Group, did not succeed —on the one hand, because of the shift in the US domestic mood away from European involvement; on the other, because of underlying frictions with the British ruling class” (2005, 114).

⁴⁵⁸ Van der Pijl (2005) acota que sólo después de la derrota diplomática que significó la Guerra de Suez (1956), los conservadores británicos dejarían el ideal imperialista y se unirían a esta tendencia transnacionalista.

⁴⁵⁹ Sobre este centro de planeación, Van der Pijl señala: “Bilderberg was the first truly North Atlantic planning body. It assembled, in the spirit of corporate liberalism, representatives of Right and Left, capital and organised labour, thus side-stepping the élitist connotations of earlier experiences with private policy-planning. With help from the CIA and Unilever,

sobre las decisiones políticas de los diferentes gobiernos, sino la institucionalización de espacios para generar confianzas, superar desavenencias y explorar vías para producir perspectivas comunes entre las clases capitalistas y los líderes políticos de los países céntricos. Sin embargo, estos grupos activamente fomentaron la integración europea y el fortalecimiento de los vínculos entre Europa Occidental y Estados Unidos. También, cuando el impulso vino desde los estados y se conformaron las instituciones interestatales europeas, como la Comunidad Económica Europea en 1957, fueron acompañadas por la institucionalización de acuerdos entre grupos capitalistas como la Sociedad Europea para el Desarrollo Industrial, impulsada por bancos franceses y alemanes (Paribas y Deutsche Bank). Acompañando este proceso también se institucionalizaron iniciativas ideológicas conjuntas de las clases y grupos dominantes de distintos países, como la *Fondation Européenne de la Culture*, fundada en 1954, enfocada en generar una “identidad europea”, las cuales, aunque mantenían un carácter elitista, se vinculaban con organizaciones religiosas católicas y protestantes para buscar tener un mayor impacto en las clases populares. El autor recalca la centralidad de la lucha ideológica anticomunista que mantenían estos grupos,⁴⁶⁰ y el papel de organizaciones religiosas transnacionales en la integración de gobiernos conservadores, como la España franquista, a la creciente unidad transnacional de estados y clases capitalistas.⁴⁶¹

and an American support committee including David Rockefeller, Dean Rusk, head of the Rockefeller Foundation; and Joseph Johnson, head of the Carnegie Endowment, Bilderberg served to involve West German... ..as well as other continental European economic statesmen into the “long-term planning [on] an international order which would look beyond the present-day crisis”, as the minutes of its first conference put it...” (2005, 121; la cita está tomada de Eringer, R., 1980, *The Global Manipulators. The Bilderberg Group, The Trilateral Commission. Covert Power Groups of the West*, Bristol, Pentacle, página 22).

⁴⁶⁰ Van der Pijl señala: “...the Fondation Européenne de la Culture... ..was designed to foster a ‘European identity’, defined around the ‘freedom of the soul’ and against communism. [The religious twist] to the Cold War was already accounted for by developments in the main churches. While the Catholic church was most outspoken in its anticommunism... ..the World Council of Churches (WCC)... ..already during the war prepared plans to reintegrate Germany and Central European countries such as Poland and Czechoslovakia into an expanded free world centred on the United States. ...commitment to European integration had induced the Rockefellers to start subsidising the ecumenical movement and the World Council during the war” (2005, 122).

⁴⁶¹ Van der Pijl señala: “Another example of how apparently unrelated forms of organisation assist in the process of transnational class formation... ..is provided by the “opening” towards Europe of the Francoist Spanish economy in the late 1950s. This development, as Otto Holman has shown, occurred under the auspices of technocrats of Opus Dei who had entered the government in 1957. Their aim was to adjust class relations in Spain to the pattern of the newly established EEC but simultaneously, to guarantee continuity with the authoritarian Spanish political order (Holman 1996:57). In this classic example of a passive revolution, Opus Dei, a catholic lay organisation committed to modernisation in a rigidly conservative sociopolitical framework, acted as part of a transnational network extending across Europe to Latin America...” (2005, 123).

Van der Pijl continúa su recuento de los diferentes centros de planeación que surgen en las siguientes décadas –la Comisión Trilateral y el Foro Económico Mundial entre muchos otros–. Cabe destacar algunos aspectos del recuento que realiza. Por una parte, que a diferencia de lo ocurrido con los centros de planeación que existieron entre finales del siglo XIX y principios del XX, en este caso sus miembros no se circunscribieron a algunos países limitados (los angloparlantes) sino que se fueron expandiendo progresiva y rápidamente desde un núcleo “atlántico”, en la década de 1950, abarcando, en la década de 1970, a Japón y otros países de Asia oriental (por ejemplo, la Comisión Trilateral integra en pie de igualdad a los capitalistas japoneses con los europeos y estadounidenses, estableciendo tres presidencias paralelas, una para cada región), continuando su expansión en los siguientes años a numerosos países semiperiféricos y periféricos de todos los continentes,⁴⁶² incluso China y Rusia y los países de Europa Oriental luego de la caída del bloque socialista. En segundo lugar, que en contraste con el fracaso de los intentos por fraguar vínculos entre las clases capitalistas nacionales que supuso el generalizado proteccionismo que se produjo a consecuencia de la Gran Depresión y luego el estallido de la Segunda Guerra Mundial, estos centros de planeación no han hecho más que incrementarse durante las siguientes décadas, multiplicando las instancias en las que las clases y grupos dominantes se vinculan, haciendo de sus encuentros algo rutinario, y extendiendo la participación a un número cada vez más amplio de las grandes empresas capitalistas,⁴⁶³ lo que permite articular las diversas perspectivas de las distintas “facciones” de la clase capitalista. Tercero, la orientación política e ideológica de estos centros de planeación fue transitando de una primera orientación centrada en crear confluencias y en establecer visiones comunes que permitieran superar desavenencias, fundamentadas en una ideología general anticomunista y favorable al desarrollo capitalista en un marco de libre comercio internacional, pero relativamente inespecífica en relación a las políticas nacionales, a una orientación mucho más prescriptiva en relación al fomento de políticas liberales –“neoliberales”–, tanto en relación al comercio

⁴⁶² En la década de 1980 ya se integraban las élites capitalistas latinoamericanas: “...a Chilean magazine reported the participation of Chilean bankers and Argentinian economists at an MPS [*Mont Pèlerin Society*] meeting in Viña del Mar in 1981 (Van der Pijl 2005, 130; citando a la Revista Hoy, del 25 de noviembre de 1981).

⁴⁶³ Por ejemplo, a mediados de la década de 1980 casi dos tercios de las 100 mayores empresas transnacionales estaban afiliadas a la Comisión Trilateral (Van der Pijl 2005, 125).

internacional como a la difusión de las políticas nacionales que debieran implementar los diferentes países. Estos centros de planeación, desde la década de 1970, progresivamente comienzan a entregarle espacio a intelectuales, principalmente economistas, que fomentaban la liberalización de todos los aspectos de la economía, así como la disminución del estado y de sus funciones sociales, haciendo una progresivamente intensa socialización de estas ideas entre las élites políticas.⁴⁶⁴ Cuarto, aunque la influencia política directa de estos centros de planeación no es el aspecto en el que se centra el autor, en su relato es claro el vínculo entre ellos y diferentes gobiernos de los estados céntricos. Miembros de estos centros fueron parte de gobiernos y, a la inversa, importantes líderes políticos tuvieron una participación activa en ellos, por lo que se produce una amplia confluencia ideológica entre ellos y el conjunto de los estados céntricos, además de los organismos interestatales.

En suma, según Van der Pijl actualmente hay un amplio abanico de centros de planeación que actúan como espacios donde confluye la clase capitalista transnacional y otros grupos dominantes, particularmente líderes políticos e intelectuales orgánicos. En la actualidad el Foro Económico Mundial sería el mayor de estos centros de planeación. Sobre él señala: “The most comprehensive transnational planning body operative today, the World Economic Forum (WEF), also was a Swiss initiative. It was launched in 1971 by Klaus Schwab and is best known for the annual symposia at Davos, where world leaders from business and politics mingle (as its glossy bimonthly, *World Link*, puts it in the July/August issue of 1994, “the best way to achieve progress is through interaction among those who really carry the responsibility”) [...] The WEF’s component bodies all are acknowledged class organisations, in the sense of being “subject to strict conditions of admission in order to preserve their peer character” (*World Link* July/August 1994) [...] A body of this scope clearly has not existed ever before. It is a true International of capital, the first identifiable forum in which concepts of control are debated and if need be, adjusted, on a world scale. Until well into the 1990s,

⁴⁶⁴ Entre los centros de planeación de orientación neoliberal Van der Pijl destaca a la Sociedad Mont Pèlerin, que se vinculaba con intelectuales como Friedrich von Hayek, y que hacían una activa promoción de las políticas específicamente neoliberales: “...in contrast with the emergence of previous planning groups, the MPS depended on the mass dissemination of a largely preconceived gospel, which also implied a more militant intellectual function than an adaptive/directive role in the background. ...the neo-liberal intervention was of a much more “willed” than organically hegemonic nature. Providing a rigid doctrine to what was essentially an owners’ revolt against the class and international compromises of corporate liberalism...” (2005, 130).

the WEF was a pivot of neo-liberal hegemony [...] Indeed, if “in every region of the world, states, economies, and political processes are being transformed under the guidance of a class-conscious transnational bourgeoisie”,⁴⁶⁵ the WEF can certainly be credited with synchronising and unifying this process. This works at the Davos summits as well as in regional meetings, of which often, there are several in a single month. Here the process of hegemonic integration is most pronounced” (Van der Pijl 2005 132-133).

De esta manera, la institucionalización de centros de pensamiento, *think tank* o “centros de planeación”, ha servido para establecer espacios donde los capitalistas transnacionales han podido confluír como una clase política. En el período posterior a 1945, estos centros se han incrementado continuamente, tanto en su número, como en la frecuencia de sus reuniones, como en la amplitud de las nacionalidades de los capitalistas que se integran activamente en ellos. Así, actualmente estas reuniones son un acontecimiento rutinario, y ciertamente las instancias de encuentro entre capitalistas de diversos países no sólo se limitan a las reuniones que organizan estos centros de planeación. Capitalistas de diferentes países producen sus propias instancias para compartir y socializar, por ejemplo para presentar a las “nuevas generaciones” de capitalistas –los herederos de los grandes grupos económicos– a sus colegas de otros países, como en los “Encuentro Empresarial Padres e Hijos” en los que se reúnen los principales capitalistas latinoamericanos.⁴⁶⁶ Además, se produce la muy relevante confluencia de los capitalistas en reuniones paralelas a los encuentros interestatales a los que asisten los jefes de estado de múltiples países, reuniones de la OCDE, de la APEC o incluso de Naciones Unidas son instancias en las que se producen amplios encuentros entre capitalistas, y entre ellos y los jefes de estado.⁴⁶⁷

⁴⁶⁵ Robinson, W.I., 1992, “*The São Paulo Forum: Is There a New Latin American Left?*”, en *Monthly Review* 44 (7), página 8.

⁴⁶⁶ La XIV versión del “Encuentro Empresarial Padres e Hijos” comenzó en Santiago el 2 de mayo de 2016. Asistieron empresarios como Carlos Slim de México y Andrónico Luksic de Chile, además de líderes políticos como la entonces presidenta chilena Michelle Bachelet y el ex presidente de Francia Nicolás Sarkozy. Este tipo de encuentros tiene un carácter eminentemente privado, aunque asisten jefes de estado, por lo que *El Mercurio* lo catalogó como una reunión “hermética” (Mazucco 2016).

⁴⁶⁷ En paralelo a la reunión anual de la Asamblea General de Naciones Unidas se produce una amplia confluencia de capitalistas en torno a diversos encuentros como el *Bloomberg Global Business Forum*. Así, en el *New York Times* se indicó: “What began as a bureaucratic gathering of diplomats at the United Nations has in recent years morphed into a business and political free-for-all, a champagne-soaked workweek of panel discussions, private dinners and high-minded pronouncements of important initiatives. Among the many business leaders making appearances are Tim Cook of Apple, Bill and Melinda Gates, and Jack Ma, the founder and executive chairman of Alibaba” (Gelles 2017).

Así, desde incluso antes de finalizada la Segunda Guerra Mundial los capitalistas generaron una serie de instancias para comenzar a fraguar una perspectiva común y eventualmente una clase capitalista transnacional. Gill y Law plantean: “The international patterns of elite interaction –between business, state officials, bureaucrats, and members of international organizations– and the networks they generate, have not been thoroughly researched or understood... However, some organizations such as the Bilderberg meetings (which began in 1954), and the Trilateral Commission (formed in 1973) are explicitly concerned to foster social interaction, networks and a shared outlook amongst the international establishments of the major capitalist countries. Similar interaction is found within intergovernmental organizations such as the OECD, which organises conferences and research initiatives. What is crucial to note is that there are elements of a common perspective, at least with respect to the role of international business and private enterprise, which cuts across all of these institutional forums [... T]he elements mentioned above are coming together to produce a “transnational” capitalist class or class fraction, with its own particular form of “strategic” class consciousness” (1994, 103-104).

Pero este tipo de reuniones y foros no son los únicos espacios donde se vinculan los grandes capitalistas y fraguan la clase capitalista transnacional. Varios autores se centran en el análisis de las “manifestaciones” de la clase capitalista transnacional, buscado argumentar empíricamente que esta clase existe al mostrar la frecuencia con la que se producen determinados tipos de vínculos entre grandes capitalistas de diferentes países y/o tendencias económicas que muestran la ampliación de los circuitos económicos internacionales. Robinson y Harris hacen un resumen de estos “indicadores empíricos” de la clase capitalista transnacional: “The spread of TNCs, the sharp increase in foreign direct investment, the proliferation of mergers and acquisitions across national borders, the rise of a global financial system, and the increased interlocking of positions within the global corporate structure, are some empirical indicators of the transnational integration of capitalists” (2000, 11).

Un ejemplo de estos vínculos son las interconexiones entre los directorios de las grandes empresas transnacionales, vínculos que estudia Carroll (2010). Este autor analiza las relaciones económicas y sociopolíticas que se dan entre los capitalistas y los miembros de los directorios de las grandes empresas transnacionales, a través de la interconexión entre sus

directorios, red de relaciones que, según el autor, configura una “comunidad corporativa mundial” (*global corporate community*), que contribuye a conformar una clase capitalista transnacional que establece una hegemonía global.⁴⁶⁸ Carroll plantea que las condiciones materiales de esta interconexión las entrega la globalización. Sin embargo, esto no implica que los capitalistas que actúan a escala mundial conformen una clase transnacional. Planteando una perspectiva similar a la de Van der Pijl (2005) postula que la clase capitalista transnacional no surgiría de las condiciones materiales que entrega la globalización, sino que se conforma a partir de las relaciones sociopolíticas que intencional y estratégicamente establecen los capitalistas y sus asesores, particularmente los intelectuales orgánicos y los consejeros con vínculos políticos. Como resultado de la interconexión que establecen los capitalistas a través de los directorios de sus empresas, Carroll (2010) plantea que se conforma una comunidad –la comunidad corporativa–, que actúa como una élite que comparte visiones y establece consensos y objetivos generales compartidos por todos, así como entendimientos básicos sobre las estrategias para alcanzar dichos fines. En la visión del autor, la comunidad corporativa es una minoría organizada, que busca promover intereses comunes más allá de la competencia económica que mantienen sus miembros. Con ello facilitan el ejercicio de un poder económico conjunto, y el fortalecimiento de vínculos político-culturales que posibilitan establecer una solidaridad de clase y un proyecto hegemónico común: “...interlocking directorates link the key centres of command within the corporate economy. In doing so, they may contribute to the exercise of economic as well as cultural-political power, through serving two analytically distinct functions. Corporate interlocks can serve instrumental purposes of capital control, coordination and allocation, contributing to the strategic exercise of economic power within the accumulation process. But they also serve as expressive, cultural relations, building solidarity among leading corporate directors and underwriting a certain class hegemony –a cultural-political power–” (2010, 7-8).

⁴⁶⁸ Carroll (2010) realiza un estudio empírico de las interconexiones entre los directorios de las grandes corporaciones mundiales, con el fin de mostrar la red de vínculos que existe entre las clases capitalistas de los diferentes países, que darían pie para la conformación de una clase capitalista transnacional. El estudio abarca el período 1976-2006, incluyendo para los últimos años a 500 corporaciones.

De esta manera, los planteamientos de Carroll (2010) y Van der Pijl (2005) acentúan el proyecto político que impulsa la conformación de la clase capitalista. Los capitalistas, y sus asesores, buscan conformar la clase capitalista transnacional como un proyecto para potenciar su fuerza en las relaciones de poder del sistema-mundo. Así, como lo plantean Marx y Engels (1974), las luchas de clases son un impulso central para que una clase se constituya en tanto tal, las luchas comunes impulsan la constitución política de las clases. En relación a este punto, y para finalizar esta sección, cabe detenerse en el significado que considero se le debe dar a las luchas de clases en el contexto de la hegemonía que ejerce la clase capitalista transnacional. Me parece necesario considerar que para que una clase “luche” no se requiere de una clase antagonista situada en su mismo plano geográfico, en este caso, la clase capitalista transnacional no requiere una clase antagónica situada en un plano transnacional, no requiere de una clase trabajadora transnacional como la que buscaron conformar los socialistas revolucionarios del siglo XIX a través de La Internacional. Por ello, las luchas de clases no necesariamente son entre dos clases geográficamente equiparables, pueden ser entre clases situadas en diferentes espacios. Como se vio en la sección 2.3.1., a lo largo de la historia del sistema-mundo los capitalistas transnacionales han actuado e intervenido en múltiples espacios geográficos, estableciendo relaciones de poder con diferentes clases, grupos y estados, sometiendo a la fuerza de trabajo a distintos tipos de explotación, y adaptando los espacios económicos a diferentes roles dentro de la división internacional del trabajo. Esta ha sido una lucha de clases, de la clase capitalista apoyada por sus estados, contra una pluralidad de clases y grupos y contra otros estados, es decir, la clase capitalista ha estado involucrada en una pluralidad de relaciones de poder que pueden considerarse como sus luchas de clase. Hasta 1945 en sus luchas de clases los capitalistas básicamente se apoyaban en sus estados y tenían como uno de sus rivales a los capitalistas de otros países. Luego de 1945 esa lucha de clases intracapitalista terminó (o quizá entró en tregua) y se conformó una poderosísima clase capitalista transnacional. Esta clase continúa su lucha contra diversas clases y grupos sociales que plantean algún grado de resistencia a las transformaciones que implican el proceso de expansión y profundización capitalista que continúan impulsando, es decir, como lo expresó de manera muy clara Warren Buffett, los

capitalistas continúan llevando a cabo su guerra de clases: “There’s class warfare, all right, but it’s my class, the rich class, that’s making war, and we’re winning” (Stein 2006, parr. 6).

3.4. Una forma de estado global.

En este capítulo abordaré uno de los pilares de la hegemonía, el estado. Como me estoy refiriendo a una hegemonía situada en el plano global, la conceptualización del estado que emplearé necesariamente tiene que apartarse de sus usos más corrientes, para lo cual me fundamentaré en los planteamientos de Gramsci sobre el estado y la sociedad civil expuestos en la sección 1.2.4. Al problematizar al estado a nivel global en base a los planteamientos de Gramsci, busco identificar a las instituciones que efectivamente se vinculan con la configuración y reconfiguración del sistema-mundo capitalista, con la producción de hegemonía, con su conducción política general y con los procesos de adaptación de ámbitos económicos y sociales nacionales y locales a lógica de la acumulación capitalista que permite continuar su proceso de expansión y profundización. Plantearé que el conjunto institucional que busca realizar esta conducción política del sistema-mundo, en tanto actúa con un grado de coordinación significativo, puede ser entendido como una “forma de estado”, ya que cumple con funciones típicamente estatales (en el sentido gramsciano) pero con una forma institucional evidentemente muy diferente a la que poseen los estados nacionales. En este capítulo primero problematizaré el estado a nivel global y argumentaré la necesidad de concebir una forma de estado global, y luego me detendré en el proceso a partir del cual se comienza a institucionalizar esta forma de estado global.

3.4.1. Conceptualizando al estado a nivel global.

Por tratarse de una hegemonía global, el problema de la conceptualización de un “estado” que produzca dicha hegemonía se vuelve central. Como se vio en el capítulo anterior, hay autores como Balibar (1991a y 1991b) que descartan la posibilidad de que exista una clase capitalista transnacional y que se establezca una hegemonía global ya que no existe un estado mundial. Tras este planteamiento hay una conceptualización convencional del estado. Al plantear que no existe un estado mundial Balibar se refiere a un estado con las características institucionales de los estados nacionales.⁴⁶⁹ Evidentemente Balibar tiene toda la razón, nada similar a un estado nacional existe en el ámbito internacional. Sin embargo, diferentes autores

⁴⁶⁹ Balibar (1991a y 1991b) no tematiza las características de un estado global, por lo que, ante la omisión, se puede suponer que se refiere a una forma convencional de estado, institucionalmente similar a los estados nacionales.

plantean que la problematización de una forma de estado, o de institucionalidad política, a nivel global es una necesidad para analizar las formas que adquieren los procesos de toma de decisiones políticas en el sistema-mundo contemporáneo. Por ejemplo, en el marco de una propuesta de agenda de investigación, Gill señala que hay que problematizar la forma del estado y de la sociedad civil contemporáneas: "...the hypotheses concerning "post-Westphalian" forms of state and the internationalization of authority [and] the prospects for a global civil society need further analysis and more research. Some of this work would concentrate on the public/private forums concerned with management of the global economy, such as the G7, World Economic Forum and the Trilateral Commission..." (1994b, 17). Esto se plantea en el contexto del reconocimiento de la importancia que tienen ese tipo de instituciones en la conformación de los consensos políticos que impulsan la estructuración de los espacios sociales y económicos del sistema-mundo: "Forums like the G7 (and its private counterparts such as the World Economic Forum and the Trilateral Commission) are important also because their existence highlights the vanguard forces, and how they serve to generate strategic consensus in order to configure what might be called "the pyramids of privilege" in the world order structures that the G7 rulers seek to bestride" (Gill 1994b, 7). Además, la existencia de estos espacios de tomas de decisiones políticas tiene un impacto directo en la reconfiguración de las formas y capacidades de los estados nacionales y en el alcance de su soberanía (véase Held 1997). Un ejemplo de eso es la exigencia, por los organismos internacionales, de la autonomía de los bancos centrales y su focalización exclusiva en el combate de la inflación. Así, como lo plantean Cardoso y Faletto (1979), es necesario situar los aspectos político-institucionales en función del estudio de la estructura de dominación, es desde la dominación que se reconfiguran las instituciones políticas, no es la institucionalidad política la que circunscribe la forma de la dominación.⁴⁷⁰ Esta es la perspectiva con la que busco conceptualizar al "estado global".

⁴⁷⁰ Cardoso y Faletto plantean: "...el problema teórico fundamental lo constituye la determinación de los modos que adoptan las estructuras de dominación, porque por su intermedio se comprende la dinámica de las relaciones de clase. Además, la configuración en un momento determinado de los aspectos político-institucionales no puede comprenderse sino en función de las estructuras de dominio. En consecuencia, también es por intermedio de su análisis que se puede captar el proceso de transformación del orden político institucional" (1979, 19).

Los planteamientos de Foucault (1988) y particularmente los de Gramsci (1971) permiten tener una base para realizar esta conceptualización de una forma de estado global. Como lo analicé en la sección 1.2.4., al poner al estado en relación a la problemática de la hegemonía, Gramsci desestabiliza el concepto de estado, lo desplaza de sus referencias institucionales convencionales, ya que sólo una parte del estado se vincula a la producción de hegemonía y, a la vez, múltiples instituciones formalmente no estatales tienen un papel central en ella. Gramsci (1971) no confunde al estado con la sociedad civil por falta de rigor científico (cómo por ejemplo Anderson (1991) lo critica), sino porque su problemática central, la hegemonía, no permite un “deslinde” del estado, no permite una delimitación teórica del estado, ni el uso de conceptos como el de sistema político con el objeto de establecer un ámbito “propriadamente político” en el que se produce la hegemonía. Gramsci difumina la delimitación tradicional, liberal, entre estado y sociedad civil, ya que no es útil para conceptualizar la producción de hegemonía, ni para el análisis concreto de la producción de hegemonía en un sistema social e histórico determinado. Para problematizar la producción de hegemonía en el contexto del sistema-mundo considero que es útil adoptar esta perspectiva gramsciana del estado, precisamente porque evita una definición previa de un espacio político global que no es factible identificar, y porque permite indagar en aquellas instituciones, sea cual sea su carácter formal –interestatales, internacionales, estatales, multilaterales, organismos privados, etc.– que efectivamente operan en la producción de los elementos ideológicos y culturales que son hegemónicamente difundidos, y que inciden en el gobierno de la economía-mundo y de las diversas poblaciones y ámbitos sociales que la componen. Por su parte, Foucault enfatiza la necesidad de enfocar el análisis de las relaciones de poder en las “acciones gubernamentales” que efectivamente son relevantes en términos del gobierno de las poblaciones (Foucault 1988). Desde esta perspectiva, lo que interesa es analizar, a nivel del sistema-mundo, las relaciones de poder que efectivamente permiten conducir, orientar conductas, ajustar los espacios sociales y las subjetividades de manera que sean funcionales a los objetivos políticos de las clases y grupos dominantes, de manera que permitan continuar y ampliar el proceso de acumulación infinita de capital. En este contexto también, desde la perspectiva de Foucault, no es conveniente definir un determinado espacio institucional donde habría que centrar el análisis. Cualquier delimitación institucional puede ser

sobrepasada por las estrategias con las que se desenvuelven las clases y grupos dominantes en sus relaciones de poder, por lo que es necesario darle prioridad analítica a las relaciones de poder y dominación y, a través de ellas, identificar los contextos institucionales desde los que se produce el gobierno de las poblaciones.

Teniendo presente esta perspectiva, es necesario clarificar a que me refiero por un “estado” global. Por estado global no me refiero a un conjunto de instituciones similares a las que se encuentran en los estados nacionales, me refiero a una institucionalidad que permite gobernar el sistema-mundo, dirigir su desarrollo histórico, no sólo a nivel general, sino que también intervenir y gobernar sus diferentes espacios geográficos y poblaciones según las prioridades de la acumulación capitalista. Para esto no se requiere un conjunto de instituciones como las que se encuentran en los estados nacionales, que se enfocan en una serie de temas mucho más amplios. Esta “forma de estado” global no tiene interés en la salud de la población, la seguridad social, las pensiones o la delincuencia –o sólo se interesan en estos temas en la medida en que pueden mercantilizarse o representan una amenaza para la acumulación capitalista–, se enfoca en la conducción general del sistema-mundo de acuerdo a los intereses de las clases y grupos dominantes, en las cuestiones geopolíticas y en las relaciones de dominación en general, pero particularmente se focaliza en la gestión de la economía-mundo, en superar los problemas que enfrenta la expansión y profundización capitalista, y en adaptar poblaciones, espacios geográficos, formas institucionales, etc., al proceso de acumulación. Además, esta institucionalidad no tiene un “aparato de estado” que hace posible implementar directamente las decisiones de gobierno que se toman, depende de los estados nacionales para la implementación directa de las políticas, sin embargo, tiene mecanismos para inducir a los estados para que estos implementen las políticas y gobiernen sus espacios nacionales y subnacionales en consonancia con la acumulación capitalista. Por este motivo prefiero referirme a una “forma de estado”, ya que no es un estado propiamente tal, sino un conjunto de instituciones que se enfocan sólo en estos problemas de gobierno. En esta forma de estado creo conveniente distinguir dos aspectos, por una parte, una coalición de estados céntricos, a la que se le agregan con el tiempo múltiples estados semiperiféricos y periféricos, que no sólo se refiere a la tradicional alianza con objetivos geopolíticos de defensa, sino que también se enfoca en producir unas normas económicas comunes a todo el sistema-mundo. Por otra

parte, una institucionalidad transnacional relativamente independiente de los estados, incluso de los céntricos, que se enfoca directamente en los problemas de gobierno de la economía-mundo. Cabe enfatizar que ambos aspectos son inéditos en la historia del sistema-mundo. Los mecanismos de los que dispone esta forma de estado global para inducir a los estados nacionales a implementar las políticas que se definen a nivel global, se pueden asimilar a las funciones “jurídicas” y “éticas” de los estados que plantea Gramsci (1971). En las funciones jurídicas de esta forma de estado global se pueden incluir tanto las presiones diplomáticas e intervenciones militares de los estados céntricos, como las presiones económicas que ejercen los estados y capitalistas céntricos y los organismos financieros internacionales. Las presiones geoeconómicas y geopolíticas que esta forma de estado puede ejercer sobre los estados periféricos y semiperiféricos que se distancian de sus recomendaciones han sido efectivamente, materialmente, muy agudas. En cierta medida las presiones diplomático-militares actuales son una continuación de la “política de las cañoneras” (Graham-Yooll 2002) a la que me referí en la sección 2.2.2., con la diferencia central que, salvo algunas excepciones, en el período post 1945 los estados céntricos han actuado como una coalición permanente encabezada por Estados Unidos, mientras en el período pre 1914/1917 sólo se establecieron coaliciones entre algunos países céntricos, y estas coaliciones se limitaron a intervenciones concretas, por lo que pronto se disolvían y las potencias volvían a sus permanentes rivalidades imperialistas.⁴⁷¹ Así, el período post 1945 ha visto una coalición geopolítica, que más allá de desacuerdos puntuales, se ha mantenido de manera permanente entre el conjunto los estados céntricos que es inédita en la historia del sistema-mundo. En cuanto a las presiones económicas, la salida de los capitales que controlan las grandes transnacionales, las sanciones económicas de los estados céntricos y el corte de los créditos que pueden decretar los organismos financieros internacionales,⁴⁷² entre otras medidas, son

⁴⁷¹ Probablemente la coalición más amplia entre estados céntricos antes de 1945 se formó en la Guerra de los Boxers (1899-1901). En ella se formó una coalición inédita entre Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia, el Imperio Austrohúngaro, Japón, el Reino Unido y Rusia, para sofocar la rebelión en China contra la creciente influencia de las potencias extranjeras en su país y obligar al país a continuar su apertura económica. Así, en esta coalición estuvieron presentes todos los grandes países céntricos, además de algunos semiperiféricos, sólo faltaron algunos países céntricos, como Bélgica y Holanda, cuyo poder geopolítico era limitado. A los pocos años esta coalición se había quebrado, surgieron tensiones entre las potencias y la disputa sobre zonas de influencia en China sería un motivo central de la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905.

⁴⁷² Estos elementos conforman lo que Gill y Law denominan “el poder structural del capital”: “Today, capital is so internationally mobile, especially between the major capitalist economies, that the “investment climate” of one country will be judged by business with reference to the climate which prevails elsewhere. Transnational corporations routinely appraise

mecanismos que pueden producir consecuencias económicas muy duras para cualquier país periférico o semiperiférico, afectando las condiciones de vida de la población y la estabilidad política de sus gobiernos, por lo que actúan como eficaces mecanismos que inducen a estos estados a adoptar medidas que no implementarían sin esas coerciones externas. La gran ventaja de esta capacidad de coerción económica es que bastan algunos pequeños gestos de algunos organismos internacionales o de algunos grandes capitalistas, “señales” en la jerga económica –como un llamado de atención del Fondo Monetario Internacional, un descenso en la calificación de riesgo de una agencia de calificación o una declaración de algún gran capitalista que duda en hacer una inversión–, para hacer notar a un gobierno, incluso de los países céntricos, que deben rectificar sus políticas, por lo que es una forma de ejercicio de poder que puede ser muy eficaz y de un costo muy bajo para quienes lo ejercen, en la medida en que los capitalistas transnacionales y el estado global actúan de manera conjunta, ya que si fueran competidores imperialistas las presiones económicas de un conjunto de estados/capitalistas podría ser aprovechado por otro para posicionarse en el estado periférico o semiperiférico presionado. Estas formas “negativas” del ejercicio del poder, conforman un símil a los mecanismos coercitivos del “estado jurídico” que describe Gramsci. No me referiré mayormente a ellos porque mi interés son los procesos vinculados a la producción de hegemonía, mi interés está en cómo opera el “estado ético” gramscino a nivel global, pero hay que tener presente que estos mecanismos negativos, coercitivos, operan continuamente y son centrales en las relaciones de dominación del sistema-mundo. Además, si bien las relaciones de poder económicas anteriormente descritas tienen un carácter coercitivo, se vinculan directamente con la dimensión hegemónica de las relaciones de dominación, ya que habitualmente se sostienen en relaciones de poder-saber, en un discurso de verdad sustentado en una cierta ciencia económica hegemónica que abalaría las perspectivas de los organismos financieros internacionales, los estados céntricos y las empresas capitalistas, por lo que

the legal freedoms (e.g. to remit profits), production costs, labour relations, political stability, and financial concessions offered by many different countries. [...] As a result, governments are increasingly constrained in their freedom of manoeuvre by the economic policies of other states, as well as the investment decisions of internationally mobile capital” (1994, 105).

generalmente son políticas internalizadas por los estados como políticas tomadas en base a decisiones técnicas, lo que precisamente muestra el éxito de la dominación hegemónica.⁴⁷³ A nivel global la faceta “ética” de esta forma de estado estaría compuesta por el conjunto de instituciones que fraguan un consenso en torno a las ideas políticas que son empleadas para conducir la economía-mundo, y para introducir transformaciones en las poblaciones y espacios geográficos e institucionales para adaptarlos a los procesos que permiten llevar a cabo la acumulación de capital. La “faceta ética” de esta forma estatal global comprende elementos del estado y la sociedad civil de los países céntricos y una serie de instituciones internacionales “públicas” –interestatales–, o “privadas” que convergen en un consenso político-ideológico para orientar al sistema-mundo en una dirección determinada. Ambos aspectos institucionales se entrecruzan y complementan, conformando un conjunto institucional global que produce y difunde la hegemonía. En este conjunto institucional me centraré a continuación.

3.4.2. La alianza de estados céntricos.

Primero voy a analizar la confluencia que al finalizar la Segunda Guerra Mundial se da entre los estados céntricos, y particularmente el papel de Estados Unidos, por ser el país más poderoso en ese momento, ya que esta confluencia es el poder que respalda a las instituciones internacionales creadas al inicio de este período y que luego formarán parte central de esta forma de estado global. Para sopesar la magnitud del cambio que se produjo luego de la Segunda Guerra Mundial en las relaciones entre los países céntricos, cabe reparar brevemente en sus relaciones luego de la Primera Guerra Mundial. Hobsbawm repasa algunos de los aspectos de estas relaciones: “En la conferencia de paz de Versalles (1919) se habían impuesto a Alemania unos pagos onerosos y no definidos en concepto de “reparaciones” por el costo de la guerra y los daños ocasionados a las diferentes potencias vencedoras. Para justificarlas se incluyó en el tratado de paz una cláusula que declaraba a Alemania única

⁴⁷³ Robinson señala: “...national states internalize the authority structures of global capitalism; the global is incarnated in local structures and processes. The disciplinary power of global capitalism shifts the actual policymaking power within national states to the global capitalist bloc, which is represented by local groups tied to the global economy” (Robinson W.I., 2004, *A Theory of Gobal Capitalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, página 50; citado en Carroll 2010, 5).

responsable de la guerra (la llamada cláusula de “culpabilidad”) [...] El objetivo que realmente perseguían –al menos Francia– era perpetuar la debilidad de Alemania y disponer de un medio para presionarla. En 1921 la suma se fijó en 132.000 millones de marcos de oro, que todo el mundo sabía que era imposible de pagar. Las “reparaciones” suscitaron interminables polémicas, crisis periódicas y arreglos negociados bajo los auspicios norteamericanos, pues Estados Unidos, con gran descontento de sus antiguos aliados, pretendía vincular la cuestión de las reparaciones de Alemania con el pago de las deudas de guerra que tenían los aliados con Washington. Estas últimas se fijaron en una suma casi tan absurda como la que se exigía a Alemania (una vez y media la renta nacional del país de 1929); las deudas británicas con los Estados Unidos suponían el 50 por 100 de la renta nacional de Gran Bretaña y las de los franceses los dos tercios” (1997a, 104). De esta manera, se mantenían las enemistades que desataron la guerra, Alemania era tratada como un enemigo derrotado al que se quería mantener débil y subordinado, en tanto los pagos de la deuda se exigían sin importar las implicancias económicas sobre los deudores, incluso si habían sido aliados, llegando al extremo de que, en 1923, Bélgica, Francia y el Reino Unido ocuparon la Cuenca del Rurh debido a la incapacidad alemana de sufragar sus deudas. Si nos centramos en el papel de Estados Unidos, también cabría destacar que luego de la Primera Guerra Mundial no ingresó a la Sociedad de las Naciones, el congreso vetó su ingreso pese a que su presidente Woodrow Wilson fue uno de sus principales impulsores; profundizó su objetivo de aumentar su influencia en Asia, agudizando sus enfrentamientos con Japón (aliado durante la Primera Guerra Mundial) y, pese a la preeminencia económica que ya había adquirido,⁴⁷⁴

⁴⁷⁴ En relación a la posición económica de Estados Unidos luego de la Primera Guerra Mundial, Hobsbawm señala: “La primera guerra mundial, lejos de desquiciar su economía, la benefició (como ocurriría también con la segunda guerra mundial) de manera espectacular. En 1913, los Estados Unidos eran ya la mayor economía del mundo, con la tercera parte de la producción industrial, algo menos de la suma total de lo que producían conjuntamente Alemania, Gran Bretaña y Francia. En 1929 produjeron más del 42 por 100 de la producción mundial, frente a algo menos del 28 por 100 de las tres potencias industriales europeas. Esa cifra es realmente asombrosa. Concretamente, en el período comprendido entre 1913 y 1920, mientras la producción de acero aumentó un 25 por 100 en los Estados Unidos, en el resto del mundo disminuyó un tercio. En resumen, al terminar la primera guerra mundial, el predominio de la economía estadounidense en el escenario internacional era tan claro como el que conseguiría después de la segunda guerra mundial” (1997, 104). Y más adelante señala: ...a diferencia de Gran Bretaña, que había sido su centro neurálgico hasta 1914, Estados Unidos no necesitaba al resto del mundo. Así, mientras Gran Bretaña, consciente de que el sistema mundial de pagos se sustentaba en la libra esterlina, velaba por su estabilidad, Estados Unidos no asumió una función estabilizadora de la economía mundial. Los norteamericanos no dependían del resto del mundo porque desde el final de la primera guerra mundial necesitaban importar menos capital, mano de obra y nuevas mercancías, excepto algunas materias primas. En cuanto a sus exportaciones... tenían mucha menos trascendencia para la renta nacional que en cualquier otro país industrial, puede discutirse el alcance

no asumió ningún papel estabilizador de la economía mundial, por el contrario, mantuvo sus políticas mercantilistas y, como lo señalaba Hobsbawm (1997a), presionó a sus antiguos aliados por el pago de sus deudas de guerra.

Esto contrasta con lo sucedido luego de la Segunda Guerra Mundial. El cambio más evidente fue en relación a Alemania, nuevamente derrotada en esta guerra, de la que en esta ocasión sí era claramente responsable,⁴⁷⁵ y en la que además realizó crímenes contra la población civil y los prisioneros de guerra de enormes dimensiones (lo que no ocurrió en la Primera Guerra Mundial). En esta ocasión “Los aliados occidentales no hicieron el menor intento de imponer el pago de onerosas indemnizaciones y reparaciones de guerra [a Alemania] como se había hecho en 1919...” (Kershaw 2016, 566). Por el contrario, en términos económicos Alemania fue apoyada en los años inmediatamente posteriores a la guerra e incluida en el Plan Marshall, con el que Estados Unidos apoyó la reconstrucción de Europa Occidental. En términos políticos se incluyó a Alemania prácticamente desde un inicio en las iniciativas europeas que lanzaron el proceso que desembocaría en la Unión Europea, es decir, rápidamente se la integró al nuevo orden político europeo. El apoyo económico y la inclusión política también se aplicó a Austria (parte de la antigua Alemania nazi), Italia,⁴⁷⁶ y Japón, que por no encontrarse en Europa no fue parte del Plan Marshall pero se benefició de inversiones estadounidenses asociadas a su despliegue militar en Asia, la zona más “caliente” de la Guerra Fría, particularmente de las inversiones que implicó la Guerra de Corea.⁴⁷⁷ Sin embargo, el cambio en las relaciones geopolíticas entre las potencias céntricas es mucho más amplio y significativo que el benigno tratamiento dado a Alemania y los otros países derrotados.

real de las consecuencias de ese aislamiento de Estados Unidos con respecto a la economía mundial, pero es indudable que [se relacionó con el hundimiento de la economía en el período de entreguerras]” (1997a, 106-107).

⁴⁷⁵ Hobsbawm (1997a) señala que hay una amplísima bibliografía sobre las causas de la Primera Guerra Mundial ya que son complejas y controvertidas, y que esto no ocurre en relación a la segunda ya que es muy claro que esta tuvo su origen en las agresiones de Alemania, Italia y Japón.

⁴⁷⁶ En el caso de Italia se puede mencionar el hecho de que incluso se le permitió continuar con la administración colonial de la Somalia Italiana (von Albertini 1984), es decir, se le permitió conservar parte de sus colonias, lo que contrasta, como se vio en la sección 3.2.1., con lo que ocurrió con las colonias alemanas y los territorios árabes del Imperio Otomano luego de la Primera Guerra Mundial.

⁴⁷⁷ Arrighi señala: “US patronage itself was initially the primary source of the profits of Japanese enterprise... “The Korean War drew the Northeast boundaries of Pacific capitalism until the 1980s, while functioning as “Japan’s Marshall Plan”... ..war procurements propelled Japan along its world-beating industrial path”” (2009, 351; citando a Cumings, Bruce, 1993, “The Political Economy of the Pacific Rim”. En Palat, R.A. (editor), *Pacific-Asia and the Future of the World-System*, Westport, Greenwood Press, Página 31).

El Plan Marshall permite mostrar el inicio de este cambio en las relaciones geopolíticas y económicas entre los estados céntricos. El plan se anuncia en junio de 1947, a dos años de finalizada la guerra. Kershaw (2016) lo describe como un plan profundamente político que empleaba medios económicos, que fue concebido como un paso decisivo en la conformación de un “bloque occidental”, ya que aunque la ayuda económica se ofreció a todos los países de Europa, se suponía que la URSS lo rechazaría y obligaría a los países de Europa Oriental a hacer lo mismo, como efectivamente sucedió, para evitar la influencia estadounidense en esa región, por lo que contribuyó a la partición de Europa en dos bloques y, con ello, a la consolidación de un bloque occidental. Además, tuvo como beneficiarios a Alemania, Austria e Italia, antiguos enemigos de EE.UU., por lo que mostraba que las divisiones de la Segunda Guerra Mundial habían sido superadas, y que ya eran parte de una nueva alianza. El plan tuvo la implicancia de estrechar los vínculos económicos de EE.UU. con Europa, y entre los países de Europa, ya que para coordinar la ejecución del plan se creó la Organización para la Cooperación Económica Europea (antecesora de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)). De esta manera, en términos políticos el plan tuvo el efecto buscado de fortalecer la unidad “atlántica” y de agudizar las diferencias con el “bloque oriental”. Como parte del plan, Estados Unidos entregó más de 12.000 millones de dólares en cuatro años (el 2% de su producto nacional bruto) a los países europeos (Kershaw 2016, 671), lo que fue particularmente importante para paliar la escasez de dólares que se necesitaban para financiar sus importaciones (que casi todas provenían de EE.UU., por lo las empresas estadounidenses también se beneficiaban de la ayuda que entregaba su gobierno). Cabe resaltar que la mayor parte de estos recursos fueron entregados bajo la forma de transferencias, no de créditos,⁴⁷⁸ por lo que el plan supuso una suspensión de la lógica de las relaciones capitalistas y de la prioridad política de la acumulación, un hecho inédito entre las potencias céntricas. El efecto económico del Plan Marshall es imposible de evaluar de manera independiente ya que coincide con el inicio de la recuperación económica de Europa,

⁴⁷⁸ Hobsbawm señala: “...la situación de la Europa occidental en 1946-1947 parecía tan tensa que Washington creyó que el desarrollo de una economía europea fuerte, y algo más tarde de una economía japonesa fuerte, era la prioridad más urgente y, en consecuencia, los Estados Unidos lanzaron en junio de 1947 el plan Marshall, un proyecto colosal para la recuperación de Europa. A diferencia de las ayudas anteriores, que formaban parte de una diplomacia económica agresiva, el plan Marshall adoptó la forma de transferencias a fondo perdido más que de créditos” (1997a, 244).

pero evidentemente fue un impulso relevante. En esos años el índice del producto nacional bruto europeo pasó de 87 en 1948 a 102 en 1950, tomando a 1938 como índice 100 (Kershaw 2016, 670), por lo que apoyó el inicio de la salida de Europa de la crisis de post guerra.

El Plan Marshall ilustra una “anomalía histórica” de este período, el papel de Estados Unidos como potencia dominante y su relación con las demás potencias céntricas, anomalía que considero queda sin explicación si se analiza este período con las mismas herramientas conceptuales que la anterior historia del sistema-mundo. A diferencia de lo ocurrido en siglos anteriores con el dominio británico, holandés o veneciano, Estados Unidos procuró ayudar a las potencias céntricas rivales. Esto es completamente inédito, nada similar al Plan Marshall podría encontrarse, por ejemplo, en el siglo XIX bajo el auspicio del Reino Unido para apoyar la recuperación económica de Francia tras la revolución y las guerras napoleónicas. Lo relevante es que esta “anomalía” pasa a ser una constante. Las relaciones de EE.UU. con sus aliados asiáticos y con Japón en particular muestran un patrón similar, el apoyo a la recuperación económica, el impulso para que estos países establezcan un vínculo económico y político con Estados Unidos y, nuevamente al igual que en el caso de Europa, estos países superan sus anteriores rivalidades (por la ocupación japonesa de países como Corea y Taiwán), para converger en una asociación económica y política. Arrighi (2009) revisa este proceso, planteando que en el caso asiático el apoyo económico vino principalmente en la forma de gastos militares, 7.2 billones sólo en Japón hasta 1964 (Arrighi 2009, 352), fomentando la recuperación de la capacidad industrial japonesa. Pero además, a partir de la década de 1960, se buscó posicionar a Japón como un vínculo entre el comercio de Estados Unidos con el sudeste asiático, fomentando la integración en una red comercial de los países de esta región con centro en Japón,⁴⁷⁹ para incorporar en la cadena productiva estadounidense a la abundante mano de obra barata asiática a través de las empresas japonesas, lo que se reflejó en un enorme aumento de las exportaciones japonesas a EE.UU. en la segunda mitad de dicha década.

⁴⁷⁹ Arrighi señala: “In the 1950s, the US had promoted the *separate* integration of Japan and of its former colonies within its own networks of trade, power, and patronage. In the 1960s, under the impact of tightening financial constraints, it began promoting their *mutual* integration in regional trade networks centered on Japan. To this end, the US government actively encouraged South Korea and Taiwan to overcome their nationalist resentment against Japan’s colonialist past and to open their doors to Japanese trade and investment” (2009, 353, énfasis del autor).

De esta manera, en las primeras décadas de la postguerra la principal potencia, Estados Unidos, apoyó la recuperación económica de los demás países céntricos, manteniendo un trato preferencial hacia ellos, por ejemplo, pese a la intención de establecer el libre comercio a nivel mundial, no puso reparos en que los países europeos y Japón aplicaran políticas proteccionistas que resguardaran sus economías frente a la inmensa superioridad de la estadounidense.⁴⁸⁰ Asimismo, los demás países céntricos dejaron atrás sus divisiones y buscaron establecer vínculos económicos y políticos entre ellos. Todo esto se refleja en una creciente serie de organizaciones internacionales que reúnen a estos estados, 1949 se establece el Consejo de Europa y la OTAN, en 1951 la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, precedente directo de la Comunidad Económica Europea (1957), la OCDE en 1961, el G7 en 1973, sólo por mencionar algunas de las organizaciones que se crearon en las primeras décadas de postguerra, y que se fueron sumando al conjunto institucional que fortalecía los vínculos económicos y políticos entre los estados céntricos.

El apoyo de EE.UU. a las demás potencias céntricas es una “anomalía histórica” ya que evidentemente tendría como consecuencia una recuperación de los capitalistas de los demás países céntricos y, subsecuentemente, una renovada competencia para los capitalistas estadounidenses. Wallerstein señala: “Western Europe, under the impetus of the Marshall Plan and the early European institutions, and East Asia (particularly but not only Japan), under the impetus of Cold War-related economic expenditures by the USA, not only recovered fully from wartime destruction but set out on the path of becoming highly competitive on the world market in the major industrial sectors. They recovered dominance in their home markets quite rapidly and by the 1960s were competing actively within the USA in non-home markets” (1996a, 211). Así, la implicancia de la ayuda estadounidense, que no podía ser inesperada para los planificadores de EE.UU., fue que aumentó la competencia entre los capitalistas transnacionales y, por tanto, las ganancias de sus propios capitalistas se vieron mermadas: “Whereas in the 1950s the leading sectors had been relatively monopolized by a small group of enterprises on the world level, the number of

⁴⁸⁰ Con respecto a Japón Arrighi señala: “. . . the US government tolerated an administrative closure of the Japanese economy to foreign private enterprise which would have resulted in almost any other government being placed among the free world’s foes in the Cold War crusade” (2009, 353).

competitors had grown-considerably in the 1960s; the field had become crowded” (Wallerstein 1996a, 211-212). Es decir, la potencia dominante del sistema-mundo, Estados Unidos, no empleó su superioridad económica y geopolítica para arrebatar mercados a las otras potencias céntricas, sino que apoyó su recuperación económica fortaleciendo los competidores de sus propias transnacionales, es decir, sus políticas minaron a sus monopolios capitalistas.

Si se pone entre paréntesis la amenaza de la URSS y de la expansión comunista, que analicé en la sección 3.2.3., como podían influir en una Europa destruida y en el proceso de descolonización de África y Asia y, en última instancia, como esto era una amenaza para las clases y grupos dominantes del sistema-mundo y de Estados Unidos, las acciones del gobierno estadounidense, sin duda respaldadas por sus capitalistas,⁴⁸¹ serían ilógicas en términos de sus relaciones de poder con las demás potencias céntricas. Por el contrario, considero que sus acciones son comprensibles si se toma en cuenta la existencia de estas amenazas, y se contextualizan las acciones de la potencia dominante del sistema-mundo, de los demás países céntricos y de sus clases y grupos dominantes, en el marco de la necesidad de reconfigurar una estructura de dominación que permitiera enfrentar estos desafíos y evitar los desastres del período 1914/17-1945; Arrighi señala: “It goes without saying that the US government was not motivated by benevolence. Logistics as much as politics required that the US government buttress –if necessary through protection from the competition of US big business– the several foreign centers of industrial production and capital accumulation on which the superior capabilities of the free world *vis-à-vis* the communist world rested” (2009, 353, cursivas del autor). Así, las políticas estadounidenses se explican por el contexto de las relaciones de poder en las que estaba imbuido el sistema-mundo y las amenazas que implicaban para la propia existencia del orden capitalista, ya que en ese momento se

⁴⁸¹ Esta es la época en la que Charles Wilson, CEO de General Motors entre 1941 y 1953 y luego Secretario de Defensa del gobierno de Eisenhower entre 1953 y 1957, afirmó: “For years I thought that what was good for our country was good for General Motors, and vice versa. The difference did not exist” (Pontefract 2018 parr. 5). Cabe señalar que esta afirmación la realizó, en 1952, en una audiencia de confirmación frente a un comité del senado estadounidense, ante una pregunta por los posibles conflictos de interés que tendría al pasar a ser parte del gobierno, lo que muestra la estrecha imbricación entre el gobierno estadounidense y las principales empresas capitalistas, imbricación que el senado no consideró inconveniente ya que su nominación fue aceptada.

consideraba que “el futuro del capitalismo mundial y de la sociedad liberal distaba mucho de estar garantizado (Hobsbawm 1997a, 234).⁴⁸²

De esta manera, considerando el contexto general de las relaciones de poder, la geoeconomía-política del sistema-mundo y no sólo los intereses estrictamente económicos, se pueden entender que las sucesivas políticas de los gobiernos estadounidenses de apoyo económico y geopolítico a los demás países céntricos. Centrándose en el caso la relación de EE.UU. con Japón, Arrighi señala: “This explosive growth of Japanese exports to the wealthy US market as well as its trade surplus, was a critical ingredient in the simultaneous take-off of Japan’s great leap forward in world-scale processes of capital accumulation. Nevertheless, it was not due in any measure to an aggressive Japanese neo-mercantilist stance. Rather, it was due to the growing need of the US government to cheapen supplies essential to its power pursuits, both at home and abroad [...] Japanese trade surpluses were not the cause of the financial troubles of the US government. The increasing fiscal extravagance of the US warfare-welfare state was. The Japanese capitalist class promptly seized the chance to profit from US needs to economize in the procurement of means of war and livelihood. But by so doing, it was servicing the power pursuits of the US government as effectively as any other capitalist class of the free world” (2009, 354). Así, los intereses del gobierno de Estados Unidos podían converger con los de los capitalistas japoneses. Pero no hay que pasar por alto que no sólo se estaban teniendo en cuenta los intereses del estado estadounidense y de los capitalistas japoneses (y de todos los demás países céntricos), también el estado japonés (y los demás estados céntricos) y los capitalistas estadounidenses tenían importantes intereses satisfechos. Si bien el estado japonés, y los europeos, dejaban sus aspiraciones geopolíticas históricas de lado y se sumaban a las prioridades estadounidenses,⁴⁸³ su defensa frente a las amenazas

⁴⁸² Loth señala que en 1947, para argumentar la necesidad del proyecto de masiva ayuda financiera a Europa, que luego sería el Plan Marshall, “La Administración Truman supero la oposición del Congreso exagerando premeditadamente la amenaza soviética” (2011, 29).

⁴⁸³ Los estados céntricos derrotados en la guerra, Alemania, Italia y Japón no tenían mayor alternativa a prácticamente ver anuladas sus iniciativas geopolíticas independientes. En el caso del Reino Unido y Francia tenían un mayor margen para llevar a cabo iniciativas que respondieran a sus intereses, por ejemplo, Francia buscó mantener parte de su imperio colonial mediante la fuerza, y ambas potencias desarrollaron armamento nuclear. Sin embargo, en pocas ocasiones estas iniciativas independientes chocaron directamente con los intereses estadounidenses, como fue el caso de la Guerra de Suez (1956), donde ambas potencias junto a Israel invadieron la península del Sinaí de Egipto, en esa ocasión, a partir de la presión que ejerció Estados Unidos, y también la URSS, Francia y el Reino Unido debieron retirarse y sufrir una humillación diplomática.

geopolíticas de la URSS y China quedaba garantizada y además podían ser parte, quizá como socios minoritarios, del dominio geopolítico sobre las periferias, así, por ejemplo, Arrighi (2009) señala que Japón pudo obtener gracias al apoyo estadounidense la preponderancia económica sobre el este y sudeste asiático que no logró obtener a través de su expansión imperialista. Por su parte, los capitalistas estadounidenses podían liderar un período de gran expansión capitalista, y una alianza con los estados y capitalistas de los demás países céntricos para asegurar la defensa del capitalismo en toda la extensión del sistema-mundo, incluyendo las amplias periferias africanas y asiáticas sobre las que europeos y japoneses podían tener mucha influencia.

Esta alianza entre los estados céntricos es imprescindible para la constitución de una forma estatal global y, por tanto, es central en la constitución de una nueva estructura de dominación. Sin esta alianza sería impensable que las instituciones internacionales gubernamentales pudieran operar exitosamente, al contrario, posiblemente caerían en la impotencia e irrelevancia como ocurrió con la Liga de las Naciones en el período de entreguerras. Por ello, es fundamental considerar si esta alianza es un hecho estructural o una respuesta coyuntural –más bien una serie de respuestas coyunturales– frente a situaciones contingentes, que cuando pasen desencadenarán la disolución de esta “alianza céntrica”. La inicial convergencia entre los estados céntricos se dio por la simultánea debilidad de todos ellos, con la excepción de EE.UU., y la amenaza que representaban la conjugación de la expansión de la URSS y del bloque comunista, y los procesos de independencia en África y Asia. La recuperación económica de Europa Occidental y Japón, ya plenamente consolidada en la década de 1970, el final del proceso descolonizador sin que se hubiese producido una significativa derivación al comunismo, y finalmente la disolución de la URSS a inicios de la década de 1990 podrían haber disuelto esta alianza, retornando los estados céntricos a una competencia imperialista en la que se ponen en juego todo tipo de políticas mercantilistas para adquirir mejores posiciones en el sistema-mundo. A casi medio siglo de la recuperación europea y japonesa, y a casi treinta años de la caída de la URSS, esta alianza se ha mantenido, pese a diferencias y tensiones que son esperables en cualquier relación de poder.⁴⁸⁴ Por ello

⁴⁸⁴ Desde este punto de vista, situaciones como la salida de Francia del mando integrado de la OTAN en 1966, las presiones económicas de EE.UU. a Japón en la década de los ochenta para disminuir su déficit comercial, la falta de respaldo a EE.UU.

considero altamente inadecuado mantener para la etapa contemporánea del sistema-mundo (post 1945) la perspectiva con la que se han analizado las relaciones de poder entre las potencias céntricas para los períodos anteriores, como tienden a hacerlo los autores de la Perspectiva del Sistema-Mundo. Estos autores continúan interpretando la situación geopolítica contemporánea general con la misma perspectiva con la que abordan las relaciones de poder históricas del sistema-mundo, sin considerar la posibilidad de un cambio en la estructura de dominación. Por ello tienden a continuar visualizando relaciones de poder conflictivas entre las potencias céntricas. En términos generales estos autores interpretan el período 1945-1970 como de completo dominio de Estados Unidos (“hegemonía” es el concepto que emplean), y el que se abre en la década de 1970 como de declive y cuestionamiento de dicho dominio.⁴⁸⁵ Así, se entiende que debido a la fortaleza con la que emergió después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos adquiere un completo dominio económico y geopolítico del sistema-mundo, el que mantiene sin mayores contrapesos hasta la década de 1960.⁴⁸⁶ Este dominio habría comenzado a declinar en la década de 1970 por la crisis económica, la consolidación de la recuperación económica de Europa Occidental y Japón, y por desafíos que surgen desde las semiperiferias y periferias, como el embargo petrolero de la OPEP de 1973 y la derrota de EE.UU. en la Guerra de Vietnam en 1975. De esta manera, se entiende que la recuperación económica de Europa y Japón representa un desafío geopolítico al dominio de EE.UU. sobre el sistema-mundo,⁴⁸⁷

en la segunda Guerra de Irak, o las renegociaciones de tratados de libre comercio que ha llevado a cabo la administración Trump, son tensiones esperables en cualquier relación de poder y, en cualquier caso, son muy menores si se comparan con las que existieron entre los estados céntricos anteriores a 1914.

⁴⁸⁵ Por ejemplo, Amin, Arrighi, Gunder Frank y Wallerstein en su introducción, que se titula “Premisas Compartidas”, a un libro que reúne artículos de ellos sobre la “crisis global”, plantean: “Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos desempeñó el papel de poder hegemónico debido a su dominio en el terreno económico, en el político y en el militar y porque pudo imponer un orden relativo sobre el sistema-mundo, hecho éste que se correlacionó con la expansión económica mundial sin precedentes hasta entonces. Creemos que esta hegemonía está declinando ahora y que esta declinación es un hecho irreversible (aunque quizá sea lenta)... Esta declinación se manifiesta de varias maneras, a saber: el aumento de la competitividad de los artículos de Europa occidental y de Japón; la fragmentación del sistema de alianzas de la anterior guerra fría y el surgimiento de un eje Pekín-Tokio-Washington...” (1983, 12).

⁴⁸⁶ Wallerstein postula: “In 1945, the USA was the only major industrial power of the time to have emerged from the military conflicts... enormously strengthened in terms of its productive capacity and efficiency. It was able quickly to transform this economic advantage into a political, military and even cultural advantage that continued and grew in the immediate postwar period. Thus, 1945 marks the beginning of the heyday of unquestioned US dominance or hegemony in the world-system. US strength grew greater and greater in the twenty-five years or so thereafter”. (1996a, 215)

⁴⁸⁷ Arrighi (2009) proyecta una competencia entre EE.UU. y las potencias asiáticas, inicialmente entre una coalición de estados encabezada por Japón (el “archipiélago capitalista” del Este y Sudeste de Asia, compuesto por Japón, Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán y Singapur) y luego, en la “postdata” publicada en 2009, con China (que curiosamente apenas es mencionada en el texto original). En relación al desafío japonés para el dominio estadounidense, Arrighi plantea: “The

sobre la preeminencia de sus empresas capitalistas,⁴⁸⁸ y sobre el dominio de su estado de las regulaciones económicas internacionales,⁴⁸⁹ lo que abre un período de conflictos en el centro, ya que EEUU. mantiene una enorme superioridad militar que utilizaría para prolongar su dominación. El escenario que proyectan estos autores es de una agudización de la competencia entre las potencias céntricas, del uso de políticas mercantilistas en estas relaciones de poder geopolíticas y geoeconómicas, la conformación de bloques entre algunos de los estados céntricos con las principales potencias semiperiféricas, como Rusia y China, para mejorar sus posiciones en la economía-mundo en vistas de una competencia ya desatada por la preeminencia mundial.⁴⁹⁰ De esta manera, autores de la Perspectiva del Sistema-Mundo básicamente continúan interpretando las relaciones de poder entre los estados céntricos de la segunda mitad del siglo XX y del siglo XXI en la misma lógica que las que mantuvieron en los anteriores siglos, relaciones de dominación en los que alternan momentos en los que una potencia logra un completo dominio económico y geopolítico sobre las demás

overaccumulation crisis of the late 1960s and early 1970s changed all that [el apoyo de EE.UU. a Japón]. The US government stopped twisting the arm of its European partners and East Asian clients to make room for the capitalist expansion of Japan. It began instead twisting the arm of the Japanese government to revalue the yen and to open up the Japanese economy to foreign capital and trade. As the rapprochement with China and the Paris peace accords of 1973 brought the US war with Asia to a close, US pressures on Japan to redistribute the benefits of its economic expansion intensified [...] The over-accumulation crisis propelled Japanese capital on a path of transnational expansion which would soon revolutionize the entire East Asian region and, perhaps, foreshadow the eventual supersession of the US regime of accumulation” (2009, 354-355).

⁴⁸⁸ Wallerstein señala: “...by 1967/73, the skein of US hegemony began to unravel, something that seemed to be caused by the very-successes of the USA in the establishment of its hegemonic authority. The most acute difficulty was posed by the growth in economic strength of other states in the core zone, in particular Western Europe (especially the Federal Republic of Germany) and Japan. This showed up quite clearly in the patterns of foreign direct investment by transnational corporations. Whereas at first such investment was almost entirely a phenomenon of US-based TNCs, first European and then Japanese corporations began to represent a larger and larger percentage of the total. This began to pose a particularly acute problem for US corporations, given the overall slowing down of the rate of growth (1996a, 217-218).

⁴⁸⁹ En relación a la pérdida de control sobre las transacciones financieras internacionales por parte de Estados Unidos, Wallerstein indica: “The first sign of difficulty was the emergence of a new phenomenon at the beginning of the 1960s: the so-called Eurodollars –US dollars that were physically located in Europe and therefore not subject to direct US financial controls. By the end of the 1960s, this weakening of the US government’s financial leverage was compounded by the shriveling of the US gold stock, accentuated (but not solely explained) by the heavy outflows occasioned by Vietnam War-related expenditures. The ending of the fixed rate of gold in US dollars would relieve the pressure on the US gold supply, but only at the price of creating a world currency variability outside the unilateral control of the USA” (1996a, 218).

⁴⁹⁰ Wallerstein (1996a y 1996b) proyecta una división del centro en tres núcleos rivales, Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, que se disputan entre ellos y que en el marco de sus disputas buscan establecer alianzas con las principales potencias semiperiféricas, China y Rusia. Por su parte Arrighi (2009) señala que la actual crisis de la expansión del sistema-mundo tiene una anomalía crítica, la bifurcación entre el poder financiero, que ahora detentaría Japón/China (en el libro centra su análisis en Japón pero en el postfacio los hace en China), y el poder militar, retenido por Estados Unidos. Esta anomalía podría desenvolverse en tres direcciones: hacia la formación de un imperio-mundo que funda ambos poderes mediante una alianza occidental que logre imponerse sobre las potencias asiáticas y apropiarse de su poder financiero (Arrighi señala que no es claro como lo harían), hacia la formación de una economía-mundo no capitalista centrada el Asia (no es nada claro en el texto porqué sería “no capitalista” y porqué Japón/China podría ser más respetuosa de las culturas y la ecología que las presentes y antiguas potencias occidentales), o hacia un caos sistémico.

–Venecia en el siglo XV, Holanda en el XVII, el Reino Unido en el XIX y Estados Unidos en el tercer cuarto del XX– con momentos en los que hay una competencia entre potencias relativamente parejas que buscan imponer su dominio sobre las demás potencias céntricas y sobre el sistema-mundo en general.

Como lo analicé anteriormente (sección 2.2.2.), desde el origen del sistema-mundo hasta 1945 las relaciones de poder entre los estados céntricos se caracterizaron por las políticas mercantilistas, y en los períodos en los que había una potencia que ejercía un completo dominio, esta buscaba imponer el liberalismo, lo que era adoptado por los estados periféricos y los semiperiféricos descendentes, y resistido por los estados céntricos y los semiperiféricos ascendentes. Como se vio, Estados Unidos no buscó imponer el liberalismo, por el contrario, admitió las políticas proteccionistas de Europa Occidental y Japón, lo que muestra una anomalía con respecto a las anteriores potencias que ejercieron un completo dominio en el sistema-mundo. Tampoco los demás estados céntricos llevaron a cabo políticas mercantilistas agresivas, por el contrario, se acomodaron a los espacios, crecientes, que tenían sus empresas capitalistas, por ello, Arrighi (2009) clarifica que los avances económicos japoneses no se debían a una política neo-mercantilista, como habría sido esperable según el patrón imperialista de relaciones de poder. Así, no se ha producido el esperable, para autores de la Perspectiva del Sistema-Mundo, escalamiento de la competencia mercantilista entre las potencias céntricas.⁴⁹¹ Si estas anomalías se transforman en un patrón, considero que implica que se debe replantear la problemática, en el sentido de Altusser (1972), replantear la forma de conceptualizar la estructura de dominación del sistema-mundo, y en ese marco esta “alianza céntrica” se puede conceptualizar como un elemento estructural central de una nueva estructura de dominación, como pieza fundante y fundamental de una forma de estado global.

⁴⁹¹ Arrighi señala: “Nevertheless, there has been as yet little evidence of an escalation of great power conflicts or of a division of the world-economy into protectionist blocs [...] As for protectionist sentiments, their rise both in the United States and in Western Europe has been strikingly ineffective in stopping the ongoing march of governments towards the further liberalization of their foreign trade, as witnessed by the ratification of the North American Free Trade Agreement by the US Congress and the successful conclusion of the Uruguay Round of GATT negotiations” (2009, 366). Arrighi no especifica de quién serían los “sentimientos proteccionistas”, claramente no de los capitalistas ni de los grupos gobernantes de los estados céntricos.

3.4.3. Instituciones gubernamentales globales.

Esta alianza de estados céntricos comienza a fraguar una institucionalidad global ya antes de finalizada la Segunda Guerra Mundial que, por una parte, buscaba establecer los lineamientos para un orden internacional general, que incluía a todos los países, incluso a la Unión Soviética, a través de Naciones Unidas y, por otra parte, se empezó a delinear el orden de la economía-mundo capitalista, de las relaciones económicas que se establecerían finalizada la guerra. Este segundo elemento es el que interesa aquí. La Conferencia de Bretton Woods, que se celebró en 1944, tuvo especial importancia en este contexto. A ella asistieron los 44 países que inicialmente conformarían las Naciones Unidas, sin embargo, los países periféricos no tenían mayor relevancia en las negociaciones y la URSS se marginaría de sus resoluciones, por lo que lo central fue el acuerdo alcanzado entre los países céntricos, específicamente entre Estados Unidos y el Reino Unido, ya que los demás países céntricos o eran parte del enemigo, por lo que no participaban de estas conferencias, o estaban ocupados por sus tropas, por lo que no tenían mayor peso geopolítico en las negociaciones. Lo central era impedir la repetición de la crisis económica de entreguerras, Kershaw plantea que “...la conferencia [de Bretton Woods] marcó la decisión de que no podía producirse una vuelta a los desastres del período de entreguerras. Era un indicio de la aceptación de que la base de la propia economía capitalista debía reformarse si se quería evitar la repetición del hundimiento del comercio y las finanzas internacionales que había generado la catástrofe” (2016, 565-566). Con este objetivo se crearon dos organismos internacionales de central importancia para la gestión de la economía-mundo, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Además, a los pocos años se comenzó a dotar a Naciones Unidas con una serie de entidades enfocadas en enfrentar problemas económicos, particularmente del desarrollo de las periferias; von Albertini los sintetiza: “Dentro de las Naciones Unidas se ocupan de los problemas de los países llamados en vías de desarrollo el Consejo Económico y Social (Ecosoc) y sus comisiones económicas regionales. Se realizan además proyectos a través del Programa para el Desarrollo de la ONU (UNDP). Pero sobre todo son los organismos especializados los que actúan en el Tercer Mundo: la FAO en el campo de la agricultura, la UNESCO en el de la educación, la OIT en el ámbito de la legislación social y de los

sindicatos, la OMS, que se ocupa de los servicios sanitarios y de la lucha contra las epidemias, la ONUDI, encargada de fomentar la industrialización” (1984, 415).

Este conjunto institucional tiene una particular importancia en la forma de estado global ya que son organismos interestatales en los cuales participan prácticamente todos los estados del sistema-mundo, por lo que tienen una cierta legitimidad al momento de generar recomendaciones de políticas para sus países afiliados. Entre este conjunto de instituciones interestatales destacan dos, el Banco Mundial –BM– y el Fondo Monetario Internacional –FMI–. El BM (Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo) nace con el objetivo de apoyar la reconstrucción de los países céntricos afectados por la guerra, y luego se reenfoca en promover el desarrollo de la periferia. El FMI es creado con el objetivo de dar estabilidad al sistema financiero internacional, especialmente de supervisar el balance de pagos de los países y prevenir incumplimientos en los pagos de las deudas. Sin embargo, sus roles han transitado a la función de establecer recomendaciones de políticas sobre una pluralidad de ámbitos económicos y sociales, que se convierten en exigencias de “ajustes estructurales” al momento en el que un país debe solicitar un crédito, cuya aprobación se asocia a una serie de “condicionalidades” que deben cumplir los gobiernos –típicamente “...el cumplimiento de estrictas normas de austeridad monetaria y fiscal, la mayor apertura de la economía al sector privado, la remoción completa de las protecciones domésticas contra las fuerzas de la economía internacional, y una mayor confianza en los mecanismos del mercado para la solución de los problemas productivos y distributivos” (Held 1997, 141)–. De esta manera, estas instituciones ejercen una considerable presión sobre los estados para que implementen una serie de políticas vinculadas a la disminución del gasto público y la apertura de los países a la economía global, y han sido centrales en la producción y difusión de políticas concretas a lo largo del sistema-mundo. Las visiones de estas instituciones están fuertemente mediadas por los intereses de la coalición de países céntricos y, particularmente, por la clase capitalista transnacional, como lo señala un “testigo presencial”, Josep Stiglitz, ex economista jefe del BM entre 1997 y 2000: “Los ministros de Hacienda y los gobernadores de los bancos centrales suelen estar muy vinculados con la comunidad financiera; provienen de empresas financieras y, después de su etapa en el Gobierno, allí regresan. Robert Rubin, el secretario del Tesoro durante buena parte del período descrito en este libro, venía del mayor

banco de inversión, Goldman Sachs, y acabó en la empresa (Citigroup) que controla en mayor banco comercial: Citibank. El número dos del FMI durante este período, Stan Fischer, se marchó directamente del FMI al Citigroup. Estas personas ven naturalmente el mundo a través de los ojos de la comunidad financiera. Las decisiones de cualquier institución reflejan naturalmente las perspectivas e intereses de los que toman las decisiones; no sorprende... ..que las políticas de las instituciones económicas internacionales demasiado a menudo se ajusten en función de intereses comerciales y financieros de los países industrializados avanzados” (2002, 49).

Junto al BM y el FMI, y a los organismos técnicos de Naciones Unidas anteriormente mencionados, se han conformado una serie de instituciones internacionales enfocadas en la gestión de aspectos específicos de la economía-mundo. En ellos tiende a darse una estrecha colaboración entre los gobiernos y los principales grupos capitalistas relacionados a dichos ámbitos económicos, por lo que, generalmente, las normativas que los regulan tienen una amplia influencia de los intereses de dichas empresas. Como ejemplo se puede tomar a una de estas entidades, el Codex Alimentarius Commission (CAC), que es analizada por Sklair (2002). El CAC es una organización conformada en 1962 por la OMS (Organización Mundial de la Salud) y la FAO (Organización de Naciones Unidas para la Alimentación), en la que participan 188 países del mundo y que tiene dos objetivos, proteger la salud de la población y promover el comercio internacional de alimentos. Sklair (2002) señala que, para comprender el proceso de tomas de decisiones de la CAC, es central tener en consideración como se componen las delegaciones gubernamentales oficiales y los delegados no oficiales admitidos en las discusiones que llevan a cabo los comités especializados. Así, plantea que en la sesión de 1989-1991 el 22% de los delegados oficiales de los diferentes países eran miembros de grandes empresas de la industria alimentaria, es decir, funcionarios de empresas capitalistas eran representantes oficiales de sus países. Además, señala: “In addition to those representing national governments, there were 660 industry representatives compared with a mere 26 from public interest groups. One of the largest food corporations in the world, Nestle, had 38 representatives, more than most countries. At the two meetings on food additives and contaminants, 41 percent of those present were from TNCs and industry federations; and at the meetings on pesticide residue levels, 127 (33 percent) were from TNCs compared with

80 from all the developing countries” (2002, 163), en suma, “Most of the major food TNCs (led by Nestle, and including Philip Morris/Kraft, Unilever, Pepsico, Coca-Cola, Heinz, and CPC International) and agrochemical TNCs (including Ciba-Geigy, ICI, Rhone Poulenc, Bayer, Dupont, Dow, Monsanto, Hoechst, Shell, and Sumitomo) were represented on Codex committees, some of them as official delegates” (2002, 163).

Así, los organismos interestatales centrales de esta forma de estado global son sujetos de una amplia influencia de la clase capitalista transnacional y de la coalición de estados céntricos, de tal manera que, aunque formalmente son organismos interestatales que debieran estar sometidos a procesos de fiscalización por parte de los ciudadanos de los respectivos estados que los conforman, desde perspectivas que enfatizan su preocupación sobre los procesos democráticos, como la de Held (1997), se plantea que sus procesos de tomas de decisiones adolecen de problemas de “*accountability*” (rendición de cuentas), o que conforman, según Stiglitz, un “gobierno global sin estado global”, es decir, “carecemos de un Gobierno mundial, responsable ante los pueblos de todos los países” (2002, 51). Desde una perspectiva gramsciana, Cox plantea que estos organismos internacionales son una de las principales expresiones de la hegemonía, a la vez, son un producto de la hegemonía y producen hegemonía: “One mechanism through which the universal norms of a world hegemony are expressed is the international organisations. Indeed, international organisation functions as the process through which the institutions of hegemony and its ideology are developed” (1994a, 62).⁴⁹²

Sin embargo, en términos de la producción de hegemonía, estas instituciones interestatales deben ser situadas en el marco de un conjunto de instituciones interestatales en las que participan un grupo restringido de países céntricos, además de algunos semiperiféricos e invitados de la periferia (como el G7, G20, la OCDE, etc.), y de los diversos organismos internacionales privados en los que se reúnen los capitalistas transnacionales además de líderes políticos, intelectuales, de opinión etc. (como la Comisión Trilateral, el Grupo Bilderberg, el Foro Económico Mundial, etc.). Al problematizar la conformación de una

⁴⁹² Luego continúa: “Among the features of international organisation which express its hegemonic role are the following: (1) they embody the rules which facilitate the expansion of hegemonic world orders; (2) they are themselves the product of the hegemonic world order; (3) they ideologically legitimate the norms of the world order; (4) they co-opt the elites from the peripheral countries and (5) they absorb counterhegemonic ideas” (Cox 1994a, 62).

hegemonía a escala del sistema-mundo, es este conjunto el que se debe tener en consideración como núcleo político que puede conceptualizarse como una forma de estado global, ya que, como lo planteó Gramsci, es desde un amplio conjunto de instituciones públicas –en este caso interestatales– y privadas, desde donde se produce la hegemonía, todas las cuales pueden considerarse como parte del “estado” que crea el consenso sobre el orden social y económico, y define la dirección del desarrollo histórico del conjunto social que representa el sistema-mundo. Así, tal como lo señalan Augelli y Murphy los planteamientos gramscianos permiten concebir una forma de estado global: “...we even can use Gramsci’s concepts to ask to what degree there is a “state” in the wider sense which characterises *world* society: that “world state”, or “world polity”, or (better) simply “world political system”, involves institutions of “international civil society” –transnational associations, diplomacy, alliances, and intergovernmental organizations– but includes little or no “world political society” or “world state proper”” (1994, 129, énfasis de los autores).⁴⁹³ A estas instituciones interestatales y organismos privados internacionales se les debe sumar una serie de instituciones que, aunque son nacionales, operan a escala transnacional, vinculándose con instituciones de otros países y con los organismos internacionales. Especialmente relevantes son las universidades y centros de pensamiento del centro,⁴⁹⁴ los medios de comunicación dominantes que reproducen activamente los discursos hegemónicos,⁴⁹⁵ algunas fundaciones (como la fundación Ford, Rockefeller, etc.) que financian investigaciones y centros de pensamiento proclives a sus perspectivas, agencias de clasificación crediticia que avalúan a los estados, emiten informes sobre su solides económica y generan rankings de riesgo para las inversiones (Moody’s, Standard & Poor’s, Fitch, etc.), y numerosas otras instituciones que producen y transmiten la hegemonía capitalista. Este amplio conjunto sería la unidad política involucrada

⁴⁹³ Por su parte, Gill y Law plantean que: “Applying Gramsci’s ideas internationally... ...is possible to conceive of new forms of state, hegemony and the formation of historic blocs on a world scale” (1994, 95).

⁴⁹⁴ Desde la perspectiva foucaultiana se enfatiza la relevancia que tiene el conocimiento en las relaciones de poder globales, acentuando el papel de las universidades y centro de estudio en el diseño e implementación de políticas concretas que se aplican en las periferias. Con respecto a los proyectos de desarrollo Escobar señala: “Los programas específicos [de intervención en las periferias] deben verse entonces como el resultado de interacciones entre las organizaciones internacionales, las universidades y los centros de investigación del Primer y el Tercer Mundo, las organizaciones e instituciones del Tercer Mundo, y los discursos técnicos de varios tipos” (2007, 193).

⁴⁹⁵ Gill y Law señalan: “The people active in transnational networks are increasingly well-served by a range of international periodicals, such as *The Financial Times*, *The Economist*, *The Far Eastern Economic Review* and the *Wall Street Journal*” (1994, 104, cursivas de los autores).

en la producción de hegemonía a escala global, es decir, tal como lo señala Gramsci en relación a las sociedades céntricas para las que planteó el concepto de hegemonía para el estudio de su forma de dominación y sus luchas políticas, hay una compleja “sociedad civil” que constituye un sistema defensivo del estado que ejerce funciones de dominación directas.⁴⁹⁶ Así, las instituciones interestatales, como el FMI, el BM, e instituciones especializadas como la CAC, que conforman el núcleo más propiamente “estatal” de la forma de estado global, directamente implicado en la recomendación e implementación de políticas a lo largo del sistema-mundo, además de contar con el respaldo de la coalición de estados céntricos, están interrelacionadas con una amplia gama de instituciones que conforman una “sociedad civil” global, que también son centrales en la producción hegemónica.

Todo este conjunto de entidades es el marco donde se fraguan las visiones comunes generales asociadas con el desarrollo capitalista a escala del sistema-mundo, que permiten delinear políticas que son difundidas a los distintos países por organismos interestatales como el BM, el FMI o el CAC, que cuentan con la legitimidad de estar conformados por un amplio número de estados. De esta manera, por una parte, desde este conjunto institucional se establecen formas universales de desarrollo capitalista que se buscan expandir a todos los espacios del sistema-mundo. Por ejemplo, Cox señala que el giro hacia el neoliberalismo de la década de 1980 surgió de un esfuerzo conjunto de una amplia gama de entidades que pudieron consensuar un nuevo orden político y económico en el centro, que permitiera relanzar el desarrollo capitalista luego de las crisis de la década de 1970: “The disintegration of the neo-liberal⁴⁹⁷ historic block was facilitated by a collective effort of ideological revision undertaken through various unofficial agencies –the Trilateral Commission, the Bilderberg conferences, the Club of Rome, the more esoteric Mont Pélèrin Society among others– and then endorsed through official consensus-making agencies like the OECD. A new doctrine

⁴⁹⁶ Gramsci plantea el concepto de hegemonía para comprender la dominación y las luchas políticas en sociedades “avanzadas” que disponían de amplias instituciones que mediaban la dominación e impedían irrupciones revolucionarias como en el caso ruso. Gramsci plantea: “...por lo menos en lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la “sociedad civil” se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las “irrupciones” catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras de la guerra moderna” (1971, 134-5).

⁴⁹⁷ Por “neo-liberal” Cox (1994b) hace referencia al orden social y económico que imperó en las sociedades céntricas luego de la Segunda Guerra Mundial, en el que el estado asumía una serie de funciones económicas y de seguridad social, el estado de bienestar, que se comenzó a dismantelar a partir de la década de 1980 durante los gobiernos, que el autor denomina como “neo-conservadores”, de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en el Reino Unido.

defined the tasks of states in relaunching capitalist development out of the depression of the 1970s” (1994b, 266).

Por otra parte, este conjunto institucional establece enfoques específicos sobre temas puntuales, y/o sobre países o espacios geográficos que tienen alguna característica distintiva, y/o en relación a coyunturas puntuales, adaptando las visiones generales del desarrollo capitalista a circunstancias particulares, coordinando estrategias para intervenir y reconfigurar algún ámbito social y económico según las visiones de las clases y grupos dominantes del sistema-mundo. Por ejemplo, Gill señala: “A good recent example of the globalising thrust of capitalism, and of the internationalisation of political and civil society and, to an extent, of the internationalisation of authority under these new conditions was the way in which the Bretton Woods institutions, the OECD, and metropolitan capitalist governments and a range of private interests (e.g. leading figures from banking and transnational companies, as well as think tanks and private universities) rapidly came together in January 1990 to produce a radical and draconian package of reforms, to transform the Polish economy (in 1991-2 this approach was also applied in Russia, after the collapse of the USSR)” (Gill 1994a, 35). Así, incluso frente a coyunturas políticas que se podrían considerar como inesperadas, este conjunto de estados, clases y grupos dominantes reacciona con la prontitud necesaria para delinear políticas e intervenciones de amplia escala sobre un país en una situación de crisis. Esto no sólo muestra la capacidad ejecutiva de esta forma de estado global, muestra que los consensos básicos ya están asentados entre las clases y grupos dominantes, ya que sin ellos no sería posible delinear rápidamente un conjunto de intervenciones de gran escala en un contexto de crisis.

Por último, cabe señalar que esta forma de estado global no sólo se difunde a los espacios nacionales y locales como una ideología, o como políticas que se deben implementar situándolas en las particularidades nacionales/locales, también se produce, o adapta, un aparato institucional a nivel nacional y local que está directamente relacionado a la forma de estado global, por lo que no se debe entender a esta forma de estado como una especie de superestructura situada en el espacio global, es una estructura institucional que va de lo global a lo local, donde evidentemente el nodo global, y los nodos situados en el centro, son los que producen el grueso de las directrices político-ideológicas que se difunden a través de los

aparatos institucionales nacionales y locales del sistema-mundo. Desde perspectivas foucaultianas que enfatizan el despliegue “microfísico” de las relaciones de dominación, se aborda la institucionalización local y nacional que se producen a partir de las políticas difundidas desde esta forma de estado global, así como su vínculo con la producción del saber para el gobierno de las diversas poblaciones. Por ejemplo, en relación con la institucionalización de las políticas de desarrollo en la periferia, Escobar señala: “La invención del desarrollo implicaba necesariamente la creación de un campo institucional desde el cual los discursos eran producidos, registrados, estabilizados, modificados y puestos en circulación. [...] La institucionalización del desarrollo ocurrió en todos los niveles, desde los organismos internacionales y las agencias de planeación nacional del Tercer Mundo hasta las agencias locales de desarrollo, los comités de desarrollo comunitario, las agencias voluntarias privadas y los organismos no gubernamentales. Desde mediados de la década del cuarenta y con la creación de los organismos internacionales, el proceso no ha dejado de expandirse, para consolidar una eficaz red de poder. [...] Este campo de intervención del poder descansa sobre una multitud de centros de poder local, respaldados a su vez por formas de conocimiento que circulan localmente. Este conocimiento sobre el Tercer Mundo se divulga y utiliza por las instituciones a través de programas, conferencias, asesorías internacionales, prácticas locales de extensión y otras por el estilo” (2007, 88-89). De esta manera, la forma de estado global también transforma los estados nacionales, se establece la necesidad de crear nuevas instituciones estatales, o reformar las antiguas, que se enfocan en las prioridades políticas hegemónicamente establecidas a escala del sistema-mundo,⁴⁹⁸ y esa institucionalidad estatal nacional, como lo enfatiza Escobar (2007), se reproduce y adapta hasta los niveles locales.

Para concluir esta sección, cabe resaltar que el vínculo entre esta forma de estado global y la clase capitalista transnacional permanece tan estrecho como tradicionalmente han sido los

⁴⁹⁸ Escobar ejemplifica con el caso del estado colombiano la adaptación institucional de las visiones difundidas hegemónicamente –en este caso sobre la planeación del desarrollo– por el centro del sistema-mundo y los diversos organismos internacionales: “La cronología de las instituciones de planeación comprende el Consejo Nacional de Planeación y el Comité de Desarrollo Económico, establecidos en 1950; la Oficina de Planeación (1951); el Comité Nacional de Planeación (1954); el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación y el Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos (1958); el Consejo Nacional de Política Económica y Social y el Departamento Nacional de Planeación (1966). También comprendió la creación de un Ministerio de Desarrollo y de unidades de planeación en casi todos los ministerios restantes (Agricultura, Salud, Educación, etcétera.)” (2007, 154).

vínculos entre estados y capitalistas del sistema-mundo. En este trabajo se ha tematizado ampliamente la relación entre capitalistas y estados. Se estableció que los capitalistas mantienen estrechos vínculos con las élites que controlan los estados, y que los monopolios capitalistas ejercen su poder económico y extraeconómico sobre los mercados en alianza con los estados (sección 1.1.2.); que en los sistemas-mundo los capitalistas y los estados mantienen relaciones de poder que generalmente son de estrecha colaboración, ya que se necesitan mutuamente para operar en la arena internacional de la economía-mundo y de la geopolítica, y que en ese marco los capitalistas tienen la ventaja estructural de mantener sus actividades en un espacio internacional, más allá del control de cualquier estado, por lo que tienden a imponerse sobre los estados (sección 1.1.3.); que la hegemonía es una forma de dominación de la clase capitalista que se ejerce a través de una amplia gama de instituciones, entre las que son centrales aquellas que formalmente son parte del estado (1.2.4.); también se analizó la centralidad de los estados en el proceso de incorporación de nuevas zonas al sistema-mundo capitalista en expansión (2.1.2.); se especificó las diferencias en la relación entre los estados y capitalistas en el centro y la periferia, más allá de las cuales a lo largo de la historia del sistema-mundo estas relaciones generalmente han sido de estrecha colaboración (2.2.1.); se analizó la relación entre las luchas geopolíticas entre los estados y las relaciones entre los capitalistas de los diferentes países del sistema-mundo (2.2.2.); y se revisó como, en el centro, los estados y los capitalistas exitosamente desarrollaron nuevas estrategias para contener las amenazas revolucionarias que surgieron luego de la Revolución Francesa, entre las que estuvo la implementación de una dominación hegemónica y el uso del saber técnico-científico en el gobierno de las poblaciones (2.3.3.). Como ya se analizó, en el marco de la nueva estructura de dominación hegemónica del sistema-mundo, esta nueva forma estatal mantiene un estrecho vínculo con la nueva clase capitalista transnacional. La alianza internacional que establecen los estados céntricos, la institucionalidad interestatal y el conjunto de entidades internacionales y nacionales, públicas y privadas, que conforman la forma de estado global han sido centrales para neutralizar los peligros que afrontaba el orden capitalista en las primeras décadas de la postguerra, y para relanzar el proceso de acumulación capitalista, primero (hasta la década de 1970 aproximadamente), compatibilizando las prioridades capitalistas con políticas que realizaban diversas

concesiones a las clases populares del centro e incluso a la periferia, y luego (desde la década de 1980) poniendo nuevamente a la acumulación capitalista como una prioridad que prácticamente no tiene contrapesos (este cambio se analizará con mayor detención en el siguiente capítulo). El recorrido histórico realizado en este trabajo permite plantear que este énfasis de los estados en las prioridades capitalistas, que se ha evidenciado con toda claridad desde las reformas neoliberales de la década de 1980, es de larga duración histórica, y la nueva forma de estado global mantiene este vínculo estructural, pero a escala internacional. Gill y Law plantean: “At the international level, the bargaining power of transnational corporations would be reduced if most governments were able to co-ordinate their regulations and financial concessions. However, even supposedly like-minded, and wealthy countries, bound together in a collective economic organization like the EC [European Community] have not been able to seriously discuss, let alone achieve this goal” (1994, 106). Evidentemente el problema no es de falta de instancias de coordinación entre los estados, por el contrario, desde 1945 estas instancias se han multiplicado. El punto entonces es que estas instancias efectivamente promueven las mejores condiciones posibles para que los monopolios capitalistas continúen su proceso de acumulación infinita a escala global. Si los estados céntricos y los organismos interestatales establecen regulaciones laxas y permiten que existan instancias como los paraísos fiscales, no es por falta de coordinación ni de capacidad para intervenir –los países céntricos han demostrado su capacidad de intervención una y otra vez–, por lo que si no presionan a estados sin ningún peso geopolítico como Islas Caimán o Mónaco para que eliminen sus exenciones impositivas, que permiten a las empresas capitalistas realizar una elusión fiscal que les ahorra miles de millones de dólares de impuestos que podrían haber cancelado en los propios países céntricos, es porque esos países tienen un lugar relevante en el diseño político del sistema-mundo promovido desde la hegemonía capitalista. Así, desde esta perspectiva se rechazan los planteamientos dominantes que postulan que “la globalización” trae como consecuencia un “desgobierno”, un “capitalismo desorganizado” (Beck 1998, 32), por el contrario, se considera que las principales fuerzas sociales, las clases y grupos dominantes del sistema-mundo, han sido capaces de establecer una forma de estado global que logra realizar una eficaz conducción

política del conjunto del sistema y de gran parte de sus múltiples ámbitos económicos y sociales.

4.5. Dominación hegemónica en el sistema-mundo capitalista.

La clase capitalista transnacional y la forma de estado global compuesto por la “alianza” de estados céntricos y los organismos internacionales, interestatales y privados, que gestionan la economía-mundo, son las bases sociales e institucionales que producen la hegemonía global. La hegemonía es una forma de dominación que conjuga represión con concesiones materiales y con un componente central de producción de un consenso ideológico sobre la dirección política del sistema social donde se ejerce. En este trabajo se postula que esta forma de dominación tiene un alcance global, es decir, los “contenidos” del componente ideológico de la hegemonía son difundidos a escala del sistema-mundo, y utilizados por las clases y grupos dominantes de los diferentes países (salvo algunos casos excepcionales) para adaptarlos a la hegemonía que ejercen en sus respectivos países. Así, la hegemonía global tiene estrecha relación con las hegemonías que se ejercen a escala nacional. En este capítulo finalizaré el recorrido de este trabajo analizando el ejercicio de la dominación hegemónica en el sistema-mundo capitalista contemporáneo, deteniéndome primero en su conceptualización teórica, luego en un breve recuento de su trayectoria histórica, es decir, de las luchas para imponer la hegemonía frente a fuerzas contrahegemónicas y, finalmente, en el análisis de un componente discursivo concreto de la hegemonía, el discurso del desarrollo, empleado para la conducción política de espacios nacionales, locales e institucionales del sistema-mundo.

3.5.1. Conceptualizando la hegemonía global.

Al igual que en los dos capítulos anteriores, la adaptación del concepto de hegemonía a una escala global necesita de algunas especificaciones dada la diferencia entre el espacio global y los espacios nacionales, para los que fue originalmente planteado. Con la conceptualización de la hegemonía Gramsci pone a los factores culturales en el centro del análisis de los procesos de dominación. Sin embargo, el ámbito cultural de una sociedad tiene diferencias significativas con la geocultura del sistema-mundo. Una diferencia importante es que en el marco de las sociedades nacionales un elemento central del componente cultural de la hegemonía es la producción de una unidad sociocultural que trasciende las diferencias entre las clases, una “identidad nacional” que genera un sentido de unidad entre explotadores y

explotados, entre dominantes y dominados. Además, la diferencia entre una nación y otra puede ser empleada como un elemento relevante de la construcción del nacionalismo y la identidad nacional. Estas diferenciaciones no se pueden establecer en el sistema-mundo, no se puede establecer una unidad cultural a nivel del sistema-mundo en contraposición a otro sistema-mundo externo,⁴⁹⁹ sin embargo, esto no implica que no se construyan identidades al interior del sistema-mundo. En este sistema social se han utilizado diferenciaciones internas para la construcción de identidades, particularmente las diferencias entre el centro y otras regiones se han empleado para establecer otredades, jerarquías, e identidades culturales que han permitido fundamentar ideológicamente la posición de dominio del centro. Estas diferenciaciones y jerarquizaciones culturales, que se comenzaron a formar desde la conquista de América (véase sección 2.1.3.), han sido un elemento central de la geocultura del sistema-mundo, como se destaca profusamente desde la Perspectiva Decolonial (Restrepo y Rojas 2010), y han sido utilizadas como elementos ideológicos centrales en la configuración de la hegemonía del sistema-mundo. Así, la hegemonía global opera estableciendo otredades dentro del sistema, no como en el caso de las hegemonías establecidas a nivel nacional cuyas otredades, al menos las centrales, se establecen con otros situados fuera de su espacio social.

Otra diferencia significativa entre la geocultura del sistema-mundo y el ámbito cultural situado a nivel nacional, es que a nivel del sistema-mundo hay una “unidad” cultural mucho menor. En un inicio planteé (sección 1.1.1.), a propósito de la muy difundida tesis de Weber (1996) sobre la ética protestante, que el capitalismo no depende de una religión particular ni ha necesitado imponer una religión ni una cultura para consolidar su incorporación de nuevos territorios, así, el sistema-mundo es “multicultural”. De esta manera, además de que no existe una religión común, tampoco existe una identidad común, unas tradiciones compartidas, un código legal que exprese normas generales, unos ritos y festividades asociados a la

⁴⁹⁹ El sistema-mundo pasó por sucesivas etapas de expansión hasta alcanzar la totalidad del globo hacia el final del siglo XIX con la incorporación de China y la totalidad de África. Sin embargo, es debatible si se puede considerar que la URSS y China dejaron de ser parte del sistema-mundo luego de sus respectivas revoluciones. En términos económicos ambos países, y otros países del “bloque socialista”, quedaron prácticamente fuera de la división internacional del trabajo hasta la década de 1960 o 1970, e inicialmente fueron aislados en términos diplomáticos (en la sección 3.2.2. traté el caso de la URSS y el aislamiento como “estado paria” luego de la revolución), aunque participaban de la geopolítica del sistema y eran centrales en sus luchas ideológicas. No entraré en este debate, y en lo que sigue consideraré que ambos países no dejaron de ser parte del sistema-mundo.

pertenencia a ese sistema social, un sistema educacional que genera conocimientos compartidos, etc. Por ello, la difusión de elementos culturales que producen una cierta homogeneidad no es un elemento relevante para la hegemonía que interesa analizar a nivel del sistema-mundo. Así, aunque existe una industria cultural que, desde las primeras décadas del siglo XX, difunde elementos que conforman una “cultura popular” a nivel mundial, y también hay, desde el origen del sistema-mundo, una “alta cultura” que compartía la élite, estos elementos culturales no tienen mayor relación con la hegemonía que me interesa analizar, ya que la adopción de estas “influencias” en un país o región no se relacionan de manera directa con la profundización de su inserción en el sistema-mundo, ni con la adopción de políticas que promuevan dicha inserción.

La hegemonía que interesa analizar se relaciona directamente con los sustentos ideológicos del orden social y de la producción de políticas. Lo que me interesa es conceptualizar una hegemonía que permita analizar, en palabras de Gramsci: la “dirección del desarrollo histórico” (1971, 177) del sistema-mundo y de sus diversos ámbitos nacionales y locales, su dirección política en función de los objetivos capitalistas, y la obtención del “consentimiento activo de los gobernados” (1971, 149) sobre el liderazgo de las clases y grupos dominantes en esta dirección política del sistema-mundo y de sus diversos ámbitos sociales. La unidad que interesa destacar no es la que se produce por la difusión de algunos elementos culturales por la industria transnacional de la entretención, sino la unidad que las clases y grupos dominantes producen, en torno a sus objetivos políticos, en las relaciones de poder del sistema-mundo. Este enfoque es similar al que han planteado los autores de la Escuela Gramsciana de las Relaciones Internacionales, por lo que iniciaré esta sección con una revisión de sus planteamientos para obtener elementos para conceptualizar la hegemonía global.

Como mencioné en la sección 3.1.2., estos autores han empleado el concepto de hegemonía para el análisis del “orden mundial” (concepto que de aquí en adelante reemplazaré por sistema-mundo), y plantean que la hegemonía internacional surge a partir de la influencia de países que han tenido un salto en el desarrollo capitalista que les permite establecer un amplio dominio económico y geopolítico en el sistema-mundo y, desde esa base, expanden a la arena

internacional la hegemonía que han establecido en sus países.⁵⁰⁰ Así, la hegemonía internacional surgiría como una proyección de una hegemonía nacional, establecida en un país que adquiere una amplia preponderancia en el sistema-mundo. A diferencia de dominaciones internacionales no hegemónicas, la hegemonía internacional le permite a los capitalistas y gobernantes del país dominante establecer un orden mundial universalista, es decir, un orden en el que los diferentes estados y sus clases y grupos dominantes, no se sienten explotados, sino que estiman sería compatible con sus intereses. Cox lo plantea de la siguiente manera: "...to become hegemonic, a state would have to found and protect a world order which was universal in conception, i.e., not an order in which one state directly exploits others but an order which most other states (or at least those within reach of the hegemony) could find compatible with their interests. Such an order would hardly be conceived in inter-state terms alone, for this would likely bring to the fore oppositions of state interests. It would most likely give prominence to opportunities for the forces of civil society to operate on the world scale (or on the scale of the sphere within which hegemony prevails). The hegemonic concept of world order is founded not only upon the regulation of inter-state conflict but also upon a globally-conceived civil society, i.e., a mode of production of global extent which brings about links among social classes of the countries encompassed by it" (1994a, 61). De esta manera, un orden hegemónico permite suspender las disputas que mantienen los diversos estados en función de sus intereses contrapuestos en la economía-mundo, permitiendo operar a escala mundial a las "fuerzas de la sociedad civil" –a los capitalistas– de dichos países, los cuales pueden desarrollar sus procesos de acumulación compatibilizando sus intereses.

La hegemonía se posibilita por, y produce unos, vínculos sociales transnacionales y una internacionalización de la toma de decisiones políticas. Gill (1994a) plantea que aunque a nivel internacional no existe un estado y una sociedad civil desarrollada, es posible establecer una hegemonía a partir del desarrollo de las organizaciones internacionales y de la expansión de la red de vínculos entre los capitalistas: "[At the international level] there is no single

⁵⁰⁰ Al respecto Cox señala: "Historically, [international] hegemonies... ..are founded by powerful states which have undergone a thorough social and economic revolution. The revolution not only modifies the internal economic and political structures of the state in question but also unleashes energies which expand beyond the state's boundaries. A world hegemony is thus in its beginnings an outward expansion of the internal (national) hegemony established by a dominant social class" (1994a, 61).

world state or a fully developed international civil society, although it can be argued that there is a substantial framework both of international law and of international organization (and thus a set of international norms, rules and values) which is partly interwoven with an internationalised structure of production and exchange (and thus a complex web of private and informal linkages, some of which involve state agents)” (1994a, 41). De esta manera, el desarrollo de alguna forma de “estado mundial” (Augelli y Murphy 1994), y el estrechamiento de los vínculos entre las clases capitalistas transnacionales, conformando eventualmente una clase capitalista global, se vinculan con el establecimiento de una hegemonía mundial. Un planteamiento central de esta perspectiva es que esta hegemonía se concretiza con la consolidación de un orden político internacional sustentado por entendimientos y visiones comunes entre los actores más poderosos del sistema-mundo, los estados y capitalistas céntricos, y propagado como un orden que permea a la mayor parte de las clases y grupos sociales del sistema, apareciendo como un orden “natural”. Sin embargo, no debe perderse de vista que una hegemonía implica una dominación de los estados y clases más fuertes del sistema-mundo, por lo que los países y clases menos poderosos quedan en condición subalterna, dominada, aunque las clases y países dominantes realizan concesiones que permiten mejorar sus condiciones y, a su vez, con ello pueden obtener un consentimiento sobre su dominación en una amplia gama de países, clases y grupos subalternos. Cox lo plantea de la siguiente manera: “[Hegemony] means dominance of a particular kind where the dominant state creates an order based ideologically on a broad measure of consent, functioning according to general principles that in fact ensure the continuing supremacy of the leading state or states and leading social classes but at the same time offer some measure or prospect of satisfaction to the less powerful” (1987, 7).

Estos autores plantean que esta forma de dominación permite que las ideas, las formas institucionales, las tecnologías, del centro se propaguen a las periferias. En este contexto utilizan el concepto gramsciano de “revolución pasiva” para explicar la penetración de la hegemonía internacional en las periferias.⁵⁰¹ Así, plantean que aunque las periferias no han

⁵⁰¹ Cox indica que Gramsci utilizaba este concepto para hacer referencia a situaciones, como la italiana, donde el capitalismo no habría podido superar completamente las estructuras económicas y políticas tradicionales. “Gramsci distinguished between two kinds of society, one kind had undergone a thorough social revolution and worked out fully its consequences in new modes of production and social relations... The other kind were societies which had so to speak imported or had

pasado por un desarrollo capitalista similar al de los países céntricos, adoptan contenidos de la hegemonía, particularmente aspectos económicos y culturales, sin modificar su estructura de dominación interna donde las clases y grupos tradicionales mantienen su dominación: “The economic and social institutions, the culture, the technology associated with this national hegemony become pattern for emulation abroad. Such an expansive hegemony impinges on the more peripheral countries as a passive revolution. These countries have not undergone the same thorough social revolution, nor have their economies developed in the same way, but they try to incorporate elements from the hegemonic model without disturbing old power structures. While peripheral countries may adopt some economic and cultural patterns of the hegemonic core, they are less well able to adopt its political models” (Cox 1994a, 61).

Esta expansión de la hegemonía a las periferias permite incluir a algunos de los países y a algunas de sus clases en el “bloque histórico” de países, clases y grupos dominantes vinculados a la hegemonía. La hegemonía internacional no sólo incluye a los capitalistas y demás clases y grupos dominantes de los países céntricos, diversas clases y grupos dominantes de la semiperiferia y periferia se vinculan estrechamente a la hegemonía, y llevan a cabo su adaptación a sus espacios nacionales. Esto no sólo porque aceptan sus planteamientos ideológicos y al orden social como algo “natural”, sino porque sus condiciones materiales se ven favorecidas por la estructura productiva que sustenta la hegemonía, y son particularmente beneficiados por la forma dependiente en la que se insertan sus países en la economía-mundo. Esto a su vez permite ampliar y consolidar a la clase capitalista transnacional, y darle una forma crecientemente institucionalizada a la forma de estado global. Cox señala: “The social classes of the dominant country find allies in classes within other countries. The historic blocs underpinning particular states become connected through the mutual interests and ideological perspectives of social classes in different countries, and global classes begin to form. An incipient world society grows up around the

thrust upon them aspects of a new order created abroad, without the old order having been displaced... In these societies, the new industrial bourgeoisie failed to achieve hegemony. The resulting stalemate with the traditionally dominant social classes created the conditions that Gramsci called “passive revolution” (1994a, 54). Por ejemplo, en la Italia del siglo XIX la burguesía no habría podido establecer plenamente su dominio, debiendo establecer una alianza con las clases dominantes tradicionales, como los terratenientes del sur.

interstate system, and states themselves become internationalized in that their mechanisms and policies become adjusted to the rhythms of the world order” (1987, 7). Sin embargo, el carácter de la dominación capitalista permanece, por lo que para estos autores el alcance de la hegemonía en la periferia es problemático: “What is still an open question is show far this core can be expanded to incorporate more states and interest from the periphery within an emerging transnational historic block. Attempts to sketch a strategy of these type have, in fact, been developed in the Trilateral Commission, with its concept of concentric rings of participation...” (Gill y Law 1994, 117).

En el marco de este bloque histórico, un papel central lo tendrían los “intelectuales orgánicos”. Estos autores destacan el papel de estos intelectuales en la conformación de una confluencia entre los capitalistas, por su capacidad para establecer visiones que puedan trascender sus –usando una expresión gramsciana– “intereses corporativos” inmediatos, así como los intereses nacionales de capitalistas y estados, permitiendo unificar a los capitalistas de diversos países como una clase transnacional capaz de liderar un bloque histórico transnacional de estados, clases y grupos sociales. Los intelectuales orgánicos además serían centrales para “diseñar” las condiciones económicas y políticas que permiten en cada momento histórico asegurar la preeminencia de los estados, clases y grupos dominantes, y proyectar la expansión general del capitalismo, además de diseñar y conducir la implementación de las políticas sobre ámbitos geográficos y económicos específicos que permiten alcanzar dicho objetivo: “Crucial in this context are what Gramsci called “organic intellectuals”, i.e., those able to theorise the conditions of existence of the system as a whole, suggest policies and justifications for such policies and, if need to apply them. Such intellectuals need to synthesise both a strategic vision with the technical and political ability to realise it in practice” (Gill y Law 1994, 110).

De estos planteamientos se pueden extraer múltiples elementos para establecer una perspectiva sobre la conformación de la hegemonía a escala del sistema-mundo, sin embargo, algunos deben matizarse a partir de los fundamentos de la perspectiva teórica e histórica asumida hasta aquí. Por una parte, estos autores plantean una adaptación del concepto de hegemonía a escala mundial que mantienen una vinculación entre la hegemonía y las dominaciones estatales del sistema-mundo que me parece inconveniente. Como se indicó,

estos autores tienen como principal referente disciplinar a las Relaciones Internacionales, subcampo de la Ciencia Política que analiza la política internacional, y cuyas corrientes principales, el Realismo-Neorealismo y la Interdependencia, centran su estudio en las relaciones diplomáticas interestatales (véase Ghío 2004), y usan un concepto de hegemonía –que no es de origen gramsciano– para referirse al dominio geopolítico-militar de un país sobre otros. Los autores gramscianos trascienden ampliamente la perspectiva de las corrientes principales de las Relaciones Internacionales, sin embargo, mantienen una ambigüedad en relación a conceptualizar el fundamento de la hegemonía en un estado dominante (por eso se refieren frecuentemente a la “hegemonía estadounidense”), o en las clases dominantes de dicho estado, o en el conjunto de los estados y clases dominantes de los estados céntricos.⁵⁰² Además, plantean el origen de la hegemonía como una extensión de una hegemonía nacional, de un país que ha dado un salto en el desarrollo capitalista (Cox 1994a). La perspectiva que aquí se asume parte de la base que en el contexto del sistema-mundo los estados y los capitalistas mantienen una relación de poder, la mayor de las veces de estrecha colaboración, en la cual los capitalistas tienden a imponer sus intereses a los estados, y éstos tienden a vincular sus propios intereses con el de los capitalistas.⁵⁰³ Por este motivo, no es pensable una hegemonía –en el sentido gramsciano que se usa aquí– “estatal”, la hegemonía centralmente es de una clase, la clase capitalista, que en alianza con un conjunto de clases y grupos dominantes, entre ellos los dirigentes estatales, utilizan una serie de instituciones del estado y la sociedad civil para difundir la hegemonía. Por otra parte, como se vio en el capítulo anterior, pese a la indiscutida preeminencia económica y geopolítica de Estados Unidos en el contexto de la postguerra, considero que la hegemonía que comienza a fraguarse luego de la Segunda Guerra Mundial no se puede entender como una hegemonía estadounidense, ya que en su conformación tuvieron una activa participación los estados y capitalistas europeos,⁵⁰⁴ y la “alianza atlántica” que se formó, así como la alianza entre

⁵⁰² La cita de Cox realizada arriba ilustra este punto. Cox plantea que la hegemonía es un orden en el que un estado establece una dominación fundamentada en el consenso (reafirmando el planteamiento de que la hegemonía internacional surge de la expansión de una hegemonía nacional), que asegura “the continuing supremacy of the leading state or states and leading social classes” (1987, 7), abriendo la posibilidad de que sean una pluralidad de estados y sus clases dominantes.

⁵⁰³ En términos teóricos esta problemática se abordó en las secciones 1.1.2. y 1.1.3. y el análisis histórico de las relaciones estados-capitalistas se realizó principalmente en las secciones 2.2.1. y 2.2.2.

⁵⁰⁴ En el estudio histórico de Van der Pijl (2005) sobre la conformación de la clase capitalista transnacional, analizado en la sección 3.3.2., el autor se detiene con mayor profundidad en iniciativas que fueron llevadas a cabo principalmente por

Estados Unidos y Japón, principalmente fue en beneficio de los estados y capitalistas europeos y japoneses, a los cuales EE.UU. subvencionó, les dio protección militar, aceptó sus políticas económicas proteccionistas y apoyó en la expansión de sus transnacionales, todo en el contexto de los riesgos que el capitalismo mundial enfrentaba en dicho momento histórico (véase sección 3.2.3.). Por estos motivos, la hegemonía internacional que aquí se plantea se conceptualiza como la hegemonía de una clase capitalista transnacional, que históricamente se fraguó simultáneamente por el conjunto de estados céntricos, y por un grupo de intelectuales orgánicos y capitalistas céntricos, principalmente europeos y estadounidenses, pero que se extendió con rapidez a Japón y a algunos países semiperiféricos y periféricos.

Un segundo uso de conceptos gramscianos que me parece inadecuado es el de “revolución pasiva”. Este concepto se usa para explicar la extensión de la hegemonía desde el centro a la periferia. Esta visión se fundamenta en dos errores entrelazados. Por una parte, el desarrollo capitalista de la periferia es parte del desarrollo del sistema-mundo, por lo que las características del capitalismo en esos países surgen de su posición estructural periférica dependiente en la economía-mundo (Cardoso y Falleto 1979, Wallerstein 2003), lo que hace impensable que puedan pasar por una “revolución social” que haga que desarrollen su capitalismo de una manera similar al centro, como pretende Cox (1994a). Por otra parte, se pasa por alto el hecho histórico de que las clases capitalistas de la periferia generalmente fueron libremercadistas, y que los estados periféricos independientes tendieron a adoptar el libre comercio (véase capítulo 2.2.). En este sentido el mercantilismo adoptado por algunos estados periféricos en el período inicial de la dominación hegemónica (entre 1945 y aproximadamente el final de la década de 1970), es una situación excepcional que se explica por las fuerzas contrahegemónicas que en ese período disputaban la hegemonía (este punto lo abordaré en la siguiente sección), por lo que en una perspectiva de larga duración histórica lo normal es que las clases dominantes de las periferias adapten sus países a una dominación

capitalistas e intelectuales orgánicos europeos. Aunque no tengo elementos para definir si esto fue así o si sólo se debe a los énfasis del autor, sería comprensible que así fuera, dado que los capitalistas europeos, y sus estados, estaban directamente sometidos a riesgos que los capitalistas estadounidenses no enfrentaban o sólo los afectaban indirectamente o a mayor distancia, como la crisis económica causada por la guerra, la fortaleza de los partidos comunistas locales, la presencia de la URSS y su ejército a escasos cientos de kilómetros de sus capitales y el proceso de descolonización.

del centro, que implica la libertad del comercio y de las finanzas internacionales y la subsecuente facilidad para “colocar” sus productos primarios de exportación en la economía-mundo. Así, lo central no es que en las periferias se “emulen” elementos culturales, tecnológicos y económicos del centro sin poder adoptar los modelos políticos que conlleva la hegemonía (Cox 1994a). En la periferia se tiende al liberalismo por los intereses de las clases capitalistas locales, y la incapacidad de algunos países para adoptar los “modelos políticos” del centro se debe a la debilidad de los estados periféricos, a su dificultad de implementar una dominación hegemónica nacional y su subsecuente necesidad de reprimir a las clases y grupos antagónicos y las resistencias locales y nacionales que enfrenta la profundización capitalista. Por ese motivo, no fue de mayor dificultad para Estados Unidos y los países céntricos incorporar desde un inicio al “bloque histórico” que se fraguaba en la postguerra, a los países periféricos que tenían gobiernos conservadores, profundamente anticomunistas, que aceptaban su integración a la economía-mundo como exportadores de materias primas, como Arabia Saudita y otras monarquías del Medio Oriente (Heller 1994) y, al contrario de lo que esperan Gill y Law (1994), no puede sorprender que las clases dominantes de la periferia se sumen a este bloque histórico céntrico sin mayor dificultad. En este marco es relevante la distinción entre periferia y semiperiferia, que los autores de esta escuela gramsciana tienden a no utilizar. En esta línea argumentativa esta distinción es relevante ya que es probable que las semiperiferias que buscan ascender al centro, desarrollando industrias que pueden competir con las de los países céntricos, y que para ello deben desarrollar políticas mercantilistas (véase sección 2.2.2.), tengan más dificultades para ser parte del bloque histórico hegemónico, y puedan tener que enfrentarse con el núcleo de países céntricos que no quiere más competencia para sus empresas transnacionales. En tanto no todos los países sean parte efectiva de este bloque histórico, pueden producirse este tipo de disputas entre los países céntricos y algunos semiperiféricos ascendentes.

Más allá de estos puntos problemáticos, los planteamientos de estos autores son de gran relevancia para conceptualizar una hegemonía internacional. Además de reafirmar varios de los planteamientos centrales que hasta aquí he realizado, como la conformación a nivel global de una sociedad civil, en la que es central la clase capitalista transnacional, y una cierta unidad política, una forma de estado, desde la cual se establecen los lineamientos para la conducción

política del sistema-mundo, considero relevante destacar la adaptación del concepto gramsciano de bloque histórico para analizar al conjunto de estados, clases y grupos que son parte de la producción de hegemonía, y el énfasis en la importancia de los intelectuales orgánicos en la conformación de la hegemonía global.

A través del uso del concepto de bloque histórico estos autores permiten indagar por el conjunto de fuerzas que forjan, difunden y sostienen la hegemonía.⁵⁰⁵ He planteado que la hegemonía global se fundamenta en una clase capitalista transnacional y en el conjunto de estados céntricos, sin embargo, un conjunto más amplio de estados, clases y grupos del centro, la semiperiferia y periferia son parte de las fuerzas que impulsan la hegemonía. Para ellos considero pertinente aplicar el concepto de “bloque histórico” que utilizan los autores gramscianos. Sin embargo, considero necesario distinguir a este conjunto “dirigente” de un conjunto más amplio de clases y grupos que, aunque participan de la reproducción de la hegemonía, son subordinados. Así como Braudel (1994) estimó necesario distinguir entre el capitalismo y la economía de mercado para identificar con claridad al reducido número de capitalistas que ejercen una dominación monopolista sobre la vida económica, me parece importante realizar una distinción clara entre el pequeño núcleo de clases y grupos dominantes, a los que se puede considerar como el “bloque histórico” hegemónico, de las clases y grupos subordinados beneficiados por el orden hegemónico y que reproducen la hegemonía. Estas clases y grupos subordinados, aunque pueden beneficiarse ampliamente de su posición en la estructura económica –como un deportista de élite que puede ganar cientos de millones de dólares a lo largo de su carrera–, y reproducen la hegemonía en sus interacciones cotidianas, no son parte de los “productores” de la hegemonía, de quienes estratégicamente la proyectan y producen, de quienes crean medios para su difusión, y quienes la adaptan a contextos y problemas políticos específicos. La confusión entre estos actores lleva a difuminar la distinción entre dominantes y quienes, a pesar de tener

⁵⁰⁵ Rupert resume de la siguiente manera la conceptualización de Gramsci de bloque histórico: “For Gramsci, an historic block is more than a simple alliance of classes or class fractions. It encompasses political, cultural, and economic aspects of a particular social formation, uniting these in historically specific ways to form a complex, politically contestable and dynamic ensemble of social relations. An historic block articulates a world view, grounded in historically specific socio-political conditions and production relations, which lends substance and ideological coherence to its social power” (1994, 81).

privilegios, son dominados.⁵⁰⁶ La hegemonía sería políticamente construida y difundida por el bloque histórico dirigente, en tanto sería recibida como un “orden natural”, y asumida como parte de su “sentido común”, por los actores subordinados, que la reproducen continuamente, pero de manera relativamente no consciente, en sus acciones y discursos. Es relevante considerar que parte de los estados periféricos, así como de sus clases y grupos dominantes, son parte de este bloque histórico, y que participan activamente en la difusión de la hegemonía en las periferias, así como en la adaptación de las periferias a la economía-mundo con el objeto de incorporarlas a los procesos de acumulación infinita de capital, es decir, no son meramente actores subordinados. La participación de los estados y de las clases y grupos dominantes de las periferias en el bloque histórico hegemónico a partir de 1945, les reportó beneficios importantes en términos de la consolidación de su dominación interna.⁵⁰⁷ Si bien a lo largo de toda la historia del sistema-mundo estos actores generalmente han buscado y logrado adaptar sus espacios nacionales y locales a la economía-mundo, el respaldo de los contenidos ideológicos de la hegemonía global es de valiosa ayuda por la debilidad de sus estados, y las dificultades que tienen las clases y grupos dominantes de la periferia para forjar una hegemonía propia. Así, en el contexto de la presión de las clases populares que en la periferia comienza a intensificarse a finales del siglo XIX y principios del XX, y de los cuestionamientos a su forma periférica de integración al sistema-mundo que

⁵⁰⁶ Por ejemplo, este tipo de confusión se puede encontrar en la siguiente cita de Gill, donde tiende a incluir como parte del bloque histórico a los gobiernos y las corporaciones “oligopólicas gigantes”, con negocios de tamaño medio, arquitectos, deportistas y celebridades. Gill plantea: “[The apex of world order structures] includes not only governments but also networks of transnational corporations and other social forces active and influential in political and civil society across borders. [...] At the apex of this nexus—that is leading the forces of disciplinary neo-liberalism—is a historical bloc of social, economic, cultural and political forces, one that is transnational in its structures and scope. The material and political base rests on the power of giant oligopolistic firms and market forces that operate politically both “outside” and “inside” the state and that form part of the “local” and “global” political structures. Its social nucleus is the relatively small percentage of affluent people who are the primary beneficiaries of neo-liberal political economy: I call this the “social reproduction of affluence” and it is politically central to the constitution of market civilization and the forces which tend to support its continuance. It is important to remember however that this historical bloc incorporates much smaller and mid-sized businesses, such as contractors or suppliers, import export businesses, stockbrokers, accountants, consultancies, lobbyists, educational entrepreneurs, architects, and designers. Many of these people provide legitimation for the shift to more marketized systems of value, as do the sports and other stars of entertainment and the celebrity culture (2015, xvi-xvii).

⁵⁰⁷ Augelli y Murphy enfatizan la participación de fuerzas sociales de los países periféricos en el bloque histórico que a partir de 1945 se habría conformado desde EE.UU.: “...after the Second World War, the dominant classes within the United States had been able to form a coherent international historic bloc... At the centre of this bloc was a hegemonic alliance including some elements of labour in the OECD countries, the dominant classes and (to a surprising extent) the popular masses in much of the dependent Third World, and, of course, the dominant classes in Western Europe and Japan” (1994, 132). Aquí nuevamente me parece que se da la confusión entre las clases y grupos dominantes, del centro y la periferia, que se debe entender que son parte del bloque histórico que propaga la hegemonía, y clases subordinadas —los trabajadores del centro y las “masas populares” de la periferia— que considero no se deben conceptualizar como parte del bloque dominante.

hace crisis con las guerras mundiales y la Gran Depresión, el poder utilizar los contenidos de la hegemonía global fue de gran ayuda para que las clases dominantes de la periferia puedan mantener o recuperar su posición de preeminencia en una época particularmente convulsa en las periferias. Así, la adaptación del concepto de bloque histórico en el contexto de una hegemonía global, permite ampliar el análisis al conjunto de los actores que son parte de su formación, sin restringir el análisis a las clases y grupos dominantes y los estados del centro que conforman su núcleo dirigente.

Dentro del conjunto de fuerzas sociales que son parte del bloque histórico dominante los intelectuales orgánicos tienen una importancia central en la configuración de la hegemonía. Estos autores resaltan la importancia de los intelectuales orgánicos por su papel en lograr hacer converger a los capitalistas de diversos países en torno a intereses y visiones comunes, por su capacidad para bosquejar y abalar teóricamente las características generales del orden capitalista deseable para el conjunto de los estados, clases y grupos dominantes, y para diseñar e implementar políticas específicas para asegurar la expansión capitalista y la preeminencia de las clases dominantes en la amplia diversidad de ámbitos sociales y económicos del sistema-mundo (Gill y Law 1994). La relevancia de los intelectuales orgánicos también es resaltada por otros autores en relación a distintos ámbitos políticos. Aunque Van der Pijl (2005) no utiliza el concepto de intelectual orgánico, se centra en el papel que tuvieron los centros de planeación en la inicial conformación de una clase capitalista transnacional, considerando que estos centros “actúan como intelectuales colectivos” de la clase capitalista (2005, 7), resaltando la importancia de su labor para delinear consensos generales y visiones comunes entre capitalistas que pertenecían a países que hacía muy poco se enfrentaban en una guerra total. Por su parte Carroll (2010) enfatiza la importancia de los intelectuales orgánicos en la “comunidad corporativa”, situándolos en su mismo “corazón”: “At the heart of global corporate power, we find a combination of superaffluent owners, top managers and organic intellectuals, constituent elements of a transnational capitalist class that is irrevocably grounded on the *terra firma* of property ownership” (2010, 152, cursivas del autor). Carroll señala que los intelectuales orgánicos –abogados, consultores, académicos, políticos retirados, entre otros– tienen un papel central en los directorios de las grandes empresas transnacionales, aunque subordinado al de los

capitalistas, al establecer interconexiones entre múltiples directorios y especialmente por sus funciones políticas, ya que tienen un rol protagónico en la representación de los intereses capitalistas en los espacios políticos y culturales, y en la mediación entre los intereses capitalistas y los de otros actores sociales.⁵⁰⁸ Además, este tipo de intelectuales frecuentemente también son asesores de gobiernos, miembros de instituciones no gubernamentales, de centros de planificación de políticas, etc., interconectando la comunidad corporativa con los ámbitos de la sociedad civil y la esfera estatal donde se produce hegemonía. En este marco, Carroll hace un planteamiento relevante, señala que los mayores capitalistas globales sirven como intelectuales orgánicos de su clase (2010, 49). Así, aunque estos capitalistas no sean filósofos o economistas, delinean los fundamentos del orden hegemónico que asegura su dominación política y económica, y son capaces de seleccionar a los intelectuales que pueden otorgarle mayor sustento intelectual a sus visiones. Por ello, si bien los intelectuales orgánicos representan un papel central en la conformación de la hegemonía, tienen un papel subordinado a los capitalistas, no sólo por el papel dominante que ejerce la clase capitalista, sino también porque los propios capitalistas ejercen una función intelectual dirigente.

La relevancia de los intelectuales orgánicos muestra que el uso del saber científico en la producción de esta hegemonía es central. El saber científico y sus aplicaciones prácticas, técnicas, pasan a ocupar un lugar central en una forma de hegemonía que no puede fundamentarse en la producción de identidades compartidas a lo largo de todo el sistema social que abarca la hegemonía, por lo que necesita apelar a la ciencia para fundamentar el orden social y las intervenciones políticas que se realizan. En este marco, entender a la ciencia como un dispositivo de poder-saber, y analizar el despliegue de discursos que se realiza a escala del sistema-mundo que se sustentan en este dispositivo, pasa a ser central para entender los mecanismos concretos a través de los cuales se despliega la dominación hegemónica. Es

⁵⁰⁸ Carroll señala: “Corporate elites, however, are not the same entities as capitalist classes. On the one hand, corporate elites include not only functioning capitalists (directors who are executives or major shareholders) but their *organic intellectuals*—directors who are advisers to business owners and top management, and who often sit on multiple boards. The service of lawyers, consultants, academics, retired politicians and the like is integral to corporate business today. In the structure of economic power such advisers are subordinate to functioning capitalists, yet in the political and cultural fields they often lead the way in representing corporate interests or in mediating between those interests and others... [The] study of the corporate elite does shed light on the organization of the capitalist class, or at least its top tier or, viewed laterally, its “leading edge”” (2010, 6, énfasis del autor).

en este punto donde estimo que la perspectiva foucaultiana es de gran utilidad para el análisis de las relaciones de poder concretas a través de las cuales la dominación hegemónica se despliega, fundamentándose en discursos que utilizan saberes para el gobierno de las diferentes poblaciones y los diversos ámbitos económicos del sistema-mundo. La revisión de un estudio desde este enfoque lo realizaré en la sección final de este capítulo, a continuación, me centraré en las luchas generales que permitieron que la dominación hegemónica capitalista se asentara en el sistema-mundo.

3.5.2. Las luchas por la hegemonía global.

He planteado que desde 1945 se comienza a fraguar la dominación hegemónica, sin embargo, considero que es relevante distinguir un período inicial que llega hasta el final de la década de 1970, en el que la hegemonía global enfrentó fuerzas contrahegemónicas significativas. Una de las fuerzas contrahegemónicas era el bloque histórico que representaba la URSS y los países del “bloque comunista”. Ya me detuve en la amenaza que representó la URSS, el comunismo y la expansión de este conjunto de países durante la postguerra, además de la influencia política que representó el “modelo” soviético de la planificación estatal, que en parte fue tomado por gobiernos de diversas tendencias políticas (sección 3.2.3.), por lo que no volveré aquí sobre ese aspecto de las luchas geopolíticas e ideológicas de la postguerra. Aquí analizaré la lucha entre la hegemonía del bloque histórico del centro, con una contrahegemonía que surge desde países periféricos y semiperiféricos que buscaron conformar un tercer bloque histórico, y plantear un “nuevo orden económico mundial” que resituara a las periferias en una situación de menor dependencia y subordinación con respecto al centro. Esta “contrahegemonía periférica”, que no contó con el respaldo de una potencia geopolítica y militar como la URSS, y el crecimiento de su desafío hasta mediados de la década de 1970, es otro hecho inédito en la historia del sistema-mundo que se produce luego de 1945, lo que vuelve a subrayar la relevancia de reconceptualizar las relaciones de poder y la estructura de dominación de este período. Esta contrahegemonía muestra la capacidad que comenzaron a tener, en esta coyuntura histórica, los países periféricos para fraguar un contrapeso político e ideológico al centro, lo que a su vez muestra la inicial debilidad del centro y de la nueva hegemonía que planteaba, ya que un conjunto relevante de países

periféricos y semiperiféricos la rechazaban. Consecuentemente, el retroceso del desafío contrahegemónico desde finales de la década de 1970 e inicios de la de 1980, hasta prácticamente desaparecer en la década de 1990, en paralelo a la desaparición de la URSS y su bloque histórico, muestra como la hegemonía del centro se consolidó y afirmó como la nueva estructura de dominación del sistema-mundo, frente a la cual los países periféricos ya no cuentan con mayores alternativas.

Como se señaló, desde la fase final de la Segunda Guerra Mundial las élites de los países céntricos delinearon consensos básicos sobre el orden de la economía-mundo, los que se plasmaron en la conferencia de Breton Woods de 1944. La liberalización del comercio mundial y de los flujos financieros era parte de este consenso, y así se planteó en los acuerdos alcanzados en Breton Woods. Pero su aplicación práctica enfrentaba grandes problemas. En el centro, la realidad de la devastación que había producido la guerra hacía imposible la aplicación de dicho principio, por lo que se reconoció la necesidad de la protección económica, de la aplicación de políticas keynesianas y de la intervención estatal en la economía. Por su parte, en las periferias, como consecuencia de ambas guerras mundiales, pero particularmente de la Gran Depresión de la década de 1930, se había visto cómo se derrumbaba la demanda de sus tradicionales productos de exportación mineros y silvoagropecuarios. Esto llevó al cuestionamiento de la forma tradicional de inserción de la periferia en el sistema-mundo, y al socavamiento del dominio de la clase capitalista que dirigía dicha inserción –lo que provocó la crisis del “orden neocolonial” o del “orden oligárquico”–.⁵⁰⁹ En muchos países de la periferia esto se tradujo en la implementación de una gama de políticas que buscaban cambiar su orientación económica: la industrialización, la mayor participación del estado en la economía, la sustitución de importaciones, la búsqueda por expandir el mercado interno, la implementación de políticas sociales, fueron medidas que se difundieron por la periferia, donde además nuevas clases y grupos sociales habían adquirido un peso significativo en las relaciones de poder internas –como los nuevos empresarios capitalistas industriales, los estratos medios, la expandida burocracia estatal y el

⁵⁰⁹ Halperin señala: “La crisis mundial abierta en 1929 alcanzó de inmediato un impacto devastador sobre América Latina, cuyo signo más clamoroso fue el derrumbe, entre 1930 y 1933, de la mayor parte de las situaciones políticas que habían alcanzado a consolidarse durante la pasada bonanza” (1991, 361).

movimiento obrero—, influyendo sobre el estado y contrapesando a las tradicionales élites capitalistas vinculadas al sector exportador. Esto además se contextualizaba en una pérdida de influencia del centro sobre las periferias, ya que el tradicional sector exportador disminuyó su relevancia en la economía y los flujos financieros estaban prácticamente detenidos, por lo que la periferia, aunque sumida en crisis, enfrentaba relaciones de poder menos desequilibradas con el centro.⁵¹⁰ El conjunto de estas situaciones provocó una nueva situación inédita en el sistema-mundo, en las décadas que siguieron a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial, países periféricos comenzaron a aplicar políticas mercantilistas.

Como señalé en la sección 2.2.1., desde el origen del sistema-mundo los capitalistas de la periferia estuvieron vinculados principalmente al sector minero y silvoagropecuario de exportación, por lo que tenían un directo interés en poder practicar un comercio internacional sin trabas. Por ello, como se vio en la sección 2.2.2., los estados periféricos independientes siempre tendieron a mantener políticas económicas internacionales liberales. Esto se produjo tanto en los estados periféricos independientes de Europa Oriental, como Polonia, que fueron parte de la original división internacional del trabajo del sistema-mundo del siglo XVI, como en los estados que se independizaron y se incorporaron como periferias a una economía-mundo ya estructurada, como fue el caso de los países latinoamericanos en el siglo XIX. Así, en el período histórico previo a la crisis de 1914/1917-1945 el mercantilismo fue practicado por los estados que buscaban ascender en la jerarquía geopolítica y geoeconómica del sistema-mundo, ya fueran estados céntricos que se disputaban la primacía de la economía-mundo, o semiperiféricos que buscaban ascender al centro. Luego de 1945, de manera inédita, una importante cantidad de países periféricos comenzaron a aplicar el mercantilismo. Esto no fue un fenómeno universal, ya que un número relevante de países periféricos mantuvieron sus tradicionales políticas liberales y no buscaron cambiar su posición en la división internacional del trabajo como países exportadores de productos primarios. Estas diferencias dentro de las periferias muestran que las políticas mercantilistas fueron llevadas a cabo por países que intentaban, al menos en parte o parcialmente, modificar su posición en

⁵¹⁰ En relación a este punto, Halperin plantea que “...la crisis del comercio internacional alejaba el peligro que la desaprobación despertada por cualquier caída en la insolvencia financiera se expresase en sanciones concretas contra la nación culpable (la más obvia de ellas, la suspensión de los nuevos préstamos, había sido privada de todo contenido por una situación en que éstos eran de todos modos inasequibles)” (1991, 363).

la división internacional del trabajo y, en algunos casos, subir en la jerarquía geopolítica, es decir, tal como en siglos anteriores, el mercantilismo implicaba entablar relaciones de poder y desafiar a las fuerzas dominantes del centro del sistema-mundo. Cabe resaltar que estas políticas, aunque se aplicaran de manera cautelosa, representaban un desafío al centro ya que, aunque los países céntricos establecían medidas proteccionistas, implementaban políticas keynesianas e incluso realizaban nacionalizaciones de “industrias estratégicas” (véase sección 3.2.3.), en el período que se abría en 1945 seguían buscando la apertura de las periferias al comercio internacional, como lo habían hecho a lo largo de toda la historia del sistema-mundo.⁵¹¹ Evidentemente los desafíos que aquí me refiero, por provenir de países periféricos, en algunas ocasiones sólo implicaban pequeñas reformas y el intento por mejorar las condiciones de vida de parte de la población, por ejemplo, a través de una reforma agraria que distribuyera algunas tierras en desuso a campesinos, pero en otras ocasiones implicaban desafíos mayores, como nacionalizaciones de filiales de grandes transnacionales, como en el caso de las nacionalizaciones de empresas petroleras de países del Medio Oriente.

Frente a estos desafíos, los países céntricos reaccionaron con diversas estrategias. Por una parte, emplearon algunas estrategias propias de la dominación imperialista –presión diplomática y económica, intervenciones militares, golpes de estado– (como en Irán en 1953 y en Guatemala en 1954). Sin embargo, estas reacciones imperialistas no eran suficientes en el contexto de postguerra, no sólo por el eventual apoyo de la URSS y del bloque comunista a los desafíos que surgían de las periferias, sino porque este desafío también buscó conformarse como una contrahegemonía que, si bien en general no cuestionaba al capitalismo, cuestionaba la división económica internacional centro-periferia y, por tanto, socavaba la preeminencia de los estados céntricos y sus capitalistas. Así, esta contrahegemonía implicaba un desafío ideológico, ya que se comenzó a gestar una visión teórica-política que explicaba la situación de precariedad económica de las periferias por su relación dependiente con el centro, problematizando el vínculo centro-periferia, y que

⁵¹¹ Sintetizando las visiones desde el centro sobre la orientación deseable de las economías de las periferias durante las décadas iniciales de la postguerra, von Albertini señala: “...los políticos responsables de la economía en los países industrializados, los representantes de las multinacionales y también el Banco Mundial –a pesar del cambio de orientación que ha experimentado bajo la dirección de McNamara [a inicios de la década de 1970]– siguen mostrando una tendencia a considerar los éxitos en la exportación como desarrollo sin más y a estimular los esfuerzos encaminados a la exportación masiva de materias primas por parte de los países en vías de desarrollo” (1984, 408).

fundamentaba y promovía un abanico de políticas que implicaban una rearticulación de la forma en que las periferias se relacionaban con el centro. Además, este desafío ideológico adquirió relevancia política no sólo porque diversos gobiernos de la periferia comenzaron a aplicar políticas que implicaban un cuestionamiento a la forma de su inserción en el sistema-mundo, también porque estas perspectivas adquirieron gran influencia sobre los organismos internacionales que estaban siendo parte del conjunto de instituciones de la forma de estado global, por lo que esta contrahegemonía entró en una disputa por los espacios institucionales estatales. La CEPAL, que tuvo como director a Raúl Prebisch desde 1950, uno de los principales intelectuales que iniciaron la problematización de la relación centro-periferia, y la UNCTAD, donde Prebisch también fue secretario general desde 1964, fueron algunos de los espacios institucionales donde este tipo de visiones y políticas se promovían, instituciones que además buscaron establecer una unidad entre los países de la periferia, del “tercer mundo”, para que pudieran enfrentar en conjunto a las potencias céntricas en negociaciones para modificar el orden económico internacional.

Esta disputa se contextualiza en la prioridad dada luego de la Segunda Guerra Mundial al “desarrollo” de las periferias. El consenso en torno al problema del desarrollo y de la necesidad de desarrollar a las periferias fue amplio, abarcando a todas las perspectivas políticas más relevantes, desde la comunista hasta la capitalista,⁵¹² por lo que en sí misma no implicaba una orientación política definida y su interpretación podía derivar en una diversidad de políticas contrapuestas que podían priorizar los intereses de diferentes clases y grupos sociales. La disputa entre la hegemonía capitalista y la contrahegemonía periférica por tanto se dio, en medida importante, en torno a la orientación de la prioridad política del desarrollo. Desde el inicio de este período, y en el contexto de la lucha contra el bloque comunista, en el centro se le otorgó una relevancia política inédita al desarrollo de las

⁵¹² Escobar se refiere a este consenso en torno al “discurso del desarrollo”: “Hasta finales de los años setenta, el eje de las discusiones acerca de Asia, África y América Latina era la naturaleza del desarrollo. ...la mayor preocupación de teóricos y políticos era la de los tipos de desarrollo a buscar para resolver los problemas sociales y económicos en esas regiones. Aun quienes se oponían a las estrategias capitalistas del momento se veían obligados a expresar sus críticas en términos de la necesidad del desarrollo... En resumen, podía criticarse un determinado enfoque... ...pero el hecho mismo del desarrollo y su necesidad, no podían ponerse en duda. El desarrollo se había convertido en una certeza en el imaginario social [...] La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo...” (2007, 21-22).

periferias, por lo que se implementaron iniciativas de ayuda directa sin precedentes,⁵¹³ pero principalmente se buscó fomentar su desarrollo económico. Evidentemente desde el centro el desarrollo de las periferias se orientaba de acuerdo a las prioridades capitalistas convencionales –la apertura económica de las periferias al comercio y a las inversiones internacionales, así como la especialización de su economía, particularmente de su agricultura, a la exportación–, aunque dado el contexto de la Guerra Fría se plantearon matices que mostraban la urgencia de mejorar las condiciones de vida de las poblaciones. Esto quedó claramente plasmado en el discurso inaugural que en 1949 dio el presidente de Estados Unidos Harry Truman que, luego de referirse a los desafíos que presentaba el comunismo a nivel global, planteó cuatro puntos para fortalecer “la paz y la libertad” en el mundo, cuyo cuarto componente planteaba un programa para impulsar el desarrollo de las periferias, “the improvement and growth of underdeveloped areas” (Truman 1949, párrafo 44). En su discurso Truman establecía la prioridad del desarrollo de las zonas periféricas, señalando que su subdesarrollo incluso constituía una amenaza para las “zonas prósperas”,⁵¹⁴ y su propuesta se fundamentaba en el traspaso de conocimientos y tecnologías, y en la posibilidad de que las empresas céntricas invirtieran en la periferia,⁵¹⁵ pero también planteaba un cierto contrapeso a los intereses de los capitalistas: “Guarantees to the investor must be balanced by guarantees in the interest of the people whose resources and whose labor go into these developments” (Truman 1949, párrafo 52). Sin embargo, estos contrapesos a las prioridades capitalistas eran menores, y la urgencia del desarrollo se planteaba de manera taxativa, aunque implicara enormes costos para las poblaciones, tal como se declaró en un documento de Naciones Unidas: “Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado

⁵¹³ La ayuda directa económica de los países céntricos a algunos países periféricos comienza en el marco de la guerra fría, ya que prácticamente no tenían precedente: “La ayuda al desarrollo existe desde la segunda guerra mundial. Para las potencias coloniales había estado en vigor el principio según el cual cada colonia tenía que ser autosuficiente, es decir... .. en el presupuesto de la metrópoli no se preveía partida alguna destinada a las colonias [...] En 1929 el parlamento británico constituyó un *Colonial Development Fund* (Fondo para el Desarrollo de las Colonias), pero su presupuesto anual de un millón de libras esterlinas era mínimo y estaba destinado primordialmente a fomentar el trabajo en la metrópoli [...] *El Colonial Development Fund* se amplió considerablemente en 1945, y en 1946 Francia creó sus *Fonds d'Investissement pour le Développement Économique et Social* (FIDES)” (von Albertini 1984, 410, cursivas del autor).

⁵¹⁴ Truman planteó: “More than half the people of the world are living in conditions approaching misery. Their food is inadequate. They are victims of disease. Their economic life is primitive and stagnant. Their poverty is a handicap and a threat both to them and to more prosperous areas” (1949, párrafo 45).

⁵¹⁵ Esto se señaló de la siguiente manera: “I believe that we should make available to peace-loving peoples the benefits of our store of technical knowledge in order to help them realize their aspirations for a better life. And, in cooperation with other nations, we should foster capital investment in areas needing development” (Truman, 1949, párrafo 48).

es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico”.⁵¹⁶ De esta manera, la urgencia del desarrollo de las periferias se asoció a las prioridades capitalistas, lo que se concretizaba en las políticas que aplicaban organismos internacionales como el Banco Mundial: “El hecho de que el Banco Mundial concediera en las primeras décadas prioridad al crecimiento de la producción en cuanto tal mientras declaraba la industrialización tarea del capital privado responde a las ideas que sobre el desarrollo mantienen los países industrializados capitalistas” (von Albertini 1984, 416).

Sin embargo, los países periféricos comenzaron a plantear perspectivas disímiles sobre las estrategias de desarrollo, estableciéndose con el tiempo una lucha abierta entre un bloque contrahegemónico periférico con los estados céntricos, no sólo en torno a las políticas de desarrollo, sino también sobre el orden económico internacional general. A lo largo de la década de 1960 los países periféricos comenzaron a organizarse, particularmente en el Grupo de los 77, fundado en 1964, y a establecer demandas para reformular el orden económico internacional. Este grupo de países aprovechaban su amplia presencia en los organismos interestatales, por ejemplo, en las reuniones de la Asamblea general de Naciones Unidas o en las conferencias del UNCTAD, para presionar por un mejor trato en las relaciones económicas. En 1967, los ministros del Grupo de los 77 publicaron la “Carta de Argel sobre los derechos económicos del Tercer Mundo”, en la que plantearon, entre otras medidas, la estabilización de los precios de las materias primas y que los países céntricos eliminaran sus aranceles para las exportaciones de la periferia (von Albertini 1984). Sin embargo, no fue sino a partir de la crisis del petróleo causada por el embargo organizado por la OPEP en 1973, que mostró el poder que podía ejercer una organización de países periféricos exportadores de materias primas de capital importancia para los procesos productivos del centro, que parecía que podían revertirse las relaciones de poder históricas entre centro y periferia. Esta nueva

⁵¹⁶ United Nations, Department of Social and Economic Affairs, 1951, *Measures for the Economic Development of Underdeveloped Countries*, Nueva York, United Nations, página I; citado en Escobar 2007, 20)

correlación de fuerzas hizo que los países periféricos buscaran presionar aún más, así, “Aun cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas había reconocido ya en 1972 y 1973 la necesidad de “regular más justamente” las relaciones económicas internacionales, sólo el éxito de la OPEP hizo que la VI sesión extraordinaria de la Asamblea aprobara el 1 de mayo de 1974 la “Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico mundial”, [esto] tras duras negociaciones y en contra de la voluntad de los países industriales (de los cuales sólo Suecia emitió su voto afirmativo)” (von Albertini 1984, 436). En esta declaración de Naciones Unidas se planteó una amplia gama de medidas económicas y políticas que debían contribuir a mejorar las condiciones de vida en la periferia y a modificar las relaciones económicas y políticas “norte-sur”, planteándose diferentes reformas económicas concretas (sobre comercio, aranceles, materias primas, industrias específicas, etc.), pero también políticas generales sobre la soberanía económica de la periferia, por ejemplo en el derecho a las nacionalizaciones y a controlar las actividades de las transnacionales.⁵¹⁷

En el contexto de estas presiones de los países periféricos, organismos como el Banco Mundial flexibilizaran sus posturas, y en sus políticas de apoyo al desarrollo matizaron las prioridades capitalistas: “...en 1973 [el presidente del Banco Mundial Robert] McNamara hizo un balance crítico... ..exponiendo el problema de la pobreza absoluta y de la creciente desigualdad en la distribución de la renta en los países subdesarrollados, al tiempo que anunciaba una reorientación: en adelante se trataría de dar prioridad a la agricultura, con apoyo sistemático a los pequeños agricultores. Se consideraron urgentes la reforma agraria, el suministro de agua, los servicios de asesoramiento y la creación de cooperativas y sistemas crediticios” (von Albertini 1984, 416). Durante el resto de la década de 1970 la confrontación “norte-sur” seguiría, von Albertini señala que “Los países en vías de desarrollo pasaron así pues a la ofensiva en 1974 y con su exigencia de que se establezca un *Nuevo Orden*

⁵¹⁷ Entre otros puntos, en esta declaración se planteó: “Todo país tiene derecho a adoptar el sistema económico y social que juzgue más adecuado para su propio desarrollo. Todo Estado puede disponer soberanamente de sus fuentes de riqueza naturales y tiene derecho a nacionalizarlas. Son necesarias unas “relaciones justas y equitativas” entre los precios de exportación y de importación de los países en vías de desarrollo... Todos los países desarrollados deberán facilitar las importaciones procedentes de países en vías de desarrollo, aun en el caso de los productos de estos últimos países que entren en competencia con los productos de los propios países desarrollados... Reforma del sistema monetario mundial: mayor participación en las entidades que toman las decisiones... La actividad de las sociedades transnacionales deberá ser controlada por un código de comportamiento a fin de acabar con las “prácticas comerciales restrictivas”” (von Albertini 1984, 437).

Económico Mundial (NOEM) cambiaron ya las agujas para las posteriores discusiones entre el “Sur” y el “Norte” (1984, 437, cursivas del autor). En esa confrontación, desde la periferia se plantearon una serie de propuestas en torno a temas como los precios de las materias primas, la transferencia tecnológica, la localización de industrias en la periferia y la abolición de la deuda externa. Esta confrontación continuó, sin embargo, la inicial unidad de la periferia se fue perdiendo, y hacia el final de la década el bloque de países que conformaba el Grupo de los 77 comenzó a fracturarse, mientras ocurría un proceso inverso entre los países céntricos, que adquirieron mayor unidad.⁵¹⁸ Augelli y Murphy (1994) plantean que en 1979 el gobierno de Estados Unidos comenzó a implementar una serie de medidas económicas monetaristas, que en la periferia tuvieron como consecuencia un descenso en los ingresos por sus exportaciones y un aumento en las tasas de interés de su deuda, lo que causó una crisis de liquidez, y la simultánea recesión en el centro causó que el petróleo se volviera abundante y barato, eliminando una de las ventajas con las que contaba el bloque periférico. En este contexto el bloque céntrico inició su ofensiva neoliberal: “After the Third World block was defeated at the end of 1982... The Western block used the leverage of foreign assistance to try to remake Third World economies in a *laissez-faire* image. The United States targeted the intergovernmental organizations (which had been so important in formation of the NIEO consensus within the Third World) and succeeded in making the UN system a more effective conduit of Western policy preferences” (Augelli y Murphy 1994, 134-135, cursivas de los autores).⁵¹⁹ El resultado de esto no sólo fue la derrota de la periferia, sino la desaparición del

⁵¹⁸ Así, “...en el UNCTAD IV, celebrado en Nairobi en 1976... Frente al “grupo de los 77”, que presentaba un frente unido y contó con el apoyo firme del secretario del UNCTAD, el cingalés Corea, se alzaron los países industrializados, mal preparados y en desacuerdo unos con otros” (von Albertini 1984, 437). Pero dos años después, “en la UNCTAD V, que tuvo lugar en Manila en 1979... ..los países industrializados, sobre todo los de la CEE, se mostraron unidos, mientras que en el “grupo de los 77” aparecieron tensiones, sobre todo entre los países productores de petróleo y los no productores” (von Albertini 1984, 439).

⁵¹⁹ El apoyo entre los países céntricos en el marco de esta lucha con la periferia y del recrudescimiento de la guerra fría que se estaba produciendo en paralelo, se puede ver en el apoyo de Japón a las políticas estadounidenses: “Through most of the Reagan era, Japan by and large complied with US requests. Thus, during the Second Cold War of the early and mid-1980s it deployed an enormous amount of capital to support the US external account deficits and the internal fiscal imbalance. In addition, it gave large amounts of its growing bilateral aid to countries, such as Turkey, Pakistan, Sudan, and Egypt, deemed important for US strategic needs. At the same time, Japan did nothing to upset US dominance in high finance. When US competition for loanable funds in world financial markets provoked the near-bankruptcy of several Latin American countries, Japanese banks followed US guidelines for handling the ensuing debt crisis, in B. Stallings’s words, “even more closely than the US banks themselves”. And when the US government decided to bolster the IMF and the World Bank to handle the crisis, Japan readily agreed to increase its contributions to these organizations in ways that did not significantly alter their voting structure”. (Arrighi 2009, 363; la cita es de Stallings, B., 1990, “The Reluctant Giant: Japan and the Latin American Debt Crisis”. En *Journal of Latin American Studies*, 22, pp. 1-30., página 19).

bloque periférico como actor contrahegemónico: “...the Third World as an independent actor had disappeared from the world scene and it is uncertain if it will ever reappear as an actor whose interest and aspirations must be considered by any supreme power” (Augelli y Murphy 1994, 135-136). A esto se le sumó la disolución de la URSS y la desaparición del bloque de países comunistas, por lo que a principios de la década de 1990 la hegemonía del centro era incontestada. Así, “...the superiority of force of the capitalist West seemed to have become greater than ever. Disoriented and disorganized by the increasing turbulence of the world-economy, and hard-pressed by the Second Cold War, the USSR was squeezed out of the “superpower business”. Instead of having two superpowers to play off against one another, Third World countries now had to compete with the fragments of the Soviet empire in gaining access to the markets and resources of the capitalist West” (Arrighi 2009, 22).

Una derrota en una lucha por la hegemonía necesariamente se refleja en las formas como se piensa lo social y, por tanto, sobre las Ciencias Sociales. La derrota de la periferia y la hegemonía del centro tuvieron consecuencias importantes sobre las formas de pensar y teorizar a la propia periferia por parte de las Ciencias Sociales. Uno de los desarrollos disciplinares más relevantes de las Ciencias Sociales durante las décadas de 1960 y 1970 fue la Teoría de la Dependencia, cuyo uso decae en la década de 1980, cuando se consolida la derrota de la contrahegemonía periférica. Smith, hace una observación interesante sobre este desarrollo, aunque saca una conclusión que me parece completamente equivocada: “Dependency theory was dead. Yet the problems it addressed –inequality and underdevelopment– are still alive and well. In fact, it could be argued that dependency went out of fashion just as Latin America was becoming more, not less, dependent on the international “core” of the world system [...] Dependency thinking emerged from Latin America in the 1960s and 1970s, just at a time when world developments were undermining the core argument. Multinational corporations were becoming less important, and developing countries were able to assert their independence through petrodollar borrowing and state-owned enterprises; as a result, Latin America was feeling less “dependent”. Then, in the 1980s, the dependency framework was abandoned, just as constraints in the international economic system –particularly the debt crisis– were becoming more important and Latin America was becoming more “dependent”. This enduring disjuncture between theory and

reality helped discredit the dependency school” (1995, 9). Así, la Teoría de la Dependencia surge en momentos en que los países latinoamericanos tenían márgenes de maniobra más holgados en las relaciones de poder centro-periferia, y “muere” en la década de 1980, cuando América Latina se sumía en la crisis económica y sus países debían realizar ajustes estructurales neoliberales que los volvían más dependientes. La conclusión de Smith (1995) es que esto muestra una contradicción entre la teoría y la realidad, lo que desacredita a la propia Teoría de la Dependencia. Smith está completamente equivocado, la Teoría de la Dependencia no sólo surge porque la periferia tenía mayores márgenes de maniobra, sino cuando pudo plantear un proyecto contrahegemónico, la Teoría de la Dependencia es una manifestación de la contrahegemonía en el ámbito de las Ciencias Sociales. La derrota de la contrahegemonía periférica se reflejó en que la Teoría de la Dependencia fue derrotada, no por sus contradicciones entre la teoría y la realidad, al contrario, la derrota llegó cuando sus argumentos adquirirían más pertinencia, sino por el vínculo entre las Ciencias Sociales y las estructuras de dominación, lo que hace que una hegemonía asentada se refleje en la práctica de las disciplinas de las Ciencias Sociales. Así, el triunfo de la hegemonía capitalista, de manera esperable, se refleja en todos los ámbitos culturales, entre ellos el de la producción intelectual.

Luego del recuento de la lucha del centro por establecer una hegemonía en el sistema-mundo, cabe enfatizar que a escala internacional la hegemonía promovida desde el bloque histórico céntrico siempre implicó una liberalización de las periferias y semiperiferias. Durante el primer período que aquí analizo, entre 1945 y 1980 aproximadamente, en el centro se aplicaron políticas proteccionistas y se fortaleció el estado de bienestar, lo que fortalecía la hegemonía interna con las concesiones materiales a las clases dominadas. Sin embargo, más allá de los matices que se aplicaron en algunos momentos –como la ayuda financiera directa a algunos países periféricos y la coyuntural preocupación del Banco Mundial por mejorar el nivel de vida de parte de la población de la periferia–, la expansión y profundización del capitalismo en la periferia siguió siendo el objetivo económico primordial de las relaciones de poder centro-periferia. Desde el centro siempre se buscó abrir a las periferias al comercio, las inversiones y los flujos financieros mundiales, y siempre los planes de desarrollo se vincularon con extender el sector exportador, la minería y los cultivos de exportación, en

detrimento de los productos para el mercado local. Incluso en los momentos más álgidos de la disputa “norte-sur” el centro mantuvo esta perspectiva,⁵²⁰ y este tipo de políticas se promovieron por los países céntricos y los organismos internacionales como el BM y el FMI, incluso en los años en los que McNamara matizó estas prioridades en el Banco Mundial.⁵²¹ Pero la derrota y subordinación de la periferia a la hegemonía capitalista no representa la totalidad de la historia de la profundización capitalista que busca promover esta nueva forma de dominación del sistema-mundo. Desde la década de 1980 las clases subordinadas del centro también comenzaron a ser constreñidas por las prioridades capitalistas. Luego de haber gozado de las concesiones económicas de sus dominantes durante los “treinta gloriosos” años de prosperidad económica que siguió a la Segunda Guerra Mundial, la superación de las amenazas que habían enfrentado los capitalistas en las primeras décadas de la postguerra, y particularmente la superación de las amenazas internas, hizo que los capitalistas y las demás clases y grupos dominantes del centro dejaran de ver la utilidad política de dichas concesiones y empezaran a restringirlas. Sin embargo, no sólo es la renovada confianza de las clases dominantes la que les permite restringir las concesiones materiales a los dominados, considero que la característica transnacional de la clase capitalista es central para comprender la nueva situación política y económica de los países céntricos. Los capitalistas en tanto constituyen una clase transnacional, están menos vinculados a la fortaleza económica de sus países y de sus estados.⁵²² Ello les permite considerar como menos relevante la demanda agregada de sus economías nacionales y, por tanto, pueden presionar con mayor dureza el nivel de remuneraciones de los trabajadores céntricos, o incluso evitarlos llevando

⁵²⁰ Por ejemplo, “[en la conferencia del UNCTAD de 1979 en Manila] representantes del “Norte” hicieron una vez más profesión de fe en el libre comercio mundial y se manifestaron contrarios a toda clase de limitaciones, tarifarias o no tarifarias, al comercio” (von Albertini 1984, 440).

⁵²¹ von Albertini señala que “Al nuevo programa agrario de McNamara se le reprocha que favorece al aspecto mercantil de la actividad agraria, sigue privilegiando a los tipos de producción destinados a la exportación y no tiene en cuenta para nada a la gran masa de los campesinos sin tierra. Pero no existe ningún concepto alternativo” (von Albertini 1984, 418). De igual manera, en esta misma época las condiciones que imponía el Fondo Monetario Internacional a la concesión de préstamos se vinculaban a la apertura económica de las periferias: “...la concesión de créditos [del Fondo Monetario Internacional] suele ir unida a duras condiciones para el país receptor, tales como devaluaciones importantes, recortes radicales en el gasto público, eliminación de los controles de precios y eventuales subvenciones para el abaratamiento de los productos alimenticios, límites para el crecimiento de los salarios y liberalización del comercio exterior” (1984, 418).

⁵²² Esto es un planteamiento general que se concretiza de diferente manera en diferentes países y para diferentes facciones capitalistas. Además, como lo señalé en la sección 3.3.1., los capitalistas transnacionales no dejan de ser parte de su clase capitalista nacional, y de estar en algún grado vinculados a las economías nacionales de sus países y, especialmente, siguen aprovechando todas las ventajas que sus estados les pueden otorgar a nivel interno e internacional.

sus industrias a la periferia para pagar, por un mismo trabajo, una fracción de lo que tendrían que pagar a los trabajadores del centro, ya sea de manera directa a través de las remuneraciones como indirectamente solventando el estado de bienestar a través de los impuestos.⁵²³ Una de las implicancias ha sido la jibarización del estado de bienestar, lo que además ha permitido una presión mercantilizadora de componentes de la vida material vinculados con la reproducción social, como los sistemas de pensiones.⁵²⁴

3.5.3. El despliegue discursivo de la hegemonía global.

Como lo señala Sum (2015), las herramientas analíticas foucaultianas pueden permitir abrir la “caja negra” de la hegemonía, es decir, analizar los procesos concretos que permiten producir las distintas “piezas” discursivas a través de las que se despliega y pone en juego la hegemonía. La hegemonía, en tanto complejo ideológico-cultural, puede concebirse como un enorme conjunto discursivo, pero no es un sistema de ideas fijo, es un sistema de producción de discursos que se entrelazan en un núcleo de ideas políticas centrales para el proyecto de desarrollo histórico de las clases y grupos dominantes, ideas que pueden, en alguna medida, actualizarse y adaptarse de manera estratégica a los cambios históricos y, particularmente, a los cambios en las relaciones de poder y en las correlaciones de fuerzas. Deconstruir el complejo de ideas, de discursos, que conforman la hegemonía actualmente imperante en el sistema-mundo capitalista no es un objetivo de este trabajo, sin embargo, el análisis de una de sus piezas discursivas permite acercarse a la forma como se despliegan las relaciones de poder concretas a través de las cuales se impulsan la expansión capitalista. Ya señalé (sección 1.1.3.) que el concepto de “modernidad” es una de las ideas centrales de la geocultura del

⁵²³ Gill y Law señalan “...the “new international division of labour”, where some manufacturing has been selectively located in the Newly-Industrialising Countries (NICs), is merely one of various manifestation of the rising power of transnational capital, relatively to national capital, and to labour, especially in the core of capitalist states” (1994, 108). En los 25 años que han transcurrido desde que los autores plantearon esto el fenómeno se ha profundizado ampliamente.

⁵²⁴ Gill señala: “...one of the characteristics of market civilization is the way in which risk is increasingly privatized for the majority of the population, and governed by market forces (e.g. their savings/pensions are invested through institutional investors and other intermediaries in the stock and money markets). This is part of the increasing subordination of virtually all state forms to capital following some socialization and nationalization of the means of production especially in the post-World War II era. Socialization and nationalization has occurred during what Hobsbawm called the “short 20th century”. The existence of the USSR between 1917 and 1991 provided a social and political alternative to capitalist forms of rule, and thus we entered a new era of much more global capitalism with its collapse. Now we see a restructuring of the state’s obligations for social reproduction, rolling back welfare, redistribution and public provisions connected to the family, education and healthcare, leading to privatization of risk, and a shift towards greater social atomization” (2015, xvi).

sistema-mundo, que se ha ido desarrollando a lo largo de prácticamente toda su historia, al menos desde la conquista de América (sección 2.1.3.). Esta idea matriz decanta en diferentes discursos a lo largo de la historia, como el discurso civilizador, y desde la postguerra pasa a ser una de las ideas nucleares de la hegemonía que se desarrolla a escala del sistema-mundo. En este contexto histórico uno de los conceptos que se derivó de la idea de la modernidad es el concepto de desarrollo. Este concepto se ha venido empleando desde la postguerra para impulsar políticas que buscan transformar diferentes ámbitos del sistema-mundo en función de las prioridades de las clases y grupos dominantes, y particularmente se ha empleado para introducir proyectos de transformación política en las periferias. A continuación, describiré cómo se desplegó el discurso del desarrollo en las periferias en el contexto de las relaciones de poder que tenían lugar para imponer la hegemonía capitalista luego de la Segunda Guerra Mundial, lo cual realizaré a través del trabajo de Escobar (2007) *La Invención del Tercer Mundo*. El objetivo sólo es mirar brevemente dentro de la caja negra de la hegemonía, y mostrar el análisis de uno de sus aspectos culturales y políticos, es decir, mostrar uno de los ejes discursivos a través de los cuales la hegemonía se concretiza en intervenciones políticas y en la conformación de imaginarios culturales.

Cabe primero especificar la relevancia del uso de la perspectiva foucaultiana para el análisis de las relaciones de poder que se sitúan en el marco de la estructura de dominación hegemónica hasta aquí bosquejada. Esta perspectiva plantea que en todo contexto social se producen, hacen circular y se utilizan discursos, discursos desde los que se pone en juego un sistema de poder-saber que establece verdades a partir de las cuales se conforman las representaciones que utilizan los sujetos para entender los diversos ámbitos sociales en los que se desenvuelven, así como a las clases y grupos con los que se relacionan, y los procesos políticos y económicos en los que se insertan. El sistema-mundo es la totalidad en la que se contextualizan todos los ámbitos sociales, por lo que es un espacio en el que se producen estos discursos. Así, un amplio conjunto de discursos, se despliegan como relaciones de poder-saber que se derivan de la estructura de dominación del sistema-mundo, por lo que se vinculan directamente con la jerarquía centro-periferia, y son parte central de las intervenciones que se realizan sobre las periferias y sus poblaciones, por lo que son parte del despliegue material de la dominación que ejerce el centro y el bloque histórico de clases,

grupos y estados dominantes, es decir, estos discursos son “geopolíticos”, ya que se contextualizan en el sistema-mundo y sus relaciones de dominación. Esto hace que el análisis de las relaciones de poder-saber a través de los discursos permitan estudiar las intervenciones concretas que se despliegan en los diferentes ámbitos sociales del sistema-mundo. En estas intervenciones se concretizan las dos dimensiones de las relaciones que plantea Foucault entre poder, saber y sujetos (véase sección 1.2.2.), los regímenes de verdad y las tecnologías de gobierno. Así, a escala del sistema-mundo, desde su estructura de dominación, se producen discursos que establecen regímenes de verdad sobre el sistema en su conjunto y/o sobre sus diversos ámbitos sociales y, a la vez, operan como tecnologías de gobierno que definen, justifican, operacionalizan, intervenciones concretas, materiales, sobre ámbitos específicos del sistema-mundo para gobernarlos según los objetivos políticos de las clases y grupos dominantes. De esta manera, el despliegue de discursos produce efectos culturales y materiales, tiene implicancias sobre las representaciones y sobre las transformaciones socioeconómicas del sistema-mundo y de sus diversos ámbitos, son discursos que tienen implicancia en las subjetividades y en las prácticas políticas, por lo que su análisis permite contemplar parte de las relaciones de poder que enmarca la estructura de dominación de este sistema social. En este marco cabe destacar el papel que tiene la ciencia, y específicamente las Ciencias Sociales en las perspectivas foucaultianas. Es central el papel de las Ciencias Sociales en la producción de regímenes de verdad y en las intervenciones sobre los diferentes ámbitos del sistema-mundo, los discursos se sustentan en la ciencia para transformarse en discursos verdaderos, y la ciencia establece los fundamentos para que los técnicos realicen diagnósticos y definan intervenciones sobre los distintos ámbitos del sistema-mundo y sus poblaciones. Estos son los aspectos que revisaré a través del trabajo de Escobar (2007).

Cabe primero clarificar el objetivo y la perspectiva del autor en su estudio del desarrollo. El objetivo de Escobar (2007) es analizar el desarrollo como un discurso que implica la producción de ideas y de intervenciones políticas a través de las cuales se crea el “Tercer Mundo”. Escobar señala: “Este libro se propone brindar un mapa general que permita orientarse en el ámbito de los discursos y de las prácticas que justifican las formas dominantes de producción económica y sociocultural del Tercer Mundo. [Para ello se examina] el establecimiento y la consolidación del discurso del desarrollo y su aparato desde los albores

de la segunda posguerra hasta el presente... [se analiza] la construcción de una noción de “subdesarrollo” en las teorías del desarrollo económico... [y se muestra] cómo funciona el aparato a través de la producción sistemática del conocimiento y el poder... [En esta obra se presta] atención al despliegue del discurso a través de sus prácticas. Me interesa mostrar que tal discurso deviene en prácticas concretas de pensamiento y de acción mediante las cuales se llega a crear realmente el Tercer Mundo” (2007, 31). Para abordar este objeto de estudio Escobar emplea un enfoque “postestructuralista” (2007, 12) conceptualizando al desarrollo como un discurso que conjuga los tres énfasis que analicé que propone Foucault (sección 1.2.2.), la interconexión entre poder y saber para la producción de los sujetos. Escobar lo plantea de la siguiente manera: “[Trato el desarrollo a partir de] tres ejes que lo definen: las formas de conocimiento que a él se refieren, a través de las cuales llega a existir y es elaborado en objetos, conceptos y teorías; el sistema de poder que regula su práctica y las formas de subjetividad fomentadas por este discurso, aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como “desarrolladas” o “subdesarrolladas”. El conjunto de formas que se hallan a lo largo de estos ejes constituye el desarrollo como formación discursiva, dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder” (2007, 30).

Escobar enfatiza que el discurso del desarrollo es históricamente situado, es decir, surge y rápidamente se extiende en un determinado contexto histórico, y ese contexto es el que hace que este discurso cobre relevancia, ya que pasó a ser una pieza central en las relaciones de poder que se producían en ese instante en el sistema-mundo. El contexto histórico es el mismo que he tratado en esta parte del trabajo, las profundas transformaciones que se estaban dando en las relaciones de dominación del sistema-mundo luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, dada la crisis en la que se encontraba la dominación imperialista.⁵²⁵ En este marco general de crisis de dominación, el discurso del desarrollo específicamente adquiere relevancia en el contexto de la crisis por la que pasaban las relaciones de dominación entre

⁵²⁵ Escobar lo plantea de la siguiente manera: “El año de 1945 marcó una profunda transformación en los asuntos mundiales. Llevó a Estados Unidos a una posición indiscutible de preeminencia militar y económica, poniendo bajo su tutela todo el sistema occidental. Su posición privilegiada no dejó de ser cuestionada. Coexistía con la creciente influencia de los regímenes socialistas de Europa oriental y con la marcha exitosa de los comunistas chinos hacia el poder. Las antiguas colonias asiáticas y africanas reclamaban su independencia. Los viejos sistemas coloniales de explotación y control se hicieron insostenibles. En síntesis, se presentaba una reorganización de la estructura del poder mundial” (2007, 66).

el centro y la periferia,⁵²⁶ es decir, fue un discurso que se contextualizó en el intento que realizaba el centro por estabilizar sus relaciones de dominación con la periferia que, como vimos, estaban cuestionadas por la presencia de la URSS y la expansión comunista, los procesos de descolonización de África y Asia, por el surgimiento de una contrahegemonía periférica, entre otros factores.⁵²⁷ Esta crisis en las relaciones centro-periferia provocaron que desde el centro se comenzara a contemplar a las periferias como una creciente amenaza, como una zona cuyos problemas, ligados a su pobreza crónica, eran peligrosos incluso para la propia seguridad de los países céntricos.⁵²⁸ Así, en ese momento histórico se “descubrió” la pobreza de la periferia: “La pobreza a escala global fue un descubrimiento del período posterior a la segunda guerra mundial” (Escobar 2007, 48).

Este “descubrimiento” llevó a que se buscara establecer una nueva forma de enfrentar los problemas de la periferia, en cuyo marco se establece el discurso del desarrollo. El discurso del desarrollo planteaba, en términos básicos que podía darse un proceso de transición de una condición de subdesarrollo a una de desarrollo a través de la implementación de políticas cuidadosamente planificadas. Así, se planteaba que existía un continuo entre los países desarrollados y los subdesarrollados, y que la distancia que los separaba podía acortarse o incluso anularse a través del desarrollo, recreando en la periferia las condiciones de vida del centro. En términos concretos el descubrimiento de la pobreza implicó su conceptualización, y la forma más sintética de la conceptualización de la pobreza fue a través de su asociación

⁵²⁶ En cuanto a la relación entre el discurso del desarrollo y las relaciones centro-periferia, Escobar señala: “...el discurso de desarrollo... surgió [después de la Segunda Guerra Mundial] en el contexto de una compleja coyuntura histórica. Su invención señaló un cambio significativo en las relaciones históricas entre Europa y Estados Unidos, de una parte, y la mayoría de los países de Asia, África y América Latina de la otra” (2007, 55), y más adelante plantea: “La guerra fría fue, sin duda, uno de los factores individuales más importantes durante la conformación de la estrategia del desarrollo. Las raíces históricas del desarrollo y del conflicto Oriente-Occidente se confunden en un solo proceso; las reorganizaciones políticas que ocurrieron después de la Segunda Guerra Mundial” (2007, 69).

⁵²⁷ Escobar plantea: “Se había dado una reorganización mundial del poder con resultados que seguían siendo poco claros. [Los países subdesarrollados] podrían hacer alianzas con cualquier polo de poder. En vista de la expansión del comunismo, del deterioro constante de las condiciones de vida, y del alarmante aumento de su población, el rumbo que estos países tomaran dependía mucho de un tipo de acción de alcances y urgencia nunca vistos” (2007, 77).

⁵²⁸ Al respecto Escobar señala que a finales de la década de 1940 se reconocieron “...las condiciones crónicas de pobreza y malestar social que existían en los países pobres, y la amenaza que representaban para los países más desarrollados. Los problemas de las áreas pobres irrumpieron en el escenario internacional. [...] Esto llevó al convencimiento de que había que hacer algo antes de que los niveles de inestabilidad en el mundo entero se volvieran intolerables. El destino de las áreas ricas y pobres del mundo se concebía estrechamente ligado. “La verdadera prosperidad mundial es indivisible”, declaró un panel de expertos en 1948. “No puede perdurar en una parte del mundo si las otras viven en condiciones de pobreza y mala salud”” (2007, 48; citando a Milbank Memorial Fund, 1948, *International Approaches to Problems of Underdeveloped Countries*, Nueva York, Milbank Memorial Fund, página 7).

con la insuficiencia de ingresos, por lo que la solución directa de la pobreza consistía en impulsar el crecimiento de los ingresos de los países subdesarrollados, su crecimiento económico. Lo que no se debe perder de vista es la fuerza que adquirió este discurso en pocos años, hacia el final de la década de 1940 la novedad de la pobreza de la periferia se transformó en una verdad indiscutible: “Que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, y que la solución radicaba en el crecimiento económico y el desarrollo se convirtieron en verdades universales, evidentes y necesarias” (Escobar 2007, 51-52). Esto fue planteado por numerosas autoridades, como el discurso del presidente estadounidense H. Truman de 1949 que ya mencioné, así como por organismos internacionales como Naciones Unidas, el Banco Mundial, etc. Dado que este problema no sólo afectaba a una enorme proporción de la humanidad, sino que, como lo indicaba Truman, además constituía un peligro para los países céntricos, el desarrollo de las periferias se transformó en una prioridad política a partir de la cual se comenzaron a desplegar progresivamente una enorme cantidad de recursos. Esto era necesario ya que, si bien la conceptualización de la pobreza como una falta de ingresos era simple, su solución era compleja, implicaba una profunda transformación de una amplia gama de aspectos de las sociedades periféricas. Así, Escobar plantea que el enfoque del desarrollo se caracterizaba por su carácter “global e integral”, es decir, los programas que se desarrollaban abarcaban todos los aspectos económicos y sociales que se consideraban relevantes, sobre los cuales se establecían planes detallados para introducir las reformas y asignar los recursos de manera adecuada.⁵²⁹

Cabe enfatizar el doble propósito geopolítico del desarrollo para el centro y la clase capitalista transnacional. Por una parte, evitar que las periferias derivaran hacia el comunismo,⁵³⁰ o a posturas que podían ser contrarias a los intereses geopolíticos del centro

⁵²⁹ En un informe del Banco Mundial realizado luego de una de las primeras “misiones” que se realizaron a un país periférico, en este caso Colombia, se indicaba: “Sólo mediante un ataque generalizado a través de toda la economía sobre la educación, la salud, la vivienda, la alimentación y la productividad puede romperse decisivamente el círculo vicioso de la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la baja productividad. Pero una vez que se haga el rompimiento, el proceso del desarrollo económico puede volverse autosostenido” (International Bank for Reconstruction and Development, 1950, *The Basis of a Development Program for Colombia*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, página XV; citado en Escobar 2007, 53).

⁵³⁰ Escobar señala: “El temor anticomunista se convirtió en uno de los argumentos obligatorios en las discusiones sobre el desarrollo. En los años cincuenta se aceptaba comúnmente que si los países pobres no eran rescatados de su pobreza, sucumbirían al comunismo. En mayor o menor grado, la mayoría de los escritos iniciales sobre el desarrollo hace eco de esta preocupación. El compromiso con el desarrollo económico como medio de combatir el comunismo no se restringió a

y de sus clases y grupos dominantes, ya que había un marcado nacionalismo económico en múltiples países periféricos. Por otra parte, profundizar las relaciones capitalistas en la periferia, es decir, continuar vinculando a las economías periféricas a la economía-mundo como exportadoras de materias primas, lo que implicaba continuar liberalizando sus economías a las inversiones céntricas. Así, ambas prioridades estaban presentes en la política general del desarrollo: “Al Tercer Mundo se le pidió que privilegiara el capital privado, doméstico y foráneo, lo que implicaba crear “el clima adecuado”, incluyendo un compromiso con el desarrollo capitalista y el control del nacionalismo, la izquierda, la clase trabajadora y el campesinado. La creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento –BIRF– (más conocido como el Banco Mundial) y del Fondo Monetario Internacional –FMI– no representaron una desviación de este criterio” (Escobar 2007, 68). Esto provocó, como se señaló en la sección anterior, que se produjeran tensiones en torno a las interpretaciones que se le otorgaba a la idea general del desarrollo, los países del centro y los organismos internacionales controlados por ellos –el BM el FMI, etc.– tenían visiones contrapuestas del desarrollo deseable para las periferias que el que planteaban los propios países periféricos y los organismos internacionales en los que prevalecían sus ideas –la CEPAL, la UNCTAD, etc.–.⁵³¹ Hasta la década de 1980 esta doble prioridad geopolítica, que matizaba las prioridades capitalistas con el fin de asentar la dominación, y las posturas de los países periféricos, pueden explicar medidas que no se relacionan con las prioridades capitalistas

los círculos militares o académicos, encontró un nicho todavía más acogedor en las oficinas gubernamentales de Estados Unidos...” (2007, 70).

⁵³¹ Escobar muestra estas tensiones entre centro y periferia en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina: “Tres conferencias interamericanas [Chapultepec en 1945, Río de Janeiro en 1947 y Bogotá en 1948] mostraron la seria divergencia de intereses entre América Latina y Estados Unidos, y marcaron la defunción de la política del buen vecino. Mientras Estados Unidos insistía en sus objetivos militares y seguridad, los países latinoamericanos privilegiaban más que nunca las metas sociales y económicas. En Chapultepec, varios presidentes latinoamericanos resaltaron la importancia de la industrialización para consolidar la democracia, y pidieron ayuda a Estados Unidos... Estados Unidos, no obstante, insistió en los asuntos de defensa hemisférica, restringiendo la política económica a una advertencia para que los países latinoamericanos abandonaran el “nacionalismo económico”. Los desacuerdos crecieron en la Conferencia de Paz y Seguridad de Río [que] estuvo dominada por una creciente cruzada anticomunista. Al tiempo que la política exterior norteamericana se militarizaba aún más, para la agenda latinoamericana resultaba cada vez más importante la necesidad de políticas económicas apropiadas, incluyendo la protección a las incipientes industrias. Finalmente, Estados Unidos reconoció en Bogotá, hasta cierto punto, esta agenda. Sin embargo, el entonces secretario de Estado, el general Marshall, también aclaró que América Latina no podía esperar en modo alguno algo similar al Plan Marshall para Europa. En contraste, Estados Unidos insistió en su política de “puertas abiertas”, lo cual significaba libre acceso a los recursos de todos los países, fomento a la empresa privada, y un tratamiento “justo” al capital foráneo” (2007, 59-60).

tradicionales del centro, como el fomento a la industrialización.⁵³² Como lo planteé en el capítulo anterior, la hegemonía se consolidó en la década de 1980 y definitivamente en la de 1990, lo que también se reflejó en el discurso del desarrollo, produciéndose un cambio hacia el “desarrollo amistoso con el mercado”.⁵³³ De esta manera, los desarrollos de las luchas por la hegemonía se reflejan en los discursos a través de los cuales se crean los imaginarios y se implementan las políticas concretas, es decir, la estructura de dominación hegemónica se refleja en las relaciones de poder-saber.

Finalmente, sólo enfatizaré como el estrecho vínculo que se establece en las perspectivas foucaultianas entre poder y saber se plasma en el discurso del desarrollo, lo que a su vez recalca la centralidad de la ciencia y la producción de conocimiento científico en la actual hegemonía global. Escobar (2007) señala que el discurso del desarrollo desde su origen implicó el uso del saber científico para realizar diagnósticos de las diferentes dimensiones económicas y sociales de los países periféricos y para establecer planes de transformación de gran escala, lo que generó un masivo “desembarco” de expertos de todo tipo para estudiar a las periferias.⁵³⁴ Este uso del saber científico se sustentaba en el poder de los organismos internacionales, particularmente el BM, y de los estados céntricos desde los que se efectuaban las “misiones” para diagnosticar los problemas de la periferia, además, el saber tenía efectos de poder, ya que los diagnósticos establecían las realidades a intervenir y la planificación establecía los objetivos políticos para transformar a las periferias y sus poblaciones, y delineaban las formas como se realizarían las intervenciones. De esta manera, el saber científico estaba estrechamente relacionado a las relaciones de poder del sistema-mundo, y

⁵³² Escobar señala: “La premisa básica era la creencia del papel de la modernización como única fuerza capaz de destruir supersticiones y relaciones arcaicas, sin importar el costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran consideradas rutas progresivas e inevitables hacia la modernización. [...] El avance de los países pobres se concibió entonces, desde el comienzo, en función de grandes suministros de capital para proporcionar la infraestructura, la industrialización y la modernización global de la sociedad” (2007, 78).

⁵³³ Escobar plantea que, “Con la llegada de los años ochenta, en América Latina y en la mayor parte del Tercer Mundo (como en Estados Unidos y el Reino Unido) una amalgama de enfoques, reunidos bajo la calificación de economía neoliberal, se volvió dominante dentro de la elite. Los enfoques estatistas y redistributivos dieron paso a la liberalización del comercio y de los regímenes de inversión, a la privatización de empresas estatales, y a políticas de reestructuración y estabilización bajo el control del amenazador Fondo Monetario Internacional. Hubo, de hecho, un notorio cambio de política. [...] El “desarrollo amistoso al mercado”, estrategia institucional del Banco Mundial para los noventa, constituyó la cristalización definitiva del retorno del neoliberalismo” (2007, 163-164).

⁵³⁴ Escobar hace una analogía entre el desembarco aliado en Normandía y la llegada masiva de expertos a estudiar la periferia: “Una voluntad nunca vista de conocerlo todo sobre el Tercer Mundo floreció abiertamente y creció como un virus. Como con el desembarco de los aliados en Normandía, el Tercer Mundo presenció la llegada masiva de expertos encargados de investigar, medir o teorizar este o aquel aspecto de sus sociedades” (2007, 87).

este poder-saber se empleaba en la transformación de las periferias y sus poblaciones. Lo estrecho del vínculo entre poder y saber en torno al desarrollo, se muestra en la transformación que se llevó a cabo en los centros académicos del centro y de la periferia para su adaptación a la producción de los conocimientos necesarios para llevar a cabo las transformaciones que se consideran relevantes: “La profesionalización del desarrollo... ..desembocó en la creación de planes de estudio del desarrollo en muchas de las principales universidades del mundo desarrollado, y condicionó la creación o reestructuración de las universidades del Tercer Mundo para adecuarse a las necesidades del desarrollo. Las ciencias sociales empíricas, en ascenso desde finales de los años cuarenta, en especial en Estados Unidos e Inglaterra, fueron decisivas a este respecto. Igual importancia tuvieron los programas de estudio de área (*Area Studies*), que luego de la guerra se pusieron en boga... [El] carácter cada vez más profesional del desarrollo tuvo como consecuencia una reorganización radical de las instituciones de educación de América Latina y de otras regiones del Tercer Mundo” (Escobar 2007, 87, cursivas del autor). Escobar también identifica a los, usando un concepto gramsciano que no emplea, intelectuales orgánicos que conceptualizan, organizan y proyectan las intervenciones políticas que surgen de esta pieza discursiva de la hegemonía, los economistas: “El economista del desarrollo desempeñó un papel especial en este nuevo universo de discurso. A él (se trataba casi invariablemente de un hombre) pertenecía el saber tan ávidamente buscado; era él quien sabía lo que se necesitaba, él quien decidía la manera más eficiente de asignar los recursos escasos, quien presidía la mesa a la cual se sentaban, como si fuera su séquito personal, los demógrafos, los educadores, los planificadores urbanos, los nutricionistas, los expertos agrícolas y tantos otros practicantes del desarrollo con la intención de arreglar el mundo. Dentro de esta configuración, el economista guardaba para sí el rol menos mundano de impartir instrucciones globales, ya que era su verdad la que delimitaba la tarea y le daba legitimidad en nombre de la ciencia, el progreso y la libertad. A los demás quedaban reservados los deberes cotidianos de supervisión e intervención social, los programas y proyectos detallados mediante los cuales se llevaba a cabo el desarrollo. El sistema como un todo descansaba sobre los hombros del economista” (2007, 151).

De esta manera, considero que las perspectivas foucaultianas pueden utilizarse para el análisis de los diversos aspectos discursivos en los que se plasma la hegemonía. La “caja de herramientas de Foucault”, tiene instrumentos analíticos de gran utilidad para su uso en el estudio de las dimensiones discursivas en las que se concretizan las relaciones de poder-saber que se emplean para transformar a los sujetos y gobernar las poblaciones de los distintos ámbitos del sistema-mundo. La noción gramsciana de hegemonía permite caracterizar la forma que ha adquirido la estructura de dominación del sistema-mundo, fundamentada en una producción cultural, discursiva, del consenso en torno al desarrollo histórico del sistema y sobre las políticas necesarias para su desarrollo, y en torno al liderazgo de las clases y grupos dominantes en su conducción política. Su adaptación al espacio del sistema-mundo permite concebir formas de unidad política y social a escala global, una forma de estado global y una clase capitalista transnacional, que son centrales en esta conducción histórica del sistema-mundo. La centralidad del saber en la producción de esta hegemonía, que no puede sustentarse ideológicamente en una unidad identitaria sino sólo en la pretensión de su gestión “científica” del orden económico y social, establece un puente con el énfasis en el vínculo poder-saber de la perspectiva foucaultiana. En la medida en que los análisis de las relaciones de poder-saber se sitúan históricamente en el contexto de la estructura de dominación del sistema-mundo, las perspectivas foucaultianas y gramscianas permiten problematizar tanto la producción de representaciones culturales que surgen de los discursos de verdad, como las tecnologías que se aplican en el gobierno de los diferentes ámbitos económicos y sociales, en relación a la hegemonía global que ejerce la clase capitalista transnacional.

Conclusión

En las Ciencias Sociales se encuentran muchas conceptualizaciones del momento actual que hacen referencia a alguna característica central de las sociedades o del capitalismo que habría cambiado en las últimas décadas. Así, se ha planteado que las sociedades o el capitalismo es posindustrial, posfordista, globalizado, postglobalizado, informacional, en red, financiero, de servicios, del riesgo, posthegemónico, del conocimiento, etc. Los cambios a los que se hace referencia en estas conceptualizaciones siempre son recientes y de amplio alcance, y parecen confirmarse por una serie de acontecimientos que se suceden rápidamente, que llenan las portadas de los diarios, por lo que las investigaciones se vuelcan a lo actual tomando como premisa que lo actual se caracteriza, principalmente, por un cambio que tuvo lugar hace algunas pocas décadas. Luego viene alguna “crisis”, una guerra, un derrumbe de la bolsa, un presidente de Estados Unidos que cambia alguna política, y surge alguna nueva reconceptualización de las sociedades o del capitalismo actual. La perspectiva del sistema-mundo, que he adoptado y adaptado a mi perspectiva de estudio, sigue una lógica completamente diferente. Desde esta perspectiva se considera que lo actual se caracteriza principalmente por ser una expresión de unas estructuras de larga duración históricas, que se mantienen como un componente central de los procesos que tienen lugar en la actualidad. Esto implica que lo “actual”, o mejor, que lo “contemporáneo” tiene una duración histórica bastante mayor a algunos años o décadas, y para entender el mundo contemporáneo se necesita analizar una serie histórica de procesos mucho mayor a lo que habitualmente se hace en las Ciencias Sociales. Pero que en los procesos sociales actuales estén presentes estructuras de larga duración histórica no implica que no existan cambios significativos en la vida social, económica, cultural y política, significa que la forma que adquieren esos cambios se encuentra en medida importante delimitada por las estructuras subyacentes, y significa que las condiciones de posibilidad de los cambios futuros se encuentran delimitados por las formas como en el presente se manifiestan estas estructuras de larga duración. Sin embargo, he insistido a lo largo de este trabajo que esta reproducción de las estructuras históricas no se da por un determinismo estructuralista, se produce porque estas estructuras incluyen una dominación social, incluyen una estructura de dominación que sitúa a determinadas clases y

grupos en una posición de dominio que les permite estructurar la vida social según sus intereses y visiones normativas, e impedir que otras clases y grupos puedan otorgarle una dirección diferente al sistema social y generar así cambios sociales profundos, que efectivamente puedan modificar significativamente las estructuras de larga duración histórica. Así, las estructuras de larga duración están defendidas por enormes fuerzas sociales, por las fuerzas que, en base a su posición en dicha estructura, tienen toda clase de ventajas, privilegios, recursos y poder, poder que usan para mantener y proyectar dicha estructura. Por ello, el futuro previsible se desprende de las estructuras históricas, pero sólo en la medida en que no surjan otras fuerzas sociales que puedan entablar relaciones de poder exitosas que logren modificar las tendencias seculares que, sostenidas e impulsadas por las clases y grupos dominantes, han marcado el devenir histórico de nuestro sistema social, el sistema-mundo capitalista.

Parafraseando a Lechner (1984), este trabajo ha tratado de “la conflictiva y nunca acabada construcción de la dominación deseada”. La historia del sistema-mundo ha visto una permanente lucha de las clases, grupos y estados dominantes por extender y profundizar el capitalismo, por ampliar las relaciones capitalistas a cada vez mayores espacios geográficos, a mayores poblaciones, a más dimensiones económicas, a más aspectos de la vida, y como prerequisite de esa ampliación de las relaciones económicas capitalistas está la ampliación de la dominación de la clase capitalista y de sus clases, grupos y estados asociados. Así, la historia del capitalismo es la historia de la dominación, de las luchas de clases llevadas a cabo por los capitalistas junto a los estados para extender sus ámbitos de control económico y político, de las resistencias, rebeliones y revoluciones que han vencido y, en ocasiones mucho menos frecuentes, de los desafíos que ha enfrentado el orden económico y social que han impuesto. En la actualidad, las luchas de las clases dominantes, que han redoblado su ofensiva desde la década de 1980, están dando por resultado un sistema-mundo que está enfrentando una seria crisis ecológica, un cuestionamiento a sus instituciones democráticas por la colonización capitalista de los estados, que está presenciando niveles de concentración monopolista crecientes y una igualmente creciente polarización en los niveles de ingresos. Pero los capitalistas continúan bregando por alcanzar la dominación deseada, la actual aún

no es del todo satisfactoria y el capitalismo, impulsado por el objetivo de la acumulación infinita de capital, continúa expandiéndose y profundizándose.

En este trabajo me tracé el objetivo de analizar la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista y de las relaciones de poder centrales que esta contiene y que actualmente siguen impulsando su expansión y profundización, para lo que busqué desarrollar una perspectiva teórica para definir los fundamentos del sistema-mundo y de su estructura de dominación, y realicé un análisis histórico de las relaciones de poder características con las cuales se ha llevado, y se sigue llevando, esta expansión y profundización del capitalismo. Asimismo, planteo la tesis central de que luego de la Segunda Guerra Mundial se produjo un cambio en la estructura de dominación, ya que las clases, grupos y estados dominantes dejaron la estrategia de dominación imperialista y comenzaron a implementar una estrategia de dominación hegemónica. A continuación, hare un resumen del recorrido efectuado en este trabajo, buscando conjugar la elaboración de la perspectiva teórica y los análisis históricos, por lo que no haré un recorrido lineal por el trabajo, sino que iré desde los planteamientos teóricos a los análisis históricos y/o vice versa.

En el primer capítulo de este trabajo revisé dos ángulos de la conceptualización del capitalismo que son planteados por Braudel y Wallerstein. Por una parte, entienden al capitalismo como un nivel de la vida económica, específicamente Braudel (1984a) distinguió tres niveles: el capitalismo, la economía de mercado y la vida material (sección 1.1.2.). La diferenciación se fundamenta en que en cada nivel actúan diferentes tipos de actores, que llevan a cabo formas de acción económicas también diferentes. En esta distinción el capitalismo se identifica con el nivel en el que se desenvuelven los monopolios, grandes empresas que poseen una posición de dominio sobre la vida económica, que tienen ventajas económicas y extraeconómicas sobre el resto de los actores situados en la economía de mercado, por lo que se entiende al capitalismo como un “antimercado” (Wallerstein 1991a). Así, el capitalismo implica una relación de dominación, los capitalistas buscan, y logran, estructurar los ámbitos económicos más significativos en función de su proceso de acumulación, para lo cual llevan a cabo todo tipo de relaciones de poder. Parte central del poder de los capitalistas pasa por su vinculación con el estado, los capitalistas son “los amigos del príncipe” (Braudel 1994, 64), ya que los estados, generalmente, se identifica con los

intereses capitalistas y apoyan a los capitalistas en sus relaciones de poder con otros actores económicos. En suma, el capitalismo está constituido por actores específicos, las empresas monopolistas, que detentan un enorme poder económico y social, que muchas veces imponen su dominación, en alianza con el estado, sobre los demás actores económicos. Esta es una condición estructural que acompaña el desarrollo de toda la historia del capitalismo y, como se vio en la sección 2.2.1., es una situación transversal al centro y la periferia. En cada región esta alianza estructuró la economía nacional en función de su particular forma de inserción en la economía-mundo. En suma, como lo señala Hobsbawm: “el gran capital puede alcanzar un entendimiento con cualquier régimen que no pretenda expropiarlo y cualquier régimen debe alcanzar un entendimiento con él” (1997, 135).

Por otra parte, Braudel y Wallerstein plantean que el capitalismo conforma un sistema social, el sistema-mundo capitalista (sección 1.1.3.). Este sistema social tiene como características estructurales una división internacional del trabajo y un sistema de administración política plurestatal, es decir, la división del trabajo abarca múltiples jurisdicciones estatales (Wallerstein 2003). Generalmente, los estados colaboran activamente con las actividades transnacionales de sus capitalistas, lo que es fundamental para someter a zonas sujetas a otras jurisdicciones estatales a papeles económicos subordinados y para incorporarlas a las cadenas de extracción de plusvalor que controlan. Esto provoca que el conjunto capitalistas-estado más poderoso se posicione en el centro de las cadenas de extracción de valor de este sistema económico, conformando una jerarquía centro-semiperiferia-periferia a la que incorporan a las distintas zonas del sistema. En esta jerarquía económica, sustentada por los estados céntricos, las industrias que aseguran mayores niveles de ganancias quedan en el centro, las industrias “avanzadas” de cada época, y se asigna a la periferia las industrias que producen menores niveles de ganancias, generalmente asociadas a la extracción de materias primas. Esto es una característica estructural, que surge con el origen del sistema-mundo, hacia los siglos XIII a XV, y se mantiene hasta hoy. En la sección 2.1.1., se analizó el proceso de “jerarquización y empalme” (Braudel 1984c, 68) mediante el cual se establecen cadenas de dependencia entre un polo organizador, dominante, y zonas subordinadas, que debían adaptar sus economías locales a los requerimientos del centro organizador. Los mecanismos a través de los que se produjo este proceso incluyen relaciones de poder económicas donde, por

ejemplo, un mercader realizaba compras por adelantado obligando al productor a dedicar sus tierras a un determinado cultivo, lo que extendió los monocultivos de exportación y con ello la dependencia del productor del mercader que colocaba su producción en el mercado mundial. También el rol geopolítico de los estados fue fundamental (sección 2.1.2.), ya que a través de la presión diplomática y militar se obligaba a los estados locales a abrirse a la economía-mundo. Este proceso de “periferización” (Wallerstein 2003) de nuevas zonas se llevó a cabo, por estados y capitalistas céntricos desde el origen del sistema-mundo hasta la incorporación final de las últimas zonas a finales del siglo XIX. Así, el vínculo entre estados y capitalistas ha sido central en las relaciones de poder del sistema-mundo, y en la conformación de la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, característica estructural que se mantiene hasta hoy.

Otro elemento estructural del sistema-mundo es su geocultura (sección 1.1.3.). Esta geocultura es eurocéntrica, posiciona a la idea de Europa como la cúspide civilizatoria de la humanidad, y a los demás pueblos y civilizaciones como inferiores. La capacidad de la razón y del progreso de la humanidad se le atribuyen a lo europeo, en tanto el atraso, la ignorancia, las supersticiones, el apego a tradiciones, se le atribuye a otros pueblos, lo que tendría como fundamento una diferencia cultural ontológica o diferencias biológicas raciales (Mignolo 2000, Said 2008). En la sección 2.2.2. se planteó que esta geocultura se gestó con la conquista de América y su división racial del trabajo (Quijano y Wallerstein 1992), y se consolidó con la ilustración del siglo XVIII (Castro-Gómez 2000), estableciendo una jerarquía cultural que avalaba ideológicamente la dominación del centro sobre las periferias. En el siglo XIX la geocultura se expande significativamente. La necesidad de las clases dominantes de producir una unidad social con las clases trabajadoras para asentar su hegemonía, implicó que se le diera un nuevo uso ideológico a los elementos geoculturales eurocéntricos, por lo que la ideología imperialista, el racismo, el darwinismo social y otras ideas afines alcanzaron una nueva fuerza política (Hobsbawm 2010). Además, desde finales del siglo XVIII se originan nuevos elementos geoculturales que tienen una importancia central hasta hoy. El dominio del Reino Unido en el sistema-mundo hace que sea de su interés difundir el liberalismo, estableciendo al liberalismo como ciencia económica dominante que se difundió por todo el sistema-mundo, por ejemplo, en los nuevos estados periféricos independientes de América

Latina (Safford, 1991). El liberalismo además permea a todas las nacientes Ciencias Sociales, por ejemplo, la idea liberal de la división entre estado y mercado está en la base de la división disciplinar de las Ciencias Sociales, y sostiene teóricamente la despolitización del ámbito económico (Comisión Gulbenkian 1997). Así, a lo largo de la historia la geocultura se ha ido “engrosando” y adquiriendo mayor relevancia en las relaciones de poder, pasando a ser un elemento central de la dominación hegemónica.

Una de las características estructurales del sistema-mundo es la doble jerarquía económica y geopolítica centro-semiperiferia-periferia, pero los estados pueden llevar a cabo políticas para modificar su posición en la jerarquía (Wallerstein 2003). En la sección 2.2.2., se analizaron las políticas estatales vinculadas al posicionamiento del país en la geoeconomía-política del sistema-mundo, argumentándose que estas se pueden dividir entre mercantilistas y libremercadistas, y que se relacionan con las posiciones en la jerarquía centro-semiperiferia-periferia. Este es un aspecto relevante para el análisis de la situación contemporánea, porque en ella se presentan algunas anomalías, particularmente entre 1945 y la década de 1970, que se inscriben en continuidades y cambios estructurales, por lo que es relevante entender la historia para analizar el presente. Exceptuando los casos excepcionales de los estados que alcanzan el completo dominio del sistema-mundo –Venecia en el siglo XV, Holanda en el XVII, el Reino Unido en el XIX–, las políticas liberales serían propias de los estados más débiles. El interés de los capitalistas de la periferia es colocar en el mercado mundial sus productos primarios de exportación, lo que hace que sus estados lleven a cabo políticas libremercadistas, aunque esto implique condenar sus manufacturas a una competencia que no podrán resistir. Esto es muy notorio en el proceso que siguieron estados semiperiféricos que descendían en la jerarquía, ya que la progresiva pérdida de relevancia de su sector manufacturero y la primacía que van tomando los exportadores de materias primas, hace que sucesivamente se vayan implementando políticas liberales. Lo inverso sucede con los países céntricos, que se enfrentan en una continua competencia, en la que también participan los semiperiféricos que buscan ascender al centro, por lo que la alianza capitalistas-estado impulsa políticas mercantilistas para apoyar las industrias que representan los sectores más avanzados y que producen mayor plusvalor. Así, las políticas mercantilistas las llevan a cabo los estados poderosos, los céntricos y los semiperiféricos ascendientes. Los

países que alcanzaron el completo dominio geopolítico y económico del sistema-mundo son la excepción, ya que aplican políticas liberales, pero su proviene de su fuerza. Lo que buscan estos países es la difusión del liberalismo a lo largo de todo el sistema-mundo ya que no temen la competencia de los demás países céntricos.

Luego de la Segunda Guerra Mundial se producen cambios relevantes en estas políticas (sección 3.4.2.). La única potencia que salió fortalecida de la guerra fue Estados Unidos, que pasó a estar en condiciones de ejercer un completo dominio de la economía-mundo. Sin embargo, EE.UU. no buscó difundir el liberalismo entre los países céntricos, por el contrario, permitió la protección de sus economías y principales industrias. Posteriormente, desde la década de 1960 hasta el presente, con condiciones económicas ya relativamente emparejadas entre EE.UU. y los demás países céntricos, tampoco se ha producido una competencia mercantilista entre las potencias céntricas, como lo esperan autores como Arrighi (2009), Cox (1987, 1994b) y Wallerstein (1996a, 1996b). Por otra parte, de manera también inédita, una amplia cantidad de países periféricos aplicaron políticas mercantilistas, incluso desde la crisis de 1930, hasta la década de 1970 (sección 3.5.2.), a pesar que en este caso EE.UU. sí presionó por liberalizar sus economías. Así, plantearon un desafío al centro buscando subir en la jerarquía centro-periferia, a la que también cuestionaron desde un punto de vista ideológico. Desde la década de 1980 esto cambió, y la periferia volvió liberalizarse, asumiendo su lugar en la jerarquía del sistema-mundo. Estas situaciones anómalas son indicativas de que luego de 1945 la estructura de dominación del sistema-mundo sufrió reconfiguraciones relevantes que ameritan su reconceptualización. Para entender estas reconfiguraciones fue necesario abordar otros aspectos de las relaciones de poder del sistema-mundo.

En la sección 2.3.1. se revisaron las relaciones de poder utilizadas para forzar la incorporación de los trabajadores a la producción capitalista y los costos que esto tuvo para las clases populares. Hay muchos antecedentes que permiten desmentir que el capitalismo significó alguna “racionalización” o “modernización” de las condiciones de trabajo, por el contrario, hasta aproximadamente la mitad del siglo XIX la profundización del capitalismo implicó procesos de pauperización de una gran mayoría de las clases trabajadoras. Sólo en el centro y en partes de la semiperiferia, en algunos sectores económicos particulares, hubo

alguna mejora para un segmento reducido de trabajadores (Wallerstein 2003). Para la mayoría de los trabajadores del centro la asalarización forzada mediante métodos como el cercamiento de las tierras comunales, implicó insertarlos en la agricultura y manufactura capitalista con salarios que tendieron al descenso a entre los siglos XV y XVII (Wallerstein 2003). En las periferias donde predominaba el trabajo servil, en Europa Oriental, la incorporación al capitalismo implicó la “segunda servidumbre” (Feliu y Sudrià 2007), que significó un aumento progresivo del trabajo forzado y limitaciones a las libertades (Braudel 1984b). Esto se repitió en India, Rusia, el Imperio Otomano y otras zonas incorporadas, donde la incorporación al sistema-mundo implicó la disminución de la proporción de trabajadores libres y el aumento del trabajo obligatorio (Wallerstein 1998b), implicando además regresiones sociales como la acentuación de la división de castas en la India (Mukherjee 2000). La extensión de la esclavitud fue otra consecuencia de la profundización del capitalismo en la periferia, en América desde el siglo XVI y en África desde su incorporación al sistema-mundo en el siglo XVIII, donde aumentó el uso de esclavos en las plantaciones para exportación, haciendo que el comercio de esclavos fuera una próspera empresa que alcanzó su apogeo en el siglo XVIII (Feliu y Sudrià 2007). La Revolución Industrial hasta mediados del siglo XIX exacerbó la pauperización de las condiciones de trabajo y vida de las clases populares, obligadas trabajar en las fábricas y a vivir en tugurios urbanos, donde se desataron epidemias, y los salarios tendieron a decrecer hasta las primeras décadas del siglo XIX (Hobsbawm 1997b). El aumento de la pauperización de las clases trabajadoras hacia la segunda mitad del siglo XVIII provocó una agudización de las luchas de clases, produciéndose grandes rebeliones a lo largo del sistema-mundo, como la de Pugachev en Rusia y la de Tupac Amaru en Perú, y en este contexto estalla la Revolución Francesa.

La importancia de la Revolución Francesa está en sus consecuencias geoculturales y políticas, al iniciar de la agudización de las luchas de clases, lo que será un factor central en la crisis de la dominación imperialista. También utilicé su análisis (sección 2.3.2.) para identificar con claridad a los capitalistas, mostrando su vínculo con la aristocracia (también analizado en la sección 2.2.1.), la alianza liberal-conservadora en pos de mantener el orden capitalista, y la importancia de las rebeliones populares anticapitalistas en aminorar las

consecuencias más duras del avance capitalista, cuestionando el mito liberal de que la “burguesía” (que incluiría a los capitalistas) impulsó esta revolución contra las fuerzas conservadoras, poniendo fin al feudalismo y permitiendo el despliegue del capitalismo. Durante la revolución las intensas insurrecciones populares obligaron a que los gobiernos se hicieran reformas económicas profundas que moderaron el desarrollo capitalista. Las rebeliones campesinas fueron más agudas donde el capitalismo había sido más profundamente establecido (Wallerstein 1998b), y las urbanas se dirigían contra los monopolistas que aumentaban los precios, y contra los empresarios que disminuían los salarios (Rudé 1989). Así, las insurrecciones populares tenían motivaciones anticapitalistas, y no hicieron mayor distinción entre nobles y burgueses ricos, que constituían una única clase de grandes capitalistas. Las insurrecciones populares provocaron que, por primera vez, las clases dominantes tuvieran que disminuir la profundización del capitalismo, y Francia vio disminuidos los procesos de concentración económica y de expansión capitalista (Hobsbawm 1997b), es decir, la revolución no significó un salto en el desarrollo capitalista (como se supondría si fuera una “revolución burguesa”). La revolución tiene enormes consecuencias en la política y geocultura del sistema-mundo, ya que instaló la idea de la revolución. En la primera mitad del siglo XIX continuó la pauperización de las clases populares, y su creciente concentración urbana facilitó que estallaran insurrecciones y revoluciones (sección 2.3.3.), las cuales instalaron el miedo a la revolución entre las clases dominantes. Este temor causó que, desde la década de 1830, en los países céntricos se implementaran nuevas estrategias de dominación, combinando concesiones económicas con el uso de elementos ideológicos para transformar a los trabajadores en ciudadanos (Hobsbawm 1997b, 2010, Wallerstein 2011). Particular importancia tuvieron las Ciencias Sociales, que se institucionalizan y vinculan a la gestión estatal, permitiendo presentar al liberalismo como una “ciencia”, e iniciando el uso de las relaciones de poder-saber para la gestión técnica de la población (Foucault 1996). Estas nuevas técnicas de poder permitieron establecer una dominación hegemónica en las sociedades céntricas, éxito que diluyó la amenaza revolucionaria luego de 1848, lo que se mantendría hasta 1917.

Los planteamientos de Foucault y Gramsci adquieren su mayor pertinencia a partir de este período, ya que dan cuenta de formas de poder crecientemente relevantes para la dominación

capitalista. Foucault (sección 1.2.2.) permite abordar los vínculos entre el poder y el saber, con la configuración de subjetividades y el gobierno de las poblaciones. Su planteamiento central es que las clases y grupos dominantes buscan gobernar a los sujetos estableciendo relaciones de poder-saber, buscando moldear las subjetividades y conducir las conductas. Destaqué dos aspectos de esta relación entre poder-saber que establece Foucault, los “discursos de verdad” a través de los cuales se establecen las definiciones de verdad y no-verdad en el marco de las relaciones de poder, y las “tecnologías de gobierno”, las técnicas de recopilación de conocimientos sobre la población para su uso en el gobierno de la propia población. Por otra parte, se analizaron los planteamientos de Gramsci en torno a la hegemonía (sección 1.2.4.). Gramsci permite comprender los procesos mediante los cuales la clase capitalista produce un consentimiento sobre el orden económico y social, y la aceptación de su liderazgo político, de su conducción del sistema social. Para ello, utiliza diversos elementos culturales para formar un consenso ideológico, entre los que destacan aquellos vinculados a las ciencias relacionadas con la producción de políticas. Un planteamiento central de Gramsci para utilizar en el ámbito del sistema-mundo es su énfasis en que la producción de hegemonía se realiza en una pluralidad de instituciones que sobrepasan la delimitación formal entre el estado y la sociedad civil, resituando los límites del estado en las instituciones efectivamente relacionadas a esta tarea política central. Luego argumenté (sección 3.1.1.) que Foucault y Gramsci pueden ser complementados pese a sus distancias epistemológicas, teóricas y políticas (Kreps 2015). Identifiqué convergencias entre ambos pensadores; su énfasis en las relaciones de poder vinculadas a la producción de subjetividades, la importancia que le otorgan a las ideas y la cultura en las relaciones de dominación, el reconocimiento de la multiplicidad de ámbitos involucrados en las relaciones de poder y, el carácter estratégico que le atribuyen a las relaciones de poder, alejándose de cualquier determinismo o funcionalismo. Además, señalé que hay autores que han realizado importantes obras utilizando los planteamientos de estos pensadores, como Said en *Orientalismo*. Luego (sección 3.1.2.) indiqué que Gramsci y Foucault han sido adaptados al estudio de fenómenos transnacionales/globales, Foucault, por ejemplo, para el análisis de la producción y difusión de discursos de verdad e identidades geoculturales a escala mundial (Castro-Gómez 2000), y en el caso de Gramsci, su noción de hegemonía ha sido utilizada

para el análisis de la conformación del orden mundial (Cox 1987, Gill 1994b). En base a estos argumentos sostuve que estos autores pueden emplearse para el análisis de las relaciones de poder que se producen en el sistema-mundo y del dominio que en él ejerce la clase capitalista.

Desde mediados del siglo XIX el “estado liberal” (Wallerstein 2011) que se configuró en los países céntricos usó el tipo de estrategias de dominación descritas por Gramsci y Foucault, controlando el peligro revolucionario. En paralelo se exacerbó la competencia imperialista (sección 2.2.2.), y se extendió la amenaza revolucionaria por las periferias y semiperiferias, como lo mostraron la revolución rusa de 1905 y las revoluciones mexicana y china en la década de 1910. La competencia imperialista desató, en 1914, una nueva guerra por la preeminencia en la economía-mundo (Hobsbawm 1997a, Mommsen 1995). En ella se mostraría que la potencia destructiva que entregaba la industria ya hacía antieconómico resolver los conflictos imperialistas por esta vía, y que la guerra podía exacerbar las luchas de clases y cuestionar el dominio hegemónico que las clases dominantes habían logrado establecer en sus respectivos países (sección 3.2.1.). Una consecuencia de la guerra fue la Revolución Rusa de 1917 (sección 3.2.2.), una revolución socialista en un poderoso país semiperiférico. La oleada revolucionaria de 1918-1920 volvió a mostrar que las revoluciones eran contagiosas, por lo que resurgió la amenaza revolucionaria en todo el sistema-mundo (Hobsbawm 1997a), y el triunfo bolchevique estableció un poderoso estado anticapitalista, lo que implicó una inédita amenaza revolucionaria y geopolítica, ya que el estado soviético potencialmente podía fomentar y apoyar una nueva revolución, y servir de modelo a los revolucionarios del mundo. La Segunda Guerra Mundial demostró que las tensiones entre las potencias céntricas recrudecieron acicateadas por la lógica imperialista de siempre (Kershaw 2016). Sus costos aún mayores mostraron los peligros de continuar con las luchas imperialistas, y repotenciaron la amenaza revolucionaria y geopolítica de la URSS con el control que el “Ejército Rojo” logró de Europa central y oriental, y de parte de China y Corea. Así, la experiencia del período 1914/1917 a 1945 mostraba a las clases dominantes la imposibilidad de continuar con el tipo de relaciones de dominación tradicionales, en un contexto de acuciantes nuevos peligros: la miseria y la crisis económica en Europa, el prestigio y poder geopolítico de la URSS, el poder de los movimientos comunistas, la

inminente descolonización de Asia y África, el subsecuente “peligro comunista” que se difundía al mundo, etc.

En base a los planteamientos de Archer (2009), sostuve (sección 1.2.1.) que se puede entender el vínculo entre la estructura de dominación y las relaciones de poder como una secuencia, donde las relaciones de poder que contiene una estructura de dominación pueden producir tensiones que terminan provocando cambios estructurales. Lo que describí en el párrafo anterior es una secuencia de relaciones de poder enmarcadas en la estructura de dominación imperialista que la tensionaron, y terminaron provocando un cambio estructural. Desde la perspectiva que asumo, los cambios no se producen por una sumatoria de acciones no intencionadas de múltiples actores (Archer 2009), hay actores específicos que tienen un poder muy superior y que actúan estratégicamente para incidir sobre la estructuración social, y los cambios estructurales son, en gran medida, moldeados por ellos. Los capitalistas, los estados, y las demás clases y grupos dominantes se desenvuelven continuamente de manera estratégica, se reúnen, se asesoran por expertos, debaten, forman consensos, trazan sus objetivos, y actúan en consonancia, desplegando todo el poder del que disponen, por lo que tienen una amplia capacidad de producir cambios estructurales.

Desde esta perspectiva considero que la experiencia de 1914/1917-1945 y los desafíos que enfrentaban las clases y grupos dominantes provocó que cambiaran las estrategias con las que se desenvolvían en las relaciones de poder del sistema-mundo (sección 3.2.3.). Así, las clases dominantes respondieron cambiando su estrategia de dominación. La estrategia de dominación que había dado resultados en la segunda mitad del siglo XIX para aplacar las tendencias revolucionarias en los países céntricos era un modelo exitoso, pero su aplicación a la escala del sistema-mundo requería transformaciones profundas en la propia clase capitalista y en los estados céntricos. La nueva estrategia requería que la propia clase capitalista se reconstituya, dejando la división en clases nacionales en conflicto para pasar a ser miembros de una clase transnacional. También se requería crear aparatos gubernamentales a la escala global, no meros foros interestatales que trataran de limar las asperezas de las tensiones imperialistas, sino instituciones con capacidad gubernamental, que pudieran diseñar políticas y propagarlas a escala mundial. Esto a su vez requería que los estados céntricos dejaran sus imperialistas, que forjaran una alianza y sostuvieran la nueva

institucionalidad gubernamental global. Por último, se necesitaba una producción discursiva que permitiera incorporar a las periferias y semiperiferias en un proyecto de desarrollo histórico común con el centro, que permitiera producir hegemonía. Para eso se emplearon las Ciencias Sociales y el discurso de la modernidad, el Keynesianismo, la Teoría de la Modernización y la planificación se podían usar con ese fin. Todos estos elementos introducen cambios en la forma de la dominación del sistema-mundo y comienzan a darle su fisonomía actual que, manteniendo elementos estructurales de larga duración, adquiere un nuevo carácter hegemónico.

Los últimos tres capítulos abordan la instauración de la estructura de dominación hegemónica a través de tres procesos entrelazados, la formación de la clase capitalista transnacional, de la forma de estado global y de la conformación de una dominación hegemónica. Se inicia los tres capítulos (secciones 3.3.1., 3.4.1. y 3.5.1.) especificando lo que entiendo por estos tres elementos al situarlos en el sistema-mundo, y buscando darles una fundamentación teórica. Como lo plantean Marx y Engels (1974), considero que las luchas de clases son centrales en la constitución de las clases, es decir, la posición común en la estructura productiva establece unas condiciones materiales que la lucha política conjunta transforma en una clase. Los capitalistas nacionales devinieron en una clase transnacional cuando debieron enfrentar una lucha política contra enemigos comunes. Así, la urgencia de la crisis permitió que saltaran de sus posiciones de clase “nacionales” a una transnacional. La conceptualización del estado global se realizó en base al desdibujamiento que plantea Gramsci (1971) de la delimitación formal entre estado y sociedad civil, lo que permite adaptar el concepto de estado al conjunto institucional involucrado en la producción de la hegemonía global (Cox 1987, Gill y Law 1994), aunque no tenga las características formales de los estados nacionales. Este conjunto institucional está conformado por la coalición de estados céntricos y por el conjunto de instituciones transnacionales interestatales y privadas involucradas en la dirección de la economía-mundo. Esta forma de estado no se involucra en múltiples tareas tradicionales de los estados, no gestiona la educación, la salud, la seguridad, etc., pero si se centra en generar las condiciones para que la economía-mundo opere sin contratiempos, se centra en la política económica y en la producción ideológica que difunde la hegemonía global. Por último, la conceptualización de la hegemonía global también se fundamentó en Gramsci (1971),

especificando que una hegemonía situada a nivel del sistema-mundo no puede producir una unidad identitaria entre gobernantes y gobernados, como en las hegemonías nacionales, por lo que su sustento ideológico del orden social se fundamenta en el uso de las Ciencias Sociales, particularmente de la Economía. Esta hegemonía es global en la medida en que su producción ideológica tiene un alcance en todo el sistema-mundo, y es usada por las clases y grupos dominantes de los diversos países en sus propias hegemonías nacionales. Sin embargo, la hegemonía se materializa hasta los intersticios microfísicos locales del sistema-mundo (sección 3.5.3.), ya que los discursos de verdad globales y las orientaciones que surgen de instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, son utilizados y adaptados a nivel nacional y local (Escobar 2007).

Siguiendo estas tres líneas también analicé el despliegue histórico de la hegemonía, distinguiendo dos etapas, la inicial desde 1945 hasta la década de 1970, la siguiente comienza en la década de 1980 y se presenta con toda claridad en la de 1990. En la primera se presenta una lucha de la hegemonía capitalista con la contrahegemonía del bloque comunista (sección 3.2.3.), y a una contrahegemonía periférica que no era anticapitalista pero que cuestionaba la jerarquía centro-periferia (sección 3.5.2.). En este marco, la clase capitalista transnacional y la forma de estado global surgen rápidamente en la postguerra (sección 3.3.2.). En los años finales de la guerra se produjeron convergencias entre los capitalistas europeos, las que se institucionalizaron luego de la guerra en reuniones cotidianas de un núcleo capitalista transatlántico (Van der Pijl 2005). Este núcleo se fue expandiendo geográficamente y en la frecuencia e institucionalización de sus vínculos. En estas instancias, desde un inicio, se limaron las diferencias que habían enfrentado a los capitalistas en las luchas imperialistas, y se fraguaron visiones comunes sobre el orden mundial y el desarrollo capitalista, convergencia política que conforma esta clase capitalista transnacional, en el marco de su lucha por preservar el orden capitalista. Luego la convergencia política es reforzada por numerosas convergencias económicas, como el entrecruzamiento de los directorios de las empresas (Carroll 2010), llegando en la actualidad a una clase capitalista transnacional ampliamente entrelazada en términos políticos, económicos y sociales. Entrelazado a ese proceso se conforma la forma de estado global. Luego de la guerra se produce una alianza entre los países céntricos para enfrentar el desafío geopolítico de la URSS, de la expansión

comunista y de los procesos de independencia de Asia y África (sección 3.4.2.). También en 1944 se estableció el núcleo organismos internacionales que conformarían la institucionalidad gubernamental que comenzaría a actuar como una forma de estado global (sección 3.4.3.). Sin embargo, esta forma de estado global no podría desplegarse con eficiencia hasta que no fueran derrotadas las contrahegemonías, ya que ellas incluso eran capaces de conquistar algunas de sus instituciones, como la UNCTAD o la CEPAL (von Albertini 1984). La hegemonía capitalista definitivamente se impone a los proyectos contrahegemónicos a partir de la década de 1980, y logra su completa primacía con la disolución de la URSS y el abrazo de China del capitalismo en la década de 1990. El neoliberalismo es la expresión de esta hegemonía triunfante que relanza la expansión y profundización del capitalismo, política que tiene sus condiciones de posibilidad en la derrota de los proyectos contrahegemónicos globales antes mencionados, y de las clases subordinadas en una amplia gama de países del sistema-mundo.

Luego de este resumen plantearé algunas reflexiones finales sobre la actual fisonomía de la estructura de dominación del sistema-mundo capitalista. La actual dominación capitalista se sostiene en jerarquías económicas y geopolíticas de larga duración histórica, en una alianza secular entre capitalistas y estados, en recursos tradicionales como la presión geopolítica, y en las modernas versiones de una geocultura eurocéntrica que, dejando atrás el racismo más descarnado, mantiene un culturalismo que justifica ideológicamente las diferencias entre el centro y la periferia. Todos estos son fundamentos de larga duración de la actual dominación capitalista. Pero la actual fisonomía de la dominación también se fundamenta en relaciones de poder que utilizan recursos que tienen orígenes históricos menos antiguos. La amenaza de la revolución que se enfrentó en el centro en el siglo XIX, hizo que las clases y grupos dominantes generaran una batería de nuevas formas de dominación sustentadas en el uso de la ciencia y en la producción la verdad. Foucault y Gramsci describieron estas nuevas formas de relaciones de poder y dominación. El punto de no retorno al que llegaron las disputas imperialistas y la amenaza revolucionaria-geopolítica que enfrentaban las clases dominantes en 1945, esta vez en el sistema-mundo completo, obligaron a realizar reconfiguraciones en la estructura de dominación. Así, la alianza secular entre estados y capitalistas saltó desde el nivel nacional a la escala del sistema-mundo, una clase capitalista transnacional se asoció

firmemente con una forma de estado global. Esta alianza empleó las estrategias hegemónicas ya usadas en el centro durante el siglo XIX a escala del sistema-mundo, y las relaciones de poder-saber y la producción de discursos de verdad pasaron a fundamentar el orden capitalista mundial. Si nos situamos a finales de la década de 1970 las amenazas a la continuidad de la dominación estaban relativamente controladas, pero estaba costando caro. Desde las concesiones que arrancaron las clases populares durante la Revolución Francesa se había dado una sucesión de concesiones materiales a las clases trabajadoras. El estado de bienestar se había profundizado en el centro e incluso, de manera diluida, se había implementado en las periferias, los capitalistas toleraron nacionalizaciones, políticas redistributivas y limitaciones a la profundización del capitalismo para mejorar las condiciones de vida de las clases populares. Las corrientes dominantes de las Ciencias Sociales, que sitúan el inicio de la “modernidad” en la doble revolución industrial/francesa, consideraron a este “progreso” como algo normal, que surgía de un proceso de racionalización social, de un intercambio comunicativo entre los actores políticos en el espacio público común. Pero desde un punto de vista de larga duración histórica esta secuencia de concesiones materiales es una anomalía en el sistema-mundo capitalista, ya que desde su origen la expansión y profundización capitalista significó un incremento en la presión explotadora, significó esclavitud, profundización de la servidumbre, asalarización forzosa. Pero estas “concesiones” surgieron de las luchas de clases, de la Revolución Francesa, la Revolución Rusa y de numerosas otras confrontaciones que impidieron que continuara la pauperización secular.

A nivel geopolítico esto se reflejó en las anomalías que se produjeron luego de la Segunda Guerra Mundial, en la relación entre la posición de los países en la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, y el tipo de políticas mercantilistas/liberales que llevaban a cabo. Las políticas mercantilistas que se difundieron entre 1945, incluso desde 1930, y la década de 1970 por las periferias eran un intento por subir en la jerarquía centro-semiperiferia-periferia, que se sostenía en el debilitamiento que el centro estaba sufriendo desde 1914, lo que produjo un resquebrajamiento de los vínculos económicos y de poder, particularmente desde la crisis de 1929-1930; en los cambios internos en la propia estructura de dominación de los países periféricos, por la pérdida de poder de los capitalistas ligados al sector exportador tradicional;

y por las oportunidades de “negociar” que abría la existencia de la URSS, ya que aunque los países periféricos no buscaran adoptar el comunismo, diferentes formas de socialismo y nacionalismo se abrieron a recibir ayuda y apoyo soviético, lo cual amplió sus márgenes de maniobra y negociación con el centro. Todos estos elementos conforman una coyuntura excepcional en la historia del sistema-mundo, donde las relaciones de poder centro-periferia, aunque aún muy desequilibradas, se emparejaron. De haber continuado la lógica imperialista y las disputas entre las potencias céntricas esta coyuntura podría haber tenido un desenlace diferente, pero los capitalistas se unieron en una clase y los estados céntricos establecieron una duradera alianza, todo fundamentado en el enemigo común que enfrentaban, la URSS y el peligro comunista. Esta alianza se reflejó en que EE.UU. no presionó por la liberalización de los demás países céntricos para explotar al máximo su superioridad económica y geopolítica, y los demás países céntricos, una vez recuperados, no emplearon el mercantilismo para minar la preeminencia de EE.UU.

Hacia finales de la década de 1970 esta coyuntura favorable a las periferias ya había pasado. Los países céntricos estaban recuperados, el peligro comunista estaba controlado, y las periferias no habían logrado una suficiente unión, ni entre ellas ni con el bloque comunista. Así, las condiciones le permitían a las clases y grupos dominantes iniciar una política más agresiva, tanto a nivel interno, contra los trabajadores del centro, como a nivel geopolítico, presionando a una alicaída URSS y a la resquebrajada coalición de países periféricos. La crisis económica de finales de la década de 1970 e inicios de la de 1980 generó las condiciones propicias para unificar a las clases y grupos dominantes tras un proyecto de relanzamiento neoliberal del capitalismo, y se reestableció la prioridad política secular del sistema-mundo, la expansión y profundización del capitalismo para potenciar la acumulación infinita de capital. Las resistencias se vencieron de manera rápida, los movimientos sindicales del centro fueron doblegados y la socialdemocracia adoptó el neoliberalismo, la coalición periférica que demandaba un nuevo orden económico internacional se derrumbó y desapareció como actor político, la URSS se disolvió y China abrazó el capitalismo.

Con esto se termina de configurar la actual fisonomía de la dominación capitalista, conjugando elementos seculares estructurales, con la lógica de dominación hegemónica y con la derrota de las fuerzas contrahegemónicas. La nueva forma que adquiere la dominación

se refleja en una vuelta a una relativa normalidad en la relación histórica entre políticas mercantilistas/liberales y la posición de los países en la jerarquía centro-semiperiferia-periferia. En las periferias, los tradicionales capitalistas exportadores volvieron a controlar sus estados y fomentar la liberalización de los vínculos económicos con la economía-mundo –con la ayuda del centro cuando fuera necesario controlar algunos grupos subalternos o un estado poco dispuesto a asumir el liberalismo, como ha sucedido a lo largo de toda la historia del sistema-mundo–. En la semiperiferia descendente el intento industrializador perdió fuerza y también se comienzan a implementar las políticas liberales, con las ambivalencias propias de semiperiferias donde aún hay clases que mantienen ciertas pretensiones de mantener los restos de las industrias relativamente avanzadas que quedan (piénsese en Argentina o Brasil). También como siempre, las semiperiferias que buscan ascender, como China y Rusia, mantienen políticas mercantilistas fuertes, al menos en algunos sectores de su economía. Pero en el centro la situación es menos tradicional. Por una parte, como Venecia en el siglo XV, Holanda en el XVII y el Reino Unido en el XIX, la potencia dominante difunde el liberalismo. Pero considero equivocado plantear que esta potencia dominante es Estados Unidos o cualquier otro país, esta potencia es la clase capitalista transnacional que ha logrado que la forma de estado global se identifique con sus prioridades políticas y, en base a su hegemonía, difunde el liberalismo por todo el sistema-mundo, incluso por los países céntricos. Los estados céntricos, por un lado, forman la coalición que sustenta la forma de estado global y la hegemonía de la clase capitalista transnacional. Pero al igual que bajo el dominio veneciano, holandés o británico, la potencia dominante presiona a los estados céntricos por liberalizarse, lo cual tiene costos que pueden ser elevados para algunas de sus clases subordinadas y para capitalistas que tienen a sus mercados internos como parte importante de su fuente de acumulación. Así, hay una situación contradictoria en los estados céntricos. Por una parte, como siempre a lo largo de la historia, buscan su fortaleza a través del mercantilismo, y varios de ellos aún logran mantener algunas de estas políticas. Pero, por otro lado, sus capitalistas son parte integral del poder hegemónico, y ahora tienen interés en una liberalización general del sistema-mundo, incluyendo a sus respectivos países céntricos. Esto tiene una directa implicancia sobre las condiciones de vida y los salarios de sus clases trabajadoras, ya que sus capitalistas no tienen interés en financiar el estado de bienestar, ni

en pagarles más por el mismo trabajo que pueden hacer trabajadores de la periferia por salarios mucho menores. Por ello, los trabajadores céntricos tienen interés en mantener sus privilegios, frente a los trabajadores de la periferia, y pueden considerar que son deseables la protección y el nacionalismo económico mercantilista. Esta perspectiva puede dar algunas luces sobre los últimos acontecimientos políticos en EE.UU. y las tendencias al mercantilismo del gobierno de Donald Trump.

Pero la suerte adversa de los trabajadores céntricos y la pérdida de sus privilegios no me interesa en esta reflexión final, sino la del conjunto del sistema-mundo y particularmente de la periferia. Autores como Arrigui (2009), Cox (1987) y Wallerstein (1996a y 1996b), cuyos planteamientos considero muy valiosos para la caracterización y análisis del sistema-mundo, estimo equivocan su diagnóstico del presente, ya que plantean que desde 1945 hasta la década de 1970 se habría producido una hegemonía estadounidense en el sistema-mundo, y que a partir de esa década, esta hegemonía habría entrado en decadencia, ya que el dominio económico de EE.UU. sería cada vez menor y se habría visto sometido a una competencia económica de parte de otras potencias céntricas. Desde mi punto de vista esta afirmación se fundamenta en que estos autores no han abandonado una perspectiva imperialista de las relaciones de dominación del sistema-mundo, incluso Cox que plantea una explícita perspectiva granciana de la hegemonía no considera que la postguerra establezca una discontinuidad con la forma de dominación imperialista, ya que plantea que a lo largo de la historia del sistema-mundo se habrían sucedido períodos de hegemonía y de competencia entre los países céntricos, por lo que establece paralelos entre la hegemonía estadounidense del siglo XX y la británica del siglo XIX (Cox 1994a). Desde mi punto de vista la equivocación inicial es plantear que la hegemonía que se abre en 1945 es “estadounidense”, es decir, que se asocia al estado que, indiscutiblemente, era el más poderoso del sistema-mundo. Si se considera que la hegemonía y el dominio es de la clase capitalista transnacional, la trayectoria de esta dominación resulta inversa. En vez de pasar de un completo dominio estadounidense a partir de 1945 que luego decae a partir de la década de 1970, la hegemonía de la clase capitalista transnacional se empieza a formar en un contexto de crisis de su dominación en 1945, para afirmarse progresivamente hasta que, a partir de la década de 1980 y con toda claridad en la de 1990, alcanza un amplísimo dominio al derrotar a todas las

fuerzas contrahegemónicas significativas. Esta trayectoria implica reconocer el enorme poder actual de la clase capitalista transnacional, su posición de fuerza incluso frente a los estados céntricos. Lo que considero necesario destacar al finalizar este trabajo es que, luego de siglos de expansión capitalista, de estructuración de diferentes ámbitos económicos en función de las necesidades de la acumulación capitalista, de subordinación de las economías de mercado locales y de parte importante de la vida material de las diversas poblaciones, es que la propia estructura económica capitalista ejerce un enorme peso sobre las condiciones materiales de vida de la inmensa mayoría de la población, estableciendo condiciones materiales que hacen muy compleja una “salida” de esta estructura económica sin afrontar enormes costos para la población. De esta manera, la propia estructura económica actúa como un permanente poder que condiciona y restringe las posibilidades de acción de las diferentes clases y grupos sociales. A esto se agrega la enorme cantidad de recursos que poseen los capitalistas, los estados y las otras clases y grupos que los apoyan. En este contexto concreto cabe situar el debate sobre la “determinación en última instancia” o la “relativa autonomía” de los ámbitos sociales específicos y las relaciones de poder que en ellos se dan, al que me referí en la sección 1.2.3. Así, considerando el poder de los capitalistas, los estados y las demás clases y grupos dominantes que los apoyan, y la presión que ejerce la propia estructura económica que durante siglos ha sido orientada según las lógicas capitalistas, los ámbitos sociales que son de interés para el desarrollo capitalista difícilmente escaparán a su lógica, y sólo podrán desenvolverse según otras lógicas en la medida en que otras fuerzas sociales significativas logren imponerse en las relaciones de poder que se dan en estos espacios, por lo que no se puede concebir una autonomía relativa de estos espacios y esas relaciones de poder, sino una fuerte determinación de las prioridades capitalistas y de su estructura de dominación. Sin embargo, es necesario tener presente que estas dinámicas se volvieron funcionales al capitalismo gracias a las relaciones de poder en las que se impusieron las clases y grupos dominantes. El estudio histórico de este sistema, de sus tendencias seculares y de sus actuales procesos económicos, sociales, políticos y culturales, es fundamental para nuevamente abrir posibilidades de establecer proyectos contrahegemónicos que, sólo en la medida en que surja de un análisis inteligente del sistema-mundo y de sus tendencias contemporáneas, podrán

tener alguna posibilidad de éxito frente a las enormes fuerzas que pueden desplegar las clases y grupos dominantes.

Bibliografía

Libros y artículos

- Adorno, Theodor, 2001, *Epistemología y Ciencias Sociales*, Madrid, Cátedra.
- Amin, S., Arrighi, G., Gunder Frank, A., y Wallerstein, I., 1983, “Las Premisas Compartidas”. En Amin, S., Arrighi, G., Gunder Frank, A., y Wallerstein, I. *Dinámica de la Crisis Global*, México, Siglo XXI.
- Alimento, Antonella y Stapelbroek, Koen, 2017, “Trade and Treaties: Balancing the Interstate System”. En Alimento, A y Stapelbroek, K, (editores) *The Politics of Commercial Treaties in the Eighteenth Century. Balance of Power, Balance of Trade*, Rotterdam, Palgrave Macmillan.
- Althusser, Louis, 1972, “El Objeto de “El Capital””. En Althusser, Louis y Balibar, Étienne, *Para Leer El Capital*, México D.F., Siglo XXI.
- Altman, David y Luna, Juan Pablo, 2011, “Chile: ¿Institucionalidad con pies de barro?”. En Cameron, M. a. y Luna, J. P., *Democracia en la Región Andina*, La Paz, IEP.
- Anderson, Perry, 1981, *Las Antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara.
- Ansprenger, Franz, 1984, “África: Movimientos de Liberación e Intentos de Imposición del Dominio Blanco”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, (compiladores), *El Siglo XX. Problemas Mundiales entre los dos Bloques de Poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Archer, Margaret, 2009, *Teoría Social Realista. El Enfoque Morfogenético*, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado.
- Arrighi, Giovanni, 2009, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Time*, Londres, Verso.
- Arnold, M. y Rodríguez, D., 1991, *Sociedad y Teoría de Sistemas*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Augelli, Enrico y Murphy, Craig, 1994, “Gramsci and International Relations: A General Perspective and Example from the Recent US Policy Toward the Third World”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Balibar, Étienne, 1991a, “¿De la Lucha de Clases a la Lucha sin Clases?”. En Wallerstein, Immanuel y Balibar, Étienne, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA.
- _____, 1991b, “Prefacio”. En Wallerstein, Immanuel y Balibar, Étienne, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA.
- Beck, Ulrich, 1998, *¿Qué es la Globalización?*, Barcelona, Paidós.
- Bobbio, Norberto, 1997, *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una Teoría General de la Política*, Santa Fe de Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. y Passeron, J., 2001, *El oficio del sociólogo*, Madrid, Siglo XXI.
- Braudel, Fernand, 1984a, *Civilización Material, Economía y Capitalismo, Siglos XV-XVIII, Tomo I, Las Estructuras de lo Cotidiano: Lo Posible y lo Imposible*, Madrid, Alianza.
- _____, 1984b *Civilización Material, Economía y Capitalismo, Siglos XV-XVIII, Tomo II, Los Juegos del Intercambio*, Madrid, Alianza.
- _____, 1984c *Civilización Material, Economía y Capitalismo, Siglos XV-XVIII, Tomo III, El Tiempo en el Mundo*, Madrid, Alianza.
- _____, 1994, *La Dinámica del Capitalismo*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand y otros 1996, *Una Lección de Historia de Fernand Braudel*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Cardoso, Fernando Enrique y Faletto, Enzo, 1979, *Dependencia y Desarrollo en América Latina: Ensayo de Interpretación Sociológica*, México D.F., Siglo XXI.
- Cardoso, José Luis, 2017, “The Anglo-Portuguese Methuen Treaty of 1703: Opportunities and Constraints of Economic Development”. En Alimento, A y Stapelbroek, K, (editores) *The Politics of Commercial Treaties in the Eighteenth Century. Balance of Power, Balance of Trade*, Rotterdam, Palgrave Macmillan.
- Carroll, William, 2010, *The Making of a Transnational Capitalist Class*, Zed Books, Londres.
- Casals, Marcelo, 2017, *La Creación de la Amenaza Roja*, Santiago, LOM.
- Castro, Edgardo, 2004, *El Vocabulario de Michel Foucault. Un Recorrido Alfabético por sus Temas, Conceptos y Autores*, Buenos Aires, Prometeo/Universidad Nacional de Quilmes.

- Castells, Manuel, 2000 (septiembre), *La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura. Volumen I, La Sociedad Red*, Madrid, Alianza.
- Castro-Gómez, Santiago, 2000, “Ciencias Sociales, Violencia Epistémica y el Problema de la “Invención del Otro””. En Lander, Edgardo (compilador), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO.
- _____, 2007, “Michel Foucault y la Colonialidad del Poder”. En *Tabula Rasa* N° 06, enero-junio, Bogotá, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- _____, 2010, *Historia de la Gubernamentalidad. Razón de Estado, Liberalismo y Neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre.
- Comisión Gulbenkian (Wallerstein, I., coordinador), 1997, *Abrir las Ciencias Sociales*, México, Siglo XXI.
- Cox, Robert, 1987, *Production, Power and World Order*, Nueva York, Columbia University Press.
- _____, 1994a, “Gramsci, Hegemony and International Relations: an Essay in Method”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____, 1994b, “Structural Issues of Global Governance: Implications for Europe”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Crouch, Colin, 2011, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge Polity Press.
- Deleuze, Guilles y Foucault, Michel, 1992, “Los Intelectuales y el Poder”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- Di Filippo, Armando, 2013, *Poder, Capitalismo y Democracia*, Santiago, RIL.
- Domes, Jürgen y Näth, Marie-Luise, 1984, “La República Popular China como Nuevo Factor de Poder en la Política Mundial”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, (compiladores), *El Siglo XX. Problemas Mundiales entre los dos Bloques de Poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Dussel, Enrique, 2000, Europa, Modernidad y Eurocentrismo. En Lander, Edgardo (compilador), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO.

- Easton, David, 1981, *The Political System. An Inquiry in to the Estate of Political Science*. Chicago, University of Chicago Press.
- Engels, Friedrich, 2000, “Prologo de Engels a la Edición Alemana de 1890”. En Marx, K. y Engels, F., 2000 , *El Manifiesto Comunista*, Madrid, Alba.
- Escobar, Arturo, 2007, *La Invención del Tercer Mundo*, Caracas, El Perro y la Rana.
- Feliú, Gaspar y Sudrià, Carles, 2007, *Introducción a la Historia Económica Mundial*, Universitat de València, Valencia.
- Fontana, Josep, 2011, *Por el Bien del Imperio. Una Historia del Mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente.
- Foucault, Michel, 1988, “El sujeto y el poder”. En *Revista mexicana de sociología*, Vol. L, N° 3.
- _____, 1991a, “De los Suplicios a las Celdas”. En Foucault, Michel, *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1991b, “El Juego de Michel Foucault”. En Foucault, Michel, *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1992a, “Entrevista sobre la prisión: el libro y su método”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1992b, “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1992c, “Nietzsche, la Genealogía, la Historia”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1992d, “Sobre la Justicia Popular. Debate con los Maos”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1992e, “Verdad y Poder”. En Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1994, “La ética del cuidado de uno mismo como práctica de libertad”. En Foucault, Michel, *Hermenéutica del Sujeto*, Madrid, La Piqueta.
- _____, 1996, *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI.
- _____, 2000, “No al sexo rey”. En Foucault, Michel, *Un Diálogo sobre el Poder y otras Conversaciones*, Madrid, Alianza.

- _____, 2001, *Defender la Sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Gallo, Ezequiel, 1992, “Política y sociedad en Argentina, 1870-1916”. En Bethell, Leslie (editora), *Historia de América Latina. 10. América del Sur 1870-1930*, Barcelona, Crítica.
- Gárate, Manuel, 2012, *La Revolución Capitalista de Chile (1973-2003)*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado.
- Geiss, Imanuel, 1984, “Condiciones Históricas Previas a los Conflictos Contemporáneos”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, (compiladores), *El Siglo XX. Problemas Mundiales entre los dos Bloques de Poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Gerratana, Valentino, 1981, “Prefacio”. En Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel. Tomo I*, México D.F., Era.
- Ghío, Gonzalo, 2004, *Entre la Politización y Despolitización del Mundo Social. La Política y Lo Político: Itinerarios, Confrontaciones e Implicancias para los Estudios Internacionales*, Tesis de Magister, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales.
- Giddens, Anthony, 1994, *Consecuencias de la Modernidad*, Madrid, Alianza.
- Gill, Stephen, 1994a, “Epistemology, Ontology and the “Italian School””. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____, 1994b, “Gramsci and Global Politics: Towards a Post-Hegemonic Research Agenda”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____, 2015, “An Archaeology of the Future, to be Excavated by the Post-Modern Prince?”. En Kreps, D. (editor), *Gramsci and Foucault: A Reassessment*, Stanford, Ashgate.
- Gill Stephen y Law David, 1994, “Global Hegemony and the Structural power of Capital”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gissi, Nicolás y Ghío, Gonzalo, 2017, “Integración y Exclusión de Inmigrantes Colombianos Recientes en Santiago de Chile: Estrato Socioeconómico y “Raza” en la Geocultura

- del Sistema-Mundo”. En *Papeles de Población* Vol. 23 N° 93, México, Universidad Autónoma de México.
- Graham-Yooll, Andrew, 2002, *Imperial Skirmishes. War and Gunboat Diplomacy in Latin America*, Signal Books, Oxford.
- Graml, Hermann, 2011, “Grecia y el Mediterráneo Oriental”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, *Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Tomo 1*, México, Siglo XXI.
- Gramsci, Antonio, 1967, *La Formación de los Intelectuales*, México, Grijalbo.
- _____, 1971, *La Política y el Estado Moderno*, Barcelona, Península.
- _____, 1981, *Cuadernos de la Cárcel. Tomo 1*, México D.F., Era.
- _____, 1984, *Cuadernos de la Cárcel. Tomo 3*, México D.F., Era.
- _____, 1986, *Cuadernos de la Cárcel. Tomo 4*, México D.F., Era.
- _____, 2004 “La Revolución Contra “El Capital””. En Gramsci, Antonio, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Goldfrank, Walter, 2000, “Paradigm Regained?”. En *Journal of World-Systems Research*, VI, 2, Summer/Fall 2000, 150-195.
- González Casanova, Pablo, 2006, “Colonialismo interno (Una redefinición)”. En Borón, Atilio, Amadeo, Javier y González, Sabrina (compiladores), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO.
- Habermas, Jürgen, 1999, *Teoría de la Acción Comunicativa, II*, Madrid, Santillana.
- Halperin, Tulio, 1991, “Capítulo 1. Economía y Sociedad”. En Bethell, Lestie (editora), *Historia de América Latina. 6. América Latina Independiente, 1820-1870*, Barcelona, Crítica y Cambridge University Press.
- _____, 2000, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza.
- Hardt, M., y Negri, A., *Empire*, 2000, Cambridge, Harvard University Press.
- Held, David, 1997, *La Democracia y el Orden Global*, Barcelona, Paidós.
- Heller, Erdmute, 1984, “El Mundo Árabe-Islámico en Marcha”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, (compiladores), *El Siglo XX. Problemas Mundiales entre los dos Bloques de Poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric, 1997a (octubre), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica.

- _____, 1997b, *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Buenos Aires, Crítica.
- _____, 2003, *Años Interesantes. Una Vida en el Siglo XX*. Crítica, Barcelona.
- _____, 2009, *La Era del Imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica.
- _____, 2010, *La Era del Capital, 1848-1975*, Buenos Aires, Crítica.
- Hobsbawm, Eric y Rudé, George, 1978, *Revolución Industrial y Revuelta Agraria. El Capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI.
- Holmes, George, 1978, *Europa: Jerarquía y Revuelta. 1320-1450*, Siglo XXI, México.
- Joas, Hans y Knöbl, Wolfgang, 2009, *Social Theory. Twenty Introductory Lectures*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kershaw, Ian, 2016, *Descenso a los Infiernos. Europa, 1914-1949*. Barcelona, Crítica.
- Kissinger, Henry, 2017, *Orden Mundial*, Buenos Aires, Debate.
- Kreps, David, 2015, "Introduction". En Kreps, D. (editor), *Gramsci and Foucault: A Reassessment*, Stanford, Ashgate.
- Lander, Edgardo, 2000, "Ciencias sociales: Saberes Coloniales y Eurocéntricos". En Lander, Edgardo (compilador), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO.
- Lebeau, Christine, 2017, Negotiating a Trade Treaty in the Imperial Context: The Habsburg Monarchy in the Eighteenth Century. En Alimento, A y Stapelbroek, K, (editores) *The Politics of Commercial Treaties in the Eighteenth Century. Balance of Power, Balance of Trade*, Rotterdam, Palgrave Macmillan.
- Lechner, Norbert, 1984, *La Conflictiva y Nunca Acabada Construcción del Orden Deseado*, Santiago, Flacso.
- Lenin, Vladimir I., 1970, "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo". En Vladimir I Lenin, *Obras Escogidas* (tres tomos), Moscú, Progreso.
- Lewin, Moshe, 2006, *El Siglo Soviético*, Barcelona, Crítica.
- Loth, Wilfried, 2011, "Europa Después de 1945: la Formación de los Bloques". En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann, (compiladores), *El Siglo XX. Europa Después de la Segunda Guerra Mundial 1945-1982. Tomo 1*, México, Siglo XXI.
- Lukács, Georg, 1969, "¿Qué es Marxismo Ortodoxo?". En *Historia y Consciencia de Clase*, México D.F., Grijalbo.

- Malthus, Thomas, 1951, *Ensayo sobre el Principio de la Población*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, 2000, *El Manifiesto Comunista*, Madrid, Alba.
- _____, 1974, *La Ideología Alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos y Barcelona, Grijanbo.
- McMeekin, Sean, 2017, *Nueva Historia de la Revolución Rusa*, Barcelona, Taurus.
- Mignolo, Walter, 2000, “La Colonialidad a lo Largo y a Lo Ancho: el Hemisferio Occidental en el Horizonte Colonial de la Modernidad”. En Lander, Edgardo (compilador), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO.
- Mills, Wright, 2005, *La Elite del Poder*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mommsen, Wolfgang, 1995 [1969], *La Época del Imperialismo, Europa 1885-1918*, Madrid, Siglo XXI.
- Muñoz, Óscar, 2008, *El Modelo Económico de la Concertación 1990-2005. ¿Reformas o Cambio?*, Santiago, FLACSO-Catalonia.
- Mukherjee, Ramkrishna, Caste in Itself, Caste and Class, or Caste in Class. En *Journal of World-Systems Research*, VI, 2, Summer/Fall 2000, 332-339.
- Parsons, Talcott, 1974, *La Sociedad. Perspectivas Evolutivas y Comparativas*, México, Trillas.
- Piketty, Thomas, 2014, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge, Harvard University Press.
- Polanyi, Karl, 2011, *La Gran Transformación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Quijano, Aníbal, 2000, “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina”. En Lander, Edgardo (compilador), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO.
- _____, 2007, “Colonialidad del Poder y Clasificación Social”. En Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (Editores), *El Giro Decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre.
- Quijano, Aníbal y Wallerstein, Immanuel, 1992, “Americanity as a Concept, or the Americas in the Modern World-System”. En *International Social Sciences Journal*, N°134, pp. 549-557, UNESCO, Blackwell.

- Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel, 2010, *Inflexión Decolonial: Fuentes, Conceptos y Cuestionamientos*, Popayán, Universidad del Cauca.
- Robinson, W., y Harris, J., 2000, “Towards a Global Ruling Class? Globalization and the Transnational Capitalist Class”. En *Science & Society*, Vol. 64 N° 1, pp. 11-54.
- Rudé, George, 1989, *La Revolución Francesa*, Buenos Aires, Vergara.
- Rupert, Mark, 1994, “Alienation, Capitalism and the Inter-State System: Towards a Marxian/Gramscian Critique”. En Gill, Stephen (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Said, Edward, 2008, *Orientalismo*, Barcelona, Mondadori.
- Safford, Frank, 1991, “Capítulo 2. Política, Ideología y Sociedad”. En Bethell, Leslie (editora), *Historia de América Latina. 6. América Latina Independiente, 1820-1870*, Barcelona, Crítica y Cambridge University Press.
- Sklair, Leslie, 2002, “The Transnational Capitalist Class and Global Politics: Deconstructing the Corporate: State Connection”. En *International Political Science Review* Vol. 23, N° 2, Abril, pp. 159-174, Sage, Londres.
- Smith, Peter, 1995, “The Changing Agenda”. En Peter Smith (editor), *Latin America in Comparative Perspective: New Approaches to Methods and Analysis*, Westview Press, Boulder
- Samuelson, Paul, 1967, *Economía Moderna*, Madrid, Aguilar.
- Stiglitz, Joseph, 2002 (noviembre), *El Malestar en la Globalización*, Buenos Aires, Taurus.
- Sum, Ngai-Ling, 2015, “Rethinking the Gramsci-Foucault Interface: A Cultural Political Economy Interpretation Oriented to Discourses of Competitiveness”. En Kreps, D. (editor), *Gramsci and Foucault: A Reassessment*, Stanford, Ashgate.
- Tower, Charlemagne, 1920, “The Origin, Meaning and International Force of the Monroe Doctrine”. En *The American Journal of International Law*, Vol. 14, N° 1/2 (enero/abril), pp. 1-25.
- Van der Pijl, Kees, 2005, *Transnational Classes and International Relations*, Routledge, Nueva York.
- von Albertini, Rudolf, 1984, “Problemas de los Países en Vías de Desarrollo, Ayuda al Desarrollo y Conflicto Norte-Sur”. En Benz, Wolfgang y Graml, Hermann,

- (compiladores), *El Siglo XX. Problemas Mundiales entre los dos Bloques de Poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Wallerstein, Immanuel, 1974, "The Rise and Future Demise of World Capitalist System. Concepts for Comparative Analysis". En *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 16, N°4 (Septiembre), 387-415, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____, 1976, "Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis". En *Theory and Society*, Vol. 3, N° 4 (Invierno 1976), 461-483, Springer Amsterdam.
- _____, 1991a, "Braudel on Capitalism, or Everything Upside Down". En *Journal of Modern History*, Vol 63 N°2, 354-361, University of Chicago Press.
- _____, 1991b, "La Burguesía: Concepto y Realidad". En Wallerstein, Immanuel y Balibar, Étienne, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA.
- _____, 1991c, "Posfacio". En Wallerstein, Immanuel y Balibar, Étienne, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA.
- _____, 1996a, "The Global Picture, 1945-90". En Hopkins, Terrence y Wallerstein, Immanuel (coordinadores) *The Age of Transition. Trajectory of the World-System, 1945-2025*, Zed Books, Londres.
- _____, 1996b, "The Global Possibilities, 1990-2025". En Hopkins, Terrence y Wallerstein, Immanuel (coordinadores) *The Age of Transition. Trajectory of the World-System, 1945-2025*, Zed Books, Londres.
- _____, 1998a, *El Moderno Sistema Mundial II. El Mercantilismo y la Consolidación de la Economía-Mundo Europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI.
- _____, 1998b, *El Moderno Sistema Mundial III. La Segunda era de Gran Expansión de la Economía-Mundo Capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI.
- _____, 1999a, "States? Sovereignty?". En *The end of the World as we Know it. Social Science for the Twenty-first Century*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- _____, 1999b, "The Rise and Future Demise of World-System Analysis". En *The end of the World as we Know it. Social Science for the Twenty-first Century*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- _____, 2003, *El Moderno Sistema Mundial. La Agricultura Capitalista y los Orígenes de la Economía-Mundo Europea en el Siglo XVI*, México, Siglo XXI.

_____, 2004, *Impensar las Ciencias Sociales*, México, Siglo XXI.

_____, 2011, *The Modern World-System IV. Centrist Liberalism Triumphant. 1789-1914*. Berkeley, University of California Press.

Weber, Max, 1996, *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, México, Coyoacán.

Whitaker, Arthur, 1954, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, Cornell University Press.

Documentos Institucionales, artículos de periódicos y documentos obtenidos de la web.

Aravena, Lucy, “Sofofa critica con fuerza reforma laboral y pide profundización de alianza público-privada”, *Emol* [diario electrónico], 5 de noviembre de 2014, fecha de consulta, 5 de noviembre de 2014. Disponible en <https://www.emol.com/noticias/economia/2014/11/05/688557/sofofa-critica-con-fuerza-reforma-laboral-y-pide-profundizacion-de-alianza-publico-privada.html>

BBC Mundo, “Groenlandia: un país que camina sobre miles de millones de dólares”, *El Mostrador* [diario electrónico], 3 de enero de 2014, fecha de consulta 8 de enero de 2014. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/mundo/2014/01/03/groenlandia-un-pais-que-camina-sobre-miles-de-millones-de-dolares/>

R. Briones, R. Bosselin, H. y Briones, C., *Modelo Económico, Social y Competencia en los Mercados. Chile: Un caso de Oligopolio y Asistencialismo* [documento electrónico], sin fecha, fecha de consulta, 22 de agosto de 2015. Disponible en <https://www.camara.cl/pdf.aspx%3FprmID%3D18676%26prmTIPO%3DDOCUMENTOCOMISION>

Corvalán, Marcela, “Informe global: la riqueza financiera de los hogares chilenos creció 6,5% en 2013”, *La Tercera* [diario electrónico], 10 de junio de 2014, fecha de consulta, 10 de junio de 2014. Disponible en: <http://www.latercera.com/noticia/negocios/2014/06/655-581814-9-informe-global-la-riqueza-financiera-de-los-hogares-chilenos-crecio-65-en-2013.shtml>

Daley, Suzanne y Kanter, James, “Greece, Its Back to the Wall, Adopts Austerity Steps”, *The New York Times* [diario electrónico], 15 de julio de 2015, fecha de consulta, 17 de Julio de 2015. Disponible en:

<http://www.nytimes.com/2015/07/16/business/international/imf-greece-debt-relief.html?action=click&contentCollection=Europe&module=RelatedCoverage®ion=Marginalia&pgtype=article>

Davenport, Coral, “U.S. Will Allow Drilling for Oil in Arctic Ocean”, *The New York Times* [diario electrónico], 11 de mayo de 2015, fecha de consulta 11 de mayo de 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/05/12/us/white-house-gives-conditional-approval-for-shell-to-drill-in-arctic.html>

Emol, “Bachelet insiste en avanzar en alianza público-privada y pide evitar “recriminaciones mutuas””, *Emol* [diario electrónico], 6 de noviembre de 2014, fecha de consulta, 6 de noviembre de 2014. Disponible en: <https://www.emol.com/noticias/economia/2014/11/06/688614/bachelet-y-criticas-del-empresariado.html>

Espinoza, Cristina, “Estudio detalla cómo se financian los negacionistas del cambio climático”, *La Tercera* [diario electrónico], 27 de diciembre de 2013, fecha de consulta 27 de diciembre de 2013. Disponible en <http://www.latercera.com/noticia/tendencias/2013/12/659-558089-9-estudio-detalla-como-se-financian-los-negacionistas-del-cambio-climatico.shtml>

Gelles, David, “It’s the U.N.’s Week, but Executives Make it a High-Minded Mingle”, *New York Times* [diario electrónico], 21 de septiembre de 2017, fecha de consulta 21 de septiembre de 2017. Disponible en: https://www.nytimes.com/2017/09/21/business/ceos-un-week.html?action=click&module=Top%20Stories&pgtype=Homepage&_r=0

Hope, Katie, “Eight Billionaires “as Rich as World's Poorest Half””, *BBC* [diario electrónico], 16 de enero de 2017, fecha de consulta, 16 de enero de 2017. Disponible en <http://www.bbc.com/news/business-38613488>

IMF, *United States of America: Staff Concluding Statement of the 2019 Article IV Mission* [document electrónico], 6 de junio de 2019, fecha de consulta, 8 de junio de 2019. Disponible en: <https://www.imf.org/en/News/Articles/2019/06/06/mcs060619-united-states-staff-concluding-statement-of-the-2019-article-iv-mission>

- Jacobs, Andrew, “China’s Appetite Pushes Fisheries to the Brink”, *New York Times* [diario electrónico], 30 de abril de 2017, fecha de consulta, 30 de abril de 2017. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/04/30/world/asia/chinas-appetite-pushes-fisheries-to-the-brink.html>
- López, R., Figueroa E. y Gutiérrez P., *La “Parte del León”: Nuevas Estimaciones de la Participación de los Súper Ricos en el Ingreso de Chile* [documento electrónico], 2013, Santiago de Chile, Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile, fecha de consulta, 8 de junio de 2015. Disponible en <http://www.econ.uchile.cl/uploads/publicacion/306018fadb3ac79952bf1395a555a90a86633790.pdf>
- Marañón, María, “Walmart, Cencosud y SMU concentran 50% de la industria supermercadista”, *Diario Financiero* [diario electrónico], 27 de enero de 2015, fecha de consulta, 30 de enero de 2015. Disponible en: <https://www.df.cl/noticias/empresas/retail/walmart-cencosud-y-smu-concentran-50-de-industria-supermercadista/2015-01-26/163032.html>
- Mazzuco, Julián, “Padres e Hijos Empresarios de la Región se Reúnen en Hermética Cumbre de Santiago”. En *El Mercurio*, página B7, 3 de mayo de 2016, Santiago.
- McGrath, Matt, “Record surge in atmospheric CO2 seen in 2016”, *BBC* [diario electrónico], 30 de octubre de 2017, fecha de consulta, 31 de octubre de 2017. Disponible en: <http://www.bbc.com/news/science-environment-41778089>
- Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU), 2014, *Memoria de Tipologías en Condominios Sociales*, Santiago de Chile, Ministerio de Vivienda y Urbanismo.
- OXFAM, *Una Economía al Servicio del 1%* [documento electrónico], 18 de enero de 2016, fecha de consulta, 21 de enero de 2016. Disponible en: https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf
- Pontefract, Dan, “What’s Good for our Country was Good for General Motors”, *Forbes* [diario electrónico], 26 de noviembre de 2018, fecha de consulta, 21 de mayo de 2019. Disponible en: <https://www.forbes.com/sites/danpontefract/2018/11/26/whats-good-for-our-country-was-good-for-general-motors/#30c161db2075>

- SOFOFA, *Catastro de Proyectos de Inversión* [documento electrónico], febrero de 2013, fecha de consulta, abril de 2014. Disponible en www.sofofa.cl/indicadores/CPI/Informe/2Sem_2012.pdf
- Stein, Ben, “In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning”, *New York Times* [diario electrónico], 26 de noviembre de 2006, fecha de consulta 03 de octubre de 2017. Disponible en: http://www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26every.html?_r=0
- Talev, M., Wadhams, N., y Jacobs, J., “Trump Says He’ll Allow China’s Huawei to Buy From U.S. Suppliers”, *Bloomberg* [diario electrónico], 29 de junio de 2019, fecha de consulta, 30 de junio de 2019. Disponible en: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2019-06-29/trump-says-he-ll-allow-china-s-huawei-to-buy-from-u-s-suppliers>
- The Economist, “Malthus, the false prophet”, *The Economist* [diario electrónico], 15 de Mayo de 2008, fecha de consulta, 16 de junio de 2016. Disponible en <http://www.economist.com/node/11374623>
- Troncoso, José, “Supermercados: ventas crecen 70% desde 2009 a costa de ferias y almacenes”, *Diario Financiero* [diario electrónico], 18 de febrero de 2016, fecha de consulta 20 de febrero de 2016. Disponible en: https://www.df.cl/noticias/empresas/retail/supermercados-ventas-crecen-70-desde-2009-a-costa-de-ferias-y-almacenes/2016-02-17/212400.html?utm_source=Lo+Leido&utm_medium=Email&utm_campaign=Lo+Leido_18022016&utm_content=Link_Nota
- WWF, *Living Planet Report 2016. Risk and resilience in a new era* [documento electrónico], 2016, fecha de consulta, 2 de septiembre de 2018. Disponible en http://awsassets.panda.org/downloads/lpr_2016_full_report_low_res.pdf